Jose María Rodríquez Méndez

Teatro escogido

Edición no venal, septiembre 2005

© José María Rodríguez Méndez
© De los estudios e introducciones: sus autores
© AAT para esta edición

Diseño Portada: Martín Moreno y Pizarro
Edita: Asociación de Autores de Teatro

Depósito Legal: GU: 419/2005

Índice

Bodas que fueron del Pinjago y la Fandanga 7
Introducción de Ángel Berenguer 9
Texto de la obra 31

Flor de Otoño 95
Introducción de Josep Lluis Sirera 97
Texto de la obra 105

Historia de unos cuantos 173
Introducción de Javier Huerta calvo 175
Texto de la obra 181

El pájaro solitario 271
Introducción de Michael Thompson 273
Texto de la obra 279

El rincón de don Miguelito 337
Introducción de Manuel Pérez 339
Texto de la obra 347

Última batalla en el Pardo 397
Introducción de José Romera Castillo 399
Texto de la obra 409

Soy madrileño 467
Introducción de Antonio Díez Mediavilla 469
Texto de la obra 475

Teatro breve 573
La banda del «Tisi» habla de literatura 575
Introducción de Raquel García Pascual 577
Texto de la obra 581

El marqués de Sade en Usera 593
Introducción de Jorge Herrero 595
Texto de la obra 599

Novios de la muerte 607
Introducción de Emilio Peral 609
Texto de la obra 613

Real Academia 621
Introducción de Mar Rebollo 623
Texto de la obra 629

BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA

(Tragicomedia popular)

Personajes

El Pingajo (soldado repatriado de cuba)
La Fandanga
El Petate (expresidiario, padre de la Fandanga)
La Carmela (madre de la Fandanga)
La madre Martina (beata y correveidile)
El Salamanca (compadre del Petate)
El Tuerto (tabernero)
El teniente (que pertenece al cuerpo de Húsares de Pavía)
La agüela
La comadre
Un barquillero
Un sargento
Soldado 1
Soldado 2
Soldado 3
El centinela
Cesante 1
Cesante 2
Empleado 1 (del casino)
Empleado 2 (del casino)
Empleado 3 (del casino)
Una mujer
Otra mujer
Otra mujer
Otra mujer
Una muchacha
Guardias
Soldados
Niños y niñas
Pueblo general

La acción en Madrid, por los años de desgracia de 1898.

De bellotas y cascajo
se va armar la bullaranga,
que se casa el tío Pingajo
con su novia, la Fandanga.

La madrina será la Cibeles,
el padrino, el Viaducto será;
los asilos del Pardo, testigos,
y la iglesia, la Puert´Alcalá.

COPLA POPULAR MADRILEÑA

ESTAMPA PRIMERA

Arrabales del Madrid de la Regencia. Afueras por donde las «Ventas del Espíritu Santo»: casuchas, barracas y aduares[1] *gitanescos. Ropa tendida y oreada por el viento de la meseta, gallinas picoteando en la basura. En un altozano, bajo la pureza casi primaveral del cielo madrileño, se levanta la «Venta del Tuerto, vinos y aguardientes». Afuera, bajo un encañizado, juegan a la rana* CUATRO BIGARDOS[2], *uno de ellos con uniforme de rayadillo que lleva del brazo sujeto a un pañuelo anudado al cuello, la manga de la guerrera flotante al aire. La pieza de metal, al caer en la boca de la rana, deja oír un sonido alegre y metálico que contrasta con el canto dulce y melancólico de las* NIÑAS *que juegan al corro en la quieta tarde madrileña.*

CORO LEJANO DE NIÑAS.–

En la era patatera[3]
yo le dije al conductor
que toma la Nita y Nita,
que toma la Nita y No.
¡Ay, sí, ay, no...!

[1] Tiendas de campaña moriscas, adaptadas al gusto gitano.
[2] Golfos.
[3] Copla popular que revela metafóricamente la era del hambre, o de comer sólo patatas en los años del Desastre (1898).

(Es ahora el SORCHE DE RAYADILLO[4] *quien tira las piezas a la rana. Los otros tres contemplan la tirada. Aquel pingajo humano tiene su apéndice libre, con ademanes de jugador avezado, hacia la boquita de la rana, que parece mirarle con burla.)*

LAS NIÑAS.–

Estaba la Nita y Nita
sentadita en su balcón,
ay, sí; ay, no...
esperando que pasara
el segundo batallón.
Que toma la Nita y Nita, [...]

(El SORCHE *ha hecho cinco aparatosas dianas en el orificio bucal de la rana ante el asombro de los otros compadres, que le miran como si ante ellos estuviera el mismo maestro Lagartijo*[5] *en persona, tal es su admiración.)*

EL SALAMANCA.– *(Tiene talante de sacristán y lleva gafas de miope.)* Mi madre..., ¡qué tío! Si no se ve, no se cree...

EL PETATE.– *(Un viejo agitado.)* Vaya un brazo fino que tie el gachó. Pa que se lo hubián malograo en la Perla e las Antillas[6]...

EL PINGAJO.– *(Que así llaman al sorche del brazo en cabestrillo.)* Pos esto no es na. Hubián tenío que verme ustés hace un año pa San Isidro, antes que los del almirante Sempson[7] nos las hicían pasar morá en la manigua[8]; entonces, compadres, si de treinta envites[9] erraba uno, lo hacía pa no dejar mal a la concurrencia...

---

[4] «Soldado» en término despectivo. Argot popular.
[5] Torero famoso que creó una dinastia y manera de torear.
[6] La isla de Cuba, llamada así popularmente en la época del Desastre.
[7] Los marinos del almirante norteamericano Sempson.
[8] Expresión popular: pasarlo mal en terrenos cubiertos de maleza, en la isla de Cuba.
[9] Tirada de juego.

EL PETATE.– *(Emocionado.)* Hijo; ¿y la misma puntería tenías allá en ultramar con el chopo[10]?

EL PINGAJO.– *(Muy digno.)* Alto ahí, compadre. Que uno no ha nacío pa matar cristianos.

EL SALAMANCA.– ¡Ele...! Así se habla, sí señor...

EL PINGAJO.– *(Muy ceremonioso.)* Bueno..., y ahora. Tratos son tratos. *(Se vuelve hacia el* PETATE.*)* ¿Me se adjudica, o no me se adjudica, la doncella?

EL PETATE.– *(Muy serio.)* Te se adjudica. Testigos son estos caballeros: *(Señala a los otros dos: el* SALAMANCA *y el* TUERTO, *que no salen de su asombro.)* Apuestas son apuestas. Y zanjao el expediente. Mi Fandanga es pa ti... Y en mejores manos no puedo dejar a la hija de mis entrañas. Mejor novio no lo habrá en toa la faz de la tierra. *(Volviéndose a los otros.)* Mejorando lo presente...

EL TUERTO.– *(Tabernero y propietario del negocio bebestible.)* Habrá que regar estos esponsales. Y la primera convidá pertenece al novio...

EL PINGAJO.– Como no me fíes, compadre... Me deben los pluses de campaña[11].

EL PETATE.– Esta convidá pertenece al pae de la novia... *(Autoritario, al* TUERTO.*)* Anda allá y saca un frasco, Tuerto. Y arrima unas tajás de bacalao de Bilbao... Y que no se diga que aquí el compadre Pingajo ganó a mi chica con mala traza, sino con esfuerzo de nobleza, y ustés habéis sío testigos...

EL SALAMANCA.– Y así lo atestiguamos como lo que semos... *(El* TUERTO *entra en la venta.)*

EL PETATE.– Ea... *(Abriendo los brazos al* PINGAJO.*)* Y ahora dame un abrazo, yerno e mi alma. Abraza a tu suegro que lo es, que se me está saliendo el alma por la boca. *(Se abrazan los dos compadres y el* SALAMANCA *parece el testigo de esta alternativa taurómaca. Luego del abrazo, el* PETATE, *apoyado en la cachava*[12], *se yergue como un patriarca y sermonea al futuro yerno.)* El azar del juego ha hecho que vayamos a

[10] Fusil, en argot popular.

[11] Sobresueldo que se da a la tropa en campaña.

[12] Cayado de pastor.

emparentar, compadre. El azar es voz de la sabiduría. Tampoco hubía estao mal que la ruea de la fortuna se hubiá inclinao hacia cualquiá de los otros dos pretendientes, u séase, el Salamanca, aquí presente, u el Tuerto, que hace de buen samaritano. Con cualquiá de vosotros tres se hubiá sentío feliz éste que lo es, y feliz hubiá sío por consiguiente la hija e mis entrañas, u séase, la Fandanga. Pero ya que la caprichosa suerte ha ío a dar en tus manos, tan finas pal envite del juego como habrán de serlo pa las caricias, deja que me congratule y lo celebre. *(Con voz llorosa.)* Dame otro abrazo, compadre e mi alma...

EL PINGAJO.– *(Abrazando a medias a su compadre.)* Un semiabrazo te puedo dar, pero tómatelo como entero compadre...

EL PETATE.– *(Ha sacado un pañuelo una vez terminado el largo abrazo. Y se seca una lágrima.)* Te llevas el tesoro más grande de este mundo, Pingajo e mi alma. Lo más fino del mujerío de too Madrí. Educá como una señorita, que lo puen decir las Mares Agustinas de Canillejas[13], que la han educao... como eso, como una señorita.

EL SALAMANCA.– *(Asintiendo.)* Bien, verdad es que tu Fandanga podría poner los pingos[14] en el señorío e los madriles...

EL PETATE.– *(Elevando los brazos como haciendo un conjuro.)* Y te la entrego intazta, como si fua una reliquia. Pero ya sé que a mejores manos no pue ir: manos finas pal tapete verde[15] y pa los billetes de banco. Manos que se negaron al chopo y al machete en la manigua; hechas pal percal de la muleta[16] y el restallar de los «pitos»[17]. ¿Hay mejores manos en too Madrí? Que no, ea... Y déjame que llore, que un padre tie que llorar a la fuerza... *(Sale de la tasca el* TUERTO *con el vino y el bacalao a tiempo de contemplar el planto lacrimoso del* PETATE.*)*

EL TUERTO.– ¿En ésas nos andamos, compadre? ¿Llorando? Más tenía que llorar un servidor y aquí el Salamanca, que nos habíamos hecho ilusiones vanas. Y en la respectiva a menda ya pensaba que la soleá de estos

---

[13] Orden religiosa que en Madrid se dedicaba, entre otras cosas, a la educación de hijos de gente señorial.

[14] Presumir, en argot popular.

[15] Popular juego metafórico que equivale al arte de saber rodar bien en las mesas de los casinos.

[16] Giro popular con doble sentido: el de torear bien y el de robar bien.

[17] Dedos, en argot popular.

últimos años se iba a ver aliviada con el buen ver de una moza como tu Fandanga. Pero a lo hecho, pecho, y la Fortuna es ciega. A manos del compadre ha ío a parar, y de hombres es allanarse. *(Al* Salamanca.*)* ¿Que no, compadre?

El Salamanca.– Y ustez que lo diga...

(El Tuerto, *mientras tanto, ha ido escanciando*[18] *el vino y coloca los vasos sobre una banqueta, así como las raspas del bacalao. Se sientan todos en el banco, excepto el* Petate, *que permanece erguido, llevándose el vaso a los labios mientras parece contemplar las lejanías, por donde todavía llega el quejido musical de la «Nita y Nita».)*

El Pingajo.– *(Luego de beber.)* Menda es el primero en lamentar que tan gustoso bocao no puean compartirlo ustés...

El Tuerto.– Ahora los perdedores habemos de ahogar las penas en el vino y pensar en otras cosas. Que si nos detenemos a pensar en nuestra esgracia, no habría español que se atreviera a echar una copla en estos malos años de nuestras esgracias. Por eso, al mal tiempo, buena cara. Y en lo respective al casorio del Petate y la Fandanga, soy de la humilde opinión que esa boda tie que ser tan soná como se merece...

(Al oír esto, el Petate *sale de su contemplación y se vuelve a ellos lleno de orgullo.)*

El Petate.– ¿Cómo sonás? Sonás y resonás van a se las bodas del Petate y la Fandanga. Por éstas. Pos estaría de ver que la hija del tío Petate se casara así como así con este héroe de la manigua, que pa mí como si fue general. Brazo fino tie pa general el gachó. Pues sus digo que ni la boda del Alfonso, que en gloria esté, con la Tisiquita[19] va a ser tan soná como ésta. Pa que vea el mundo entero que en nuestra España no falta alegría ni majeza. Capaz será éste que lo es de asaltar el Banco de España, o,

[18] Arcaísmo. Echar vino.

[19] Se refiere a la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII.

cuando no, de arrancar toas las dentaduras postizas de la aristocracia e los madriles. Pos estaría bueno...

EL PINGAJO.– ¡Ele...! Así se habla, compadre. Que entuavía quea oro e las Américas...

EL SALAMANCA.– Las bodas tien que ser como las merece el pueblo. *(Al* PETATE*.)* Aquí ties estos «dátiles» *(Señala la mano.)* que se han queao un poco agorrotaos después de pasar veinticinco años en la trena; pero su dueño los va a poner en funcionamiento de moo y manera que no va a haber cartera que se los resista.

EL TUERTO.– Un servidor de ustés aportará to el vino que haga falta pa que ninguno quede sediente...

EL PINGAJO.– ¡Ele...!, sí señor. Así se habla. Que los amigos son pa las circunstancias. *(Levantando el vaso.)* ¡Y viva España y que se mueran los yanquis![20]...

EL TUERTO.– *(Correspondiendo al brindis.)* Ahí va este trago. ¡Por el Petate y la Fandanga...!

LOS OTROS.– ¡Por el Petate y la Fandanga! *(Palmotean al sorche, que, palpitante de felicidad, se deja acariciar.)*

EL PINGAJO.– Menúo salto... De beber orines y dormir sobre boñigas[21] a acostarse con la Fandanga en tiempos e paz... *(Levantando la cabeza de pronto.)* Y a too esto, ¿qué hora es, compadres?

EL SALAMANCA.– Las cuatro sonás son...

EL PINGAJO.– *(Levantándose.)* ¡Mi madre!... Tengo que pirármelas[22], que se ma había ío el santo al cielo...

EL PETATE.– ¿Que te ties que pirar? ¿Es que vas a dejar a la concurrencia?

EL PINGAJO.– Porque tengo que ir a asistir a mi tiniente...

EL PETATE.– ¿A asistir tú? Pero güeno... ¿Dende cuándo un héroe e las Antillas tie que cepillar las botas de nadie?

EL PINGAJO.– *(Muy confuso.)* Es que lo manda la ordenanza...

EL PETATE.– Ni hablar, chavea. Tú te queas hoy aquí. Nosotros te relevamos del servicio...

---

[20] Expresión que nos revela el desprecio a los norteamericanos, que por aquel tiempo se apoderaron de la isla de Cuba.

[21] Excrementos del caballo.

[22] Argot: irse.

EL PINGAJO.– *(Echándose la mano libre a la cabeza.)* ¡Mi madre..., que me afusilan...!

EL PETATE.– ¿Qué ices? ¿Y nosotros pa qué estamos? ¿Pa qué estamos aquí mi compadre el Pingajo y éste que lo es, que fueron los reyes del Hacho Ceuta[23] cuando la flor y la nata de la majeza española estaba confiná en aquellos amenes[24]? Que no hables más, que me desilusionas, chavea...

EL PINGAJO.– ¿Quién, yo? ¿Desilusionar?... Pero si mi señorito no tie una patá en el..., y hace lo que yo le mando... Yo lo decía porque le tengo voluntá; si no, ¿de qué?... *(Al* TUERTO.*)* Ponga otra ronda y me queo...

EL SALAMANCA.– ¡Ele los valientes...! Y ésta corre e mi cuenta... ¡Y vivan los novios...! *(Beben risueños y alegres los compadres.)*

EL PETATE.– *(Hablando con solemnidad.)* Tres cosas na más hay en este mundo que me tiran a seguir viviendo, y son por este orden: la franela el maestro Lagartijo, *(Al decir esto, se quita la gorra y baja la cabeza.)* el vino e mi compadre *(Hace una reverencia al* TUERTO.*)* y el brazo fino e mi yerno mi alma pal juego e la rana... Y a ver quién pué mentar otras tres maravillas...

EL SALAMANCA.– Las estocás de Frascuelo[25].

EL TUERTO.– *(Interviniendo.)* Güeno, no empecemos. No empecemos ya... Que hoy no va a ser día e disputas...

EL PETATE.– *(Sigue hablando sin hacer alusión a la mala salida del Salamanca.)* Y mire usté por dónde hoy tenemos aquí dos maravillas del mundo: el tintorro y el brazo el gachó de ultramar, que decía que iba a limpiar las botas a su tiniente. ¡Anda ya...! ¿De dónde, chavea? ¿Esos brazos finos van a emplearse en menesteres serviles? Cuando entoavía ties traza pa plantar cara al maestro e la tauromaquia y, cuando no, pa acariciar billetes en los salones de la mesa verde del Círculo e Bellas Artes, pongo por caso...

EL PINGAJO.– Pero también le tira uno la melicia, compadre. Y la güena voluntá a sus superiores.

---

[23] Presidio famoso de Ceuta. Hoy no existe. En *El Manolo,* sainete de don Ramón de la Cruz, se habla de este presidio.

[24] Giro popular: aquellos lugares.

[25] Famoso torero de la época. Él y el maestro Lagartijo eran los más populares.

EL PETATE.– No me vengas con sentimentalismos ahora, yerno e mi alma. Que toos sabemos el respeto que se tie a ese uniforme. Y que a nuestros oídos ha llegao el porqué del mote que te pusieron en las Antillas.

EL PINGAJO.– *(Que se yergue, muy fiero.)* ¿De qué mote está usté hablando? ¿De qué mote? Me lo puse yo mismamente cuando me tiraba el cerrao..., pa que se entere. Que poco me importa que los bureles me echaran pa arriba como un pingajo...

EL PETATE.– Y yo te creo... Pero mira si hay malas lenguas en el cuartel, que dicen que el mal nombre de Pingajo te viene por lo siguiente: de que, como no servías pa na en el combate, te plantaban con los brazos abiertos delante los mambises pa que se asustaran al ver tu jeta... *(El* PINGAJO *da un paso a él en actitud amenazadora, y él retrocede y rectifica.)* Que yo no lo digo, compadre y yerno; que son las malas lenguas del cuartel. Que te lo igo pa que no tengas tanto respeto a la melicia. Que yo te idolatro, yerno. *(Aminora el otro su fiereza mientras el* TUERTO *escancia más vino.)*

EL TUERTO.– Haiga paz, hombre, haiga paz... ¿A santo de qué tenéis que sacar ahora a relucir mote más o menos? Aquí no hay más que el soplar y planear la verbena e la boda... Arriba con el tintorro... *(Beben. El* PETATE *se limpia el morro y escupe; sonríe torvamente mirando al mozo de rayadillo.)*

EL PETATE.– ¡Ay compadre e mi alma, y qué jechuras tie el gachó! Cómo me subleva... Pa pensar en lustrar botas a un señorito... Tú ties que llegar aonde te mereces, y yo tengo que ayudarte, como aquí mis compadres, que pa eso estamos emparentando...

(Llega en este momento una mujeruca vestida con hábito morado de nazareno. Lleva prendidos en el pecho toda clase de escapularios y estampas de Lagartijo y Frascuelo. En la mano, unos cuantos folletos de profecías, gozos y milagros.)

LA MADRE MARTINA.– *(Con cantinela.)* Las profecías de la madre Rafols[26]. La llegada al mundo del Espíritu Santo y el fin de la barbarie antirreli-

[26] Profetisa catalana de finales de siglo. Se publicaron sus profecías y predijo la Guerra Civil española. Era también monja.

giosa. Por quince céntimos las vendo, pa los pobres de san Bernardino... Tengo también escapularios benditos del Sagrado Corazón y la Inmaculá... *(Los hombres dejan de hablar y la contemplan con malicia. La* MADRE MARTINA, *cambiando el tono y con sonrisa picaresca:)* Y también tengo a los maestros Lagartijo y Frascuelo, a dos céntimos la estampa...

EL PETATE.– Haber empezao por ahí...

LA MADRE MARTINA.– Tengo pa toos los gustos... *(Al* TUERTO.*)* ¡Ay!, sácame una copita e cazalla pa ver si me se pasa esta angustia que llevo...

EL TUERTO.– Ya va... Y hoy sales conviá, mae Martina, que estamos de celebración... *(La* MADRE MARTINA *demanda con gestos un rincón del banco y se sienta sofocada.)*

LA MADRE MARTINA.– ¡Ay, hacedme un sitio..., que la cuesta m´ha dejao sin resuello...! ¿Y qué se celebra?

EL PETATE.– *(Muy ceremonioso.)* Esponsales...

(El TUERTO *entró dentro por la copa de cazalla.)*

LA MADRE MARTINA.– *(Fingiendo extrañeza.)* ¿Esponsales? ¿Y de quién?, si pue saberse.

EL PETATE.– De mi Fandango e mi alma con aquí el melitar...

LA MADRE MARTINA.– *(Persiguiéndose.)* ¡Ave María Purísima...! ¿Que vas a casar a esa criaturita de Dios?

EL PETATE.– ¿Por qué te asombras, beatona?

LA MADRE MARTINA.– ¿No me voy a asombrar? Si entoavía es un angelito.

EL PETATE.– Hizo los trece por San Cayetano.

LA MADRE MARTINA.– ¿Y lo sabe la Carmela? *(Cogiendo la copa que le trae el* TUERTO.*)* Gracias, hijo; que Dios te lo pague...

EL PETATE.– ¿Y qué contra le importa a la Carmela? El padre es quien decide...

LA MADRE MARTINA.– *(Echándose la copa al coleto.)* Pos a la saluz del matrimonio... *(Luego de beber.)* Madre Santísima de la Esperanza... La Fandanga... Cuando una l´ha tenío en brazos... ¡Ay, cómo pasa el tiempo! *(Al* PINGAJO.*)* Que te aproveche, mozo... *(Se levanta.)* Y ahora me voy... A ver si me estreno...

EL SALAMANCA.– ¿Ya te vas?

La madre Martina.– A ver si la Virgen Santísima quie que me estrene...

El Tuerto.– ¿Pos no venías tan cansá?

La madre Martina.– Los pobres no poemos descansar...

El Petate.– Lo que vas a correr el cuento por el barrio... Mía por donde ya tenemos pregonero...

La madre Martina.– *(Volviéndose cuando ya salía.)* Voy a hacer un mandao en ca unas señoritas de bien... A la Cuesta de San Vicente...

El Petate.– *(Riendo con mala intención.)* ¿Y qué mercancía llevas a esas señoritas? ¿Polvos de pae Claré[27]? *(Risas de los otros.)*

La madre Martina.– *(Muy enfurecida.)* Tus hígaos envenenaos, compadre... Tu lengua, que debía estar en la boca e los perros... Llegará un día en que tengáis que ir rezando el rosario por las calles... Aquí lo dice una santa de estos tiempos... ¡Ay, quién pudiá verlo...! *(Los otros siguen la burla.)*

El Petate.– Pero vuelve acá, beatona... Tómate otro trago...

La madre Martina.– *(Ya desde fuera.)* ¡Te la metes ande te coja, camastrón[28], guaja[29]...! *(Crecen las risas.)*

El Salamanca.– Tie chiste la vieja...

El Petate.– Ésa... es más lista... Tie guardaos doblones de los de América. Ésa, esa...

El Tuerto.– Nos da ciento y raya a nosotros...

El Petate.– Yo estoy siempre de broma con ella... Ahora va con el cuento a la Carmela. Pa eso la convidamos... *(Guiñando un ojo al* Tuerto.*)* ¿No es así, compadre? *(El* Tuerto *asiente guiñando otro ojo. El* Petate *coge un vaso y se lo lleva al* Pingajo.*)* Echa otro trago, Pingajo e mi alma... Y no amurries la jeta[30], gachó..., que muchos quisián estar en tu pellejo... Vas a ver qué migas te adereza mi Fandanga y cómo te vas a chupar los dátiles. S´acabó el cucharón y pasó atrás[31]... Ni sonás que las vamos a hacer... Con capa esclavina y revueltas colorás y pantalón ajustao quieo

---

[27] Se refiere a san Antonio María Claré, confesor de Isabel II. Tiene la frase una irónica y doble intención.

[28] Disimulado o astuto. En este contexto puede tener también sentido de «viejo verde».

[29] Granuja, golfo.

[30] Frunzas el ceño. Expresión suburbial.

[31] Frase militar que aludía al modo de distribuir el rancho, puestos los soldados en hilera y retrocediendo al recibir el cucharón de bazofia. («Bazofia»: comida mala.)

verte... O cuando no, si te tira el uniforme, de brigadier con entorchaos[32]... Lo vas a ser, por mi madre... Te lo juro que lo vas a ser... Si en este año de mil ochocientos noventa y ocho s´ha acabao nuestro poderío melitar, según dicen los papeles, este año también va a empezar el reino e Jauja en la tierra... ¡A vivir, que la vía es corta! ¡Y que viva España irridenta...!

LOS TRES.– *(Levantando el vaso y con mucha sorna.)* ¡Viva...!

(Las risas enlazan con el canto de la «Nita y Nita» infantil, mientras se hace oscuro.)

ESTAMPA SEGUNDA

Interior de la cueva. Al fondo, la entrada que tapa una cortinilla de estera. Paja y jerones. Sartenes y cacerolas. A la izquierda, un anafre[33] *de donde sale un tufo de gallinejas fritas. Objetos heterogéneos. En la pared terriza, estampas de la Virgen del Carmen y de Lagartijo. La* CARMELA *cose sentada en una divertida silla de paja, junto a la puerta, aprovechando el hilillo de la luz que atraviesa la cortinilla. En el rincón, junto al anafre, el bulto negro de una bruja avienta las brasas con un soplillo. Llega desde fuera el continuo canto de la «Nita y Nita», que se acompasa a los suspiros de la vieja guisadora. Se alza de pronto la cortinilla de la entrada y aparece la visión de la* MADRE MARTINA.

(A la CARMELA *se le ilumina el rostro.)*

LA MADRE MARTINA.– Ave María Purísima...

LA CARMELA.– Sin pecado concebida sea por siempre... Amén. Pasa, madre, y sosiega un ratito... Aquí estoy de costura...

(Entra la beata y busca donde sentarse, haciéndolo en un montón de sacos destripados[34]*.)*

---

[32] Un grado militar de la época, hiperbolizando el grado de brigada.

[33] Hornilla.

[34] Sacos rotos.

La madre Martina.– *(Dirigiéndose a la bruja que guisa.)* Buenas tardes dé Dios a la agüela...

La agüela.– Grmmmmmm...

La Carmela.– ¿Qué traes de bueno por estos andurriales?

La madre Martina.– A darte los parabienes vengo.

La Carmela.– ¿Parabienes dices? Si así llamas a la miseria que nos envía Dios Nuestro Señor, razón llevas...

La madre Martina.– ¿Y no habían de ser parabienes los que te ha de traer el casorio de tu chica?

La Carmela.– *(Deja de coser.)* No te he oído bien... ¿Quieres hablar más alto?

La madre Martina.– Te estoy hablando del casorio e tu chica, la Fandanga.

La Carmela.– ¿Qué casorio?

La madre Martina.– A ver si no vas a estar diquelá[35] de lo acontecío.

La Carmela.– Por mis muertos que te juro que no sé de qué me hablas...

(Como quiera que el freír de las gallinejas y un canturreo espeso de la bruja, que da cabezadas junto al hornillo, dificulta las palabras, la Carmela, *sin levantarse, arrastra su silla hasta pegarse a la beata.)*

La madre Martina.– Pues en la venta el Tuerto anda tu Petate celebrando el compromiso. A mí me convidaron a aguardiente.

La Carmela.– Pero ¿qué compromiso? Explícate, mujer... *(Se vuelve a la bruja.)* ¿Está usté oyendo, madre? *(La* agüela *gruñe de nuevo y avanza lenta hacia las dos mujeres.)*

La madre Martina.– *(Habla con suavidad monjil muy estudiada y artera.)* Pues otra cosa no te sabré decir, sino que tu hombre acaba de decirme que ha comprometío en matrimonio a tu Fandanga con uno que lleva uniforme de sorche y al que dicen, por mal nombre, el Petate... *(La* Carmela *levanta la cabeza asombrada.)*

La Carmela.– ¿Oye usté esto, madre? ¿Está usté oyendo? Aluego dirá que no me conformo con mi suerte y ando maldiciendo la tierra y el cielo con este hombre que me eché[36], que me está empujando a la fosa... *(La*

[35] Estar enterada. Argot.

[36] Expresión popular, muy gráfica, equivalente a «este hombre con el que estoy casada, o me acuesto con él sin estar casada».

voz se le quiebra de dolor.) Lo que se le ocurre ahora a ese presidiario: no escuchar consejo de madre, pa entregar a la hija e mis entrañas al primer guaja que encuentra por esas tascas... *(Se mesa el cabello.)* Pero, Virgen Santa e La Paloma, ¿por qué no me llevas contigo? ¿Por qué?

La madre Martina.– Hija, cálmate... Pues sí creí que estabas tú al tanto de lo acontecío... ¿Iba yo a venirte con cuentos si no hubiá creío que ya diquelabas en la cuistión? Así resulta que el tío Petate te busca las vueltas pa hacer de su capa un sayo[37], sin pasarse a mirar en los hijos de Dios. Es una señal de los tiempos bárbaros que corren. Bendita sea la madre Rafols, que ya anuncia el final de esas desgracias...

(La beata tose atragantada por el humazo de las gallinejas que se queman en la sartén.)

La Carmela.– ¡Ay, mi hija e mis entrañas! ¡Que quien robármela...! ¿Qué ice usté, madre?

La agüela.– *(Clavando sus ojos en la beata.)* ¿Hay parneses[38] por el medio?

La madre Martina.– ¿Parneses dice usté, agüela? El novio es un melitar sin graduación, por lo que han visto estos indinos ojos. Chiste tendría que un pillo de ésos tuviá parneses, cuando no los tié ni el mismo general Veiler[39], al decir de los que saben...

(Angustiada, la madre salió de la cueva y volvió abrazando a una chiquilla de trece años, mugrienta, que se lleva un pirulí a la boca.)

La Carmela.– *(Presentando a su hija a las mujeres, forma la figura de un tapiz medieval y patético.)* Mirad, mirad y decidme si esta criatura de Dios merece que la deshojen tan temprana[40], como un capullito en flor... *(Da grandes besos a la pequeña, que se debate asustada.)* Miren si no habrán de pasar por encima e mi cadáver antes e que consienta semejante crimen...

---

[37] Ir a su avío (o lo que es igual: ir cada uno a lo que le conviene).

[38] Dinero.

[39] Capitán general del 1898 que estuvo en las guerras de Cuba y Filipinas.

[40] Expresión metafórica, muy poética, sobre el acto de perder una muchacha la virginidad.

(La beata mueve la cabeza cariacontecida, mientras la bruja permanece meditabunda.)

LA FANDANGA.– *(Debatiéndose entre los brazos de su madre.)* Déjeme ir a jugar, madre...

LA CARMELA.– *(Besándola enloquecida.)* Hija e mis entrañas... Paría con tanto dolor y miseria...

LA MADRE MARTINA.– Mujer..., que vas a asustar a la chica...

LA FANDANGA.– Güeno, madre..., que me suelte... *(La chica chupa el pirulí y mira con bobotes ojos de pepona de feria.)*

LA CARMELA.– No salgas, mi vía. Quéate aquí dentro a jugar, no sea que te vaya a coger el «sacamantecas». ¿Es que no has oío hablar del sacamantecas[41]?

(La CARMELA *se ha dejado caer en la silla, sin dejar de sujetar a la pequeña, que gimotea.)*

LA MADRE MARTINA.– Hija, pero quién sabe si tus temores va a ser infundaos, ni tampoco si la Divina Providencia ha querío encaminar el casorio pa bien...

LA CARMELA.– ¿Cómo va a ser pa bien? ¿Cómo va a hacer algo a derechas mi Petate? ¡Ay, madre mía, mi hija...! *(Al echarse las manos a los cabellos para mesárselos de nuevo, la niña escapó y se fue a cantar la «Nita y Nita».)* ¡Hija...! *(Se vuelve ahora a la bruja.)* ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? Aconséjeme, mi madre... *(Se vuelven las dos a mirar a la vieja.)*

LA AGÜELA.– Unas hierbas malas aderezás pal que consintió eso...

LA MADRE MARTINA.– *(Persignándose.)* Ave María Purísima... Bendita madre Rafols, pon tu mano poderosa...

(La vieja, después de otro gruñido, se fue a echar una mano a las gallinejas, que se quemaban. Removiéndolas, la vieja habla sola.)

---

[41] Personaje de la crónica de sucesos truculentos, que afirmaban secuestraba a los niños para chuparles la grasa.

LA AGÜELA.– Un zumo e beleño en el caldo y el «gori-gori» a las doce el Ángelus...

LA CARMELA.– *(Llena de fiereza.)* Capaz soy de darle a mamar esas hierbas al criminal que me ha hecho desgraciá si mantiene su palabra. ¡Por éstas!

LA MADRE MARTINA.– *(Que se vuelve a persignar.)* ¡Ay, tiempo de desgracias y bien de desgracias, que por un lao cañonean barcos y por otro nuestra honra! Así va nuestra España dando tumbos a la fosa común, aonde iremos toos a parar...

LA CARMELA.– *(Llorando inconsolable.)* Casar a mi Fandanga, a mi Fandanguita, con el primer guaja que se le ha venío a las manos. ¿Y qué pinta esta tarasca[42] aquí, que ni consejo tie que dar pa la feliciá e su chica? ¿Es que no la parí yo? ¿Es que no tuve que apretar un pañuelo de yerbas en la boca, madre, cuando me vi en aquel trance? ¿Y pa eso tie una que sufrir y malcomer, y pedir de puerta en puerta pa las madres agustinas de Canillejas, que la enseñaban labores finas como si fua una señorita de la cae el Arenal? ¡No hay Dios! Lo que pasa es que no hay Dios...

LA MADRE MARTINA.– *(Levantándose y tapándose los oídos.)* Calla, calla mujer, que no temes al Señor... No me hagas oír esas blasfemias. *(Elevando los ojos al cielo.)* Señor, en reparación y desagravio: Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, vénganos el tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

LA AGÜELA.– El pan nuestro de cada día... *(Sigue en tono bisbiseante. La* CARMELA *sigue sollozando y mesándose los cabellos.)*

LA CARMELA.– Pus no lo voy a consentir. ¡Ea! ¡No consentiré que se lleven a la hija e mis entrañas. Pasarán antes por mi cadáver! ¿Pa qué quiero vivir, si he de ver a la hija e mis entrañas en el lupanar?

LA MADRE MARTINA.– Pero hija, ten calma y mira primero si no será la mano del Señor la que marca el camino a esa tierna ovejita...

LA CARMELA.– ¡No hay Dios...! ¡No hay Dios...!

LA MADRE MARTINA.– Ave María Purísima...

(Empezaba ya de nuevo con el rezo, cuando se levanta la cortinilla para dar paso a los tres granujas: el PETATE, *el*

[42] «Tarasca», mujer grande y peleante. Sentido figurado.

Pingajo y el Salamanca, que llegan suficientemente «ajumados»[43] *como para no percatarse de la situación. Traen botellas de vino en la mano. El tío* Petate *está en medio, apoyándose en la cachava como un patriarca bíblico. Es él quien percibe en seguida a la beata.)*

El Petate.– *(Señalando con la cachava*[44] *a la de los escapularios.)* ¿No sus lo dije? Ahí la tenéis... Ya vino con el cuento, la beatona. U séase[45] que no hay más que añadir... Pasar y acomodarse como queráis... *(A la* Carmela.*)* ¿Aónde anda la chica? *(La* Carmela *se lanza como una leona contra su hombre e intenta arañarlo.)*

La Carmela.– ¡Criminal, canalla, hijo e mala madre...!

(El tío Petate, *que no se mantiene muy derecho, vino a tambalearse ante la acometida de la hembra, y tienen que sujetarle los compadres. Una vez rehecho, enarbola la cachava y corre tras de la mujer, que, asustada, va a hacerse un ovillo en el rincón junto a la vieja. Ante los horrorizados ojos de los que contemplan la escena, el borracho levanta la cachava para partirle la cabeza.)*

La Carmela.– ¡Socorro...! ¡Que me mata...! ¡Socorro...! *(Oportunamente, la bruja se interpone entre el hombre y la mujer, blandiendo la sartén llena de sebo ardiente y dispuesta a quemarle la cara al agresor.)*

La agüela.– Ahora te dejo ciego, hijo e Satanás...

(El rufián tiene que retroceder. Disfraza su impotencia con una sonrisa.)

El Petate.– Habráse visto la Genoveva e Brabante[46] esta... Esperarse, que ya la cogeré a solas y aprenderá la licción... Por reverencia a su anciana

---

[43] Borrachos.

[44] Véase la nota 12.

[45] Expresión vulgar equivalente a «o sea».

[46] Genoveva de Brabante, personaje melodramático de una novela de las llamadas «novelas por entregas», que se leía mucho.

madre, lo dejo pa luego... *(Mientras tanto la beata se deslizó fuera y la vieja volvió a su guiso, mascullando maldiciones... El* Petate, *a los compadres, que siguen en la puerta.)* Pero pasar y a sentarse aonde podáis y no sus estéis ahí como pasmarotes. Otra cosa no tengo que ofreceros...

El Salamanca.– Estás cumplío, hombre...

(El Pingajo *y el* Salamanca *se sientan donde pueden y dejan las botellas de vino en el suelo.)*

El Petate.– Me cachis[47] en mi negra suerte con la leona esta que me eché... *(Enarbola de nuevo la cachava, y la vieja la sartén. Al punto, el uno baja la cachava y la otra vuelve al fuego la sartén.)* ¿Y aónde está la chica? La quiero ver aquí en seguía. ¿Me estáis oyendo? *(Levanta la cortinilla y llama.)* ¡Fandanga, fandanga...!

(Aparece al fin la beata, llevando de la mano a la Fandanga.*)*

La madre Martina.– Aquí ties a la chica... No grites tanto, que no semos sordos...

(El Petate *acaricia a la pequeña, que sonríe. La* Carmela, *en el rincón, llora apesadumbrada, mientras la vieja sigue con su guiso.)*

El Petate.– Ven aquí, entrañas mías. Que ya sabes que tu pae te quie más que la niña e sus ojos... ¿Y tú quies a pare?

La Fandanga.– Chiii...

La madre Martina.– ¿A quién quieres más: a padre o a madre?

La Fandanga.– *(Sonriendo y con picardía.)* A padre...

(Suben de tono los sollozos de Carmela. *La beata va ahora a consolarla. La otra se vuelve de espaldas, rabiosa.)*

[47] Expresión popular que aquí tiene un valor semántico equivalente a «contrariedad» o «coraje».

El Petate.– *(Llevando a su hija hasta el sorche.)* Anda, da un beso a este señor, que te quie mucho y te va a llevar con él...
La Carmela.– No..., no...

(La beata procura tranquilizarla.)

La Fandanga.– *(Mirando al* Pingajo.*)* ¿Quién es?
El Petate.– Un señor que te quie mucho... *(El* Pingajo *saca del bolsillo un pirulí y se lo ofrece sonriendo. La niña lo coge en seguida.)* ¿Cómo se dice?
La Fandanga.– Gracias...
El Petate.– Anda, ahora dale un beso. ¿No quies darle un besito?

(La niña, acuciada por su padre, da un beso en la mejilla al Pingajo, *que la planta otro. La* Carmela, *al ver aquella ternura, parece calmarse un poco.)*

El Pingajo.– Dime, ¿cómo te llamas?
La Fandanga.– Conchuelito Marqués, pa servil a Dios.
El Petate.– *(Interrumpiéndola.)* ¿Qué es eso de Conchuelito?¿Cómo te llamas de verdad?
La Fandanga.– *(Sonriendo y con la boca llena.)* Fandanga... *(El padre se la come a besos. Luego le recoge el pelo con su manaza.)*
El Petate.– Te vamos a vestir de novia y vas a estar muy guapa, reguapa...
La madre Martina.– ¿Es que la vas a casar por la Iglesia?
El Petate.– *(Soltando una ruidosa carcajada.)* Amos anda[48]... ¿Qué te has creído?... Por la Vicaría e los Gatos[49], como se han jecho siempre los casorios de mi linaje... Rompiendo el puchero[50].

(La madre se persigna horrorizada. La Carmela *parece ya más calmada y se limpia las últimas lágrimas con la esquina del delantal.)*

---

[48] Expresión popular madrileña equivalente a «vamos, anda». Semánticamente equivale a algo no creíble.
[49] Dicho popular que quiere decir casarse sin ir a la vicaría o juzgado.
[50] Costumbre gitana que se hacía después de pasar y formalizar el casamiento en la vicaría. Romper el puchero equivale a romper una vasija de barro.

La Carmela.– *(En voz queda, a la beata.)* Pos el chico paece fino...

La madre Martina.– ¿Lo estás viendo? Too no van a ser desgracias...

El Petate.– *(Al* Pingajo*.)* Pos aquí ties lo que te toca, compadre. Y delante estos testigos, que son el Salamanca y la mare Martina, te la ofrezco pa esposa pa toa la vía... Ya ves tú qué rosita temprana te llevas, compadre. Mía lo que trae el juego. Mía cómo tu habilidaz en el juego e la rana se ve compensá con estas carnes prietas y esta piel de nieve, que parece mismamente requesón fino e la sierra. Pa ti pa toa la vía. Pa que veas quién es tu compadre. El Petate. Y ahora sólo falta concretar el día del casorio. Y, entre tanto, amos a festejarlo en esta casa que lo es... Po ahí suena el rumor de una fritura o gallinejas, y vino no falta. Tos estáis convidaos. He dicho.

(La Carmela *se había levantado de su rincón y se acercó al sorche para contemplarlo. Parece no disgustarle del todo.)*

La Carmela.– *(Al* Pingajo, *mientras acoge a la niña en su regazo.)* Es tan inocente la pequeña entoavía... Anda con las monjas e Canillejas. Pero bien se ve que usté procede de buena cuna. *(Llora ahora lánguidamente.)* Lo que pasa es que una madre es una madre...

El Petate.– *(Con sorna.)* Genoveva e Brebante... *(Volviéndose a la vieja.)* Usté: a ver esas gallinejas... Y poéis ir poniendo los manteles...

El Salamanca.– *(Que ha sacado de debajo de su blusa un frasco de aguardiente.)* Mía lo que mangué en la venta[51], compadre...

El Petate.– ¡Ele...! Así se entra con buen pie. Tampoco tú hubiás sío mal yerno, compadre... *(Coge la botella de anís y se la muestra a la vieja.)* Anisete del que a usté le gusta, agüela...

(La vieja se relame, y con ello se derrumba la última defensa patriarcal. La Carmela, *muy diligente, prepara una mesa con cajones y la vieja da la última vuelta a las gallinejas.)*

[51] «Mira lo que robé».

LA CARMELA.– *(A la beata.)* No te vayas, madre. Prueba antes las gallinejas. Pa que se te quite el sofoco... *(La* MADRE MARTINA *hizo un mohín y se sentó. La vieja coloca sobre la mesa improvisada la sartén de gallinejas. Al* PINGAJO*:)* De haberlo conocío en denantes, me hubiá ahorrao la sofoquina... Sus ojos dicen que es usté un alma güena...

EL PETATE.– Le condecoraron en las Antillas sin disparar un tiro...

LA CARMELA.– *(Cruzando las manos.)* Madre mía de los Dolores, si tendrá mérito...

EL PINGAJO.– *(Modestamente.)* En el cuartel me señalan paga e sargento.

LA CARMELA.– *(A la beata.)* Ahora comprendo que Dios es misericordioso, y yo lo negaba. Pecaora de mí, que lo negaba.

(El PETATE *levanta ahora, aunque en son de broma, la cachava, y simula un golpe en la cresta de su mujer. La vieja se apodera de la botella de anís y se echa un gran lingotazo mientras se hace oscuro.)*

ESTAMPA TERCERA

Zaguán del cuartel. Un CENTINELA *apoyado en el fusil cabecea somnoliento. Espatarrados en un banco, dos o tres sorches de la guardia fuman, dormitan y cuentan chistes. La luz sucia de las paredes agiganta sus siluetas. En el cuerpo de guardia, el señor* TENIENTE, *arrellanado en la butaca, se ha quedado dormido. El sable, como un rayo de plata, cae hacia un costado. En el regazo, las hojas abiertas del novelón de Luis de Val. Sólo sus bigotes tiemblan al unísono de los ronquidos. El* PINGAJO *llega, arrugado, tambaleante y lleno de hipo, hasta donde están los* SOLDADOS *sin que el* CENTINELA *repare en él. Los* SOLDADOS *le reciben con chunga.*

SOLDADO 1.– ¡La madre que me parió! Guipar cómo viene ese gachó...

EL PINGAJO.– *(Saludándoles con sorna.)* A las órdenes de vuecencia, mi general... ¡Plam! *(Se queda firme, tambaleante, con la mano puesta en la sien, como mandan las ordenanzas. Los* SOLDADOS *se desperezan, relamiéndose de gusto ante aquel entretenimiento.)*

SOLDADO 2.– *(Siguiendo la farsa.)* Baje usté la mano, coronel... ¿De qué casa de zorras viene usté a estas horas de la madrugá?

EL PINGAJO.– D´en ca[52] mi novia, paisano general...

SOLDADO 3.– La ley que me dieron, tú... ¿Habéis oído la noticia? Que el gachó se ha echao novia... ¿Y quién es la agraciá?, si pue saberse.

EL CENTINELA.– *(Chistando a los* SOLDADOS.*)* ¡Chisss...! A ver si sus calláis, que han tocao silencio... *(Las voces se hacen susurrantes.)*

SOLDADO 2.– Ven acá, Pingajo... A ver, dinos: ¿Cómo asustabas a los mambises[53]? Abra los brazos... ¡Ar!

PINGAJO.– Que los abra la púa e tu madre, so mamón.

SOLDADO 1.– *(Al* SOLDADO 2.*)* Déjale, que está ajumao...

SOLDADO 2.– Por eso... *(El* SOLDADO 2 *abre los brazos imitando al espantapájaros y da vueltas alrededor del* PINGAJO *diciendo:)* ¡Huuuhh!

(Los otros le imitan, y los tres granujas envuelven en sus revoloteos de murciélago al pobre PINGAJO, *que intenta dirigirles un puñetazo sin éxito, para acabar cayéndose al suelo entre las rodillas de sus compañeros.)*

EL CENTINELA.– ¡Que sus calléis..., me cagüen la leche, que me van a pelar, y sus pelo yo antes...!

(Los encara con el fusil. Los SOLDADOS *se divierten con el pobre* PINGAJO. *Le arrancan el bonete de la chola y le dan coscorrones muy divertidos.)*

SOLDADO 1.– *(Canturreando.)* Quinto levanta, tira de la manta. Quinto cabrón, tira del mantón.

SOLDADO 2.– ¡Aaayy...!

(Este chillido largo proviene del mordisco que le ha dado en el tobillo el PINGAJO. *El mordido se lanza sobre el mor-*

---

[52] «De casa.» Expresión muy vulgar, propia de persona analfabeta.

[53] Guerrilleros cubanos.

dedor, y los otros le ayudan a darle de puñaladas sin respeto al brazo roto. El PINGAJO *chilla. El pobre* CENTINELA *no sabe qué hacer, y parece dispuesto a disparar su arma. Afortunadamente, llega de improviso un* SARGENTO *con el uniforme arrugado, las cartucheras aplastadas y la cara boba de quien sale de un sueño. Lleva en la mano un correón doblado y casi sin abrir los ojos, ni reparar en quién da, empieza a suministrar zurriagazos a granel, mientras el* CENTINELA, *con un suspiro, vuelve a su puesto muy tieso. Aún tardan un rato los contendientes en sentir los escozores del cuero. Pero cuando ven ante si al* SARGENTO, *se ponen firmes. Sólo queda en el suelo el* PINGAJO, *que se tapa la cabeza con su brazo sano para evitar los golpes que caen sobre él.)*

EL SARGENTO.– ¿Otra vez tú, calamiá? ¿Otra vez tú..., Pingajo y Repingajo?

(Los otros se ríen contemplando esto. En su guarida despertó el señor TENIENTE, *y acude a ver lo que sucede.)*

EL TENIENTE.– ¡Eh..., sargento..., sargento...!
EL SARGENTO.– *(Cuadrándose ante el* TENIENTE.*)* A las órdenes de usté.
EL TENIENTE.– *(Señalando al* PINGAJO.*)* Tráeme a ese sujeto ahora mismo.
EL SARGENTO.– Por ahí te llaman...

(El dolorido PINGAJO *se levanta, restregándose la cara, y muerto de miedo, se cuadra ante el* TENIENTE, *mientras los otros sonríen, divertidos.)*

EL TENIENTE.– *(Al* PINGAJO.) Ven acá, pollo, que te tengo que dar un recaíto en la oreja... *(El* TENIENTE *coge por la oreja al* PINGAJO *y lo arrastra dentro. Los otros* SOLDADOS *se acercan con ánimos de asistir a la escena.)* ¡Fuera..., fuera de aquí...! Que no sus vea a tres leguas... Tú, *(Al* SARGENTO.*)* espántame las moscas y que haiga orden[54]...

[54] «Que haya orden.» Revelación de la incultura del teniente.

EL SARGENTO.– A sus órdenes...

(El SARGENTO *se lanza contra los otros enarbolando el zurriago y sacudiéndoles hasta llevárselos por delante.)*

EL TENIENTE.– *(Que ha arrastrado al* PINGAJO *hasta el cuerpo de guardia, se planta en jarras ante él.)* ¿De dónde vienes a estas horas, pimpollo?

EL PINGAJO.– *(Señalando el brazo en cabestrillo y con voz llorosa.)* M´han vuelto a partir el brazo...

EL TENIENTE.– Pos ahora te voy a quebrar yo el otro, sinvergüenza, golfante... ¿A ti te parece bonito abandonarme estando de servicio pa marcharte por ahí de naja[55], como si fuas el general?

EL PINGAJO.– La culpa de too la tien las mujeres, mi tiniente...

EL TENIENTE.– *(Interesado.)* ¿Las mujeres? ¿Así que has andao de zorreo por ahí, so granuja? *(Pausa.)* ¿Y cómo estaba la prójima?

EL PINGAJO.– *(Relamiéndose.)* De rechupete, mi tiniente...

EL TENIENTE.– Pos ya me poías haber traío un peazo pa probarla, so egoísta.

EL PINGAJO.– *(Arrastrándose a esta tabla de salvación.)* Se la traigo mañana. Trece abriles, mi tiniente...

EL TENIENTE.– *(Que se ha aplacado lentamente, se sienta.)* Qué puñetero... Cuenta, cuenta...

EL PINGAJO.– Apretaíta en carnes, apretaíta, mi tiniente, que da gusto verla... Intazta, pero intazta...

EL TENIENTE.– *(Vuelve a montar en cólera.)* ¿Y no te da vergüenza suministrarte a una chavalilla así, granujón?

EL PINGAJO.– Si me la da su padre...

EL TENIENTE.– *(Asombrado.)* ¿Que te la da su...?

EL PINGAJO.– *(Con orgullo.)* Me la gané jugando a la rana...

EL TENIENTE.– *(Totalmente enfurecido.)* ¿Será trolero el tío?... Y la jumera que trae, y entoavía me toma por tonto y yo me lo voy a creer... Te voy a eslomar...

EL PINGAJO.– *(Retrocediendo.)* No... No..., que mañana la ve usté. Se lo juro por toos mis muertos... Que mañana se la traigo...

---

[55] Argot popular: «irse». En este contexto significa: «irse libremente».

El teniente.– Es que si mañana no me la traes, doy parte por escrito pa que t´afusilen por desertor...Mía éste...

El Pingajo.– Mañana la tie usté en su casa, como me llamo...

El teniente.– *(Interrumpiéndole y con sorna.)* Pingajo...

El Pingajo.– *(Bajando la cabeza.)* Sí, señor..., como que me llamo Pingajo.

(El teniente *se sonríe, relamiéndose de gusto ante aquella perspectiva. Pero al instante vuelve a enfurecerse.)*

El teniente.– Pero bueno..., y eso de dejar abandonao a tu teniente too el día, ¿qué?

El Pingajo.– *(Suplicante.)* La culpa la ha tenío esa mujer...

El teniente.– ¿Esa mujer? Pos primero soy yo, tu superior, tu amo... Espera, que no te vas a ir de rositas[56]...

El Pingajo.– *(Lloriqueante.)* No me pegue usté, que tengo el brazo partío...

El teniente.– No te preocupes, que no te daré en el brazo... *(Señala un lugar de la pared.)* Anda..., tráeme el código de justicia militar... ¿Me has oío? *(El* Pingajo *va a la pared y descuelga el «Código de Justicia Militar», que no es otra cosa que una buena fusta.)* Amos a ver si eres tan macho aquí como con las chavalas de trece primaveras... Abajo la chola[57]... *(El* Pingajo *obedece y se coloca en posición, presenta sus redondas posaderas al* teniente.*)* Amos a ver cómo suena este tambor que ya hace tiempo que no lo habíamos oío... *(Empieza a descargar los fustazos en el pompis del* Pingajo.*)* Ran..., ratamplam..., ran..., rataplán..., plam..., plam..., plam..., plam... *(El* Pingajo *aguanta la tunda guiñando los ojos. El* teniente, *luego de descargar los golpes:)* Bueno..., por hoy basta... *(El* Pingajo *se yergue y no puede por menos que llevarse la mano a la parte dolorida, mientras el* teniente *sonríe y cimbrea el zurriago.)* ¿Qué..., pica?

El Pingajo.– *(Bromeando.)* Regular...

El teniente.– ¡Qué chulapo eres!... La otra ración te la dejo pa mañana si no me traes ese bombón...

El Pingajo.– Se la traigo... Por mis muertos que se la traigo...

---

[56] «No te vas a ir libremente, sin castigo.»

[57] En sentido popular, bajar la cabeza.

EL TENIENTE.– Júramelo...

EL PINGAJO.– Que me quede muerto aquí mismo si no se la traigo...

EL TENIENTE.– *(Que sigue amenazador, agitando la fusta.)* Es que si no me das ese gustazo, me daré yo el gusto de darle al tambor[58]... ¿Estás?

EL PINGAJO.– Si, mi tiniente... Descuide usté...

EL TENIENTE.– *(Entregándole la fusta.)* Ahora vuelve a su sitio el «código de justicia militar»...

(El PINGAJO *obedece de buen grado.)*

EL PINGAJO.– *(Con un suspiro de satisfacción.)* Que se quede colgao pa toa la vía...

EL TENIENTE.– Ya te se ha pasao la jumera. No hay otra cosa que cure mejor que el palo. Si en los ejércitos hubiá más palo, no nos abrían zumbao los yanquis.

EL PINGAJO.– Y usté que lo diga.

EL TENIENTE.– *(Ha vuelto a sentarse. El* PINGAJO, *en pie delante suyo.)* Bueno; ahora prosigue... ¿Está apretaíta?

EL PINGAJO.– Mañana la rompemos el virgo entre usté y yo. *(El* TENIENTE *ha sacado una botella de aguardiente y se echa un trago.)*

EL TENIENTE.– *(Luego de beber y ofreciéndole al asistente.)* Anda, echa un trago, y así empalmas una con otra...

EL PINGAJO.– *(Muy chulón.)* Se agradece... *(Se echa un lingotazo.)* Qué bueno es usté...

EL TENIENTE.– *(Guiñando un ojo.)* Eso está mejor que el código... Bueno. Ahora asiéntate y amos a hablar como buenos amigos... *(El* PINGAJO *obedece, pero al sentarse no puede evitar un estremecimiento, que provoca la hilaridad del oficial.)* Qué delicao eres de trasero, chavea...

EL PINGAJO.– Menda es muy sensible...

EL TENIENTE.– *(Que se ha echado otro trago.)* ¿Así que mañana me traes la hembra?

EL PINGAJO.– Mañana sin falta...

EL TENIENTE.– *(Ofreciéndole el frasco.)* Bebe... *(El otro bebe.)* ¿A qué hora?

---

[58] «Me daré yo el gusto de darle a las posaderas.»

EL PINGAJO.– Sus papás me la dejan pa que la lleve a su paseo por el Retiro. Después la traigo, la subo a su cuarto y...

EL TENIENTE.– Primero, yo...; luego, tú...

EL PINGAJO.– Naturaza.

EL TENIENTE.– La poemos colocar de cantinera...

EL PINGAJO.– Figurará como mi esposa...

EL TENIENTE.– *(Incrédulo.)* ¿Te vas a casar con ella?

EL PINGAJO.– Tendré que pedir licencia...

EL TENIENTE.– Vaya un pájaro... Vaya un perdís que estás hecho... Anda, bebe, granuja... *(Bebe y se van animando.)*

EL PINGAJO.– Me he comprometío a llevarla al altar por la Vicaría e los Gatos. Usté, mi tiniente, no sufra, que está en buenas manos...

EL TENIENTE.– Tú deja que la prueba y luego pa ti toa su cochina vía... Yo con probar... En mi pueblo probé toas las mozas. Y en Camagüey, ¿t´acuerdas de las negritas?

EL PINGAJO.– *(Riéndose.)* Ja, ja... ¿Y aquel día que se confundió?

EL TENIENTE.– *(Amoscado.)* ¿Quién, yo? ¿Yo me confundí? Fuiste tú..., y más respeto, que ahí está el «código de justicia militar».

EL PINGAJO.– Usté perdone y desimule. Fui yo el que se equivocó con aquel negrito...

EL TENIENTE.– Mari...nerazo estás hecho. *(Contemplando al trasluz la botellita de aguardiente.)* Pos esto s´acabó y hay que llenarlo...

EL PINGAJO.– Traiga usté...

EL TENIENTE.– Quita..., ¿vas a ir tú? Llama a uno de la guardia...

EL PINGAJO.– *(Sale y llama.)* Uno e la guardia... *(Aparece al punto un mozo somnoliento y envuelto en una manta, que al ver al* PINGAJO *le hace un gesto obsceno.)*

EL TENIENTE.– *(Impaciente.)* ¿Qué pasa? ¿Viene o no viene?

SOLDADO 2.– *(Asomándose a la puerta y saludando.)* A la orden de usté, mi tiniente...

EL TENIENTE.– Haz lo que te mande ése...

EL PINGAJO.– *(Muy autoritario, entregándole la botella.)* Que traigas una botella e cazalla de la mejor caliá...

SOLDADO 2.– Está cerrá la cantina...

EL PINGAJO.– Lo pintas...

SOLDADO 2.– Amos, anda ya. ¿Quién eres tú?

EL PINGAJO.– Es orden del tiniente...

SOLDADO 2.– Me lo paso por...

EL TENIENTE.– *(Levantándose.)* ¿Qué pasa ahí?... Di a ése que entre... *(Ante la sonrisa maligna del* PINGAJO, *que ahora se toma la revancha, entra el sorche muy humilde.)*

SOLDADO 2.– Es que, mi tiniente..., que... la cantina está cerrá...

EL TENIENTE.– *(Encolerizado.)* ¿A mí qué leñe me cuentas? Haz lo que te manda. Oye, Pingajo, dale una buena patá en el culo... *(El* PINGAJO *obedece con todas sus ansias, y el* SOLDADO 2 *escapa corriendo, en una mano el frasco y con la otra protegiéndose el trasero.)* Valiente panda e golfos estáis hechos... *(Al* PINGAJO.*)* Anda, asiéntate y cuenta... ¿A qué hora me la vas a traer?

EL PINGAJO.– Pa la anochecía...

EL TENIENTE.– *(Con maligna sonrisa.)* Yo la recibiré con un ramo de flores...

EL PINGAJO.– Paece una niña del hospicio..., pero tie unas tetitas, mi tiniente, apretaítas, apretaítas...

EL TENIENTE.– ¿Y cómo se llama?

EL PINGAJO.– La llaman la Fandanga...

EL TENIENTE.– *(Rompiendo a reír.)* Vaya pareja: el Petate y la Fandanga... Me relamo de gusto... ¿Seguro que me la traes?

EL PINGAJO.– Palabra...

EL TENIENTE.– Si no me la traes, prepárate... Te suministro una soba y te largo al calabozo... Dejas de ser mi asistente y te dejo baldao...

EL PINGAJO.– No llegará la sangre al río...

EL TENIENTE.– Estás advertío. Cualquiá se confía en ti con lo marrano que eres. Estás mu mal enseñao. Te mimo demasiado... ¿Por qué no la has traío hoy?

EL PINGAJO.– Porque mañana empieza el noviazgo...

EL TENIENTE.– Me hace falta una hembrita así... Llevo demasiado tiempo viendo tu jeta na más. Y tú no eres mi tipo. *(En la puerta aparece el* SOLDADO 2 *con el frasco.)*

SOLDADO 2.– ¿Da su permiso?

EL TENIENTE.– Pasa...

SOLDADO 2.– A sus órdenes... La cazalla...

EL TENIENTE.– *(Agarrando la botella.)* Largándote... *(El* SOLDADO 2 *sale corriendo. Ansioso, el* TENIENTE *se echa un lingotazo y al punto escupe lo que*

bebe y se retuerce en horribles visajes. Casi no puede hablar.) Pe..., pe..., pero ¿qué porquería es éstaaaa...?

EL PINGAJO.– *(Muy asustado y cogiendo el frasco, luego de olerlo.)* ¡Madre, mía..., si esto es amoniaco...!

ESTAMPA CUARTA

Tarde primaveral en el Retiro. Barquillos, mozas y soldados. Un músico ambulante y melenudo desparrama desde su violín acordes de «La Marcha de Cádiz». En los bancos dormitan los cesantes o dejan vagar su mirada por el estanque, donde guajas y mozalbetes bogan a bordo de las barcas nuevas y recién pintadas. Algunas DAMISELAS, *envueltas todavía en sus pieles, pasean lentamente, dejándose acunar por las recién leídas rimas de Verlaine. El organillo hace la competencia al violinista bohemio. Se entremezclan las notas de unos y otros formando una sintonía agreste y bullanguera. Aparece el* PINGAJO *llevando de la mano a la* FANDANGA, *que ha sido vestida pudorosamente por su madre con volantes, calcetines blancos y lazos azules en el pelo. El sorche, con el brazo en cabestrillo, torpón y palurdo, con la niña remilgada parecen la figura del asistente y la hija del oficial.*

EL PINGAJO.– ¿Quies barquillos? ¿Te gustan los barquillos, chatuja?

LA FANDANGA.– *(Haciendo un mohín con la cabeza.)* Chiii...

EL PINGAJO.– *(Haciendo una señal al* BARQUILLERO.*)* Eh, maestro...

EL BARQUILLERO.– *(Acercándose lentamente con el instrumento colgado a la espalda.)* ¡Barquilloooo finooo...!

EL PINGAJO.– ¿A cómo va la tirá?

EL BARQUILLERO.– A perra chica, paisano.

EL PINGAJO.– ¡Ele...! ¡Viva Sierra Morena en los Madriles...!

EL BARQUILLERO.– Y tú que lo digas, chavea... *(Va a hacer mutis con su pregón.)* ¡Barquilloooo...!

EL PINGAJO.– Espera, gachó...

EL BARQUILLERO.– *(Depositando el envase en el suelo.)* ¿Vale?

EL PINGAJO.– Toma... *(Le entrega la perra chica.)* ¿Está el armatoste en condiciones?

EL BARQUILLERO.– *(Dando un giro garboso a la rueda.)* Prueba...

(Mientras el PINGAJO *impulsa la rueda, el* BARQUILLERO *tararea un ritmo de guajiras.)*

EL PINGAJO.– *(A la* FANDANGA, *que mira con ojos embobados la ruleta popular.)* Déjame..., primero tiro yo y luego tú... Mira cómo se hace, chata... *(Impulsa la rueda.)* Diez, pa empezar...

EL BARQUILLERO.– *(Mirando altivamente la cifra y parando en su canturreo.)* Josú...

EL PINGAJO.– *(Nueva tirada.)* Y otros diez, que hacen veinte...

EL BARQUILLERO.– ¡Arma mía...!

EL PINGAJO.– *(Otra tirada.)* Y otros diez, que hacen treinta...

(La FANDANGA *salta y ríe, divertida.)*

EL BARQUILLERO.– *(Al* PINGAJO.*)* Oye, tú, que lo paras con el codo...

EL PINGAJO.– ¿Qué paro yo?... No te... joroba...

EL BARQUILLERO.– Si te estoy guipando...

EL PINGAJO.– Amos, calla ya... *(A la* FANDANGA.*)* Tira tú ahora, preciosa... Despacito, despacito... *(Le coge la mano y la lleva a la ruedecilla, mientras ella salta alborozada.)*

EL BARQUILLERO.– Deja a la chiquilla sola, que ya es mayorcita...

EL PINGAJO.– La asesoro...

EL BARQUILLERO.– *(Dándole un manotazo.)* Que la dejes sola, te digo...

LA FANDANGA.– *(Dando saltitos.)* Chola, chola, chola...

EL PINGAJO.– *(Luego de hacer un gesto ofensivo al* BARQUILLERO.*)* Tira suavecito, maja... Que ya llevamos las treinta el ala...

(La FANDANGA *tira tan suavecito que apenas se mueve la rueda.)*

EL BARQUILLERO.– *(Con sorna.)* Dos...

EL PINGAJO.– *(Con chulería.)* Que con treinta hacen... *(Al* BARQUILLERO.*)* ¿Has ío tú a la escuela?

EL BARQUILLERO.– La mare que me echó con el sorche..., le voy a... *(Viendo que el* PINGAJO *vuelve a dirigir el brazo de la* FANDANGA.*)* Que no la

empujes el codo, te estoy diciendo... Pero ¿es que hablo el chino? Me cagüen la mar salá[59] con el guaja...

EL PINGAJO.– *(Muy ofendido a la* FANDANGA.*)* Déjame, maja. Ya has tirao tú una vez. Ahora tiro yo la última. No vayamos a jeringarla[60]...

LA FANDANGA.– *(Iniciando una pataleta.)* No..., yo..., yo..., yo...

(El PINGAJO *no le hace caso. Tira de nuevo y saca otros diez.)*

EL PINGAJO.– *(Al* BARQUILLERO.*)* Ahí ties otros diez..., pa que te chinches..., y con limpieza... Calla, niña...

EL BARQUILLERO.– Qué lástima que no te hubián roto el otro brazo, gachó...

EL PINGAJO.– A callar y a apoquinar[61], que son cuarenta y dos aquí y en mi pueblo.

EL BARQUILLERO.– *(De mala gana va sacando los barquillos y enlazándolos unos con otros hasta formar varias torres, ante los ojos atónitos de la* FANDANGA.*)* Pos le va a dar a la chavala un cólico barquillero como se zampe too esto...

EL PINGAJO.– Tú calla y apoquina... *(A la* FANDANGA.*)* Mía lo que hemos ganao, Fandanguilla...

LA FANDANGA.– *(Dando saltitos.)* ¡Olé, olé, olé...!

EL BARQUILLERO.– *(Entregándole las torres de barquillos.)* Ya verás; como tu señorito se entere por un casual de que emborrachas a la niña de barquillos, los coscorrones que te vas a llevar...

EL PINGAJO.– *(Cogiendo las torres de barquillos.)* A ver si te vas a llevar tú uno antes de tiempo...

EL BARQUILLERO.– *(Agresivo.)* Vas a dar tú...

EL PINGAJO.– *(Tirando de la niña.)* Abur...

EL BARQUILLERO.– *(Muy chulón.)* No te... joroba... *(Reaccionando con admiración.)* Vaya mano fina que tie el gachó[62]... *(Se echa la barquillera a la espalda y sale pregonando:)* ¡Barquilloooo finoooo...!

---

[59] Expresión popular que semánticamente expresa coraje: «Me cago en la mar salá».

[60] Argot: «perder, estropear la fortuna».

[61] Argot: «pagar».

[62] Semánticamente equivale a «la suerte del Pingajo».

(Muy contentos, el PINGAJO *y la* FANDANGA *se apoyan en el barandal para contemplar las barcas, mientras comen los barquillos.)*

EL PINGAJO.– A ver si te van a hacer daño...
LA FANDANGA.– *(Comiendo vorazmente.)* No, no... Más, más... Dame más...
EL PINGAJO.– Toma..., pero que no te hagan daño... Están ricos, ¿eh?
LA FANDANGA.– *(Mirando la torre de barquillos que sostiene el otro.)* ¡Huy..., cuántos...!
EL PINGAJO.– Muchos, muchos... ¿Tú sabes contar?
LA FANDANGA.– *(Luego de un signo afirmativo y en tono cantarín, como en el colegio:)* Diez..., veinte..., treinta..., cuarenta...
EL PINGAJO.– *(Interrumpiéndola.)* Mira, mira las barquitas... ¿Quies que montemos?
LA FANDANGA.– *(Luego de mirar.)* No.
EL PINGAJO.– ¿Por qué?
LA FANDANGA.– Me da mieo.
EL PINGAJO.– Cobardita..., cobardita..., cobardita...

(La chicuela se retuerce de risa.)

LA FANDANGA.– No me hagas cosquillas...
EL PINGAJO.– Dime, oye: ¿verdá que ya no ties miedo de mí?
LA FANDANGA.– No... Dame un bechito...

(El PINGAJO *está a punto de besarla en la boca, pero, como la tiene llena, le da un beso en el carrillote.)*

EL PINGAJO.– Ahora un «bechito» tú a mí... *(Ella acerca su boca, repleta de barquillos, y le besa.)* ¡Ay, que me muerdes...! *(Ella se ríe, permanecen un rato apoyados en el barandal y de pronto se le ensombrece la vista.)* ¿Qué te gusta más, ir al «cole» o salir de paseo con tu novio? *(La chica parece dudar, se sonroja.)* Anda, di...
LA FANDANGA.– Salir de paseo.
EL PINGAJO.– Oye, ¿quies venir conmigo a mi cuartel? Veremos a los soldaditos de verdad. ¿Vas a venir luego?

LA FANDANGA.– *(Palmoteando.)* Chi, chi, chi...

EL PINGAJO.– Ya verás, ya verás... Veremos los soldaditos, oiremos tocar la trompeta...

LA FANDANGA.– *(Entusiasmada.)* Chi, chi, chi... Amos, amos...

EL PINGAJO.– No, entoavía no... Luego, luego...

LA FANDANGA.– *(Lloriqueando.)* No, ahora. Yo quiero ahora...

EL PINGAJO.– Luego, chiquilla, luego... Ya verás, hay un señor general que te quiere mucho y que te dará «caramelos»...

LA FANDANGA.– Yo quiero ir...

EL PINGAJO.– Bueno, ahora vamos... Pero, mira, primero jámate esos barquillos.

LA FANDANGA.– No quiero más...

EL PINGAJO.– Los guardaremos pa luego... *(Estruja los barquillos y se los guarda en el bolsillo de la guerrera.)*

LA FANDANGA.– *(Lloriqueante.)* Yo quiero ir a ver los soldaditos...

EL PINGAJO.– Ahora, ahora vamos...Mira, ¿quies un molinillo? *(Para aplacar a la criatura se acerca al hombre de los molinillos. Le compra uno y se lo entrega a la* FANDANGA, *que parece aplacarse mientras sopla el molinillo. Limpiándose el sudor de la frente.)* Amos a descansar un poquitín en ese banco y luego nos marcharemos al cuartel, a ver a un señor y a los demás soldaditos...

(La FANDANGA, *entretenida con el molinillo, sigue al* PINGAJO, *se sientan en un banco, donde hay* DOS CESANTES *que dormitan y conversan alternativamente. El* PINGAJO *mira ceñudo al horizonte, como si le asaltara una enorme preocupación. La pequeña sopla el molinillo y ríe.)*

CESANTE 1.– ¡Pobre España!, ¡pobre...! *(Pausa larga.)* ¡Pobre España!, ¡pobre!...

CESANTE 2.– *(Gritando a la oreja del* CESANTE 1.*)* ¿Ha ido usted a ver la «Marcha de Cádiz»?

CESANTE 1.– *(Moviendo afirmativamente la cabeza.)* Eso, eso estaba diciendo, que ¡pobre España..., pobre! *(El* CESANTE 2 *mueve la cabeza, imponente, y se queda otra vez dormido.)* ¡Pobre y bien pobre...!

(El PINGAJO *se ha puesto a palpar los muslos de la* FANDANGA, *lo que provoca la risa de ésta.)*

EL PINGAJO.– *(Mientras palpa.)* Estás mu gordita..., mu gordita...
LA FANDANGA.– Que me estás haciendo cosquillas...
EL PINGAJO.– ¿Sí?
LA FANDANGA.– Chi, chi... *(Sopla el molinillo de papel.)*

(El PINGAJO *vuelve a su mutismo, observa la inocencia de la* FANDANGA *y se da una palmada en la frente.)*

EL PINGAJO.– ... ¡Maldita sea mi negra suerte...! *(El* CESANTE 2 *hace un rato que contempla los «manejos» del* PINGAJO *y no pierde ojo; incluso da con el codo a su compañero.)* ¿Sabes que te vamos a vestir de novia?
LA FANDANGA.– ¿A mí?
EL PINGAJO.– Sí...
LA FANDANGA.– Qué bonito... Yo quiero, yo quiero...
EL PINGAJO.– Claro, porque eres mi novia y te vas a casar conmigo...
LA FANDANGA.– *(Entusiasmada.)* Chi, chi... Amos a jugar a eso...
EL PINGAJO.– ¿A jugar?... ¡Já...! Menúo juego...
LA FANDANGA.– Con un velo muy largo..., como la reina.
EL PINGAJO.– Como la reina... Vas a estar reguapa, reguapa... Luego te vienes conmigo y...
LA FANDANGA.– Y nos vamos de paseo... Toos los días de paseo...
EL PINGAJO.– Toos los días venimos aquí a jugar a los barquillos...
LA FANDANGA.– *(Dando palmadas.)* Ole, ole... *(Pausa. El* PINGAJO *observa a la chica y se rasca la cabezota.)*
EL PINGAJO.– *(Para sí.)* En la que me he metío sin darme cuenta... *(En la tarde, amusitada, se oye un coro de niñas que canta aquello de «Viva la reina Isabel».)* Güena la he hecho..., güena. ¿Y qué hago yo ahora?
LA FANDANGA.– ¿Nos amos al cuartel? Yo quiero ver los soldaítos...
EL PINGAJO.– No hay cuartel..., cállate ya... Anda, ¿por qué no te vas a jugar con esas niñas?
LA FANDANGA.– Porque ya soy mayor. Yo lo que quiero es ir al cuartel... *(Lloriqueando.)* Yo quiero ir al cuartel.
EL PINGAJO.– ¿Te vas a callar? ¿Quies que nos vayamos y se lo diga a tu padre pa que te zumbe?
LA FANDANGA.– *(Callando su lloro.)* ¿Qué?
EL PINGAJO.– Si no te callas, se lo diré a tu padre. ¿Te zumba tu padre?

La Fandanga.– Chiiii..

El Pingajo.– Pues eso...

La Fandanga.– Y a ti, ¿te zumba tu padre?

El Pingajo.– *(Ceñudo.)* No, porque ya soy mayor... *(Baja la cabeza apesadumbrado.)*

La Fandanga.– *(Luego de una breve pausa, vuelve a la rabieta.)* ¡Yo quiero ir al cuartel! ¡Yo quiero ir al cuartel!

El Pingajo.– *(Enfadado.)* Que te he dicho que no..., que no vamos al cuartel... Ya no vamos al cuartel... Ni hoy, ni nunca. Por caprichosa... Ea, no te llevo al cuartel. Que no te llevo...

La Fandanga.– *(Le mira un poco asombrada y luego redobla su lloriqueo.)* Pos si habías dicho que íbamos al cuartel, a ver los soldaítooos... *(Llora.)*

El Pingajo.– Mecachis en... ¿Te vas a callar ya? Niña caprichosa..., antojadiza...

La Fandanga.– *(Con rabia.)* No... Yo quiero ir al cuartel...

El Pingajo.– *(Fuera de sí.)* Te voy a dar una que te voy a eslomar, como sigas así... Te he dicho que no te llevo...

La Fandanga.– *(Dándole puntapiés y puñadas.)* ¡Mentiroso..., mentiroso..., feo..., feo..., malo..., uuuuuh! *(Le saca dos palmos de lengua.)*

El Pingajo.– *(Cogiéndola del brazo y sacudiéndola.)* ¿Te quies estar quieta?... ¿Te quies callar? ¿Te callas? ¿Quies que te sacúa[64]? Que ahora el que manda soy yo, ¿eh? Que te zumbo... Que nos vamos pa casa... ¡Hale, a casa con tu madre...! Y caliente, además... *(Al decir esto le arrea dos azotazos en el trasero y la empuja delante de él. Salen. Los gritos de la* Fandanga *se oyen en la Puerta de Alcalá. Los* cesantes, *que han observado con mucha atención la escena, los miran alejarse.)*

Cesante 2.– *(A gritos en la oreja del otro.)* ¿Ha visto usté? Yo no sé cómo dejan a los chicos en manos de los asistentes. Primero, la mete mano, porque la ha metido mano, que yo lo he visto... Luego, la pega...; los padres estarán tan tranquilos en el teatro. Con tal de quitarse preocupaciones... ¿Ha visto usté?...

Cesante 1.– *(Afirmando con la cabeza.)* Lo que yo digo; ¡pobre España..., pobre España...! *(El* cesante 2 *resopla y vuelve a quedarse dormido.)* ¡Pobre y bien pobre...!

---

[64] Castigar, en sentido de golpear.

(En la atardecida, el organillo desgrana un pasodoble. Los remos chapotean en el estanque. Se oye el rumor de los pasos en el florido arenal.)

ESTAMPA QUINTA

Calleja céntrica y de poco tránsito, situada tras la elegante calle de Alcalá. Lugar de citas de tapadillo por donde circulan pausadamente cerrados coches simones. Dos GUAJAS DE GORRILLA *secretean pegados al quicio del portal.*

EL PETATE.– Amos a ver quién es el Pingajo. Su bautismo e fuego. Y que ya no pue tardar, si las cosas salen a derechas... ¿Tú ties too el material en orden?

EL SALAMANCA.– Too a punto, compadre... Los pañuelos, los cordeles, la herramienta, por si viene el caso... Todo a punto, compadre...

EL PETATE.– Güena se presenta la noche... Y primaveral que está. *(A una dama que pasa esquivando el piropo.)* Y vaya plata que tie la noche *(Volviéndose al* SALAMANCA.*)* Pos como te estaba diciendo: la cosa está que ni pintá. El portero e la salía escape cegao con el parné que tú me suministraste ayer...

EL SALAMANCA.– No me hables, compadre e mi alma. Ca vez que pienso en los apuros que pasé pa aquella sustración. Figúrate el tranvía así..., *(Aprieta los dedos.)* y un guindilla pegao a mi espalda, que mismamente paecía un siamés, y la tía apretando el bolso en los pechos. Que se necesita haber nacío en Valladolid y haber aprendío bien el oficio pa hacerse con aquel bolso. Pero lo que no consiga el Salamanca.

EL PETATE.– Y yo no te he negao el mérito, compadre, y bien sabes que si la suerte hubiá fallao a tu favor, el novio en estas bodas ibas a ser tú, que yo bien te aprecio...

EL SALAMANCA.– Si de eso estoy al cabo de la calle... Pero que también tie su guasa que pa celebrar una boda te se haya metío en la chola limpiar na menos que el casino más aristocrático e los madriles...

EL PETATE.– ¡Chssss! Queo..., que vie un guindis[65]...

(Se acerca el GUINDILLA, *que se limita a mirarles con el rabillo del ojo.)*

EL SALAMANCA.– *(Fingiendo.)* Que está mu remaja la noche, pero mu remaja... Gusto da llenar los pulmones con este aire de abril, que parece de Sevilla... *(Saludando al* GUARDIA.*)* Con Dios, señor guardia... *(El* GUARDIA *se aleja.)*

EL PETATE.– *(Con un suspiro.)* Ya pasó... No vendría mal una copa e cazalla. Si no fua porque no conviene que lo guipen a uno ahora. Pero mañana será otro día... Y este gachó que se retrasa. Pa chasco sería que hubiá tenío un tropiezo a última hora... ¡Dita sea la[66]...!

EL SALAMANCA.– No seas agorero, compadre...

EL PETATE.– Es que el Petate en estos históricos momentos es más importante respective a nosotros que el mismo Lagartijo, *(Se quita la gorrilla.)* o que Cánovas...

EL SALAMANCA.– ¿Pos tan difícil se presenta la operación?

EL PETATE.– Quia..., juego e chavales. Total: birlar[67] el uniforme de un tiniente, cosa que, pa quien tie la llave del cuarto y conoce las entrás y salías del propietario, no tie vuelta de hoja. Pero como el Pingajo está ahora desertao, dende el día que su señorito el tiniente le arrimó una tollina e bandera[68]...

EL SALAMANCA.– ¿Que lo zumbó el tiniente? Y yo que no sabía na...

EL PETATE.– Ni yo. Ni tampoco me lo había dicho el interfecto, sino que nos vino iciendo que ya no quería servir a nadie y que había optao por la deserción; pero de lo que no se entere el Petate... La verdad es que, la otra noche, el tiniente zumbó al Pingajo de moo y manera que lo debió dejar las asentaderas como las de la mona el Retiro...

EL SALAMANCA.– ¿Y too por qué?

---

[65] Argot popular: «guardia».

[66] Expresión de contrariedad, con la forma contracta de «dita» equivalente a «maltrecha».

[67] Robar.

[68] Argot popular: «paliza grande».

EL PETATE.– ¿Por qué? Caprichos... Que había tomao cuatro copas e más... Ties ca pregunta, gachó. Como si fua pecao el beber. Ya se sabe, por cualquier cosa te dan en la cresta...

EL SALAMANCA.– Es verdad. Too es cuestión de mala suerte. A menda también le han calentao cuando menos lo merecía y entodavía me escuecen los verdugones que me hicieron el mes pasao en la Delega por piropear a una marmota[69]...

EL PETATE.– ¿Por piropear a una marmota? Anda ya, Salamanca, que too se sabe. Por piropearla y «piropearla» el bolso, que too se sabe. *(Deteniéndose de pronto.)* ¡Chisss!, queo..., que paece que viene un pez gordo...

(Asustados, los guajas se estrechan en el quicio de la puerta, cuando aparece un rutilante teniente de húsares en traje de gala; lleva el brazo en cabestrillo, el rostro ladeado, muy chulón, pica las espuelas con garbo y señorío militar. Es el PINGAJO.*)*

EL PINGAJO.– *(Plantándose ante ellos.)* Caballeros..., hagan el favor de acompañarme a la Delegación pa una pequeña diligencia...

(Los tres sueltan la risa.)

EL PETATE.– *(Admirándole.)* ¡Gachó con el tío...! El susto que nos ha dao..., y mía que me lo esperaba porque sabía que tenía que presentarse así... Pos si le sentará bien el uniforme que lo he tomao mismamente por un melitar de graduación...

EL SALAMANCA.– ¡Mi madre!, y cómo te sienta el uniforme...

EL PINGAJO.– *(Dándose la vuelta para que los otros le contemplen maravillados.)* Me han saludao toos los quintos. Y en el tranvía me han ceío el asiento. Me han tomao por un herío glorioso...

EL PETATE.– Y herío glorioso eres...

EL PINGAJO.– Y cuando iba de sorche pelao con el brazo en garabitas[70], nadie se apercibía... Lo que no haga el uniforme...

---

[69] Criada de servicio.

[70] Vulgarismo: de engarabitar, encorbar.

EL PETATE.– Pero cómo estás, chavea... Si has nacío pa eso, pa mandar... Ties que hacerte un retrato. Mañana, que tenemos posibles, nos acercamos a Campúa[71] pa que te retrate como a los infantes de sangre... Tú has nacío pa picar alto. ¿Que no?

EL SALAMANCA.– Había que verlo pa creerlo...

EL PINGAJO.– Con deciros que me parece que lo he llevao toa la vía. Y que me sienta como propio...

EL PETATE.– Ni hecho a medía...

EL SALAMANCA.– Güeno... Ahora amos a empezar la operación...

EL PINGAJO.– *(Autoritario.)* Que el tiempo apremia... A ver si las cosas salen como es debío y no hay precipitaciones... ¿Estamos? *(Los otros escuchan respetuosos.)* Ahora yo entro en la puerta principal y sus preparo el terreno. Vosotros esperáis junto a la puerta trasera... En cuanti que yo suelte este silbío. *(Silba.)* Así..., ¿eh?..., así. *(Vuelve a silbar.)* Entonces entráis y al avío...

EL PETATE.– Que sí... Que ya está too eso metío en la chola...

EL SALAMANCA.– Hablar más queo, que me paece que se oyen pasos...

(Escuchan con algún miedo los tres.)

EL PETATE.– *(Al* SALAMANCA.*)* A ver si te va a dar canguelitis[72] a ti ahora...

EL SALAMANCA.– Paecía que...

EL PINGAJO.– Güeno... Yo me acerco pa allá. Los puntos ya deben ir de retirá... Detrás, vosotros... Y suerte... ¡Abur!

EL PETATE.– *(Saludándose militarmente.)* A las órdenes e vuecencia... *(Los dos contemplan el paso jacarandoso del* PINGAJO, *que se aleja.)* Y cómo se mueve, con qué soltura... Si nació pa eso. Y la vía le desvió...

EL SALAMANCA.– *(Persignándose.)* Que Dios nos asista...

EL PETATE.– *(Ídem.)* Y la Virgen Santísima, Amén...

(Salen silenciosos y acechantes.)

(Oscuro.)

---

[71] Famoso fotógrafo madrileño que se dedicaba a retratar a personajes principales y a los reyes.
[72] Miedo.

ESTAMPA SEXTA

En el departamento de la caja fuerte del Casino, los empleados van formando fajos de billetes, luego de contarlos deprisa con cara de sueño y ganas de marcharse a casa. Hay una luz verdosa de gatillo. Los hombres están en mangas de camisa y trabajan de manera mecánica, sin dar importancia al asunto. Procedente de la sala de juego llega un TENIENTE *de húsares en traje de gala.*

EMPLEADO 1.– *(Señalando hacia fuera.)* Es a mano izquierda mi teniente. La tercera puerta...

EL PINGAJO.– *(Se finge un poco borracho.)* ¿Qué puerta dices?

EMPLEADO 1.– La tercera de la izquierda. Saliendo a mano izquierda. No tiene pérdida, oficial.

(El PINGAJO, *al verse tratado con aquella deferencia, se complace en prolongar su papel de ilustre militar.)*

EL PINGAJO.– Gracias, caballeros... Es la primera vez que pongo los pies en este casino. Acabo de llegar repatriado. Después de aquella campaña, uno no acaba de hacerse a estos refinamientos.

EMPLEADO 2.– *(Mientras cuenta los billetes.)* Buena nos la han jugao los yanquis.

EMPLEADO 3.– ¿Procede usted de la Habana?

EL PINGAJO.– De allí mismo vengo...

EMPLEADO 3.– Entonces, tal vez conocería por un casual al comandante Menacho[73], uno que mandaba el fortín...

EL PINGAJO.– Creo recordarlo. Barba así..., ¿entrecana?

EMPLEADO 3.– El mismo. Es pariente de mi mujer. ¿Está con vida?

EL PINGAJO.– Cualquiera sabe. Ojalá se lo pudiera atestiguar. Después del desastre, cada cual se fue por su lao... Yo estaba en el hospital. He hice cargo de aquello. Les hicimos frente... Pero me ordenaron la retirada. Si por nosotros hubiá sío... Pero quien manda, manda... Ahora, con propo-

[73] Personaje imaginario.

nerme pa la Medalla Individual estoy pegao. ¡Maldita sea la estampa de los politiscastros...!

EMPLEADO 1.– Y usted que lo diga, mi teniente.

EL PINGAJO.– *(Señalando los montones de billetes.)* Y mientras tanto me deben toos los pluses de campaña. Cuando aquí se tira el dinero. Ustedes son testigos...

EMPLEADO 1.– *(Con un resoplido.)* Está usted diciendo verdades como un templo.

EL PINGAJO.– *(Con cierta exaltación.)* Pero no pasará mucho tiempo sin que el honor del Ejército resplandezca...

EMPLEADO 2.– La política, la política...

EMPLEADO 1.– Ya ve usté... Unos servidores manejando el dinero del vicio y con una paga de treinta reales. Mantenga usté mujer y tres hijos... Dice usté bien, mi teniente; arrastraos tenían que ir todos... Si no nos salva el Ejército, no sé quién nos va a salvar...

EL PINGAJO.– *(Que se va acercando a la mesa y manosea los billetes.)* El Ejército es el único que puede poner fin a tanto latrocinio. Y lo pondrá, señores. ¡Ah!, no lo duden un momento... Se está fraguando una..., se está fraguando una más gorda... *(Al decir esto entona el silbido que antes había marcado a los dos guajas.)* Ya verán la que se va a armar... *(Por una puerta contigua a la caja fuerte entran, con el rostro tapado con un pañuelo, el* SALAMANCA *y el* PETATE, *que avanzan cautelosos tras los funcionarios. En este punto, el* PINGAJO *saca un pistolón y los encañona.)* De momento aquí se acabó el vicio. Hacerse la cuenta, que el golpe militar ha estallao. *(Los empleados quedan tiesos y asombrados. Por detrás, los granujas les echan una mordaza en la boca y luego les atan las manos por detrás con cordeles. El* PINGAJO *cierra la puerta que comunica con el salón y se frota las manos. Al* SALAMANCA *y al* PETATE.*)* Ajajá... Poner a los tres en el rincón... Así... *(Llevan a los tres empleados al rincón.)* Lo siento, señores. Me debían los pluses de campaña. Con el permiso de ustés, me los cobro. *(Empieza a guardarse fajos de billetes en los bolsillos de la guerrera, ante los ojos atónitos de los tres funcionarios.)* Y vosotros *(A sus compinches.)* ir recogiendo lo de dentro. *(Los cómplices van guardando en un saco los billetes de la caja fuerte; el* PINGAJO *sigue, por su parte, atiborrándose los bolsillos.)* Pues sí, señores. Las cosas no puen seguir como están. Habrá que poner una

dictadura, pero una dictadura fetén, ya habrá quien la imponga pa acabar con tanto ratero, tanto desaprensivo como circula por estos madriles. Ca vez que me acuerdo de lo morás[74] que la pasábamos en aquella manigua y aquí too eran francachelas. Dita sea la... Se tie que acabar y se acabará...

EL PETATE.– Sin noveá...

EL PINGAJO.– Pues vamos... *(Antes de salir, dirigiéndose a los empleados.)* Y lo dicho, señores... El Ejército dejará a salvo su honor. No lo duden... *(Saluda con una leve inclinación de cabeza y sale muy erguido y marcial, seguido de sus compinches.) (Oscuro.)*

ESTAMPA SÉPTIMA

La misma decoración de la primera estampa. Jubilosa mañana primaveral. El lugar está engalanado con cadenetas y flores de papel según el arte popular madrileño. Se masca el humo de la fritanga de churros. Frente a la Venta del Tuerto hay colocada una larga mesa capaz de servir a buen número de comensales. Se ve entrar y salir de la venta a algunos MARMITONES[75] *con grandes paellas; en un rincón, amontonados, grandes pellejos de vino. Parece como si la verbena de San Isidro hubiese trasladado sus reales desde la Pradera del Corregidor a aquellos andurriales de la miseria. Se oye música de organillos que desparraman músicas zarzueleras y pasodobles. Pandas de niños berrean canciones alusivas a la fiesta. Es como si aquel fabuloso Camacho de las bodas hubiese descendido de las tierras manchegas a convidar a la gente humilde de los madriles.*

CORO DE NIÑOS.– *(Utilizan como instrumentos musicales ralladores, almiceres y cacerolas.)*

De bellotas y cascajo
se va a armar la bullaranga,

[74] Pasarlo mal.
[75] Pinches de cocina.

que se casa el tío Pingajo
con su novia la Fandanga.

La madrina será la Cibeles,
el padrino, el Viaducto será,
los asilos del Pardo, testigos,
y la iglesia, la Puert´Alcalá.

EL TUERTO.– *(Tapándose los oídos para no escuchar la algarabía y palmoteando a sus ayudantes.)* Amos, vivo, vivo..., que nos va a coger el toro... *(A los* MARMITONES.*)* Tú, aviva el fuego con ramas de pino. Tú, cuida que el caldo no se consuma... ¿Y quién trasvasa el vino? Naide... Claro, naide... Tú, ¿qué miras ahí, bobo? *(Le da un puntapié en el trasero y el agredido se cuela de rondón en la venta.)* Que nos coge el toro..., y cuando yo digo que nos coge el toro...

(En un rincón, LA VIEJA DE LOS ESCAPULARIOS *se hace cruces ante aquella barahúnda y pega la hebra con una comadre que espera la limosna del banquete.)*

LA MADRE MARTINA.– Jesús, Jesús, qué desenfreno... Qué bodorrio[76]... Se necesita, amos que no me diga usté... Casarse por la Vicaría los Gatos. Rompiendo el puchero como si fuan gitanos... Claro que cualquiá sabe lo que son...

COMADRE.– No diga eso. Pa mí, como si fuan mismamente príncipes de la sangre. Más que los reyes de España son. ¿Cuándo se ha acordado la realeza de los pobres? ¿Cuándo? Yo estoy emocioná...

LA MADRE MARTINA.– Vosotros, en rellenándoos la andorga[77], os importa poco que se contradiga la ley de Dios... Ay, venerada madre Rafols, cuándo será el día que...

COMADRE.– *(Exaltada.)* Vino y paella pa too el barrio... ¿Y de regalos?, ¡huy, de regalos! A la Carasucia le han regalao un espejo que fue de la propia reina Isabel. Y a la Carmela, un costurero con diamantes que misma-

[76] Boda extraña y desigual.
[77] Argot: «vientre».

mente parecen estrellas de verdad... ¡Madre mía! Si parece que se han traío too el dinero de las Américas. Qué lujo...

LA MADRE MARTINA.– Pos si vieras lo mal que me huele a mí too esto. Mu mal me huele... Máxime cuando se rumorean ciertas cosas. Vaya usté a saber de aónde habrán sacao too ese dinero. Más vale no pensarlo, conociéndoles como se les conoce...

COMADRE.– A mí, plim... Menda se piensa hartar de paella y empinar el codo. Un día es un día, pa sacar el estómago de mal año. Di lo que quieras; pero a mí, plim...

LA MADRE MARTINA.– Oye, ¿y por qué no vas a echar una mirá a la cirimonia?

COMADRE.– Ya he estao. Pero me he venío pa acá corriendo y coger un buen sitio. Luego, cuando vengan las fieras, cualquiá se aproxima a la mesa. Y una tie ya muchos años pa andar a brazo partío con la gente...

LA MADRE MARTINA.– *(Muy cotillona.)* ¿Y qué has visto? ¿Qué has visto?

COMADRE.– ¿Y por qué no vas a verlo tú misma? Si es ahí en el barranco, a dos pasos...

LA MADRE MARTINA.– *(Ofendida.)* ¿Yo? ¿Te crees que yo voy a ir a una cirimonia impía? No quiero condenarme. Estoy confesada...

COMADRE.– Allá tú...

LA MADRE MARTINA.– Lo que es una indina servidora, si en su mano estuviera, pondría fin a ese escándalo. ¿Es que ya no hay temor de Dios? *(Afirmando categórica.)* Que no hay ley de Dios. *(Transición.)* ¿Y la novia irá mu guapa?

COMADRE.– *(Entornando los ojos.)* ¡Uh...!

LA MADRE MARTINA.– ¿Y es verdá que el novio va vestío de tiniente de húsares?

COMADRE.– ¡Uuh...!

LA MADRE MARTINA.– Y dicen también que la Carmela lleva un mantón de la China que vale más de cien mil reales y pendientes de brillantes...

COMADRE.– Qué sé yo...

LA MADRE MARTINA.– Y dicen tamién que va a venir a la boda, güeno, al bodorrio, el mismo maestro Mazantini...

COMADRE.– Pue...

LA MADRE MARTINA.– Cuentan y no acaban... Fíjate que, quitando algunos chiquillos, too el mundo está allí... ¡Qué escándalo, qué escándalo!... Luego dicen del señorío. Ya quisián éstos tener las buenas formas del señorío... Lo que es una serviora en cuanti que se planten aquí me voy pa la iglesia a hacer un acto de reparación de gracias...

COMADRE.– Tú te lo pierdes. La paella, el lechazo, las natillas, los pasteles, las pelaíllas y el tintorro... ¡Ay, madre mía! Me se hace la boca agua. De aquí no me muevo. En cuanti que toquen a rancho, ¡pum! Ahí ties a la Gavina metiendo el morro en la paellera.

LA MADRE MARTINA.– Pues yo voy a ayunar en reparación...

COMADRE.– Tú te lo pierdes...

LA MADRE MARTINA.– Lo ganaré en el cielo. Lo dice el Evangelio: el que pierde, gana...

COMADRE.– *(Sorbiendo chulapona por la nariz.)* Sí..., pa tu agüela, que aquí no cuela...

LA MADRE MARTINA.– Y no quiera Dios que too se termine como el rosario de la Aurora...

COMADRE.– Dempués de llenar la andorga, venga el deluvio...

LA MADRE MARTINA.– Porque no sé si sabrás que los papeles traen una noticia. ¿No lo sabes? Pues que antié asaltaron la caja fuerte del Casino los Madriles... No quiero pensar mal...

COMADRE.– A mí, plim...

LA MADRE MARTINA.– Luego no vengas diciendo que no te aviso... Enterá estás...

COMADRE.– ¡Pos vaya una monserga que me estás dando...! Pos si lo sé, me quedo allí... Menúa lata...

LA MADRE MARTINA.– Jesús, y qué trabaos están los tiempos... *(Se levanta enfadada y va a fisgonear los preparativos del* TUERTO. *Al* TUERTO.*)* Vaya un convite...

EL TUERTO.– *(Apartándola.)* Deja, no me marees, que tengo mucho trabajo...

LA MADRE MARTINA.– ¿Y quién paga el gasto, compadre?

EL TUERTO.– Tu tía la del pueblo, comadre...

LA MADRE MARTINA.– ¿Y no estás diquelao[78] de lo del atraco? Cómo se han cubierto el riñón estos granujas...

EL TUERTO.– Gente de cerebro... Que los echen un galgo. *(A un* MOZO.*)* Que no se vierta el vino, que hay demasiaos gaznates sedientes pa que se lo chupe la cochina tierra...

LA MADRE MARTINA.– Yo lo que digo es que cómo van a pagar too esto...

EL TUERTO.– Con dineros y palabras...

---

[78] Enterado, informado.

LA MADRE MARTINA.– ¡Qué despilfarro! Habiendo tanto asilo necesitao y tantas monjitas que no puen llevar una cuchará de sopa a sus acogíos... Dios no lo tenía que consentir. No conocen a Dios; si lo conocieran... Bondá infinita; pero librémonos de su ira...

EL TUERTO.– *(Dándole un empujón.)* Anda, vete con tus monsergas a otra parte y déjanos tranquilos...

LA MADRE MARTINA.– Sí, sí... ¡Ojalá no tengas que venir muy pronto diciendo: madre, y qué razón llevabas...! *(Se oye un rumor de gente.)* ¡Huy!, sí; me voy, porque ya está aquí toa esa patulea...

(Se escabulle la beata cuando entra una tropilla de chavales haciendo cabriolas y cantando aquello de «Las bellotas y el cascajo». La chiquillería llega a tiempo de rodear a la beata, que consigue salir con trabajos. A continuación, llega el cortejo de la boda; mujeres ataviadas con pañuelos de Manila y las greñas brillantes de aceites, con flores en la cabeza; los hombres, con camisas limpísimas y pantalones ajustados con faja de seda y tocados con aceite andaluz. El novio viste traje de húsares en gran gala. La novia, materialmente cubierta de alhajas y entre organdíes blancos, que «mismamente» parece una pepona de feria ataviada a la oriental. La madre de la novia va también deslumbrante, así como el padre, el PETATE, *que lleva chistera y todo. Se advierte en seguida que el deseo recóndito que cada cual tenía respecto a la indumentaria lo ha satisfecho a capricho. Hay moza que lleva un mantón de Manila deslumbrante y alpargatas. Arman un tremendo alboroto de «vivas y olés». La vieja comadre salta en seguida a la mesa y ocupa un lugar estratégico para no perderse ni una migaja. Nada más entrar en escena, se colocan todos en corro y palmotean, iniciando el baile popular de la «Jerigonza». Los organillos lejanos subrayan el ritmo con sus notas alegres.)*

EL PETATE.– Primero, la novia... Que baile primero la novia...

(La CARMELA *y su abuela empujan a la pobre* FANDANGA *al centro del corro.)*

TODOS.– *(Con ritmo.)* Que lo baile, que lo baile, que lo baile, que lo baile...

LA FANDANGA.– *(Compungida.)* ¡Ay, madre...!

LA CARMELA.– Anda, chica, no seas sosona... *(La* FANDANGA *se coloca en medio del corro y se levanta las faldas con mucho garbo, y empieza el baile, coreado por las palmas y el canto de los otros.)*

CORO.–

La señá Fandanga
ha entrao en el baile...
que lo baile, que lo baile, que lo baile.
y si no baila,
medio cuartillo pague,
que lo pague, que lo pague, que lo pague...
Que salga usté,
que la quiero yo ver bailar,
saltar y brincar,
las faldas al aire,
con lo bien que lo baila la moza,
déjala sola, sola en el baile...

(La FANDANGA, *siguiendo el ritmo del baile, se acerca al* PINGAJO *y lo empuja al centro del corro. Bailan juntos.)*

El señor Pingajo
ha entrado en el baile,
que lo baile, que lo baile, que lo baile...

(Al decir «déjalo solo en el baile», la FANDANGA *deja a su marido y se incorpora al* CORO. *En este viejo baile popular madrileño, especie de seguidillas manchegas, cada uno improvisa el baile sin perder el ritmo, y van sacando sucesivamente a las parejas. Así, el* PINGAJO *irá sacando al* PETATE; *éste, a la* CARMELA, *etc. Mientras esto sucede, ha aparecido la* MADRE MARTINA *seguida por tres indivi-*

duos con una pinta de «polis» que no se lamen. La beata y los tres de la «secreta» contemplan el baile sin que nadie repare en ellos. Cuando le toca salir al SALAMANCA, *y terminando el número al decir el coro «Que salga usted», el* SALAMANCA *va derecho a uno de los polis y le arrastra al centro del corro. El* POLI, *que ha salido a regañadientes, tiene que bailar su número. Al ver aquel tipo extraño, el* CORO *canta.)*

El señor barbitas
ha entrao en el baile...

(El POLI, *terminado el sofoco, y para vengarse de sus compañeros, que se ríen, saca a otro de ellos. El* CORO, *aludiendo a las gafas del nuevo introducido:)*

El señor cuatro ojos
ha entrao en el baile...

(Éste, a su vez, saca al TERCER POLI, *que, por cierto, como único rasgo distintivo lleva un flamante sobrero de hongo. El* CORO, *al salir el del hongo.)*

El tío del hongo
ha entrao en el baile...

(Naturalmente, éste, a su vez, saca a la MADRE MARTINA, *que es recibida con gran alborozo. Las faldas de la vieja flotan con garbo y salero. El* CORO *canta.)*

Doña Celestina
ha entrao en el baile...

(Terminado el baile de la vieja, ella y los tres desconocidos se escabullen como gatos escaldados entre las chacotas de los otros.)

POLI 1.– Que se diviertan, que se diviertan. En cuanti que estén toos reuníos en la mesa y lleguen los tricornios, ¡zas!, al chiquero...

LA MADRE MARTINA.– Que Dios me perdone. Que Dios me perdone...

POLI 2.– Será mejor ahuecar el ala.

POLI 3.– Sí. Ya están controlaos. El novio el primero, el padrino después, y el gachó que nos ha tomao por la mona del Retiro, detrás. De momento, ¡aire!

(Salen los cuatro en el momento en que el TUERTO *empieza a dar fortísimos golpes en una paellera vacía con un gran cucharón.)*

EL TUERTO.– *(Una vez hecho el silencio y con voz de pregonero.)* Se hace saber a la distinguida concurrencia... que la paella está a punto... Y que se va a pasar...

(Todos corren con alborozo a la mesa.)

VOCES.– ¡Vivan los novios...! ¡Viva la mare e la novia...! ¡Viva su pare...! ¡Viva yo...! ¡Viva la Pepa...!

EL PETATE.– *(Tratando de poner orden.)* Primero, la novia. Que se siente primero la novia y aluego el novio. A ver si hay cultura y formalidaz...

EL SALAMANCA.– Los novios, en el lugar de honor. En la presidencia...

(Ahora van unos cuantos y cogen en hombros a los novios y, antes de sentarlos «en el lugar de honor», les dan la «vuelta al ruedo». Todos aplauden, agitan pañuelos y cantan.)

CORO.–

Estaba la Nita y Nita
sentaíta en su balcón
Que toma la Nita y Nita.
Que toma la Nita y No.
¡Ay sí, ay no...! [...]

UN GRACIOSO.– Que les den la oreja. Que les den la oreja...

(Por fin sientan a los novios y todos los demás ocupan sus sitios. Los MARMITONES *traen las paellas y jarras de vino. Los* CHIQUILLOS *se sientan en el suelo. Hay una gran alegría. En este momento entra, picado por la curiosidad, el* PINGAJO.*)*

EL PINGAJO.– Eh, madre Martina..., qué hace ahí lechuceando? ¿Es que nos vas a despreciar? Estás convidá tú también... y la concurrencia. Que la paella está pa chuparse los dedos...

VOCES.– Que se sienten..., que se sienten...

LA MADRE MARTINA.– *(Persignándose.)* Dios me libre... Me iba yo a sentar en una mesa de salvajes...

POLI 1.– *(Que hace un rato que husmeaba con la nariz el sabroso aliento de la paella.)* Pues menda sí que va a probar una tajaíta, ya que los del tricornio se hacen esperar. El olorcillo de la paella me aviva el apetito. *(A los otros.)* Ustedes hagan lo que les plazca. *(Se sienta con un saludo.)* Saluz pa celebrarlo muchos años, señores... *(Mete la cuchara, que le dan, en uno de los paellones cercanos.)*

POLI 2.– Pues un servidor también se une a la fiesta..., que con esta brisa se me aviva el apetito. *(El* POLI 3 *se añade sin decir más.)*

LA FANDANGA.– Venga, mare Martina, que no se lo diga...

LA CARMELA.– No seas tonta, mujer...

EL PETATE.– *(Mientras roe un hueso de pollo.)* A lo mejor está desganá...

LA MADRE MARTINA.– *(Que se ha acercado tímidamente a la mesa.)* Y tan desganá que estoy. Las penas me quitan el hambre. Gozo me da veros comer así. Quién pudiera... Probaré una tajaíta pa que no digáis que lo desprecio. *(Se sienta en su extremo de la mesa y coge pulcramente una tajadita de pollo. Las gentes comen con entusiasmo.)*

EL PETATE.– Dije que iban a ser sonás las bodas del Petate y la Fandanga, y sonás lo están siendo...

EL PINGAJO.– Y espera, compadre. Que pue que lo sean más entoavía...

EL PETATE.– Que no se quede naide del barrio sin comer hoy. ¿No oyes, Tuerto?

EL TUERTO.– *(Que se ha añadido al convite, aunque va y viene continuamente.)* No te preocupes, que ya están las órdenes pertinentes. Y se han llevao la paellas correspondientes pa los ancianos e impedíos y pa las madres lactantes. Aquí no es como en el Congreso, que naide se entiende. Aquí too está bien organizao...

EL SALAMANCA.– Ayer nos pasamos too el día de Dios haciendo listas, y ni un gato se va a quedar sin su raspa... *(Gritando.)* ¡Viva el Petate y la Fandanga...!

POLI 1.– Pues la paella está superior...

UN PATOSO.– Comer, compañeros. Comer y beber; llenar bien la andorga, que ya vendrán malos días...

EL PETATE.– Acordaros del refrán: tripa llena, Dios alaba...

LA MADRE MARTINA.– *(Dejando de comer y persignándose.)* ¡Ay, que Dios me perdone! *(Cierra los ojos y se traga la tajada. En este momento aparece una rueda de* GUARDIAS *que se sitúan en puntos estratégicos, encarando el arma hacia los comensales.)*

UN GUARDIA.– ¡Ténganse todos y dense presos...!

(Gran silencio. Todos han quedado como petrificados, algunos con el manjar a la altura de la boca. Los tres POLIS *se apartan de la mesa y se unen a los* GUARDIAS. *La* MADRE MARTINA *se escapa sigilosa.)*

POLI 1.– *(Levantándose repentino y señalando al* PINGAJO, *al* PETATE *y al* SALAMANCA.*)* Éstos son, guardias. Éstos son los culpables...

VOCES.– *(Después del estupor.)* Vaya broma pesá... ¡Qué esaboríos! Es una broma... *(Pero los* GUARDIAS *han ido hasta donde están los tres y relucen las esposas. Los demás* GUARDIAS *siguen acompañando a los invitados.)*

LA FANDANGA.– *(Abrazando a su novio.)* No, no...

LA CARMELA.– Si no hemos hecho na... ¿Es que no se puen celebrar las boas, o qué?

EL PINGAJO.– *(Resignado y ofreciendo sus muñecas a los* GUARDIAS, *junto con los otros dos.)* Pero ¿no podríamos terminar de comer? Y ustés, señores guardias, ¿no quieren probar bocao?

(La gente empieza a escabullirse. Algunos intentan arrastrar con ellos alguna paellera, pero los GUARDIAS *les cierran el paso.)*

UN GUARDIA.– *(Deteniendo a los fugitivos.)* De aquí no se mueve nadie...

(Empieza a levantarse un coro de lamentos. La CARMELA *abraza a su marido.)*

LA CARMELA.– Que no se los lleven, que no se los lleven... Si no han hecho na... *(Los* GUARDIAS *han apretado el cerco y agrupan a todos en el centro de la escena. Los tres culpables están ya esposados.)*

EL TUERTO.– Si entoavía no habíamos hincao el diente al lechazo. El lechazo[79], señores, que está pa chuparse los deos...

LA CARMELA.– *(Estallando en grandes exclamaciones, coreada por las demás mujeres.)* ¡Ay, qué desgracia tan grande...!¡Ay, qué suerte tan negra...! ¡Y tan sonás que van a ser las bodas...! *(Se mesa los cabellos. Los* GUARDIAS *siguen encañonando a todos. Mientras, el sol de la tarde aureola la figura de los tres delincuentes.)*

(Oscuro.)

EPÍLOGO

Afueras de Madrid. Suaves y tétricas lomas castellanas. Agrietado cielo de amanecer. Un coro de mujeres envueltas en mantones se agrupa alrededor de una hoguera. Son las que se sentaban al banquete de bodas. En el centro del corro, la VIEJA DE LOS ESCAPULARIOS *termina de dirigir el rosario.*

LA MADRE MARTINA.– *(Luego de persignarse y quedar en actitud de recogimiento.)* En cuanti que traigan al pobrecito, rezaremos la recomendación del alma. *(Pregunta con acento monjil.)* ¿Saben si ya confesó?

---

[79] Comida exquisita. (La palabra en este contexto ha sufrido un cambio semántico donde se generaliza el sentido del lechón o cerdo en crianza a la comida buena o sabrosa en general.)

UNA MUJER.– Y tanto que confesó. Él y los otros. En la «Delega» confiesan toos...

LA MADRE MARTINA.– ¡Ay, válgame Dios! Lo que yo pregunto es si hizo la confesión general con sacerdote...

OTRA MUJER.– Mismamente parecía propio. Dicen que se retrató en Casa Campúa como los infantes de sangre real.

OTRA MUJER.– Y el príncipe era, que se acordó siempre de los suyos, lo que no hacen los de veras... ¿Y qué mujeres como nosotras que no lo defendimos con las uñas y los dientes?

UNA MUJER.– Bien de improviso que nos pillaron con las manos en la paella. El chasco nos cortó la respiración... Pues ¿y el pobre tío Petate?... Un hombre tan cabal y tan señor...

OTRA MUJER.– Pues mira que esa criatura que enviuda tan joven... ¡Qué desgracia tan grande...!

OTRA MUJER.– Y esa pobre suegra...

OTRA MUJER.– ¡Ay, qué desgracia, Dios mío...!

LA MADRE MARTINA.– Nosotras, pobres de nosotras, no podemos hacer otra cosa que rezar por su alma.

UNA MUJER.– Ya está amaneciendo. No puen tardar.

OTRA MUJER.– Mía que si nos habemos equivocao y no lo afusilan aquí...

UNA MUJER.– Aquí afusilan a toos... Por no han visto poco estos ojos que se han de comer la tierra...

OTRA MUJER.– ¡Ay, pobrecito Pingajo...!

LA MADRE MARTINA.– Los hombres que se ciegan por los dineros...

UNA MUJER.– Y dicen que no lo han dejao ver a la viuda ni a la suegra.

OTRA MUJER.– ¡Ay, pobre Carmelilla, que ayer ajustician al marío y hoy al «nuero»[80]...!

LA MADRE MARTINA.– Líbrenos Dios de todo mal...

UNA MUJER.– Hay que ver con qué entereza murió el tío Petate... Era too un hombre...

OTRA MUJER.– Cómo abrazó a los Hermanos de la Caridad y cómo se despidió de toos, y qué tranquilo estaba cuando lo pusieron el anillo y con qué resignación cerró los ojos...

UNA MUCHACHA.– Paecía mismamente que dormía...

---

[80] Yerno.

UNA MUJER.– Y mañana le toca al Salamanca, ¿no?
OTRA MUJER.– Ése no me da lástima. Era zángano...
OTRA MUJER.– Pos a mí me regaló unos pendientes...
LA MADRE MARTINA.– Al pobre Pingajo lo ajustician entre dos ladrones, como a Cristo Nuestro Señor, venturoso él...
UNA MUJER.– A él lo afusilan por el aquel del fuero melitar.
UNA MUCHACHA.– En eso sale ganando, porque dicen que es una muerte de honra.
UNA MUJER.– Habrá que verlo morir. Como un húsar...
OTRA MUJER.– Tendría chiste que no lo trajeran acá...
OTRA MUJER.– Aquí va a ser, que me lo dijo mi compadre, que es sargento de Pavía.
LA MADRE MARTINA.– Aquí esperamos nosotras, pa rezarle la recomendación del alma...
UNA MUJER.– Pos también tendría chiste que no hubián sío ellos los del atraco...
UNA MUCHACHA.– Tampoco sería la primera vez...
OTRA MUJER.– Porque en España nunca ha habío justicia con el pueblo. Ni justicia, ni vergüenza, ni na...
UNA MUJER.– Lo que yo digo es que no somos mujeres y que ya no quean riñones en los Madriles, sino que habíamos tenío que tirarnos a ellos y hacerles trizas la piel, que pa eso Dios nos dio las uñas...
LA MADRE MARTINA.– Dios lo ha querío de otro modo. En el cielo les esperará la gloria...
OTRA MUJER.– Ya está casi amanecío y no se oye ná... Mía que si tenemos que irnos por donde habemos venío...
UNA MUJER.– Pos más vale así, porque yo no sé cuando lo vea entre los fusiles si no me tiro a ellos y los desgracio...
OTRA MUJER.– Bien se ve que no conoces la ley marcial[81], porque si no, no hablarías así.
UNA MUJER.– *(A la otra.)* ¿Y tú conoces esa ley?
OTRA MUJER.– Mi compadre el sargento me lo ha explicao. Hazte cuenta que si das un grito tan sólo, te colocan a ti también en el paredón...
UNA MUJER.– Ésa es la justicia de España.

---

[81] Ley severísima militar, por la que se pedía condenar a un hombre por el mínimo motivo y sin defensa de ley civil.

UNA MUCHACHA.– Callen un momento. ¿No oyen?

(Escuchan todas. Se oye lejano toque de diana en el cuartel próximo.)

OTRA MUJER.– El toque de diana. Ya mismo lo traen... El pobrecito...
OTRA MUJER.– A mí me tiemblan las piernas...
OTRA MUJER.– Yo siento un ahogo en el pecho...
UNA MUJER.– ¿Aónde está la bandera? ¿La tenéis ahí?
OTRA MUJER.– *(Sacando del pecho un pañuelo con los colores nacionales.)* Aquí la tengo yo...
OTRA MUJER.– Bien merece el probe que lo envolvamos en la bandera, como los soldaítos que mueren en campaña...
OTRA MUJER.– Más le valía haberse quedao en la Manigua.
OTRA MUJER.– Pos no sé si dejarán envolverlo en la bandera... Mi compadre el sargento debe saberlo...
UNA MUJER.– Estaría de ver que no le pudiéramos enterrar como queremos...
LA MADRE MARTINA.– Cristianamente es como hay que enterrarle...
UNA MUJER.– Y envuelto en la bandera, señora, envuelto en la bandera.
UNA MUCHACHA.– Se oyen pasos... Deben ser ellos... *(Las mujeres, asustadas, escuchan.)*
UNA MUJER.– Parece que ya están aquí. ¿Y cómo no suena el tambor?
OTRA MUJER.– La ley marcial no tie tambor...
UNA MUCHACHA.– *(Que se había separado del grupo para otear el horizonte.)* Sólo veo dos bultos... No son ellos...
UNA MUJER.– Y vienen llorando...
OTRA MUJER.– ¡Ay, si parece la Carmela...!
UNA MUCHACHA.– Es la Carmela y la Fandanga...
UNA MUJER.– ¡Ay, me alegro que el pobrecito tenga algún pariente suyo en el último momento, ya que también tie la desgracia de ser hespiciano...

(Entran la CARMELA *y la* FANDANGA *envueltas en mantos negros.)*

LA CARMELA.– *(Llorando.)* ¡Ay, madre de mi alma...! ¡Ayer vi morir a mi marío y hoy tengo que ver al marío de mi hija...! ¡Ay, qué desgracia la

mía...! *(Va abrazando y besando a las mujeres.)* ¿Qué habremos hecho en el mundo? *(Retrocede al ver ante sí a la* MADRE MARTINA.*)* ¿Tú también, zorrona? Júas Iscariota..., ¿entoavía quies besarme cuando fuiste tú la que te chivaste a la poli?..., marrana.

LA FANDANGA.– *(Llorando.)* ¡Ay, madre...!

UNA MUJER.– *(Apartando a la beata.)* Aparte, mujer... *(A la* CARMELA.*)* Cálmate, Carmela, y deja esta cuistión, que con eso no vas a arreglar na. Y si chivateó ésta o no chivateó no lo sabremos nunca... Lo que ties que hacer es calmarte... Ven aquí. *(A las otras.)* ¿Quea una jiaja e recuelo[82]?

OTRA MUJER.– Por ahí anda el puchero...

(Unas cuantas mujeres se llevan a la chica donde hay un puchero a la lumbre. Las otras contemplan con recelo a la beata.)

UNA MUCHACHA.– *(Reconviniendo a la* MADRE MARTINA.*)* También usté...

LA MADRE MARTINA.– Pero si son calurnias. ¡Calurnias! Yo no sabía na, y que Dios me castigue si miento. Lo que pasó fue que, en saliendo de la venta, me encontré con aquellos hombres, que me preguntaron si se celebraba una boda, y yo les dije que sí. ¿Qué iba a decirles? Ni qué sabía yo si eran de la Policía o no lo eran... Que me quede aquí muerta si miento... *(Conforme hablaba, se volvía a unas y a otras. Pero todas le vuelven las espalda y se agrupan en torno a las atribuladas* CARMELA *y* FANDANGA. *La beata se sienta aparte y vuelve a sacar el rosario.)*

UNA MUJER.– *(A la* CARMELA, *ofreciéndola el puchero.)* Bebe un sorbito e café... *(A la* FANDANGA.*)* Y tú también, pequeña... ¡Ay, pobrecita, y qué ojos de pena ties, que mismamente paeces la Dolorosa...!

OTRA MUJER.– Ties que perdonarla, mujer...

LA CARMELA.– Tengo unos nervios que no sé lo que hago... Ayer vi morir a mi Petate e mi alma... Lo vi hasta el último momento, y se despidió de mí con una mirá que lo decía too, too... *(La* FANDANGA *irrumpe a llorar con grandes sollozos.)* ¡Calla, hija!; ¡calla, hija mía! Huérfana y viuda en pocas horas... ¡Qué desgracia la nuestra...!

---

[82] Popularmente, «recuelo» son los residuos del café.

UNA MUJER.– Cálmate, mujer, cálmate... Mira, habemos traío la bandera pa envolverlo, como se hace con los gloriosos. *(Extiende ante ella la bandera española. La* CARMELA *coge una punta del paño y se la lleva a la mejilla. En este momento empieza a oírse el lejano toque de tambor, que va acercándose.)*

UNA MUJER.– El tambor..., el tambor... Ya vienen... Ya vienen...

(Las mujeres corren a un lado para ver la comitiva y abandonan a las dos atribuladas que sostienen la bandera entre sus manos.)

UNA MUJER.– Ahora sí que son... Ave María Purísima...

LA MADRE MARTINA.– Vamos a rezar la recomendación del alma...

UNA MUCHACHA.– ¡Cuántos vienen!... Paece un batallón...

LA CARMELA.– *(Se levanta seguida por la* FANDANGA. *En el suelo queda el jirón de la bandera nacional, que empieza a iluminar el sol.)* Yo quiero verlo... Yo quiero verlo... Quiero verlo... *(Las mujeres la apartan.)*

UNA MUJER.– Ten calma...

LA CARMELA.– Un beso, que nos dejen darle un beso...

UNA MUCHACHA.– Ya lo veo. Lo estoy viendo. El pobre. Mirad, mirad...

VOCES.– Probe... ¡Qué pálido está...! ¡Cuánto debe sufrir...!

LA CARMELA.– *(Se agita nerviosa. Tiene a la* FANDANGA *agarrada a su cintura.)* Pero ¿aónde está? ¿Aónde? Si estoy como ciega... Si es que no veo na..., no veo na...

(El estruendo del tambor alcanza un grado ensordecedor. Las mujeres se apartan arrastrando a la CARMELA *y a su hija, mientras la beata sigue inconmovible su rezo.)*

VOZ DE UN OFICIAL.– ¡Alto...! *(La voz ha sonado terquísima. El chocar de los talones coincide con el enmudecimiento del tambor. Las mujeres se agrupan sollozando. Aparece el* TENIENTE *de los bigotes, ya conocido, con el sable en alto, que las impide avanzar. Retroceden las mujeres ante el relampagueo de la hoja.)*

EL TENIENTE.– *(Llamando.)* ¡Sargento...!, ¡sargento...!

EL SARGENTO.– *(Apareciendo.)* A las órdenes de usté...

EL TENIENTE.– *(Señalando con el sable una divisoria entre las mujeres.)* Ponga aquí una escuadra de hombres y que no se acerque nadie a una legua... Venga... *(A las mujeres.)* ¡Apartarse...!; ¡apartarse...!

(Gritos de las mujeres. Una de ellas rueda por el suelo. Cinco SOLDADOS *les van haciendo retroceder.)*

LA CARMELA.– Quiero verlo... Quiero darle un beso... El beso de despedida... *(A la* FANDANGA.*)* ¡Grita..., grita tú también...!

(La FANDANGA *llora.)*

SOLDADOS.– Venga, retirarse..., retirarse, que no se pue estar aquí... Retirarse... *(Las empujan hacia el otro extremo de la escena.)*

UNA MUJER.– Tener compasión de una madre y de una esposa...

SOLDADOS.– Que sus apartéis... Si lo vais a ver bien toas... Desde aquí lo poéis ver, leche... *(Han apartado también a la beata, que vuelve a arrodillarse junto a las mujeres.)*

EL TENIENTE.– *(Moviendo el sable.)* ¡Más atrás...!, ¡más atrás...! *(Los* SOLDADOS *vuelven a empujar.)*

LAS MUJERES.– Tener compasión de una madre... No lo matéis..., no lo matéis..., no lo matéis... *(Esta frase la van diciendo de una manera rítmica, mecánica y escalofriante.)*

(El TENIENTE *recorre el espacio libre a grandes zancadas. Tropieza con el paño de la bandera y le da un puntapié, apartándola hacia donde están las mujeres. Una de ellas sale de la fila, entre los* SOLDADOS, *y la recoge apretándola contra su pecho. Vuelven las mujeres a cantar aquello de «no lo matéis», que suena como una especie de oración.)*

EL TENIENTE.– *(Gritando.)* ¡El reo...! *(Traen entre los* SOLDADOS *al* PINGAJO, *pálido y ojeroso. Lleva el uniforme de gala de soldado raso. Naturalmente, sin insignias ni hombreras. Los brazos, atados codo con codo. Al aparecer aumenta el clamoreo de las mujeres. El* PINGAJO *distingue a*

la FANDANGA *y a la* CARMELA, *que llaman a gritos. Se yergue muy solemne y las mira con ternura. Al* SARGENTO.*)* Dispón el cuadro... Vivo, que hace un frío que pela... *(Al* PINGAJO, *que tiembla de frío y de miedo.)* A ti no te pregunto cuál es tu última voluntá, porque ya se sabe que me vas a decir una de tus majaderías y no estoy pa líos. Quien mal anda, mal acaba, muchacho... Yo lo único que te digo es que hice too lo posible pa salvarte y que lo siento... *(Se echa mano al bolsillo trasero del pantalón y saca una botella de aguardiente.)* Así que échate un trago y a ver si te portas como los hombres... *(Le pone la botella en la boca como si fuera un biberón y el reo bebe ávido. Parte del líquido se derrama por la pechera.)* Bebe, bebe más, a ver si no te enteras de na... *(El otro bebe con avidez. Cuando termina, le relucen los ojos.)*

EL PINGAJO.– *(Con voz ronca.)* Gracias... A su saluz...

EL TENIENTE.– *(A los* SOLDADOS *que lo custodian.)* Vamos... *(Camina delante de ellos con el sable al hombro. Se detienen y señala un lugar con el sable.)* Aquí... *(Luego, a patadas, apaga la hoguera que habían encendido las mujeres, avienta las brasas, da una patada al puchero frente al piquete que se supone fuera de la escena. El* PINGAJO *vuelve la cara hacia las mujeres. El* TENIENTE *ordena a sus* SOLDADOS, *con un gesto, que se incorporen al piquete. Antes de dejar sólo al reo, saca un cigarrillo, lo enciende y se lo pone en los labios al* PINGAJO.*)* Anda, fuma... *(Le da una palmada en la espalda y se retira. El* PINGAJO *se queda sólo como un auténtico pingajo, medio escorado a un lado, con la cabeza colgando y el cigarrillo colgando del labio. Tiene los ojos estremecidos.)*

LAS MUJERES.– No lo matéis..., no lo matéis... *(Desaparece el* TENIENTE.*)*

VOZ DEL TENIENTE.– Rodilla en tierra... ¡Ar! *(Pausa. Estallan los chillidos de la* CARMELA.*)* Carguen... ¡Ar! *(Se oye el ruido de los cerrojos al cargar el arma y el pobre* PINGAJO, *que ha cerrado los ojos, se desploma en el suelo. Aparece el* TENIENTE *enfurecido y avanza hacia el caído* PINGAJO.*)*

EL TENIENTE.– ¡Será gilí este tío!... ¿Pos no se ha desmayao? *(Llamando.)* Sargento... *(Viene corriendo el* SARGENTO.*)* Mande usté firmes, no sea que esos cafres nos asen a tiros... *(Desaparece el* SARGENTO *y se oye su voz de mando.)* Venga aquí otra vez, sargento... *(El* SARGENTO *vuelve de nuevo.)* Amos a ver si le hacemos volver en sí. *(Le agitan entre los dos. Le dan cachetillos en la cara. El* PINGAJO *abre los ojos asombrado y les mira como si ya estuviera en el otro mundo.)* Venga, levántese... *(Le*

levantan entre los dos. El PINGAJO *está desorientado.)* Aquí no hay mala estaca por donde atarle... Ni una mala tapia... Mira que tengo dicho veces que éste no es sitio pa fusilar... *(Al* PINGAJO.*)* Y a ver si no estás tan atontao tú... A ver si eres hombre... Que paeces una mujercilla tú también... Hasta que no oigas el disparo, no te ties que mover... Quieto ahora. *(Le deja bien colocado, como si fueran a hacerle una fotografía, y vuelve deprisa a desaparecer.)*

VOZ RÁPIDA DEL TENIENTE.– Carguen... ¡Ar...! Apunten... ¡Fuego! *(El* PINGAJO *ha empezado a caer a la primera voz. Pero la descarga le coge de rodillas y rueda por el suelo.)* Descarguen... ¡Ar! *(Entra y cruza la escena a grandes zancadas. Se coloca ante el bulto del* PINGAJO, *de espaldas al público y abriendo bien las piernas, le da el pistoletazo de gracia mirando para otro lado. El bulto se sacude de nuevo. El* TENIENTE *cruza de nuevo la escena mientras ordena:)* ¡Vamos, sargento, armas al hombro y desfilen! *(Los* SOLDADOS *que contenían a las mujeres se retiran también. El tambor vuelve a batir. El tambor se va alejando. Las mujeres han quedado petrificadas sin moverse. Se arrodillan. Dos mujeres cogen el paño de la bandera y avanzan hacia el cadáver. Detrás van las otras llevando abrazadas a la Carmela y a la Fandanga. Cubren el cadáver con la bandera y se arrodillan alrededor mientras cae el telón.)*

FLOR DE OTOÑO

Personajes

DE LA FAMILIA SERRACANT: Doña Nuria de Cañellas; Lluiset, su hijo; Pilar, la criada; un señor gordo y calvo, tío de Lluiset; un señor flaco, tío de Lluiset; una señora rubia, tía de Lluiset; una señora regordeta, tía de Lluiset; un señor jorobado, tío de Lluiset.

DEL BATACLAN CABARET: Flor de Otoño; Ricard; Surroca; el portero; la del guardarropa; un camarero; el viudo de «La Asturianita»; policías; público en general.

DEL CUARTEL DE ATARAZANAS: Un teniente; un cabo; un sanitario; varios caloyos; dos busconas.

DE LA COOPERATIVA OBRERA DEL POBLE NOU: La noia del bar; un camalic catalán; un camalic andaluz; un camalic gallego; un camalic murciano; estudiante 1; estudiante 2; estudiante 3; guardia civil 1; guardia civil 2; obreros.

DE LA PRISIÓN MILITAR DE MONTJUITH: Un sacerdote, que hace las veces de hermano de la paz y caridad: el teniente-defensor; el comandante de la fortaleza; un centinela.

GENTE DE LA CALLE: Un vigilante nocturno; dos de la policía secreta; una modistilla y su gachó; una corista de la compañía de sugranyes; damas y caballeros de la alta sociedad, etc...

Acción: en Barcelona, durante los primeros meses del año 1930.

PRIMERA PARTE

Nuestra historia empieza en un mes de enero del año 1930 y en una residencia burguesa del ensanche barcelonés. Noche fría de Luna. Ésta, la Luna, se refleja azulada y misteriosa en los espejos del saloncillo de la señora Cañellas, viuda del que fue miembro del gobierno maurista don Luis de Serracant, hijo a su vez de un general que anduvo a la greña en Cuba y Marruecos a las órdenes del glorioso general Prim Prats, con lo que a la viuda Serracant o señora Cañellas le vendría a quedar un buen pasar debido no sólo a la pensión por el difunto, sino también y principalmente a ese sentido de la previsión en que los catalanes fueron siempre maestros. El saloncillo de la señora Cañellas, iluminado por los reflejos de la Luna, al filo de la madrugada de una fría noche de enero, dice el «qué», el «cómo» y el «por qué» de la vida de sus habitantes: clase burguesa entre las burguesas anunciada por aquella chimenea de mármol blanco en la que brilla el rescoldo del último fuego; sobre la repisa no faltan los relojes de sonería, la porcelana china y algún recuerdo de las campañas tagalas de la finiquitada etapa colonial. El mismo general, compañero de armas de Prim, preside el testero de la chimenea y aparece ahora rodeado por el resplandor lunar y un «xic» del reverbero urbano (pues claro está que nos hallamos en un piso principal). Hermosa alfombra persa. Butacas y sofás de peluche granate. Cornucopias y dorados. Filigranas. Pliego enmarcado en plata con firmas adulonas de subordinados. Fotografías añejas de damas en trance de salir del gran teatro del Liceo. Mariposas clavadas en la pared (anuncio del culto a la naturaleza propia del país). Piano. Un pajecillo de bronce, mezcla complicada de Cupido y Mercurio, levanta un afiligranado farol. La

vida de la calle penetra a través de los gruesos cristales de la «tribuna» (así llaman en Barcelona al mirador), cristales de colorines orientales, efluvios de bósforo enmarcados en una afiligranada piedra a estilo Gaudí. La luz de la Luna, al entrar por los cristales de colorines, forma hermosos arco iris, que nos explican la tiesura de esta casa que permanece sólida en este año de 1930, aunque se vea obligada a cambiar de color según el eterno, indeclinable, giro de la Luna.

Silencio augusto. A tales horas en esta casa se duerme como es de ley. Sólo se oye el tintineo del tranvía. El paso furtivo de algún raro automóvil. El traqueteo de un coche que empieza a traer a los señores del Liceo. Alguna copla de borrachos que cantan cosas como ésta:

Pistolers i rabassaires
Pistolers i rabassaires,
tururú... tururú...
Pistolers i rabassaires
t´heuran de donar per cul.

Coplas de murcianos catalanizados o al revés, que tanto abundan en estos tiempos dejados de la mano de Dios. La fotografía de su majestad don Alfonso XIII (dedicada con su elegante rública) parece estremecerse ante tales desafueros, pero la presencia contigua de un Niño Jesús en un fanal, entre flores de papel confeccionadas por las monjitas de María Auxiliadora, hace mantener la compostura al monarca.

> *(Y en este silencio matizado, de pronto, inesperadamente, suena un timbrazo que estremece toda la casa. Un timbrazo plebeyo, soez, grosero, inmisericorde, criminal, que hace tambalearse todo. Tiembla el retrato del rey, tiembla el Niño Jesús, las flores de papel, tiemblan los bigotazos del apuesto general pintado al oleo. Un timbrazo y otro timbrazo. ¿Cómo es posible que a semejantes horas alguien se atreva a llamar de este modo a una casa decente y además lo haga por la puerta principal y no por la de servicio? Inaudito. Resulta tan insólito el hecho, que nada, ni nadie, responde a semejante llama-*

da. ¿La casa está vacía? Eso parece. Pero no. A la décima llamada del timbre, se oyen voces, rumores, desasosiego. Se percibe nítidamente una frase femenina y airada: «¿I ara...? Pero... ¿i ara...?». Algo se avecina sobre aquella quietud. El timbre ha logrado poner en movimiento todo un mecanismo de jadeos, de pasos, de ahogos, de toses.)

VOZ FEMENINA AIRADA.– Pero Pilar..., ¿qué hace usted? Ay, Deu Senyor...

OTRA VOZ FEMENINA Y TÍMIDA.– Ya voy, señorita. Ay, bendito Dios...

LA PRIMERA VOZ.– Abra, abra usted de una vez, Pilar...

LA SEGUNDA VOZ.– ¿Abro, señora?

LA PRIMERA VOZ.– Abra...

(El timbre sonaba y sonaba. Ahora hay una pausa tensa, terrible, expectante. Y enseguida, el grito de la criada. Grito de folletín amargo.)

LA SEGUNDA VOZ.– Ay... Pistoleros, pistoleros...

LA PRIMERA VOZ.– Ay, mara meva... *(Se oyen pasos que avanzan hacia el salón.)*

UNA VOZ VARONIL.– Calli, dona, calli... *(En otro tono.)* Ustedes se quedan aquí... Eh, vusté...

LA PRIMERA VOZ.– I ara...

OTRA VOZ VARONIL.– ¿Por dónde, don Ambrosio?

LA PRIMERA VOZ VARONIL.– Que se calli, dona... ¿Qué la pasa? ¿S´ha tornat boja?

(En este momento es cuando irrumpe en el salón DOÑA NURIA DE CAÑELLAS, *entre el frufrú y el revoloteo de un salto de cama elegantísimo, en chanclas y despeinada. Se dirige como un vendaval hacia la tribuna, tan ciega que no se da cuenta de que los flecos del salto de cama se enganchan al retrato de don Alfonso XIII, que rueda por el suelo. Ella, la* SEÑORA CAÑELLAS, *abre la tribuna y, sin parar mientes, grita: «Vigilant..., vigilant..., vigilant...*

Socorrooo... Pistolers... Pistolers...». Y precisamente tras ella en el salón entra el VIGILANTE *a quien invoca la* SEÑORA CAÑELLAS, *con su uniforme azul marino y sus galones verdes. Tras el* VIGILANTE *se mueven otras formas con aire de gánsteres de Chicago.)*

EL VIGILANTE.– Estic aquí, senyora... Senyora... ¿Que no em veu que estic aquí?... *(La intenta coger por un brazo y ella se revuelve y le mira asombrada.)* Estic aquí, dona...

LA SEÑORA CAÑELLAS.– I ara...

EL VIGILANTE.– Está clar... He pujat amb els senyors... *(Y señala las dos figuras que están en la puerta del salón, apoyados en la cristalera, respirando fuerte por encima de sus bigotazos, hartos de pulsar el timbre y de tantas narices, deseosos de terminar la noche en el barrio chino.)*

EL VIGILANTE.– Aquests senyors son de...

LA SEÑORA CAÑELLAS.– *(Cortándole.)* Pistolers...

(Uno de los bigotudos ya no se contiene y avanza altivo hacia la señora.)

POLI 1.– De policía secreta, señora... *(Y el muy cuaja hace una reverencia.)*

LA SEÑORA CAÑELLAS.– I ara... Pistolers i pistolers...

EL VIGILANTE.– Ascolti, senyora...

(El PRIMER POLICÍA *ya se ha dejado de mandangas y, haciendo un guiño al otro, han empezado a registrar todo el salón. El* PRIMER POLICÍA *lo primero que hace es recoger el retrato con el cristal roto de don Alfonso XIII y lo mira con astucia. El otro levanta las butacas, abre los cajones, etc.; la* SEÑORA DE CAÑELLAS *está estupefacta.)*

LA SEÑORA CAÑELLAS.– ¿Aleshores? ¿Això es la revolució?... Mara meva santísima... *(Se desmaya en los brazos del apuesto* VIGILANTE, *que había intentado sin éxito mostrarle el papel con la orden de registro.)*

EL VIGILANTE.– Apa... Ja hi som tots...

POLI 1.– *(Mientras sigue la búsqueda.)* Dela unos cachetitos en la espalda.

POLI 2.– *(Que acaba de encontrar una pistolita.)* Una pistola, mire...

POLI 1.– ¿A ver?

EL VIGILANTE.– *(Que ha dejado a la* SEÑORA *delicadamente en el sofá.)* Senyora..., ascolti. *(Mirando alrededor con angustia.)* ¿I l´altra dona?... ¿Y la chica? *(Detrás de la puerta de cristales se asoma ya el bulto de una* CRIADA *llorosa, hiposa, que no se atreve a dar un paso, pero al ver el cuerpo de la señora yacente en el sofá, con un arranque de valentía, atraviesa la puerta del salón.)*

PILAR.– Señora, señora. Ay, que mataron a mi señora...

POLI 2.– *(Al ver a la criada.)* Otra que rediez...

EL VIGILANTE.– *(A la criada.)* No pasa res, noia... Nada no pasa... Un síncope...

PILAR.– Ay, madre...

EL VIGILANTE.– La da friegas en la espalda, dona...

(Total, que ya tenemos la escena montada: la SEÑORA *en su desmayo, la* CRIADA *compungida, el* VIGILANTE *intentando resolver tamaña papeleta y los* INSPECTORES *con las manos en lo suyo. Y toda la escena se queda quieta formando la estampa claroscura de una ilustración de novela con algo de la tierna sordidez colorista de un Ramón Casas, por ejemplo. Hasta que, de pronto, la «mestressa» da un respingo y se yergue repentina. Su busto opulento destaca en la penumbra, la bata cayéndole por el hombro como una reina ultrajada. Ahora la escena está iluminada por la araña y el farol del «Niño Mercurio» que la* CRIADA *y los* POLIS *fueron encendiendo.)*

DOÑA NURIA.– *(Avanzando mayestática hacia los* POLIS.*)* Muy señores míos...

EL VIGILANTE.– *(Tirándole de la manga.)* Ascolti, aixó que...

PILAR.– Ay, cálmese, señora...

DOÑA NURIA.– *(Al* VIGILANTE *y a la* CRIADA.*)* Atrás... *(Y su brazo, al conminarles a que retrocedan, nos recuerda un gesto de la ilustre doña María Guerrero. Se dirige a los* POLIS, *que siguen revolviendo el saloncillo.)* Muy señores míos...

POLI 1.– *(Sin apenas hacerle caso.)* Estamos listos. Un segundo na más, señora...

DOÑA NURIA.– *(Ya colérica.)* I araaa...

EL VIGILANTE.– *(Al* POLI.*)* Díganla que son ustedes unos mandaos, home...

POLI 2.– Nosotros no estamos pa mandangas, amigo...

DOÑA NURIA.– *(A gritos.)* Estic en la meva casa. Ésta es mi casa encara. Sóc la vídua de En Serracant...

PILAR.– *(Como un tímido eco.)* Ésta es la casa... de la señora... viuda de... Serracant...

DOÑA NURIA.– Por más que se haya terminado la dictadura de Primo de Rivera, gracias a Dios, creo que me están ustedes atropellando...

POLI 1.– *(Sacudiéndose las manos y llevando bajo el brazo el retrato roto de don Alfonso XIII.)* Sí, señora. Eso es. Lo que usté ha dicho. *(Señalando al* VIGILANTE.*)* Aquí tie la orden de registro. Lo dice clarito: en casa del señor don Luis de Serracant y de Cañellas. Orden de registro. Con toas las del veri. Y además *(Sacando una papeleta del bolsillo.)* esta citación para que se presente dicho individuo mañana por la mañana en la comisaría del distrito.

POLI 2.– *(Satisfecho.)* Apa, ya está...

(Las palabras dichas deprisa y corriendo, pero con una claridad y un acento murciano ostensibles, han tenido la virtud de dejar muda y atónita a la ilustre dama.)

EL VIGILANTE.– *(Leyendo la citación que la señora despreció.)* «Por la presente, comunico a usted que deberá personarse.» *(La* CRIADA *llora.)*

DOÑA NURIA.– *(Colérica y dando un manotazo al* VIGILANTE, *que suelta el papelito.)* Prou... Basta, he dicho basta. ¿Me oyen? Basta, basta y basta...

(Los POLIS, *que ya han actuado y desmontado todo, se disponen a marcharse llevándose un botín compuesto por el retrato regio, la pistola, papeles...)*

POLI 1.– *(Haciendo otra reverencia a la* SEÑORA.*)* A los pies de usté, señora...

DOÑA NURIA.– Pistoler, murciano, trabucaire...

EL VIGILANTE.– Señora, señora...

POLI 2.– Mía tú, la tía.

POLI 1.– *(Comprensivo.)* Uno ya tiene «el cul pelat», que dicen ustedes, los catalanes, en estos menesteres, dicho sea con perdón, pa sentirse ofendido y elevar un parte por desacato. Ahí queda eso. Y a dar un paseo por la Exposición Internacional...

DOÑA NURIA.– Grosero, tío cochino...

PILAR.– *(En un acto inaudito de atrevimiento, va hacia el* POLICÍA *y le da unos golpecitos en la solapa.)* A mi señora no la insulta, a mi señora no la insulta...

DOÑA NURIA.– *(Acogiendo en su regazo a la llorosa sirvienta.)* No ploris, nena, no ploris, tu... *(La voz se le quiebra.)*

POLI 2.– *(Un tanto amenazador.)* Repare usted señora, que...

EL VIGILANTE.–Aquí son unos mandaos, señora.

DOÑA NURIA.– Fuera de aquí, ladrones, ladrones...

POLI 1.– *(Encogiéndose de hombros.)* Nosotros habemos cumplío. *(Al otro.)* Tira, ninchi. Y a ver si procura usted cuidar mejor de su «nen» pa que no ande metío en el Barrio Chino... *(Y dicho esto, se largan. Las palabras «barrio» y «chino», relacionadas con la palabra «nen» quedan temblando en la mente de la* SEÑORA CAÑELLAS. *Atónita, no acierta a ver qué relación pueda establecerse entre cosas tan dispares. El portazo de la puerta de la escalera anuncia la definitiva retirada de la policía. El* VIGILANTE *ahora no sabe qué hacer.)*

DOÑA NURIA.– *(Preguntándose a sí misma.)* ¿Qué han dit del Barrio Chino?

PILAR.– *(Llorando.)* Ay, yo estoy mala, yo me pongo malaaa...

EL VIGILANTE.– Senyora, això, no faci cas...

DOÑA NURIA.– *(Volviéndose a él y como si lo viera por vez primera.)* ¿Què fa vusté aquí? ¿Qui li ha demanat? ¿Eh?

EL VIGILANTE.– Ascolti, senyora, jo...

DOÑA NURIA.– *(Enfurecida.)* ¿Qué fa vusté aquí? Fora d´aquesta casa. Vaja un vigilant, vaja un vigilant... *(El* VIGILANTE *va retrocediendo asustado.)* Vigilant pistoler vostè. Ja tornará a venir Nadal, ja, ja tornará Nadal y ja tornará vusté a demanar l'aguinaldu, les estrenes i ja li donarem..., ja li donarem aguinaldu a vusté, ja li donarem prou, ja... *(El pobre* VIGILANTE *ha huido como alma que lleva el diablo. Las dos mujeres ahora, en el espasmo de la madrugada, se miran, dan un grito y vuelven a abrazarse llorando. Siguen llorando un rato las dos abrazadas. Hasta*

que DOÑA NURIA *se separa con cierto asco de ella y grita.)* Les joies, les joies, les joies... Las mevas alhajas... *(Entre el estropicio del registro empieza a abrir cajoncillos, secreteres, rebuscando febril.)* están aquí... Si, no les han tocat... Pendents, sortijas...

PILAR.– *(Llorosa.)* Se han llevao el retrato de Su Majestad...

DOÑA NURIA.– El pendent de Montecarlo, las arracades de la meva mare... *(Se vuelve de pronto y grita.)* ¿Y el nen? ¿Dónde está el nen?

PILAR.– En el Liceo, señorita. Hoy tenía Liceo, señora...

(Corre DOÑA NURIA *al teléfono y marca un número. Está nerviosa. Vuelve a marcar.)*

PILAR.– *(Temblando.)* Voy a hacerle un poco de tila, una camomila...

DOÑA NURIA.– Te la bebes tú, que más falta te ha... *(Al teléfono.)* Montse... ¿Es la Montse? ¿No es la Montse? *(Aparte.)* Ai, Mare de Deu Santísima...

PILAR.– *(Mimosa.)* Un poco de camomila...

DOÑA NURIA.– *(Apartándola.)* Quita... *(Al teléfono.)* Ai, Montse. Ascoltam, nena. ¿Habeu vist al Lluiset?... Al Lluiset, sí, sí... ¿Era al Lliceu?... Si... Au, deixa ara a la Toti dal Monte... ¿El reposón?... Ai, gracies a Deu... Si, si..., pero es que... Ascolta, dona... *(Tapando el teléfono, pero mucho más tranquila.)* Ai, quina angunia de Montse quand es posa a parlar...

PILAR.– ¿Un poco de tila?

DOÑA NURIA.– Es que, ascolta, Montse, maca, ascolta... ¿Saps qué m´ha passat? M´ha passat una cosa, una cosa... *(La escena se ha ido oscureciendo hasta apagarse.)*

(Tras el oscuro se proyecta en el escenario un trozo de página de periódico con lo siguiente: En grandes titulares: «ESPANTOSO CRIMEN EN EL BARRIO CHINO: En un reservado de La Criolla aparece muerto un imitador de estrellas conocido por la Asturianita». En letra algo más menuda se lee: «En la madrugada del tugurio denominado La Criolla, refugio de la gente del hampa que frecuenta semejantes lugares, el cadáver cosido a puñaladas del maleante Antonio Puig Casas, conocido entre el hampa por el mote de la Asturianita. Parece ser que el crimen se

*debe a rivalidades de tipo pasional, aunque no se descarta la posibilidad de que existan ramificaciones de tipo ácrata o de sindicato libre. La policía investiga para encontrar el o los asesinos». En titulares menos grandes que los anteriores: «*Se rumorea que una prestigiosa persona de nuestra mejor sociedad pudiera estar relacionada con el asesinato de la Asturianita*: Noticias sin confirmación parecen indicar una pista sobre el repugnante crimen de La Criolla. A título de rumor, se afirma que hay una o varias personas de nuestra sociedad más selecta relacionadas con el trágico suceso: concretamente la policía, provista de la correspondiente orden, procedió a efectuar un registro en la residencia de un conocido y culto joven. Se dice que dicho individuo es dado a la cocaína y otros estupefacientes, que, según rumores, obtenía en lugares como La Criolla. Todo ello nos evidencia que las salpicaduras de la mala vida barcelonesa alcanzan al centro del mismo Ensanche».)*

(Otros titulares: «Hoy en la exposición internacional se celebra el día de Ecuador con asistencia del excelentísimo embajador de aquella república hermana».
Un anuncio: Peca-cura. (Con el busto de una dama.)
Otro anuncio: «Cinema-Palace» Hoy: «La madonna de los coches camas». Éxito.
Una breve gacetilla: Reposición de «El ocaso de los dioses» en el gran Teatro del Liceo.
Otro anuncio: «Bataclan», te-dansant. Debut de la singular estrella Flor de Otoño. Reserve su mesa.
Un anuncio transversal que cierra la página: «Wagons lits cook».)

(Mientras se proyecta este facsímil periodístico, se escucha una música entre dulzona y canalla a base de violines, y muy a lo lejos se oye un ritmo de sardanas. La página se desvanece de pronto como si hubiera sido ras-

gada por una mano femenina y airada. Tras la desaparición del periódico vemos a DOÑA NURIA *vestida elegantemente con un traje sastre y tocada con sombrero de fieltro, cuya ala la cubre la mitad del rostro –estilo Pola Negri–, que está dando fuertes golpes con un paraguas sobre una mesa de despacho estilo renacimiento. Tras la mesa, un joven parecido a Rodolfo Valentino trata de calmar a* DOÑA NURIA. *Sentado en una butaquita y con aspecto compungido, llevándose el pañuelo a las narices –porque parece constipado– hay un jovenzuelo flacucho, pálido, con gafas, embutido en un oscuro abrigo, que aparece totalmente indefenso. Alfombras, arañas, gran retrato de Alfonso XIII. Todo ello nos anuncia que estamos en uno de los despachos del Gobierno Civil.)*

DOÑA NURIA.– *(Golpeando con el paraguas sobre la mesa.)* Quiero que me reciba su Excelencia, su Excelencia, su Excelencia...

EL SECRETARIO.– *(Esquivando un paraguazo.)* Imposible, señora, imposible. ¿Cómo quiere que se lo diga?

DOÑA NURIA.– Soc la vidua de Don Lluis de Serracant...

EL SECRETARIO.– Sí, señora...

EL JOVEN FLACUCHO.– *(Con una especie de risa.)* Hi, hi, hi...

DOÑA NURIA.– Almorranas es lo que tendrá...

EL SECRETARIO.– Señora..., señora...

DOÑA NURIA.– Soc Doña Nuria...

EL SECRETARIO.– Por favor, ¿quiere ser tan amable, doña Nuria, de exponerme su reclamación?

DOÑA NURIA.– ¿Usted quién es?

EL SECRETARIO.– Señora: soy el secretario del despacho.

DOÑA NURIA.– No le conozco, señor mío...

EL SECRETARIO.– Usted perdone, pero...

DOÑA NURIA.– No se cómo se llama usted. No me lo han presentado nunca. En cambio yo soy...

EL SECRETARIO.– Sí señora, doña Nuria de Cañellas, viuda de...

DOÑA NURIA.– *(Señalando a su hijo con el paraguas.)* Y este señor, aquí donde usted lo ve, es mi hijo. Hijo mío y de mi esposo, que en paz des-

canse. Lluis de Serracant, abogado, premio extraordinario en la Facultad, una lumbrera del Foro, una lumbrera, no como otros. Porque este hijo mío, entérese usted no se interesa por la política. No se interesa por la política, ni le importa medrar, señor mío. No como otros que...

EL JOVEN FLACUCHO.– Por Dios, mamá...

DOÑA NURIA.– Cállate tú, que todavía tienes quien te defienda. ¿Lo oye usted? Aquí estoy yo para defender a este señor, mi hijo, que tendrían ustedes que besar por donde pisa. Cállese usted. Un modelo de hijo. Un modelo de ciudadano. Y un modelo de catalán. Entérese usted, pollastre... *(El* SECRETARIO *intenta en vano hablar.)* Nadie, pero nadie, nadie, puede decir tanto así, pero ni así *(Lleva el puño cerrado hasta las narices del* SECRETARIO, *que da un respingo asustado.)* de este señor en nada: ni en moral, ni en piedad, ni en estudios. Un espejo en el que debieran mirarse «tots aquets arreplegats» que intentan injuriarle; e injuriarle a él es injuriarme a mí, está claro, injuriar a mi difunto esposo, y, por tanto, señor mío es injuriar a Cataluña, e injuriar a Cataluña es injuriar a España...

EL JOVEN FLACUCHO.– *(Enardecido por las palabras de su madre y la actitud cobarde del* SECRETARIO *se levanta e intenta detener a* DOÑA NURIA, *que está dispuesta a dar un paraguazo al* SECRETARIO.*)* Mamá, mamá, ja está bé...

DOÑA NURIA.– *(Arrobada por la verborrea de su retoño.)* I ara... I ara...

EL SECRETARIO.– *(Haciendo grandes reverencias al tiempo que pulsa un timbre.)* Les doy mi palabra de honor de que he de trasladar su queja al señor gobernador. Estamos aquí para escucharles y atenderles... *(Ha aparecido un* UJIER *en la puerta.)* Acompañe a los señores... Señora, caballero...

DOÑA NURIA.– *(Muy altiva.)* Beso a usted la mano, caballero...

EL SECRETARIO.– Beso a usted los pies, señora...

DOÑA NURIA.– *(Al salir.)* Pero yo no lo conozco. No sé quién es usted. *(A su hijo.)* Y tú, Lluiset, ¿el coneixes?... *(Salen ante el* UJIER, *que se inclina ante ellos, mientras el secretario se pasa la mano por los cabellos para arreglarse el peinado. Oscuro.)*

(Consejo de familia en casa de la viuda de Serracant. Tarde de lluvia. Oscuridad tenebrosa, iluminada por los reflejos del fuego en la chimenea y el farol que sostiene

aquel niño híbrido entre Cupido y Mercurio. Tiesas figuras sentadas en butacones. Caballeros pálidos y judaicos. Una dama rubia y frágil destaca entre la negrura del resto de los asistentes. Otra dama regordeta y ordinaria abriga sus manos en un manguito. Preside la ceremonia DOÑA NURIA*, aún vestida con su traje sastre estilo Pola Negri. Más tiesa que nadie, yergue su busto de matrona catalana como si fuera una encarnación de la plutónica ciudad. La sombra de aquella criada, Pilar, va y viene trayendo tacitas y cosas. Siguen todos tiesos, sin hablar. Por encima de ellos se extiende una atmósfera de gorgoritos de ópera, que sustituyen a las palabras. Todos beben el café casi al unísono. Hay muchos paraguas en la escena, abiertos unos, cerrados otros, y la lluvia presidiendo tras el mirador aquella ceremonia fúnebre. Los gorgoritos van decreciendo, para ser sustituidos por los gritos de* DOÑA NURIA*.)*

DOÑA NURIA.– A vusté, pollastre, no el coneix, jo no el coneix, jove, no sé el seu nom, asis li vaig dir. Així, I ara...

UN SEÑOR GORDO Y CALVO.– Ai, Deu Senyor. Ai, Deu Senyor...

UN SEÑOR FLACO.– Ai, carai...

DOÑA NURIA.– I ara... Dons estaría be... Ja l´he dit prou, ja...

UN SEÑOR JOROBADO.– *(Llamando a la* CRIADA*.)* Ascolti, Pilar, fasi el favor de portarme las pildoretas que m´he deixat al abrio... *(Nuevo silencio.* PILAR *trae las «pildoretas». El* SEÑOR JOROBADO *disuelve una en agua y se la traga a gárgaras con gorgoritos de ópera.)*

DOÑA NURIA.– *(Rompiendo de nuevo el silencio.)* Aleshores...

EL SEÑOR GORDO.– Aleshores...

EL SEÑOR FLACO.– Aleshores...

EL SEÑOR JOROBADO.– *(Tosiendo y carraspeando.)* Ai, Senyó...

DOÑA NURIA.– Aleshores, un Serracant, tot un Serracant, barrejat amb la gent del hampa...

LA SEÑORA REGORDETA.– Mare de Deu Santísima...

EL SEÑOR GORDO.– I está clar, els tots Serracant barrejat amb la gent del hampa...

La señora rubia.– *(Rompiendo a llorar.)* Ai, ai, jo vull morirme... ¿Com podré anarhi al Lliceu ara? Quina vergonya...

Doña Nuria.– Això ens ha portat la política...

El señor flaco.– *(Levantando un dedo.)* La política, la política, tu lo has dit... Perque es clar, això es la política...

El jorobado.– *(Después de un acceso de tos.)* L´enveja, això es l´enveja...

Doña Nuria.– Ah, pero això no para aquí...

El señor gordo.– Oh, i tant.

El señor flaco.– I ara... Sería be que els paraigas Serracant, tan acreditats, desde el any 1830 s´ensorrasen asis, per una malifeta de qualsevolt mal mascut...

Voces diversas.– Ai, Deu Senyor. Ai, Deu Senyor...

La señora rubia.– Jo sempre ho dic: tranquillitat y bons aliments.

Doña Nuria.– O sigui que aquest fill meu, aquella joia, que es una joia, va a resultar que es un pistoler, un cocainomam y está barrejat amb la gent del hampa i amb faldillas...

El jorobado.– Toma castanya...

Doña Nuria.– Mara meva, quand jo estic desesperada, desesperada porque no vol esposarse y te ja treinta anys...

El jorobado.– Oh, dons no será perque no hagi volgut, que la meva Antonieta...

Doña Nuria.– *(Callándole con una mirada.)* I ara... I ara... No es moment aquett per...

El jorobado.– *(Corrido.)* No si ho deia perque...

Doña Nuria.– *(Ignorándole.)* I el meu fill en el Paralelu. En el Paralelu...

La señora regordeta.– *(Como un eco.)* En el Paralelu...

Doña Nuria.– *(Severa.)* Tú, calla, que t´han vist una vegada anarhi al Paralelu a veure una revista d´en Sugranyes...

La señora regordeta.– Dons tu en vas veure, mira...

La señora rubia.– *(Reconciliadora.)* Jo sempre ho dic: tranquillitat y bons aliments...

El señor gordo.– O sigui, que en Lluiset, pobre fill, es comu un jove «bárbaro», com diuen a aquests d´en Lerroux...

La señora rubia.– *(Volviendo a llorar.)* Ai, mara meva, quina vergonya...

El señor gordo.– La Marieta ha dit que tenaquesim el estant de la Esposició, per si un cas...

DOÑA NURIA.– *(Saltando hecha una fiera.)* ¿Com? ¿Has dit tancar? Amb el cap be alt habem de caminar tots els Serracant, per mes que ens insultim els maleits, reconsagrat lliberals de... *(Conteniéndose.)* Ai, Senyor, no se ho que dic...

(Pausa tensa.)

LA SEÑORA REGORDETA.– I el sust que vas passar tu Nurieta, amb aquets registro...

DOÑA NURIA.– *(Melodramática.)* Aixó... que et digni Pilar...

PILAR.– *(Llorando.)* Ay, qué susto, señorita, qué susto...

(Otra pausa.)

EL JOROBADO.– Aixo es l´enveja. Queselvolt esgraciat que no vol al Lluiset. Aixó es...

DOÑA NURIA.– I encara amb aixó del retratu d´en Alfonso XIII, que van tancar els propis policías, dicem que hi ha política pel mig...

LA SEÑORA REGORDETA.– La gent es molt dolenta, molt, molt...

LA SEÑORA RUBIA.– *(Que ha dejado, por el momento, de llorar y se arregla las cejas mirándose a un espejito sacado del bolso.)* I las Puig y Devall ho que aniram diem de nosaltres, mara meva...

DOÑA NURIA.– Aixó vurem qui riu l´ultim, ja, ja...

(Pausa.)

EL JOROBADO.– Aleshores...

DOÑA NURIA.– *(Rotunda.)* Ens defenderem, ens defenderem amb ungles i dents de tot i de tots, de tot i de tots. Tornarem a posar la nostra senyora al lloc de sempre. Restaria més...

LA SEÑORA REGORDETA.– Pero jo tin po...

EL SEÑOR FLACO.– *(Filosófico.)* Temps de baralla, temps de baralla; no hi ha ordre, no hi ha principis, no hi ha...

LA SEÑORA RUBIA.– *(Volviendo a llorar.)* Ai, quina vergonya. Demá no podré anarhi al Lliceu i canta la Toti dal Monte... Ai, ai... *(Se oye un regodeo de gorgoritos dramáticos.)*

EL JOROBADO.– Això ve de lo que ve. Massa murcianus que han vingut, nolta mala gent hi ha a Barcelona amb la Exposició y tota la mandanga. Això. Que volen ensorrarnos a tots...

DOÑA NURIA.– *(Irguiéndose muy altanera.)* Dons ens defenderem...

TODOS.– Ens defenderem...

DOÑA NURIA.– *(Exaltándose progresivamente.)* El fill d´en Lluis de Serracant, amic intimim, intimissim d´en Maura, i fill a la vegada del Serracant, aquest general... *(Señala el óleo augusto y todos se vuelven reverenciosos a saludarlo.)*, que va a ser mes gloria de Castillejos que el propi Prim, i amb tota una familia dedicada als mes prospers negocis...

EL SEÑOR GORDO.– Els teixits Serracant, mira...

EL SEÑOR FLACO.– Els paraigas Serracant....

EL JOROBADO.– *(Con voz dulce.)* Serracant els perfums de París...

TODOS.– Ai, Deu Senyor...

DOÑA NURIA.– *(Convertida en caudillo.)* Ens defenderem...

EL JOROBADO.– Habem de fer un pla d´acció...

DOÑA NURIA.– *(Vacilante.)* Ai, si el sou pare vivese... Ai...

EL SEÑOR GORDO.– Jo soc amic del Delegá de Hicenda...

EL SEÑOR FLACO.– I jo, del subdirectó de Fomento...

EL JOROBADO.– Dons jo soc amic d´un pistoler... *(Horror en todos.)*

DOÑA NURIA.– ¿Qué dius ara?

EL JOROBADO.– No, aixo, que... *(Hecho un lío.)* Prenderé un´altra pildoreta...

DOÑA NURIA.– *(Mirando al cielo.)* Ai, ja veig que estic sola, sola en mig de la batalla... Ai, Senyor, doneu-me forces...

LA SEÑORA RUBIA.– Ai, Nurieta, que estem tots amb tu, maca... Tranquillitat...

EL JOROBADO.– I bons aliments...

EL SEÑOR GORDO.– I patir be...

DOÑA NURIA.– *(Levantándose.)* Aleshores, ja ho sabeu tot...

(Y con este «ja ho sabeu tot» DOÑA NURIA *da por terminada la sesión. Todos se ponen en pie y se inicia la larguísima y ritual ceremonia de las despedidas. Pero ya sólo vemos los gestos en que se discute –lo poco que puede discutir esta gente–, en que se recomienda, en que se van poniendo los abrigos y cogiendo los paraguas. Una escena de marionetas tenebrosas. Mientras tanto se ha ilu-*

minado un rincón de la escena y vemos al LLUISET, *o sea la criatura que ha producido tamaño terremoto moral. Está en una especie de «gargonniere» tapizada de rojo. Sobre una mesita de noche reposan las gafas. El* LLUISET *se nos aparece ahora muy distinto de como lo vimos en la entrevista del Gobierno Civil. Vestido con pantalón, faja y camisa de esmoquin, sin gafas, parece un auténtico «gigoló», un tanto maricuela. Se está contemplando al espejo, alisándose los cabellos y poniéndose fijador. Se advierte que lleva bastante tiempo acicalándose. Utiliza pulverizadores, pomos de perfume y mil menudencias femeninas. Mientras se acicala, silba alegre. Entretanto seguimos viendo al fondo el grupo familiar mimando una larga y dolorosa despedida. El* LLUISET *se separa del espejo para contemplar sus hechuras. Marca unos pasos de claqué, luego se coloca las manos en las caderas y avanza hacia el espejo con pasos de «vam», como recordando algo, va al teléfono que hay sobre una mesita y marca un número. Da golpes nerviosos con su piececito en el suelo, poniendo en todo ello una gran suavidad y una dulce coquetería.)*

LLUISET.– ¿Aló?... Señorita, señorita. ¿La conferencia de Vilanova?... ¿Encara? ¿Media hora? ¿De qué, guapa? ¿De su reloj, o del mío? Pero si... Ande, no sea mala, chata... Tenga misericordia de un enamorado... *(Recalcando.)* E-na-mo-ra-do... *(Con un gritito de maricuela.)* Uuunny... I ara... ¿Cómo lo sabe? Ah, picarona. ¿De verdad? ¿De verdad verdaderita?... *(Besando el auricular.)* Ahí te mando un beso, y otro... Viva tu mare, flamencota... Olé... *(Cuelga el teléfono y da unos cuantos pasos de baile. Vuelve al espejo. Luego descuelga la capa y se la coloca muy terciada, a lo flamenco, y marcha por el escenario como una cupletista flamenca. Coge una flor de un «bouquet» y se la coloca en la oreja. Se contempla. No le gusta y se quita la flor. En la penumbra sus familiares han empezado la teoría de besos y abrazos. Vuelve a sonar el teléfono y el* LLUISET *corre hacia él tirando la capa. Descuelga muy nervioso.)* ¿Aló? ¿Aló? ¿Vilanova?... ¿Vilanova?... ¿Com diu?... No sent res, res...

Ascolti, senyoreta, senyoreta... Si, si... Ja estic, dona... Vilanova... ¿Es Vilanova?... *(Rabioso, da una patada a la capa que tenía bajo sus pies.)* Ricard... Ricard... Ricard... ¿Eres tú? ¿Ricard?... Ascolti... ¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Pepito? No, no, se equivoca. Yo «demanu» per Ricard... Ay, hijo, pues Ricard... De Pepitos, na. Pepitos pa los goditos... Apa... *(Cuelga rabioso y vuelve a marcar.)* Señorita, señorita..., que se ha «equivocat», que yo busco a un Ricard y me ha salido un Pepito... Y de Pepitos... ¿Cómo dice, nena? No, no, Ricard de Vilanova y no Pepito de Valbona... Vaya... Que día tiene usted hoy, hija... Ay, sí, será el tiempo, mira... Bueno, aquí te espero, comiendo un huevo... *(Cuelga de nuevo y se cruza de brazos. Mira nervioso su reloj de pulsera.)* Ay, dichosa Telefónica esta... *(El timbre de nuevo.)* ¿Aló?... Sí, sí... Ay... ¿Ers tu, Ricard? Ja era hora, macu... Tot el vespre ensxtens penjat del telefón, querido.. ¿On eras? ¿A Can Raurell? Pillín, pillín, so guaja... No et crec, no et crec... Ai quina angunia m´has fet passar... ¿Ja ho saps tot? ¿Tot? Ai, que ho sap tot... Ja ho pensava que ho sapiguesis tot. Ers un Seloc Jolmes.. *(Con un gritito.)* Uuuuy..., imaginat, imaginat. Quin escandal. De tot, ha hagut de tot: polis, registru, comisaría... Deu Senyor... ¿Qui? ¿Jo? Tan panchu, ves... ¿Qué? No t´entenc... Ah, sí. Aquesta nit. Es clar que t´espero. Te ho contaré tot amb els pèls y senyals... Tot, tot, es clar... ¿Ho tingut mai secrets per tu, gitanu? Procura venir d´hora... Et reservo la tanla, clar. ¿Vindreu al rolls d´en Surroca ? Ai, quina illusió... Ja veurás, ja... Adeu, macu... Patons. Molts patons. Fins aviat. Abur. Au revoir... *(Cuelga y suspira satisfecho. Vuelve a marcar.)* Señorita, ya está... Uuuuy, no lo sabe usted bien, no lo sabe usted bien. Muchas gracias, maca. Y usted que lo vea... Apa, adeu, minyoreta i que hagi sort amb aquet que diu dells ulls gitanus... *(Cuelga. Corre por la habitación alegre. Todavía siguen allá en la sombra danzando las siluetas de la familia. Se coloca la corbata de lazo. Se pone la chaqueta del esmoquin, se cubre con la capa. Se pone la chistera ladeada. Coge un bastoncillo y ya es una estrella de cabaret ínfimo con pujos parisienses. Voltea el bastón frente al espejo y éste le devuelve su figura canallita, de cejas depiladas y ojos ensombrecidos por el rímel. Avanza hacia el fondo, saca un pañuelo del bolsillo y lo agita dirigiéndose a sus parientes, que ya desfilan como en una despedida de duelo, llevándose también pañuelos a los ojos. Una voz de gramola deja oír la propia voz del* LLUISET *afeminado que canta un cuplé, que se inicia así:)*

Flor de cabaret,
ojos de pasión,
Flor de Otoño me llaman a mí,
flor de invernadero del viejo París...

(Y con el último verso rasgado de la vieja gramola, termina de oscurecerse la escena.) (Se encienden unos letreros luminosos y parpadeantes, llenos de inquietud y ansiedad, que dicen así: «Bataclan», «Te dansant» «Debut-Flor de Otoño-Debut». La noche loca del paralelo barcelonés en los años 30. Heterogéneo público formado por «trinxeraires», bohemios, modistillas, chulos profesionales, burgueses camuflados, turistas de la exposición internacional, ácratas de tapadillo, jugadores, etc. Barullo de simones, berlinas, automóviles a la puerta del famoso «bataclan». Una niña canta ante un grupo de holgazanes la famosa copla «baixant de la font del gat». Noche de enero con efluvio de tempranas mimosas.)

(En el vestíbulo del «bataclan», cortinas de terciopelo rosa encubridoras del pecado, gran barullo y fotografías cabalísticas. Luz agria y agresiva. La matrona del guardarropa, rubia oxigenada y casi sexagenaria, especie de pitonisa que señala los caminos del arcano, sonríe malévola, a la vez que persuade a los dubitativos. Plantado en la puerta, con gorrilla galoneada, el portero, con enormes patillas, que anuncia al «camelic» del borne haciendo horas extraordinarias. Noche de debut. Entre la clientela habitual se advierten algunas damas que vuelven del Liceo y no reparan en el peligro que supone exhibir sus capas de armiño, sus estolas de visón, sus alhajas. Están gozosas de mezclarse con la flor del hampa. Rumores de todas clases y excitación nacida de la página de sucesos del diario. Hay una pareja mirando las fotografías. Ella parece una modistilla endomingada, y él, un joven calavera de la burguesía.)

LA MUCHACHA.– Mírala, ésta es... *(Señala una fotografía.)* Dicen que cosió a puñaladas a la Asturianita.

EL JOVEN.– Ya será menos, maca...

LA MUCHACHA.– Me hace mucha ilusión. ¿Entramos?

EL JOVEN.– *(Muy insinuante.)* Morbosa...

LA MUCHACHA.– Anda, no seas malo... *(Y la pareja desaparece tras la cortina.)*

EL PORTERO.– *(A la del guardarropa.)* Quina gentada... Avuir haurá follón, nena...

LA DEL GUARDARROPA.– ¿Ha vingut la bofia?

EL PORTERO.– *(Obsesionado.)* Avui va estar bona. Jo t´he dio. La mare que els va a parir a tots...

LA DEL GUARDARROPA.– A mi, plim...

(En este momento llega al vestíbulo un tipo con todo el aire de un gánster entre norteamericano y murciano: monstruo corpulento, peludo, cuyas ropas, que quieren ser elegantes –abrigo con cuello de astracán–, acentúan más su aspecto facineroso. Le acompañan dos tipos, uno de gorrilla, que pregonan su aire de guardaespaldas. Al tal tipo ya le conocen por el sobrenombre de «VIUDO DE LA ASTURIANITA». *El* PORTERO *se enfrenta valerosamente con ellos.)*

EL PORTERO.– Lo siento, señores. Está lleno. Tot ple, ple...

EL VIUDO DE LA ASTURIANITA.– *(Sin apenas oírle.)* ¿Qué dices tú?

EL PORTERO.– *(Dando una palmadita cariñosa al monstruo.)* La reoca. Ha venido esta noche Dios y su madre. No cabe un alfiler...

EL VIUDO DE LA ASTURIANITA.– *(Apartándole con buenos modos.)* Deja pasar...

EL PORTERO.– *(Implorante.)* Que está tot ple. Mañana hay otro pase, y además...

UN GUARDAESPALDAS.– *(Al* PORTERO.*)* Que te vayas a guardar un cortijo... *(Y los tres patibularios se cuelan adentro.* LA DEL GUARDARROPA *intenta un último obstáculo.)*

LA DEL GUARDARROPA.– ¿Senyors?... ¿Els abrics?...

EL OTRO GUARDAESPALDAS.– Toma y calla... *(Le tira una moneda de cinco duros.)*

EL PORTERO.– *(Quitándose la gorra y rascándose la pelota.)* Renci... ara si que l´hem fet de bona... Aquest es... *(Suspira algo al oído de la matrona.)*

LA DEL GUARDARROPA.– *(Mientras desliza en el escote la moneda de cinco duros.)* Mare meva santísima... Habrían de cridar a la bofia. Ho demanaré al senyo Barral...

EL PORTERO.– Ja has vist: he fet tot lo posible; pero, noi, amb aquests gansters...

(En ese momento acaba de detenerse a la puerta el «rolls» lujoso que trae a los grandes artistas. La gente se arremolina alrededor. Se trata de la famosa «FLOR DE OTOÑO», *acompañada de aquel amigo suyo,* RICARD. *Al volante va un ex-boxeador, con veleidades ácratas, que se llama en* «SURROCA». *Los golfantes que hay a la puerta aplauden. La* FLOR DE OTOÑO, *o sea el* LLUISET, *está radiante de gozo. De pie en el coche abierto, bajo la diabólica luz de los parpadeantes letreros. Se quita con gesto mono la chistera y saluda al tiempo que tira besos a la gente.)*

UNA MUCHACHA.– *(Muy maliciosa.)* Que es de bufoneta...

UNA DAMA.– Oh, quins ulls...

UN BURGUÉS.– *(A la dama anterior.)* Tot això es mentida...

LA DAMA.– *(Medio ofendida.)* Si; creu tu...

EL PORTERO.– *(Ayudando a* FLOR DE OTOÑO *a descender del auto, con aire de paje versallesco.)* ¿Saps qui ha vingut, nena?

LLUISET.– *(Dándole un beso.)* ¿Qui, encanto? *(El* PORTERO *le dice algo al oído.)* ¿I ara? ¿Per això t´exclamas?

EL PORTERO.– Es que ve amb las del veri...

RICARD.– ¿Qué diu?

LLUISET.– Res. Qui ha vingut un del hampa, ves...

EN SURROCA.– Per això está «reservado el derecho de admisión»...

LA DEL GUARDARROPA.– *(Besando también a* LLUISET.*)* Ai, Flor, que arribes una mica tarda, maca...

LLUISET.– *(Besando con gran coquetería a la del guardarropa.)* Muuuu... uuu... Jo mai arribe tard; tot lo contrari: sempre a punt...

LA DEL GUARDARROPA.– ¿Ja saps quin hia?
LLUISET.– Molts admiradors...
LA DEL GUARDARROPA.– Que no et passi res...

(Todos ríen y dejan los abrigos, para desaparecer tras las cortinillas. El portero se quita de nuevo la gorra.)

EL PORTERO.– Ara és quand jo estaria a gust amb els meus companys del Borne...
LA DEL GUARDARROPA.– Nosaltres, plim. Per això está la bofia...
EL PORTERO.– *(Preocupado.)* Pero tu ja has vist que jo lo he dist...
LA DEL GUARDARROPA.– *(Con sorna.)* ¿Se lo has dit? Ja...
EL PORTERO.– Cagun coin... ¿Que volías que feixi amb aquests altres?
LA DEL GUARDARROPA.– A mi, plim...
EL PORTERO.– *(Dirigiéndose a una pareja que quiere entrar.)* ¿Senyors?...

(La pareja está compuesta por aquel JOROBADO *del consejo de la familia de la señora Cañellas y una especie de* VICETIPLE *de la compañía de Sugranyes.)*

EL JOROBADO.– Volem entrar, per a veure el debut de la sin par Flor de Otoño...
EL PORTERO.– Ho sento molt, cavaller, pero está ple...
LA VICETIPLE.– *(Con desencanto.)* ¿Ple? Oooh...
EL JOROBADO.– *(A su pareja.)* No pateixas, nena... *(Al portero.)* Ascolti, jove...
EL PORTERO.– Está ple, senyor...
EL JOROBADO.– Pero ¿ja sap vusté qui soc jo?
EL PORTERO.– No tino el gust; pero está tot ple...
EL JOROBADO.– ¿Ja sap vusté que jo soc de l'empresa?
EL PORTERO.– No, senyor; pero jo tinc ordres...
EL JOROBADO.– Apa, apa..., no sigui pesat y no posi pegas... Volem una bona taula...
EL PORTERO.– *(Que empieza a enfadarse.)* Renoi, le dic que ni hi ha lloc, dons ni hi ha lloc... Si dic que vusté es de l´empresa, parli amb el senyor Barral...
LA VICETIPLE.– Oh, sí que son descorteses en el Bataclán...
EL PORTERO.– Ascolti, senyoreta, jo soc un manat...

LA VICETIPLE.– *(Apretando con su mano ensortijada el brazo del jorobeta.)* Pues yo quiero entrar...

EL JOROBADO.– *(Intentando sobornar al* PORTERO.*)* Prengui, prengui y tanqui els ullss...

EL PORTERO.– *(Luego de ver la peseta que le ha deslizado el jorobeta.)* Cagun coin, ¿no le dit que no?

EL JOROBADO.– ¿I no sap qui soc jo? ¿Eh?

EL PORTERO.– Ja está be, home... Prend el pirandó d´una vegada, cull d´olla... *(Y, diciendo esto, coge al veje por el cuello, le da la vuelta y le echa a la calle.)*

LA VICETIPLE.– *(Airada.)* Grosero, sinvergüenza, trinxa...

EL PORTERO.– *(Sacudiéndose las manos después de la operación.)* Ja estic tip de monsergas...

LA DEL GUARDARROPAS.– Dons la jeta d´aquest tipus en diu ax qualsevol cosa...

EL PORTERO.– Dons, mira, con si es el Bisba, a mi plim... *(Llegan en este momento tres tipos que levantan la solapa. El* PORTERO *se quita la gorra y saluda.)* Al Devant, senyors... *(Los tres tipos desaparecen tras las cortinillas. El* PORTERO *se frota satisfecho las manos.)* Ja els tenim aquí. Ara podren clapar una mica...

(Llega una enorme salva de aplausos de dentro y se oscurece la escena.)

(Y ya tenemos en escena a la famosa estrella FLOR DE OTOÑO. *La chaqueta del esmoqin ha sido sustituida por una casaca de lentejuelas y en la chistera tiembla una pluma de varios colores. Los ojos de* LLUISET *aparecen llenos de rímel; los labios, pintados en forma de corazoncito. Su rostro tiene algo de máscara oriental. Una salva de aplausos entusiastas ha acogido su presencia y se percibe el jadeo satisfecho de un público adicto que permanece en la sombra.* FLOR DE OTOÑO, *inundada por la luz del foco, que hace destellar sus lentejuelas, juguetea con su bastoncillo y nos hace recordar una Marlene Dietrich misteriosa y arrogante. Canta con aquella voz cascada parecida a la de la «Bella Dorita» y se mueve con avezado aire de «vamp» estrepitosa.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Cantando.)*

Flor de cabaret,
ojos de pasión.
Flor de Otoño me llaman a mí.
Flor de invernadero del viejo París.

UNA VOZ DEL PÚBLICO.– La mar que et va a parir, nena...
OTRA VOZ.– Estás mejor que las fuentes del Buhigas... *(Risas.)*
FLOR DE OTOÑO.– *(Que empieza el desfile entre las mesas cantando con voz tenue e indiferente a los ruidosos.)*

Flor de coca, coca, coca, coca...iíína...
Misteriosa flor,
rosa de la Chiiina... Chiiina... Chiiiiiina... Ay...

(Luego del último suspiro se detiene a observar al público.)

UNA VOZ DEL PÚBLICO.– Vina p´acá, sicalítica...
OTRA VOZ.– Toma cocaína, nena.
OTRA VOZ AIRADA.– Callarsus ya, cagun coin...
FLOR DE OTOÑO.– *(Impertérrito.)*

Dame, dame, dame tu... manita...
Y yo te daré mi... cocainita...

(Los focos van iluminando las mesas y se ve que FLOR DE OTOÑO *se ha atrevido a coger nada menos que la mano del terrible* VIUDO DE LA ASTURIANITA. *El monstruo frunce el ceño. En la mesa de enfrente, los amigos del artista –*RICARD *y el* SURROCA*– se ponen alertas. Al fondo, la silueta acechante de los de la bofia.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Acariciando la mano del* «VIUDO». *Hablando.)* Ay, qué manos. Esto son manos, esto son manos y no lo que yo se me... *(Intenta llevarse la mano a la carita y el monstruo la aparta de golpe, tras lan-*

zar un taco. FLOR DE OTOÑO *se ríe.)* Uuuuy..., qué coraje. Con to lo que hay que tener, como en la Verbena de la Paloma. Que pa eso una es flamencona, aunque haiga nacío en París... *(Se aparta de la mesa y sigue cantando como si nada.)*

París, oh París,
Flor de invernadero del viejo París...

(Se detiene y recita de nuevo.) París, oh París. Pero donde esté Barcelona, que se quite tot... Y ara que está tan maca amb las fonts d´en Buhigas y amb tanta flor. Perque, es clar, ara una no es res... Una no es nada entre tanta flor. Hay que ver cómo está el Bataclán. Huy, qué horror. No se puede comparar ni con Chez Maxím. *(El foco va segando varias cabezas de señoras.)* Pero, aixó si, no em negarán ustedes que yo soy la flor de las flores, en latín «flos florum», apa, pa que veáis que una tiene su cultura latina... Ay, chatoooo... *(Estruja la nariz de* RICARD *y vuelve al centro de la pista cantando de nuevo.)*

Dame, dame, dame tu... coca,
tu coca, tu coca...íiína...

EL VIUDO DE LA ASTURIANITA.– *(A sus amigos.)* Como vuelva a pitorrearse, la acogoto...

UNO DE LOS GUARDAESPALDAS.– No encara, no encara...

FLOR DE OTOÑO.– *(Contoneándose.)*

Porque yo soy la flor, la flor, la flor,
misteriosa flooor,
rosa de la Chiiina...

(Hablando.) Vamos, todos a cantar conmigo, sinvergonzones... *(Risas, Jaleo. Coro disperso que intenta armonizarse a la «vedette».)*

CORO.– Misteriosa flor,
rosa de la China... Chiiina... Chiiina...

*(*FLOR DE OTOÑO *se detiene ahora ante la mesa de un señor con aspecto de financiero que está acompañado por dos damas elegantísimas. Muy insinuante.)*

Anda, dame tu coca...íiína,
anda, no seas egoistón,
¿no ves cómo me fascinas?

(Cambiando el ritmo.)

Tu mirada me fascina,
yo me voy a desmayar;
si no tomo cocaína,
no se lo que va a... pasar...

(Se detiene y habla.) Eso me pasó el otro día en la Rambla. Porque como ahora está la Rambla así... Huuuuy... Ay, cómo está la Rambla. Dons això... Que no hay quien dé un paso sin llamar la atención, con tanto extranjero, tanto tufo varonil. Y luego con aquellos aromas tan turbadores... Que no puede una, vaya, que no puede. Una servidora, no es por alabarse, pero ya no puede pasear por la Rambla. No, no. Huyy... El otro día, fíjense, iba yo tan tranquila así, pumpupum... *(Imita unos andares),* tan tranquila, ¿no?, cuando vienen unos hombres *(Muy guapos, eso sí.),* me cogen, me meten en un cartucho de papel, así, toa enrollá, me cogen a hombros, me llevan... quina no ¿no? y van y me llevan, ¿adónde diréis? Pues ante Su Majestad el Rey, porque había pedido que le llevaran la flor más bonita de la Rambla... *(Se arma un gran bullicio.)* Vamos, que no hay derecho que a una la encartuchen, como si fuera un «bouquet» real... Ay... *(Más gritos, relinchos, etc.* FLOR DE OTOÑO *vuelve al centro de la pista, levanta el bastoncillo, marca unos pasos de claqué y hace como si dirigiera el coro moviendo provocativamente las caderas.)*

Flor, misteriosa flor,
rosa de la Chiiina.
Misteriosa flor,

flor de cocaíiína...
Vamos, vamos, todos, todos...

CORO.– Misteriosa flor,
flor de cocaína...

FLOR DE OTOÑO.– *(Continuando ya solo.)*

Misteriosa flor,
flor de cabaret,
dame tu pasión
y yo te daré...

(Parando la música.)

¿Qué te daré yo?

(Cantando de nuevo.)

Otra cosa fiiina...
otra cosa fiiina...
pues yo te daré, te daré,
co...ca...íií...naaa...

(El foco se ha ido centrando sobre la estrella a medida que cantaba los últimos versos, y estalla una salva estremecedora de aplausos. La estrella saluda y lanza besos con la manita. Se marcha, vuelve a aparecer, etc. Está radiante. Su triunfo es total. Cuando cesan los aplausos, se ilumina totalmente la sala y FLOR DE OTOÑO *va a sentarse a la mesa de sus amigos, eludiendo los piropos de otras mesas.* RICARD *la besa la mano, así como el* SURROCA. *Pero la* «FLOR» *no deja de observar a su rival, o sea al* «VIUDO», *que se sienta en la mesa de enfrente.)*

RICARD.– Has estat de buten, maca...

SURROCA.– Colosal. De butiful...
FLOR DE OTOÑO.– ¿Habeu vist com jo no m´achantu?
RICARD.– Dons escolta, nena, no fasis boigerias, perque están els de la bofia...
SURROCA.– *(Con cierta sorna.)* I els del Sindicat Lliure...
FLOR DE OTOÑO.– *(Con flamenquería.)* Pues a mí, que me registren...

(En la pista han empezado a bailar las parejas. FLOR DE OTOÑO *enciende un cigarrillo largo, turco, que ha puesto en una larga boquilla.)*

RICARD.– No et precipitis, que hi ha molta feina...
FLOR DE OTOÑO.– La noche e jovencísima... *(Llamando al* CAMARERO.*)* Garsón, garsón...
CAMARERO.– *(Acercándose.)* Diga, tesoro de la casa...
FLOR DE OTOÑO.– Convida en sa mesa, *(Señala la del* «VIUDO».*)* que están muy sequitos los pobres...
CAMARERO.– *(Al retirarse entre risas.)* La mare que la va a parir...
RICARD.– No seas loca, nena...
FLOR DE OTOÑO.– Me da la gana, pa eso es mi debut, pinxu. Y no te pongas tan feo...

(El CAMARERO *se ha deslizado entre las parejas, que bailan un danzón lento, y se planta ante la mesa del* VIUDO.*)*

CAMARERO.– La estrella de la noche. ¿Que qué quieren tomar ustedes?, que ella convida.
EL VIUDO.– Le dices que no somos sus macarras...
CAMARERO.– Ascolti, que yo soy un mandao...
UN GUARDAESPALDAS.– Pos mierda pal correo que va y viene...

(En este punto la «FLOR» *ha llegado hasta la mesa del* «VIUDO», *desasiéndose de sus amigos, que querían detenerla.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Puesta en jarras.)* ¿Qué pasa en Cádiz?
UN GUARDAESPALDAS.– *(Mientras el* VIUDO *permanece inescrutable como una momia egipcia.)* Que te den por el tras, nena...

FLOR DE OTOÑO.– Ai, quina illusió...
CAMARERO.– Yo ya he cumplío. *(Va a servir otra mesa.)*
FLOR DE OTOÑO.– *(Lleno de audacia, coge una mano del* VIUDO.*)* ¿Me sacas a bailar, cascarrabias? *(Silencio del otro.)* Es nuestro tango...
EL VIUDO.– *(Muy lento.)* ¿Sabes quién soy yo?
FLOR DE OTOÑO.– Un hombre... Lo que yo busco...
EL VIUDO.– ¿Sabes a lo que he venido?
FLOR DE OTOÑO.– A robar corazones, so negrazo...
EL VIUDO.– A vengar a una que tú conociste...
FLOR DE OTOÑO.– *(Muy melodramática.)* Ay, no me hables de cosas tristes ahora. La Asturianita era mi ojito derecho. Te lo pueden decir todos. Hoy la mandé una corona de crisantemos blancos...
EL VIUDO.– *(Estremeciéndose.)* Mira que está la bofia y no me quiero perder entoavía.
FLOR DE OTOÑO.– ¿Por qué no, tonto? Piérdete conmigo, chato. Anda, que empieza el tango. Te contaré cosas de tu «asturianita»... *(El* VIUDO *se deja arrastrar a la pista de baile por* «FLOR»*. Revuelo entre los amigos de ésta.)*
SURROCA.– Esta puta nos la va a liar...
RICARD.– Prepárate...
SURROCA.– Siempre lo estoy. Pero esta mala zorra nos echará a pedir...
RICARD.– Era pa dejarla que se las apañara solita.
SURROCA.– Di que no tienes corazón pa eso. Ni yo tampoco. A fuerza de corregir galeradas de poetas, se me hizo tierno el corazón.

(Un señor se levanta de una mesa y corre hacia los polis.)

UN SEÑOR.– M´han pispat la cartera. La cartera, m´han pispat...
OTRO SEÑOR.– Andá..., vaya noticia... ¿Qué esperaba en el Bataclán? *(La pareja de* «FLOR» *y el* «VIUDO»*, en la pista, permanecen ajenos al ambiente y se susurran ternezas.)*
FLOR DE OTOÑO.– ¿La querías mucho?
EL VIUDO.– *(Con voz cavernosa.)* ¿A quién?
FLOR DE OTOÑO.– ¿A quién va a ser? A tu Asturianita.
EL VIUDO.– Como vuelvas a mentarla, te estrangulo. *(Efectivamente, lleva sus manazas al cuello delicado de* «FLOR»*.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Con risa nerviosa.)* Ay, qué tacto... Que manos tan «manosas». ¿Trabajas en el puerto, chato?

EL VIUDO.– Es que yo soy hombre de fe, porque si de verdad supiera que habías sido tu...

FLOR DE OTOÑO.– *(Quitando las manazas de su cuello.)* ¿Que había sido yo qué...?

EL VIUDO.– La asesina de mi diosa...

FLOR DE OTOÑO.– Ay, mi diosa... Qué modos tienes de hablar. Tu eres poeta...

EL VIUDO.– La madre que te parió. Yo te estrangulo... *(Aparece ante ellos la figura de* RICARD.*)*

RICARD.– *(A* «FLOR».*)* Nuestro baile, nena...

EL VIUDO.– *(A su pareja, sin percibir la intromisión.)* Hoy vamos a tener una gran noche...

FLOR DE OTOÑO.– La gran noche del Paralelu...

RICARD.– *(Dando un golpecito en la espalda del* «VIUDO».*)* Eh, maestro...

EL VIUDO.– *(Volviéndose.)* ¿Quién llama?

RICARD.– *(Muy altivo, a* «FLOR».*)* Que ha está be, maca... *(Va a enlazarla por la cintura cuando el* VIUDO *se lanza sobre él y le da un cabezazo en el vientre que le hace rodar entre las mesas. Grito de* «FLOR» *y terremoto general. Se adelanta la bofia. El* SURROCA *saca una pistola para defender a sus amigos. Los* GUARDAESPALDAS *del viudo se unen a su patrón. Cuando el* RICARD *se levanta, el* VIUDO, *que ha sacado una enorme navaja, se lanza contra* FLOR DE OTOÑO *y le da un buen tajo en el cuello. Arrecian los gritos. Las gentes corren hacia la puerta.* SURROCA *dispara contra el* «VIUDO». *Los* POLICÍAS *disparan al aire. Y la música sigue sonando...)*

* * * * *

El cuartel de Atarazanas en la ribera del puerto. Un «CALOYO» *de centinelas en la garita. Busconas agazapadas junto a la muralla. Altas horas de la madrugada. Rumor de grúas en el puerto cercano. El faro iluminado de la estatua de Colón. Haciendo el relevo, pasa el rondín de guardia, que hace movilizarse a las* BUSCONAS.

De pronto llega un grupo corriendo. El RICARD *y el* SURROCA *llevan a* FLOR DE OTOÑO, *sentada en la sillita de la reina. La desdichada* «FLOR» *tiene el cuello tronchado; su cabecita, como el pétalo de una camelia, cae hacia un lado, mientras trata con sus manos de detener el flujo de la sangre.*

FLOR DE OTOÑO.– Ay, ay, que me desangro..., me desangro... Soy Margarita Gautier...

RICARD.– Leches... Calla de una vez, puñetera...

SURROCA.– Me parece que ya les hemos dao el piro... ¿Qué hacemos?

FLOR DE OTOÑO.– ¿Qué hacemos? Ay, pues pedir auxilio... *(Gritando con voz tronchada.)* Auxiliooo, guardiaaas, favoooor, auxiliooo, que me muerooo...

(Se destacan las BUSCONAS *en la sombra.)*

UNA BUSCONA.– ¿Quién grita así?

OTRA.– Alguna que la dieron julepe...

UNA BUSCONA.– La mala sangre podría de los hombres...

FLOR DE OTOÑO.– Auxiliooo..., guardiaaas...

RICARD.– No grites así... ¿Nos quieres perder a todos?

FLOR DE OTOÑO.– No me importa, con tal de ver colgao a ese malasangre que me ha echao al arroyo...

SURROCA.– Cagun coin... *(Se aproxima el rondín de guardia. Cuatro* «CALOYOS» *y un* CABO *muertos de sueño.)*

CABO.– Altooo... *(Dirigiéndose a las sombras.)* ¿Quién vive?

RICARD.– Favor... Un herido...

FLOR DE OTOÑO.– No, hombre. Se dice así: España...

CABO.– ¿Qué gente?

RICARD.– *(En voz altísima.)* Gent de pau...

FLOR DE OTOÑO.– *(Muy alborozada.)* España, España... *(El rondín desconfía y sigue agazapado en la sombra.)*

EL CALOYO.– No haga caso, mi cabo. Son putas...

CABO.– *(Con un jadeo de placer.)* Ayyy...

EL CALOYO.– Y tras las putas están los pistoleros...

CABO.– *(Adelantándose aguerridamente al centro de la calzada.)* A ver. ¿Quién es esa que dice España?

(Aparece la bellísima estampa ensangrentada de FLOR DE OTOÑO *flanqueada por la sombra de sus compinches.)*

FLOR DE OTOÑO.– Capitán, capitán, capitán... de los Tercios de Flandes...

CABO.– Mi madre... Menúa cogorza lleva esta tía...

FLOR DE OTOÑO.– Herida voy de muerte, ay...

CABO.– Joer..., vaya un chirlo que te han metío... Andá, pero si va vestía de tío...

FLOR DE OTOÑO.– Soy el marqués de la Marina. He sido víctima de un asalto... Ay... *(Tose sangre.)*

RICARD.– *(Avanzando.)* A la salida del Bataclán nos asaltaron. Al señor marqués le dieron un corte. ¿No oyeron ustedes disparos?

CABO.– El pan nuestro de cada día. No te joe... Eso es asunto de la poli, amigo...

FLOR DE OTOÑO.– ¿Y yo tengo que desangrarme?

CABO.– Aquí es jurisdicción militar...

SURROCA.– Pero un socorro no se le niega a nadie...

UNA BUSCONA.– *(Que se ha acercado a husmear.)* Un señorito es. Y bien guapo. Tajao como un cerdo, con perdón...

FLOR DE OTOÑO.– *(Melodramática.)* Me moriré en el corazón del Barrio Chino. En medio del hampa. ¿Qué mejor muerte puede cuadrarle a un aristócrata barcelonés?

CABO.– Joroba...

UN CALOYO.– *(A media voz.)* Pues el marqués parece sarasa, Dios me perdone...

SURROCA.– Vamos ya, cabo. Mande abrir el portón para socorrer a un caballero...

CABO.– No tengo órdenes pa eso, amigo...

RICARD.– Cuando mañana lo sepa el capitán general veremos lo que pasa... Ceno todos los días con él...

FLOR DE OTOÑO.– ¿Anastasio? Se moriría de verme en este trance. Ai, quina mort la meva. Soc com la Traviata...

CABO.– *(Dubitativo.)* Lo más que puedo hacer, pa servirles, es comunicar el caso al oficial de guardia...

UN CALOYO.– Estará roque. Y si le despertamos...

CABO.– *(Al* CALOYO.*)* Anda tú a despertarlo, por hablar.. Dile lo que hay...

EL CALOYO.– Madre me pela si lo hago...
CABO.– Y yo te descuartizo. Anda allá...
FLOR DE OTOÑO.– *(Al ver al soldadito que corre hacia la puerta.)* Pero más despacio, niño; no vayas a desnucarte y seamos dos los novios de la muerte...
RICARD.– Calla ya, que me pones nervioso.
SURROCA.– *(Explicativo.)* Se trata de que repose un poco ahí dentro y se le haga una cura de urgencia...
RICARD.– Cosa de humanidad...
CABO.– Si estuvieran ustedes en su casa y no frecuentaran lugares a altas horas, no habría de pasarles nada grave...
FLOR DE OTOÑO.– La noche tiene esos maleficios...

(Ya se abre el portalón y aparece la maciza silueta del TENIENTE *apoyado en su sable como Júpiter en su rayo.)*

TENIENTE.– ¿Qué pasa aquí? Vamos a ver...
CABO.– A sus órdenes. Na de particular, que...
FLOR DE OTOÑO.– *(Exaltándose.)* ¿Cómo na de particular? ¿I ara? Se está una desangrando, ¿y no pasa na de particular?
RICARD.– *(Al* TENIENTE.*)* Pistoleros. Nos asaltaron al volver de la Exposición...
TENIENTE.– Eso pasa a diario. Lo siento... *(Intenta marcharse.)*
CABO.– *(Llamando su atención.)* Mi teniente, que parecen gente de condición...
TENIENTE.– *(Moviendo el sable.)* No quiero líos, fuera...
SURROCA.– Escuche amigo. Se trata de un primer auxilio. El señor marqués se muere...
RICARD.– Cuestión de humanidad...
FLOR DE OTOÑO.– Ay, si es en brazos del Ejército español, ya me puedo morir tranquila.
TENIENTE.– *(Volviéndose rápido.)* ¿Qué dice?
RICARD.– El muchacho delira de fiebre...
TENIENTE.– *(En un arranque.)* Meterlo dentro y que busquen algún sanitario...
FLOR DE OTOÑO.– Ya sabía yo que un arrogante oficial no iba a dejar morir en el arroyo...

TENIENTE.– *(Que ya empieza a comprender.)* Bueno... Me huele a cogorza de altura. Juerga de señoritos ociosos, mecagüen la leche...

(Cuidadosamente, el RICARD *y el* SURROCA *llevan a* FLOR DE OTOÑO *–esmoquin ensangrentado, greñas con brillantina– al cuerpo de guardia. Los* CALOYOS *se arremolinan alrededor.)*

CABO.– *(A los soldados.)* Apartarse, coño, que quitáis el aire...

UN CALOYO.– Un poco más y lo rebanan el pescuezo.

El TENIENTE.– *(Que se queda detrás meditabundo.)* Un oficial no puede dejar sin ayuda a los menesterosos. Lo malo es tener que redactar un parte. Con lo bien que estaba durmiendo...

FLOR DE OTOÑO.– *(Mirando las caras de los soldados.)* ¿Estoy en el paraíso? Oh, qué hermosa compañía. Ahora si que soc La Traviata... *(Los soldados se parten de risa.)*

UN CALOYO.– Pero si es un «camca»...

CABO.– *(Apartando a los soldados.)* Fuera de aquí o sos pelo a todos...

TENIENTE.– Que busquen un practicante, rápido. Que lo curen y se larguen. Llama tu sargento pa que pase el parte...

*(*FLOR DE OTOÑO *yace ahora sobre la mesa del cuerpo de guardia y se deja coger las manos por un par de* CALOYOS. *Canturrea fragmentos de «La Traviata».)*

TENIENTE.– Además está borracho...

RICARD.– Una persona así, ya sabe usted, siempre tiene que alternar y con cuatro copillas...

TENIENTE.– No; si eso no es cosa pa reprochárselo...

FLOR DE OTOÑO.– *(Incorporándose y viendo al* TENIENTE *bajo la luz como una nueva aparición.)* Qué maravilla. El Cid Campeador en persona. Yo soy tu Jimena. Móntame en tu Babieca y huyamos juntos por la huerta valenciana...

TENIENTE.– *(Retirándose entre las risas ahogadas de los soldados.)* Joer..., la que ha cogío...

RICARD.– *(Tratando de suavizar la situación.)* La fiebre que le consume...

TENIENTE.– No se por quién me toma...

FLOR DE OTOÑO.– Por la flor de la caballería. Yo soy tu Dulcinea...

TENIENTE.– *(Confuso.)* Sí que parece marica... *(Llega un soldado somnoliento con un botiquín en la mano.)*

SANITARIO.– A sus órdenes, ¿aónde está el jerío?

TENIENTE.– *(A los soldados y amenazándoles con el sable.)* Apartarsus o sus abro la chola... *(Al* SANITARIO.*)* Ahí tienes al herido. O lo que sea. Lo curas de urgencia y que se largue...

RICARD.– *(Al* TENIENTE*, mientras el* SANITARIO *se dirige al cuerpo yacente de* «FLOR»*.)* No olvidaremos su rasgo, caballero. Que lo honra como oficial de nuestra gloriosa milicia. Tal vez sea usted propuesto para un ascenso...

TENIENTE.– *(Con falsa modestia.)* No soy persona dada a los honores. Y menos en estos tiempos...

SURROCA.– *(Adulón.)* Ahí se ve que es usted militar de temple...

TENIENTE.– Militar de... *(Corta la frase y se retira luego de añadir.)* Tómense el tiempo preciso. Aquí están sobre seguro. Son muy malas horas éstas pa arriesgar el pellejo...

RICARD.– No se cómo darle las gracias en nombre del marqués... *(El* TENIENTE *se ha retirado y ahora el* SANITARIO *reconoce la herida de* FLOR DE OTOÑO.*)*

SANITARIO.– Mi mare... Un degüello en toa regla. ¿Quién le jizo ezta firmiya?

FLOR DE OTOÑO.– Un maleante, que quiso robarme el collar. Y me lo robó. Pero a cambio me das ahora tus manos..., *(Las besa.)* que valen más que los brillantes del Shah de Persia...

SANITARIO.– *(Retirando las manos muy divertido.)* ¿Qué dice? Huy, la mare que lo parió...

FLOR DE OTOÑO.– Eres mi sultán y yo tu favorita...

SANITARIO.– *(Medio aparte sin soltar la risa.)* Maricón de loo gordoo... *(Tratando de hablar seriamente.)* Puee aquí jasen farta puntoo. Yo zolo pueo ve zi corto la jemorragia...

(Mientras tanto el RICARD *y el* SURROCA*, aprovechando la ausencia del* TENIENTE *y los soldados, que ya se han arrebujado en sus capotes y dormitan, se acercan a observar los fusiles que están colocados en armero.)*

RICARD.– *(Cogiendo uno.)* Máuseres de la campaña de Cuba...

SURROCA.– *(Cogiendo otro.)* Pero que sirven pa un avío... Y además está «carregat»...

RICARD.– Son de marca americana...

SURROCA.– *(Escondiéndose el fusil bajo el abrigo.)* Me lo llevo, pa que me sirva de «record»...

RICARD.– *(Asombrado.)* ¿Te lo vas a llevar?

SURROCA.– La ocasión la pintan calva, dicen...

RICARD.– *(Dándole el fusil que tenía en las manos.)* Pues llévate el otro de paso. Te cabe...

SURROCA.– ¿A ver? *(Da unos pasos con los fusiles escondidos y parece un muñeco.)* ¿Se me nota? Es cuestión de componer la figura...

RICARD.– Vaya tío que estás hecho... *(El* SURROCA *avanza hacia la puerta, con aire de autómata, distraído, con sus fusiles escondidos, sin que los soldados sospechen nada.)*

SURROCA.– *(En voz muy alta.)* Voy a llamar a un cochero, pa trasladar al herido...

RICARD.– Sí, corre, que ya hemos abusao bastante de estos señores... *(El* SURROCA *sale con los fusiles escondidos.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Manoseando con el* SANITARIO*.)* Ay, me muero, me muero. Soc la Traviata. La Traviata. ¿Sabes, hijo, que llevé una vida pecadora? Pero ahora me arrepiento...

SANITARIO.– Zi no te extaa quieta, preciosa, no te pueo curá...

FLOR DE OTOÑO.– Ay, lo que tú ordenes, tirano. Me llamas a la muerte y te sigo...

RICARD.– *(Al* SANITARIO*.)* ¿Cómo va eso, maestro?

SANITARIO.– Un tajo regulá... Con die puntoo no tie bastante... Un zervió le hago una cura de urgensia...

RICARD.– Se ve que es usted un experto...

FLOR DE OTOÑO.– ¿Y de dónde eres tú, abencerraje?

SANITARIO.– ¿Yo? De Graná..., pero cállate, que no te pueo curá... *(Se oye el silbido del* SURROCA *desde la calle.* RICARD *se aparta.)*

SURROCA.– *(Desde fuera.)* Ricard, asómate a la ventana...

RICARD.– *(Asomándose a la ventana enrejada.)* A ver qué quiere éste. ¿Qué pasa?

SURROCA.– *(En voz alta, desde fuera.)* Aquí está el coche esperando... *(En voz más baja.)* Oye, pon el oído...

RICARD.– ¿Qué?

SURROCA.– Porta un´altre d´aixo...

RICARD.– ¿Qué? *(Observando las sombras de los soldados al fondo.)* ¿T´has tornat boig?

SURROCA.– *(Airado.)* Apa, vinga...

RICARD.– *(Acercándose al armero y cogiendo un fusil que lleva con disimulo hasta la ventana.)* Te... *(Desliza el fusil con garbo entre la reja.)*

SANITARIO.– *(Que ha terminado la cura.)* Ea..., ahora que lo lleven a un médico. De momento pue pazá...

RICARD.– *(Sacando un billete de la cartera.)* Toma, muchacho...

SANITARIO.– No zeñó... No pueo...

RICARD.– Pa que tomes un carajillo, hombre...

SANITARIO.– Joé..., con ezo se puen tomá mil carajillooo.

RICARD.– Y convidas también a los muchachos. *(Señala a los* SOLDADOS.*)*

SANITARIO.– *(Cogiendo el billete.)* Ziendo azín... Nozotroo lo habemoo jecho por voluntá...

FLOR DE OTOÑO.– *(Llevándose las manitas a la garganta vendada fuertemente.)* Ay, que no puedo hablar, no puedo hablar. Me he quedao ronca. He perdido la voz. La voz... *(Entra* SURROCA *y se dirige a ellos.)*

SURROCA.– El coche está esperando... *(Y al pasar ante el armero coge otro fusil y lo escamotea bajo su abrigo.)* Andando...

RICARD.– *(Al* SANITARIO.*)* Estamos emocionados. No olvidaremos jamás este rasgo. He de proponer a mi amigo, el capitán general, que dé un rancho extraordinario a esta tropa...

SANITARIO.– Que no zea na e lo que jase farta y que ze cure er zeñorito...

SURROCA.– Nuestros respetos al señor teniente... *(Al pasar nuevamente junto al armario escamotea otro fusil.)*

FLOR DE OTOÑO.– *(Que es transportado por el* SURROCA *y el* RICARD *a la sillita de la reina.)* ¿No forma la guardia?

SURROCA.– ¿Te has creído que esto es «el desfile del amor»?

(Los soldados, divertidos, se acercan a despedirlos y les abren calle hasta la puerta.)

UN CALOYO.– Adiós, preciosiá...
OTRO.– Y cuídate la garganta...
OTRO.– No se te orvie hacer gárgaras.
FLOR DE OTOÑO.– *(Tirándole besos.)* Todos, todos, todos tendréis mi foto dedicada. Tesoros... Viva el Ejército español...

(Salen. El armero ha quedado totalmente desprovisto de fusiles. La luz decrece hasta hacerse oscuro.)

SEGUNDA PARTE

Aparece otra página de periódico en que se leen las siguientes noticias. En titulares grandes:

«Se esclarece el crimen de la Asturianita.– El presunto asesino del infortunado Antonio Puig (A) la Asturianita es uno de sus compinches, que se oculta bajo el apodo de Flor de otoño, *quien al parecer le asesinó por supuestas rivalidades amorosas, según ha declarado un amigo de la víctima. La policía espera detener prontamente al que se oculta bajo el nombre de* Flor de otoño *y actuaba en el cabaret Bataclán, que ha sido clausurado hasta nueva orden por el excelentísimo gobernador civil de la provincia.»*

Otra noticia debajo con titulares menores: «Gustosamente rectificamos.– El esclarecimiento del crimen de la Asturianita ha permitido rectificar las temerarias sospechas que recayeron, o alguien hizo recaer, en la persona de un hijo de familia honorable, culto letrado de nuestra ciudad, por lo que nosotros somos los primeros en lamentar tan desagradable equívoco imputable a fuentes maliciosas. Nuestro más profundo desagravio a dicha familia, que goza, como gozó siempre, de la más alta estimación de nuestros ciudadanos.»

Otra noticia: «Robo de armamento en el cuartel de Atarazanas.– Tres desaprensivos asaltaron anoche el cuartel de Atarazanas, de donde se llevaron armamentos diversos mediante engaño a los centinelas. Uno de los maleantes, sin duda anarquistas pistoleros, se fingió herido y mientras era curado por un sanitario sus compinches desvalijaron el armario de dicho cuerpo de guardia. Parece ser que entre este robo y el fugitivo asesino de la Asturianita pudieran establecerse algunas relaciones.»

Un anuncio: Laxen busto: lo mejor para el estreñimiento

Otro anuncio: Pathe Palace. Estreno: «El desfile del amor», Maurice Chevalier y Jannette Mac Donald. Éxito.

Otro anuncio: Gran teatro del Liceo. Reposición de «La Traviata» de Verdi. Primera actuación de la eximia diva Toti dal Monte.

Anuncio que cierra la página: Wagons lits cook.

(Difuminado el telón, encontramos de nuevo a la familia Cañellas reunida. La misma familia que ya vimos en otra ocasión. Con el mismo carácter fúnebre y crepuscular. Situados en los mismos lugares y las mismas posturas. Las mismas tazas de café y té. La misma sombra de la criada yendo y viniendo. La misma lluvia. Los mismos gorgoritos de ópera. Doña Nuria *está leyendo sensacionalmente la noticia periodística.)*

Doña Nuria.– *(Con aire triunfalista.)* «El esclarecimiento del crimen de la Asturianita ha permitido rectificar las te-me-ra-rias sospechas que recayeron, o alguien *(Subraya especialmente la última palabra.)* hizo recaer en la persona de un hijo de familia ho-no-ra-ble, culto, letrado de nuestra ciudad, por lo que nosotros somos los primeros en lamentar tan desagradable equívoco imputable a fuen-tes ma-li-cio-sas. Nuestro más profundo desagravio a dicha familia, que goza, como go-zó siem-pre, de la más alta estimación de nuestros ciudadanos.» *(Suspiro general de satisfacción.* Doña Nuria *deja el periódico y contempla a todos con aire imperial.)*

La señora regordeta.– Gracias sean donadas al Senyor...

La señora rubia.– Amén...

El jorobeta.– Gracia a Deu, quina angunia habem passat...

El hombre gordo.– Ah, si, está be. Pero... ara haurían nosaltres de demanar danys i perjudicis...

El hombre flaco.– Oh, está clar que si...

El hombre gordo.– Dons estaria be que amb una rectificació tot s´arreglés...

La señora rubia.– *(Llorando de nuevo.)* Hem patit molt, molt...

El señor gordo.– *(Entusiasmado.)* Els nostres negocis, be honorables, han patit una merma a la seva honorabilitat i aleshores això s´ha de pagar, de pagar...

EL HOMBRE FLACO.– Está clarisim com la llum...

LA SEÑORA REGORDETA.– Quina cara qui han tingut...

LA SEÑORA RUBIA.– *(Sin dejar de llorar.)* I a mi las de Puig i Devall en van voltar la cara l´altre nit al Lliceu...

EL HOMBRE GORDO.– No es pot permitir. I ara. Asis mab unas paraulas et resolt tot, ¿no? Oh ja et darán...

EL JOROBETA.– Ho demanarem. Ho demanarem: una bona indemnització. Está clar. Ah i a més a més hem de posar a la policía a la pista de aquest inmoral Flor de Otoño, al que jo coneix... *(Revuelo general.)*

DOÑA NURIA.– ¿Qué dius, ara? ¿Que tu coneixes a aquet individu del hampa?

EL JOROBETA.– Jo se que traballa, o traballava al Parallelu...

EL HOMBRE GORDO.– Al Bataclán, ja ho diu ben clar el diari...

LA SEÑORA RUBIA.– I ara. ¿Es que has anat tu al Bataclán? ¿Eh? ¿Has anat?

EL JOROBETA.– ¿Jo? Mara de Deu... ¿Qué dius?

LA SEÑORA RUBIA.– ¿Dons aleshores per que dius que el coneixes? ¿Eh? Ai, quin home aquest...

DOÑA NURIA.– *(Conciliadora.)* Silenci, silenci...

LA SEÑORA RUBIA.– *(Llorando a lágrima viva.)* Oh y Deu sap a qui haurá anat... ¿Has anat amb aquella, eh, amb aquella?... *(Golpea a su marido con los puños en el brazo.)*

EL JOROBETA.– Ai, calla, dona, calla. ¿I ara?

LA SEÑORA RUBIA.– Jo en vull morirme...

EL SEÑOR GORDO.– Aixó no conta ara, dona. Ara lo que haurem de fer es demanar una bona indemnització de danys i perjudicis... Oh, el mateix Lluiset, com abogat, es fará carrec...

DOÑA NURIA.– Es clar que ho fará... Tot es fará. Pero ascotteume ara, scolteume. Lo más importan está guanyat, que es l´honor de la familia...

LA SEÑORA REGORDETA.– Oh, ja et darán amb l´honor de la familia.

DOÑA NURIA.– Silenci. L´honor de la familia i el del Lluiset, que be podem estar segurs que els posará las peras a cuart als qui hagin sigut els autors de la infamia...

EL JOROBETA.– I bona infamia...

LA SEÑORA RUBIA.– Infamia la teva...

DOÑA NURIA.– O sigui, que lo principal está conseguit. Ara lo que hemde fer, primer de tot, es donarhi las gracias a Deu per aixó, jo proposo lo seguent: que habem de anarhi tots, tota la familia a Montserrat a donarhi las gracias a la Moreneta i portari un donatiu... *(Alborozo general.)*

LA SEÑORA REGORDETA.– Ai, si, si... Be pensat. A Montserrat...

EL SEÑOR GORDO.– Está be pensat. Aixó lo primer de tot. Anirem a la Moreneta y asis farem patente el nostro dolor...

EL JOROBETA.– Demá mateix...

LA SEÑORA RUBIA.– *(Al* JOROBETA.*)* Oh, tu ja pots anrhi sol...

DOÑA NURIA.– Ja está, dit tot. Anirem tota la familia a Montserrat a donarhi las gracias a la Verge Santísima... *(Y dicho esto, todos se ponen en pie y entonan a coro las primeras estrofas del virolai. El virolai crece al mismo tiempo que se va oscureciendo la escena hasta desaparecer.)*

*(*DOÑA NURIA *sola. Está llorando. Sentada junto a un secreter, a la luz crepuscular tamizada por los visillos, parece una dama pintada por Santiago Rusiñol. Entra la criada y se inicia la siguiente escena benaventina:)*

PILAR.– Señora: un caballero desea verla...

DOÑA NURIA.– Te he dicho, Pilar, que no deseo recibir hoy a nadie. Tengo jaqueca...

PILAR.– Señora, es que... a lo mejor trae noticias del señorito...

DOÑA NURIA.– *(Animándose.)* ¿Qué dius, ara? ¿Ha dicho algo?...

PILAR.– No, señora, pero yo juraría que es amigo del señorito. ¿Le digo que pase?

DOÑA NURIA.– ¿Cómo es? ¿Es joven?

PILAR.– *(Ruborosa.)* Joven y bien parecido...

DOÑA NURIA.– ¿Viene solo?

PILAR.– Solo, se señora. ¿Le digo que pase?

DOÑA NURIA.– Anda, dile que pase... *(Sale deprisa la criada y* DOÑA NURIA *se levanta y se mira en el espejo.)* Oh, quina cara tinc...

(Se oye la voz de la criada: «Por aquí, señor», y entra RICARD, *el amigo de* LLUISET. *Va vestido a lo dandi y se inclina ante la dama, muy ceremonioso. Sus atuendos no pueden evitar la cara de macarra con sus bigotazos y patillas.)*

RICARD.– ¿Doña Nuria de Cañellas?

DOÑA NURIA.– Servidora...

RICARD.– Es un honor... Vengo de parte de su hijo de usted...

DOÑA NURIA.– *(Sobresaltada.)* ¿Del Lluiset? Ah, siéntese, siéntese, por favor, caballero...

RICARD.– *(Sentándose y hablando deprisa.)* Un servidor es amigo y compañero de su hijo. A veces le hago de pasante...

DOÑA NURIA.– Oh, mucho gusto en conocerlo; me alegro tanto...

RICARD.– Y como supongo que estará usted algo preocupada sin noticias de su hijo, es por lo que he cogido mi pequeño «Rolls» y me he venido a escape... *(Saca del bolsillo una carta.)* a traerle noticias...

DOÑA NURIA.– Ay, no sabe, joven, cuánto se lo agradezco. No sabe usted lo que estaba sufriendo. ¿Le ha pasado algo? Dígamelo...

RICARD.– Está perfectamente bien. Lea esta carta...

DOÑA NURIA.– *(Cogiendo la carta y dando un grito.)* Ay, gracias a Deu. Gracias a la Verge Santísima... Pilar, Pilar... *(La* CRIADA, *que estaba escuchando detrás de la puerta, entra alborozada.)*

PILAR.– ¿Lo ve, señora? ¿Lo ve cómo estaba bien?

DOÑA NURIA.– Ai, quina angunia... La Verge de Montserrat m´ha ascoltat...

PILAR.– ¿Qué dice la carta?

RICARD.– Lea, lea...

DOÑA NURIA.– Ay, que nervios... *(Despliega la carta.)* «Querida mamita»... *(Se echa a llorar.)*

RICARD.– ¿Quiere que se la lea yo?

DOÑA NURIA.– *(Devolviéndole la carta.)* Ay, sí, será mejor; gracias joven, es usted muy amable. Ya se ve que es todo un caballero. Pilar sirve una taza de café al señor. ¿Un licorcito?

RICARD.– Por Dios, no se moleste...

PILAR.– No faltaba más... ¿Pero qué dice la carta?

RICARD.– *(Leyendo.)* «Querida mamita...»

DOÑA NURIA.– *(Interrumpiendo.)* Fill meu...

RICARD.– Como supongo que estarás angustiada al no saber de mí, después de lo ocurrido, te mando esta misiva con mi amigo y compañero Ricard, para decirte que estoy muy bien, que no me pasa nada...

DOÑA NURIA.– *(Elevando las manos al cielo.)* Ay, Virgen Santísima...

RICARD.– «... y que me vine a la torre de Badalona para descansar unos días y recuperarme del sofocón que nos dieron esos malvados. Estoy con

buenos amigos, el portador de la carta, por ejemplo, que como verás es un «noi» estupendo», y otros. No te inquietes y déjame tranquilo unos días. Me hacía falta descanso después de los últimos días. Te quiero mucho, mucho, mucho. Y te mando muchos, muchos besos. Tu hijo, Lluiset...

DOÑA NURIA.– Ay, pobre... Qué bueno es...

PILAR.– Ay, qué contenta estoy, señora..., qué contenta... *(A* RICARD.*)* Ahora le traigo su café... *(Sale.)*

RICARD.– *(Entregando la carta a* DOÑA NURIA.*)* No se molesten. Si no vine antes, fue porque me resultaba prácticamente imposible...

DOÑA NURIA.– ¿Así que están todos en la torre del «tiet»? Pero no se si tendrán las cosas a punto, si hay suficiente ropa en las camas y...

RICARD.– No se preocupe, señora. Estamos muy bien...

DOÑA NURIA.– Creo que tendré yo misma que ir a echarles una mano...

RICARD.– No, no, no señora. Por favor. Qué disparate. Precisamente nos gusta vivir a lo bohemio, y aquello es tan divino...

DOÑA NURIA.– *(Riendo.)* Ay, qué juventud esta... Qué juventud. Pues claro que estaba preocupada al no saber dónde se había metido esa criatura. Y ayer que estuvimos en Montserrat y me hubiera gustado tenerlo a mi lado...

RICARD.– Quisimos avisarla ayer, pero...

DOÑA NURIA.– El caso es que esté bien.

RICARD.– Se trata de unos días, para descansar...

DOÑA NURIA.– Buena falta le hace, pobret, con lo que ha sufrido. ¿Ha visto usted lo mala que es la gente?

RICARD.– Eso hay que olvidarlo...

DOÑA NURIA.– *(Calándose sus impertinentes.)* Y usted, joven, ¿hace mucho que conoce a mi Lluiset?

RICARD.– Oh, desde los tiempos de la universidad. Eramos inseparables. Juntos hemos trabajado en casa del abogado Peracamps...

DOÑA NURIA.– *(Muy jovial.)* Oh, entonces, ya lo conocerá bien a mi Lluiset. Tan bueno, tan inteligente...

RICARD.– Ya lo creo, señora. Oh, un compañero inestimable...

DOÑA NURIA.– Mire: no es porque yo sea su madre, porque todos le dirán lo mismo. Bueno, inteligente, fino, una joya..., en fin, mejorando lo presente...

RICARD.– Nosotros no somos dignos de él...

DOÑA NURIA.– *(Enternecida.)* Ya veo, ya, que usted no tiene nada que envidiarle. Ya sé que mi hijo no va a alternar con cualquiera...

RICARD.– Eso es verdad, señora. Su hijo es demasiado serio...

DOÑA NURIA.– Ay, eso sí. Ahí si que hi toca. Demasiado serio, demasiado serio. Lo que yo digo. ¿Verdad usted? Un chico tan joven y tan independiente, que lleva una vida de monje, de monje. Eso es lo que a mi me preocupa un poco... *(Entra la* CRIADA *con el servicio de café.)*

DOÑA NURIA.– *(A la* CRIADA.*)* ¿Por qué no has cogido el servicio de plata, mujer?

PILAR.– Ay, señora; estoy tan aturdida de contenta que no sé...

RICARD.– Señora..., por favor...

DOÑA NURIA.– *(Luego de salir* PILAR.*)* Pues como le estaba a usted diciendo, joven, eso es lo que me preocupa de ese chico: que no se divierte, que no es como otros que tienen sus ratos de expansión, que disfrutan como es propio de la juventud. Él siempre tan estudioso, en su «carçonniére», en su trabajo... Ay, no sé, a mí me gustaría que disfrutara un poco. Pero él, quitando el Liceo...

RICARD.– Oh, no se preocupe, señora. Tiempo habrá...

DOÑA NURIA.– Es que ya ha cumplido los treinta años...

RICARD.– Lo que debemos hacer, ahora que es tiempo, señora, es labrarnos un porvenir y después...

DOÑA NURIA.– *(Entusiasmada.)* Ay, sí, un porvenir. Ya veo que mi Lluiset también sabe escoger sus amistades... *(*RICARD *asiente con la cabeza.)* Pero a mí me gustaría que ustedes se divirtieran un poquito también. Que gastaran algo más de dinero y que... ¿Cómo anda de novias usted, por ejemplo? Porque mi Lluiset de eso nada... Ya ve...

RICARD.– *(Picaresco.)* Oh, no haga caso. Esas cosas se llevan muy en secreto...

DOÑA NURIA.– ¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Hay faldas por medio?

RICARD.– *(Muy picaresco y a la vez ruboroso.)* Son cosas muy íntimas y...

DOÑA NURIA.– Ah, pero a una madre no se le oculta nada. ¿Así que andan ustedes de picos pardos? Pillines, pillines... Pues les reñiré por no decirme nada...

RICARD.– Bueno, son tonterías. Ya sabe...

DOÑA NURIA.– *(Muy contenta.)* Sí, sí, tonterías. Lo malo es que alguna lagarta lo engatuse, y como él es tan bueno, tiene un corazón así. Con tal de que no se trate de una corista o cosa por el estilo...

RICARD.– Por favor, señora. Nosotros no frecuentamos ciertos lugares...

DOÑA NURIA.– Bien hecho, bien hecho. Diviértanse ustedes sin propasarse. No sabe qué placer tan grande he tenido en conocerle. No lo sabe. Tiene usted que venir más por esta casa...

RICARD.– Estoy tan atareado...

DOÑA NURIA.– Ah, ya está bien, ya, trabajar. Pero de vez en cuando hay que echar una canita al aire, hombre de Dios...

RICARD.– Ya lo hago, cuando puedo...

DOÑA NURIA.– Ay, qué juventud esta... Es usted, que he vivido lo bastante para conocer a las personas. Es usted tímido y bueno: el compañero apropiado para mi Lluiset. A ver si se animan entre los dos...

RICARD.– Oh, ya nos animamos, ya... *(Están ya de pie y despidiéndose.)*

DOÑA NURIA.– ¿Y dígame? ¿Usted no es catalán?

RICARD.– Si, señora. Soc nascut a Vilanova; mis pares...

DOÑA NURIA.– Ah, ja ho deia jo... ¿I per qué no parla catalá?

RICARD.– Oh, no ho se; com que tincla costum al despaix y aixó a parlarhi castellá...

DOÑA NURIA.– Ah, es clar. Com mi Lluiset... Au, no sap vusté, no ho sap, quina alegria tinc y cuand agreida estic al haberme portat noticias i, es clar, de habeure conescut a un jove de las prendas de vusté...

RICARD.– Senyora, senyora... *(Besa la mano de* DOÑA NURIA *entre la luz del atardecer. La escena termina.)*

(Cooperativa obrera del Poble Nou. Salón de bar con grandes ventanales que dan al suburbio industrial. Mesas de mármol donde se sientan los obreros a tomar su carajillo y echar la partida entre turno y turno de fábrica. Letreros ácratas («La propiedad es un robo», etc.) y carteles progresistas en la pared. Siglas sindicalistas libertarias y el escudo de los «Coros d´en clave». Enorme gramola como una flor exótica. Suntuosidad popular ya desgastada. Humazo. Rostros torvos y exaltados. Sombras inquietas alrededor de una mesa de billar. Como flor en el fango, tras el mostrador de mármol impoluto, una «NOIA» *frescachona abre la corola de sus dieciséis años como un iris de paz y esperanza en medio del siniestro rostro del suburbio acrata e industrial. Allá, junto a uno de los ventanales, se sienta* FLOR DE OTOÑO, *o*

LLUISET, *vestido con un atuendo híbrido entre macarra y pistolero: gorrilla de visera, bufanda anudada coquetamente al cuello, jersey de cuadros azules y blancos bien entallado en su cintura. Pantalón gris de sport, zapatos blancos. Si no estuviera en tal sitio podría pasar por un amateur de automóvil en Montecarlo, su amigo* SURROCA *se halla entretenido en el manejo de una radio de galena, los auriculares tapando sus grandes orejas.* RICARD, *con su abrigo de gran vuelo echado sobre los hombros, el sombrero de ala flexible y bohemia, echado hacia atrás a lo gánster, da a* LLUISET *el parte del día.)*

RICARD.– Tu madre está tranquila. No tienes que preocuparte...
LLUISET.– Es que una madre es una madre...
RICARD.– I molt trempada que es tu madre. Me partía de oírla...
LLUISET.– Pobreta...
RICARD.– *(Con cierto desprecio.)* Eso de la familia es un atraso.
LLUISET.– ¿Qué vols? Ácrata es una ácrata. Pero también tiene su corazoncito...
SURROCA.– *(Gritando como exaltado.)* Ja ho tinc..., ja ho tinc...
LLUISET.– *(Dando un respingo.)* I ara... Quina por...
SURROCA.– S´escolta..., s´escolta...
LLUISET.– Y toda la mañana así. Qué dolor de cabeza con este hombre...

*(Llegan cuatro hombres torvos y siniestros. Gorrilla mugrienta. Blusones oscuros, fajas ciñendo los lomos. La «*NOIA*» del bar les conduce, como una nueva Beatrice, hacia los señorones camuflados.)*

LA NOIA.– Senyor Ricard, aquests homes us demanam...
RICARD.– *(Levantándose.)* Ah, sí, hombre... Sentarse, hombre, sentarse... *(Al* LLUISET.*)* Ja els tenim aquí... *(Los cuatro hombres permanecen, sin embargo, de pie y no se sientan. No se sabe si por respeto o porque prefieren no mezclarse demasiado con ellos.)*
CAMALIC CATALÁN.– *(Uno gordo y con barretina.)* Senyor Ricard: el portolomillor del Borne y del Port... *(Muestra la mercancía que son los otros tres hombres, que saludan con una especie de gruñido.)*

LA NOIA.– *(Que se mantenía un tanto retirada.)* ¿Volem prendre qualsevolt cosa els senyors? ¿Un cafetet? ¿Un carajillu?...

CAMALIC CATALÁN.– Ja ho demanarem, nena, ja ho demanarem... *(Los otros miran a la* NIÑITA *y se nota cómo se les va la mano al trasero de ella, que lo movía seductora al retirarse.)*

RICARD.– Asis que si no voleu sura...

CAMALIC CATALÁN.– Hi ha molta feina encara...

CAMALIC GALLEGO.– Nusutrus estamus al avíu de lo que manden os señoritus...

RICARD.– *(Al* LLUISET.*)* Tu dirás... *(A los* CAMALICS.*)* Porque aquí es el que manda... *(*LLUISET *observa con curiosidad la estructura maciza de los cuatro cargadores y se ajusta la bufanda al cuello herido.)*

CAMALIC CATALÁN.– *(Con una leve inclinación de cabeza.)* Tan de gust, senyor... *(Los otros se limitan a lanzar su gruñido.)*

LLUISET.– *(Guiñando un ojo.)* Em sembla que están pintiparats. Parla-lis tu, Ricard, y vosaltres excusarme, que tinc mal de cap...

RICARD.– *(Levantándose.)* Aleshores... Ya les habrá dicho algo el Sebastianet...

CAMALIC CATALÁN.– Sí, señor... Pero si le place pot parlarhi catalá, por més que éste es gallego, ése andaluz y el otro murciano, pero ho entend, ¿oi que si ? *(Gruñido del trío gallego-andaluz-murciano, que no se puede interpretar ni como sí, ni como no.)*

RICARD.– Es igual. Hablaremos en castellano, pa que quede todo bien clarito. Se trata de... suministrar un correctivo a un tipo..., vamos quiero decir de dar una paliza a un gachó...

CAMALIC CATALÁN.– Sí, señor; vamos, una panadera, que diem en catalá...

CAMALIC ANDALUZ.– Amoo, una capuana, que llaman en mi tierra...

CAMALIC GALLEGO.– Una güena soba...

CAMALIC MURCIANO.– *(Torrencial y efusivo, como buen levantino.)* Soba, tunda, zurra, panaera, curra, somanta... *(Tienen que cortarle los otros.)*

CAMALIC CATALÁN.– Pues, señor, nos diu vusté de qui es tracta amb totes els condicions y el asunto queda finiquitac...

RICARD.– *(Sacando una foto del bolsillo trasero del pantalón.)* Éste es el gachó. ¿Acaso lo conocéis?

CAMALIC CATALÁN.– *(Sacando unos lentes y poniéndoselos con toda solemnidad, examina la foto.)* De moment... *(La triada de cabezas se asoma por detrás a ver la foto.)*

RICARD.– Es uno que andaba con la Asturianita, aquella del Barrio Chino...

CAMALIC ANDALUZ.– Sí, señó, sí, señó... Un servió curreló pa este tipo... Sí señó. Un servió maniobraba un organiyo, cuando ezte hijo e la gran puta se dedicaba a la música...

CAMALIC CATALÁN.– Pal caso es lo mismo, señor. Más que nada por saber quién es y no equivocarnos. Así se le ponen los puntos en el lugar y hora que convenga. Con eso basta, señor...

RICARD.– Frecuenta el Paralelo...

CAMALIC CATALÁN.– No es preocupi, que ja ho pillarem... Asis que...

LLUISET.– *(Interviniendo muy nervioso.)* Una tunda, una buena tunda, una panadera, sí señor; pero de chipén, de órdago, de padre y muy señor mío...

CAMALIC CATALÁN.– No sitas´amoine, señorito, que de eso ya me encargo yo. Se trata de si hay que mandarle pal hospital o bien pal cementerio...

LLUISET.– *(Llevándose las manitas a las sienes.)* Ay, compadre, no mienta usted ahora esa palabra: cementerio... *(El* SURROCA *tiene cara de loco escuchando a través de los auriculares y los* CAMALICS *le miran embobados.)*

RICARD.– *(Retirándose con la colla de camalic hacia el mostrador.)* Aixó..., vusté ja m´entend. Una panadera bona, que se le bajen los humos. Que se le quiten las ganas de pelea...

CAMALIC CATALÁN.– Sí, señor, sí señor. Ya conozco el paño. Ya quedarán ustedes satisfechos, ya.

RICARD.– Pero sin escándalo, ni complicaciones. Con limpieza...

CAMALIC CATALÁN.– I ara...

RICARD.– En cuanto a dinero...

CAMALIC CATALÁN.– *(Cogiéndola al vuelo.)* D´aixo... Miri. Le voy a ser franco. Li parlu en plata. Nosaltres ens guayem la vida en el Borne fen de cámalics, es clar, porque no sapigem fer un´altra cosa. Ara que amb aixó haurén de perdre un jornal...

RICARD.– Oh, claro, claro. Ese jornal que ustedes pierdan se les abona, y además...

CAMALIC CATALÁN.– *(Muy suavemente.)* Dona ja está tot parlat... Lo demás a voluntad...

CAMALIC GALLEGO.– *(Interviniendo espontáneamente.)* En Galicia pur menus de cincu pesus no se maja ningún cristianu...

RICARD.– *(Tratando de integrarlos a todos en un abrazo.)* No preocuparse, que en eso vais a quedar satisfechos. Vosotros me hacéis la cuenta de

los jornales, que os abonaremos junto con la mitad de la paga..., y la otra mitad la tendréis cuando esté hecho el trabajito...

CAMALIC CATALÁN.– No om barallarem, cagun coin... Estem entro companys...

RICARD.– Entre companys i es tracta a més a més d´un enemic del poble, de un chupasangre del obrero, como ha dicho aquí. *(Señala al* CAMALIC ANDALUZ.*)*

CAMALIC ANDALUZ.– La mare que lo parió al tío. Le rajo la jeta como me llamo Manolo...

CAMALIC CATALÁN.– Sí, señor. Un burgués. Lo mismo da mandarle pal otro mundo, con perdón...

RICARD.– *(Riendo.)* Con perdón o sin él. Ahora convidarse. *(A la chica.)* Nena, convida a estos señores...

LA NOIA.– ¿Qué volen?

CAMALIC ANDALUZ.– Pa mi un carajillo, ricura...

(Metidos ya en el aboroque, las voces se difuminan y el RICARD *se vuelve al grupo de sus compadres.)*

SURROCA.– *(Entusiasmado con su radio de galena, pasa los auriculares al* LLUISET.*)* S´escolta chanhi, nena... Te, mira que tangu...

LLUISET.– *(Poniéndose los auriculares.)* Ai, deixa, deixa, burinot... *(Cierra los ojirris.)* Dons no sentu res...

SURROCA.– *(Enfurecido.)* Ia, ra... Porta aquí...

LLUISET.– Espera... *(Dando un gritito.)* Ai, si, ja ho sentu... Un tangu... *(Canturrea.)* «Uo soy la morocha más apreciada / la más agraciada / de la población...»

RICARD.– *(Dándole un golpecito en la espalda.)* Ascolta, tu...

LLUISET.– *(Cogiéndole la mano a* RICARD *y cantando.)* «Soy la morocha argentina / la que de noche caminaaa...»

SURROCA.– Porta aquí, que ja ho has ascoltat be...

LLUISET.– *(Quitándose los auriculares y devolviéndoselos al* SURROCA.*)* Te, te... oy quin pesat... I ara...

RICARD.– *(Al* LLUISET.*)* Que digo que ya están aleccionaos. Que le van a estomacar be al tíu...

LLUISET.– *(Con placer sádico.)* Ai, pobret...

RICARD.– *(Señalando el ventanal.)* Y ahora ya están aquí los otros... *(Al* SURROCA.*)* Tu ja pots deixar això, que ara tenim feina...

(Entran otros tres tipos. Son jóvenes. ESTUDIANTES *calaveras, lo delatan sus ojeras y su color pálido. Llevan sombreros a estilo gánster.)*

ESTUDIANTE 1.– *(Palmoteando al* RICARD.*)* Renoiquina carrera ons habem donat...

RICARD.– Salud, compañeros. Descansar. ¿Qué llevais ahí? *(Señala el envoltorio que lleva el* ESTUDIANTE 2.*)*

ESTUDIANTE 2.– *(Con cierto misterio.)* Una pelota pa jugar al rugby...

ESTUDIANTE 3.– *(Que es rubiales y parece recién llegado de Oxford.)* Di que es una bomba que le ha fabricao su tío...

LLUISET.– ¿Una bomba? Ay, niños, que con eso no se juega...

ESTUDIANTE 1.– Es un melón de invierno. Echalo p´aquí, ninchi... *(El otro le tira el envoltorio, que recoge con garbo.)*

RICARD.– No fumeu... ¿Què es això?

ESTUDIANTE 3.– Una bomba... Ya te lo decimos. Pa empezar la fiesta. Cuando estalle...

ESTUDIANTE 2.– Como tengo un tío que es fallero en Valencia...

RICARD.– Bueno, menos guasa, Tomasa... *(El* SURROCA *ha dejado la radio y empieza a interesarse en el asunto.)* La cuestión es que...

ESTUDIANTE 1.– Nosotros, dispuestos. Todo a punto...

RICARD.– *(Al* LLUISET.*)* Habla tú...

LLUISET.– *(Llevándose la mano a la cabeza.)* Huy..., tino un mal de cap *(Poniéndose serio de pronto.)* ¿Qué hay de la fábrica?

ESTUDIANTE 1.– *(Relamiéndose.)* En «Serracant Perfumes de París», todo a punto. La mecha encendida. Arderá como el ninot de una falla...

LLUISET.– *(Frotándose las manos con entusiasmo.)* Ay, pobret mi tío el chepa. ¿Y los obreros?

ESTUDIANTE 1.– A la huelga, junto con los de la Catalana, la Hispánica, la Vasco-Navarra, tots a la vaga... En cuanto se encienda la mecha...

ESTUDIANTE 2.– Derecho y Medicina dispuestos a la lucha.

ESTUDIANTE 3.– Los sindicatos anarquistas hacen causa común con nosotros frente al capital y la inquisición...

ESTUDIANTE 1.– *(Alegre y dando una palmadita.)* Echa, pilili...

ESTUDIANTE 2.– *(Echándose el envoltorio de papel.)* Para este gol...

ESTUDIANTE 1.– *(Cogiendo en el aire el envoltorio.)* En cuanti en que estalle este petardo, *(Mostrando el bulto.)* tot Poble Nou se pone en llamas. Adelante los irredentooos...

(La barra del mostrador se ha ido llenando de siluetas turbias, acechantes. Se empieza a palpar el aire de los grandes acontecimientos.)

SURROCA.– *(Contemplando con nostalgia su radio de galena.)* Ahora que ya se oía bien este trasto...

LLUISET.– Ay, qué caprichoso eres. A punto de estallar la revolución ácrata y tú encaprichadito con tu radio de galena...

RICARD.– *(A los* ESTUDIANTES.*)* ¿Y qué hay por Vilanova?

ESTUDIANTE 1.– Fetén... Los compañeros del Club harán descarrilar el exprés del Madrid. El sudexprés...

LLUISET.– *(Con un gritito.)* Huy, qué espanto... ¿Y los perfumes Serracant a qué hora?...

ESTUDIANTE 1.– *(Enseñándole el paquete.)* ¿Tú ves esto? Cuando estalle, empieza el fuego...

LLUISET.– Ay, pues tendría que avisar a mi tío el chepa...

RICARD.– No me hagas reír...

ESTUDIANTE 2.– Bueno, ¿no hay nadie que se pague un carajillo? No vamos a ir a la trinchera sin entonarnos un poco...

RICARD.– *(A la* NIÑA DEL MOSTRADOR.*)* Nena..., porta tres carajillots...

SURROCA.– *(Inflamado de fervor.)* Ah, no saben los burgueses lo que les espera...

RICARD.– *(A los* ESTUDIANTES.*)* Ya hemos distribuido las armas de Atarazanas...

ESTUDIANTE 1.– *(Riendo de gozo.)* Sois unos tíos. Els teniu be posats...

ESTUDIANTE 2.– *(Jugueteando con el envoltorio y canturreando.)* «Jo te l´encendré al títu, tiú fresco. Jo te l´encendré...» *(Se detiene porque han aparecido en la puerta dos* GUARDIAS CIVILES *que dejan paralizado al personal colectivista. Espeso silencio. El niño del envoltorio se queda como una estatua, con la bola entre las manos, como un olímpico ateniense. La pareja de civiles se dirige precisamente a ellos.)*

GUARDIA 1.– ¿Qué pasa aquí?

(El silencio se espesa. La NIÑA DEL MOSTRADOR *queda también suspensa con la taza en las manos.)*

LLUISET.– *(Que es el primero en reaccionar.)* Como pasar, no pasa nada, señor guardia... A no ser que le apetezca una copa...

GUARDIA 1.– *(A los* ESTUDIANTES.*)* Ustedes identifíquense...

ESTUDIANTE 1.– ¿Nosotros?

GUARDIA 2.– *(Más conciliador.)* ¿No están oyendo, o qué?

RICARD.– *(Abriendo una ancha sonrisa.)* Éstos son amigos de Vilanova...

GUARDIA 1.– A mí eso me tiene sin cuidao; si son de Vilanova, como si son de Vilavieja...

LLUISET.– Oy, por Diosss...

GUARDIA 2.– *(Al* LLUISET.*)* Usted haga el favor de callarse de momento...

LLUISET.– Oy, pero si una no puede ni hablar...

GUARDIA 1.– *(Enfrentado al* ESTUDIANTE 2 *con el ceño muy fruncido.)* A ver esos papeles...

ESTUDIANTE 2.– *(Ofreciendo el paquete al* ESTUDIANTE 1.*)* Sostenme esto, que no puedo desabotonarme la chaqueta...

ESTUDIANTE 1.– *(Fingiendo gran susto.)* A mí no me des esto...

GUARDIA 1.– *(Con un gran puñetazo sobre la mesa.)* Venga ya, y menos guasa aquí...

ESTUDIANTE 2.– *(Tirando el paquete al* LLUISET.*)* Toma tú esto...

LLUISET.– *(Dando un gritito.)* Ay, madre mía, la bombaaa...

GUARDIA 1.– *(Ya enfurecido.)* Que ya está bien de guasaaa... *(Señalando el envoltorio.)* ¿Qué leches es eso?

LLUISET.– *(Fingiendo terror.)* Una bomba, guardia, una bomba...

GUARDIA 2.– *(Siempre conciliador.)* Pero, hombre, qué ganas de jugar tienen ustedes.

SURROCA.– *(Muy mefistofélico.)* Sí, sí, de jugar...

GUARDIA 1.– Pues todos ustedes se vienen ahora con nosotros hasta el cuartel...

ESTUDIANTE 1.– Lo que ordene, cabo. Trae tú la bomba...

ESTUDIANTE 2.– Deja ahí la bomba...

LLUISET.– *(Pasándole el paquete.)* Toma la bomba...

GUARDIA 1.– *(Echando sus manazas al envoltorio y agarrándolo.)* Se acabó ya el cachondeo. Se acabó ya el choteamen. Aquí sos habéis creío que la autoriá es... To el mundo p´alante... Saca la pistola, Felipe...

(Mientras el GUARDIA 2 *desenfunda de mala gana la pistola, los conspiradores se ponen al fin de pie.)*

LLUISET.– Vamos a donde usted quiera. Pero no diga que no le advertimos que lo que tiene usted en esas manitas es una bomba, una señora bomba...

GUARDIA 1.– Mecagüen... Pues ahí va la bomba... *(Lanza el paquete por la ventana y un segundo después estalla un horrísono estruendo, saltan los cristales, vuelan las mesas, se tambalean las figuras y se oscurece la escena.)*

(En la oscuridad empiezan los disparos, los gritos ácratas, los himnos. Las pisadas de los cascos de los caballos, el tintineo del coche de los bomberos, las voces roncas de aguardiente, etc. En medio del pandemónium se ilumina de nuevo la escena y encontramos la cooperativa convertida en terrible trinchera. Los cristales rotos. Las mesas sirviendo de parapeto. Las molduras comidas por los disparos. Incluso los letreros ácratas han sufrido los efectos revolucionarios, y donde antes decía «la propiedad es un robo», ahora se lee únicamente «la propi es un robo». El LLUISET, *el* RICARD, *el* SURROCA, *los* ESTUDIANTES, *los* CAMALICS *y otros individuos turbios luchan como jabatos encarando sus fusiles por la ventana y tras la improvisada trinchera de mesas. La* NIÑA DEL BAR *aparece blanca y frágil entre la vidriera rota de los estantes, muerta de miedo y soltando unos sollozos que sirven de contrapunto a los disparos, blasfemias y terribles jaculatorias de los combatientes. Las piernas espatarradas de uno de los guardias civiles, muerto en el primer asalto, emergen por encima de un sofá desguaidramillado. Humazo de pólvora y heroísmo.)*

LLUISET.– *(Disparando con una pistolita de señora.)* No ens agafareu, no, podrits...

RICARD.– *(Con un gran vozarrón.)* Visca el comunisme llibertariiii...

LLUISET.– *(Irguiéndose muy heroico.)* Aquí estem, aquí estemi be plantats...

SURROCA.– Me habéis destrozado mi radio galena, pero yo no voy a dejar uno vivooo...

UN FUSILERO CAMALIC.– Muerte a la burguesía chupasangreeeee...

OTRO FUSILERO OSCURO.– Visca la Catalunya lliureee...

OTRO FUSILERO CAMALIC.– Cagun coin, ja us donarem, ja...

SURROCA.– *(Disparando.)* Toma, pilili...

UN ESTUDIANTE.– Lacayos de la burguesía...

OTRO ESTUDIANTE.– La autoridad es una mierdaaa...

LA NOIA.– Ai, mara meva... Ai, mara meva... Ay, Verge...

LLUISET.– *(A la* NOIA.*)* Calla, nena, calla...

UN CAMALIC FUSILERO Y NUMANTINO.– La sangre de los mártires nos traerá la primavera libertariaaa...

VARIOS FUSILEROS.– Olé la madre que te parióoo...

SURROCA.– *(Al* LLUISET.*)* Dale a ése, a ése, que lo tienes cerca. Al del pompón, apunta...

LLUISET.– *(Disparando.)* Le dí.

CORO DESAFIANTE DE FUSILEROS.– Arriba los pobres del mundooo... *(Gran estruendo.)*

VOCES QUE LLEGAN DESDE FUERA.– Germans, germans..., resistiu, que us lliberarem...

LLUISET.– No los hagáis caso, hermanos, que son sirenas...

CORO DE FUSILEROS.– *(Con cadencia.)* Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta...

UN FUSILERO CAMALIC.– *(Enloquecido.)* Pa hijos de puta nosaltres... nosaltreeees...

LA NOIA.– *(Gritando estremecida.)* Ai, mara meva... si, jo no vull estarhi més...

LLUISET.– Calla, nena, calla d´una vegada... Apa, portam un vas d´aiga que em moru de sed...

LA NOIA.– Ay, señorito...

LLUISET.– Qué señorito, ni leches. Portam un vas d´aiga...

RICARD.– Vashi tu, home, ¿que no veus que la nena te por?

LLUISET.– Vosotros seguiu que ha torno... Me voy a la retaguardia... *(Se retira hacia el mostrador y, apartando a la nena, se sirve el agua.)* Quina por tens, nena...

LA NOIA.– *(Abrazándose a él.)* Ay, señorito..., ay..., jo vull anarmi a casa...

LLUISET.– *(Ofreciéndola agua.)* No pasa res, noia... No pasa res... Apa, beu una mica d´aiga...

SURROCA.– *(Disparando febril.)* Ai, quina rauxa, quina rauxaaa...

RICARD.– Adelante los hombres libreees...

UN ESTUDIANTE.– ¿Y adónde están los poetas? Aquí me gustaría ver a los poetas que cantaban a la libertad...

OTRO ESTUDIANTE.– ¿Los poetas? Debajo de la cama...

UN FUSILERO CAMALIC.– Cagun coin, ha se m´ha encasquillat un´altra vegada. Quina merda de fusils tenían en Atarazanas...

OTRO FUSILERO.– Tira pa atrás del cerrojo...

EL FUSILERO CAMALIC.– Ya tiro coin...

El OTRO.– Porta aquí... *(En ese momento estalla el fusil y hiere a los dos* FUSILEROS*.)*

EL CAMALIC ANDALUZ.– Cagüen la leche..., ya tenemos doo bajas, pero aquí hay un adaluz que vale por sincooo...

UN ESTUDIANTE.– Olé tu grasia sandunguera, titi...

UN FUSILERO.– Arriba el comunismo llibertariii...

OTROS.– Arribaaa...

CORO IMPROVISADO.– Visca el pa / visca el vi / visca la mare que ens va parir. / Visca el pa / visca el vi / visca la mare que ens va parir...

LLUISET.– *(Que tiene abrazada a la* NOIA *y la acaricia.)* No tinguis por, nena. Que no veus que lluitem per tu i per las noias com tu? ¿Que no veus que lluitem per que no hagi més sang, ni més violacions, ni més fam, ni...?

LA NOIA.– *(Mirando al* LLUISET*.)* Jo tino molta por...

LLUISET.– *(Acariciándola.)* Ja vurá, ja... quand del tot serás molt feliu y podrás viure e pau amb el home que tu vulguis, i amb teus fills... ¿Que no vens, nena, que lluitem per que tots, tots sigueu felisus...?

LA NOIA.– *(Que empieza a consolarse.)* Si ja ho comprend, si...

LLUISET.– Dons noiaaa...

UN FUSILERO.– Pero quina merda de fusils militars...

RICARD.– Si, encara... A caballo regalao no le mires el diente...

UN FUSILERO CAMALIC.– *(Con el rostro ensangrentado, empieza a dar saltos entre las ruinas.)* Ya me han dau los hijus de puta... Ya me han dau esos hijus de la grandísima puta...

OTRO CAMALIC HERIDO.– *(Empezando a tirar por la ventana trozos de mármol roto de una mesa.)* Ya pudreis, asesinus, ya pudreis con tantu caloyu...

ESTUDIANTE 1.– Compañero, ánimo, que esa sangre es la sangre de la primavera libertariaaa...

UN ECO.– La primavera llibertaria. Això farem... Ja ho vurás, nena, ja ho vuràs; vindrá la primavera i tot será com una mena de rosas sensa espines...

RICARD.– *(Al* LLUISET.*)* Venga ya, déjate tú de folletines y vente pa aquí, que esto se pone feo. Molt lleig...

SURROCA.– *(Divertido y dando saltos como un mono.)* Que se pone feo, que se pone feo.

UN ESTUDIANTE.– Pisaréis cadáveres, pisaréis cadáveres...

UN FUSILERO EXALTADO.– No pasarán, no pasarán, no pasarán...

LLUISET.– *(Tratando de zafarse de la* NOIA.*)* Deixan, noia, que també he de lluitar...

LA NOIA.– No em deixo, no em deixo...

LLUISET.– Nena, nena...

UN CORO IMPROVISADO.– Els tenim be posats, / els tenim be posats, / els tenim be posats...

OTRO CORO.– Visca el pa, / visca el vi, / visca la mare que ens va parir... *(Enor-me estruendo; todo tiembla.)*

SURROCA.– La artillería. Los cabrones han tret la artillería... *(Gran revuelo de heroísmo. El* LLUISET *se ha tirado al suelo con la* NOIA. *Humaredas de polvo.)*

VOCES.– No pasarán, no pasarán...

OTRAS VOCES.– Pisarán cadáveres...

OTROS.– Adelante, hermanos. Viva el comunismo libertariooo... *(Estruendos artilleros. Temblor de tierra. Un trozo de techo que se hunde y las voces cada vez más roncas y exaltadas.)*

VOCES YA ENTRE EL HUMO.– *(Con aire invencible.)* Visca el pa, / visca el vi, / visca la mare que ens va parir... *(Gran estruendo y oscuro.)*

(Iluminados por unos potentes focos, aparecen ahora sentados en el infame banquillo los tres cabecillas del abortado golpe revolucionario del Poble Nou: el LLUISET *o* FLOR DE OTOÑO, *el* RICARD *y el* SURROCA. *Se adivinan sombras de tricornio, reflejos de sables militares. Tenebrosidades de fortaleza castrense y ambiente de juicio sumarísimo. Ellos, los encartados, miran al frente con*

aquella lumbre de locura en sus ojos, propia de los que ya no esperan nada de este mundo. Suenan a su alrededor voces diversas, que a veces quedan truncadas en medio de una frase y otras se hacen ininteligibles, cuando no adquieren un ridículo tono parlamentario. Voces fiscales, periodísticas, callejeras, que ellos escuchan como una música absurda que no merece la pena considerar.)

UNA VOZ MILITAR.– Asesinos, atracadores a mano armada, inmorales, viciosos, cocainómanos, pistoleros a sueldo de la delincuencia internacional...

UNA VOZ PERIODÍSTICA.– Barcelona, la apacible y progresiva ciudad del Mediterráneo, emblema del trabajo y del fervor ciudadanos, añade hoy una nota siniestra, que asoma tras la iluminada presencia del Gran Certamen Internacional: la salvaje intentona de unos cuantos delicuentes vulgares, que bajo el apellido de ácratas, han llevado nuevamente el horror y el vilipendio a los millares de pacíficos ciudadanos con que cuenta nuestra industriosa y bella ciudad...

VOZ SECA Y MILITAR.– Cocainómanos, homosexuales, ladrones, hampa internacional, masonería, bolchevismo...

UNA VOZ PERIODÍSTICA.– Esta tierra de poetas y artistas plásticos, esta tierra de hombres empresariales, de raza decidida, cuna de los almogávares, se niega a albergar en su seno semejante taifa de...

UNA VOZ SECA Y MILITAR.– Separatistas, miembros del club internacional del crimen, libertarios de cualquier forma de vicio...

UNA VOZ PERIODÍSTICA.– Nuestra libertad no puede enajenarse a cambio de la proliferación de tales reptiles surgidos de la reclusa hampona de otros países, porque emponzoñan nuestras bellas ciudades y el aire de nuestra convivencia...

UNA VOZ SECA Y MILITAR.– Viciosos, homosexuales, cocainómanos, seres de difícil catalogación en la especie humana...

VOZ PERIODÍSTICA.– Y por muy doloroso que nos resulta la presencia entre los criminales de un hijo de familia honorable, perteneciente a una sociedad laboriosa, debemos ser inflexibles y recordar aquello de «lex dura; sed lex», ante la cual todos somos iguales...

VOZ SECA Y MILITAR.– Hay que dinamitar ese nefasto barrio chino, para cortar la gangrena...

(A continuación se oyen voces ciudadanas y confusas.)

– Que los afusilen a tos esos...
– Tranquilitat i bons aliments...
– I patir be...
– Quin horror, ¿ha vist vusté? Calli, calli...
– Oh, gent sense principis encara que nascut a bons pañals...
– Pobre Cataluña, días de luto te esperan...

UNA VOZ PERIODÍSTICA MUY ESPECIALIZADA.– De dolt, de dolt s´ha vestit la nostra Catalunya. De dolt la rient Rabla de las Flors, de dolt i de terror. Acratas, es diuem els que son mes aviat vulgars delinquents, assesinus internacionals, enemic del treball, enemics del poble que volem portarnos als abismus de la Setamana. Trágica; pero hauren de ser rigids...

VOZ SECA Y MILITAR.– Muerte, muerte, muerte, muerte...

VOZ PERIODÍSTICA Y CLERICAL.– Germans meus, sí, es forsa difícil, en mig d´aquest deliri, tornarhi els ulls a la misericordia, perque sol vurem fang, depravacio, satanismo... Demanem aleshores a la justicia de Deu el que a la justicia dels homes es totalmet imposssible... Entonem, peró, un cant de penitencia per tots i dieu amb me: miserere nobis, miserere nobis, miserere nobis...

VOZ SECA Y MILITAR.– *(En un susurro decreciente.)* Muerte, muerte, muerte, muerte... *(Los tres guajas del banquillo permanecen indiferentes y desafiando al público con su mirada enloquecida.)*

(Lóbrega sala del castillo de Montjuith transformada en capilla. Horas antes del amanecer. Un Cristo tétrico sobre una mesa en que lucen dos blandones fúnebres. Tres camastros. Una mesa con botellas y restos de comida. En la luz agria se adivinan los bultos de los tres condenados. El LLUISET *está tendido sobre un camastro, un poco a estilo odalisca, envuelto el cuello aún en aquella bufanda. El* RICARD *está sentado a caballo sobre una silla, la cabeza entre las manos, sumido en profundas meditaciones. El* SURROCA *sigue escuchando una radio de galena, los alambres sobre la cabeza, los auriculares tapándole las orejas y la mirada enfebrecida. En el terrible*

silencio destacan los pasos de un SACERDOTE *que mide de punta a punta el gran camarachón; de vez en cuando se detiene ante el Cristo y junta las manos en ademán imprecatorio. Un* TENIENTE, *el defensor sin duda, mira a través de la ventana enrejada, el sable entre las manos, hacia el mar, del que llega un rumor de sirenas y el graznido terrible de las gaviotas. Un* CENTINELA, *triste caloyo rapado, apoyado en su fusil junto a la puerta, da tremendas cabezadas de suelo.)*

EL SACERDOTE.– *(Luego de dar otro de sus paseos y plantándose ante los condenados.)* Hermanos, hermanos míos, tened confianza en Dios, que os está mirando... *(Silencio.)* Un instante tan sólo, un instante y seréis salvos. «He aquí que Jesús vio venir a un Centurión, el cual tenía a su esclavo muy enfermo...» *(Sentándose al borde de la cama del* LLUISET.*)* Escúchame tú, hijo...

LLUISET.– *(Dando un respingo.)* I ara... Quin burinot aquest home, quina nit m´está fen passar... Fugi d´aquí... *(El* CURA *se levanta y se retira unos pasos. Queda dubitativo y observa a los otros condenados, sin atreverse, ante su actitud, a acometer la conquista de aquellas almas. El* SACERDOTE, *moviendo los brazos desamparadamente, va hacia el* TENIENTE, *el cual le da un golpecito amistoso en la espalda. El* CURA *parece sentir, a través de la caricia del oficial, una energía agustiniana, que le lleva a hincarse de rodillas ante los reprobos y continuar su sermón.)*

EL SACERDOTE.– Hermanos, acordaos de aquel pobre centurión que, teniendo a su esclavo enfermo y desahuciado, su esclavo favorito al que adoraba como a su propio hijo...

LLUISET.– *(Incorporándose un poco.)* ¿Se querían?

EL SACERDOTE.– Se miraban uno en otro a través de la bondad de Dios...

LLUISET.– Está be... ¿I aleshores?

EL SACERDOTE.– Pues aleshores, hijo, el centurión vio venir a Jesús y le dijo: «Tengo a mi esclavo enfermo y no soy digno, fijaos, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi esclavo quedará curado...».

LLUISET.– Coin, quina cara... sensa pagarhi res...

EL SACERDOTE.– *(Sin hacer caso.)* He aquí la fe en la misericordia del Señor. Decid vosotros: «no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola

palabra y mis pecados serán perdonados»... Una sola palabra... *(Se levanta de pronto y va como una catapulta hacia* LLUISET *y le presenta el borde de su estola.)*

LLUISET.– *(Da un salto de la cama; al verle venir hacia el, dibuja un pase de toreo y se larga corriendo al otro extremo del salón.)* Ai, mare, que s´ha tornat boju...

EL SACERDOTE.– *(Persiguiéndole.)* Hijo, hijo..., una sola palabra...

LLUISET.– *(Abrazándose al* TENIENTE.*)* Guardia, defiéndame...

El TENIENTE.– *(Retirándose adusto y confundido.)* Vamos, hombre, vamos; a ver si...

RICARD.– *(Encarándose al* CURA.*)* Cagun coin..., haga el favor de no molestar, hombre... ¿No está viendo que...?

SURROCA.– *(Quitándose los auriculares.)* No me dejaran ni siquiera oír las olas del mar en los últimos momentos de mi perra vida...

EL SACERDOTE.– *(Se retira a un rincón totalmente vencido y vuelve a arrodillarse.)* Aquí estaré de rodillas hasta que vuestras almas sean del Señor mi Dios... *(Se vuelve al* CENTINELA *caloyo.)* Dame tu bayoneta, hijo; deja que me ponga tu bayoneta bajo las rodillas para mortificarme...

EL CENTINELA.– *(Que se ha despertado totalmente y ahora forcejea con el* CURA, *que le quiere arrancar la bayoneta del fusil.)* Pae, pae..., que no pué zé..., que no... Mire uzté, mi tiniente, que me quiere quitá...

El TENIENTE.– *(Yendo hacia el* CURA.*)* Padre, la ordenanza prohíbe al centinela ser despojado de sus armas...

EL SACERDOTE.– *(Llorando.)* Yo quiero sus almas, sus almas... *(Sigue de rodillas dándose golpes de pecho.)*

(Pausa tétrica. El LLUISET *está de pie contemplando el mar a través de las rejas. Los otros siguen en la misma postura.)*

LLUISET.– *(Apretándose los brazos sobre el cuerpo.)* Quin fret, coin...

RICARD.– *(Con voz ronca.)* Hay aguardiente en esa botella...

LLUISET.– No m´agrada l´aiguardent...

RICARD.– Dons portam a mi... *(El* LLUISET *alcanza la botella y se la lleva a* RICARD, *que bebe con ansia; el ruido del aguardiente al caer en la garganta pone la carne de gallina.)*

LLUISET.– *(Poniéndose mimoso de pronto.)* ¿Tú me quieres tanto como ese que decía el gachó a su esclavo?... *(*RICARD *no contesta. Se filtra una chispa de luz de amanecer; recorre un escalofrío toda la sala. Se oye el bisbiseo del* CURA. *Ruido de pasos fuera y estremecimiento general. El* LLUISET *se adelanta hacia la puerta y el* CURA *le coge por una muñeca.)*

LLUISET.– *(Con un gritito.)* Ja hi som...

EL SACERDOTE.– Espera a Dios, espera a Dios, tú que naciste en buenos pañales...

LLUISET.– *(Desasiéndose.)* Quina calandria aquest home... *(Mirando fijamente al* CURA.*)* Si es verdad que existe Dios, lo voy a ver muy prontito y le saludaré de tu parte, chato... *(Y le da un respingo en la nariz.)*

EL SACERDOTE.– *(Radiante.)* Aleluia, aleluia, santus, santus, santus, santus...

(Ruido de llaves. Las puertas al fin se abren y aparece el COMANDANTE *entre ruidos de pasos militares. El* CURA *se levanta. El* TENIENTE *se cuadra. Música de tacones. Liturgia militar.)*

EL COMANDANTE.– Es la hora... *(Desfallecimiento general en que el ruido de los pasos militares en el pasillo y las voces en sordina de un sargento producen escalofríos. Luz morada en las rejas. El* RICARD *se pone de pie mayestáticamente. El* SURROCA *se quita los auriculares y los tira con desprecio sobre la mesa.)*

El TENIENTE.– *(A media voz, al* COMANDANTE.*)* ¿No hubo indulto?

EL COMANDANTE.– No lo hubo. Así que ...

EL SACERDOTE.– *(Juntando las manos y bisbiseando.)* Santus, santus, santus, santus...

EL COMANDANTE.– *(A los reos.)* Señores, según la ordenanza, ¿tienen algo que manifestar?

RICARD.– *(Hosco.)* Viva el comunismo libertario... *(*SURROCA *escupe.)*

LLUISET.– Yo..., yo... quisiera que me dejaran pintarme los labios. *(Al oír estas palabras, todos bajan la cabeza consternados.)*

EL SACERDOTE.– *(Sus palabras quedan subrayadas después del exabrupto de* LLUISET.*)* Santus, santus, santus, santus... *(En este momento alguien ha llamado al* CURA. *El* CURA *sale un momento y vuelve a entrar, cuando ya el* COMANDANTE *va a disponer la conducción. El* CURA *lleva aparte al*

COMANDANTE *y le dice algo al oído. El* COMANDANTE *mueve la cabeza sorprendido y observa su reloj de pulsera.)*

EL COMANDANTE.– Cinco minutos, cinco minutos nada más... *(El* CURA *sale a grandes zancadas.)*

EL COMANDANTE.– Don Luis de Serracant...

LLUISET.– *(Con cierta chulería.)* Me llamo...

EL COMANDANTE.– Prepárese a recibir una visita de despedida...

LLUISET.– ¿Yo solo?

EL COMANDANTE.– Tiene usted cinco minutos... *(Al* TENIENTE.*)* Llévese ya a los otros, por favor...

(El TENIENTE *va hacia* RICARD *y* SURROCA *y les empuja suavemente hacia la puerta. En el momento en que salen se cruzan con una dama elegantísima, que entra apresurada y viste un traje de terciopelo morado y un sombrero de velito. Es* DOÑA NURIA DE CAÑELLAS, *quien sin reparar en más se lanza sobre su hijo.* LLUISET, *luego de un momento de duda, se abraza a su madre. Terminan todos de salir, incluso el* CURA. *Sólo queda el* CENTINELA *que monta la guardia en un rincón.)*

DOÑA NURIA.– Fill meu, fill meu...

LLUISET.– Mare..., mare...

DOÑA NURIA.– *(Muy tranquila. Luego del abrazo.)* ¿Por qué no me habías dicho que embarcabas para Méjico? Gracias que me enterado por casualidad. Si no, ¿cómo iba a venir a despedirte?

LLUISET.– *(Desfallecido por vez primera.)* Se me olvidó decirte que embarcábamos hoy para Méjico...

DOÑA NURIA.– Ay, qué cabeza la tuya, y el sofocón de correr que me he tenido que dar para llegar a tiempo, hijo... *(Le muestra un maletín que lleva en la mano.)* Y como eres tan distraído... Te traigo algunas cosas que te harán falta: ese pijama de seda, color naranja, que tanto te gusta...

LLUISET.– *(Que va recobrándose.)* Qué ilusión... Estás en todo, mamá...

DOÑA NURIA.– ¿Y cómo vas a salir así, con el fresquito que hace? ¿Y el relente del mar?

LLUISET.– *(Que ya sigue la broma.)* No tengo frío...

DOÑA NURIA.– Pero en los barcos hay muchas corrientes y puedes pescar una pulmonía... Cuídate, hijo...

LLUISET.– No te preocupes, no te preocupes, mamá...

DOÑA NURIA.– También he metido aquí dentro colonia, perfume... y barra de labios.

LLUISET.– Estás en todo, mamá...

DOÑA NURIA.– Porque en esos barcos hay que alternar... ¿Cuántos días dura la travesía?

LLUISET.– Creo que un mes...

DOÑA NURIA.– Un mes, qué maravilla... *(Pausa.)* Sí, hijo, vete a Méjico, vete lejos de este mundo podrido. Yo te seguiré más adelante. Ya me reuniré contigo lo antes posible. Ah, y no te preocupes de escribir. Me basta con saber que ya estás en paz...

LLUISET.– En paz, mamá, en paz...

DOÑA NURIA.– De momento, tu tranquilo. Yo, en cuanto deje arreglado todo lo de la casa, ya sabes, las cuatro chucherías nuestras, te seguiré. Allí nos reuniremos y seremos otra vez felices...

LLUISET.– Sí, sí, siempre ya...

DOÑA NURIA.– Además, ya sé que vas con tu amigo Ricard, que es un muchacho muy bueno. Vas en buena compañía. Así que por mí no sufras, yo me quedo tranquila... Que tengáis una buena travesía...

LLUISET.– Gracias, gracias, mamá... *(Entra el* COMANDANTE.*)*

EL COMANDANTE.– Señora...

DOÑA NURIA.– *(Muy jovial.)* Ah, aquí está el señor comandante del barco... Le recomiendo a este pollo. Ya sé que es usted un lobo de mar y no habrá peligro de naufragio...

EL COMANDANTE.– *(Confundido, sin saber que decir.)* Sí, señora...

DOÑA NURIA.– *(Abrazando a su hijo.)* Dame un beso..., otro, otro... *(Besos patéticos. Entregándole el maletín.)* Toma... *(Al* COMANDANTE.*)* ¿Van a zarpar ya? ¿Ya sonó la tercera llamada, comandante?

EL COMANDANTE.– Sí, señora..., están quitando la escala...

DOÑA NURIA.– Dons apa... Apresúrate, no vayas a quedarte en tierra... Adiós, fill meu..., adiós... Buen viaje, buen viaje... *(El* COMANDANTE *se lleva con suavidad al* LLUISET. DOÑA NURIA *da unos pasos y queda junto a la puerta. Está a punto de desplomarse, pero se recobra. Saca un pañuelito del bolso y lo agita en el aire.)* Adeu, siau... Adeu, siau... *(Queda sola*

en la escena. Al fondo, la silueta del CENTINELA, *que la mira con los ojos muy abiertos.* DOÑA NURIA *se dirige hacia la ventana enrejada. Se seca las lágrimas y agita el pañuelo hacia el mar.)* Adeu, siau... *(Volviéndose al* CENTINELA.*)* Qué tonta, lloro cuando sé que mi hijo va a ser muy feliz en... Méjico. Pero las madres somos así, ¿sabe?... *(El* CENTINELA *está aterrorizado.)* Va a hacer una buena mañana. Parece primavera. El mar está precioso. Una divinidad. Sí que van a tener una buena travesía... Y yo me quedo sola, solita... En aquella casa tan grande, tan grande... Solita... Pero me iré a Méjico también... En cuanto arregle los papeles. Mientras tanto... *(Encarándose con el* CENTINELA.*)* Voy a estar muy sola... Y mi casa es tan grande... Fíjese, una casa antigua, tan noble... Pero ¿sabe lo que voy a hacer? Voy a poner una casa de huéspedes... Casa de Dispeses, que diem en catalá... Sí, sí, de huéspedes y de huéspedas. Muchachas alegres que canten, que rían, que gocen de la vida. Sí, sí, sí. Una casa de huéspedes pondré en mitad del Ensanche. *(Llorando.)* Porque no podré estar tan sola, tan sola, tan solita... hasta que pueda marcharme por fin a Méjico, a reunirme con mi hijo..., el meu fill... *(Llega el estampido de las descargas desde los fosos y casi al mismo tiempo el sonido triunfal de la sirena de un barco.* DOÑA NURIA *vuelve a tambalearse. El* CENTINELA *se mueve un poco. Pero* DOÑA NURIA *se yergue de nuevo; casi altiva, agita el pañuelo alegremente.)* Ya se van..., ya se van... Adeu siau..., adeu siau...

HISTORIA DE UNOS CUANTOS

(Drama en diez momentos)

Personajes

Julián
Señá Rita
Felipe
Mari-Pepa
Candelas
Juan José
Serafín
Mozo
Susana
Organillero
Lotera
Pichi
Florista
Húsar
Guardia
Hombre 1
Hombre 2
Hombre 3
Vecina
Susy
Fotógrafo
Margot
La Trini
La Marlén
El randa
El Curda
Mozo

A los componentes del Grupo de Teatro Barcense de Castilla la Vieja, que con tanto garbo y maestría representaron esta obra en el Barco de Ávila la noche del 24 de abril de 1982

MOMENTO PRIMERO

Año de 1898. En un barrio viejo de los madriles, una tarde calurosa de verano, un hombre joven duerme sobre un jergón. Reposa en calzoncillos sobre la cama en el sopor de la siesta. La luz terrible del sol castellano entra tamizada por la persiana que cubre un balcón. Es la habitación pobre de un menestral. De una percha cuelga la inevitable gorrilla de visera y las ropas de dril. Sobre la mesilla de noche campea el botijo. Junto a la pared, el palanganero y el jarro de agua. Sobre la mal pintada pared hay clavadas fotografías viejas de aquel tiempo. Fotografías que nos ayudan a revelar el mundo de su ocupante. Una de las fotografías muestra a «Pablo Iglesias, maestro del pueblo» (así reza en letras grandes debajo de la efigie del pronombre.) En la otra fotografía vemos a «Frascuelo» con su cara comida por la gran montera, que le llega hasta los ojos. Hay otro cartel que dice «la Chelito» y un letrero que dice: «los obreros del ramo de imprenta al mitin de Vallecas. Acudid todos». Entre la luz de la siesta, las moscas y los ronquidos del macho en paños menores, estos retratos y letreros adquieren especial expresividad. De la calle llega un rumor sordo, bordoneo de niños, y el lejano pregón de un hombre: «hoorchataaa fresquitaaa». Un pregón que se va alejando melancólicamente. Como un grifo fúnebre. El mozo que duerme se revuelve, se da manotazos para espantarse las moscas, jadea como un toro abrasado por el calor. De pronto empieza a sonar un organillo que rompe totalmente el sopor y la tragedia de la tarde. Lo que toca el organillo es la música de moda, aquello de «dónde vas con mantón de Manila / dónde vas con vestido chiné». El gachó de la cama se revuelve, se da otro papirotazo para espantarse las moscas. Al fin, se levanta en calzoncillos, coge el botijo y se echa un trago.

EL JULIÁN.– *(Todavía con el botijo en la mano va hasta el balcón y mira tras la persiana muy malhumorado.)* ¡La madre que me echó...! Como t´acerques pa aquí te empantano el botijo en la chola...! *(Vuelve a echarse otro trago del botijo. Lo deja sobre la mesilla de noche. Se vuelve a tumbar en la cama. Resopla de calor. Se pasa la mano por la frente. Se tumba, mete la cabeza debajo de la almohada. El organillo sigue ahora con aquello de «por ser la Virgen de la Paloma». Las piernas del* JULIÁN *patalean.)*

(De pronto una voz chillona de mujer llega desde la calle rasgada, autoritaria y absolutamente imperativa.)

VOZ DESDE FUERA.– ¡Juliaaaán!... ¡Juliaaaán...!

(Como impulsado por un resorte se levanta de la cama.)

JULIÁN.– *(Para sí. En tono de burla.)* ¿Qué tiees, madreeee...? *(Rascándose la pelota, se asoma al balcón.)* ¿Qué pasa, señá Rita...?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Que ya han pasao las burras e leche, guapo...!

JULIÁN.– *(Llevantando un poco la persiana.)* Pues ¿qué hora es?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– La de ayer a estas horas, chatoo... Que digo que a ver si vas a empalmar el día con la noche, ¡amos digo yo...!

JULIÁN.– ¡Bueno, hombre, bueno; pero pa eso no hace falta escandalizar!

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– *(Muy enfadada.)* ¡Pos si escandalizo es porque tú me haces escandalizar... Que se dice pronto, amos, las siete e la tarde y entoavía hecho una marmota el niño... ¡Amos que!...

(El JULIÁN*, viendo que el escándalo va en progresión, se retira del balcón con un gesto de rabia y va al palanganero para refrescarse la cara y el pelo. Trata de no escuchar el sermonazo que la otra organiza en la calle. Sus palabras llegan nítidas porque se advierte que la habitación del* JULIÁN *está en un entresuelo, justo encima de la taberna de la* «SEÑÁ RITA»*.)*

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– *(Que va subiendo y haciéndose elocuente como un discurso de Castelar.)* ... pos mía tú lo que a mí me importará u no me

importará que vaya u no vaya al taller. ¡Bástese que una se preocupe por los otros pa que la den una patá! ¡Conque si doy escándalo; pos doy el escándalo que tengo que dar, porque si el niño se queda en la cama sin ir al taller, pues eso, que le ponen en la calle! ¡Mía a mí qué me importará, pa lo que tengo ya pasao en este mundo, si ya sé que no voy a sacar na...! *(El* JULIÁN *sigue lavándose y tratando de no oír apretándose la toalla sobre los oídos.)* ¡Pos na..., en seguía la patá...!

VOZ DE UN HOMBRE.– ¿Qué te pasa, mujer?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¿Qué me va a pasar? Pos na. El gandul ese, que entoavía está en la cama y son las siete sonás, que...

(Se pierde el murmullo y se oye sólo un susurro. El JULIÁN *se mira al espejillo y mueve la cabeza.)*

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– *(Que vuelve a hacerse perceptible.)* ¡... Si te paece, entoavía le daré alas...! *(El* JULIÁN *empieza a peinarse las guedejas y a arreglarse el bigote.) (La* VOZ DE LA SEÑÁ RITA *ha desaparecido y vuelve a brotar de pronto.)* ¡... Pos si a ti te da igual, a mí no me da igual! Pos güenos están los tiempos pa que se quede cesante...

VOZ DEL MARIDO DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Oye, oye, oye!..., que si el chico es mayor de edad.

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– *(Tapando a su marido.)* ¡Si es mayor de edad, como si es menor! A mí no me da la gana e consentir vagos, y lo que es ahora están de un vago subío tos los niños, que paecen de casa e Roschild y... *(Gritando desaforada.)* ¡Julián!... ¡Juliaaaaaaaaán...!

(El JULIÁN, *hecho una furia, va al balcón y grita.)*

JULIÁN.– ¡Que ya vaaa!... ¡Que ya estoy despierto, leñeee...!

LA SEÑÁ RITA.– *(Asustada del vozarrón del* JULIÁN.*)* ¡Que no soy sordaaa!... ¡Pos vaya!

LA VOZ DEL SEÑOR TABERNERO.– ... Pos claro, mujer, la fija, el chaval se harta como cualisquier mortal de...

(Los chillidos y los denuestos de la SEÑÁ RITA *tapan ahora al marido y se hacen ininteligibles, destacando sólo*

algunos adjetivos como «calzonazos», «que no vales pa na», «que a mí tú no me chillas», etc. No cabe la menor duda de que el calor tiene a todos soliviantados. En la tarde van creciendo las voces. Ahora se oye la de un parroquiano gritando: «Chicooo», otro que canturrea. Otro, que «Dos de clara con limón». Las voces van entrando en la habitación del JULIÁN, *que sigue sentado, ahora en la cama, mareado de calor y sueño.)*

JULIÁN.– ... ¡Dita sea la! ¡... Pa cuatro cochinas pesetas que gana uno, tener que aguantar tanto!... ¡Amos que!... tener que irse ahora uno pal taller a hacer turno e noche. ¡Dita sea la!... *(La toalla que estaba estrujando entre los dedos la tira con rabia contra el «maestro del pueblo Pablo Iglesias». De pronto se oye ahora la* VOZ DE LA SEÑÁ RITA *un tanto más amable.)*

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– Sí, hijo, sí, arriba está... Anda y a ver si ties tú más suerte que yo y le sacas de la piltra, que estoy viendo que hoy tampoco va a ir al taller.

(El JULIÁN *va de nuevo hasta el balcón para atisbar al que viene.)*

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Oye, Felipe!..., ¿y la Mari-Pepa? ¿No me dices na de ella?... *(Pausa.)* ¿Y entoavía no ha habío... acontecimientos?... *(Risa juvenil.)*

(El JULIÁN, *muy pudoroso, ha ido hasta la percha, ha cogido los pantalones de dril azul y se los pone nervioso, y aún está abotonándoselos cuando entra el* FELIPE, *su amigo, que es un muchacho más o menos de la misma edad que el* JULIÁN, *muy delgado, más chulo que él todavía. Viene en mangas de camisa y con alpargatas, fumando un cigarrillo.)*

FELIPE.– *(Que ha abierto la puerta y se ha colado sin más en el cuarto del* JULIÁN.*)* ¡Julián...!

JULIÁN.– ¡Ele, Felipe!... Me pillas por chiripa, porque ya me largo...

FELIPE.– Ahora ties el turno e noche, ¿no?

JULIÁN.– *(Que ahora se viste una camisa.)* Dende el lunes pasao...

FELIPE.– *(Que se ha sentado en la cama.)* Pos ya no podrás ir de verbena, chavea...

JULIÁN.– *(Volviéndose casi furioso.)* ¡Ni ganas...! *(El* FELIPE *se ríe.)*

FELIPE.– Las verbenas ya s´han acabao pa nosotros...

JULIÁN.– ¿Es que tú también trabajas de noche?

FELIPE.– Ni de noche, ni de día...

JULIÁN.– ¿Estás parao?

FELIPE.– Por un estilo. Que he tenío la negra, Julián; amos que me ha venío to rodao...

JULIÁN.–*(Que se ha sentado en la cama con él.)* ¿Pos qué pasa? Aclárate, porque, como ahora nos vemos tan poco, me ties in albis, porque sucede que como durante too el día estoy dormío y por la noche metío en las cajas, pa ganar cuatro cochinas pesetas, eso...

FELIPE.– Cosas de la vía y na más, que cuando vien rodás, vien rodás... *(Y al decir esto, el* FELIPE *coge el paquete de cigarrillos del* JULIÁN, *que estaba en la mesita de noche, saca un cigarrillo y le ofrece otro al* JULIÁN.*)*

JULIÁN.– *(Luego de coger el paquete de tabaco propio y guardárselo delicadamente en el bolsillo.)* Pos si no me explicas, siendo como eres tan caro e ver; porque, amos, que pue decirse que dende que dejastes de ser célibe, amos quiero decir dende que tú y la Mari-Pepa sos pasasteis por la vicaría, que apenas hemos tenío tiempo de echar un cigarrillo. ¿O no?

FELIPE.– Pues ahí está. Y de ahí vie too, ni más, ni menos. Por eso mismamente ando con ganas de verte, Julianete, pa decirte primero y principal de too que no cometas una locura...

JULIÁN.– *(Que se está vistiendo la camisa como un torero allí en medio de la habitación.)* ¿Y de qué locura me hablas? *(Cayendo en seguida.)* Ah, güeno, ya caigo: te refieres al matrimonio...

FELIPE.– Natural...

JULIÁN.– U séase que lo tuyo con la Mari-Pepa no marcha. No me digas más. ¿Lo estás viendo, gachó, cómo al final tenías que darme a mí la razón? ¿Qué t´había dicho yo, Felipe? ¿Qué t´había dicho? Pos t´había dicho, ni más ni menos, lo que sigue: «Felipe, algún día vendrás a decirme: "ay, Julián, qué razón llevabas"»...

FELIPE.– *(Rabioso.)* Pos a eso he venío Julián, a decirte eso: «que qué razón llevabas»...

JULIÁN.– Pos ya está dicho...

FELIPE.– Y mía que yo no quería casarme, que tú lo sabes bien, Julianete, que el hijo e su madre no estaba pa eso; pero como ella m´atrapó, porque bien se pue decir que m´atrapó...

JULIÁN.– Y tú que te dejastes atrapar...

FELIPE.– Pero si yo..., si yo me revolvía como un gato panza arriba, que to dios pue decirlo. Hay que ver los achares que yo la daba, según consejo tuyo, entre otros, que ca vez que me venía con las carantoñas del caso yo la volvía la jeta... ¡Amos, Julián, que no se pue decir que yo la diera tanto así pa llegar tan lejos! Si me vi en la vicaría, me vi como el ratón en la ratonera. ¡Amos que fue como dispertar de una borrachera...!

JULIÁN.– *(Atusándose en el espejo las guías del bigote.)* Sí, sí... tanto con «la del manojo de rosas, la de la falda de céfiro y el vestido e percal...».

FELIPE.– Calla, Julián, calla. No te recrees entoavía en mi desgracia que mía que por mu hombre que sea, y el Felipe lo es, me pongo a llorar, Julián. O me pongo a llorar, o hago una barbariá...

JULIÁN.– *(Yendo hacía él y poniéndole una mano en el hombro.)* Güeno, hombre, güeno, si es que has venío pa desahogarte, te desahogas; pa eso soy yo un amigo, ¿no? Vergüenza no tien nunca los hombres pa contar sus penas delante un compañero, ¿no?

FELIPE.– *(Gimoteando.)* Pues ahí, va, Julián de mi alma, ahí va lo que hace meses he estao luchando pa expulsar de una vez: ¡que la Mari-Pepa m´ha salío rana, Julián!

JULIÁN.– ¿Cómo rana? ¿Rana en qué sentío? Amos quiero icir si es que ha habío, si ha habío... *(No sabe cómo explicarse y traza un signo «de cuernos» con la mano.)*

FELIPE.– No, hombre, no; eso tampoco, oye... Hubiá sío eso...

JULIÁN.– Pos entonces...

FELIPE.– Too lo contrario, Julián; pues ahí está la sorpresa; pues ahí está mismamente el veneno de las mujeres, que te salen por el lao que menos esperas. Yo creí que la Mari-Pepa tal como se producía, tú lo sabes bien, que la llamaban la Revoltosa porque tenía siempre alborotao el cotarro e la calle Ministriles, iba, dempués del matrimonio, a seguir siendo una «revoltosa», lo cual que pa prevenir antes que curar yo ya me había agenciao una vara e fresno, regalo sin ir más lejos del señor Candelas; conque...

JULIÁN.– Sigue, hombre, sigue, no te pares. *(El* JULIÁN *se está aplicando un trapo en los botines.)*

FELIPE.– Conque me vino a salir por el lao contrario. U séase, queriendo llevarme por el buen camino; amos quiero ici que tratándome como a un colegial y no dejándome ni resollar, pero amos, ni resollar. Respective a los monises, a darla el jornal a tocateja... ¡Julián, a tocateja!, con seis reales que gana uno subío al andamio, seis reales... Y no me deja siquiá un real pa tomar un vaso y alternar con los amigos. Por ahí empezó. Luego, conque la limpieza; que si volvía de la obra con una mancha e cal, ¿y dime tú cómo iba a volver después de catorce horas de tajo?, pos a maltratarme de palabra. Luego, que me «cronometra», pero cronometrao me tie, que ni por Canseco, que sólo basta que me retrase dos minutos pa que me organice el alboroto en plena calle Ministriles y ser el hazmerreír del barrio... y...

JULIÁN.– Espera... *(Se asoma al balcón.)* ¡Señá Ritaaaaa...!

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Me llamooo...!

JULIÁN.– ¿M´ha preparao usté la tartera?

RITA.– ¡Anda..., pos hace un año que está ahí...!

JULIÁN.– ¿M´ha puesto usté una tortilla e dos güevos?

RITA.– ¡Te he puesto cuernos!..., a ver si bajas ya de una vez te vas al tajo, que estoy viendo que te va a amanecer. ¿Y el Felipe?

JULIÁN.– *(Volviendo hacia el* FELIPE.*)* Pos es el caso, Felipe, que tengo que irme al tajo ahora. Ya ves tú pa cuatro cochinas pesetas que gana uno...

FELIPE.– Espera que termine de contarte...

JULIÁN.– Me acompañas y...

FELIPE.– Espera... porque lo que pasa es que aquí aonde me ves, aquí aonde me ves..., que ya no vuelvo con la Mari Pepa...

JULIÁN.– *(Perplejo.)* ¿Qué dices, Felipe?

FELIPE.– ¡Lo que oyes! Que a mí no me toma por la mona el Retiro ni la Mari-Pepa ni san Mari-Pepa. Total, que un hombre tie su aguante y paciencia hasta que ya no pue más. Y el Felipe ha terminao con la Mari-Pepa y que antes de volver con ella, fíjate lo que te digo, me tiro por el Viaducto. Pues así está la cuistión...

JULIÁN.– *(Que se ha vuelto a sentar y considera ahora ya la situación en firme.)* ... ¡Dita sea Dios! Pos no sería porque yo no te lo había pronosticao...

FELIPE.– Pos eso; que cuando vie la disgracia es cuando uno se da cuenta de los verdaderos amigos...

JULIÁN.– U séase, que...

FELIPE.– U séase, que aquí me ties solo, sin un céntimo y a punto de irme al Viaducto pa tirarme. Choca esos cinco... *(Le ofrece la mano.)*

JULIÁN.– Güeno, güeno, güeno..., tampoco será de tanta urgencia el Viaducto...

FELIPE.– De urgencia no; pero que me precipito es más verdá que el Sol que nos alumbra...

JULIÁN.– *(Ofreciendo ahora otro cigarrillo al* FELIPE.*)* ¡Vaya, hombre, vaya, pues sí que me vies a dar ánimos...!

FELIPE.– ¿Ánimos? ¿Pa qué?

JULIÁN.– Calla, hombre, calla; que yo también vengo pasando unos días con la cuistión del casorio...

FELIPE.– Por eso venía yo, pa...

JULIÁN.– Que la Susana esa no me deja ni a sol ni a sombra dende el día aquel de la locura de la verbena...

FELIPE.– No me hables...

JULIÁN.– Pero es que ahora resulta que mi madre, u séase, la señá Rita, güeno, entre paréntesis, tú ya sabrás que la señá Rita es mi madre, ¿no?

FELIPE.– ¿No voy a saber? ¡Si eso lo sabe too el barrio...!

JULIÁN.– Pues eso, que la señá Rita, u séase, mi madre, ahora se la ha metío en la chola que me tengo que casar con la Susana. Con la Susana. Que si no quiero, que me lleva ella misma arrastrao a la vicaría. Y yo, pues eso, que...

FELIPE.– Es que, hijo mío, dempués de armar la que armaste aquella noche e la verbena, lo que fue chasco es que al día siguiente no estuviais sacramentaos, amos, quiero decir uníos en santo matrimonio, porque vamos...

JULIÁN.– Ni vamos, ni venimos. Pasa que el Julián es un hombre ponderao, un hombre ponderao que le gusta pensar con la cabeza y pensar los pros y los contras... Tú me entiendes, ¿no?

FELIPE.– ¿Que si entiendo? Que me estás diciendo el catecismo del padre Ripalda...

JULIÁN.– *(Muy doctrinal.)* Porque el pecao de los españoles es ése: la falta e raciocinio. Mucho de esto *(Se da un gran golpetazo en el corazón.)* y poco de esto *(Se da un fuerte papirotazo en la frente.)* Ése es el pecao de

los españoles y así ha pasado lo que ha pasao en la isla e Cuba y en las Filipinas...

FELIPE.– *(Siguiéndole.)* ¡Y en la calle e Ministriles...!

JULIÁN.– Pos ya está. El Julián pue querer a la Susana como a la que más. ¿Estamos? Y el Julián es capaz de quitarse un bocao de la boca pa los demás, ¿estamos? Y el Julián hubiá sío capaz de clavar una puñalá en too el corazón del boticario y tos los boticarios del mundo pa defender su honor, ¿estamos?

FELIPE.– ¡Estamos...!

JULIÁN.– Y un hombre apasionao no se reprime como dice mu bien mi padrastro. Y al no reprimirse, pues eso, que salta como la sidra, ¿estamos?

FELIPE.– ¡Estamos! Y tú aquella noche saltastes que por poco inundas la página e sucesos de *La Correspondencia* y *El Imparcial.*

JULIÁN.– Pero como quiera que pa eso tenemos la cabeza, pa reprimirnos y no sólo peinarnos, pues luego viene el raciocinio.

FELIPE.– La fija el raciocinio que la Mari-Pepa no me reconoce...

JULIÁN.– *(Sentándose de nuevo como un catedrático sobre una silla coja y haciendo equilibrios para no caerse.)* Deja en paz a la Mari-Pepa, que no es ésa la cuistión. La cuistión está que uno tie que reprimirse y pensar con la cabeza, y por más que diga la señá Rita, o por mejor decir mi madre, pues hay que saber situarse con los pies pa abajo. Y resulta que el Julián es un honrao cajista, ¿de acuerdo?, que gana cuatro pesetas...

FELIPE.– ¿Pos y yo, que ganaba seis reales?

JULIÁN.– Espérate ahora. Y eso de que yo no debo na, como dicen, es un decir..., porque la señá Rita no sabe que mi padrastro, que es un santo que ya quisiá el mismo Pablo Iglesias, *(Se oye de nuevo la* VOZ DE LA SEÑÁ RITA: *¡«Juliaaán...! Pero ¿será condenaooo?»)* me ha sacao de más de un apurillo, eso siendo uno soltero y con vicios menores, por así decirlo, porque menda, en quitando el vicio del tabaco, *(Saca el paquete y el guaja del* FELIPE *aprovecha para sacarle otro cigarrillo.)* una copa pa alternar, una noche e verbena y alguna corría e toros, pues eso: los mítines de Pablo Iglesias y alguna que otra juerguecita, como es natural...

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Pero Juliaaán...!

JULIÁN.– *(Yendo hacia el balcón con enojo elegante.)* Pero ¿quie usté hacer el favor de callarse ya? ¿Quie usté dejarme que trate con un amigo de cosas importantes?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.– ¡Huuuuy...! ¡Cosas importantes!... ¿Has oío? ¡Cosas importaanteees!

JULIÁN.– *(Volviendo.)* Pues ahí lo ties. Ahora dime, por mucho que diga la señá Rita, ¿tú crees que un hombre como yo, pue aventurarse a la vicaría con cuatro pesetas e jornal, corriendo los tiempos que corren, ahora que nos queamos sin colonias y mantenga usté mujer y los hijos que vinieren como han de venir, según la ley santa del matrimonio? ¡Que no, Felipe, que no...!

FELIPE.– Ay, Julián de mi alma, que de güena gana te daba un beso. Pues ahí está, ahí está lo mío y que daría un ojo e la cara porque la Mari-Pepa te escuchara. Tú con cuatro pesetas no pues hacer frente al matrimonio. ¿Qué voy a hacer yo, un pobre albañil que gana seis reales?

JULIÁN.– Pues ahí está. Que por muy santa que sea la Susana y la misma Mari-Pepa...

FELIPE.– Güeno, a la Mari-Pepa la vamos a dejar a un lao...

JULIÁN.– Hombre, quien dice la Mari-Pepa dice la otra y la de más allá. Quiero decir que por muy santas y mu apañás que sean y suponiendo que sepan hacer de una peseta dos, como vulgarmente se dice, un hombre no tie corazón pa imponer a la compañera e su vía un mal pasar creando un hogar, que no es un hogar, sino un nido e rencores y malos quereres...

(Dicho esto, el JULIÁN *coge el botijo y se echa un buen trago, mientras el* FELIPE *se queda abobado. Terminado de beber, el* JULIÁN *pasa el botijo al* FELIPE, *que bebe también, y así sellan esta especie de brindis con agua pura de Lozoya.)*

FELIPE.– *(Luego de beber.)* Si yo lo he dicho siempre. Como tú y Pablo Iglesias no hay nenguno. Por eso yo estaba sediento de abrirte mi corazón, ya que esa revoltosa no quie comprender a un hombre de bien. Y por eso, antes de tirarme por el viaducto, quería confesarme contigo, Julián... *(Le abraza emocionado y* JULIÁN *se conmueve.)*

JULIÁN.– *(Palmeando al* FELIPE.*)* Ya sabemos, amigo, que el celibato es una cosa dura y por algo Nuestro Señor se lo impuso a los curas. Pero dejando aparte la cuistión religiosa, que no tie na que ver contigo y conmigo, la verdá es que nosotros tenemos que mantenernos célibes, y ya que tú has dao un mal paso precipitao y sin reprimir.

FELIPE.– El paso lo dio ella, ella, que un servior...
JULIÁN.– Eso es lo de menos. El caso es que ahora ties que apechugar y ser hombre y el viaducto dejarlo pa otros...
FELIPE.– ¡Oye, oye, oye...!
JULIÁN.– U séase, que lo que ties que hacer es cumplir con tu obligación, hincar el pico y obedecer. Distinto sería que la Mari-Pepa te hubiá faltao...
FELIPE.– ¿Cómo que m´ha faltao? ¡Que m´ha sobrao...!
JULIÁN.– Tú lo que ties que hacer es buscar trabajo, y ahora mismo amos a ir a hablar con el santo e mi padrastro, que...
FELIPE.– Pero ¿ahora me sales con esas?
JULIÁN.– Te salgo con lo que tie que salir un hombre...

(En ese momento irrumpen violentamente en la habitación dos mujeres: la MARI-PEPA *y la* SEÑÁ RITA. *La* SEÑÁ RITA *se cruza de brazos y muestra a la* MARI-PEPA, *que está en jarras, la escena de los dos compadres.)*

LA SEÑÁ RITA.– Aquí los ties, de Congreso, arreglando España...
LA MARI-PEPA.– *(Quieta y muy tranquila, en jarras.)* ¿Han terminao ustés ya la sesión?

(Pausa. El FELIPE *ha cambiado de lugar y se coloca al otro lado del* JULIÁN *para resguardarse. El* JULIÁN *expulsa el humo muy tranquilo.)*

JULIÁN.– *(Rivalizando en tranquilidad con la* MARI-PEPA.*)* Estamos terminando si a usías no les importa...
MARI-PEPA.– U séase, que nos poemos sentar...
JULIÁN.– Natural. Pa eso está la antesala...

(La MARI-PEPA *da un paso amenazador hacia el* FELIPE *que éste no deja de acusar.)*

LA SEÑÁ RITA.– Pero es que, y ustés perdonen, señores deputaos, da la casualiá que usía *(Señala al* JULIÁN.*)* tie que hacer una diligencia...
JULIÁN.– Respective a esa diligencia...

(Se interrumpe porque la MARI-PEPA *ha ido al* FELIPE *y le ha cogido por el brazo.)*

MARI-PEPA.– ¡Y a éste lo están llamando a gritos...!

JULIÁN.– *(Un poco amenazador)* Bueno, sin avasallar, ¿eh?, sin avasallar...

MARI-PEPA.– *(Dando un beso al* FELIPE *con una ternura fría, inflamada de sorpresas.)* ¿Quién te avasalla a ti, rey de la casa? Si no pueo vivir sin ti... ¡Anda, anda!...

(Salen ambos por la puerta. La SEÑÁ RITA *y el* JULIÁN *observan la salida con interés. Todo parece ir como una seda. Sólo al cabo de un rato se oye un ruido, unas voces confusas, algún grito femenino y luego la calma. La* SEÑÁ RITA *sonriente.)*

LA SEÑÁ RITA.– ¿No sabes? La Mari-Pepa está «interesante».

JULIÁN.– ¿Qué dice?

LA SEÑÁ RITA.– Pues eso, que el Felipe va a ser padre...

JULIÁN.– *(Signándose.)* ¡Ave María Purísima...! ¡Pos ahora sí que está ya amarrao...!

LA SEÑÁ RITA.– Que el cielo no deja e proteger a los probes... Y tú, ¿qué?

JULIÁN.– *(Muy airado.)* ¡Yo...!

LA SEÑÁ RITA.– ¡Na!..., ¿que si te vas al tajo, o no te vas al tajo?...

JULIÁN.– Entoavía me sobra tiempo.

LA SEÑÁ RITA.– Lo digo porque abajo ties ya la tartera prepará... Y a ver si t´acuerdas, Julián, que...

JULIÁN.– *(Yendo hacia la puerta muy solemne.)* ¿De qué me tengo que acordar?... ¿De qué?

LA SEÑÁ RITA.– ¡De que ties madre, Julián...!

JULIÁN.– Ya lo sé, señá Ritaaa... *(La* SEÑÁ RITA *le mira fijamente, casi como embrujándole. Al punto de salir.)* ¡Ya lo séeee...!

MOMENTO SEGUNDO

Año de 1906. Antes de hacerse la luz se oye mucha jarana, risa, retozos de chiquillería y algunas coplas populares como la siguiente: «Una vieja subió al cielo, / ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri. / Una vieja subió al cielo, / ay chíbiri, chíbiri, chon. / Le pidió a San Pedro un duro, / ay chíbiri, chíbiri, chíbiri. / Y San Pedro mu enfadao, / la mandó a comprar carburo, / ay, chíbiri, chíbiri, chon». Apenas extinguida esta copla suena la siguiente: «Por la calle abajito, abajito / ja, ja, ja va una gallina, / ¡ja, ja, ja!, / con el huevo en el culo / ja, ja, / la muy cochina / ja, ja». Y se ilumina la escena sobre un paraje campestre allá por la puerta de hierro al pie del vedado de la Real Casa de Campo. Es un día dominguero y esplendoroso de mayo. Familias menestrales han echado el día de campo y retozan por los prados. Hay columpios en los árboles, chiquillas jugando a la comba y chicuelos haciendo barrabasadas. Golfos y tunantes merodeando. Organilleros y vendedores de baratijas. Todo revuelto en una hermosa anarquía. Vemos acampados sobre unas piedras a una familia: la componen la Mari-Pepa, *el* Felipe, *un viejo canoso con aire pobre de San Bernardino, un tío gordo y bigotudo, una nube de chiquillos que corretea. El* Felipe *sentado en la piedra –en mangas de camisa, la gorrilla sucia y ladeada– con un envoltorio en brazos que contiene un niño. Mientras tanto, la* Mari-Pepa *corretea alrededor con otras mozas haciendo burla de los hombres, mientras a unos metros humea la paella preparada para el condumio. La* Mari-Pepa *lleva la batuta conduciendo a las otras chicuelas que dan vueltas en corro donde está el* Felipe *y los otros.*

MARI-PEPA.– *(Cantando a coro con las otras.)* Ay, la, ay / laralala. / Donde estemos las mujeres / los hombres no valen na. / Ay, la, ay la, ay la la ralala. / Donde estemos las mujeres, los hombres no valen na... *(Hablando ahora y rompiendo el corro.)* ¡Pero na, de na, de na....!

CHICA 1.– No valen ni pa hacer manteca... *(Dan un grito y sale cada una por su lado. La* MARI-PEPA *a dar una vuelta a la paella.)*

FELIPE.– *(Meciendo al crío.)* ¡Dita sea la!... Ya me lo habéis despertao a la criaturita..., ¿no te igo lo que hay?

MARI-PEPA.– *(Yendo hacia el* FELIPE.*)* ¿Aónde has puesto el escabeche?

FELIPE.– ¿Qué escabeche?

MARI-PEPA.– El escabeche...

FELIPE.– No sé de qué escabeche estás hablando... *(La* MARI-PEPA *remueve canastas y bultos que hay alrededor.)*

MARI-PEPA.– El escabeche pal arroz. ¿Qué habéis hecho del escabeche?

FELIPE.– ¡Y dale con el escabeche...!

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.– *(Que es el viejo con aire de pobre de San Bernardino.)* Se lo habrá comío el gato..., ¡mía tú ésta...!

MARI-PEPA.– *(Encarándose con él.)* Sí, un gato e dos patas, agüelo, que yo los conozco mu bien...

FELIPE.– *(A la* MARI-PEPA*, casi agresivo.)* A mí no me mire usté, que en la cara no lo tengo...

MARI-PEPA.– *(Hecha una furia.)* Pero so desgraciao..., ¿no estás viendo que el chiquillo s´ha meao? Trae acá, que no vales pa na, pero pa na... *(El* FELIPE *entrega alborozado a la criatura.)* Mía cómo tie a la criatura...

> *(La* MARI-PEPA, *olvidada del escabeche, tiende al rorro sobre una manta y procede a cambiarle los pañales. El* FELIPE *aprovecha para reunirse con el* SEÑOR JUAN JOSÉ *y el* SEÑOR CANDELAS, *que maneja una buena bota de vino. Echan tragos y fuman. El* FELIPE *está como liberado.)*

EL SEÑOR CANDELAS.– *(Ofreciendo la bota al* FELIPE.*)* Anda, Felipe, échate un latigazo.

FELIPE.– Es que ya era hora que tuviá las manos libres.

EL SEÑOR CANDELAS.– Aprovecha ahora, que no te ven...

(El Felipe *se echa un buen lingotazo.)*

El señor Juan José.– *(Sacando la petaca.)* Y ahora un cigarrillo...

Felipe.– Me lo merezco, ¿no?

Mari-Pepa.– *(Embelesada con la criaturita.)* ¡Pichí...! ¡Pichirringui... ¡Ay qué cosa más bonita, madreee!... ¡Pichí...! ¡Pichichi...!

El señor Candelas.– *(Expulsando el humo.)* Pos ha amanecío güen día pa la ceremonia.

Felipe.– ¿Es que ha visto usté que llueva cuando se trata e cosas de los ricos? Distinto es cuando los que se tien que divertir son los pobres, que entonces los angelitos se mean de gusto y joroban el festejo...

Juan José.– *(Muy sentencioso.)* Toos semos hijos e Dios, Felipe, y bueno hubiá sío también que una ciremonia tan señalá y que no se da toos los días, como es una boda regia, se desluciera con la lluvia. Y máxime pudiendo nosotros, u séase la gente del pueblo, desfrutarla, que nos han pagao el jornal como si curreláramos...

El señor Candelas.– Y respectiva a menda, suerte he tenío de estar ya jubilao y no tener que arrastrar el sable entre las apreturas...

Juan José.– Tú has tenío suerte, Candelas, que en un año t´has visto libre del uniforme y del hierro el matrimonio...

El señor Candelas.– Dios la tenga en la gloria, que bien la echo de menos, aunque sólo sea por lo que me hizo sufrir... *(Se echa otro lingotazo de la bota.)*

Mari-Pepa.– *(Interrumpiendo nuevamente.)* ¿Aónde has metío los pañales limpios?

Felipe.– Pero ¿qué pañales limpios?

Mari-Pepa.– *(Dándole un empujón.)* Anda, anda, bebe, bebe y no te preocupes de na. Levanta *(Le obliga a levantarse de la piedra.)* ¿No lo dije? Encima de ellos s´había sentao...

Felipe.– Claro, luego dices que me mancho la culera...

El señor Candelas.– *(Levantándose y aspirando el aire.)* Pos ya era hora que pudiamos tener un día e asueto. ¡Hay que ver qué bendición...!

Felipe.– Un día pa desfrutarlo en soleá...

El señor Candelas.– ¿Amos a jugar un ratillo a la rana, ahí al merendero?

El señor Juan José.– Por lo menos estiramos las piernas. Vamos. *(Van a iniciar la salida, pero la* Mari-Pepa *acude al quite.)*

MARI-PEPA.– Pero ¿es que te vas a ir?

FELIPE.– Mujer...

MARI-PEPA.– Pero ¿es que te vas a ir y a dejarme a mí con too?

FELIPE.– Mujer, si voy a beber un trago e agua.

MARI-PEPA.– Pos ahí ties el botijo, gachó...

FELIPE.– Está caliente.

MARI-PEPA.– ¡Está cuernos!... Felipe no me des el día...

EL SEÑOR CANDELAS Y EL SEÑOR JUAN JOSÉ.– *(Ya desde lejos.)* ¿Vienes o no vienes, Felipe...?

FELIPE.– *(Saludándoles con la mano.)* Vayan, vayan ustés, que ahora voy yo... *(Volviéndose suplicante a la* MARI-PEPA.*)* Pero mujer...

MARI-PEPA.– Es que no vales pa na, pero pa na... Coge de ahí y ayúdame a vestir a este demonio. *(A gritos a la criatura.)* ¡Demonio de crío, tú tamién...! ¿Te quies estar quieto? *(La* MARI-PEPA *resopla. El* FELIPE *resopla. El crío inicia un llanto. El organillo suena. Los pregones se alzan al cielo.)* ¡Toma! *(Ya vestido le entrega el crío.)* ¡Jesús bendito!... El agua, que se consume...! *(Corre a la paella.)* ¿Y aónde estará el escabeche? *(La* MARI-PEPA *habla sola. El* FELIPE *pasea meciendo al crío. Unas muchachas saltan a la comba salmodiando aquello de «pan y tocino / ino, ino, ino» y el* FELIPE *con el crío en brazos se pone a saltar a la comba entre el alborozo y las risas de las mozuelas. La* MARI-PEPA *salta como una furia.)* Pero ¡Mari-Pepa!... Pero ¡huy, este hombre!... ¿Pos no se pone a saltar con la criaturita? Pero ¿tú estás guillao?

FELIPE.– Mujer, tamién...

MARI-PEPA.– ¡Qué mujer, ni hombre!... Pero ¿qué ties en la cabeza? Pa que la dé algo a la criaturita. Huy, qué hombre éste, lo que me hace penar..., pero lo que me hace penar. *(Lloriquea y el* FELIPE *se vuelve a sentar sumiso en la piedra.)* A mí me vas a hacer tú que me tire por el viaducto, por éstas... *(Pausa tensa. El* FELIPE *mira cejijunto.)* ¿Y qué habrá sío del escabeche? Seguro que cualquier gato o cualquier perro se lo ha llevao de tus narices, porque tú no te fijas en na. Pues eso...

FELIPE.– Güeno..., me vas a dar el día...

MARI-PEPA.– Si te parece: ¡dos pesetas de escabeche...!

FELIPE.– Pos ni que me lo hubiá comío yo...

MARI-PEPA.– Pos a lo mejor ha sío eso...

FELIPE.– Güeno, que no es mi santo, chica... *(Se vuelve de espaldas a la* MARI-PEPA. *Sigue removiendo los bultos.)*

MARI-PEPA.– No, si es lo que ice mi madrina: que el día que me se ocurrió casarme contigo me tocó el gordo e la lotería y la aproximación y too... Pos mía tú, dos pesetas de escabeche que ya han volao. ¡Como mi hombre tie tanta gracia pa ganarlo! ¡Jajay...!

(El FELIPE *se ha convertido en un verdadero santo Job y aguanta.)*

FELIPE.– Por eso te decía yo, mujer, que mejor hubiá sío ir a ver el desfile...

MARI-PEPA.– Claro..., con esas apreturas, para que se ahogaran los chiquillos. No, si tú... Oye, ¿y el José Luis? ¿Aónde s´ha metío ese condenao de chiquiyo?

FELIPE.– ¡Y yo qué sé! Bastante con tenerte a éste... Andará por ahí jugando con los otros...

MARI-PEPA.– *(Gritando.)* ¡Jose Luiiisss...! ¡José Luisss!... No, si hoy amos a tener un día sonao. ¡Sonao amos a tener el día...!

FELIPE.– *(Fuera de sí ya.)* Güeno, ¿te quies hacer el favor de meterte la lengua ya aonde te coja? ¿O es que amos a tener que dar el espectáculo? Que a cualquier parte que vaya uno tie que dar el espectáculo con esta mujer de Dios...

(Vuelven el SEÑOR JUAN JOSÉ *y el* SEÑOR CANDELAS.*)*

EL SEÑOR CANDELAS.– ¿Ya estáis otra vez de monos?

MARI-PEPA.– Éste, que s´ha levantao con el pantalón e cuadros hoy y too le parece mal. Bástese que lo haga yo...

FELIPE.– Amos, güeno, se pone que yo...

MARI-PEPA.– Too ha sío por culpa de la boda el Rey. Empeñao en que fuéramos a la boda. Ya ve usté. Con dos criaturas y uno de la piel del diablo. Por cierto, ¿han visto ustés por un casual al José Luis?

JUAN JOSÉ.– Por ahí andaba con otros pescando ranas...

MARI-PEPA.– Cuando me lo eche la vista encima lo mato, vaya si lo mato...

EL SEÑOR CANDELAS.– *(Mientras tiende una manta en el suelo para tumbarse.)* Apreta ya la calor, leñe...

FELIPE.– ¿Han jugao ustés la partía...?

JUAN JOSÉ.– ¡Quia!... Si está aquello que no cabe un alfiler. Toos festejando la boda del Rey. Toos mirando el retrato ese y diciendo que la novia es tan guapa. ¡Amos, y a mí me paece una cantinera...!

EL SEÑOR CANDELAS.– Las cosas hay que verlas del natural. *(Ya está tendido en el suelo.)* La fotografía no deja e tener su engaño por mu bien que resulte... Ya se sabe...

JUAN JOSÉ.– Nosotros hemos hecho mu bien de venirnos aquí, porque no me extrañaría ni un pelo que pasara algo gordo hoy en Madriz...

MARI-PEPA.– *(Interviniendo mientras mueve la paella.)* ¿Qué va a pasar, agüelo? Pos na. Que ésos van a tener una comilona, mismamente aquí, detrás de esa tapia, en la Casa e Campo que se van a chupar los deos, y usté, pues eso...

FELIPE.– ¿Dónde? ¿En la Casa Campo? ¿Tú qué sabes? Si dicen que hay una mesa e dos mil cubiertos en Palacio...

MARI-PEPA.– Ay, mira, ya habló quien la casa honró. Don Sabelotodo. T´habrán pasao tarjeta a ti. ¡Mía tú éste...!

JUAN JOSÉ.– *(Muy sentencioso.)* Los dineros que se irán con el festejo, ya ves. Mientras el pueblo pasa hambre y el paro crece... Lástima e...

EL SEÑOR CANDELAS.– Eh..., cuidaíto con lo que se ice, compadres. Que al fin y al cabo menda ha sío una autoriá...

JUAN JOSÉ.– Has sío; pero ahora no eres na. Y manque lo fueras, a mí no me das miedo. Yo con la verdá voy al lucero el alba.

EL SEÑOR CANDELAS.– Güeno, hombre, güeno, menos lobos y no te sulfures...

JUAN JOSÉ.– Tengamos la fiesta en paz y allá ellos.

FELIPE.– A mí me hubiá gustao echarlos un ramo e flores..., pero con algo dentro...

MARI-PEPA.– No, si tú... Lo que es de sentimientos. No los ties pa tu hijo, pa tenerlos pa los demás...

FELIPE.– *(Ofendido.)* Pero mía tú qué tendrá que ver el culo con las témporas...

EL SEÑOR CANDELAS.– ¿Sabéis qué sus digo yo? Que por mucho que digáis u dejéis de icir, el mundo sigue p´alante, y unos comen y otros miran. Y ellos mañana tendrán mil criaos que los sirvan, y vosotros tenéis que irse pal tajo, y el día que falte, pos a ayunar como lo manda la Santa Madre Iglesia. Y si no, aquí me tenís a mí, dempués de servir cuarenta

años en el Cuerpo e Municipales m´han dao la patá en salva sea la parte con cincuenta riales pa abrir boca.

MARI-PEPA.– Usté no se queje, señor Candelas, que con eso y la portería y otras cosas que me callo... pues...

EL SEÑOR CANDELAS.– ¿Qué otras cosas? Bribonaza. Que entoavía quies tú ponerme los puntos a mis años...

MARI-PEPA.– ¡Huy, sí!... A lo mejor entoavía cree usté que está pa seducir como cuando marras...

FELIPE.– Güeno, dejarse de historias... *(Miran todos hacia un punto.)* Ahí vie un guarda. Paece que nos busca a nosotros...

MARI-PEPA.– *(Levantándose de un salto.)* ¡Ay, madre, a ver si le ha pasao algo al José Luis...!

FELIPE.– Mujer..., siempre viéndolo too negro. ¿Qué pasa, señor guarda? ¿Nos buscaba usté?

(Aparece un GUARDA *bigotudo, muy buen mozo, de maneras muy galanas que no dejan de esconder un profundo sentido de la autoridad.)*

GUARDA.– *(Saludando.)* No, señora; no ha pasao porque no quie Dios que pase y porque uno tie cuidao de que no pase. Mientras ustedes, y perdonen, se tumban a la Bartola. Mi obligación sería ahora ponerles a ustedes una multa...

MARI-PEPA.– Pero ¿qué ha pasao?

FELIPE.– Diga usté, señor guarda...

GUARDA.– Que su chico de usté, con los chicos de otros, me están dando la mañana y están «infligiendo» las ordenanzas una tras otra. Primero ha sío poner perdías las aguas del canalillo tirando chinos a las ranas; después me han quitao unos reteles que tenía puestos, luego han tronchao tres ramas de una acacia, después m´han tirao una piedra...

MARI-PEPA.– *(Muy jarifa.)* ¡Pues hijo!..., yo creí que es que había pasao algo...

GUARDA.– Hombre, señora, si le paece a usté que los angelitos han hecho poco. Pos yo le doy mi palabra de Serafín González Rodríguez, guarda jurao de parques y jardines e la capital, que por mucho menos he puesto una multa de cinco pesetas a más de un padre que no sepa que tie hijos...

MARI-PEPA.– Oiga usté, en eso no se meta usté porque no le importa.

GUARDA.– No, si no me meto. Lo que voy a hacer es sacar el cuaderno de multas...

FELIPE.– ¿Te quies callar, mujer?

EL SEÑOR CANDELAS.– Cállate, mujer... Y deja que el señor se explique...

GUARDA.– *(Levantándose la gorra y secándose el sudor.)* Pero, hombre, si un servior lo único que les píe a ustedes es que tengan un poco e cuidao con la criatura, porque de unas cosas pasan otras y así vien las desgracias. Ahora que si la señora se pone en ese plan...

MARI-PEPA.– Huy, en cuanto le coja lo mato. Me quito la zapatilla y lo mato a ése. ¡Por éstas que lo mato!... Claro, como su padre no le toca el pelo e la ropa...

GUARDA.– Tampoco es pa ponerse así. Sencillamente con reprenderle, pues eso...

EL SEÑOR CANDELAS.– Sí, señor, sí. Lo comprendo a usté...

GUARDA.– Pos mira si no es desagradable tener que llamar la atención...

EL SEÑOR CANDELAS.– Dígamelo usté a mí que he pertenecío al Cuerpo Municipal cuarenta años. Los críos..., que son el demonio...

MARI-PEPA.– Voy a por ese chico y lo tiro de cabeza al canal...

FELIPE.– No, mujer. Tú cuida a éste. *(Le entrega al niño.)* Ya voy yo a por él...

MARI-PEPA.– ¡Qué vas a ir tú! Pa darle caramelos encima. Quita que voy yo...

FELIPE.– Voy yo, que soy su padre, y vas a ver los caramelos que le doy. *(Se desabrocha la correa del pantalón y se va raudo.)*

EL SEÑOR CANDELAS.– ¡Que no llegue la sangre al río...!

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.– A ver si te sobra algún peazo, Felipe... ¡No lo rompas del too!

MARI-PEPA.– Huy, ya ves. Lo que le gusta echar aparato. *(Al* GUARDA.*)* Güeno, pues mu señor mío, ya hemos quedao enteraos y usía perdone...

GUARDA.– *(Muy malicioso.)* Güeno, hombre, güeno, no se ponga así, que yo la conozco a usté...

MARI-PEPA.– Pos una serviora, con otra será la segunda vez que veo su facha... *(Sin embargo, se ha puesto muy coquetona.)*

EL SEÑOR CANDELAS.– Pos eso me estaba yo diciendo. Que a usté le tengo visto yo...

GUARDA.– *(Dirigiéndose a él, pero sin perder de vista a la* MARI-PEPA.*)* Claro. ¿No me ha de haber visto usté, señor Candelas? ¿No s´acuerda usté de Serafín el farolero?

EL SEÑOR CANDELAS.– Anda, claro, ya caigo. El Pinturero que lo llamaban a usté. ¡Anda, leñe...!

MARI-PEPA.– *(Con sorna.)* ¡Huy..., el Pinturero!

GUARDA.– También a usté por mal nombre la conocían por la Revoltosa...

MARI-PEPA.– Malas lenguas...

JUAN JOSÉ.– La lengua de la verdá.

GUARDA.– *(A* JUAN JOSÉ.*)* Y a usté también le conocí yo, señor Juan José, cuando pasó lo que pasó...

JUAN JOSÉ.– De eso le agraeceré a usté que no hable...

GUARDA.– *(Que se ha sentado en la piedra, se ha levantado el ala del sombrero y saca la petaca de tabaco ofreciendo a todos.)* Y tamién he conocío al Julián, el cajista, el que se casó con la Susana, el hijo e la señá Rita...

EL SEÑOR CANDELAS.– ¡Vaya...!

MARI-PEPA.– ¡Pos anda !..., que paece usté la «istadística» esa...

GUARDA.– Nací en la calle el Sombrerete, ¡pues a ver!... Lo tengo too mu recorrío, y aunque ahora viva uno apartao, el corazón le tira pa aquello...

JUAN JOSÉ.– Sí, señor... Los años e juventú se llevan siempre mu adentro...

GUARDA.– Y usté que lo iga... Por eso esta mañana en cuanti que les guipé, y ustés perdonen, me dije: tengo que ir a ver si son o no son. Aquí, la Mari-Pepa no ha cambiao na. Sigue como era, garbosa, revoltosa: la de la falda e céfiro y el vestío e percal... *(Al decir eso, moja el papel de fumar con una sonrisa maliciosa.)*

MARI-PEPA.– ¡Huy, qué piropos!... Pos usté, la verdá sea dicha y a la hija e su madre no la duelen las prendas, entoavía podían decirle el Pinturero... *(Sonríe mientras mece a la criatura.)*

GUARDA.– Cincuenta años va a cumplir un servior, que paice mentira...

LA MARI-PEPA.– Pos nadie lo diría con esas persianas negras... *(Con chunga.)* Porque ¿no usa entoavía bisoñé, verdá?

GUARDA.– *(Riéndose.)* La misma e siempre. ¡Ay, cuántas veces te he visto venir, chiquilla, del taller de plancha con aquella falda e céfiro y...! ¡Menúa tremolina armaba ésta!

MARI-PEPA.– *(Riendo.)* La vía, señor Serafín, la vía...

GUARDA.– Güeno: y usté desimule y perdone si uno es mal preguntao: el señor es su marío, ¿verdad? *(La* MARI-PEPA *asiente con disgusto.)* El Felipe, ¿no? Güen muchacho. Güeno e verdá...

EL SEÑOR CANDELAS.– De lo mejorcito que hay por ahí...

MARI-PEPA.– ¡Ya, ya...!

GUARDA.– *(Muy ceremonioso.)* Lo importante es que haiga saluz, que lo demás...

EL SEÑOR CANDELAS.– ¿Y usté cómo fue el venirse pa acá?

GUARDA.– Pos casualidades. Un amigo mío que era alabardero de Palacio, mejor dicho, que sigue siendo, y me proporcionó este destinillo al quedarme viudo. Vivo aquí cerca. Y si a ustés no les molesta, quieo que tomen posesión de su casa y si les parece me sentiré mu honrao en que tomen un vaso e limonada en cuanti que finiquite el servicio mío a las dos de la tarde. De moo que... *(Se come con la vista a la* MARI-PEPA.*)*

MARI-PEPA.– ¡Huy, a las dos de la tarde, con la modorra que cae...!

(El GUARDA *está dando muy ceremonioso la mano a todos.)*

EL SEÑOR CANDELAS.– Pos ha sío un placer, amigo Serafín...

JUAN JOSÉ.– Que siga usté de suerte y a conservarse...

GUARDA.– Señora... *(La* MARI-PEPA *le saluda cortésmente con la cabeza.)* Ya sabe usté aónde me tiene mandao, pa lo que precise. Y lo mismo diga a su señor esposo de usté. Estaré mu honrao si aceptan el pequeño convite...

MARI-PEPA.– A ver qué ice el Felipe. El marío es el que manda. ¡Una...!

GUARDA.– *(Que no acaba de retirarse, atraído por el esplendor de la* MARI-PEPA, *que, a la sombra del pino, con la criatura en brazos, rezuma salud y alegría.)* Ha sío pa un servior una fiesta encontrarles, ya que con el trabajo que tie uno no pue darse un garbeo por aquellos barrios. Y perdone lo del chiquillo, que ya sabe uno lo que son los críos...

MARI-PEPA.– Sí señor... ¡Abur...!

GUARDA.– *(Volviéndose.)* Y si ven por un casual al Julián y a la Susana...

MARI-PEPA.– ¡Huy!..., el Julián y la Susana... ¿No sabe usté que ya no quieren na con los pobres ?

GUARDA.– *(Que casi vuelve a sentarse en la piedra.)* Eso me habían dicho, que habían prosperao...

MARI-PEPA.– En cuanti que se casó con la Susana, a la fuerza, porque así fue, se estableció y tie su industria de imprenta. Tonto ya lo era el pobre y ahora, con ella, que es más tonta que él, han prosperao y se dan de menos

por saludar a unos. Allá ellos y que siga Dios favoreciéndolos y a los demás que no nos olvíe...

GUARDA.– Diga usted que sí... ¡Vaya, hombre, vaya!..., pues mira que me habían dicho...

EL SEÑOR CANDELAS.– El Julianillo siempre fue un muchacho mu serio y apañao...

GUARDA.– Güeno..., lo dicho...

JUAN JOSÉ.– Si quie usté comer con nosotros...

GUARDA.– S´agraece; pero hasta las dos del mediodía no pueo. El día está mu pesao y hay que cumplir las obligaciones, máxime en día tan señalao como es la boda de Su Majestad...

MARI-PEPA.– Bueno estará Palacio...

GUARDA.– Ahí tenía que estar la Mari-Pepa, con su mantón alfombrao y su pañuelo e sea... ¡Amos, que pa dar achares a la novia...!

MARI-PEPA.– Cállese, señor Serafín, que me va usté a hacer saltar las lágrimas. Mire *(Enseña al niño.)* éste, el José Luis ése que le ha hecho rabias a usté... y lo que venga... ¿Aónde estará la Revoltosa?

GUARDA.– *(Melancólico.)* ¡Ay, genio y figura hasta la sepultura!..., como vulgarmente se dice... ¿Qué pasa ahora? *(De pronto se nota un revuelo extraño. Se oyen gritos. La gente parece que corre.)*

JUAN JOSÉ.– Sí que parece que pasa algo...

MARI-PEPA.– ¡Ay con el crío éste, que me va a dar un ataque! ¿Y el Felipe? ¿Aónde está?

EL SEÑOR CANDELAS.– Calma, mujer, que no pasa na... Pero ¿por qué se van toos?

GUARDA.– *(Dirigiéndose a alguien que pasa corriendo.)* ¡Eh!..., ¡maestro, usté!... ¿Pasa algo por allá?

VOZ DEL HOMBRE– *(Jadeante.)* ¡Que han matao a los reyes!... ¡Una bomba...!

GUARDA.– ¡Mi madre...!

MARI-PEPA.– ¡Jesús Bendito...!

GUARDA.– ¡Ustés perdonen!..., voy a informarme...

(Todos están en pie. Sobresaltados. Se oyen voces diversas.)

VOZ 1.– ¡Pepaa!... ¡Ámonos pa casa, que hay jaleo...!

Voz 2.– ¿Y mi chico, aónde está?... ¿Y mi suegra?...
Voz 3.– ¡Chiquilla, coge las cosas...!

(La Mari-Pepa *está sobresaltada. El* Juan José *y el* señor Candelas *no saben qué hacer.)*

Mari-Pepa.– ¿Y este hombre, aónde s´habrá metío...?
Juan José.– Pero ¿no sos lo icía yo que iba a pasar algo?
Una voz dramática.– ¡Muertos a centenares! ¡Madriz está ardiendo! ¡Han matao a la reina!
Chiquillos.– *(Coreando en son de cántico.)* «L´han matao, l´han matao, l´han matao...»
Voz de mujer.– ¡Chiquillo, que te matooo...!
El señor Candelas.– Si tenía que pasar, tenía que pasar. ¡Tanto despilfarro...!
Juan José.– *(Frotándose las manos.)* Pos güena viene la noticia. ¡La República!...
Mari-Pepa.– Cállese, señor Juan José, y deje la política a un lao... Vaya a ver si saben aónde está el Felipe y el José Luis...
El señor Candelas.– Si, cualquiá lo encuentra. Anda, anda, recoge las cosas y vámonos, no sea que haiga una desgracia...
Mari-Pepa.– *(Uniendo sus voces a las de otras mujeres que claman por doquier.)* ¡Felipeee!... ¡José Luiiiiiiss!... ¡Felipeeeee!... ¡José Luiiisss...!
Juan José.– *(Ayudando a recoger la paella al* señor Candelas*.)* ¡Amos!, con lo güena cara que tie la paella... Si no va a pasar na...
Mari-Pepa.– *(Haciendo una pausa en sus invocaciones.)* Ya ve usté, y eso que no tie el escabeche... ¡Felipeee!... Vaya, ahí viene... *(Viene con la lengua fuera el* Felipe*.)* ¿Y el chico?
Felipe.– ¡Que han matao a los reyes! Les han tirao una bomba los anarquistas. Toos los menistros muertos, la calle Mayor ardiendo... Los cañones están en la calle...
Mari-Pepa.– *(Sacudiendo a su marido.)* Pero ¿y el José Luis?
Felipe.– *(Dándola un manotazo.)* ¿Te quies callar? Que va a haber mucha leña, mucha...
Juan José.– Pero chico..., a ver..., ¿tú crees que...?
El señor Candelas.– Pero ¿cómo?
Mari-Pepa.– Pero ¿y el José Luis?

FELIPE.– Han venío los guardías y están despejando toa la parte del río... Han declarao la ley marcial... ¡Vaya boda, señor Candelas, vaya boda...!

*(*JUAN JOSÉ *y el* SEÑOR CANDELAS, *muy asustados.)*

JUAN JOSÉ.– Anda, anda, amos a recoger y pa casita, que llueve...
EL SEÑOR CANDELAS.– Traiga, traiga... *(Recogen paquetes.)*
MARI-PEPA.– Pero ¿y mi hijo? *(El pequeño que lleva en brazos llora.)* ¡Ay, Virgen Santísima del Carmen!... *(Siguen oyéndose gritos.)*
JUAN JOSÉ.– Malo será que no lo paguemos nosotros...
MARI-PEPA.– Pero ¡yo no me voy sin el chiquillooo...!

(Aparece de nuevo el GUARDA.*)*

GUARDA.– No se preocupen por el crío, que ya lo tengo yo en mi garita... Estesen tranquilos...
MARI-PEPA.– De verdá, ¿no le ha pasao na?
GUARDA.– Véngase ustés conmigo a mi casa... Allí estarán seguros...
EL SEÑOR CANDELAS.– Pero ¿es verdad lo que icen, señor Serafín?
GUARDA.– Exageraos los hay siempre; pero que ha habío bomba, ha habío bomba...
MARI-PEPA.– ¡Virgen Bendita...!
JUAN JOSÉ.– ¡Lástima e paella...!
GUARDA.– Vénganse conmigo; que no tien na que temer... Aggüelo, coja esa cesta...

*(*JUAN JOSÉ *y el* GUARDA *cogen la paella. El* JUAN JOSÉ, *la cesta. El* GUARDA *coge los paquetes. El* FELIPE *anda atontado.)*

MARI-PEPA.– *(Al* FELIPE.*)* Pero ¿tú no echas una mano?
FELIPE.– Pero ¿aónde vamos?
GUARDA.– ¡Pa mi casa! Allí tengo ya al chico...
EL SEÑOR CANDELAS.– Es el señor Serafín, el que fue farolero de Ministriles...
FELIPE.– Anda, ya caigo... Pos no caía...

MARI-PEPA.– No, si tú no caerás nunca del burro..., ¡so pasmao!... Que ya me has hecho perder dos pesetas de escabeche, que se ice pronto...

GUARDA.– Hale, hale..., vénganse pa allá, que no llegará la sangre al río...

MARI-PEPA.– ¡Dos pesetas escabeche...!

JUAN JOSÉ.– *(Muy sentencioso.)* No, si está vivo... Que no podremos vivir tranquilos...

EL SEÑOR CANDELAS.– Y usté que lo iga, señor Juan José...

(Se oscurece la escena entre el griterío, la confusión, el nerviosismo y cierta subterránea y velada euforia.)

MOMENTO TERCERO

Año de1920. Atardecer de otoño. Interior de la imprenta del Julián. *Es un establecimiento más que regular. Tras el escritorio se sienta el propietario, al que podría llamarse ya «don Julián» con más de cuarenta años cumplidos, pero apuesto y otoñal como la tarde madrileña que se transparenta por un ventanal al fondo. De una puerta lateral llega el ruido de las máquinas que todavía trabajan. En la pared vemos colgados unos carteles, sin duda realizados en la imprenta, que dicen: «III Congreso del Partido Socialista», «Unión Central de Trabajadores». También hay un cartel de toros y otro de circo. Un letrero que dice: «Los encargos se pagan por adelantado». Otra puerta da a una antesala.* Julián *se encuentra meditabundo y su rostro que da endurecido por la luz eléctrica de la lámpara del escritorio. Viste camisa blanca y chaleco desabrochado. Una cadena de oro de reloj. En la percha cuelga la chaqueta de corte elegante y un sombrero canotier.* Julián *aparece abstraído, como echando cuentas. Unos golpes en los cristales de la puerta que conduce a los talleres.*

Voz de un mozo.– ... ¿Permiso, señor Julián?
Julián.– *(Con desgana.)* Pasa... *(Entra un* mozo *de blusón y gorrilla con unos papeles en la mano.)*
Mozo.– Que aquí tie usté las pruebas del «descurso»...
Julián.– *(Cogiendo las pruebas.)* A ver...
Mozo.– ¿Manda usté algo más?
Julián.– No... *(Cuando el* mozo *va a salir.)* Eh, tú, ninchi…, vente pa acá...
Mozo.– ¿Eh?

JULIÁN.– ¿Esto qué es?
MOZO.– Que m´ha dicho el señor Caballero que es el «descurso»...
JULIÁN.– Estás bueno tú con el «descurso»... Aquí falta la mitad...
MOZO.– Es que me ha dicho que ya son las siete...
JULIÁN.– *(Encolerizado.)* ¡Como si son las ocho! Eso tiene que estar hecho hoy mismo. Díselo. Toma. Lo quiero enterito y coleando...
MOZO.– Sí, señor...
JULIÁN.– Vamos, hombre... *(Sale el* MOZO.*)* Siempre dejando las cosas a medias. Pa pedir aumento e jornal no les falta tiempo... *(A poco vuelve el* MOZO.*)* ¿Qué, ya está?
MOZO.– No, señor. Que hay un hombre, bueno un señor, que si pue usté verle...
JULIÁN.– ¿Quién es?
MOZO.– *(Repitiendo.)* Un hombre. Que si pue verlo a usté...
JULIÁN.– Pero, hombre..., ¿no sabes quién es? Anda, hombre, anda y pregunta que de parte de quién...
MOZO.– ¿Que de parte de quién?
JULIÁN.– ¡Leñe!..., que si es un cliente o quién es... ¿No está cerrao ya el despacho?

(El MOZO *sale asustado y* JULIÁN *mueve la cabeza fastidiado. Vuelve el* MOZO.*)*

MOZO.– Que es el Felipe. Que si pue usté recibirlo, y que si no, que se larga...
JULIÁN.– ¿El Felipe? *(Sobresaltado.)* ¿El Felipe?
MOZO.– ¡El Felipe!... Amos, a mí me ha dicho: «dígalo usté que su amigo el Felipe...».
JULIÁN.– *(Que se ha abotonado el chaleco y ha ido a la percha para colocarse la chaqueta.)* Anda, dile que pase ya...

(Sale el MOZO *y aparece el* FELIPE. *Parece tener diez años más que el* JULIÁN. *Está completamente derrotado. Viste con gorrilla, sucia y ajada, se ata los pantalones con una cuerda y calza alpargatas rotas.)*

JULIÁN.– *(Fingiendo mucha alegría y abriendo los brazos.)* ¡Hombre, Felipe, dichosos los ojos...! *(Pero al ver el* FELIPE *el estado de* JULIÁN, *retrocede muy ladinamente y se coloca tras el escritorio tendiéndole la mano.)*

FELIPE.– *(Sin disimular cierta alegría.)* ¡Julián!..., ¡muchacho...! *(Se aprietan la mano.)*

JULIÁN.– Siéntate, hombre..., que ya era hora de que te acordaras de los amigos, ninchi...

FELIPE.– *(Antes de sentarse.)* ¡Jolín qué tío estás hecho y perdona, Julián! Amos, que to un potentao. Lo que m´habían dicho...

JULIÁN.– Calla, hombre, calla. Tú qué sabes. No es oro to lo que reluce, chavea. Y tú, ¿qué?

FELIPE.– Pues yo...

JULIÁN.– *(Cortando.)* Espera. *(Llamando.)* ¡Chicoo...! *(Aparece el* MOZO.*)* ¿Te apetece una cerveza?

FELIPE.– No te molestes...

JULIÁN.– *(Al* MOZO.*)* Vete a Casa el Francisco y que te ponga una jarra grande de cerveza con gaseosa, y si tie, gambas. *(Al* FELIPE.*)* ¿Te gustan las gambas? Y de paso te pasas por el estanco y compras dos brevas, buenas. Di que son pal señor Julián. Toma: cinco duros... ¿T´acordarás, chavea?

MOZO.– Amos a ver...

JULIÁN.– Venga, largándote, que es pa hoy. Pero en velocípedo... *(Sale el* MOZO.*)* Pues sí, chico, aquí me ties enjaulao como siempre, metío en las cajas y hecho un negro, pa ganar cuatro pesetas, tal y como anda el gremio. Con más deudas que el kaiser...

FELIPE.– Tú que nunca debías na...

JULIÁN.– Pos ya ves. Too pa ver si uno pue dejar un mediano pasar a la chiquilla, porque lo que es uno ya... ¿Cuántos has cumplío tú, Felipe?

FELIPE.– Yo venía pa...

JULIÁN.– *(Cortando.)* Cuarenta y cuatro cumplí yo, uno encima el otro, Felipe. Como lo oyes. El tiempo vuela a cien por hora, tú. ¡Y si uno hubiá disfrutao!; pero ¡quia!, trabajando como un negro pa na, y luchando con el personal. Te digo que...

FELIPE.– Pues oye, yo...

JULIÁN.– Tu mujer, bien, ¿no? Los chaveas estarán ya hechos unos tíos, ¿no?

FELIPE.– ¡Hombre...!

JULIÁN.– La suerte que has tenío tú con dos machos, Felipe. En cambio yo una chiquilla y pa eso, siempre delicá y siempre con dengues. ¡Te digo que...! Ahora la tenemos que llevar a los baños e Cestona. Tú verás, ha-

ciendo un sacrificio; pero qué quieres, la saluz es lo primero, y si hay que sacrificarse, se sacrifica uno. Natural...

FELIPE.– *(Metiendo baza.)* Pues eso, que por los chicos se hace cualquier cosa, y yo...

JULIÁN.– A tu chico mayor, el José Manuel...

FELIPE.– José Luis...

JULIÁN.– O eso, José Luis. La última vez que lo vi, vaya un tío, qué gracia me hizo, montao en el trope de un tranvía y luego corriendo delante un guindilla por Pontejos. Me reí las tripas...

FELIPE.– ¿Al José Luis? ¿No sería al pequeño, al Pichi?

JULIÁN.– Hombre, pues no sé. El caso es que me gritó...: «adiós, señor Juliáán», y yo le dije a la Susana: «mira tú el chico el Felipe, lo guaja que está hecho y cómo sale a nosotros», y la Susana...

FELIPE.– Tengo dos chaveas...

JULIÁN.– Sí, pues eso. Lo que digo. La Susana, como no entiende de esas cosas, porque ya sabes que a ella la ha tirao el señorío siempre...

FELIPE.– Y a ti también...

JULIÁN.– ¿A mí?

FELIPE.– ¡A ver! Estás que paece que ties que ir al Congreso...

JULIÁN.– ¿Yo? ¡Amos bueno...! Cosas de la Susana y que uno tie que estar presentable pa recibir a los clientes. Pero calla, hombre, calla, que yo soy hombre de tasca, de alpargatas y tintorro. Qué tiempos aquéllos, ¿eh, Felipillo e mi alma? Cuando tu Mari-Pepa era la Mari-Pepa, y la señá Rita, la señá Rita y... ¡Qué tiempos aquéllos Felipe! Cuarenta y cuatro que he cumplío, figúrate...

FELIPE.– Naide lo diría, ninchi...

JULIÁN.– Tú sí que estás igual. No has cambiao, Felipe. Desde la última vez que nos vimos. ¿Cúando fue? Ah, sí, cuando el entierro del señor Juan José..., que ya va pa ¿cuatro?

FELIPE.– Cinco años...

JULIÁN.– Cinco años sin vernos, amos que... Se dice pronto, chavea. No queriendo na con los amigos...

FELIPE.– Tú eres el que no quiere na con los pobres...

JULIÁN.– ¿Qué dices, chavea? *(Aparece el* MOZO *con la cerveza y demás cosas.)* Pasa, hombre, pasa. Ni que hubiás ido por la cerveza a Santa Bárbara...

EL MOZO.– *(Mientras deja todo sobre la mesa.)* Andá..., pos el tiempo de ir y volver, lo que se tarda en cruzar, con tanto coche...

JULIÁN.– Anda, anda, ya está. Trae la vuelta..., *(Coge el dinero sin mirarlo.)* y di a ése que se dé prisa, que van a venir a por esas pruebas... *(El* MOZO *sale.* FELIPE *aprovecha la ocasión para intentar hablar.)*

FELIPE.– No sé pa que te molestas, Julián, si yo lo que quería es hablar contigo...

JULIÁN.– Toma, hombre, toma, *(Le ofrece la cerveza.)* que pa un rato que estamos juntos; pa una vez que te se ocurre ver a un compañero...

FELIPE.– *(Cogiendo la cerveza.)* S´agradece, mersi...

JULIÁN.– Come gambas. Un día es un día, chavea, que tal y como están las cosas, como sigamos con Maura, vas a ver aónde amos a ir a parar todos...

FELIPE.– No, si tú te quejarás entoavía...

JULIÁN.– Si te paece no me voy a quejar, con too ese montón de facturas por cobrar y venga a pagar impuestos. Mientras dure Maura, pa la ruina. Te lo digo yo, que no me equivoco nunca, Felipe. Hazme caso...

FELIPE.– Pues sí que ties que decirme a mí na...

JULIÁN.– En este país los pobres obreros estamos condenaos... Máxime cuando somos toos una pandilla e borregos sin cultura, ni estrucción, ni na...

FELIPE.– *(Diciéndolo al fin.)* Yo llevo casi dos años parao, lo que se dice parao...

JULIÁN.– Y mientras nos gobierne ese hijo de su madre, vas a seguir reparao... Te lo digo yo... Come gambas, bebe...

FELIPE.– Y mi chico, el José Luis, que ya está sorteao y se lo van a llevar pal África...

JULIÁN.– Al mataero. ¿A ellos qué les importa?

FELIPE.– Ya ves tú su madre, la Mari-Pepa que lo idolatra, que pa ella el niño es un saldo... Pues eso, que si uno tuviá unos cuantos reales pa redimirlo...

JULIÁN.– Lo de siempre, Felipe, lo de siempre. Ellos son los que tenían que ir a partirse la boca con los moros, pero ¿pa qué tien los hijos de los obreros? ¡Pa eso!

FELIPE.– U séase que si yo pudiá disponer de esa cantidad, ahora que el chico trabajaba de aprendiz en una fundición, pues figúrate. Y ya sabes lo que son las madres, Julián...

JULIÁN.– Pero ¿qué me vas a decir? Anda, bebe, bebe... ¿Ves? Más vale tener chicas que chicos. Por lo menos no los tie uno que verlos ir pa la guerra... ¡Dita sea! Pobre Susana si se viera en un disparadero así...

FELIPE.– *(Atragantándose.)* O sea, que si algún buen amigo me pudiá prestar esa cantidad pa redimir al niño, figúrate pa mí y pa la pobre Mari-Pepa lo que sería...

JULIÁN.– *(Que ha acusado el golpe.)* Too son penas y to son miserias... ¡Dita sea la madre que parió a los políticos!... Si los pobres soldaos no fueran tan borregos, lo que tenían que hacer es disparar contra sus jefes y no contra los moros...

FELIPE.– Natural...

JULIÁN.– Toa la puñetera vía de uno luchando pa ver cómo se llevan los hijos de uno pal matadero. ¡Pero na, borregos toos y ya está!... Ya ves tú yo, trabajando pal partido, imprimiendo los discursos a los jefes y la propaganda. La policía ca dos por tres aquí. Como que yo creí que eras un poli, Felipe. Con el alma en vilo siempre.

FELIPE.– *(Con la suya.)* Pero yo, Julián, ¿qué voy a hacer? Si estoy parao, si no gano ni pa fósforos, si estoy hecho una ruina. ¿Cómo pago yo pa que el chico no sea sorche?

JULIÁN.– *(Ofreciéndole un puro.)* Toma, fuma... *(Se lo enciende.)* Si no fuera por la guerra, el Ejército lo endurece a uno, lo saca e las faldas de la madre, lo espabila. Pero tratándose de la guerra, chavea. Porque Marruecos, figúrate... Pero con el paro que hay...

FELIPE.– Yo hago lo que sea, Julián... Aquí en tu negocio...

JULIÁN.– ¡Aquí!... ¿Tú sabes lo que dices? Aquí estamos toos sobrando, y mientras el judío ese siga de Presidente del Consejo, adiós partido, ni una letra se imprime en esta puñetera España que no sea pa piropear a los ministros. Aquí no; te lo digo y con el corazón en la mano, que ya sabes quién es el Julián...

FELIPE.– Yo, por el chico, mayormente...

JULIÁN.– Lo del chico es grave y no es grave... Quién sabe lo que pue pasar. No ties que ver las cosas tan negras...

FELIPE.– ¡Pero si ya está sorteao! Si se va pal África, Julián de mi alma, y su madre se muere...

JULIÁN.– Tranquilo, tranquilo. Come gambas. Amos a ver, amos a ver. Tú ties que ir a verme a la tertulia e la Casa el Pueblo, porque allí hace falta

alguien. Tú ties reaños pa lo que sea. Un suponer: pa repartir propaganda del partío, pa pegar carteles...

FELIPE.– Más cornás da el hambre, Julián. Lo que sea, lo que sea, menos faltar a los diez mandamientos...

(En este momento se oyen unos golpecitos en el cristal de la puerta del vestíbulo. Se abre y asoma la cabeza de la SUSANA, *hecha una señorona de buen ver, con abrigo elegante de entretiempo y hasta sombrerete.)*

SUSANA.– Julián..., ¿quies que te ayude a hacer facturas? Ay, perdona, no me había dado cuenta de que tenías visita...

JULIÁN.– *(Levantándose.)* Pasa, pasa, Susy, pasa, que estamos entre amigos... *(Avanza muy coqueta la* SUSANA.*)* ¿No te acuerdas del amigo?

SUSANA.– *(Mirando al* JULIÁN *con distanciamiento.)* Ay, pues, de momento, no caigo...

FELIPE.– *(Mientras se limpia la mano en el pantalón.)* El Felipe, de la Mari-Pepa, de la calle Ministriles...

SUSANA.– *(Muy fingidora.)* Huy sí..., qué tonta, ni había caído. Claro, tanto tiempo. ¿Y qué tal? ¿Y Mari-Pepa? ¿Y los chicos? *(Muy señorona.)*

FELIPE.– *(Que se ha quitado la gorra.)* Pues muy bien... Aquí el Julián ya me había dicho que todos bien también...

SUSANA.– Trabajando, tirando...

JULIÁN.– *(A la* SUSANA.*)* Anda, siéntate, que enseguida nos vamos, en cuanto termine de arreglar una cosa ahí...

SUSANA.– Si quieres te espero en la antesala..., y si tienes alguna facturita por hacer...

JULIÁN.– ¿Quieres un poquito de cerveza?

SUSANA.– Huy, no...

(Hay una situación muy tensa. FELIPE *sigue de pie sin saber qué hacer y* SUSANA *se sienta muy coquetona en el brazo del sillón de* JULIÁN. *Saca la polvera y se repasa el rostro.)*

JULIÁN.– *(Explicativo al* FELIPE.*)* Es que la he prometido llevarla al cine. No sale nunca de casa...

FELIPE.– Bueno, pues yo me marcho y me alegro mucho...
JULIÁN.– Pues ya te digo, pásate por la Casa el Pueblo los viernes a las ocho, que es cuando nos reunimos la tertulia...
FELIPE.– ¿A las ocho e la noche?
JULIÁN.– Sí, claro...
FELIPE.– No, pa mí como si fua a las ocho e la mañana...
JULIÁN.– *(Dándole una palmotada y llevándole hasta la puerta.)* Y ánimo, hombre, que el mundo no se hunde y que pa algo estamos los amigos. ¡Ánimo, Felipe...! Y saluda a tu mujer y da un beso a los chicos...
FELIPE.– De tu parte... *(Volviéndose a* SUSANA.*)* Bueno, Susana, lo mismo digo...
SUSANA.– *(Extremando la amabilidad.)* Muchos abrazos a Mari-Pepa de mi parte, que me acuerdo mucho de ella y que a ver si vemos a los chicos un día, que no seáis tan caros de veros...

*(*FELIPE *sonríe, sale. Sale* JULIÁN *con él. La* SUSANA *sigue su repaso del rostro. Vuelve* JULIÁN.*)*

JULIÁN.– Miserias por toos laos...
SUSANA.– ¡Pobre Felipe...!
JULIÁN.– El chico se lo llevan pal África, él sin trabajo, parao... Y uno que no pue hacer na...
SUSANA.– *(Cerrando violentamente la polvera.)* Y tú que no pues ver una desgracia sin que te derritas, Julián... ¡Ay!... *(Le da un beso.)* Anda, ya se arreglará todo. Echan una película de Pola Negri en el Callao...
JULIÁN.– Espera a ver si estos hijos de su madre han acabado con el encargo... ¡Mi madre, qué tíos...! *(Sale por la puerta de los talleres.)*

(Al poco rato se abre de nuevo la puerta del vestíbulo y entra nada menos que la SEÑÁ RITA, *con sus sesenta años encima, pero muy flamenca y también muy elegantona, aunque no tanto como la* SUSANA.*)*

SEÑÁ RITA.– *(Que entra como muy sigilosa.)* ¿No está el Julián?
SUSANA.– Sí, ahí dentro está peleándose con esos vagos...
SEÑÁ RITA.– *(Sentándose.)* Oye: voy a aprovechar ahora... A ver si convences a ese cabezota de tu marido...

SUSANA.– ¿Qué pasa?

SEÑÁ RITA.– Pues que por fin le he conseguido el encargo ese, el de la parroquia de San Andrés...

SUSANA.– ¿Cúal? ¿El de las novenas?

SEÑÁ RITA.– ¡Pues claro, tonta! Un encarguito muy decente. Total, imprimir unas hojitas.

SUSANA.– ¡Huy, cualquiera le habla de eso! Usté no sabe. El otro día por la Moncloa, cuando le hablé de hacer un encargo pa la iglesia. Se puso feroche que pa qué...

SEÑÁ RITA.– Pues mira, que se ponga como quiera. Al fin y al cabo, su padrastro, que en paz descanse, no le dejó los cuartos pa que los pateara con el dichoso partido y la política y...

SUSANA.– Se pone hecho una fiera, de verdad...

SEÑÁ RITA.– Bueno, bueno..., ya te darás tú maña. Yo ya le he dicho al párroco que mi Julián le hace ese trabajo y a buen precio... Le conviene, so tonta, ¿qué sabes tú?

SUSANA.– No; si por mí, mira tú... Pero es que... Calle, que ahí viene... *(Entra* JULIÁN *con unos papeles en la mano y* SUSANA *disimula.)* ¿Sabe usté quién ha estao aquí hoy? El Felipe...

JULIÁN.– *(Saludando.)* Hola, madre...

SEÑÁ RITA.– *(Sin devolverle el saludo, pero observándole.)* ¿Qué Felipe?

SUSANA.– El de la Mari-Pepa...

Señá Rita.– Ah, sí...

SUSANA.– Acaba de marcharse. Que te diga Julián: está sin trabajo, el chico que se lo llevan pal África... ¡Qué sé yo...!

SEÑÁ RITA.– *(Suspirando.)* Ay..., no sé qué va a ser de nosotros. Están los tiempos de una manera, que no sé. Pa hacer ascos a nada... *(A* JULIÁN, *muy serpentil.)* ¿Qué, Julián, qué pasa?

JULIÁN.– *(Que corrige algo en sus papeles sentado tras el escritorio.)* Déjeme ahora, que estoy con esto...

Señá RITA.– Si queréis iros, ya me quedo yo... La chica ha venido ya del colegio. Está estudiando. ¿Oyes, Julián?

JULIÁN.– Ahora termino...

SEÑÁ RITA.– *(Hablando como una profetisa.)* Ya ves tú el Felipe..., qué mala suerte. Pero tanta política y tanta historia. Lo que hay que hacer es trabajar en lo que salga, eso es lo que pasa. Porque las cosas se están

poniendo que pa qué... Y los precios, jajay... ¿Qué dirás, Susana, que me han cobrao hoy por media docena de huevos? Dos pesetas con veinticinco céntimos pa que el diablo no se ría de la mentira. Mira lo que te digo. He ido a la plaza con un duro y mira lo que me ha sobrao... *(Abre el bolso.)* Una, veinte... Pa que este tonto *(Señalando al* JULIÁN.*)* se ande con melindres y trabajando pa los socialistas y pa los sindicalistas y la madre que los parió... Ya ves tú, el pobre Felipe... Pues espera, espera y ándate con pamplinas y verás. El párroco de San Andrés dice que...

*(*JULIÁN *levanta la cabeza airado en el momento en que se oscurece totalmente la escena.)*

MOMENTO CUARTO

Un día de invierno de 1921. Por un andurrial del Madrid entristecido por la derrota de Melilla, pasea una pareja compuesta por una mujer ya cuarentona. Un tanto ajada, pero que conserva frescura y prestancia en su caminar; viste ropa vieja, pero limpísima: un mantón sin flecos, un pañuelo blanquísimo a la cabeza y unos zapatos viejos pero brillantes y lustrosos. La acompaña un viejo canoso, encorvado, que se apoya en su bastón. De lejos llega el pasacalle que tocan en un organillo y que difunde, en la tristeza de la tarde, una alegre melodía bélica, pimpante, que nos habla de la lucha africana con un tierno romanticismo. Es el pasacalle de la «banderita». La mujer se deja caer en un banco y el viejo la acaricia la barbilla.

SERAFÍN.– ¿Estás muy cansá, Mari-Pepa? Anda, mujer..., un tironcito más y nos llegamos al café...

MARI-PEPA.– No puedo más, señor Serafín...

SERAFÍN.– Un «cafelito y media» nos resucitará, mujer...

MARI-PEPA.– Ay, no puedo más, señor Serafín. Se lo digo yo...

SERAFÍN.– Pero si hace un frío que pela, mujer, y se está haciendo de noche...

MARI-PEPA.– ¡Ay...!

SERAFÍN.– Mujer, no suspires así, que me partes el corazón. *(Se sienta junto a ella.)* ¿Qué pueo hacer yo?, dita sea la... Si un servior tuviá veinte años menos..., ¡dita la...!, ibas a ver tú cómo me iba a agenciar yo ese dinero cómo y cuando fuera, con tanto mangante como la derrocha: pero ¿aónde va este vejestorio? A pudrirse cuanto antes...

MARI-PEPA.– ¡Ay, ay!... ¡M´han matao al chico, m´han matao al chico, señor Serafín...!

SERAFÍN.– Calla, leñe; calla de una vez y no me estrujes más de lo que estoy. Que también tú llamas a la desgracia...

MARI-PEPA.– ¡No..., si le paece a usté, con el desastre que ha habío, es pa hacerse ilusiones...!

SERAFÍN.– Mía tú, Mari-Pepa, que los papeles mienten mucho y el gobierno más. Que no pue ser, leñe, que no pue ser; que alguno ha tenío que contarlo, amos digo yo...

MARI-PEPA.– ¡Ya!... y conque mi chico no lo cuenta, ¿a mí que me importa...? *(Saca el pañuelo y se cubre la cara.)*

SERAFÍN.– Pero ¡demonio de mujer!... tamién... ¿Cómo te podía yo convencer de que?...

MARI-PEPA.– *(Desolada.)* ¡Está muerto, señor Serafín, muerto y criando malvas, mi hijo e mi corazón!... ¡Ayyy...!

SERAFÍN.– *(Muy digno.)* Bueno, mujer, repórtate y no llames la atención, que bastantes penas tie ca quisqui pa que tú...

MARI-PEPA.– ¡Soy su madre, le he traío al mundo, pa que ahora me lo maten! ¿Encima no voy a llorar? ¡Pues lloro, y rabio, y pataleo, y ganas me dan de plantarme en el mismo Palacio Real, pa que usté se entere, y tirarme a la cara de ese mameluco que tenemos por rey y decirle, decirle..., ¡madre mía!..., decirle: hijo e la gran puta, devuélveme a mi hijo, que lo has llevao al mataero, tísico, peazo e tísico, que porque tú no has tenío más que...

SERAFÍN.– ¡Mujer, calla...!

MARI-PEPA.– ¡Que porque tú no has tenío más que renacuajos no permites que las demás tengamos hijos sanos...!

SERAFÍN.– ¡Mujer, que...! ¡Ten cuidao...!

MARI-PEPA.– *(Llorando desolada.)* Se dice pronto..., amos, que se dice pronto. To por el cochino dinero, por no tener una cochina perra pa redimirle, mientras otros lo tiran. ¡Un hijo, que se dice pronto!, ¡un hijo, señor Serafín...! *(Se refugia en el pecho del viejo y solloza amargamente mientras éste la acaricia.)*

SERAFÍN.– Pobre, pobre..., si yo te comprendo. ¿Qué me vas a decir a mí, mujer? Pero si uno es un desgraciao, que tie que vivir con una miseria e

pensión, que ni pa fumar me alcanza... Si yo hubiá tenío ese dinero, ¿de cuándo te iba yo a ver así?

MARI-PEPA.– ¡Ay!..., no me diga usté eso, que entoavía me hace sufrir más. ¡Ay, señor Serafín, déjeme que me tire por el viaducto...!

SERAFÍN.– ¡Calla, boba, calla! ¡Calla y espera, y confía, que too no van a ser desgracias. El hecho e que no tengas carta del chico no tie na de particular...

MARI-PEPA.– ¿No?... ¿No? *(Enfureciéndose cada vez más.)* ¡Catorce días sin tener carta después de la carnicería que ha habío en Melilla!... ¡Ay, agüelo, entoavía me va a hacer usté que me dé un ataque y me tire por el viaducto...!

SERAFÍN.– ¡Pero boba, ten un poco e racicinio, leche! Catorce días sin carta, ¿y qué? ¿Te crees tú que dempués de un desastre así va a funcionar el correo como es debío? Cuando ni en tiempo normal llegan las cartas cuando tien que llegar...

MARI-PEPA.– Claro que no llegan, ¿cómo van a llegar? Si los muertos no escriben cartas. ¡Ay, hijo e mi corazón...!

SERAFÍN.– Y pon, un suponer, que lo haigan hecho prisionero. ¿Cómo iba a escribir?

MARI-PEPA.– ¡Pos vaya un consuelo que me da usté! Pos si lo han hecho prisionero, si lo han hecho prisionero, peor que si se hubiá muerto, con lo creminales que son los moros...

SERAFÍN.– Calla, mujer, calla, que más de una madre mora estará como tú. ¿O es que las moras no son madres?

MARI-PEPA.– *(Levantándose.)* ¡Yo me tiro por el viaducto, déjeme usté...!

SERAFÍN.– *(Sujetándola.)* Pero ¿te quies estar quieta?

MARI-PEPA.– Y pensar que con cuatro cochinos cuartos se había arreglao to, y que tanto hijo de mala madre está por ahí, emborrachándose, mientras los hijos e los pobres crían malvas en Melilla. ¡Yo me tiro por el viaducto, o hago una barbariá...!

(En este punto aparece un guaja, el ORGANILLERO, *con un platillo en demanda de limosna.)*

ORGANILLERO.– Una voluntá, por el amor de Dios...

MARI-PEPA.– ¡Ojalá se metiera usté el organillo aonde le cupiera...!

SERAFÍN.– *(Al* ORGANILLERO.*)* Vamos, vamos, hombre, lárguese. ¿No ve que...?

ORGANILLERO.– Sin ofender, ¿eh?, sin o-fen-der...

SERAFÍN.– Pero ¿no ve usté que esta señora tie un hijo en Melilla?, y entoavía viene usté con pasodoble patriotero. ¡Vamos, hombre...!

ORGANILLERO.– Bueno, pero sin ofender, ¿no? Un servior se gana la vía así, como se la podría ganar de otra manera, un suponer, y uno píe la volundad, y si no hay volundad, pos con decir que Dios l´ampare, sanseacabó; pero na de ofender, amos digo yo...

MARI-PEPA.– ¡Pero hay que ver! Encima entoavía lo que tie una que soportar...

ORGANILLERO.– Pos si usté tie un chico en Melilla, tamién yo a un sobrino, ¡mía ésta!, y un cuñao, y entoavía con el frío que pela vaya usté tocando el pasodoble por ahí, pa encima soltarle a uno los perros...

MARI-PEPA.– Pero ¿por qué no se acabará el mundo?

SERAFÍN.– Oiga usté...

ORGANILLERO.– Na, hombre, na, si uno s'hace el cargo, hombre. Y qué más quisiera uno, jolines; pero amos que uno va sin ofender...

(Se acerca ahora una mujer que vende lotería.)

LOTERA.– ¡Mañana sale!... Sale mañana... ¿Qué pasa, Canijas?

ORGANILLERO.– Na, que porque uno se acerca con too respeto a demandar una limosna; que ni que uno hubié querío robarles...

SERAFÍN.– *(Tirando de la* MARI-PEPA.*)* Amos, amos, mujer, vámonos..., que no estamos pa monsergas...

LOTERA.– ¿No me compra un decimito? Sale mañana. El gordo, el de la suerte...

MARI-PEPA.– ¡Suerte, suerte! La negra es la que tengo yo...

LOTERA.– *(Que ha sido informada brevemente por el* ORGANILLERO *de lo del chico en Melilla.)* Ay, señora, ya me hago el cargo, ya que tamién tengo yo dos, ya ve usté, dos, en Melilla; pero ¿qué lo amos a hacer? Es nuestro sino...

MARI-PEPA.– *(Enternecida.)* ¿Dos tie usté? ¿En Melilla?

LOTERA.– Sí, señora, dos... *(Se limpia con el pañuelo las lágrimas.)*

MARI-PEPA.– ¿Y no sabe usté lo que ha pasao?

LOTERA.– ¡Qué voy a saber!... Pero ya se sabe pa lo que tie hijos una...

MARI-PEPA.– ¿Y están, por un casual, en el Regimiento e Cazadores de Linia?

LOTERA.– En el mismo Melilla, señora, allí... ¡Ay!... Pero no me pregunte usté, porque... *(Estalla en sollozos y la* MARI-PEPA *le corresponde. Se organiza una lloriquera por todo lo grande. El* ORGANILLERO *y el señor* SERAFÍN *no saben qué hacer.)*

ORGANILLERO.– *(Quitándose la gorra y rascándose la pelota, por decir algo.)* Lo que son las madres.

SERAFÍN.– Y usté que lo diga...

ORGANILLERO.– Y ellos estarán bien repantigaos.

SERAFÍN.– ¿A ellos qué les importa?

LOTERA.– *(Limpiándose las lágrimas.)* Pero con llorar no arreglamos na...

MARI-PEPA.– Se desahoga una, na más...

LOTERA.– Diga usté que sí... Y usté, entoavía, tie quien mire por usté; pero ¿y una servidora? Viuda, ya ve...

SERAFÍN.– Y siendo viuda, ¿se la han llevao los dos hijos?

LOTERA.– *(Aumentando los sollozos para disimular.)* ¡Y vaya usté como un perro por la calle, vendiendo décimos, arrecía e frío...!

ORGANILLERO.– ¿Pos y un servior?...

LOTERA.– *(A* SERAFÍN.*)* Ande, señorito, *(Se limpia las lágrimas.)* cómpreme un decimito, a ver si Dios le da la suerte y...

MARI-PEPA.– Yo lo que quiero es saber de mi hijo, que llevo catorce días, catorce, sin carta, con lo que ha habío allí...

SERAFÍN.– Bueno, mujer...

ORGANILLERO.– Respective a eso, ya se sabe que el correo tarda...

LOTERA.– Eso sí...

SERAFÍN.– *(A* MARI-PEPA.*)* ¿No te digo yo, mujer?

LOTERA.– Mire, cómpreme el decimito y a ver si así... Que no me he estrenao, que no me he podío tomar ni un café caliente...

SERAFÍN.– Comprenda usted, mujer, que no estamos pa decimitos...

MARI-PEPA.– *(A la* LOTERA.*)* ¿Y usté sabe de sus chicos?

LOTERA.– ¿Yo? ¡Huuu...! Si a mí no me escriben. ¿No ve que no sé de letra? Pero es lo que digo: si algo les hubiá pasao, ya me lo hubián mandao a decir...

SERAFÍN.– *(A* MARI-PEPA.*)* ¿Lo ves, mujer?

ORGANILLERO.– En eso llevas razón, porque así le pasó a la Teodora, la del alabardero, cuando su hermano desapareció con lo del general Silvestre...

SERAFÍN.– Se lo comunicaron los jefes...

ORGANILLERO.– Natural. La misma comendancia la mandó a decir que el su hermano que se encontraba desaparecido. Cuando lo del general Silvestre...

SERAFÍN.– *(A* MARI-PEPA.*)* Claro, mujer..., ¡tamién tú, con la manía de ver las cosas negras...!

LOTERA.– No sea usté así, mujer, que con eso tampoco adelanta na...

MARI-PEPA.– Pero si a mí me escribía toas las semanas...

LOTERA.– Ya verá usté cómo no le ha pasao na. Dios no lo quiera... Ande, señorito, cómpreme el decimito...

MARI-PEPA.– Dios la oiga...

SERAFÍN.– ¿A ver el número? Un 15, no es feo del too...

MARI-PEPA.– Sí que es bonito, sí...

LOTERA.– *(Cortando el décimo.)* Y le va a traer la suerte. Fíjese lo que le digo. Mañana le toca el gordo y tie noticias de su hijo. Acuérdese de lo que la digo. La Macaria soy, de la «cae la Encomienda», pa que si tienen una voluntá, mañana me busquen...

MARI-PEPA.– *(Tirando a* SERAFÍN.*)* Bueno, bueno, vamos...

LOTERA.– Pero ¿se cree que hablo de mentira?

SERAFÍN.– ¡Mía que si fuera a ser verdá...!

ORGANILLERO.– Las corazonás nunca traicionan...

SERAFÍN.– ¡Mía que si...!

MARI-PEPA.– No haga tonterías, agüelo...

SERAFÍN.– Calla, tonta. *(Saca una cartera mugrienta.)* Traiga acá, buena mujer...

LOTERA.– *(Entregándole el décimo.)* Aquí tiene, y ya pue ponerlo junto a la imagen de la Virgen de la Paloma, que le va a traer a usté el gordo, y a su chico, tan gordo como el premio. La Macaria soy, de la cae la Encomienda. Pregunte, pregunte quién lleva la suerte...

MARI-PEPA.–¡Ay, agüelo, usté tamién! ¡Como le sobra...!

SERAFÍN.– *(Guardándose el décimo y sonriendo.)* Calla, calla, que Dios aprieta pero no ahoga. Tome usté, buena mujer... *(Da una propina a la* LOTERA *y ésta besa la moneda.)*

LOTERA.– ¡Gracias que me he estrenao! Siempre con buena gente...

SERAFÍN.– *(Al ver que el* ORGANILLERO *le tiende el platito con clara intención.)* Toma, pa ti tamién; pero no toques esa marcha melitar y toca algo alegre...

ORGANILLERO.– Ahora toco la Corte e Faraón. ¡Abur y mucha suerte...!

LOTERA.– Y no se le olvide que soy la Macaria la de la Encomienda. ¡Que no se olviden de una probe...!

SERAFÍN.– *(Alejándose con la* MARI-PEPA.*)* Descuide usté, que no ha topao con gente desagradecía...

MARI-PEPA.– Y que sus hijos vengan con bien, tamién...

LOTERA.– Dios la oiga... *(Desaparecen la* MARI-PEPA *y el señor* SERAFÍN.*)*

ORGANILLERO.– Voy a darle a la Corte e Faraón...

LOTERA.– La suerte que tien algunas, ¿has visto? Lo llama agüelo; pero pa tu agüela, que aquí no cuela. Un buen apaño. Lo que una necesitaba...

ORGANILLERO.– Lo que tú necesitas es el pie e paliza que te voy a arrimar con la badila, como vayamos a parar a la trena por tu dichosa manía de vender lotería falsificá...

LOTERA.– *(Yendo detrás del* ORGANILLERO.*)* ¡Jaja!... Si te paece comeremos de lo que tú haces... ¡dándole al manubriu! *(Hace un gesto circular con la mano, que termina en un papirotazo en la gorrilla grasienta del guaja. Inmediatamente suenan los pimpantes sones del «Babilonio que marea».)*

MOMENTO QUINTO

Final de la década de los veinte. Madrid se «aerodinamiza» en todos los sentidos. Una fulgurante Gran Vía neoyorquina, con conatos de rascacielos y almacenes rutilantes, con bares americanos, la atraviesa como un cuchillo. Al compás del progreso urbanístico camina el progreso mental e ideológico de sus habitantes. La dictadura –dictablanda, como dijo el otro– del castizo Primo de Rivera está haciendo agua. El movimiento anarquista se enseñorea de los núcleos obreros, las huelgas se multiplican. El sector socialista, a través de la UGT, realiza positivos avances. La República se cuece rápidamente. El antimilitarismo cunde, etc., pero en el «pueblo de Madrid» todo esto se traduce confusamente en ráfagas de apasionamiento, de alegría incontrolables. Algo atraviesa el ambiente que lo llena de euforia y fe en un inmediato porvenir. Y así, una mañana soleada de domingo, con olor a lilas de la Casa de Campo, lilas preprimaverales, vemos un rincón de la europeísima calle de Alcalá, envuelta en los inefables dones del aire de la meseta, aún no mancillado más que por algún pesado automóvil de marca Hispano-Suiza, que hace ya la competencia a simones y berlinas. Un viejo limpiabotas, con gorrilla grasienta y pañuelo al cuello, se afana dando brillo al charol lustroso de un muchachito veinteañero, que parece un figurín y que además viste de esmoquin y se peina como los galanes cinematográficos de moda (Ramón Navarro, por ejemplo), con mucho fijador en el pelo. Pasan SOLDADOS *en uniforme dominguero, criadas, señores apresurados. Se vocea la lotería («mañana sale»), la* FLORISTA *viene y va ofreciendo lilas de la Casa de Campo. La voz aguardentosa del* VENDEDOR DE PERIÓDICOS *vocea «La Libertad», el «ABC», «El Sol», «El Socialista», etc., con citación de*

algún titular sensacionalista que el director de esta escena dominguera escogerá a capricho. Una mañana, en fin, optimista y venturosa.

EL PICHI.– *(Que es el muchacho agraciado, que se hace limpiar los zapatos por el* VIEJO.*)* Déjelo ya, padre, que están chanchi...

FELIPE.– *(El limpiabotas.)* ¡Quita allá, chico! Déjame tú a mí, que te se note la clase... Los espejos del «Palas» no van a ser na comparao con estos espejos, ninchi... *(Frota con rabia, con toda su alma.)*

EL PICHI.– A ver si ahora me va usté a jorobar el charol...

FELIPE.– *(Echando aliento a los zapatos de su chico.)* Pos ahí está, que el charol es más traicionero que el reúma...

EL PICHI.– *(Intentando quitar el zapato del soporte.)* Bueno, que ya vale, que me las tengo que pirar...

FELIPE.– *(Sujetándole el pie.)* Te esperas...

EL PICHI.– Mire usté que me van a echar en falta y que estoy haciendo méritos...

FELIPE.– *(Mirándole a la cara sin soltar el trapo y cayéndosele la baba al ver a su chico tan guapito y apuesto.)* ¿Haciendo méritos tú? ¡Si tú eres un mérito encarnao, chavea! Si sólo con estar tú a la puerta el «Palas», prestigias el local... ¡Amos que...!

EL PICHI.– Pues no se fíe, padre, que lo mismo salen pares que nones. Que estoy de prueba na más y que hay mucha competencia pa quedarse fijo en el Palas...

FELIPE.– ¿Competencia? ¿Competencia? ¡Amos, no me hagas reír, que se me salta la faja! ¿Quién va a competir contigo? ¡Como no fuera Rodolfo Valentino...!

EL PICHI.– Pues imagínese usté que ahora han puesto un negro de portero y se lo llevan de calle...

FELIPE.– *(Alelado, con el trapo en el aire.)* ¿Un negro?

EL PICHI.– Un negro, ¡como ahora está de moda...!

FELIPE.– ¿Y van a compararte a ti con un negro? ¡Amos, calla chaval! ¡Un negro! Si los negros sólo sirven pa vender lotería, y aún. No; ¡si ya digo yo que...!

EL PICHI.– Bueno, padre, déjeme usté ya. Mu bien limpiaos.

FELIPE.– Hombre, tú verás... ¿No me iba a esmerar?

EL PICHI.– Me los ha dejao que ni pa bailar el «charles»...

FELIPE.– Ea, ya te pues marchar. Y que tengas cuidao con esas lagartonas que andan por allí...

EL PICHI.– *(Dando un beso a su padre.)* Ele, y ya sabe usté que tie pagá una copa e cazalla en el Bar Coktail...

FELIPE.– Ahora iré a tomarla. *(Guarda las cosas en la caja.)* Y ya te digo, tú pisa fuerte, que pa eso llevas pinreles de bailarín... A ver si hay un negro que... *(Se detiene porque ante él se ha parado un caballerote elegantísimo, que viste abrigo con cuello de piel, guantes y lleva un bastoncillo en la mano. Se toca con sombrero flexible.)* ¡Ahí va, mi madre!... Pero ¿quién está aquí?

JULIÁN.– *(Que no es otro el tal caballero maduro.)* ¡Eh!... tú, a ver ése, que no se escape. *(Lo ha dicho por el* PICHI, *que ya hacía mutis.)*

FELIPE.– ¡Sí, sí...! ¡Eh, tú, Pichi, vente p´acá... !

PICHI.– *(Volviendo.)* Que llevo prisa, padre...

FELIPE.– *(Cogiendo al* PICHI *con mucho miramiento por la muñeca, luego de restregarse la mano en el pantalón y presentándole como quien presenta un maniquí.)* ¡El Pichi...!

JULIÁN.– ¡Jooo...lines y vaya mozo que ties, Felipón...!

FELIPE.– *(Haciendo un gesto sonándose las narices con un gran pañuelo.)* Mira...

JULIÁN.– *(Dando la mano al* PICHI.*)* Chiquillo..., hay que ver; yo que t´había visto en pañales y ahora te veo convertido en artista de cine...

PICHI.– Mucho gusto...

FELIPE.– *(A su hijo, con cierto lejano desprecio.)* Es el señor Julián, un... *(Luego de una leve pausa.)* buen amigo de tu padre... ¡Y un señor...!

JULIÁN.– *(Echando el brazo por el hombro del* PICHI.*)* Y un amigo tuyo, hombre, y otro padre también. ¡Menuda envidia me está dando tu padre ahora...!

(El FELIPE, *indiferente, se había vuelto a arrodillar y sacaba los cepillos del estuche. Para servir al* JULIÁN.*)*

FELIPE.– *(A su hijo.)* ¿No te tenías que ir? Que no vayan a llamarte la atención, hijo.

PICHI.– *(Al* JULIÁN.*)* Usté perdone; pero es que trabajo aquí, en el Palas, y he salido sólo un momento... Hasta más ver...

JULIÁN.– Adiós, pollo... *(Le sigue con la vista mientras coloca el pie en el soporte del estuche y el* FELIPE *se pone a cepillar su zapato.)*

FELIPE.– El muchacho está de meritorio en el Palas. A ver si consigue quedarse fijo.

JULIÁN.– *(Dando un cogotazo cariñoso al* FELIPE.*)* ¡So guaja!..., qué callao te lo tenías...

FELIPE.– *(Haciendo un gesto de esquivar el cogotazo.)* Too no van a ser desgracias, Julián de mi alma, y dempués de haber tenío la negra con aquel pobre que me lo mataron en Melilla, hubiá estao güeno que tamién éste s´hubiá malograo...

JULIÁN.– ¿Malograo? Di que éste va camino de la gloria. ¡Y listo que se le ve!...

FELIPE.– ¡Y güeno, el pobrecillo! Un peazo e pan, que propina que le dan, propina que entrega a su madre o a mí. Uno tie que hacer esfuerzos pa que lleve un real en el bolsillo. Ya ves tú, teniendo que alternar...

JULIÁN.– Vaya, vaya... ¿Y la Mari-Pepa?

FELIPE.– Aperreá la pobre. Lavando ropa. Hoy ha ido a entregar... ¿Y la tuya qué?

JULIÁN.– Un poco resfriada, por eso no ha salido hoy...

FELIPE.– ¿Y la chica? *(Esta pregunta parece hacerla con cierto tono malévolo.)*

JULIÁN.– ¡Bah!..., tan delicá y tan poca cosa... Lo que es esa chica: un aburrimiento.

FELIPE.– ¿No tie novio?

JULIÁN.– Qué va a tener. ¡Si es más cortá! Menúa pareja haría con tu chico...

FELIPE.– *(Que ha levantado la vista con un fulgor de orgullo.)* ¡Bueno..., pa broma, bueno!... Díselo a tu Susana y verás...

JULIÁN.– ¡Si por mí fuera! Ya sabes que eso de las clases, y máxime ahora...! Y qué coño, que los dos hemos salido del pueblo...

FELIPE.– Pero tú... te has redimido...

JULIÁN.– Nequaquam... *(No me des tanto tinte, tú.)* Yo, como siempre, en la cuerda floja.

FELIPE.– Con un chalé en la sierra y un automóvil que t´has comprao...

JULIÁN.– Eso lo has soñao. Lo del chalé..., si llamas chalé a la cabaña que hicimos pa que a mi chica la diera el aire de la sierra, pase. Pero de coche automóvil, na...

FELIPE.– Como decían que...

JULIÁN.– Decían, decían... Ya las iba dar yo a todos ésos. Que me rasquen en la cuenta el banco, tal y como andan los tiempos. Bueno, oye, antes que se me olvide, ¿has hecho aquello?

FELIPE.– Ya están casi toas repartías. Me queda aquí un montoncito... *(Abre la caja y muestra un montón de octavillas.)*

JULIÁN.– No, si no digo eso. Lo de las entradas...

FELIPE.– ¡Ah, es verdá! Lo de los toros... Me s´había olvidao; pero no te preocupes que hoy al mediodía ties las entradas...

JULIÁN.– Es que no me quiero perder ese mano a mano del siglo...

FELIPE.– Tú verás. Rafael el Gallo y Belmonte. Ahora que lo que es menda, dende que acaeció lo del pobre Joselito, pa mí s´han acabao los toros...

JULIÁN.– Bueno. Tú me proporcionas dos tendíos del seis.

FELIPE.– Pierde cuidao, que al mediodía las ties reservás, por más que tenga que pegarme con el guardia. Menúa cola había esta mañana...

JULIÁN.– Y esos papeles, cuanto antes los termines, mejor...

FELIPE.– Esta noche me doy una vuelta y los finiquito...

JULIÁN.– Y prepárate pa hacer algo más sonao...

FELIPE.– Lo que tú mandes...

JULIÁN.– Sabrás que me voy a presentar a concejal...

FELIPE.– No me choca. Tú haces carrera...

JULIÁN.– Na más pa dar en los dientes a los carcas. En la candidatura socialista. Sopas con hondas les vamos a dar. ¡Al tiempo...!

FELIPE.– Se hará lo que se pueda...

JULIÁN.– Y tengo que decirte que en la Casa están muy contentos de ti.

FELIPE.– Se cumple...

JULIÁN.– *(Dándole otro cogotazo.)* Estamos orgullosos de ti, y a ver si te cuidas...

FELIPE.– A mí no me parte un rayo. Ya ves tú ayer, que te lo diga la parienta, cuarenta de fiebre con el dichoso «soldaíto e Nápoles» y hoy aquí me ties, dándole brillo al personal...

JULIÁN.– Siempre has sio así. Y no será por lo que has pasao.

FELIPE.– Tú me conoces. Las he pasao de toos los colores. Pero lo peor fue la muerte del José Luis. No haberlo podido redimir por falta e cochino dinero...

JULIÁN.– *(Ensombrecido.)* A propósito e dinero... Te daré lo de las entradas y el pico que te debe la Casa...
FELIPE.– Bueno, bueno..., no te precipites, Julián...

(En este momento llega la FLORISTA *y, sonriente, coloca un ramito de lilas en la solapa del abrigo peludo de* JULIÁN.*)*

FLORISTA.– *(Tratando de meter un ramillete en el ojal.)* ¡Ay, señorito..., qué dificultoso viste...!
FELIPE.– Déjalo, mujer, no me espantes la clientela...
FLORISTA.– Tú te callas.
JULIÁN.– Pero, oye, chiquilla, ¿me pones lilas como si estuviera muerto?
FLORISTA.– Sí, sí, muerto. Usté las resucita con esos ojos y esos bigotes que paece el capitán Sánchez. Ande, lléveme ese ramito, que alguna se lo agradecerá... *(Le ofrece un ramo de lilas.)*
JULIÁN.– Pero, mujer, ¿aónde voy yo con esas lilas?
FLORISTA.– Como que no faltará alguna que se las solicite...
JULIÁN.– Bueno, bueno, guárdate las lilas y toma...
FLORISTA.– *(Cogiendo la moneda.)* Gracias, generoso...

(Al reclamo llega la LOTERA.*)*

LOTERA.– Señorito..., la suerte pa usté... *(Le corta tres décimos.)*
JULIÁN.– Lo que es esta vez no me engañas, Macaria.
LOTERA.– ¿De cuándo le he engañao yo a usté?
FELIPE.– De cuándo no has engañao a nadie, di mejor...
JULIÁN.– Se dice pronto. Con lo que te tengo jugao y nunca ni un pellizco, ni la pedrea.
LOTERA.– Pues esta vez va a verlo usté... *(Trata de meterle los décimos en el bolsillo.)*
JULIÁN.– ¡Quita, quita!... Si no llevo dinero suelto además...
LOTERA.– Pos si no hay suelto, lo habrá atao...
JULIÁN.– Bueno, mira, como no me toque esta vez, ya te pues despedir. Anda, toma...

LOTERA.– *(Cogiendo el dinero.)* Que Dios se lo pague, y luego no me venga amonestando, que la suerte es la suerte. Y usté ha nacío pa tener suerte. Y pensar que el primer día lo había yo tomao por uno de la «secreta», con esos aires. Con lo castizo que es el tío. ¡Mañana sale...!

(Se ríe el JULIÁN. *Saca los billetes del bolsillo, cuando la* LOTERA *ya ha salido; corta un décimo y se lo da al* FELIPE.*)*

JULIÁN.– Toma, Felipe, a ver si es verdá, hombre. A ver si tenemos un poco e suerte...

FELIPE.– *(Con escepticismo.)* Andá, bueno...

JULIÁN.– Yo pagaba las deudas y tú te ponías en casa...

FELIPE.– No caerá esa breva... ¡Y la Macaria, menuda!... Bueno, mersi...

JULIÁN.– Ea, ya está bien de brillo. Mu bien limpiao. Un maestro eres en esto, como en too en lo que te pones. Manos de plata tienes, Felipón... ¡Toma!... *(Le da unos duros.)*

FELIPE.– ¿Qué me das aquí?

JULIÁN.– Lo de los toros, el pico que te se debía, y el servicio...

FELIPE.– *(Poniéndose de pie.)* Del servicio, na. Ya sabes que los zapatos te los limpio gratis. Y lo otro, pues...

JULIÁN.– Anda, anda, guárdate eso y no demos escándalo. Pa ti, que te lo mereces...

(Echa a andar y el FELIPE *va detrás de él para devolverle una moneda.)*

FELIPE.– Julián, que me enfado... ¡Que no me conoces! Que..., ven acá... *(Le tira del bolsillo.)*

JULIÁN.– Oye, tú, que me descoses el bolsillo...

FELIPE.– Que no me da la gana, que las entrás valen menos, que no me tomes por lo que no soy...

JULIÁN.– ¿Te quies estar quieto ya? ¡Que no lo quiero, ea...!

(Aparece un SARGENTO DE HÚSARES *tintineando las espuelas y se acerca al* JULIÁN.*)*

HÚSAR.– ¿Qué pasa? Caballero, ¿le molesta esta sujeto?

(Se quedan los dos patitiesos mirando el mascarón que tienen delante.)

JULIÁN.– Siga su camino, sargento, que sé defenderme solo. Y no se meta en lo que no entiende. Aquí, este señor, donde usté le ve, es mi amigo, ¿cómo mi amigo? Mi hermano, pa que se entere...

FELIPE.– ¡Natural...!

HÚSAR.– Pues usted perdone. Las apariencias engañan...

JULIÁN.– Pues no se fíe de las apariencias... *(Al* FELIPE.*)* Y abur, Felipe, que llevo prisa. No te olvides del encargo. *(Le da otro cogotazo, y sale escapado. El* FELIPE, *con el incidente, se ha quedado con todo el dinero del* JULIÁN *en la mano y sólo tiene tiempo de gritarle.)*

FELIPE.– ¡Ya te has salío con la tuya...!

VOZ DEL JULIÁN.– *(Distante.)* Agradéceselo a la autoriá...

*(*FELIPE *se ríe, se vuelve y ante él está el flamante* HÚSAR *un tanto corrido y con la moral naufragante, que observa el dinero.)*

HÚSAR.– Buen cliente tienes, amigo...

FELIPE.– Ése no es un cliente...

HÚSAR.– *(Dándole una palmada en el hombro, que el* FELIPE *más bien rechaza.)* Bueno, hombre, bueno... Venga, límpiame... *(Coloca la bota enteriza sobre el soporte del estuche, y con la guerrera caída sobre el hombro y el plumero del gorro parece una máscara.)*

FELIPE.– *(Entre molesto y divertido.)* Al punto...

HÚSAR.– A ver si me das un poco de brillo, porque los «machacas», por más voluntad que ponen los pobres... *(Ha sacado un puro y lo ha encendido.)*

FELIPE.– *(Que ha empezado a limpiar las botas del* HÚSAR. *Luego de una pausa, empieza a hablar con cierta malignidad.)* Hay que ver cómo cambian los tiempos.

HÚSAR.– *(Con una frase hecha.)* Los tiempos adelantan que es una barbaridá...

FELIPE.– Lo digo porque antes las botas de los militares tenían un cuero de lo mejorcito. Y ahora, ¡qué distinto! Se rayan enseguía. Ya ve usté, con sólo pasar el cepillo...

HÚSAR.– Pues ahora son como las de antes. Ni más, ni menos...

FELIPE.– Me lo va a decir usté, que llevo ya en el oficio algunos años y habré limpiao botas de éstas...

HÚSAR.– Pues éstas, pa que te enteres, son de las de antes; que tienen ya cerca de diez años...

FELIPE.– *(Con inaudita malignidad.)* No hace falta que lo diga, porque están pal arrastre...

HÚSAR.– *(Quitándose el puro de la boca.)* Tú las limpias y te callas, las das brillo fetén, y te guardas los comentarios. ¡Y pobre de ti como no queden a mi gusto...!

FELIPE.– Oiga usté, sin ofender, que yo a usté no le ofendo...

HÚSAR.– Me ofendes con hablarme tan sólo. ¿O es que te has creído que estoy yo pa escuchar tus monsergas? ¡Yo te mando que me sirvas y tú obedeces...!

FELIPE.– ¿Y qué es lo que estoy haciendo, si pue saberse?

HÚSAR.– Hablando más de la cuenta...

FELIPE.– Pa eso tengo la boca...

HÚSAR.– Tengamos la fiesta en paz...

FELIPE.– *(Cepillando con rabia.)* A mí no me amenace...

HÚSAR.– Y te cruzo la cara además, si me place. ¡Pos no faltaba más...!

FELIPE.– Lo veremos... *(Ha dejado de cepillar y da golpes con el cepillo en la caja.)*

HÚSAR.– Por lo visto t´has creído ya que han ganao los tuyos. Por lo visto estáis convencidos de que ya no hay autoridad...

FELIPE.– ¿Sabe lo que le digo? Que ya se pue usté marchar, que yo no le limpio las botas a un chulo, por muy húsar que sea. ¡Pa que se entere! Y que soy un afiliao a la UGT, mire, *(Ha cogido un puñado de octavillas de la caja y lo esgrime ante el asombrado* HÚSAR.*)* y yo no respeto a los que mataron a mi hijo, ¡a los que mataron a un hijo en Melilla, como si fuera un borrego...! *(Ha empezado a arremolinarse la gente, la* LOTERA, *la* FLORISTA, *los* VENDEDORES DE PERIÓDICOS.*)* ¡A mí no me toque usté...! *(El* HÚSAR *le ha cogido por el cuello, está enfurecido.)* ¡Que no me toque, le digo...!

HÚSAR.– ¡Eh, guardia, venga p´acá...!

(Se acerca un GUARDIA *de los llamados «romanones», con muy mala gana.)*

GUARDIA.– A sus órdenes, mi sargento...
HÚSAR.– Sírvase acompañarme con este sujeto a la comisaría...
GUARDIA.– ¿Otra vez te has metido en líos, Felipe?
VOCES DIVERSAS.– ¡Pos anda!... ¡Si no ha hecho na!... ¡El probe!... Que tendrá alguna copa de más...
GUARDIA.– ¡Vamos, vamos, abran paso...!
FELIPE.– Lo siento por el Julián, que se queda sin corría...

MOMENTO SEXTO

Es el glorioso 14 de abril de 1931. Estamos en un patio de la calle Ministriles y la recién llegada Segunda República española estaba allí con alegría verbenera. Varios individuos y nubes de chiquillos recorren el patio colgando banderas tricolores, efigies de la «matrona república», muy mal pintadas, con clámide y gorro frigio, y el consabido retrato de los héroes de Jaca, Galán y García Hernández. Los chiquillos, que han salido de la escuela al saberse la entrañable noticia, pasean los banderines, se ponen gorros frigios hechos de papel, y algunos, por no tener qué ponerse, se visten de simples destrozonas carnavalescas. Se llevan más de un pescozón de sus padres, atareados en el ornamento y se meten por todos los rincones. Hay un ruido progresista de martillazos, alegres, interjecciones, himnos deshilvanados y jarana general. Por algún sitio un organillo da la matraca por todo lo alto a base del «himno de «iego», «La Marsellesa» y «La Internacional». Antes de alzarse el telón se oye el vocerío que inunda las calles de Madrid y, entre el estallido de «vivas y mueras», se escuchan distintas letras alusivas a la efeméride.

VOCES.– ¡Alirón, alirón..., Berenguer es un cabrón...!
¡Aliruta, aliruta..., la reina era una puta...!
¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco..., el rey estaba tísico...!
¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho..., el Rey estaba pocho!
¡Uno, dos y tres..., a la mierda Berenguer...!

(Las voces se van alterando sin cambiar el tema. Al iluminarse el escenario se ve la tribu de CHIQUILLOS, *que se han*

disfrazado sin apenas aludir a la República, salvo con algún gorro frigio hecho deprisa y corriendo con papel morado; reproducen literalmente los estribillos callejeros.)

CHIQUILLOS.– *(Dando la vuelta al patio.)* Aliruta, aliruta..., la reina es una puta... ¡Alirón, alirón..., el rey era un cabrón...!

(Un viejo que parece dirigir las operaciones de ornamentación, plantado en medio del patio, se tapa los oídos. Es el mismísimo señor FELIPE, *que parece rejuvenecido.)*

FELIPE.– ¡Chicoooos..., a ver si sos calláis ya de una vez y nos dejáis en paz...!

UN HOMBRE.– *(De los que, encaramados a una escalera, clavan ornamentos.)* Déjeles que desfruten... Un día es un día... *(Los* CHICOS *vociferan que es un gusto.)*

FELIPE.– Pero irse a la calle. ¿Qué hacéis aquí entre cuatro paredes?

OTRO HOMBRE.– *(Que coloca el cartelón de Fermín Galán y García Hernández.)* Usté..., señor Felipe..., dígame si está derecho...

FELIPE.– *(Pasándose la mano por la cara.)* ¿A mí me lo preguntas? Si me están éstos levantando un dolor de cabeza que no veo ni mi sombra...

UN HOMBRE.– *(El que coloca banderolas.)* ¿Aónde habéis metío la bota? ¡Que estoy seco...!

FELIPE.– *(Gritando para adentro.)* ¡Mari-Pepaaa..., a ver esa limoná...!

VOZ DE LA MARI-PEPA.– *(Dentro.)* ¡La estoy haciendo..., joolines...!

FELIPE.– ¡Porque es pa hoy...!

VOZ DE LA MARI-PEPA.– Vosotros con tal de mandar os da igual la República que la Monarquía...

FELIPE.– *(A los chicos.)* ¡Chicos, apartarse de aquí... *(A los hombres que trabajan.)* Iré yo mismo a la tasca; darme la bota...

UN HOMBRE.– Darle la bota... ¿Aónde está la bota? *(El* FELIPE *busca la bota.)*

UNA VECINA.– *(Que está acodada al barandal del patio y parece contemplarlo todo con cierta sorna.)* ¡Huy, qué bonitoo...! *(A otra mujer que parece estar enfrente y no puede vérsela.)* ¿Ha visto usté, señá Milagros? Ya tenemos la República. Ahora vamos a ir toos en coche...

VOZ DE LA SEÑORA.– *(Con mucha sorna.)* Sí..., en coche; pero arrastraos...! *(Risas conejiles.)*

FELIPE.– *(Que acaba de descubrir la bota del vino, convertida en gorro frigio y pintada de morao, en la cabeza de un chiquillo.)* ¡Pero... trae acá... *(Dando un cachete al chico.)* Pero ¿aónde has cogío esto?

UN HOMBRE.– ¿Qué pasa?

FELIPE.– El demonio del chico, que nos ha descompuesto la bota. ¿Pos no se la ha puesto e gorro frigio?... ¡Te daba así...!

LA VECINA SARDÓNICA.– Vaya usté con razonamientos a los críos... ¡Ellos qué saben!

UN HOMBRE.– *(Gritando.)* ¡Teodoraaa!... ¡Tira la bota...!

CORO DE CHICOS.– *(Que apaga los rumores de todos; gritando a voz estentórea, siguen las notas del himno de riego.)*

Si los curas y monjas supieran
la paliza que les van a daaaar...
Subirían al coro cantando:
libertá, libertá, libertáaaa...

(Por fin los chicos salen del patio y se lanzan a la calle con sus estribillos.)

FELIPE.– ¡Por fin!... Vaya un descanso. Estaba viendo que los iba a dar una bofetá, por mu republicanos que sean...

(El HOMBRE 1 *y el* HOMBRE 2 *han bajado de sus alturas y contemplan la obra realizada.)*

FELIPE.– Ya poéis descansar, muchachos, que ya está bien...

HOMBRE 1.– Pues pasar...

(El FELIPE *ha sacado la tabaquera y lían cigarrillos. Se les une el* HOMBRE 3, *que iba con el bote de pintura tricolorando las vigas.)*

HOMBRE 3.– *(Que parece puntilloso.)* Pos el cartel esta torcío, compadre...

HOMBRE 2.– Pos ponlo tú a derechas...
HOMBRE 3.– Y vas a ver lo que van a tardar en caerse las banderolas...
FELIPE.– Da lo mismo. La cuistión es el primer golpe e vista. Pa cuando venga el concejal durará, si los carcas estos de críos no lo destrozan...
HOMBRE 1.– ¿A qué hora viene el concejal?
FELIPE.– Pal mediodía... ¡Mari-Pepa!... ¡A ver si sos dais prisa...!
HOMBRE 2.– Si es un hombre del pueblo, como nosotros, sabrá desimular, digo yo...
LA VECINA.– *(Con su ironía malsana.)* ¡Y tan del pueblo!... ¡Mía tú el Julián, valiente guaja! Ahí lo ties de concejal...
LA OTRA VOZ.– Y con Rolls-Roice, según dicen...
FELIPE.– *(A los hombres.)* Ni caso. Dejarlas que se chinchen. Bástese que quieren armarla, pos no se las da el capricho...
HOMBRE 1.– Pos ¿querréis saber que estoy cansao? Dende las tantas de la mañana clavando clavos...
HOMBRE 3.– Y yo pintando. Empezamos bien la República, pa que luego digan que too es cuistión de vagancia...
FELIPE.– *(Contemplando el cartelón con Fermín Galán.)* Qué majo ha quedado el cuadro. Faltan las flores. ¡Qué tío, Fermín Galán!... ¡Hay que ver, fusilarle en domingo...!
HOMBRE 3.– *(Que sigue puntilloso.)* Mejor que flores se ponen banderitas.
FELIPE.– Tien que ser flores...
HOMBRE 3.– ¡Flores, flores!..., eso es cosa e reyes y burguesía...
HOMBRE 2.– ¡Porque tú lo digas...!

(Mientras los hombres se enzarzan en esta cuestión simplemente estética hacia derivaciones ideológicas, las vecinas vuelven a su diálogo viboril.)

VECINA.– Pues yo he tenío mucha suerte, porque llevaba tres meses atrasá en el pago el alquiler y supongo que ahora, como no pagaremos casa...
LA OTRA.– Sí, sí..., que se cree usted eso. ¿Se va a creer que éstos atarán los perros con longanizas? ¡Lo va a ver usté...!
LA VECINA.– *(Muy maligna.)* Pues, mujer..., ¿no va a ser verdá eso del reparto social?

(En el bando de los ornamentistas parecen tomarse decisiones.)

HOMBRE 1.– Lo dicho, las flores son cosa de muerto...
FELIPE.– ¡Y bien muertos están los pobres...!
HOMBRE 3.– Eso sí que no. ¡Más vivos que nunca y más gloriosos!
HOMBRE 2.– Habrá que recortar banderitas y se les enguirnalda too el cerco de banderitas colorás...
LA VECINA.– *(Con toda su mala intención.)* Ponéis guindillas a secar y así matáis dos pájaros de un tiro...
LA OTRA.– *(Riendo.)* ¡Hay que ver qué cosas tie usté, señá Milagros...!

(Por el patio avanza un viejo enclenque apoyándose en un bastón que reclama la atención de todos. El señor SERAFÍN.*)*

SERAFÍN.– *(Levantando el bastón y gritando con voz cascada de viejo catarroso.)* ¡Viva la República...!
TODOS.– *(Palmeando.)* ¡Viva, viva...!
SERAFÍN.– ¡Ya la tenemos aquí, muchachos. La gloriosa República...! *(Todos rodean al señor* SERAFÍN, *dándole los parabienes.)*
LA VECINA.– ¿Ha visto usté? A sus años...
LA OTRA.– El pobre, pa lo que le quea e desfrutar...
FELIPE.– *(Al señor* SERAFÍN.*)* Mire, mire usté, señor Serafín, ¿qué le paece?
SERAFÍN.– *(Sin apenas mirar los ornamentos.)* Mu majo, mu remajo too... ¡Viva la República!... ¡Viva la República...! *(Está muy excitado y se ve que trae dos copas de más.)*
MARI-PEPA.– *(Asomándose.)* Pero ¿ha venío el señor Serafín?
SERAFÍN.– Hay que celebrarlo, muchachos, hay que celebrarlo... Mirar lo que sus traigo... *(Saca de debajo de la pelliza una botella de aguardiente.)*
HOMBRE 1.– ¡Pero que mu acertao...!

(Aparece en el patio la MARI-PEPA, *que viene furiosa y se encara con el señor* SERAFÍN.*)*

MARI-PEPA.– Pero ¡señor Serafín...! ¿Qué ha hecho usté?

SERAFÍN.– *(Abrazando a la* MARI-PEPA.*)* Muchacha, déjame que te dé un beso, y un abrazo... ¡Viva la República...!

MARI-PEPA.– *(Luego de dejarse abrazar.)* ¡Pero si tie usté un gripazo que no se lame... ¿Por qué no s´ha quedao usté en la cama?

SERAFÍN.– ¡Allí me iba a estar...!

HOMBRE 2.– Lleva razón...

FELIPE.– Mujer, un día tan señalao...

MARI-PEPA.– ¡Dito sea Dios...! Pero ¿no ve usté que va a coger una pulmonía?; métase aquí, en el cuarto y le pongo un brasero...

SERAFÍN.– ¡Anda, mujer, déjame!... Ya con lo que he visto tengo bastante...

MARI-PEPA.– *(En jarras.)* ¡Amos que!... yo preparándole el caldito caliente pa llevárselo y me se planta aquí... ¡Ay...!

LA VECINA.– Déjalo, mujer, que sarna con gusto no pica...

MARI-PEPA.– *(Encarándose con la Vecina.)* A usté sí que la pica...

LA VECINA.– *(Agresiva.)* ¿Qué me pica?, ¿qué me pica?

FELIPE.– *(A la* MARI-PEPA.*)* Tengamos la fiesta en paz...

MARI-PEPA.– Déjame... *(Volviendo al señor* SERAFÍN.*)* Señor Serafín, que no me da la gana de que esté aquí, que no quiero tener disgustos...

SERAFÍN.– ¡Mujer...!

MARI-PEPA.– Llevadlo pa adentro...

SERAFÍN.– ¡Si estamos en primavera, si esto es primavera! Si no sé pa qué llevo tanta ropa.... *(Empieza a quitarse la pelliza con gran susto de la* MARI-PEPA.*)*

FELIPE.– ¡Agüelo, no haga usté locuras...!

HOMBRE 3.– Es natural tamién...

(En este punto entra un GUARDIA *de los llamados «romanones» y, como el señor* SERAFÍN*, viene con alguna copa de más. El uniforme señalado y el casco torcido.)*

GUARDIA.– ¡Vecinos, viva la República! Aquí está la autoría al servicio del pueblo.

LA VECINA.– *(Dando un grito.)* ¡Andá..., el que faltaba! Y cómo viene mi Robustiano. ¡Oye, sube, que te estoy esperando...!

GUARDIA.– *(Encarándose con la mujer.)* ¡Lo que es eso, «moscastrés»!... S´ha acabao la tiranía. Y espérate pa cuando venga el divorcio...

LA VECINA.– Pero ¿oye usté esto? ¡Robustiano, que a ver si empezamos la República con sangre...!

HOMBRE 1.– *(Acercándose al Robustiano, mientras los demás están con el* SERAFÍN.*)* Oye, tú..., ¿y entoavía llevas esos escudos y esas coronas?

GUARDIA.– *(Tratando de arrancarse los distintivos.)* Porque no me los pueo quitar... A ver si tú ties más uñas que yo...

LA VECINA.– Pero ¿qué haces? Pero ¿quies echarnos a pedir limosna, so granuja?

GUARDIA.– *(Mientras se deja arrancar los distintivos.)* El pie e paliza que te voy a dar en cuanti que me lo permita el pueblo va a ser de órdago, ¡so metementó!

LA OTRA VECINA.– Ya ve usté la República del Orden...

LA VECINA.– Yo me tendré que tirar por el viaducto con este hombre que Dios me echó.

GUARDIA.– ¡Pues andando ya...! *(Mientras, el otro ha sacado una navaja y le quita las insignias del uniforme.)* La ley del divorcio el primero que la usa es menda... ¡Por éstas...! En el cuartelillo lo estaba diciendo. ¡La que se ha armao, compadre! Yo y otro paisano de Sigüenza hemos llevao la voz cantante. ¡Pues claro! Los de Sigüenza semos más republicanos que naide... ¡A ver...!

HOMBRE 1.– Déjame, estate quieto, que esto está más pegao que el culo el rey en el trono...

MARI-PEPA.– *(Que no ha conseguido convencer al señor* SERAFÍN.*)* ¡Bueno, allá usté, agüelo!... Sálgase con la suya. Coja usté una pulmonía doble y amárguenos el día...

SERAFÍN.– ¡Que no me pasa nada, mujer! *(Se ha echado la pelliza sobre los hombros.)*

FELIPE.– Un ratito nada más y se mete usté adentro... Tú, *(A la* MARI-PEPA.*)* enciende un brasero y a ver si avivas eso, que va a llegar el Julián...

MARI-PEPA.– Menos mandar, ¿eh? Menos mandar. Que pa mandar, estábamos bien como estábamos...

GUARDIA.– Lo que es el seso débil va a ser duro de pelar...

SERAFÍN.– Déjame un ratito, mujer, y luego entro...

MARI-PEPA.– A ver si es verdá. ¡No me dé un desgusto, señor Serafín...!

(De pronto un grito. Un jovenzuelo que entra como una tromba en el patio. Viene vestido de esmoquin, pero todo arrugado, despeinado, el lazo roto es el PICHI.*)*

PICHI.– *(Entrando.)* ¡Padre!... ¡Madreee!... ¡Viva la República...!
FELIPE.– ¡Pichi...!
MARI-PEPA.– ¡Chiquillo...!
SERAFÍN.– ¡Muchacho... !
PICHI.– *(Abrazando a sus padres.)* ¡Viva la República...!

(Todos rodean ahora al PICHI.*)*

MARI-PEPA.– Pero ¿cómo vienes de esas trazas? Pero ¿t´has mirao al espejo?
PICHI.– ¡A ver si hay una copa pa un republicano...!
FELIPE.– ¡Ele con mi chiquillo...! *(Con cierta preocupación.)* Pero ¿qué ha pasao?
PICHI.– *(Bebiendo de la botella de aguardiente que le largan.)* Pos que ya s´ha terminao la esclavitud. ¡Y que ya s´ha terminao el Palas y toos los mangantes, que too es pal pueblo...!
MARI-PEPA.– ¡Pero chicoo...!
PICHI.– ¡Que habemos dao el golpe y se ha terminao! ¡El Palas ocupao! Y la etiqueta ya no sirve. Ahora tos semos iguales y no hay servidumbre. ¡Que ya no soy el botones del Palas...!
HOMBRE 1.– ¡Natural...!
HOMBRE 3.– ¡A ver...!
FELIPE.– ¡Pero bueno...!
PICHI.– Y que más de uno s´ha llevao una tunda por carca; pero que un servior en cuanti que entró la masa, pos eso, que me pasé a la masa. Y ya está... *(Arrancándose una manga del esmoquin.)* ¡Y que ya no quiero esto pa na...!
FELIPE.– *(Cogiendo la manga.)* Bueno, chico, que el traje no tie la culpa...
PICHI.– ¡Que no me da la gana de servir a ningún burgués, ea! Y que ahora me visto de lo que soy, de obrero... ¿Quién me presta un mono?
FELIPE.– Bueno, bueno, sin prisas...
MARI-PEPA.– ¡Huy, madre, qué locura...!
LA VECINA.– *(Que ha vuelto a salir.)* Ciempozuelos en la calle Ministriles...
GUARDIA.– Y un loquero que te va a medir las costillas... *(Desenvainando el sable. Los hombres le sujetan.)*
HOMBRE 3.– *(Que ha ido por un mono de los de peto y se lo tira al* PICHI.*)* ¡Ahí ties, ninchi, tu nueva indumentaria...!

PICHI.– ¡Mersi! Me desdisfrazo y me visto... Y organizamos la borrachera por too lo alto... ¿Aónde está la Margot?... *(Hace mutis en el tabuco de la vivienda.)*

(Se oye ahora una estrepitosa jarana. Los sones del organillo se agudizan. Vuelven a entrar los críos que terminan de alborotarlo todo. El cartelón con la República se desclava y cae sobre el coco de unos cuantos.)

CHIQUILLOS.– ¡Que viene el concejal!... ¡El concejal!... ¡Viva la República...!
MARI-PEPA.– ¡El Julián, que ya está aquí...!
FELIPE.– *(Corriendo a la puerta.)* ¡Julián, Julián...! *(Todos corren, incluso el* GUARDIA, *a recibir al personaje.)*

(Aparece el cortejo concejeril compuesto por el nuevo concejal republicano por el distrito de la Inclusa, don JULIÁN, *que viste un flamante traje a rayas y se toca con un sombrero flexible; en la solapa, una escarapela tricolor. Con él viene su esposa, doña* SUSANA, *guapetona con un abrigo de entretiempo, de cuello suavemente peludo, como una artista de cine. La hija, la* SUSY, *vestida de señorita con traje sastre y cuello corbata, la* SEÑÁ RITA, *vestida de impecable negro, repeinada y ostentando con desenfado antiplebeyo pendientes de brillantes. Varios personajes oscuros de guardaespaldas. Dos fotógrafos que plantan sus trébedes por el patio, preparándose a encender el magnesio rodeados por los* CHIQUILLOS.*)*

GUARDIA.– *(El primero en lanzar el grito, mientras los viejos amigos se abrazan y besuquean.)* ¡Viva el compañero concejal...!
TODOS.– ¡Vivaaa...!
GUARDIA.– ¡Viva el destrito republicano e la Inclusaa...!
TODOS.– ¡Viva...!

(Guirigay de apretones, de abrazos, besos. La SUSANA *besa a la* MARI-PEPA. *Ésta besa a la chica. El* FELIPE *abraza al* JULIÁN, *etc.)*

HOMBRE 3.– *(Adelantándose hacia la* SUSANA *y requeriendo el silencio. Lleva una banderola tricolor.)* Señora y compañera... *(Nadie le hace caso y sigue el guirigay.)*

(El señor FELIPE *va de un lado a otro dando abrazos. El señor* SERAFÍN *gesticula. Los fotógrafos empiezan a tirar flashes.)*

GUARDIA.– *(Enarbolando el sable.)* ¡Haiga orden!... ¡Viva Sigüenza...!

LA VECINA.– *(Junto con otras que han salido al barandal.)* ¡Viva, viva, viva, viva la Pepa!, ¡viva mi tía!... ¡Viva yo!...¡Que le den la oreja, que le den la oreja...! *(Todo con retintín.)*

HOMBRE 3.– *(Con la banderola en la mano.)* ¡Señora y compañera!... *(A gritos.)* ¡Seeñora y cooompañeraaaa...! *(El grito «para» a todos.)*

SERAFÍN.– *(En el silencio se oye la última frase de un discurso solitario.)* ... Lo he visto en pañales y me se ha meao encima... ¡Sí señor!... *(Alguien le obliga a callar.)*

HOMBRE 3.– Señora y compañera; señora y compañera: «este compañero en nombre de los compañeros, u séase, de los vecinos de esta casa e la calle Ministriles, siete, u séase, los compañeros, que son más compañeros que vecinos...

FELIPE.– *(Aclarando.)* O pues decir: que son los compañeros-vecinos...

HOMBRE 3.– *(Luego de una mirada desafiante al* FELIPE.*)* Los compañeros de su señor esposo de usté saludan al concejal de la República y le ofrecen esta bandera tricolor con la sangre de los héroes de Jaca, Galán y García Hernández, como prueba de eso, el republicanismo, u fidelidad, pa lo que sea...! *(Entrega la bandera a la* SUSANA *entre una salva de aplausos; la* SUSANA *se seca las lágrimas y dice muy sosa:)*

SUSANA.– ¡Muchas gracias...!

LA VECINA DE ARRIBA.– *(Con sorna.)* ¡Pa las Inacias...!

SUSANA.– ¡Qué ilusión...! *(A* JULIÁN.*)* ¿Qué te parece?

VECINAS.– *(Piropeando a la* SUSANA.*)* ¡Guapa!, ¡guapetona!... Viva Madrí que es mi pueblo.

FELIPE.– *(Tirando al* JULIÁN *de la manga.)* ¿Has visto cómo está el patio? *(El* JULIÁN *asiente con la cabeza.)*

La señá Rita.– Pos pa dar trabajo a las mujeres que mañana tendrán que fregotear too esto...

Felipe.– Ahora amos a tomar un refresco...

(La Mari-Pepa *y otras mujeres sacan jarras de limonada y vino.)*

Serafín.– *(Como un energúmeno en medio del patio.)* Callarse, coño, a ver si nos entendemos... *(Un golpe de tos. La* Mari-Pepa *deja caer un jarro y va a darle golpes en la espalda.)*

Julián.– *(Que se ve obligado a hablar. Levantando los brazos.)* ¡Compañeros, compañeros. *(Decrecen las voces con bastante esfuerzo, alguien da un sopapo a un niño, que ahora berrea.)* ¡Compañeros, compañeros! *(Aplausos. Vítores. El* Julián *saluda. La* Susana *y su chica se han sentado y beben un vasito que les ofrecen la* Mari-Pepa *y otras mujeres.)*

Felipe.– *(Con un grito estentóreo.)* ¡Silenciooo!... Callarse ya de una puñetera vez...

Julián.– ¡Compañeros...! *(Bajando el tono en un quiebre espectacular.)* Compañeros, viejos amigos míos... ¡Hoy sí que todos somos hermanos..! *(Aclamación general.)* Hoy sí que, en este inolvidable 14 de abril de 1931, los compañeros del tajo somos los compañeros de la vida, es decir, u séase, de la lucha por los más inalcanzables ideales, *(Otro estallido. Flashes de los fotógrafos.)* que hoy ya son nuestros... *(El delirio, vivas. El* guardia *que grita: «¡Viva Sigüenza!...», etc.)* Pero hoy..., hoy..., este que viene a veros y lo es, Julián, el cajista, no tiene otro timbre de haber nacío en este barrio y haber sío el compañero que siempre ha sío... U séase, que concejal u no concejal, un republicano más republicano que nadie... *(Alborozo.)* Y así os digo: ¡Compañeros, a mandar! La primera visita ha sido para vosotros, porque vosotros sois el pueblo y yo soy vuestro mandao. He dicho. ¡Y viva la República...!

Todos.– ¡Viva!... ¡Viva...!

Felipe.– Qué carrera va a hacer el gachó en el Congreso...

Hombre 3.– Así se habla...

Vecina.– ¡Viva los hombres del pueblo...!

Guardia.– Y mueran las mujeres con lengua de víbora...

Julián.– ¡Bueno, y ahora divertirse...!

(Aparece el PICHI *vestido ahora ya con su mono-peto azul y su gorrilla.)*

PICHI.– *(Al organillo.)* Venga ya, márcate un chotis que poamos bailarlo en un ladrillo... *(El* JULIÁN *se adelanta a saludar al* PICHI *rodeado por sus familiares.)*

JULIÁN.– *(Presentando a su chica.)* Aquí ties a mi chica...

SUSANA.– *(Mirando con ojos atravesados la presentación.)* ¡Huy, qué chico tan mono...!

SUSY.– *(Dando la mano al* PICHI.*)* El gusto es el mío...

PICHI.– *(A la* SUSY.*)* ¿Nos marcamos un chotis, guapa?

SUSY.– No sé bailarlo...

FOTÓGRAFO.– *(Tratando de hacerse oír.)* ¡Señor concejal, señor concejalll...!

JULIÁN.– ¿Qué pasa en Cádiz?

FOTÓGRAFO.– A ver si podían arrejuntarse ustedes pa hacer una foto e conjunto pal periódico...

JULIÁN.– Eso ya está hecho... *(Dando palmadas.)* Ea, venirse p´acá, que vamos a hacer un retrato...

SUSANA.– ¡Huy yo, madre mía, con estos pelos...!

MARI-PEPA.– *(Al* PICHI.*)* Y tú con esa facha... Te podías haber dejao el smoking...

PICHI.– *(Que se ha emparejado a dos muchachas, coge a cada una del brazo.)* ¿Dice usté facha? ¡Emparejado con dos maravillas del mundo!

(Con mucho trabajo se logran agrupar todos. Algunos acuclillados formando ese conjunto típico de las revistas tipo «Mundo Gráfico».)

FOTÓGRAFO.– *(Ordenando el grupo.)* Vosotros más p´acá... Usté adelántese...

MARI-PEPA.– *(Que ha sacado un mantón alfombrado y se lo echa a la* SUSANA.*)* Tú, con mantón, como es debío...

SUSANA.– *(Con cierto disgusto y dejándoselo desangelado por los hombros.)* ¡Huy, qué detalle más bonito...!

JULIÁN.– ¡Alto!... ¡Alto!... *(Todos callan.)* ¿Aónde está el señor Serafín?

(Gran revuelo. Zozobra de la MARI-PEPA, *corren todos a buscarlo. Y lo encuentran tumbado en el suelo durmiendo la mona. Lo levantan mareado.)*

MARI-PEPA.– ¡Agüelo! ¡Agüelo!... ¿No lo decía yo? ¿Está usté malo?
JULIÁN.– No es na... La emoción... Ponerlo p´acá...
MARI-PEPA.– Sentarlo aquí.

(Lo sientan en un taburete.)

SERAFÍN.– *(Incoherente.)* Los he tenío en mis brazos..., ¡mamones tos ellos...!
MARI-PEPA.– Estese usté quieto, que va a salir un pajarito...
VECINA.– *(Arriba.)* ¿Y nosotras no semos hijas e Dios, o, por mejor decir, hijas e la República?
JULIÁN.– La que quiera que baje... Ninchi, ¿ties el ozjetivo a punto?
FOTÓGRAFO.– Estoy peinándolo...
PICHI.– *(Emparejado a las dos hembras.)* ¡Tira ya, que no lo resisto...!

(En este momento hace irrupción en el patio la LOTERA *Macaria, pero esta vez no vende lotería, sino que rifa una pomposa estatua de «la República».)*

LOTERA.– ¡Se rifa!... ¡Se rifa la República!... ¡A diez el número!... ¡Vaya República que rifo hoy...! *(Se detiene al ver el grupo y a los fotógrafos. Un fogonazo tremendo. Alborozo. Vivas. El organillo que marca ya el chotis y oscuridad.)*

MOMENTO SÉPTIMO

En un baile popular y veraniego, allá por la bombilla, el PICHI, *vestido con su peculiar atuendo de metalúrgico, la gorrilla ladeada, baila un suntuoso tango de moda, y como son varias las gachís que se lo disputan, se ve obligado a cambiar de pareja, ante la envidia de muchos que beben en el tabladillo del bar, o alternan a discreción. Por el gramófono la voz inolvidable de Carlos Gardel. El* PICHI *traza estupendos ochos con los pies al compás del bandoneón, arrastrando a su rendida pareja.*

PICHI.– *(A la pareja que ahora tiene en turno, una morenaza con un gran lunar en la mejilla.)* Lo bailas fetén, chata...

MARGOT.– ¿Lo dices de guasa?

PICHI.– Lo digo porque paeces una pluma...

MARGOT.– Pues agárrame fuerte, ninchi, que no me vuele...

LA TRINI.– *(Una rubia platino de moda.)* Bueno, ya está. Que ya han pasao dos minutos y me toca...

LA MARLÉN.– *(Una aparatosa «vamp» de Lavapiés.)* Me toca a mí, nena...

PICHI.– Anda y que te ondulen con la permanent...

MARGOT.– De ésta aprendo el tango a lo chanchi... No me sueltes, Pichi, que me mareo.

LA TRINI.– *(Quejumbrosa.)* ¡Pero si es que me toca...!

MARGOT.– Paciencia...

PICHI.– No sulfurarse, que hay pa toas... Y si sus sulfuráis, ya sabéis...

MARGOT.– ¡Lo tomáis con seltz...! *(Se aleja hacia las sombras con su pareja, que subraya la frase con una risita.)*

LA TRINI.– ¡Ay, qué tío...!
LA MARLÉN.– Y cómo abusa ésa...
LA TRINI.– ¿Y tú qué harías en su lugar? Ponte la mano en el corazón, Marlén.
LA MARLÉN.– Pos yo na, porque a mí no me tira el tango, que me tira el chotís, que es lo mío, que pa eso soy de Lavapiés... ¡Ele!... (*Levanta los brazos y se marca unos pasos de chotís.)*
UN RANDA.– *(Acercándose a ella.)* ¡Y ele!... Eso es baile y no lo que se marcan otros, que se las quien dar de modernos. ¿Amos, chata?
LA MARLÉN.– Con esa placa, na. Di que pongan algo bailable...
UN RANDA.– Te lo garantizo... *(Va hacia el bar.)*

(Vuelve otra vez la pareja del PICHI *y la* MARGOT.*)*

LA TRINI.– ¿Entoavía no habéis terminao el tango?
PICHI.– *(Al que controla la gramola.)* Dalo otra vuelta, que entoavía estamos en el ABC.
LA TRINI.– Eso sí que no, eso pasa e castaño oscuro, ¡Ahora bailas conmigo el pasodoble del Negro Aquilino...!
PICHI.– *(Soltándose.)* Oye, no te me pongas dramática, que te paeces a la Margarita Sirgú... *(Efectivamente, se detiene el tango y suenan los primeros compases del chotís.)*
MARGOT.– *(Enfadada.)* ¡Mira qué bien...!
LA MARLÉN.– *(Que viene corriendo hacia el* PICHI.*)* Mi chotís, ninchi...
MARGOT.– ¡Tu madre...!
UN RANDA.– *(Viniendo hacia la* MARLÉN *y cogiéndola.)* Me lo habías prometido, chata.
LA MARLÉN.– ¡Quita ya!, ¿de qué...? *(Mientras ellos disputan, el* PICHI *coge el brazo a la* MARGOT.*)*
PICHI.– Anda, amos a refrescarnos un poco, que nos conviene...
LA TRINI.– ¿Y yo qué? *(Nadie parece hacerla caso.)*

(El PICHI *bebe un refresco con la* MARGOT *y por fin la* MARLÉN *baila el chotís con el* RANDA. *La pobre* TRINI *se sienta, coge una revista y empieza a mirar fotos. De pronto entra un tipo con un par de copas de más, muy feote él y con ganas de armarla. Mira con desprecio a las parejas que bailan y se acerca a la* TRINI.*)*

EL CURDA.– ¿Me pueo asentar aquí, señorita? Amos, quieo decir si no es molestia...

LA TRINI.– Pa eso está la silla...

EL CURDA.– Pero qué amable... ¡Y qué ojazos...!

LA TRINI.– Pero sin arrimarse, que el vino me marea...

EL CURDA.– ¿Vino? Cazalla, niña, cazalla e la sierra...

LA TRINI.– Lo que sea...

EL CURDA.– Aquí tos estos vagos dándose el bailete y ahí enfrente a tiros los leales a la República...

LA TRINI.– *(Sin hacer caso.)* ¡Que no me se arrime, hombre...!

EL CURDA.– Desimule. Decía que... *(Mirando la revista que hojea la* TRINI.*)* Pos usté tie unos ojazos que los de esa china son na comparaos...

LA TRINI.– *(Divertida.)* ¡Ay, qué gracia! Pero si es la Yoan Cránfor...

EL CURDA.– Pos usté vale más que ella...

LA TRINI.– *(Cerrando la revista.)* Bueno, pos si está usté por apretar tanto, vamos a bailar, ¿no?

EL CURDA.– Eso sí que no...

LA TRINI.– ¡Pero bueno...!

EL CURDA.– ¿Le paece a usté bien, compañera, que toos estos vagos estén aquí dándose el lote mientras los compañeros se la juegan ahí en Usera con los del Orden? Yo he entrao a azvertirlo...

LA TRINI.– Pos ya se pue ir por donde ha venío... ¿No te fastidias?

EL CURDA.– ¿Le paece a usté tamién tie... su importancia... *(Ha terminado el chotis y se acercan todos.)*

EL PICHI.– ¿Qué pasa?

LA TRINI.– *(Al* PICHI.*)* ¡Bendito sea Dios, me libráis de un pelma...!

EL CURDA.– Pos pasa que mientras vosotros estáis aquí desfrutando, ahí enfrente, en Usera, se está dando la gran batía...

PICHI.– ¡Andá, pues vaya novedá, y cuando no es pascua...!

EL CURDA.– Y que no habemos puesto la República pa que s´aprovechen cuatro vagos.

EL RANDA.– *(Mientras el* PICHI *lanza una carcajada.)* Bueno, sin insultar, ¿eh?

EL CURDA.– La verdad verdadera...

EL RANDA.– No te parto la boquita porque ties unas copas de más y eso me da respeto...

MARGOT.– ¡Anda, pos vaya pelma!; ahora que se estaba poniendo el baile en condiciones.
LA MARLÉN.– Pa ti sobre too, ¡abusona...!
MARGOT.– ¡Que no es mi santo, niña...!
LA MARLÉN.– ¡Ni el mío, que lo fue el viernes pasao...!
PICHI.– *(Dando unas palmadas.)* ¡Venga ya, músicas y menos cinematógrafo...!
EL CURDA.– *(Que ha retrocedido un poco pero sigue desafiando al* RANDA.*)* ¿A mí me vas a partir la boca? Tú no partes ni el Pocholo...
LA MARLÉN.– No te líes...
EL RANDA.– A tortas me voy a liar. Na más que eso...
EL CURDA.– *(Muy desafiante ahora.)* Que seas capaz de choricear un reló Longines a las doce del día, pase; pero de partir la boca...
EL RANDA.– *(Remangándose.)* Te lo voy a demostrar, hombre...
LA MARLÉN.– *(Sujetándole.)* Pero ¿es que vas a dar la noche?
EL CURDA.– *(Que se ha escabullido, sale gritando.)* ¡Fascistas!, ¡Fascistas...!
EL PICHI.– ¡Ay, qué tío que la ha cogío política...!
EL RANDA.– *(Volviéndose junto a la* MARLÉN *satisfecho de la huida del* CURDA.*)* Me ha evitao un trabajo y no me he hecho daño en la mano...
LA MARLÉN.– Eres un sol. Vales más que muchos que pasean por ahí...
MARGOT.– *(Que ha cogido la indirecta.)* ¡Pichi, cómo van desesperás detrás de ti...!
LA TRINI.– Vaya noche que me estáis dando entre todos. ¡Yo me marcho...!
PICHI.– Pero, bueno, ¿y esa música?
VOZ DESDE FUERA.– Ya no hay más músicas, que son las tres...

(Voces malhumoradas en el cansancio deprimente de la madrugada, mientras se van apagando las luces.)

EL RANDA.– Pos ahora me se antoja a mí bailar el pasodoble de Joselito...
LA MARLÉN.– Pos como si quieres bailar el de Belmonte...
LA TRINI.– *(Que ha ido hasta la puerta y vuelve.)* No salgáis ahora, que hay jaleo...
EL RANDA.– ¿Pasa algo?
LA TRINI.– Los del Asalto están dando palos y se oyen tiros...
EL RANDA.– Lo que yo digo: que siga el baile... ¡Adentro, adentro...!

PICHI.– ¡Pos vaya lata tamién con la política! No pasa día sin festejo...
MARGOT.– Sí, chico, qué aburrimiento...
PICHI.– Porque ca cosa a su hora, ¿no? Si se ha de luchar, se lucha, y si se ha de divertir, uno se divierte...
UNA VOZ CHUNGONA.– El caso es no trabajar...
PICHI.– ¡Naturaca...!
MARGOT.– *(Echándole el brazo por el cuello.)* No me abandones, que me pierdo...
UNA VOZ QUE GRITA DESDE FUERA.– ¡Tu padre!..., Pichi..., ¡tu padre...!
LA MARLÉN.– ¿Qué pasa? El susto que me ha dao el tío...
LA TRINI.– Es el curda...
EL RANDA.– ¡La madre que lo parió...!
VOZ DESDE FUERA.– ¡Tu padre, Pichi..., tu padre...!
EL RANDA.– *(Al* PICHI.*)* Te quie provocar... ¿Salgo y le hago la solriza?
LA TRINI.– Podía ser yo guardia de Asalto y lo ondulaba, pero a la permanent...
VOZ.– ¡Pero Pichi!..., ¡tu padre!..., ¡Pichi...!
PICHI.– *(Gritando para afuera.)* ¡La tuya, so ladrón! ¡Chorizo, cavernícola...!
VOZ.– *(Ahora fuerte.)* ¡Que están matando a tu padre, Pichi!... ¡Que lo matan...!

(Gran conmoción. Nerviosismo.)

PICHI.– ¿Qué dice?
LA MARLÉN.– ¡Si está borracho...!
EL RANDA.– Le tapo la boca...

(El PICHI *ha corrido hacia la puerta y observa. Se oye gran ruido.)*

VOZ DESDE FUERA.– Pero ¿qué hijo es ése que no sale a defender a su padre...?
VOZ DEL SEÑOR FELIPE.– ¡Me basto solo!... ¡Dejarme solo!... *(Chillidos. El* PICHI *sale a escape, mientras los demás se mantienen prudentes. El* PICHI *ha lanzado aquella voz tan frecuente en los melodramas: «¡Padreee...!». Y un negro presagio se lee en todos los rostros.)*

MOMENTO OCTAVO

Julio de 1936. Días después de la muerte del Felipe. *En el patio de la calle Ministriles, sentados a la fresca, están la* Mari-Pepa, *enlutada, avejentada y derrotada, meciendo en los brazos a una criaturita. A su lado, balanceándose en la silla vestido con traje blanco, aunque sin corbata y abanicándose con el sombrero, el* Julián. *De lejos llega aquel pregón: «¡Fresquitaaa... horchataaa...!». Se oyen músicas radiofónicas que casi al unísono repiten una copla de moda: «Mari-Cruz», que alterna con «María de la O».*

Mari-Pepa.– ¡Te digo que...!
Julián.– No hay otro remedio, chica. Paciencia...
Mari-Pepa.– Lo que es eso...
Julián.– Too se arreglará...
Mari-Pepa.– *(Limpiándose una lágrima.)* Sí, sí..., lo que es a mi Felipe no le van a devolver la vía, por mucho que se arregle too...
Julián.– Mujer, yo comprendo...
Mari-Pepa.– Lo que es a mí la República m´ha traío más desgracias que toas las monarquías juntas...
Julián.– ¡Mujer...!
Mari-Pepa.– M´ha dejao viuda y con un niño que... más vale no hablar...
Julián.– Mujer, tampoco es pa que te lo tomes así...
Mari-Pepa.– Ya ves tú, el Pichi, quién lo había de decir. Tan formal y tan buen hijo cuando trabajaba en el Palas. Y de pronto, ¡hale! Él desfrutando en los cabaretes, mientras su padre por exaltao, porque era un exaltao, se dejaba matar por cuatro pistoleros...

JULIÁN.– No, mujer, que no era exaltao...

MARI-PEPA.– Pos no sé qué era. ¡Amos, que dejarse matar pa que cuatro sinvergüenzas sigan viviendo a gusto...!

JULIÁN.– Que no es así mujer. ¿Cómo quies que te lo diga?

MARI-PEPA.– A mí no me ties que decir na, que yo no me chupo el deo. El Felipe, que en gloria esté, que era mu güeno, pero mu bruto el pobre, se dejó estafar, así, estafar, por cuatro sinvergüenzas, que me callo...

JULIÁN.– ¡Es que si te pones así...!

MARI-PEPA.– ¡Y pa que te enteres de una vez: a mí la República, maldita sea la..., no m´ha traío más que desgracias y desgracias y desgracias...! *(Lloriqueante.)* Amos que... Si tú lo sabes, que al día siguiente se murió de pulmonía el pobre Serafín; ¿no te acuerdas? Que se quedó tieso aquí mismo. Luego, mi niño, el Pichi, que paecía una mosca muerta y ya ves tú, arrastrao por toas las pindongas del barrio, y con este fruto *(Muestra el envoltorio del niño.)* que me larga por si tengo pocas penas. Y lo peor..., ¡mi Felipe...!

JULIÁN.– Mujer, ties que serenarte...

MARI-PEPA.– ¡No necesito consejos...!

JULIÁN.– Y por eso no has de echar la culpa a la República...

MARI-PEPA.– ¡Si te paece!... Mía si no reventaran tos los políticos.

JULIÁN.– En toas las revoluciones hay siempre aprovechaos.

MARI-PEPA.– ¡Como tú... !

JULIÁN.– ¡Oye, oye, oye...!

MARI-PEPA.– ¡Ni oye, ni na! Tú como los otros, y los otros, como tú... Aprovechaos na más; aprovechándoos de otros pa que sus saquen las castañas del fuego...

JULIÁN.– ¡Que me estás ofendiendo, Mari-Pepa...!

MARI-PEPA.– ¡Pos te lo tomas con... seltz! Ya lo sabes, vosotros mu bien arrepantingaos, con vuestras casas y vuestros automóviles y aprovechándoos de cuatro desgraciaos como el Felipe... Mira, Julián, no me hagas hablar, no me hagas hablar... *(Al niño.)* Calla, nene, calla, toma... *(Le mete el chupete en la boca.)*

JULIÁN.– *(Levantándose.)* Es que no se pue hablar contigo...

MARI-PEPA.– Demasiá pacencia estoy teniendo...

JULIÁN.– Pa mí ha sío como si hubiá muerto mi hermano. Ya lo sabes...

MARI-PEPA.– No quisiá yo saber tanto...

JULIÁN.– Estás ofendiendo su memoria...

MARI-PEPA.– Eso antes, antes...

JULIÁN.– Y si yo estoy aquí es porque no te abandonaré mientras viva, y no te ha de faltar de na...

MARI-PEPA.– ¿Pos sabes lo que te digo, Julián? Que yo no necesito pa na de ti, mientras Dios, sí, Dios, me conserve saluz pa trabajar. No necesito na de ti, ni de nadie. ¡Conque...!

JULIÁN.– Tú sí que estás exaltada...

MARI-PEPA.– Pos si estoy, lo que sé... Pero tu ayuda te la pues meter aonde te coja. Que menda, la hija e su madre, se basta y se sobra pa salir adelante y criar a los hijos de otro, como éste. Y porque ya no tengo años pa eso, que si no me metía a puta antes de coger un cochino céntimo de vuestra mano...

JULIÁN.– ¡Pero bueno...!

MARI-PEPA.– ¡Ni bueno, ni malo! Te lo tomas como quieras, con seltz o solo. Eso antes, antes. A mí me mataron un hijo en Melilla y vosotros me habéis matao al marío; ¿qué quieres?, ¿que yo ahora te dé las gracias por tu ayuda? ¿Mientras vosotros estáis hechos unos señorones? Mira, Julián, haz el favor de dejarme tranquila y vete a la Casa e Pueblo, o adonde tengas que ir, que... *(Llora.)*

JULIÁN.– Eres injusta, Mari-Pepa. De verdá. Y no hay manera...

MARI-PEPA.– Y que ya está too hablao: amos; que no quieo na de ti, ni de los tuyos. ¿Está claro, o no?

JULIÁN.– Bueno, mujer, bueno... Ya hablaré yo con el Pichi...

MARI-PEPA.– Por mí pues hablar con el Pichi, otro sinvergüenza, capaz de sacarte los cuartos; pero como yo me entere, te juro que le mando a acompañar a su hermano y a su padre, que en paz descansen. Y... *(Se detiene.)* ¡no me hagas barbarizar, Julián...!

JULIÁN.– Bueno, bueno, me voy, porque no hay quien hable contigo...

MARI-PEPA.– ¡Pos abur!..., ¡o saluz, como se dice ahora...!

JULIÁN.– Estás excitada y es natural. Pero yo confío en que te calmes...

MARI-PEPA.– Bien calmá estoy...

JULIÁN.– Porque yo no te dejo abandoná...

MARI-PEPA.– Ahora te haces el caballero...

JULIÁN.– Bueno... Me voy... *(Va a hacer mutis.)*

MARI-PEPA.– Oye..., y si ves a ese hijo de puta, el Pichi, haces el favor de decirle que no s´acerque por aquí, porque le desgracio. ¿Te enteras?

(Se oye una especie de silbido del JULIÁN. *La* MARI-PEPA *se queda sola. Se limpia las lágrimas. Mece a la criatura y grita hacia el fondo del patio.)*

MARI-PEPA.– ¡Margot, chica, ya pues salir...!

(Aparece la MARGOT. *Muy demacrada y triste.)*

MARGOT.– ¿Ya se ha marchao?
MARI-PEPA.– *(Muy seria.)* Ya... ¡Toma a tu crío!... *(La* MARGOT *lo coge.)*
MARGOT.– Hace un calor...
MARI-PEPA.– Pos t´abanicas...

(Pausa tensa.)

MARGOT.– *(Acunando en los brazos al niño, rompe a llorar.)* ¡Ay, qué desgraciá soy...!
MARI-PEPA.– *(Cogiéndola de nuevo al niño.)* Trae acá... Llora a tus anchas. Que lloras más que la Llorona.
MARGOT.– ¡Si es que no pueo más...!
MARI-PEPA.– Pos ya habrás oío lo que le tengo dicho. Que por aquí no aparezca ese sinvergüenza e maleante, porque te lo desgracio como me llamo Mari-Pepa...
MARGOT.– ¡Ay, usté tamién...!
MARI-PEPA.– Aquí no entra ese parásito, vago, indecente, mientras yo viva. Ya lo sabes. Cuando me muera hacéis lo que queráis. Pero mientras yo viva, ¡huy!..., lo que es eso... Y tú ya sabes, si quieres te vas con él, a pendonear, a que te siga dando buenos pies de paliza y te engañe con otras; pero esta criaturita no sale de aquí, amos que no sale de aquí... ¡Que antes lo estrello la cabeza contra la paré!
MARGOT.– *(Llorando con la cara sobre la pared.)* ¡Ay, cállese usté, cállese...!
MARI-PEPA.– ¡Cállese, cállese! Golfantes tos, aprovechaos. ¡Hipócritas toos, jesuitas, que parecéis al Pae Laburu...! *(Apagón.)*

MOMENTO NOVENO

El 18 de Julio de 1936. En el patio de la calle Ministriles, la MARI-PEPA, *está tendiendo ropa, mayormente pañales de niño. A la baranda del piso de arriba se asoma aquella vecina que cuando la proclamación de la República ironizaba sobre ella. La* MARI-PEPA *parece muy desentendida de todo.*

VECINA.– *(Desde arriba.)* Pos es verdá, ¿sabe usté? Que se oyen «pacos».

MARI-PEPA.– Lo que es yo, no estoy pa pacos, ni pa pacas, con lo que tengo que hacer.

VECINA.– Y que icen que hay güelga. El arradio lo ha dicho...

MARI-PEPA.– Pa saber que tie usté radio no hace falta que lo diga, que bastante se la oye, precisamente a la hora la siesta...

VECINA.– Jesús, hija, y qué delicás sos habéis vuelto...

MARI-PEPA.– *(Masculla algo que no se entiende por sostener las pinzas de la ropa en la boca.)* ... ¡Tanta leñe, ya...!

VECINA.– Mía tú qué delicá. Dende que su nuera, u lo que sea, lleva kimono y se pasea por el patio pa que la miren...

MARI-PEPA.– Bueno, ya está bien. Si quie usté tirarme de la lengua, se la tira a su marío, que yo nanay...

VECINA.– Me paece que nos amos a llevar mu mal; pero que mu mal...

(Entra ahora la MARGOT, *que viene efectivamente vestida con kimono y un capacho con la compra. Viene muy sofocada.)*

MARGOT.– *(Entrando apresurada.)* ¡Huy, madre, creí que no llegaba...! Han tirao bombas, están quemando la iglesia San Cayetano... ¡Madre, qué susto...!

MARI-PEPA.– Pero chica...

MARGOT.– No hay pan. Una cola enorme. La leche no la he traío, porque está cerrao, que hay huelga. Y tiros. No salga usté, no salga usté. ¿Aónde está el niño?

MARI-PEPA.– Pos hija, lo que nos faltaba pa redondear el duro...

VECINA.– *(Arriba.)* Están quemando la iglesia San Cayetano. Salen chispas...

UNA VOZ.– ¡Y San Isidro...!

MARI-PEPA.– ... ¡Dito sea Dios!... ¡dito sea Dios...! *(La* MARGOT, *que ha entrado por el niño, sale meciéndolo.)*

MARGOT.– Mi niño, sobre to mi niño...

MARI-PEPA.– Métete dentro, mujer. No te preocupes, que aunque el niño no tenga padre nos bastamos solas. ¡Su padre! Seguro que es de los que están quemando San Cayetano, ateo, sinvergüenza...

MARGOT.– ¡Ay, cállese...!

MARI-PEPA.– Y quítate eso, mujer, y ponte otra cosa...

MARGOT.– ¿El qué?

MARI-PEPA.– El comono ese o como se llame...

MARGOT.– Qué manía. ¿Y qué me voy a poner?

MARI-PEPA.– No, si luego dicen, menúo Ciempozuelos. El caso es no tener un día tranquilo... Mujer, métete dentro. No salgas, ya iré yo por lo que haga falta...

MARGOT.– Espere usté a ver si pasa...

MARI-PEPA.– Lo de octubre no va a ser na, comparao... Al menos, a ver si poemos coger pan...

MARGOT.– *(Aterrorizada.)* Figúrese. San Cayetano ardiendo...

MARI-PEPA.– Pero ¿es verdá? Pero ¿serán capaces de hacer esa barbaridá? Madre mía, pensar que una está bautizá y casá en esa Iglesia. ¡Bárbaros...!

MARGOT.– Yo no sé qué hacer...

MARI-PEPA.– Y como tenemos hombre en la casa por la otra punta... Mi pobre Felipe, qué bien ha hecho en morirse...

(Y en ese momento, repentinamente, sin encomendarse a Dios ni al diablo, el PICHI *que entra, con una escopeta, vestido con mono y se dirige a las aleladas mujeres.)*

PICHI.– ¡Madre!, ¡Margot!... *(Y se lanza a abrazarlas y besarlas. Ellas, que no esperaban semejante cosa, se dejan besar e incluso colaboran.)*

MARI-PEPA.– ¡Hijo e mi vida...!

MARGOT.– ¡Pichi e mi alma...!

PICHI.– *(Mientras las abraza y besa.)* No moverse de aquí, no preocuparse de na, que too se va a arreglar. ¿Y el chavalín? Trae acá. Qué cosa más mona... *(Le hace carantoñas. Se saca del gran bolsillo del mono una libreta de pan.)* Tomar, pan. Y un bote de leche, pal chaval, que ya sus traeré más. Y no moverse de aquí, pa na. Que ya vuelvo...

MARI-PEPA.– Pero ¿qué pasa? ¿Aónde vas?

MARGOT.– ¡Chiquillo...!

PICHI.– *(Dando dinero a la* MARGOT.*)* Tomar dinero pa si sus hace falta; pero que yo vuelvo...

MARI-PEPA.– Pero ¿qué pasa?

MARGOT.– Yo me voy contigo...

PICHI.– Tú aquí. Yo vuelvo. ¡Saluz...!

*(*MARI-PEPA *coge por la manga al* PICHI *y lo sujeta.)*

MARI-PEPA.– Pero, bueno, ¿es que te crees que te vas a ir así de rositas? Pero ¿a ti te paece bien?...

PICHI.– ¡Madre, déjeme usté, que me está esperando el comité...!

MARI-PEPA.– ¿El comi...?

MARGOT.– Yo me voy contigo. *(Entregando el niño a la* MARI-PEPA, *que lo coge como sonámbula.)* Tenga usté, que me voy...

MARI-PEPA.– Pero ¿aónde vas a ir con esa facha?

VOZ AGUARDENTOSA QUE SUENA POR EL ZAGUÁN DEL PATIO.– ¡Pichiii!..., ¡venga ya, joer, que te estamos esperando...!

MARGOT.– *(Sujetando ahora al* PICHI.*)* Llévame contigo...

PICHI.– ¡Pero chica, si es cosa de tiros...!

MARGOT.– *(Intentando quitarse el kimono a la vista de todos.)* Lo que sea de ti que sea de mí...

MARI-PEPA.– Pero, so zorra, ¿te vas a desnuar aquí? *(La* MARGOT *da un grito y arrastra al* PICHI *hacia dentro, hacia la vivienda.)*

PICHI.– *(Dejándose arrastrar.)* Pero chica, el comité...

(La MARI-PEPA *se queda sola en el patio, con la criatura que llora y sin saber qué hacer.)*

MARI-PEPA.– Pero ¿habrase visto? ¡Amos que...! *(Reaccionando.)* Pero, güeno, ¿qué va a ser esto? ¡Pero qué hijo tie una, y qué nuera y qué...!
VOZ FUERA.– ¡Pero Pichiii...!
MARI-PEPA.– *(Gritando.)* ¡Mierda pa usté y pal Pichi...!

(Se abre de nuevo la puerta de la vivienda y reaparece el PICHI *y la* MARGOT, *que se ha vestido con el antiguo pantalón peto de su hombre y es ya la auténtica miliciana.)*

PICHI.– Me la llevo, pa no matarla...
MARGOT.– Abur, madre y cuide bien al niño. *(La da dos besos en las mejillas y sale corriendo del brazo del* PICHI.*)*
PICHI.– *(Gritando a los de fuera.)* ¡Ya vamos, compañeros. Ya vamos...!
MARI-PEPA.– *(Corriendo un poco tras ellos y tropezando con el cubo de ropa que estaba tendiendo.)* Pero ¿aónde váis, si pue saberseee?
VECINA.– *(Arriba con sorna.)* Pos a quemar iglesias, ¿aónde van a ir?
MARI-PEPA.– *(Volviéndose con furia.)* A usté, tía cochina, a usté es a la que había que quemar...
VECINA.– ¡Menos lobos, menos lobos...!
MARI-PEPA.– La lengua, la tenían que quemar...

(Ya iba la cosa a agravarse cuando se desliza una sombra en el patio. Es el JULIÁN, *ojeroso, pálido, fugitivo, que se planta ante la* MARI-PEPA.*)*

MARI-PEPA.– ¡Jesús!... Julián..., ¿qué te pasa ?
JULIÁN.– *(Con un hilo de voz.)* Ya te explicaré. Me ties que ayudar...
MARI-PEPA.– Pero ¿qué pasa? Ven p´acá... *(Lleva aparte a* JULIÁN *para quitarle de la vista de la tarasca de arriba.)* ¿Pasa algo?
JULIÁN.– Me persiguen, mujer, me han quitao el negocio. Escóndeme, si puedes...
MARI-PEPA.– *(Abriendo la puerta de la vivienda.)* Pasa, pasa..., ¡dito sea Dios! *(El* JULIÁN *ha entrado, y antes de hacerlo ella se vuelve para arriba y dice:)* Fisgona, cotilla... ¡ahh!... *(Saca la lengua y se mete en su casa dando un portazo.)*

MOMENTO DÉCIMO

Después de un bullicio de canciones, himnos, disparos bélicos, bombas de aviación, entremezclados esloganes revolucionarios, que se «pisan» unos a otros, se oyen las frases del himno triunfante, que dice nítidamente: «volverá a reír la primavera...»

Una calle del Madrid antiguo, en los años cuarenta. Un día frío invernal. Una viejecita arrugada se acurruca en el quicio de un portal. Lleva en la mano una caja de Farias llena de cigarrillos diversos.

MARI-PEPA.– *(Voceando con un hilo de voz.)* ¡Tabaco!... ¡Tabaco rubio y negro!... ¡Tabaco... *(Pausa.)* Tabaco..., tabaco rubio y negro...!

UN MUCHACHO.– *(Se detiene ante la vieja.)* ¿Tie tabaco rubio?

MARI-PEPA.– Sí, señor...

MUCHACHO.– ¿Americam?

MARI-PEPA.– ¿Cómo?

MUCHACHO.– Americano.

MARI-PEPA.– Tengo de éste, Bambi. A peseta el par...

MUCHACHO.– Joolines...

MARI-PEPA.– Y de éste a tres reales el pitillo...

MUCHACHO.– ¿Los Ideales a cómo?

MARI-PEPA.– Tres una peseta...

MUCHACHO.– *(Enfurecido.)* Mía si no fusilaran a tos los estraperlistas... ¡Una peseta, tres...! *(Se aleja.)*

MARI-PEPA.– *(Con un gesto de indiferencia.)* ¡Tabaco, tabaco rubio y negro..., tabaco...!

VOZ LEJANA.– Barras..., tengo barras...
MARI-PEPA.– Tabaco, tabaco negro, tabaco... *(Se sincronizan durante un tiempo los dos pregones. Alejado uno, cercano el otro.)*

(Se oye el frenazo de un coche y un soberbio «haiga» de la época se detiene ante la misma MARI-PEPA*, que asustada cubre con su delantal la caja de tabaco y se dispone a huir. Del coche ha descendido un chófer uniformado que abre la puertecilla a un anciano prepotente y orondo.)*

JULIÁN.– *(Que es el pájaro en cuestión.)* ¡Mari-Pepa, mujer!..., no corras, que soy yo...
MARI-PEPA.– *(Que ya se iba.)* ¿Tú?
JULIÁN.– *(Acercándose y dándola un beso en la mejilla.)* Lo difícil que es dar contigo...
MARI-PEPA.– *(Temblando entre los brazos de* JULIÁN.*)* ¿Quién te ha dicho dónde estaba?
JULIÁN.– Un pajarito...
MARI-PEPA.– Sí, menudo pajarito..., no me digas... *(Pregonando.)* ¡Tabaco, tabaco rubio...!

(El CHÓFER *se pasea arriba y abajo.)*

JULIÁN.– ¿Ahora te dedicas a esto?
MARI-PEPA.– *(Dándole una caja de cigarrillos.)* Toma..., un regalo...
JULIÁN.– Toa tu vía serás la Revoltosa...
MARI-PEPA.– Era, hijo, era...
JULIÁN.– Bueno, vente conmigo, que tenemos que hablar...
MARI-PEPA.– ¿Contigo? ¿Adónde?
JULIÁN.– A dar un paseíto...
MARI-PEPA.– ¿Un paseíto? No me hables de paseítos...
JULIÁN.– Gracias a ti no me lo dieron de verdad...
MARI-PEPA.– Ni me acuerdo. Ni me quiero acordar...
JULIÁN.– Sigues tan cabezota como siempre...
MARI-PEPA.– Contra más vieja…
JULIÁN.– Y siempre escondiéndote...

MARI-PEPA.– Viviendo mi vida, hijo... ¿Y tu mujer? ¿Y la niña?
JULIÁN.– Tirando...
MARI-PEPA.– Y prosperando...
JULIÁN.– Rehaciéndome...
MARI-PEPA.– No te mata a ti ni el sarampión...
JULIÁN.– Si no es por ti, ahora criaba malvas...
MARI-PEPA.– Por mí, no. Porque una es hija del pueblo y porque tos mis hijos y mi marío dieron su sangre pa que tú vivieras...
JULIÁN.– Malditas sean las guerras y quien las inventó...
MARI-PEPA.– Ca cual habla de la feria según le va en ella...
JULIÁN.– Tú has llevao la peor parte...
MARI-PEPA.– Gracias a mi nieto vivo...
JULIÁN.– Pues ahí está. De eso quería hablarte...
MARI-PEPA.– ¿De mi nieto?
JULIÁN.– Vente conmigo y hablaremos...
MARI-PEPA.– Contigo no voy... ni a la puerta e la calle. Ya lo sabes.
JULIÁN.– Pues yo bien que te busco...
MARI-PEPA.– Y siempre me encontrarás cuando necesites lo que sea. Y ya lo sabes...
JULIÁN.– *(Enternecido.)* Mari-Pepa, Mari-Pepa..., no sé qué decirte...
MARI-PEPA.– Déjate de zalamerías, que ya sabes que conmigo no valen… Si quieres algo, desembucha, que hace frío y tengo ganas de irme pal catre. Y mira lo que tengo que vender aún.
JULIÁN.– De tu nieto quería hablarte. Ya sabes que he hablao con él...
MARI-PEPA.– Lo sé...
JULIÁN.– Quiero pagarle los estudios, quiero hacerle un hombre, quiero que sea como mi hijo...
MARI-PEPA.– Pero no lo es...
JULIÁN.– No lo es. Ya lo sé...
MARI-PEPA.– ¿Y qué?
JULIÁN.– Quiero que el pobre muchacho tenga la suerte que no tuvieron los suyos...
MARI-PEPA.– Basta con que no le déis malos ejemplos...
JULIÁN.– Bueno..., ya sabes..., el chico está conforme...
MARI-PEPA.– Si él está conforme...
JULIÁN.– Pero tú eres su agüela... Bueno, su madre...

MARI-PEPA.– Y su padre y too... Ya os encargasteis vosotros de dejarle bien huérfano...

JULIÁN.– Nosotros... Yo, ¿qué culpa tengo?

MARI-PEPA.– De eso más vale no hablar...

JULIÁN.– Pero yo no quiero que te quedes sola...

MARI-PEPA.– Ni yo tampoco quisiera estar sola... *(Su voz desfallece.)*

JULIÁN.– ¿Por qué no te vienes con nosotros? No te faltará de nada...

MARI-PEPA.– Contigo, con vosotros... ni a la puerta e la calle. Yo aquí, en mi barrio, en mi casa. En lo mío, en lo que me queda, en lo que nos queda. Hasta el fin. Adiós, Julián...

JULIÁN.– Mari-Pepa...

MARI-PEPA.– Julián...

JULIÁN.– ¿Querrás ver a tu nieto, de vez en cuando?

MARI-PEPA.– ¿De vez en cuando? ¿De vez en cuando?

JULIÁN.– El no te olvidará nunca. De eso puedes estar segura...

MARI-PEPA.– Ya ves que no te lo disputo, Julián. El chico debe crecer, y debe vivir, y debe olvidar, también. Dile que me olvide. Que me olvide. Que se olvide de todo.

JULIÁN.– Eso sí que es imposible...

MARI-PEPA.– La juventud se cree con fuerza y ese chico ha sufrido mucho, aunque no es más que un niño. Con tal de que no pase lo que pasó su padre y su agüelo... Hazle que se olvide, Julián, que se olvide...

JULIÁN.– *(Abrazando a la* MARI-PEPA.*)* ¿Cómo ha de olvidarse? ¿Quién puede olvidarse de todo..., de todo esto..., de estas calles..., de estas casas..., de este corazón de hombre que es nuestro Madrid, Mari-Pepa. ¿Quién?

MARI-PEPA.– No lo sé. Déjame, Julián. Tengo que terminar el género. Fúmate esos cigarrillos y que seas feliz. Yo aquí me quedo y de aquí no me muevo...

JULIÁN.– *(Ante la absoluta resolución de* MARI-PEPA.*)* Adiós, gran mujer... *(Antes de entrar en el coche.)* Adiós, Revoltosa...

MARI-PEPA.– Adiós, Julián... *(Se oye el arranque del coche. La* MARI-PEPA *queda erguida, apoyada en el quicio, transida. Con voz grave vuelve a su pregón apenas rasgado por una última nota de dolor.)* ¡Tabaco!... ¡Tabaco!... ¡Tabaco rubio y negro!... ¡Tabaco..!

(Telón.)

EL PÁJARO SOLITARIO

Personajes

Fray Juan de la Cruz, reformador del Carmelo
Teresa de Jesús, fundadora del Carmelo Descalzo

EN EL CONVENTO CALZADO DE TOLEDO
El prior
Lego-carcelero
Fray 1
Fray 2
Padre 1
Padre 2

EN EL HAMPA DEL ZOCODOVER DE TOLEDO
La Maldegollada, verdulera
La Cascolina, ídem
La Palomita Torcaz, ídem
El alférez Cañamar, pícaro
El mandil, pícaro
El morisco, pícaro
Corchete 1
Corchete 2
La Méndez

EN EL CONVENTO DE LAS DESCALZAS DE TOLEDO
La priora
Monja 1
Monja 2
La mandadera

ACCIÓN: en Toledo, verano de 1577. Fray Juan de la Cruz, de 35 años de edad, ha sido secuestrado por los Carmelitas Calzados y puesto en estrecha prisión en la ciudad de Toledo. Los Calzados, en su propio convento, le someten a innumerables vejaciones.

PRIMERA PARTE

ESTAMPA I

Sombras zurbaranescas levemente traspasadas por lanzas de luz. Altas bóvedas conventuales, que más parecen fortaleza medieval. Ascético aislamiento de voces, pasos, susurros y misereres. El rumor, muy tenue, del rodar constante de las aguas del río Tajo, que lame los muros de la fortaleza-convento, especie de antigua rápita musulmana. La noche veraniega de Toledo empapa de sudor los hábitos de los Calzados y levanta en sus cerebros vapores delirantes llenos de desasosiegos y enfermiza sensualidad.

(Los Calzados van entrando al refectorio lentamente. Dos frailes jóvenes se detienen ante el umbral y hablan en voz baja.)

FRAY 1.– *(Mostrando al otro la correa del hábito.)* Mira qué fierro he puesto en esta correa...

FRAY 2.– *(Observando.)* Extremado sois en la penitencia, hermano. Habréis consultado con el maestro...

FRAY 1.– ¡Oh, no es para utilizarla contra mi cuerpo propiamente...! Solamente...

FRAY 2.– *(Comprendiendo.)* Comprendo. Es para...

FRAY 1.– Para castigar al Descalzo...

FRAY 2.– Pero es extremado. Yo creo... Debierais consultar al maestro...

(Hablan en un susurro para evitar que les oigan los otros frailes.)

FRAY 1.– El prior nos ordena expiar la penitencia contra ese impostor...

FRAY 2.– Sí, ciertamente. Pero... maguer que así sea... Debierais evitar la complacencia...

FRAY 1.– Cumplo con la obediencia...

FRAY 2.– Nadie ordenó que forráramos las correas con hierros...

FRAY 1.– Así sufrirá más y saldrá antes de sus errores. Por el Descalzo lo hago, por su pronto arrepentimiento...

FRAY 2.– *(Que parece estar harto y no mide demasiado sus palabras.)* Maravíllame ese fray Juan de cómo sufre los rigores con tal mansedumbre. Más parece santo que impostor... *(Se detiene asustado ante lo que acaba de decir.)*

FRAY 1.– Venturoso sois, hermano, si así lo creéis. Pero la obediencia nos señala otros rumbos...

FRAY 2.– Digo que me parece santo, digo que hay que pedir a la Santísima Virgen la santidad de todos, hasta de los réprobos...

FRAY 1.– *(Le observa fijamente a la vez que voltea la punta de la correa.)* Riguroso dicen que fue el Descalzo en la penitencia cuando era maestro de novicios en Pastrana, y así pienso que ha de serle grata la fuerte penitencia en su propio cuerpo...

FRAY 2.– Tal vez llevéis razón, hermano, tal vez...

(Las sombras dan paso a la sala del refectorio, donde los frailes Calzados terminan su magro yantar sentados ante dos largas mesas de cruda madera. En el centro hay un frailecillo arrodillado en el suelo, y a su lado una escudilla de agua y un trozo de pan que apenas ha probado. La luz que entra por el ventanal enrejado trae un adivinado frescor de agua fluvial, que parece refrescar aquella atmósfera de ojos ansiosos y gestos rígidos. Termina un salmodiar de latines y se ve la figura apoplética, torpe, del PRIOR *Calzado, que con trabajo sube los escalones que llevan al sitial del lector. Hay un terrible silencio. Todos observan al frailecillo arrodillado, que inclina los ojos hacia el suelo. Sólo se oye el lejano rumor del río y, a veces, el involuntario movimiento de una cuchara contra alguna escudilla. Las palabras del* PRIOR *caen en*

cascada como en un pozo profundo. El PRIOR *habla sin odio, fríamente, como está acostumbrado a hacerlo diariamente. No por eso sus palabras dejan de ser duras y crueles.)*

PRIOR.– Ved, hermanos, aquí tenéis de nuevo a este pobre fraile, que quiso reformar nuestra santa Orden. Quiso ser reformador cuando no merecía siquiera ser humilde hermano portero. Así ofendió a la Virgen Santísima, Nuestra Madre, la que nos dio su hábito y su Orden... *(Pausa. Suspiros de los padres.)* Contemplad de nuevo el pecado de la soberbia, la soberbia que puede llegar a escoger un cuerpo escuálido y miserable como el de este desgraciado. *(Voz tonante.)* ¡Oídme, hermano, oídnos de nuevo! ¡Oíd el clamor de nuestra indignación ante vuestras inauditas herejías! ¿Quién os indujo, quién, oh falsario, a ordenar que nos despojáramos de nuestro calzado y trocáramos nuestro hábito? ¿Quién os creisteis para aumentar el rigor de nuestra regla? ¿Acaso hubisteis revelaciones de la misma Virgen Nuestra Señora...? *(Pausa tensa.)* ¿Cómo pudisteis erigiros en reformador para así escandalizar a la plebe y confundir a nuestros propios hermanos? ¿Cómo llegasteis a sembrar la discordia? Peor sois mil veces, peor que el mismo Lutero y que el mismo Mahoma. *(Los padres se santiguan.)* Merecedor sois de los peores castigos. *(Tratando de suavizar la voz.)* Pero ¿por qué hicisteis tal? ¿Qué demonio maligno os indujo? ¿Queríais ser bueno, perfecto? Pues si eso queríais, ¿por qué no respetáis la regla que nuestros maestros nos dieron?, ¿por qué despreciasteis el calzado que llevaron tantos santos y tantos venerables? ¿Quién o qué os impide ser santo? Yo diré quién os lo impide: vuestra soberbia, vuestra ambición malsana, vuestro deseo de mando. Pues eso era lo que deseabais, el mando. Pero en nombre de Dios misericordioso confiemos ahora en que la rigurosa mortificación os lleve a reconocer tales errores, y tras el arrepentimiento sincero podáis algún día tornar a nuestro seno. En tanto llega esa hora, recemos por vos, hermano nuestro, y extrememos sobre vuestra maligna carne los rigores de la santa penitencia. Descubríos, pues, las espaldas, para que podamos escribir nuevamente sobre ellas las reglas de nuestra santa Orden, esas reglas que vuestra soberbia e ignorancia rechazaron...

(Termina de hablar y los frailes, en pie, entonan en voz grave el «Miserere nobis». El frailecillo se baja el hábito y deja desnudas sus esqueléticas espaldas; a la vez, se inclina hasta tocar con la frente en el suelo formando un arco con su cuerpo, blanco y lívido, entre la luz agria del refectorio. Es el mismo PRIOR *quien, descendiendo del sitial, se acerca al humillado y le da el primer latigazo con el cordón de su hábito. Tras él y en fila india, entonando el miserere, los demás van descargando los golpes sobre aquellas espaldas. Unos caen con fuerza y coraje, otros con temblor. El cuerpecillo aquel soporta los golpes sin una queja, con leves espasmos. Terminada la «rueda», el* PRIOR *pasa por encima de su cuerpo, pisando reciamente sus costillas para salir del refectorio. Los demás frailes hacen lo mismo: pasan sobre él para salir. Alguno parece no atreverse a pisarle, y oscila como saltimbanqui en la cuerda floja. Pero todos pasan sobre su cuerpo hasta que queda allí solo, como una mancha indefinida, entre la tiniebla que va haciéndose profunda y abismal.)*

ESTAMPA II

FRAY JUAN *está en su celda estrecha: el hábito destrozado se pega a su cuerpo sudoroso. A veces se siente presa de espasmos nerviosos. Es sólo un esqueleto con hábito. Permanece en actitud recogida, los ojos entornados y la boca entreabierta como tratando de aspirar un poco de aire en aquel horno. Pero hasta allí siguen llegando los rumores del agua del Tajo. De pronto llega una voz que canta, rasgueo de guitarras, jarana de mozos y mozas que deben de solazarse por las orillas del Tajo. Al oírlos,* FRAY JUAN *parece despertar de un sueño, se anima, escucha, se emboba en el lejano jolgorio, signo de vida y amor, que va alejándose lentamente, con suavidad. Es entonces cuando* FRAY JUAN, *tras sacar de debajo del catre papel y tintero, empieza a escribir febrilmente, moviendo los labios y dibujando una extraña sonrisa. Metido en esta faena, no se da cuenta de que ha llegado el* CARCELERO, *un mozo joven, campesino, con hábito de lego...*

CARCELERO.– *(Con voz ronca y tonante, que saca a* FRAY JUAN *de su trabajo, apartando de sí el recado de escribir.)* ¿Qué estáis haciendo agora? ¿Qué nuevas os traéis? ¿Ya estáis con las vuestras? *(*FRAY JUAN *no sabe qué responder.)* Razón llevan los que dicen que sois réprobo y malo, pues así me pagáis los favores que os hago... Bendito sea Dios, que os dejo la puerta abierta para que toméis el poco aire que llega a este horno, y de seguida os ponéis a hacer cosas malas...

FRAY JUAN.– *(Con voz débil.)* Perdón, hermano...

CARCELERO.– Perdón, perdón, hermano. Ya estáis con vuestro perdón. Pero vuestro perdón no me servirá de nada si el prior se entera de lo que hago con vos. Por muy santo que seáis, mis espaldas seguirán siendo pecadoras, mal año me coma con vuestra santidad. *(Haciendo gesto de no oír.)* Cállese, hermano, y no me venga con más contra de perdones. Más le valiera haber sacado ya el cubo, que hiede, hermano, que hiede... Pues para eso y no más dejo la puerta abierta... *(*FRAY JUAN, *obediente, va a coger el cubo, pero él se lo impide.)* Andad, ya lo sacaré yo, porque vos estáis que da asco veros. Vaya un frailecico Descalzo éste... Bien hacen en curtiros el lomo... *(Coge el papel donde* FRAY JUAN *escribía.)* ¿Y esto qué es? ¿Qué habéis escrito aquí, eh? A saber lo que este demonio ha escrito. ¡Mala estrella me coma por no saber de letras...!

FRAY JUAN.– Coplas, no son más que coplas...

CARCELERO.– *(Frunciendo las cejas y horadando con la vista el papel, sin poder descifrar aquello.)* Coplas, coplas. Buen coplero estáis hecho vos. A saber lo que habéis escrito aquí. Virgen Santa, Madre Nuestra, y que el señor prior lo cogiera y resultara que aquí está la herejía... No quiero pensarlo. Con trescientos azotes no pagabais el delito... ¡Demonio del Descalzo este...! *(Arrugando el papel.)* Debiera llevarlo ahína al prior... *(Baja ahora la voz, que trata de suavizar.)* Pero me dais lástima veros venir luego con las costillas sangrando. ¡Ay, hermano!, ¿por qué sois así? ¿No veis que os van a matar? Éstos os matarán, os matan... *(Habla horrorizado.)* De aquí no saldréis si no os comportáis. ¿Por qué escribís?

FRAY JUAN.– Son coplas. Nada más que coplas. Os lo aseguro... Traed acá y os las leo. Arrimad esa luz...

CARCELERO.– *(Deja el cubo que ya tenía en la mano, acerca la luz de la vela y devuelve el papel a* JUAN.*)* Cualquiera se fía de vos... A saber lo que habréis escrito. Leed...

FRAY JUAN.– *(Leyendo con voz trémula.)*

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras...

CARCELERO.– ¿Y ya está?

FRAY JUAN.– *(Rotundo.)* Eso está escrito...

CARCELERO.– A saber lo que habréis escrito de vero... Eso son coplas de mozo...

FRAY JUAN.– Oíales cantar, no ha mucho, por allá abajo en el río... Y las apunto porque son hermosas...

CARCELERO.– Buen pájaro estáis hecho, coplero. Habrá que ver cuántas herejías... En mi pueblo también había uno que era coplero, y más que vos. *(Se sienta en el catre y se enjuga el sudor.)* Siempre estaba de coplas también aquél... Hacía coplas «pa» entierros y «pa» lo que fuera. También era listo el Alonsillo, como le llamaban. ¡Buen coplero ése...! Pero como yo tengo tan mala memoria, no puedo recordar ninguna de las sus coplas. ¿Acaso oísteis hablar vos del Alonsillo de Zagueros, del mi pueblo...?

FRAY JUAN.– En todos los pueblos cantan coplas...

CARCELERO.– Me gustaría ser listo como vos o como el mi Alonsillo. *(Reaccionando.)* Maguer si con ser listo iba a ser hereje y malo como vos, doy gracias al cielo por haberme hecho tonto... El Alonsillo también era buena pieza... *(Resoplando.)* ¿Y vos no os asáis aquí?

FRAY JUAN.– No... No...

CARCELERO.– Pues yo me estoy asando vivo como un hereje, así Dios me salve... Claro, como vos no decís nunca la verdad. A ver: leed de nuevo eso, a ver si os cojo en falta...

FRAY JUAN.– Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras...

CARCELERO.– *(Cortándole.)* Juraría, Dios me salve, que no leisteis antes eso...

FRAY JUAN.– Sí, hermano, sí... Leí esto.

CARCELERO.– Pues yo diría que dijisteis: «Iré por esas fuentes»; eso dijisteis: fuentes...

FRAY JUAN.– «Iré por esos montes y riberas...»

CARCELERO.– ¿Montes o fuentes?

FRAY JUAN.– ... Iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras...

CARCELERO.– ¿Y por qué no habéis de coger las flores? ¿No habéis de coger las flores? Las flores, que son la presencia de Dios y de la Virgen en el mundo. ¿No las habíais de coger? Pues eso es herejía...

FRAY JUAN.– *(Muy paciente.)* No las cogería por no dañarlas...

CARCELERO.– Bien taimado sois, y cómo habéis contestación para todo. Razón llevan los padres cuando dicen que sois astuto como la serpiente. *(Muy en censor.)* Seguid...

FRAY JUAN.– ... ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras...

CARCELERO.– *(Con voz traviesa.)* ¡Ah, las fieras! Ya veo a qué fieras os referís... ¡Ja, ja...! Sé dónde están esas fieras... Una fiera es el padre Maldonado, nuestro prior. *(Se tapa la boca, riendo.)* Nadie nos oye... Y la otra fiera soy yo... ¿Eh? ¿Soy yo la otra fiera?

FRAY JUAN.– *(Riendo a su pesar.)* No, vos no sois fiera...

CARCELERO.– «... ni temeré las fieras». Luego no me teméis a mí. Claro, pues soy demasiado bueno con vos. Pero esperad a que la fiera saque los dientes y veréis. ¿Asín que yo soy la fiera? Porque os dejo la puerta abierta para que no sufráis estos calores, porque os dejo que saquéis vuestro cubo y uséis esas piernas de palo que os quedan, porque os di con qué coser vuestro hábito, porque os curo las llagas de la espalda... Luego soy una fiera a la que no teméis...

FRAY JUAN.– No, no sois una fiera... Sois un santo, hermano. Vos sí que sois santo...

CARCELERO.– *(Dándole un papirotazo.)* Coplero, embustero, zalamero... ¡Chisss...! A callar. Ya terminó la cuestión. Mirad lo que hago con la

copla. *(Rasga el papel.)* Debiera llevarla al prior y dejar que os dieran la zurra que merecéis, pero siento compasión de vos, maguer que sea la fiera que decís...

FRAY JUAN.– Perdón, hermano, os digo que...

CARCELERO.– Ya estáis con el perdón. No se os cae la palabra de la boca. Perdonando siempre. Más os valiera obrar bien antes de pedir perdón... Vaya, y no me enfadéis más... Quedad tranquilo, pues no va a saber el prior de esto, y rezad por mí. Aún os dejo la puerta abierta, para que os entre algo de frescor, ahína os devuelvo el cubo. Sed bueno y dejaros de coplas, pues si volvéis a escribir algo por detrás de mí, os quito tintero y pluma, pues os lo traje (sin que el prior lo supiera, acordaos) para que escribierais oraciones, y no coplas. Menos coplas de amores y fieras. *(Volviéndose antes de salir.)* Duerma, hermano, duerma, trate de descansar y no estéis en las musarañas, que estáis muy malo, os lo digo yo, estáis mal de salud, hermano. Durmiendo se os pasarán los ardores... Quiero veros tendido así, *(Le tiende sobre el catre.)* y durmiendo, hermano, durmiendo... Mirad que si vengo y os encuentro haciendo diabluras, lo diré al prior... Bueno, no, al prior no... Pero yo mismo soy capaz de azotaros... ¿Me oyes? Don Coplero...

(Queda FRAY JUAN *tendido en el catre y el* CARCELERO *se va alejando con el cubo en la mano. Mueve la cabeza y se detiene de pronto, dejando el cubo en el suelo.)*

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras...

(Ha dicho los versos seguidos. Extasiado, cae de rodillas.)

¡Santísima Virgen, lo he recordado todo, todo! Por primera vez en mi vida, logré aprender una copla... ¡Sé una copla! «Buscando mis amores...»

(Oscuro.)

*(*FRAY JUAN *ha quedado dormido en el lecho. Rodeado de oscuridad, su cuerpo yacente tan sólo iluminado por una lucecita de luciérnaga que dejó prendida el* CARCELERO *para vigilarle. De pronto se produce el prodigio. La escena se ilumina con una luz azulada e irreal. Al mismo tiempo que crece esta luz, se empieza a oír el canto suave de un pájaro, canto parecido al de las aves que cantan al alba, canto de dolor y de esperanza a la vez. En medio de la luz azulada ha aparecido una monja cuyo rostro, grueso y campesino, aparece realzado por la luz. Un clima de paz y confianza, de intensa serenidad, sustituye al clima sórdido y siniestro de las escenas anteriores. La monja coloca su mano sobre la frente de* JUAN. *Durante toda la escena se oye el canto del pájaro a intervalos entre las frases, y permanece la luz azulada.)*

TERESA.– Fray Juan, fray Juan, despierta... Estoy aquí...

FRAY JUAN.– *(Que ha saltado del lecho, se incorpora, mira a la monja y su rostro parece cobrar nueva vida.)* ¡Madre...! ¿Eres tú?

TERESA.– Aquí me tienes; ¿de qué te espantas?

FRAY JUAN.– *(Cayendo de rodillas y besando la orla del hábito Descalzo de la madre* TERESA.*)* ¿Por dónde has entrado?

TERESA.– Por la puerta... ¿Por dónde había de entrar?

FRAY JUAN.– *(Alelado.)* ¿Por la puerta?

TERESA.– ¿Por dónde si no?

FRAY JUAN.– Pero... ¿y los muros? ¿Y el río?

TERESA.– *(Abrazando a* FRAY JUAN.*)* ¡Ay, medio fraile, medio fraile...! Siempre espantadizo como ese ciervo del que hablan tus coplas. *(Mirándole enternecida.)* Pero mira lo que han hecho de ti, hijo... Estás en los huesos. Te están matando, hijo. Bien decía yo que antes prefería verte en manos de moros que de Calzados... ¡Ay, Juan, Juan, en qué lastimero estado te veo! Como el ciervo herido...

FRAY JUAN.– *(Sin dejarse llevar de la melancolía.)* ¿Cómo estás, madre? ¿Cómo quedan los nuestros? ¿Qué hubo con el nuncio?

TERESA.– *(Que se ha sentado sobre el catre y sigue contemplando a* JUAN.*)* Todos pasamos fatigas y quebrantos. Trabajo de mucho peso, hijo. Y tú,

en prisiones. Nuestros hermanos andan huidos. Al nuncio le di una bofetada cuando dijo que yo era alcahueta de monjas... ¿Y sabes otra cosa, Juan? Que anda diciendo que tú nos habías traicionado. Y que estabas con éstos del «paño» y satisfecho.

FRAY JUAN.– ¡Dios bendito me valga...! ¿Pudieron pensar tal?

TERESA.– ¿Y cómo puede pensar alguien que yo sea alcahueta de monjas?

FRAY JUAN.– *(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Dios mío...!

TERESA.– Pero ¿y tú? ¿Qué haces tú, Juan?

FRAY JUAN.– *(Atontado.)* ¿Qué hago? Agora, contemplar a Dios a través de tus ojos, madre...

TERESA.– Déjate de embobamientos, hijo, que no es tiempo de eso. Escucha bien lo que te digo, que ando con mucha priesa. No me vengas agora con arrobos. Vengo a decirte que salgas de estos muros. Que salgas antes de que acaben éstos contigo... Eso vine a decirte...

FRAY JUAN.– Quiero salir, madre, y saldré. ¿No creéis que habrán de dejarme ir?

TERESA.– ¿Dejarte ir? ¿Quién habrá de dejarte ir?

FRAY JUAN.– Nuestros hermanos los Calzados...

TERESA.– Bobito, bobito, deja de decir bernardinas, que bien sabes que éstos no te han de dejar escapar sino para ir al camposanto...

FRAY JUAN.– Hágase la voluntad del Señor que está en los cielos...

TERESA.– Hágase siempre, amén. En eso ya estamos, bobito. Pero en tanto el Señor no dispone, menester será que nosotros proveamos por cuenta nuestra, y has de salir de aquí cuanto antes...

FRAY JUAN.– Mas ¿cómo he de salir de aquí? Si me vigilan día y noche, si no me dejan menear, si...

TERESA.– Pues has de salir para que todos vean que no nos abandonaste, que no te has olvidado del hábito que te di en Pastrana y que, ¡ay!, lo has convertido en harapos...

FRAY JUAN.– *(Besando sus propios andrajos.)* Harapos benditos por tus manos, madre...

TERESA.– Déjate de lirismos y endechas, que no ha lugar, hijo. Mira lo que te digo: que has de salir de aquí cuanto antes...

FRAY JUAN.– *(Algo impaciente ya.)* Mas ¿cómo?

TERESA.– *(Que se ha puesto en pie y habla ahora fría y dura.)* ¿Cómo? Volando... ¿No eres tú el pájaro solitario?..

FRAY JUAN.– ¿Yo? ¿Pájaro?

TERESA.– ¿Cuáles eran, Juan, las propiedades del pájaro solitario, aquellas que escribiste una vez? ¿No recuerdas?

FRAY JUAN.– Sí recuerdo, espera... «Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto...; la segunda, que...» *(Titubea.)*

TERESA.– La segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza...

FRAY JUAN.– Eso es... La tercera, la tercera...

TERESA.– La tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene color determinado...

FRAY JUAN.– *(Cortándole.)* Y la quinta, que canta suavemente... *(Pausa, Se oye el canto del pájaro.)*

TERESA.– ¿Y un pájaro tan hermoso va a estar pudriéndose en una mazmorra? ¿Dónde está ese pájaro que ya no puede volar?

FRAY JUAN.– ¡Oh, madre!

TERESA.– ¡Oh, madre, oh, madre...! A volar se ha dicho.

FRAY JUAN.– Siempre con tu buen humor. Mira estos fierros, mira estos candados...

TERESA.– *(Cogiendo el candado de la puerta.)* Mira el candado... *(Lo arranca con un tirón enérgico y se lo entrega a* JUAN, *que lo contempla arrobado.)* Mira qué son los fierros para la fe inflamada. Mira...

FRAY JUAN.– *(Cayendo de rodillas.)* ¡Bendita sea la Virgen Nuestra Señora!

TERESA.– *(Muy seca.)* No hay fierros ni candados para el pájaro solitario, que ha de volar a lo más alto para cantar suavemente... Óyeme lo que te digo, hijo: de aquí a tres días es la fiesta de Nuestra Señora, y ese día quiero verte con el pico en lo alto. Has de volar porque quiero que celebres misa con nosotros...

FRAY JUAN.– El día de Nuestra Señora...

TERESA.– Tres días faltan. Y si pudiera ser antes, mejor. Pues ¿qué? ¿Han de espantar fierros, muros, piedras a un ave tan altanera?

FRAY JUAN.– Si a Dios pluguiese...

TERESA.– Ya lo sabes. Quedamos esperándote para glorificar a Nuestra Madre, que esta en los cielos. Obedece, hermano. ¡Por Dios!

FRAY JUAN.– Sí haré, madre, sí haré. Lo haré por obediencia y por nuestros hermanos...

TERESA.– Debo irme. Queda en paz. Dame tu bendición para los hermanos...

FRAY JUAN.– No te vayas aún, madre. Espera...

TERESA.– No he tiempo. He de andar aún muchas jornadas y los caminos están difíciles. Lleva mi bendición, hijo. *(Arrodillado,* JUAN *recibe la bendición de la poderosa madre. Ésta se va a retirar, pero se vuelve de pronto.)* Dime, Juan, ¿has sufrido mucho?

FRAY JUAN.– Todo lo que se sufre por nuestros hermanos, bienvenido sea...

TERESA.– En cuerpo tan chiquito siempre admiré tan gran fortaleza de ánimo... *(Sin poder vencer la curiosidad.)* ¿Has escrito alguna copla aquí dentro?

FRAY JUAN.– *(Risueño.)* Sí hice, madre. Merced al carcelero, que es buena persona y me proveyó de papel y tinta. Coplas que oí cantar. Cosas sin importancia...

TERESA.– Dime alguna de esas coplas, Juan. Que me ayude por el camino. Que la vaya recordando para que tu voz no me deje. Anda...

FRAY JUAN.– Alguna guardé en la memoria. Aquella que dice:

Cuando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas, y en eso merecían
los míos añorar lo que en ti vían...

(Al compás de estos versos desaparece lentamente, entre la luz azulada, la imagen de TERESA *y enmudece el canto del pájaro. Pero el poeta sigue sus versos sin darse cuenta de que el que ahora escucha es el* CARCELERO.*)*

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora...

CARCELERO.– *(Sin atreverse a despertarle.)* ¡Coplero, coplero...! Aun dormido está diciendo sus coplas...

(Otra noche, FRAY JUAN *está remendándose el hábito, por lo que se encuentra prácticamente desnudo, sentado en el*

catre. Mientras, el CARCELERO *anda muy atareado barriendo el zaguán. El asfixiante calor le ha llevado a remangarse los hábitos y mostrar su peludo pecho sudando a mares. En un rincón hay, amontonados, colchones y catres. El* CARCELERO *canturrea mientras continúa barriendo.)*

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras...

Ni temeré las fieras... Ah, maldito ratón, te aplastaré como a un luterano... *(Corre, pegando escobazos a un ratoncillo.)* ¡Uf, qué calores...! *(Se detiene.)* No puedo más. Y tanto ratón y tanta cucaracha... *(Asomándose a la puerta del preso.)* ¿Y tú cosiste ya esos zancajos?

FRAY JUAN.– *(Suspirando.)* Presto van a estar...

CARCELERO.– Debieras darte más prisa, que ya van a venir esos venerables padres. Y me encomendó bien el prior que no te vieran en carnes con tanto cardenal en la espalda, que parece un cónclave. Envesado estás, ¿me oyes?

FRAY JUAN.– Harta prisa me estoy dando...

CARCELERO.– No me hagas perder tu tiempo a mí, que aún he de aderezar aposento para esos padres. Y no puedo más...

FRAY JUAN.– ¿Quieres que yo te ayude, hermano?

CARCELERO.– ¿Ayudarme tú...? Anda, cose, cose, y no me hagas perder el tiempo... Para ayudar estás tú; si contigo hay que estar perdiendo siempre. Mira lo que tengo que hacer: limpiar bien esto, poner los catres y hacer la cama a esos venerables para que pasen la noche en paz... *(Mientras barre.)* Que no sé, a fe, lo que vendrán a hacer aquí esos padres. Dicen que también vendrá aquí el padre provincial. No sé a qué vendrá aquí el padre provincial. No sé a qué vienen todos esos... *(Barre y canta con voz aguardentosa.)*

Mi tío el luterano
el pobre era un enano.

Las posas de gigante,
cabeza de guisante...
¡Ahé, ahé, al fuego te echaré...!

(Parándose de nuevo frente a JUAN.*)* Como no vengan para llevarte a la hoguera... Bien pudiera ser, que tú vas camino de la hoguera desde que naciste... ¡La hoguera! *(Fingiendo estremecimiento.)* ¡Ufff...! Afirman que no duele tanto como parece. La hoguera, te estoy diciendo. *(*FRAY JUAN *está totalmente ido.)* El primer humo, dicen, te quita el sentido y luego ya no lo notas. Son peor los azotes... ¿Qué dices tú? *(Al ver que* JUAN *no le escucha.)* Bah... Hablar contigo es como hablar con las bestias... A éste le meten en la hoguera y como si le metiesen en el río. En Babia siempre, Dios me perdone... *(Continúa su tarea canturreando.)*

Mi tío el luterano
el pobre era un enano,
el pobre era un enano,
mi tío el luterano...

(Barriendo y canturreando, no percibe la llegada del PRIOR, *que viene por detrás con su andar apopléjico y le pega un pescozón fuerte que suena como un cañonazo.)*

¡Ay...!

PRIOR.– Pícaro, cochino, balhurria del infierno... ¿Ésa es la diligencia que te traes?

CARCELERO.– *(Lloriqueando y dejando caer la escoba.)* ¡Padre mío...!

PRIOR.– *(Hecho una furia y dispuesto a atacarle de nuevo.)* Ya has estado otra vez empinando el codo, ¿eh? ¡Estoy oliendo tu aliento a vinazo, borracho inmundo...!

CARCELERO.– Juro a su reverencia que...

PRIOR.– Calla de una vez, borracho. *(Le coge por el cuello.)* Si dentro de media hora, al toque de vísperas, no tienes aparejado este aposento, haré que te desuellen, y mañana coges el hatillo y te vuelves a tu pueblo. ¿Me oyes? ¡Venga, vivo! ¿Qué miras? *(El* CARCELERO *coge de nuevo la escoba y comienza a dar grandes escobazos.)* Por ahí tendrás es-

condido el vino. De las posaderas te voy a sacar el vino que hurtas y te bebes... *(Se detiene ante lo celda de* FRAY JUAN.*)* Abre aquí... *(El* CARCELERO *acude a abrir y no acierta con la llave, por lo que recibe otro coscorrón.)* ¡Vivo...! *(Abre al fin la puerta y el* PRIOR *se enfrenta con el desnudo* FRAY JUAN*, que ha dejado de coser el hábito y sigue en las nubes.)* Otro que tal, otro puerco cochino enseñando las carnes. ¿Me oyes? *(Y como* FRAY JUAN *no da señales de vida, le da un puntapié que hace soltar al frailecico y cubrirse apresuradamente con los harapos.)* ¿Aún andamos así? ¿Aún no te has cosido esos zancajos? Cien hábitos había cosido yo en el tiempo que llevas con la aguja, inútil cabestro...

FRAY JUAN.– *(Tratando de ponerse de rodillas.)* ¡Padre mío...!

PRIOR.– *(Husmeando la celda.)* ¿Qué andabas haciendo en lugar de coser el hábito? ¿Qué escondes por ahí? ¿También empinas tú el codo?¿Eh?

FRAY JUAN.– Padre mío, coso el hábito con esmero, porque deseaba pediros una licencia...

PRIOR.– Una licencia... ¿Tú?

FRAY JUAN.– *(Hablando deprisa.)* Que pasado mañana es la fiesta de Nuestra Señora y...

PRIOR.– La fiesta de Nuestra Señora... ¿Y qué?

FRAY JUAN.– *(Con toda ingenuidad.)* Que me dejarais celebrar la misa.

PRIOR.– *(Asombrado.)* ¿Celebrar tú? ¿Celebrar tú misa? ¿Aquí? *(Su furor ha ido «in crescendo».)* ¿Tocar con tus indignas manos a Jesús Sacramentado?

FRAY JUAN.– *(Asustado.)* Si vos me absolvierais...

PRIOR.– ¿Yo? ¿Absolverte? ¡No, en mis días! ¡No, en mis días...!

FRAY JUAN.– ¡Por Dios, dadme licencia al menos...!

PRIOR.– *(Fuera de sí.)* Una patada en el culo es lo que te voy a dar; eso es lo que te voy a dar, cochino hereje del infierno, si no te vistes al punto con esos zancajos. Y mucho cuidado con alarmar luego a los venerables padres que han de pasar esta noche aquí. Mucho cuidado. Debes acostarte y dormir, sin abrir los ojos en toda la noche. ¿Me oyes?

FRAY JUAN.– Sí, padre, quiero obedeceros..., obedeceros...

PRIOR.– *(Que va aplacándose.)* Eso es lo que debéis hacer, obedecer y callar... No os lo repetiré... *(Al* CARCELERO.*)* Cierra aquí. Y a ver si estamos vigilantes, ¿eh, borrico...? Agora pones eso en su lugar y preparas los lechos. Mira que si vengo luego con los padres y no están las cosas

como es menester, mañana sabrás lo que son disciplinas... *(El* CARCELERO *suspira y barre con angustia mientras el* PRIOR *se aleja. Antes de salir, el* PRIOR *se vuelve.)* Anda y dale la cena a ése para que se duerma... *(Desaparece.)*

(En la celda, FRAY JUAN *se viste el hábito despacio. El* CARCELERO *rezonga sin parar.)*

CARCELERO.– Siempre lo tiene que pagar uno, todo lo tiene que pagar uno. Eso es. *(Va colocando en la celda contigua a la de* FRAY JUAN *los lechos y las cosas.)* Vístase, hermano, y obedezca, que ya ve cómo andan las cosas. Tenga misericordia de este pobre pecador, y no haga que me saquen la piel mañana... *(Hace las camas. Pasa la bayeta.)* Pero no escarmentaré nunca... Hablarle a éste es como hablar a las piedras. Por una oreja le entra y por la otra le sale. ¡Ah...!, pero no voy a estar aquí por mucho..., no... Espera que llegue mi primo el alférez y me iré a Italia con él. Me iré con su bandera y dejaré esta mugre... Igual que si tuviera alas... ¡Qué descanso, Señor, dejar esta mazmorra! Pero eso es lo que trae el haber nacido huérfano. Asín ha de verse un pobre... *(Pausa.)* Y dice que he bebido, cuando no lo caté en el día. Ni catarlo. *(Irguiéndose de pronto.)* Pues agora es cuando me voy a echar un trago, agora me echo un trago, ya lo creo... *(Va hacia un rincón, revuelve y saca un frasco. Se echa un trago bueno de vino, se seca los morros y hace un gesto obsceno a alguien invisible.)* Toma higas, seor soberbio. *(Se echa otro trago.)* ¡Toma higas...! ¡Ah, qué rico está el condenado y qué buen vino trasiegan éstos para celebrar... *(Un poco alegrillo va hasta la celda de* JUAN.*)* ¿Te has dormido, venerable? Mira que aún te he de traer la cena... *(Abre la celda y contempla al asustado* FRAY JUAN.*)* Mira. *(Le muestra el recipiente del vino.)* ¿Quieres un traguito? Sin que se entere nadie. Está bueno... *(*FRAY JUAN *no dice nada.)* Anda, bebe, hermanito... ¿No tienes sed?

FRAY JUAN.– *(Cayendo en la tentación.)* Sí tengo...

CARCELERO.– Pues bebe, bebe apriesa, no venga el basilisco...

FRAY JUAN.– *(Cogiendo la botella.)* Quise celebrar y no me dieron licencia. Ha tiempo que no bebo tu sangre, Señor... *(Cierra los ojos y se echa un buen trago.)* Alabado sea Nuestro Señor... Bendito sea por siempre el Señor. Amén. *(Devuelve el recipiente al* CARCELERO.*)*

CARCELERO.– *(Cogiendo el frasco y echándose otro trago.)* Alabado sea Nuestro Señor... *(Ofreciendo de nuevo a* JUAN.*)* Toma, venerable, que aún resta un tantico...

FRAY JUAN.– *(Echándose otro lingotazo.)* Kyrie eleison.

CARCELERO.– *(Bebiendo a su vez.)* ¡Cristo bendito...!

FRAY JUAN.– *(Muy animado.)* Bendita sea por siempre la sangre de Nuestro Señor...

CARCELERO.– Bendita sea por siempre. Amén. *(Nuevo trago.)* Agora te traeré de cenar. Un mendrugo y un arenque. Conviene que bebas. Tienes los labios secos y los ojos llenos de calenturas...

FRAY JUAN.– *(Que ha quedado un tanto beodo.)* He de celebrar muy pronto con este vino santo... Gracias, hermano, gracias te doy por haberme traído la presencia viva de Cristo, Nuestro Señor...

CARCELERO.– *(Va dando trompicones a por el yantar del preso.)* Mira el picarón si se encandila con aquesta sangre de Cristo. *(Volviendo con el triste condumio.)* Ya sabía yo, pecador de mí, que tú no habías de hacer desprecios a aqueste filtro... Toma. *(*FRAY JUAN *bebe.)* ¿No es cierto, hermano, que aquí es donde está la bendición de Dios?

FRAY JUAN.– Merced a la consagración, el vino se convierte en la purísima sangre de Nuestro Señor...

CARCELERO.– La sangre redentora de nuestros pecados. Escucha, hermano, ¿no compusiste, quizás, alguna copla a este preciado filtro que nos eleva a contemplar la verdad de Nuestro Señor, que está en los cielos?

FRAY JUAN.– *(Muy animado.)* Sí compuse...

CARCELERO.– Pues dime esas coplas que en mil años que viviere no he de olvidar, pues devoto soy y seré por cierto de aquesta gracia que nos resucita...

FRAY JUAN.– Todo lo que nos lleva a alabar a Dios, bienvenido sea.

CARCELERO.– Decidme, hermano, esa copla, por si pudiera aprenderla...

FRAY JUAN.– Escucha:

En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí, que antes traía...

CARCELERO.– *(Que ha escuchado con gran atención, se pasa la mano por la cara.)* Cosas extrañas dices, cosas que un bruto como yo no entiende, pero que tienen no sé qué...
FRAY JUAN.– *(Repite.)* En la interior bodega
de mi amado bebí
CARCELERO.– *(Ídem.)* ... de mi amado bebí...

(El contraste entre la voz aguardentosa del CARCELERO *y el modular suave de* FRAY JUAN *es de gran hermosura.)*

FRAY JUAN.– Y cuando salía...
CARCELERO.– Y cuando salía...
FRAY JUAN.– Por toda aquesta vega...
CARCELERO.– Por toda aquesta vega...
FRAY JUAN.– Ya cosa no sabía...
CARCELERO.– Ya cosa no sabía...
FRAY JUAN.– Y el ganado perdí, que antes traía...
CARCELERO.– Y el ganado perdí, que antes traía...

(Silencio. Lentamente, el CARCELERO *se echa otro trago de vino y queda un tanto arrobado.)*

FRAY JUAN.– Agora lo repetiremos los dos juntos...
CARCELERO.– No sabré decirlo...
FRAY JUAN.– En la interior bodega
de mi amado bebí...
CARCELERO.– *(Bajando la cabeza y dándose puñados.)* Yo no sé nada, nada sé...
FRAY JUAN.– *(Que ha sacado de debajo de la manta un crucifijo.)* Toma.
CARCELERO.– ¿Qué?
FRAY JUAN.– Toma... Y guárdalo en mi nombre...
CARCELERO.– ¿Me lo dais?
FRAY JUAN.– Dentro de poco ya no estaré contigo... Pero volveré a estar en ti, en esa cruz...
CARCELERO.– *(Asustado.)* ¡No, padre mío! Toma tu cruz, pensarán que te la robé...

FRAY JUAN.– Te lo pido de rodillas. Guarda esa cruz y reza por mí...
CARCELERO.– *(Coge la cruz, temblando.)* ¿Por qué me das la cruz? ¿Por qué dices eso de que pronto no estarás conmigo? ¿Qué quieres decir...?
FRAY JUAN.– *(Somnoliento.)* Quiero que sientas compasión del mundo, que ames, que bebas este vino...
CARCELERO.– *(Recordando de pronto los versos.)* En la interior bodega...
FRAY JUAN.– De mi amado bebí
LOS DOS.– En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí, que antes traía...

(Tras esto, otro silencio. El CARCELERO *aprieta con sus rudas manos la cruz.* FRAY JUAN *se yergue como el ciervo que olfatea el peligro, y aparece lleno de lucidez.)*

FRAY JUAN.– Apresúrate. Corre. Oigo pasos por la escalera. Anda a tu tarea y esconde eso... *(El* CARCELERO *retorna a su tarea y* FRAY JUAN *se envuelve en la manta haciéndose el dormido. Al punto aparece el* PRIOR *con dos* FRAILES. *El* PRIOR *les alumbra con un candelabro encendido. El* CARCELERO *termina de acomodar los jergones.)*
PRIOR.– *(Que habla con fingida humildad.)* He aquí vuestro aposento, hermanos. Es todo lo que podemos ofreceros por esta noche, junto con nuestras bendiciones por aceptar tal pobreza...
PADRE 1.– Para nosotros no es sino alcázar de paz y beatitud. *(El* CARCELERO *permanece apartado y el* PRIOR *le echa una relampagueante mirada, a la vez que parece que olfatea el olor a vino.)*
PRIOR.– Este fámulo os servirá en lo que quisiéredes... *(Al* CARCELERO.*)* Vamos, hijo, ¿por qué no te acercas?
CARCELERO.– *(Se arrodilla y le besa el hábito.)* Vuestro humilde siervo...
PRIOR.– *(Poniendo su mano sobre la cabezota del* CARCELERO.*)* Podéis confiar en el lego, que os servirá en lo que buenamente preciséis. Procurad, hermano, *(Al* CARCELERO, *dulcemente.)* que no pasen sed nuestros padres, que los calores agobian...
CARCELERO.– Sí haré, reverendos míos.

PRIOR.– Anda, hijo, levanta... *(El* CARCELERO, *emocionado, se levanta y va a su rincón.)*

PADRE 2.– Quedamos hondamente reconocidos a vuestra paternidad...

PRIOR.– Mala noche van a pasar mis hermanos. Los calores de Toledo son terribles y la humedad de estos muros los agrava. Acomódense como buenamente puedan y mándenme aviso a la celda con el fámulo, para servirles por mi mano en lo que hubiera menester y pueda proporcionarles...

PADRE 1.– *(Abrazándole.)* Que la paz sea contigo, hermano...

PADRE 2.– Que la paz te acompañe...

PRIOR.– Aguardad un momento. He de deciros algo... Aquí, en este cuarto, *(Lleva a los padres hasta donde está* FRAY JUAN.*)* tenemos a un hermano nuestro enfermo de algún cuidado. Las fiebres le hacen delirar, por lo que padece de delirios. Es persona de gran mansedumbre y dada a la mortificación. No temáis, pues, su mal. No habréis de inquietaros por él, salvo que si lo oyerais hablar en voz alta y...

PADRE 1.– No siga, padre, entendemos...

PADRE 2.– *(Muy pedante.)* Una víctima de los rigores de la penitencia excesiva. Delirios místicos. El mal de los tiempos...

PADRE 1.– Exceso de oración mental. Mucha contemplación, escasa «ratio».

PRIOR.– Sus reverencias lo han dicho. He aquí a dónde pueden llegar los excesos y el ansia de santidad cuando no hay quien los contenga...

PADRE 2.– ¿Milagrero, acaso? ¿Iluminado?

PRIOR.– Oh, no. Es un muchacho de pocas luces. Comido por el ansia de perfección...

PADRE 1.– Ya...

PRIOR.– Pero dulce y suave. No hay temor. Por mucho que le oyeran desvariar en la noche...

PADRE 2.– Nosotros *(Mostrando los librotes que lleva bajo el brazo.)* nos hemos de entregar a nuestros modestos estudios y no ha de estorbar nuestro sueño...

PADRE 1.– Aprovecharemos buena parte de la noche en nuestra humilde glosa sobre san Anselmo... *(El* PRIOR *contempla los librotes como si fueran cosa del otro mundo.)*

PRIOR.– Trabajo es de gran mérito y digno es de admiración. Perdonadme ahora, pues el padre provincial, que abajo queda, tal vez precise de mis servicios. Quedad con Dios...

LOS DOS.– Id con Él...

(Sale el PRIOR *y los dos* PADRES *se miran con malicia. Entran a la celda, no sin antes echar una ojeada a la de* FRAY JUAN, *dejan los libros sobre la desvencijada mesa y colocan la vela en el centro para recibir la máxima luz. El* PADRE 2 *se ha metido la mano bajo el hábito y se rasca el pecho furiosamente.)*

PADRE 2.– Desque entré en este castillo, me pica todo el cuerpo...

PADRE 1.– A mí también; está lleno de piojos...

PADRE 2.– Y gordos, que casi les acierto los lomos. ¡Pues y la calor que hace...!

PADRE 1.– *(Abriéndose el hábito.)* Menester será ponerse un poco frescos...

PADRE 2.– *(Haciendo lo propio.)* Así haremos. ¡Buena pocilga tienen los hermanos Calzados de Toledo...!

PADRE 1.– *(Con malicia.)* No será porque les falte el agua, que las del Tajo vienen crecidas...

PADRE 2.– Aprovechad, pues, esta agua que la providencia nos depara... *(Coge el cántaro que está en el suelo y se chapotea el rostro. Luego hace lo propio su compañero. El* CARCELERO *acecha como una sombra, dispuesto a servirles.)*

PADRE 1.– Los piojos no han de morir por agua de más o de menos, y de aquí nos los llevaremos como plaga de Egipto...

PADRE 2.– Conozco un remedio... Pero agora será menester más agua, pues con ésta no habemos ni para empezar... ¿Dónde está ese mochacho? ¡Eh, mochacho...!

CARCELERO.– *(Acudiendo presto.)* Servidor de su reverencia...

PADRE 1.– Anda y trae más agua, pues habemos de lavarnos...

CARCELERO.– *(Cogiendo el cántaro.)* Si sus reverencias lo desean, puedo traerles agua fresca para beber, de la que hay en los pozos de nieve del patio...

PADRE 2.– ¡Bendito seas, hijo, y qué buena ocurrencia la tuya! Anda y trae esa agua helada, si tienes piedad de estos hermanos tuyos a punto de abrasarse como ánimas del purgatorio...

CARCELERO.– Tomo al instante...

PADRE 2.– Ha de ser duro de mollera el mochacho para preguntar si queremos agua fresca en una noche tan toledana... *(Se rasca con furia.)* Que no paran de roer...

PADRE 1.– Nos servirá de mortificación. Ya sabe el refrán... El rascar sólo es comenzar... *(Se deja caer en la banqueta y la luz recoge su rostro blanco y linfático.)* Pienso que esta noche podrá servirnos por un año de purgatorio...

PADRE 2.– *(Abriendo uno de los librotes.)* No parece sitio aqueste para glosar la doctrina de san Anselmo...

PADRE 1.– Bien claro está que los frailes del paño no han de entregarse a la divina teología...

PADRE 2.– Confiemos en que el orate, nuestro vecino, no acabe de enturbiarnos la noche...

PADRE 1.– ¡Quién estuviera en nuestro querido cenobio de Roma...!

PADRE 2.– Cada viaje a Castilla me cuesta una enfermedad...

PADRE 1.– Enfermedades y piojos...

PADRE 2.– *(Haciendo un chiste fácil.)* Ya se sabe que aquí se viene a luchar contra herejes...

PADRE 1.– Herejes y bien fementidos son aquéstos...

PADRE 2.– *(Que ha abierto el libro y lee en voz alta.)* «Sed quanvis summan sustantiam prior in se quasi dixisese cunctan creaturan.»

PADRE 1.– *(Metido en faena.)* Que habíamos traducido por: «Aunque cierto sea que la suprema sustancia comenzó a hablar de por sí a toda creatura...».

PADRE 2.– Mas yo sigo discrepando de esa traducción. Y repito que debe decirse: «La sustancia suprema comenzará a hablar en sí misma...».

PADRE 1.– Sustancia primera o primera sustancia, dígole que es licencia que puede tomarse el traductor de la glosa, mas no ha de ser admisible decir: «Hablar en sí misma», sino «hablar por sí», «hablar por sí misma», si tan meticuloso es su merced, pero nunca...

PADRE 2.– Repítole a su reverencia que no sé dónde aprendería sus latines, pero el «sermo rusticus» de la Iglesia pide una traducción llana y menos retórica, perdóneme, y no olvide que estamos traduciendo a san Anselmo, el cual sacrificó cualquier florido estilo en aras de la claridad apologética.

PADRE 1.– Y yo le insisto humildemente en que no se trata de retórica de estilo, sino de precisión, «summan sustantiam constet prius in se, in se...».

PADRE 2.– *(Muy malicioso.)* Si no tenéis la mente puesta en la lectura y antes la tenéis en esos piojos que os comen...

PADRE 1.– *(Atraviesa sus ojos un fulgor de fiera ante la ofensa de su colega, pero la oportuna llegada del* CARCELERO *con la cántara de agua al hombro y un jarrillo en la mano, pone tregua a la contienda.)* ¡Alabado sea el Señor, que ya tenía la lengua seca...!

CARCELERO.– *(Dejando el cántaro a los pies de los frailes y ofreciéndoles el jarro con gentileza de samaritana.)* Refrésquense, padres, que vine corriendo porque la nieve no se deshiciera...

PADRE 1.– *(Tendiendo el jarro a su hermano con deferencia.)* Su reverencia primero...

PADRE 2.– *(Rechazándolo ceremonioso.)* Beba su merced...

PADRE 1.– *(Bebe con ansia un largo trago.)* «Sustantiam supreman hic linfam divinam...» *(Tiende el jarro al otro, que bebe también.)*

PADRE 2.– ¡Oh, qué sed tan grande había...!

CARCELERO.– Apúrenla, reverencias, que este servidor de aquí a un rato les traerá otra... *(Vuelven a beber con ansia.)* El despensero les proveerá de aquesta agua toda la noche...

PADRE 2.– Vosotros, los naturales de Castilla, sois dados a las asperezas, mas nosotros venimos de otras tierras y no tenemos la costumbre... Creí que me abrasaba...

CARCELERO.– *(Recogiendo el jarro vacía.)* Mandad a vuestro siervo, que se recreará en serviros...

PADRE 2.– Andad y descansad un poco, que así haremos cuando sea menester...

(El CARCELERO *se retira a su rincón y los padres vuelven al estudio de la alta teología.)*

PADRE 1.– Tomemos al pleito en que nos hallábamos...

PADRE 2.– Deje que cobre el resuello ahora que quedo refrescado...

PADRE 1.– *(Queriendo dar ejemplo de rigor.)* Estábamos en aquello de «sed quanvis summan sustantiam constet prius in se...»

PADRE 2.– *(Se ha sacado un piojo del hábito y finge arrojarlo sobre el libro abierto.)* Más valiera estudiar aquesta sustancia, mira si es gorda y suprema...

PADRE 1.– *(Escandalizado y sacudiendo el libro.)* Por Dios vivo, que si yo no hubiera probado el agua, diría que os atiborrasteis de vino, Dios me perdone... *(Ríe el* PADRE 2 *y el otro, enfurruñado, se aparta un poco y continúa bisbiseando los latines. El* PADRE 2 *pronto comienza a dar cabezadas sobre la mesa. El* CARCELERO*, enroscado en su rincón, parece dormir. Flota sobre todos ellos el silencio de la noche, interrumpido sólo por el rumor de las aguas del río. La lumbre que ilumina a los teólogos envuelve en su redondel de luz las dos augustas calvas, enajenadas en la glosa de san Anselmo. En esto, vemos que el frailecillo en su celda realiza misteriosas operaciones. Una de ellas es hacer tiras con una manta y retorcerlas hasta formar una cuerda... El frailecillo se mueve con gestos ligeros, ordenados y seguros, que parecen acompañar a los latines que recita con voz cansina y monótona el teólogo.)* «Quam eam secumdum eamdem et per eamdem suam intiman locutionem conderet...» *(*FRAY JUAN, *en su celda, recoge el lío formado por la manta convertida en cuerda, empuja la puerta y, al hacerlo, un candado cae al suelo con gran ruido. Los* PADRES *se sobresaltan y salen al zaguán.)*

PADRE 2.– ¿Qué ruido es ése?

PADRE 1.– ¿Qué haces, mochacho? *(*FRAY JUAN, *asustado, se mete de nuevo en el catre. El* CARCELERO *acude somnoliento.)*

CARCELERO.– Ordenen sus reverencias...

PADRE 1.– Que si fuiste tú quien hizo el ruido...

CARCELERO.– Un servidor estaba recogido en oración...

PADRE 2.– Ha sonado aquí como golpe de fierro...

CARCELERO.– Nada oí...

PADRE 1.– Alguna rata, sin duda...

PADRE 2.– O sería el orate...

CARCELERO.– El orate duerme. Nunca hace ruido...

PADRE 1.– Lo que yo digo, rata ha sido sin duda. No deben faltar en aquesta fortaleza...

CARCELERO.–Entran del río; ratas como conejos. Pero no hayan temor en lo que me tengan como su guardián...

PADRE 1.– *(Limpiándose el sudor.)* Procure velar, hermano, que no es grato para nosotros estar en estas oscuras...

CARCELERO.– Pueden descansar tranquilas sus señorías, que yo velaré.

PADRE 2.– Proseguiremos nuestro trabajo. Id, hijo, y estad atento a nuestra llamada...

(Se retira el CARCELERO.*)*

PADRE 1.– *(Volviendo al libro.)* Casa de orates y sabandijas es ésta, más que de oración...

PADRE 2.– *(Bostezando.)* Dios amanecerá y nos veremos libres así que el maldito concilio concluya...

PADRE 1.– *(Sigue con sus latines.)* «Sua intimam locutionem conderet quem admodum facer prius monte concipit quod potes secundus mentis conceptionem opera perfidit...»

*(*FRAY JUAN *ha vuelto a empujar la puerta de la celda y ésta cede ahora sin ruido, arrastrando el lío de cuerdas hecho con las mantas. Sale al zaguán y se esconde en un relieve, atisbando a los frailes, que siguen ensimismados en sus latines. Espera el momento propicio para atravesar la estancia y ganar la reja que da sobre el río. La cruza en un instante, con rapidez, y alcanza la reja. Empieza a oírse el canto de un pájaro mañanero, que rompe el silencio e interrumpe la salmodia latina de los teólogos.* FRAY JUAN *amarra la cuerda a los barrotes de la reja, se santigua, va a encaramarse al poyo, y como si olvidara algo vuelve hacia atrás, a donde duerme el* CARCELERO, *y lo bendice lentamente. Corre de nuevo, trepa al poyo e introduce su escuálido cuerpo entre los barrotes. Se agarra a la cuerda y salta fuera. En el impulso de la caída, a la vez que se tensa la cuerda, el resto del hábito se le ha desgarrado y un jirón de él queda flotando entre los hierros. El ruido del cuerpo al caer en el agua sobresalta a los* PADRES.*)*

(El PADRE 1 *saliendo de la celda.)* ¿Cuál es ese horrísono ruido?

(El PADRE 2, *que dormitaba, ha dado un salto en la silla.)*

CARCELERO.– *(Acudiendo presuroso.)* ¡Yo velaba, os juro que vuestro siervo velaba...! *(Un alboroto de pájaros mañaneros empieza a oírse tapando casi todas las voces.)*

PADRE 1.– Pero ¿qué sucede?

PADRE 2.– *(Que ya ha salido de la celda.)* ¿Despertó el orate?

PADRE 1.– *(Yendo hacia la celda de* FRAY JUAN.*)* ¡El orate...! Cosa suya será...

CARCELERO.– *(Está ante la reja y ha visto los jirones del hábito colgando de los barrotes. Se encarama y mira hacia fuera. Vuelve temblando, saca el crucifijo que le dio* JUAN *y se pone de rodillas.)* Voló el pájaro; el coplero se fue... ¡Y yo me alegro, me alegro, me alegro...!

PADRE 1.– ¿Qué dice éste?

PADRE 2.– Volvióse también orate...

CARCELERO.– *(Presa de convulsiones.)* ¡Huyó por el aire como un pájaro! Pues yo me alegro. ¡Y doy gracias a Dios...!

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas...

(Se levanta y avanza hacia los dos frailes, a los que hace retroceder presentándoles la cruz de JUAN.*)*

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
ni temeré las fieras,
ni temeré las fieras...

(Los PADRES, *asustados, retroceden ante la furia del enloquecido* CARCELERO; *los cabellos hirsutos, el crucifijo enarbolado como arma, tal un terrible eremita del desierto, que hace al fiin caer de rodillas a los teólogos.)*

SEGUNDA PARTE

La plaza de Zocodover de Toledo, al filo de las doce de la noche agosteña y calurosa. A la luz de los farolillos de aceite, las vendedoras están desmantelando los puestos de mercancías diversas. Hay bullicio y alegría. Es la hora en que se reúnen las verduleras, los compadres de la picardía y las izas de rompe y rasga. En un aguaducho despachan vino, aloja y otros refrescos. Alguien baila, y un MORISCO, *sentado en una caja de madera, entona las cuerdas de una vihuela. Entre las gentes del hampa suena el rasgado lenguaje de germanía.* MENDIGOS *y* TULLIDOS *piden limosna y recogen desperdicios. La plaza de Zocodover es mentidero de* JAQUES, IZAS, ATALAYAS *y* MANDILES, *que se unen en perfecta germanía. El calor sofocante excita los ánimos y aligera las ropas de las mujeres, que llevan la falda casi a media pierna, mostrando el escote no sólo con descaro, sino con deleite, al estilo de las madonas que en Italia pintan los pintores.*

La MALDEGOLLADA, *mientras quita el puesto de hortalizas, se deja ayudar por un* JAQUE *vestido de soldado de los tercios italianos, con su banda y sus enseñas, con más jirones que tela y luciendo en la morisca cara tantos emplastos como hirsutos pelos. Es llamado* ALFÉREZ CAÑAMAR *por la germanía, y luce ahora su casco de «miles gloriosus» entre las chacotas de la* MALDEGOLLADA, *la* COSCOLINA *y la* PALOMITA TORCAZ, *mientras el* MORISCO *de la vihuela acompasa sus notas al baile de otras mozuelas que cantan aquello de «Los Gelves, madre, malos son de tomar...».*

LA MALDEGOLLADA.– *(Al* ALFÉREZ CAÑAMAR.*)* Anda y arrímame esa caja, que garlas más que el portillo de Alcalá...

CAÑAMAR.– *(Acudiendo solícito a ayudar a la* MALDEGOLLADA.*)* Con placer, mi señora, por más que no puedo agacharme, pues la bala que me entró en el Otranto quebróme la cadera. ¡Corpo di Satano...! *(Con gran trabajo arrastra la caja de hortalizas.)*

LA COSCOLINA.– En el Otranto andarías de apaleador de sardinas...

CAÑAMAR.– *(Sin ofenderse.)* A las órdenes del señor almirante don Álvaro de Bazán, que Dios guarde...

LA COSCOLINA.– El señor almirante...

LA PALOMITA TORCAZ.– *(Abrazándole mimosa.)* ¿Y allí fue donde te concedieron el canuto de alférez de los tercios...?

LA MALDEGOLLADA.– Dicen que éste es alférez como yo papisa...

LA COSCOLINA.– Envesado te vi en este Toledo, Cañamar, en el 74, si la memoria no me es infiel...

CAÑAMAR.– Quien tal dice, miente con toda su boca, y yo he de quitarle esa garla por todos los días de su vida, amén... Que pregunten por Cañamar en los Nápoles, y en las Sicilias, y en Otranto, en Ischia, en Lepanto... Que algún manflotesco se atreva a atajar la honra de quien estuvo aquestos años dando su sangre y su salud por el emperador y por España. Anda, ya podéis traerme a ese jaque, si gusta de medirse con quien en Argel degolló en una jornada cuestión de trescientos moros y dejó otros tantos a merced. ¡Corpo di Satano...! Que no sea esta noche de pendencias, que si vine aquí a veros, bellas madonas, fue para que nos solazáramos y lo celebráramos juntos, que la noche es calurosa y la sangre se me altera... Eh, tú, mochacho, tú, mandil, convídanos aquí de beber...

EL MANDIL.– *(Que despacha en el aguaducho.)* Diga lo que se ofrece, mi seor soldado...

CAÑAMAR.– Lo que aquestas damas, mis marquisas, deseen has de servirlas...

LA MALDEGOLLADA.– Gracias, flor de los tercios...

LA COSCOLINA.– La boca tenía seca y los oídos sordos de tanto oírte...

LA PALOMITA TORCAZ.– Eso es garlar por lo bravo y no precisamente en el ansia... Anda y tráeme un sorbete de limón...

LA MALDEGOLLADA.– A mí un buche de aloja, que no puedo más con los calores...

LA COSCOLINA.– *(Que se ha dejado caer sobre una banasta.)* A mí lo que quisiéredes, con tal de que tenga nieve...

EL MANDIL.– ¿Y para su merced, seor alférez...?

CAÑAMAR.– A mí no me preguntes... Vino de la tierra, por más que ya no esté hecho a estos caldos de Castilla, luego de haber probado tanto Lacrima Christi...

LA MALDEGOLLADA.– Buen Lacrima Christi estás tú hecho. Si dijeres que tuviste hartazgo de mazamorra y corbacho de cómitre...

CAÑAMAR.– *(Muy tierno y untuoso.)* Tu garla no escucho; son esos dientes de perla y esa cara de rosa lo que me hechizan...

LA MALDEGOLLADA.– Quita allá, que no son mis días...

CAÑAMAR.– *(Muy eufórico.)* Ea, vénganse sus mercedes, arrimarse hermanos, que vamos a ver si nos refrescamos, que la noche está dura, a fe... Y tú, *(Al* MORISCO *de la vihuela.)* arrímate también, morisco, y tócanos algo que mueva bien los calcos...

EL MANDIL.– *(Mientras les sirve.)* Por contado se ha de pagar este convite, seor mi alférez...

CAÑAMAR.– Y lo has de cobrar, vive el cielo, ¡Corpo di Satano!, y aun sahumados en las costillas, por tan deslenguada garla...

LA MALDEGOLLADA.– Pues ¿cómo había de garlar a éste, que aún sirve de mandil en el corral de la Paya del Cercado...? No conoce a Cantarote.

CAÑAMAR.– *(Un tanto enfurruñado.)* No conozco, no, que nuevo soy en Toledo y al servicio de su alteza el emperador siempre. Ea, y no se hable más, no vaya a ser que alguno acabe descalabrado, que el alférez Cañamar no quiere pendencias ahora, que hartas tuvo en otras latitudes.

EL MORISCO.– *(Muy untuoso.)* Laj órdenej ejpero de ju merjé, seor soldado...

CAÑAMAR.– *(Al ver que se acercan unos* MENDIGOS.*)* Ah, balhurria infecta... ¿Quién os convocó a vosotros? Idos allá, que esto no se hizo para pícaros, o por el Coime de las Clareas que os haré entregar al boche, para que os ponga a cada uno un buen cotón rojo de pencazos...

LA PALOMITA TORCAZ.– ¡Ay, mira el maldiciente! ¡A los pobres de Dios amenaza...!

CAÑAMAR.– Éstos son pobres como yo obispo... Hagan lo que les digo y luego, antes de que eche mano a mi espada... *(Los* MENDIGOS *se apartan riendo.)*

EL MORISCO.– *(Adulón.)* Tiene ju merjé la zangre caliente, como buen sordao...

EL MANDIL.– Queo, germanos, que aquí viene la ronda... *(La taifa de hampones se remueve y cada cual va a su puesto.)*

LA MALDEGOLLADA.– Que vengan, nada malo hacemos...

La Palomita Torcaz.– ¿Refrescarse es pecado?

La Coscolina.– *(Sujetando por los greguescos a* Cañamar*, que parecía intentar escurrirse.)* Eh... Y aún más estando con nuestro señor, el alférez de los tercios italianos que ha de abonar por nosotros... *(*Cañamar *finge con sonrisa torva.)*

> *(Los dos* corchetes *negros ponen su tiesa adustez como sombrío interrogante entre la chusma. Huyeron mendigos y tullidos, y el* morisco *guitarrero se escondió tras unos bultos. Las mozas se bajaron las faldas, y la* Maldegollada*, echándose el manto sobre la cabeza, pasa las cuentas del rosario y murmura las letanías.)*

La Maldegollada.– Mater misericordia...

Todos.– Ora pro nobis...

La Maldegollada.– Mater intemerata...

Todos.– Ora pro nobis...

Corchete 1.– *(Que se ha detenido ante ellas.)* Hora es ya de recogerse, hermanas...

Corchete 2.– *(Mordaz.)* ¿Dais gracias a la Virgen?

La Coscolina.– Por acordarse de nosotras, pecadoras, que habemos hecho buen mercado...

Corchete 1.– *(Al* alférez Cañamar*, que andaba disimulando.)* ¿Y su merced, seor soldado?

Cañamar.– *(Volviéndose y sacando fuerzas de flaqueza.)* Alférez..., alférez de los tercios...

Corchete 2.– ¿No es hora de retirarse a su cuartel, si lo tuviere? ¿O es que no tiene boleta?

Cañamar.– Tengo licencia...

Corchete 2.– Y a mí que me parece conocer su cara de los tiempos del Escarramán.

Corchete 1.– Ahora caigo... Me recordaba a uno de los que salieron envesados para la cuerda de las gurapas de Cádiz...

Cañamar.– *(Muy jarifo.)* Miren lo que hablan, señores, no vaya a resultar que un servidor venga a recordarles a voecedes el tiempo en que sirvieron como jaques en casa la Repolida...

CORCHETE 1.– *(Con una sonrisa que quiere ser complaciente.)* No debe irritarse, señor alférez, que todos los hijos de Dios, como hermanos que somos, en algo habríamos de parecernos...

CAÑAMAR.– *(Que ha ido cobrando agallas.)* A la imperial Toledo, cuna de ilustres soldados, flor de la clerecía, arribé con el alba procedente de los ejércitos de Italia. Sevillano soy, viejo cristiano; que nadie puede acusarme en esta noble ciudad, que tanto admiro, sino de haber besado sus muros con la unción del más ferviente peregrino... *(La loa, entonada con voz ronca y grave, deja suspensos a todos, incluso a las mozas.)*

CORCHETE 2.– Buena garla, seor alférez, y perdone. La ordenanza nos impone interrogar a los forasteros...

CAÑAMAR.– Y un alférez no ha de oponerse a tales cumplimientos; es más, lo requiere por el bien del común...

LA COSCOLINA.– *(Sin poder contenerse.)* ¡Pico de oro...!

CAÑAMAR.– *(Radiante por su triunfo.)* No se hable más y aquí quede el incidente, y quédense sus mercedes, seores alguaciles, a refrescar con nosotros, pues ando a celebrar mi vuelta a la patria... *(Al* MANDIL.*)* Niño, sirve de beber a los señores ministros de la justicia...

CORCHETE 1.– Agradecidos quedamos...

CORCHETE 2.– *(Que se había puesto a secretear con la* MALDEGOLLADA.*)* ¿Cómo anda tu rujo, Maldegollada?

LA MALDEGOLLADA.– Desque le aventaron a apalear sardinas, nada sé. Tú me dirás, que fuiste su compadre en murcios y otros cairos... *(Ríense los* CORCHETES, *beben de la ronda que les trae el niño y todo parece resolverse en ceremonia cortesana.)*

CORCHETE 1.– Es que, por si no supiéredes, parece que el famoso Escarramán se escapó de las gurapas...

LA MALDEGOLLADA.– ¡El Escarramán...!

LA COSCOLINA y LA PALOMA TORCAZ.– *(Al unísono.)* ¡Madre de Dios...!

CORCHETE 2.– *(A* CAÑAMAR.*)* Y de ahí nuestra interrogación, seor mi alférez...

CAÑAMAR.– *(Bebiendo tranquilamente.)* No sé quién es ése...

LA MALDEGOLLADA.– Pues ¿quién no habrá oído garlar del famoso Escarramán y de su iza la Méndez, en esta ciudad de Toledo...?

LA COSCOLINA.– Recogida andaba la Méndez por los zaguanes de las monjas, y no hace un mes que la vide...

CORCHETE 1.– Bando hay del señor corregidor para atrapar muerto o vivo a ese bandido...

LA MALDEGOLLADA.– Buena pieza para echarle un galgo a ese Escarramán...

CORCHETE 2.– Mentira parece que el señor alférez no oyera hablar del Escarramán...

CAÑAMAR.– Nuevo y forastero soy en Toledo, como os digo, y mal puedo conocer a sus gentes...

CORCHETE 1.– Si el alférez es sevillano, como dice, tal vez lo hubiera topado en esa Babilonia, o cuando menos oído hablar de sus hazañas...

LA COSCOLINA.– Hasta en las coplas anda, el famoso Escarramán...

LA PALOMITA TORCAZ.– Los ciegos aún cantan sus coplas y yo me las sé de coro. *(Lanzándose a recitar:)*

En la ciudad de Sevilla,
ciudad populosa y grande,
al valiente Escarramán
prendieron por su desastre,
por famoso capeador
y por delitos más graves
le dieron justo castigo
por esos delitos tales...

(Aplausos de las otras mujeres.)

CORCHETE 1.– *(A* CAÑAMAR.*)* ¿No había oído nunca esas coplas?

CAÑAMAR.– A mí, me hablen de coplas de botafuego y atambor, que no conozco de otras.

(Aplausos ahora para el ALFÉREZ.*)*

CORCHETE 1.– Queden en paz, hermanos, que nosotros hemos de seguir con la ronda. Y vosotros avivad y retiraos, que Dios amanece y no son horas de andar solazando...

LA MALDEGOLLADA.– Ultimando las letanías estábamos...

CORCHETE 1.– Déjense de letanías y ande cada mochuelo a su olivo, no vaya a ser que más de una, o uno, tenga que salir sagitario por las calles tole-

danas a que el verdugo le ponga una centena de fajas en las espaldas... ¡Dios les guarde! *(Vanse los* CORCHETES.*)*

LA MALDEGOLLADA.– *(Abrazando a* CAÑAMAR *cuando salen los* CORCHETES.*)* Como se oye tu corazón, rufo de mis entretelas. Cálmate, que ya pasó el peligro...

CAÑAMAR.– Nunca estuve más tranquilo. No se me alteró la sangre en Lepanto, cuando menos se había de alterar por una pareja de guros...

LA COSCOLINA.– ¿Oísteis bien, hermanas? Huyóse el Escarramán...

LA PALOMITA TORCAZ.– Pues seguro que se vino a Toledo para degollar a la Méndez...

EL MANDIL.– *(Que se ha unido al grupo.)* Juró vengarse de ella, desde que se enteró de que se había amancebado con el Carifancho, el guro de Añover...

LA MALDEGOLLADA.– Pues que Dios proteja a la pobre Méndez...

LA COSCOLINA.– Ay, ya se ve en lo que paran las grandezas. La orgullosa marquisa de Toledo, que anda agora recogiendo las sobras de los conventos...

LA MALDEGOLLADA.– En eso acaba todo... *(El* ALFÉREZ CAÑAMAR *iba a marcharse cuando salieron del escondite el* MORISCO *de la vihuela y los* MENDIGOS.*)*

LA PALOMITA TORCAZ.– *(Sujetando a* CAÑAMAR.*)* ¿Dónde va mi señor alférez?

CAÑAMAR.– Hora es ya de recogerse en el cuartel...

EL MANDIL.– Eh, que aquí se ha de pagar el gasto...

EL MORISCO.– ¿No quería ju merced que tocara un son italiano?

LA COSCOLINA.– ¿Se va a ir alférez así, sin más?

CAÑAMAR.– Vive Dios, balhurria manflotesca, que si he de sacar la tizona, os voy a moler a cintarazos... *(Todos, con grandes burlas, sujetan al* ALFÉREZ, *y tirando del brazo le sacan una manga.)*

LA MALDEGOLLADA.– *(Agitando en el aire la manga.)* ¡Ay, la mi madre, y cómo andan los tercios de Italia...!

CAÑAMAR.– ¡Maldita marquisa, te voy a...!

EL MANDIL.– Si tiramos un poco, le dejamos en coritate...

LA MALDEGOLLADA.– Por Dios, hermanos, respeten a un alférez de los tercios...

EL MANDIL.– O paga los refrescos o le dejo las posás al ventistate.

(Y el maldito mozuelo trata ahora de sacarle los maltratados greguescos.)

CAÑAMAR.– *(Suplicante ahora.)* Ténganse, hermanos... Por Dios, se lo suplico...

LA COSCOLINA.– ¡Ay, que ya garla de otro modo! Agora ya no me cabe duda de que éste es Cañamar, el compadre del Escarramán... Si le vide jinete por la puerta del Cambrón, cuando envesaron a él y a su compadre.

CAÑAMAR.– *(De rodillas, suplicante.)* Perdón, que he de confesarlo todo.

EL MANDIL.– Confiesa...

CAÑAMAR.– Cañamar soy, compadre del Escarramán fui, huido me ando y asilo busco entre vosotros...

EL MANDIL.– ¿De la venganza de tu compadre huyes?

LA COSCOLINA.– *(Alzando los brazos hacia el cielo.)* ¡Ay, Escarramán, Escarramán, que has de traer una noche de lutos sobre Toledo...!

(En ese momento, aparece en escena un hombrecillo, desnudo totalmente, que corre a esconderse, aterrado al ver el grupo de gente, entre los bultos amontonados. Ante esa inesperada visión, todos quedan mudos de estupor y sobrecogidos de espanto.)

LA MALDEGOLLADA.– ¡Jesús, María y José...!

LA COSCOLINA.– ¡Ánimas benditas del purgatorio...!

(La PALOMITA TORCAZ *se limita a soltar un chillido, el* MORISCO *de la vihuela sale de estampía y el* ALFÉREZ CAÑAMAR *aprovecha la ocasión para tomar también soleta. El muchacho de los refrescos, el pícaro* MANDIL, *es el único que parece mostrarse dueño de la situación.)*

EL MANDIL.– Ténganse, hermanos, ¿a dó corren con tanta priesa?

LA MALDEGOLLADA.– *(Abrazada a la* COSCOLINA *y a la* PALOMITA TORCAZ.*)* Aparecida fue...

LA COSCOLINA.– Satanás en persona...

LA PALOMITA TORCAZ.– Y en coritate vivo...

LA COSCOLINA.– El rabo entre las piernas le vide... ¡Ay, yo me vuelvo a mi rancho! *(Al* MANDIL.*)* Anda, Cantarote de mi alma, acompáñame, que sin ti me pierdo...

LA PALOMITA TORCAZ.– ¡Qué pelos tenía...!

La Maldegollada.– *(Que aún tiembla.)* Se guareció tras esas seras. Mira, que aún se menea...

El mandil.– Y el valiente alférez, que aprovechó para irse...

La Maldegollada.– Habremos de dar un parte a la Santa Inquisición. Es un aparecido...

La Coscolina.– Ánima en pena era...

La Palomita Torcaz.– Del mesmo infierno venía, y aún queda el olor. ¿Qué hacemos?

El mandil.– ¿Qué hacemos? Ver ahora mismo si es ánima en pena, demonio del infierno..., o lo que yo me barrunto...

La Coscolina.– *(Sujetando al* mandil.*)* ¡Ay, no vayas, hermano! Anda y llévame a mi rancho...

La Palomita Torcaz.– Las carnes me tiemblan...

La Maldegollada.– Era figura del demonio, seguro...

El mandil.– El único hombre que está aquí es este coime, que ahora mismo ha de sentenciar el pleito... *(Coge un palo enorme y va hacia donde se escondió el escurridizo cuerpo.)*

La Coscolina.– *(Sujetándole.)* ¡Ay, Cantarote, tente...! Mira que no vaya a ser nuncio de lo alto...

El mandil.– Podía ser el Coime de las Clareas, que por muy mandil que yo sea, no me asusta aparición de más o menos. *(Va con el palo, sin ocultar su temblor, y empieza a dar golpes sobre los bultos, como si se tratara de espantar una rata.)*

La Maldegollada.– Como no fuera ilusión de nuestros sentidos...

La Palomita Torcaz.– *(Echándose a llorar muy desconsolada.)* Ahína nos veremos en pleito inquisitorial. Ay, que ya me veo encaperuzada y con el sambenito de azufre...

La Maldegollada.– ¡Calla, maldecida, y no mientes esos trances...!

El mandil.– *(Dando fuertes golpes con el palo.)* ¡Salí de aquí, salí, ratón inmundo, salí o por el Dios que nos asiste que os he de aplastar como a vil cucaracha...!

La Palomita Torcaz.– ¡Ay, ay, ay, que nos truja la desgracia...!

La Maldegollada.– Verdad que estas cosas no son sino presagio de catástrofes...

La Coscolina.– Estuviera aquí la madre Celestina... Ella sabía conjuras para domeñar esas almas...

LA MALDEGOLLADA.– Recemos, hermanas, recemos... *(Caen de rodillas las tres mujeres, que rezan bisbiseantes y aleladas, mientras el tembloroso* MANDIL *sigue metiendo el palo entre los bultos.)*

EL MANDIL.– Demonio puede ser, pero figura humana tiene... *(Con grandes voces.)* Júrate que si tienes sesos, aplastártelos he, que no han de servir ni para sustento de gatos...

(Aparecen CAÑAMAR, *el* MORISCO *de la vihuela y los* MENDIGOS, *atraídos por la curiosidad.)*

EL MORISCO.– Anda la ronda vigilando el río... Menejter será avisajla...

CAÑAMAR.– *(Cuyo aire de «miles gloriosus» ha pasado a mejor vida.)* ¡Malhaya la ronda y malhaya Toledo, y malhaya la madre que me parió...!

EL MORISCO.– En mi pueblo salió el demonio mejmamente como esa figura que habemoj vijto, y aun con un cuajto de rabo más...

LA COSCOLINA.– ¡Ay, sí que yo le vide el rabo...!

LA MALDEGOLLADA.– Y los pelos...

EL MANDIL.– *(Que sigue dando palos.)* ¿Y apresaron en tu pueblo a ese demonio?

EL MORISCO.– No, porjue se convirtió en jumo y se jue poo laa chimenea; tres añoo anduvo aullando poo ellaa y agora se oye su quejío er día loo dijuntos... *(Las mujeres gritan y rezan el avemaría en voz alta.)*

EL MANDIL.– *(A* CAÑAMAR.*)* Ande, hermano, y no se quede tan tieso, ayude a remover estos bultos. Que de aquí no se ha de escapar este duende sin que le entreguemos a la Santa Inquisición, para que arda en la hoguera...

CAÑAMAR.– Ignorante sois, pues pretender quemar a un demonio es locura insana. Pues qué, ¿el fuego no es el elemento que conviene a los demonios?

LA COSCOLINA.– Bien hablas, Cañamar. En Salamanca debías verte, y no huido de la justicia...

EL MANDIL.– *(Soltando el palo.)* Sudoroso estoy, que la noche no anima a la pendencia, y sea demonio o creatura yo me marcho, no siendo que nos veamos todos envesados y en borrico...

EL MORISCO.– No hay taa, que nuejtro debé será entregajlo a la justicia inquisitoriá; no vayan luego a desí que juimo ocujtaore...

CAÑAMAR.– Pues anda, tú, llama a la ronda si te atreves, que así cobrarán los azotes y las gurapas que les debes...

LA MALDEGOLLADA.– Ea, hermanos, huyamos presto...

EL MANDIL.– Dice bien éste. Mañana os prenderán los de la cruz verde... ¡Ay, en mal hora nos demoramos a refrescar en noche de tanto agüero!

LA MALDEGOLLADA.– *(Rompiendo a llorar de nuevo.)* Ay, hermanas, mira cómo habemos de acabar nuestros días, acusadas de tener tratos con el demonio...

LA PALOMITA TORCAZ.– ¡Sálvanos, Virgen Santa...!

EL MORISCO.– *(A* CAÑAMAR.*)* Menejté será que proveamos antee que los del ropón negro se noo jechen ensima...

CAÑAMAR.– *(Avanzando hacia donde está el duende, intenta mantenerse erguido, pero le tiemblan las piernas, mira con los ojos revirados y parece un muñeco. Las mujeres han cesado en sus lloros y observan. Atrás quedan, medrosos, el* MORISCO *y el* MANDIL*, éste sujetando el grueso garrote en las manos.)* Exorcizaré a ese demonio... *(Se vuelve a los otros tratando de sonreír y empieza a lanzar gritos horrísonos.)* ¡Sal de ahí! O por el Dios que nos alumbra, que te hemos de moler a palos primero y entregarte a la justicia luego, donde pares en lo que mereces, que es la hoguera. Vade retro, Satanás y todas tus legiones, que de aquí no habemos de movernos en tanto no hagamos en ti presa, por más que Belcebú y su corte entera vengan en tu ayuda...

EL MANDIL.– *(Que se ha puesto detrás de* CAÑAMAR*, le tapa la boca con la mano.)* No garles con tantos bríos, no te vaya a oír la ronda que anda por ahí cerca...

LA MALDEGOLLADA.– Déjale que siga... Sigue, valiente Cañamar...

LA COSCOLINA.– Exorcista merecías ser. Mira, que ahora se mueve...

(Se apercibe un remover de bultos y todos retroceden raudos.)

CAÑAMAR.– *(Reconfortado por las alabanzas.)* Figura humana es, que no demonio...

EL MANDIL.– Lo que yo me malicié desde el principio. Éste es uno que anda en cuentas con la justicia de aquesta tierra y no con la del cielo.

EL MORISCO.– Ejcarramán en persona...

LA MALDEGOLLADA.– Ay, madre, pues y aún más que fuera el propio Escarramán, antes lo prefiriera demonio. ¡Perdidas estamos...!

LA COSCOLINA.– *(Grita.)* Que si eres el Escarramán, aquí no está la Méndez; siga su camino, hermano, y que la providencia le guíe...

CAÑAMAR.– Fuera Escarramán y no hubiera ido a esconderse. ¿Cuándo Escarramán se escondió de nadie?

LA PALOMITA TORCAZ.– Escarramán en cueros vivos... Imposible...

LA MALDEGOLLADA.– Cuando era el rufo más apuesto de Toledo, que las marquisas andaban a partido para vestirle...

EL MORISCO.– Vendrá la ronda y noj apresará a todoo...

CAÑAMAR.– Pues yo quiero ver en qué acaba el pleito. ¡Sus y a por él, que más se perdió en los Gelves...! *(Y con este grito, se lanza espada en ristre y remueve los bultos. Los otros acuden a ayudarle ante el espanto de las mujeres, que están abrazadas. Parece que la figura corre a gatas entre banastas y seras.)* ¡Ya lo tengo...! ¡Ya lo ten...! ¡Se me escapó!

EL MORISCO.– *(Corriendo por un lado.)* ¡Agárrale del rabo...!

CAÑAMAR.– *(Con un grito de triunfo.)* Del rabo lo cogí... *(Estupor y silencio; las mujeres se tapan la cara.)* ¡Ah, pícaro demonio, que ya te tengo...! *(Lentamente levanta el brazo, y cogido de los pelos aparece el fugitivo.* FRAY JUAN *es, desnudo como Cristo, que se muestra ante los pícaros como salido de los infiernos.)*

> *(El cuadro no puede ser más espeluznante. El pícaro* CAÑAMAR *mantiene cogido por los pelos al frailecillo, no sin espanto, pues le tiembla todo el cuerpo.* FRAY JUAN *sólo muestra medio cuerpo, pues las seras y sacos le llegan a la cintura. Su rostro escuálido, moreno, los ojos de ciervo asustado, el torso lleno de llagas, sucio. Las mujeres, tapándose la cara, gritan, creyéndole sobrenatural. El* MANDIL *y el* MORISCO *guitarrero contemplan asombrados al intruso.)*

(Rebosante de triunfo.) Te cacé, demonio, o lo que fuéredes, y no han de valerte conjuros, pues no he de soltarte. *(A los mirones.)* Andad, vosotros, y traed con qué atarle, que ya me canso...

EL MANDIL.– *(Acercándose.)* Pues demonio no parece...

CAÑAMAR.– *(Con torva sonrisa, al* MANDIL.*)* Atributos de hombre tiene, y buenos... Acércate, si tienes valor...

LA COSCOLINA.– *(Que es la primera de las mujeres que se atreve a hablar.)* ¿No es el Escarramán?

EL MORISCO.– De mi rasa parese ejte poj la coló que pinta...

EL MANDIL.– Háblale en tu algarabía, por si responde...

CAÑAMAR.– *(Irritado.)* Traed una cuerda, os digo; no vaya a írseme...

(Por fin, vencido el miedo, rodean a FRAY JUAN *y van amarrándole.)*

LA MALDEGOLLADA.– *(A las otras.)* Demonio no es...

LA PALOMITA TORCAZ.– Escarramán tampoco...

LA COSCOLINA.– ¿Pues quién es, entonces?

CAÑAMAR.– *(Al* MANDIL*, que está atando a* FRAY JUAN.*)* Cúbrele las vergüenzas con ese cacho estera...

EL MORISCO.– Y buena vergüensaa tiene...

CAÑAMAR.– *(Muy triunfante.)* Cobraremos la soldada, si la justicia lo tiene pregonado...

LA COSCOLINA.– Mostrádnoslo, si es hombre y no demonio...

LA MALDEGOLLADA.– ¿Reparasteis si tiene seis dedos, o dos lenguas?

CAÑAMAR.– *(Que ha dejado su presa en manos de los otros.)* Mujeres ignorantes, que no habéis ojos para ver la luz del mundo. ¿De qué demonio o prodigio habláis? Hombre es, pues figura de hombre tiene y no trazas de jaque. Bailador o atalaya parece, ladrón de más o de menos, huyendo del finibusterre. No me engañan mis columbres...

LA COSCOLINA.– Ay, pues si huye de la durindana, germano nuestro es y no otra cosa...

EL MANDIL.– *(Que ha terminado de amarrar bien a* FRAY JUAN*, codo con codo, mostrándolo a todos.)* Aquí tenéis al hombre, que no al demonio, sino creatura como tu e como yo...

LA MALDEGOLLADA.– Mira si habla cristiano...

CAÑAMAR.– *(Poniéndose ante* FRAY JUAN.*)* Agora, compadre, precisamos oír tu garla. Te conviene cantar, pues has de hacerlo en el ansia, que ya viene la ronda y habemos de entregarte a los guros para que el boche se haga cargo de ti...

LA COSCOLINA.– Pudiera ser extranjero...
EL MANDIL.– O mudo...
EL MORISCO.– Lengua tiene...
LA COSCOLINA.– *(Muy resuelta.)* Yo quiero verle. Arrimarle ese candil... *(No sin temblores, se acerca la* COSCOLINA *al prisionero y le observa, entre resuelta y huidiza, ante la socarronería de los otros. Pausa. Vuelve deprisa al grupo de las mujeres.)* Pues es joven, la color morena. Los ojos tiene azules, menudico, pero lindo mozo...
LA PALOMITA TORCAZ.– Quiero verlo... *(Se acerca a su vez.)*
CAÑAMAR.– *(Con una gran risotada.)* Os hubierais apresurado y lo vierais completo...
LA PALOMITA TORCAZ.– Tiene agora los ojos cerrados. Por el Dios que nos asiste, que es un mozo de buenas prendas...
LA MALDEGOLLADA.– *(Que también se acerca a verle.)* Rufo no parece, pero mandil de jaque... Pudiera ser *(Dirigiéndose al* MANDIL.*)* ¿Lo conoces tú, Cantarote?
EL MANDIL.– En jamás de los jamases le vide. Como no venga de las Indias...
LA MALDEGOLLADA.– Está sudoroso el pobre. Trae... *(Va al puesto donde aún queda refresco y le lleva un jarro de aloja a los labios.* FRAY JUAN *bebe con ansia.)*
FRAY JUAN.– Gracias. Que Dios la bendiga, hermana...

(Todos quedan paralizados ante la voz suave y ronca, enormemente viril, del prisionero.)

LA MALDEGOLLADA.– *(Alegre.)* ¿Oísteis? Me habló...
LA PALOMITA TORCAZ.– Habló...
LA COSCOLINA.– No lo oí bien. ¿Qué ha dicho?
LA MALDEGOLLADA.– Diome las gracias...
EL MANDIL.– Y... ¿habla cristiano?
LA MALDEGOLLADA.– Cristiano habla...
CAÑAMAR.– *(Dando una palmada.)* Ea, terminó el entremés. Hora es de llevarlo a la justicia...
LA MALDEGOLLADA.– Espera, pudiera, pudiera ser el Escarramán...
LA PALOMITA TORCAZ.– ¿Serías capaz de entregar a la gurullada la flor de los jaques españoles...?

CAÑAMAR.– Pero... no es Escarramán. A saber quién es el coime... Si garlar no quiere con nosotros, ya garlará en el potro. Sabrá lo que son los cordeles *(A* FRAY JUAN.*)* y puntas en las pantorrillas. Hermano, te soltarán tu garla por todo lo alto, y hasta la partida de bautismo han de verte... ¿Qué dices? ¿No hablas?

FRAY JUAN.– Hágase la voluntad de Dios...

(Pausa de asombro.)

LA MALDEGOLLADA.– ¿Oísteis?

EL MANDIL.– Oímos...

LA COSCOLINA.– ¿Quién puede ser?

EL MORISCO.– Yo juraríe que e maricón...

CAÑAMAR.– Llamá a la ronda y decí que habemos preso a un judío...

EL MANDIL.– No te hagas el bravo, Cañamar, que bien sabes que nosotros no haremos eso...

LA COSCOLINA.– Déjalo que lo lleve a mi rancho...

LA MALDEGOLLADA.– Nos lo llevaremos. Lo bañaremos en agua de menta...

LA COSCOLINA.– Habrá que darle de comer...

EL MANDIL.– Menester será esconderlo...

CAÑAMAR.– *(Hace girar el cuerpo de* FRAY JUAN *y muestra a todos sus espaldas surcadas de cicatrices.)* Mirá la clase de pájaro que es éste...

(Se oye un «¡Oh!» de asombro y de conmiseración de las mujeres ante las laceradas espaldas del cautivo.)

EL MANDIL.– Buen disciplinante de penca fue...

EL MORISCO.– Er boche te pinto güenaa fajaa con ej lacre e la penca...

LA COSCOLINA.– Juraría que éste es el que envesaron el día primero y yo lo vide por la cuesta del Cristo. Me acuerdo de esos ojos...

LA MALDEGOLLADA.– *(Avanzando resuelta hacia* FRAY JUAN.*)* Razón de sobra, hermano, para que lo acojamos en nuestro asilo. Trae ese cuchillo, Palomita, que voy a desligarle...

CAÑAMAR.– Si es de los que van al cairo, tendrá que confesar dónde dejó el murcio...

EL MANDIL.– Éste parece más bien santero, de los que van a la limosna...

FRAY JUAN.– *(Que ha sido desatado por la* MALDEGOLLADA.*)* Dios la bendiga, hermana, y Él os bendiga a todos vosotros. Dejadme ir agora, que voy de vuelo.

CAÑAMAR.– *(Sujetándole por el brazo.)* ¡Eh, sus...! ¿Dónde has de ir con esa facha de galeote? ¿No oíste que la ronda está vigilando?

FRAY JUAN.– Es que...

LA MALDEGOLLADA.– No hagas tal, hermano, y ven a mi rancho, que te cuidaré.

LA COSCOLINA.– Deja que venga conmigo, ¿no ves que se cae de cansera?

EL MANDIL.– *(Que siempre ha estado acechante.)* Creo que vuelve la ronda.

LA MALDEGOLLADA.– Virgen Santa, ahora sí que la hicimos de pascua. Escóndete otra vez...

CAÑAMAR.– Está escrito que aquesta noche demos con nuestros calcos en la trena...

LA COSCOLINA.– *(Abrazando a* FRAY JUAN.*)* A por ti vienen...

(La COSCOLINA *ha cogido un trozo de saco y lo echa encima de* FRAY JUAN *a modo de manto, cubriéndolo en el momento en que entran de nuevo los* ALGUACILES *portando un farol verde; con ellos va el mismo lego que fue* CARCELERO *de* FRAY JUAN. *La* COSCOLINA *se pone a bailar con* FRAY JUAN *cogiéndole de las manos, y éste parece un espantajo tratando de seguir el movimiento del baile.)*

(Canta.) «Los Gelves, madre, los Gelves, malos son de tomar...»

LA MALDEGOLLADA.– *(Avanzando hacia la ronda.)* Si buscan sus mercedes a Escarramán, ya pueden ir a otra parte, que por aquí no apareció...

LA PALOMITA TORCAZ.– En casa de la Méndez harían bien en mirar...

CORCHETE 1.– ¿Y quién os preguntó nada, deslenguadas? Mal augurio es el que vengáis con tales aclaraciones...

CORCHETE 2.– ¿Y por qué no os habéis recogido como se os había ordenado? Por desacato a la autoridad os merecéis una buena vuelta de azotes por esas calles...

(La COSCOLINA *tira disimuladamente de* FRAY JUAN; *ambos se van hacia el fondo con ánimo de huir, mas los corchetes los descubren.)*

CORCHETE 1.– Eh, a ver esos dos pájaros... Esa parejita...
LA COSCOLINA.– *(Disimulando.)* «Los Gelves, madre, los Gelves, malos son de tomar...»
CORCHETE 2.– Los Gelves serán malos de tomar, pero antes hemos de ver la cara de ese encapuchado...
LA MALDEGOLLADA.– Pobrecito... Es el beato Pascualino, uno que pide para las ánimas...

(El CORCHETE 1 *ha cogido o* FRAY JUAN *y lo lleva hacia lo luz, descubriéndole la cabeza. Silencio y expectación de todos: se vuelve al lego.)*

CORCHETE 1.– ¿Es éste? Diga, hermano...
CARCELERO.– Éste no es aquél...
CORCHETE 2.– ¿No es aquél?
CARCELERO.– Aquél era coplero y éste es bailador...
LA COSCOLINA.– Vino para la feria de la Virgen y dio sus hábitos a los pobres hasta quedarse en carnes. Miren si es venerable...
CORCHETE 1.– Venerable, venerable... Esperen a que Dios amanezca y todo se pondrá en claro...
CARCELERO.– Aquél era romero de amores...
CORCHETE 2.– Si el hermano dice que no es aquéste, seguiremos buscando.
CAÑAMAR.– ¿Buscan sus mercedes a un fraile?
CORCHETE 2.– Uno que huyó del convento del Carmen, pero saltó al Tajo y debió quebrarse la cabeza con las piedras del fondo...
CARCELERO.– Por el río no parece, como no tuviera alas y se echara a volar...
LA MALDEGOLLADA.– Por las tenerías del río puede que se esconda...
CORCHETE 1.– Vosotros sí que habéis de esconderos, que como tornemos a pasar por aquí y siga la danza, por el Dios que me crió que vais a bailar encima de un borrico...

(Pasa la ronda y todos rodean a FRAY JUAN, *que permanece abrumado.)*

CAÑAMAR.– Conque frailecillo, ¿eh...? El muy pícaro...
EL MANDIL.– En la trena estaba el amigo, ¿eh?

LA COSCOLINA.– *(Cogiéndolo de nuevo.)* Dejadle tranquilo...

EL MANDIL.– *(Dándole un papirotazo en la cabeza.)* Que pague la patente...

CAÑAMAR.– No se ha de ir si antes no dice dónde escondió el murcio de los cepillos...

LA MALDEGOLLADA.– Dejadle, que es hora de recogerse...

LA COSCOLINA.– Ven conmigo, hermano, que te pondré a cubierto...

FRAY JUAN.– *(Tratando de desasirse.)* Dejadme ir solo, por Dios, os lo ruego...

LA COSCOLINA.– No te dejo; éstos son unos bárbaros... *(Arrastra a* FRAY JUAN.*)*

> *(La* COSCOLINA *tira del cuerpo derrengado de* FRAY JUAN *por las tortuosas callejas toledanas. En la avanzada noche, preludio de la aurora, la moza de picos pardos y el cuerpo semidesnudo y somnoliento del fugitivo descalzo forman una siniestra pareja de delincuentes huidos de la justicia. La* COSCOLINA *suspira y jadea arrastrando el cuerpo casi inerte. A la luz de los faroles que arden levemente, parece verse la imagen de la Virgen con el Hijo recién descendido del calvario. Abajo sigue sonando el Tajo con su rumor subterráneo de agua profunda, mientras el solitario pájaro del alba lanza su contrapuntado canto a la lobreguez del río.)*

Esfuérzate, mochacho... Anda y saca fuerzas de flaqueza. Mira que ésos querían entregarte. Tranquilízate, que llegamos a mi rancho y allí estarás libre de los guros. Por la Santísima Trinidad, no te detengas; mira que ya viene el rosario de la aurora y no pueden encontramos en la calle. Que yo debo recogerme antes del alba. ¿Qué tienes? ¿Por qué no haces un esfuerzo? Corre y librémonos, antes de que...

FRAY JUAN.– *(Ha caído de rodillas, y apoyado en el regazo de la* COSCOLINA *habla con un hilo de voz.)* Por Dios te lo ruego, hermana...

LA COSCOLINA.– Ya falta poco, ahora cruzamos la puente. ¿Ves aquella lucecica? En un salto estamos bajo amparo. No te caigas agora, hermano...

FRAY JUAN.– Déjame aquí, sigue tu camino...

LA COSCOLINA.– No te he de dejar. Te llevaré a cuestas si es preciso. Mira que por allí veo las luces de la ronda. Mira que los pájaros ya cantan al

nuevo día. Por tu culpa me apresarán a mí y habré de pagar contigo. Ten caridad de esta pobre mujer...

FRAY JUAN.– *(Como despertando.)* Me entregaré a la justicia. Tornaré a mi celda...

LA COSCOLINA.– *(Irguiéndose como una leona.)* Nunca, nunca. Eso no. A la justicia, nunca. ¿Quién eres para dejarte prender? ¿Eres hombre, entonces, o qué eres?

FRAY JUAN.– *(La contempla largamente y parece recordar a* TERESA.*)* Hombre soy...

LA COSCOLINA.– Pues si eres hombre, ¿has de dejarte prender como una alimaña? ¿Un hombre no ha de precisar libertad como el pájaro que vuela alto? *(Le acaricia levemente la mejilla.)* Ay, no hables de entregarte con ojos de ciervo moribundo... Abre bien esos ojos de águila que tienes... Responde, mochacho, y vamos a mi rancho...

FRAY JUAN.– No puedo...

LA COSCOLINA.– A rastras te llevaré. No habrá quien te vuelva a las prisiones. No has nacido tú, ni hombre nacido como tú, para esas estrechuras.

FRAY JUAN.– Me hablas como me hablaba otra...

LA COSCOLINA.– Ya sé que habrá otras. No tengas miedo de que yo te aprese. Te dejaré volar luego de alimentarte. Te libraré del verdugo como libré a otros. Te devolveré la libertad, la libertad, la libertad que todos desprecian...

FRAY JUAN.– *(Jadeante.)* No puedo...

LA COSCOLINA.– *(Intentando incorporarle.)* Échame los brazos por los hombros... Abrázame sin miedo. Haz cuenta que yo soy el águila que transporta a su polluelo. Pasaremos el resguardo de la puente y diré que eres mi amante borracho, diré que te dio alferecía, diré lo que haya que decir, pero júrote que voy a defenderte de la justicia negra porque quiero, porque soy la Coscolina, la moza de picos pardos de Toledo, la ramera de la puente de Alcántara...

FRAY JUAN.– *(Contemplándola arrobado.)* No soy digno...

LA COSCOLINA.– ¿Qué dices?

FRAY JUAN.– No soy digno...

LA COSCOLINA.– No eres digno... ¿De qué no eres digno?

FRAY JUAN.– No soy digno de entrar en tu casa...

La Coscolina.– Estás desvariando. Orate te me vuelves. Se reviran tus ojos... *(Cae rendida al suelo.* Fray Juan *gime; la fiebre le devora.)* Ay, Virgen Santísima, no pierdas ahora el sentido... Despierta, hermano, que la luz llega. Mira que ya sube la cuesta el rosario de la aurora y habrán de entregamos a la justicia. Ay, que ya estoy sintiendo la penca del verdugo en las espaldas...

*(*Fray Juan *está hecho un garabato en el suelo, presa de convulsiones. La* Coscolina *levanta los brazos al cielo.)*

No te vayas, hermano, vuelve en ti. *(Le levanta la cabeza.)* Mira mis ojos y despierta. Deja que te embrujen aquestos ojos y despierta...

Fray Juan.– Apártalos, amado, que voy de vuelo...

La Coscolina.– *(Paralizada.)* ¿Qué dices?

Fray Juan.– Apártalos, amado, que voy de vuelo...

La Coscolina.– *(Apartándose horrorizada.)* Está agonizando. Tiene visiones. Otro que me arrebata la podrida, la piojosa, la negra... *(Se mesa los cabellos.)* ¿Si acaso yo te traje la desgracia? ¿Si acaso yo fui la mensajera de la podrida muerte?

(La Coscolina, *en su desesperación, no ve una sombra que se acerca y que puede ser la misma muerte. Un rostro amarillo. Un manto negro. Un farol rojo en la mano. De la desdentada boca surge una letanía de extrañas palabras.)*

(Cegada por el resplandor de la vieja enlutada, la Coscolina *parece despertar del sueño de la desesperación.)* ¡La Méndez...! Bendita seas, que llegas en este trance... Mira aqueste mochacho, que acaba de morir...

La Méndez.– *(La amante marquisa, la amante del legendario Escarramán.)* ¿Es mi Escarramán?

La Coscolina.– No es tu Escarramán, pero mira cuánta hermosura muerta, madre; mira qué pena...

La Méndez.– *(Cayendo de rodillas delante de* fray Juan.*)* No es mi Escarramán... No es mi Escarramán...

La Coscolina.– *(Llorando.)* Mas como si lo fuera. La muerte iguala a todos. Ayúdame agora a portarlo hasta mi rancho. No quiero que lo sepulten en un muladar. Anda, mujer, mira que viene la ronda. Que por allá sube la cuesta el rosario de la aurora...

La Méndez.– *(Pasando el farol sobre el cuerpo de* fray Juan.*)* Tiene la misma color morena de mi Escarramán. La color de nuestra raza...

La Coscolina.– La hermosura del cielo castellano en sus ojos...

La Méndez.– Está muerto...

La Coscolina.– Murió perseguido por la justicia, como los grandes mancebos de España...

La Méndez.– *(Estrechando entre sus brazos el cuerpo de* fray Juan.*)* El calor que a mí me sobra quisiera darle, hija...

La Coscolina.– Anda y cógelo por los hombros. Cruzaremos la puente. Diremos a los del resguardo que lo desvaneció la borrachera...

(Cuando las dos mujeres van a cogerlo, fray Juan *se agita en una inesperada convulsión que las hace gritar.)*

¡Santísimo Dios...!

La Méndez.– ¡Virgen Santa...!

La Coscolina.– Vive aún...

La Méndez.– Parece resucitado...

La Coscolina.– *(Arrodillándose ante* fray Juan.*)* No está muerto, no está muerto...

La Méndez.– Lo resucité con mis manos...

La Coscolina.– ¡Ay, la Méndez, madre, ayúdame a sanarlo...! *(Grita en los oídos de* fray Juan.*)* Mírate en mis ojos, mira que estás vivo. Levántate y anda, levántate y anda...

*(*Fray Juan *mueve los labios como queriendo decir algo.)*

La Méndez.– Con la color le vuelve también el habla...

La Coscolina.– Menester será que le llevemos pronto. Que si lo hemos vuelto a la vida, no es razón de que lo cace la justicia... Anda... Y si tú no me ayudas lo llevaré sola... *(A* fray Juan.*)* Vendrás a mi rancho; la Coscolina te sanará...

FRAY JUAN.– *(Habla lento.)*
¡Ay, quién podrá sanarme.
Acaba de entregarte ya de vero...
LA COSCOLINA.– Cuánto desvaría,..
LA MÉNDEZ.– Qué voz tan dulce...
FRAY JUAN.– *(Con voz declinante.)*
No quieras enviarme
de hoy ya más mensajero...
LA MÉNDEZ.– ¿Qué querrá decimos...?
LA COSCOLINA.– Habla en algarabía...
LA MÉNDEZ.– Palabras son de otro mundo...
FRAY JUAN.– Que no saben decirme lo que quiero...
LA COSCOLINA.– Está trastornado. Habla desde el otro mundo...
LA MÉNDEZ.– Deja que se repose. Aguardemos un rato. Si lo llevamos en este trance, van a apresarlo. Mejor que lo pongamos al resguardo de esa esquina... Lo cubriremos con un manto, y cuando pase el rosario de la aurora, rezaremos de rodillas...
LA COSCOLINA.– Bien dices, hagamos así.

(Con gran trabajo apartan el cuerpo de FRAY JUAN, *que sigue desgranando su rosario de ininteligibles versos. En ese tiempo llega la vanguardia del rosario de la aurora entonando sus letanías y oscilando sus faroles, precedida por alguaciles, estandartes y cruz alzada. Las voces susurrantes hacen temblar los muros. Las dos mujeres caen de rodillas, bajan la cabeza y cubren con sus cuerpos el de* FRAY JUAN. *Parecen, en la grieta de la rinconada, dos pájaros siniestros, débiles murciélagos asustadizos.)*

(Con voz lastimera.) Ave María Purísima...
LA MÉNDEZ.– *(Ídem.)* Sin pecado concebida. Amén...

(Nadie se digna volver la cara para mirarlas.)

LA COSCOLINA.– Misericordia para los pobres enfermos...
LA MÉNDEZ.– Limosna para poder enterrar a nuestro pobre deudo...

LA COSCOLINA.– Limosna para dar sepultura a un cristiano que murió de inanición...
LA MÉNDEZ.– Misericordia, hermanos, misericordia...

(Caen unas cuantas monedas, envueltas en hondo desprecio, sobre las rodillas de las dos mujeres.)

LA COSCOLINA.– Bendita sea la sin pecado concebida...
LA MÉNDEZ.– Bendita por siempre sea. Amén.
LA COSCOLINA.– Limosna para los pobres...
LA MÉNDEZ.– Acordaos de vuestros hermanos que penan...

(Termina la procesión. Solamente aquellas monedas, lanzadas con desprecio, han movido aquellos piadosos corazones. La ronda se va alejando definitivamente.)

LA COSCOLINA.– Que la Virgen Santísima no quiera veros en aqueste trance, hermanos... *(En voz más baja, rechinando los dientes.)* Que vuestro corazón podrido se agusane y se ahogue...
LA MÉNDEZ.– Sepulcros blanqueados, sabandijas infernales disfrazadas de ovejas...
LA COSCOLINA.– *(Cuando ya se ha alejado definitivamente el cortejo.)* Saquémosle agora, no perdamos tiempo...
LA MÉNDEZ.– No se apercibieron de lo que había...
LA COSCOLINA.– Ay, volvió a desmayarse...
LA MÉNDEZ.– Lo arrastraremos como sea. Anda y cógele por los hombros, que lo descenderemos por la cuesta...
LA COSCOLINA.– *(Arrastrando el cuerpo de* JUAN.*)* Y cómo pesa...
LA MÉNDEZ.– Como si se le hubiera entrado la muerte dentro...
LA COSCOLINA.– No la mientes... Mira cómo su pecho tiembla...
LA MÉNDEZ.– Ya hay mucha luz y no podremos pasar la puente...

(Efectivamente, ya se afirma la luz del amanecer.)

LA COSCOLINA.– Cierto es. La luz del amanecer nos va a desmentir... Estamos perdidas...

LA MÉNDEZ.– Menester será ayuda. Oye lo que te digo: deja que me llegue hasta ese convento de la plazuela. Allí hay unas monjas que me dan las sobras de su pobre mesa...

LA COSCOLINA.– ¿Monjas?

LA MÉNDEZ.– Monjas, pero cristianas... Aguárdame aquí, que yo diré que habemos encontrado un mochacho herido de muerte; pediré asilo para él...

LA COSCOLINA.– ¿Y si te negaran el asilo?

LA MÉNDEZ.– Entonces, Dios Nuestro Señor... *(Va a salir, pero la* COSCOLINA *la detiene cogiéndola del manto.)*

LA COSCOLINA.– Ay, no me dejes sola, madre. No vuelvas a dejarme sola...

LA MÉNDEZ.– Has de tener fortaleza. Si me hubieras visto en los trances en que yo me vide, cuando a mi Escarramán lo buscaban por media España, habrías fortaleza para ése y mucho más. Mala protectora puede ser la que no tiene coraje para espantar a la muerte y a la justicia...

LA COSCOLINA.– Anda, ve, que aquí quedo...

LA MÉNDEZ.– Son monjas con caridad. No sé qué religión tienen. Pero sé que en ellas encontraremos amparo...

(Sale apresurada la MÉNDEZ*, y la* COSCOLINA *queda, medrosa, en la siniestra madrugada. Permanece arrodillada ante el cuerpo yacente.)*

LA COSCOLINA.– *(Contemplando a* FRAY JUAN*.)* ¿Por qué te ocultas, amigo? ¿Por qué no te despiertas y me amparas? Ay, herida me dejaste como el ciervo en el monte, y ya no pienso cosa, no hablo otro lenguaje. Amar es mi ejercicio... Despierta ya de vero, salgamos de esta noche, huyamos... *(Con extraña lentitud.)* Las montañas, los valles nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos. *(Desesperada.)* Ay, sáname tú a mí, no te me ocultes ya. Gocémonos, amado, acógeme en tus brazos, quedarme en ti, quisiera olvidarme... *(Apoya su cara contra el pecho de* FRAY JUAN *y, asustada, de nuevo agita su torso.)* Despierta ya y dime quién eres... Descubre tu presencia...

(En este momento aparecen los ALGUACILES *pesquisidores, esta vez acompañados precisamente por el mismo* PRIOR *de los Calzados.)*

PRIOR.– *(Señalando la mujer a los* ALGUACILES.*)* Esa mujer... ¡Prendedla...! Ahí tenéis al hombre...

LA COSCOLINA.– *(Dando un grito, incorporándose como una leona para defender su presa.)* Malditos, por fin... ¿Queréis a mi hombre? *(Saca un cuchillo de debajo de la falda y se lo coloca a sí misma con la punta hacia el cuello.)* Mas no os lo entregaré viva, sino muerta... Con este cuchillo cortaré mis venas...

(Los ALGUACILES *quedan amedrentados.)*

PRIOR.– Apresad al fraile, y a la mujer dejadla, que tiempo habrá para que el verdugo se ocupe de ella...

(Los ALGUACILES *intentan levantar el cuerpo de* FRAY JUAN, *pero la* COSCOLINA *se defiende fieramente.)*

LA COSCOLINA.– Me cortaré el cuello de un tajo y lloverá mi sangre sobre vosotros y sobre Toledo entera...

PRIOR.– *(Avanza hacia la mujer.)* Pero ¿no sois hombres para despreciar la amenaza de una miserable puta?

(En este momento han aparecido sigilosamente las MONJAS *con la* MÉNDEZ, *y casi por maravilla se interponen entre el* PRIOR *y* FRAY JUAN.*)*

MONJAS.– ¡Asilo, asilo, asilo, asilo...!

PRIOR.– *(A los* ALGUACILES.*)* No os detengáis y coged el cuerpo de ese hombre. Son impostoras...

MONJA 1.– Aquestos muros son sagrados...

ALGUACIL 1.– *(Al* PRIOR.*)* ¿Cómo vamos a hacer?

PRIOR.– ¿En qué fundáis vuestro derecho, brujas?

(Las MONJAS *han cogido el cuerpo de* FRAY JUAN *y lo transportan callejón adentro.)*

MONJA 1.– *(Muy altisonante.)* El sagrado derecho de asilo es inviolable.

PRIOR.– *(A los* ALGUACILES.*)* Acuchilladlas, descabezadlas si fuera preciso...

(Los ALGUACILES*, para justificarse, han cogido a la* COSCOLINA.*)*

ALGUACIL 1.– *(A la* COSCOLINA.*)* Mira por dónde vas a ser tu la pagana...

PRIOR.– *(Viendo desaparecer a las* MONJAS.*)* Las malditas Descalzas son, y me lo han robado en las narices... *(Lanzándose furioso hacia la* COSCOLINA *y cogiéndola del pelo.)* Tú fuiste la culpable, puta entre las putas. Haré que te atormenten hasta descoyuntarte los huesos, te llevaré a la hoguera, te tostaré el...

LA COSCOLINA.– *(Escupiéndole a la cara.)* Mi amor ya está a salvo y no temo a las fieras... *(El* PRIOR *ha quedado mudo y tieso, limpiándose el rostro.)*

*(*FRAY JUAN *vuelve en sí en el convento de las Carmelitas Descalzas. Tendido sobre un catre, le rodean dos* MONJAS *que tienen el mismo rostro que la* MALDEGOLLADA *y la* COSCOLINA: *dos mujeres atezadas del pueblo castellano. Las* MONJAS *han cubierto las escuálidas carnes del fraile con un nuevo hábito. Ahora le ofrecen tisanas y calmantes.* FRAY JUAN*, el rostro color ceniza, contempla el coro de* MONJAS *y sonríe.)*

PRIORA.– Descanse, padre. Que de aquí no han de venir a sacarle. Ésta es su casa, padre.

MONJA 1.– Hemos roto la clausura para darle auxilio...

MONJA 2.– Afuera quedan los otros, pero no hay temor...

PRIORA.– Ahora procure, padre, tomar esta taza de caldo...

FRAY JUAN.– Benditas sean, hermanas mías...

PRIORA.– Lo peor del peligro ya pasó. Nuestra mandadera salió disfrazada para dar aviso al señor canónigo González de Mendoza. Él vendrá a por su reverencia y le sacará de Toledo...

FRAY JUAN.– Bendito sea el Señor, que me dio tantos sufrimientos como ventura...

MONJA 2.– Mucho ha sufrido, padre, según se ve en sus ojos...

PRIORA.– Dejen, hermanas, que el padre tome esta tacita de caldo. Hágalo por nosotras, padre...

FRAY JUAN.– *(Que se ha ido animando.)* Sí haré. Dios Nuestro Señor me dio grandes pruebas de afecto y caridad en mi cautiverio. Miren, hermanas...

PRIORA.– El caldo, padre...

FRAY JUAN.– *(Bebiendo el caldo trabajosamente, incorporado en el catre.)* No desfallezcan por más que estén en grandes estrechuras. Miren, hijas, que Dios no las ha de abandonar nunca, como no quiso abandonar a este humilde siervo... Hallé en hombres y mujeres de este bendito pueblo de Dios a sus mejores mensajeros... Es el pueblo el que ha de salvarnos, hijas mías...

MONJA 1.– Será mejor que repose, padre. Dejémosle, hermanas, que repose hasta la noche; tiempo habrá de relatarnos su calvario...

FRAY JUAN.– Calvario, no hubo tal calvario...

PRIORA.– Termine de beber el caldo y repose otro ratito...

FRAY JUAN.– Procuraré salir de aquí cuanto antes. No quiero que hagáis pleitos con la justicia. Que ya traje hartos problemas a otras mujeres...

MONJA 2.– Por vuestra reverencia rompimos la clausura. ¿Qué hubiera hecho la venerable madre Teresa...?

PRIORA.– Toda la justicia de Toledo y la venerable Orden Calzada no podrán nada contra nosotras...

FRAY JUAN.– Dios quiso probar al más débil de sus siervos... Al medio fraile...

PRIORA.– Hemos de dar gracias a Dios porque es milagroso que aún estéis vivo y no otra cosa...

MONJA 1.– *(Maliciosa.)* Los guros andan dando golpes en el portón. El prior del «paño» y toda la Orden Calzada esperan que entreguemos al asilado. Pero ni el mismo arzobispo podrá...

FRAY JUAN.– No diga eso, hija. Sea humilde y respete la jerarquía...

(Las MONJAS *se han sentado en el suelo alrededor de* FRAY JUAN, *que permanece incorporado. Parecen moras en torno al sultán.)*

PRIORA.– Ahora duerma, padre, y trate de descansar, que nosotras le velaremos.

FRAY JUAN.– Id a vuestras obligaciones, hijas, que nada ha de sucederme estando entre estos benditos muros...

(Llega la MANDADERA.*)*

MANDADERA.– Andan agora diciendo que habemos violado la clausura... Dicen que han de sacamos por herejías...

PRIORA.– Ya les dije que el padre entró aquí a confesar a la madre María Magdalena, que está moribunda...

MANDADERA.– Y no lo creen...

FRAY JUAN.– *(Volviendo a reposar la cabeza en la almohada.)* Gracias, Señor, por enviarme tan buenos mensajeros que tan bella noticia me dieron de tu presencia.

PRIORA.– No hable, padre, que se fatiga...

FRAY JUAN.– *(Volviendo a sentarse en el catre.)* No me fatigo; por el contrario, hijas, quisiera explicarles las pruebas de bondad que Dios Nuestro Señor me dio en su cautiverio. Creo que os será de mucho provecho...

MONJA 2.– Oh, sí, padre, cuente...

MONJA 1.– Estamos dispuestas a escucharle siempre...

PRIORA.– Si eso ha de servirle de alivio, padre Juan, cuéntenos, cuente, pero no se fatigue...

FRAY JUAN.– Escuchen, hijas...

(Quedan todas pendientes del maravilloso relato del fundador, quien con voz leve, que va ascendiendo de tono, empieza el relato así:)

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
oh, dichosa ventura,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada...

(La luz decrece hasta quedar centrada en torno al rostro de FRAY JUAN, *que, iluminado, se dirige hacia la profunda oscuridad. Su voz se va extendiendo por los ámbitos hasta llenarlos todos y diluirse en el sonido de las aguas del Tajo, que discurren profundas. Tras las palabras de* FRAY JUAN *se ve ahora la imagen de la* COSCOLINA *vagando por las calles de Toledo, como perdida en busca de algo..., hasta caer en una total y absoluta oscuridad.) (Telón.)*

Algunos vocablos de germanía utilizados en la presente obra

Apalear sardinas: ir de galeote, en galeras.
Atalaya: ladrón.
Babilonia: Sevilla, para el hampa.
Balhurria: plebe, gente de baja condición social.
Bailador: ladrón.
Boche: verdugo.
Cairo: chulo. También, lo que gana la ramera y entrega a su chulo.
Calcos: pies, pisadas, zapatos.
Clarea: día, mañana, iluminado por la luz del sol.
Coime: padre de la mancebía.
Coime de las Clareas: Dios.
Columbre: ojos.
Coritate: desnudo.
Cotón rojo: tanda o pena de azotes.
Durindana: espada, justicia. Aquí alude a castigo, desgracia...
Envesar: azotar.
Fajas: azotes.
Finibusterre: horca.
Garlar: hablar.
Gurapas: galeras.
Guro: alguacil.
Iza: prostituta.
Jaque: chulo, rufián principal.
Jarifo: gallardo.
Mandil: criado de rufián o de mujer pública, ya en el último grado de servicio.
Manflotescos: los que frecuentan o viven en la mancebía.
Marquisa: mujer pública, prostituta.
Murcio: hurto, ladrón.
Pencazos: azotes, golpes, latigazos.
Posas: posaderas.
Rufo: jaque, chulo, rufián importante.
Sagitario: se dice del que, montado en un burro, es azotado por las calles para que sirva de escarmiento a los demás.

EL RINCÓN DE DON MIGUELITO

Personajes

Preciosilla, la gitana
Rinconete, el pícaro
Tomás Rodaja, el licenciado Vidriera
Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios
Luis de Góngora, el poeta culterano
La esposa
El esposo
La Habladora
La Camacha
Cristinica
El barbero
El sacritán Pasillas
El furriel
El alguacil
El de Santa Lucía
El escribano
Sancho Panza
Voces diversas y gente del pueblo

Acción: en Madrid, un 23 de abril de 1616

MOMENTO PRIMERO

El escenario es una gran reja situada al foro frente al público. Reja afiligranada de un viejo caserón madrileño. Tras la gran reja, se ve el cielo. Las torres, los tejados de un barrio madrileño en el siglo XVII. Es un mirador abierto al aire libre, a la vida popular callejera, al ir y venir de las gentes por las Villa. La reja desciende hasta permitir ver el nivel de la calle, a la vez que su altura deja contemplar las lejanías de torres, tejados y cielo al fondo. Por ella entra la luz, el bullicio y el ritmo de la vida popular.

Tras de la reja, contemplando el mundo madrileño, un anciano decrépito se arrebuja en sus mantas, recostado en un sillón frailuno, el rostro vuelto hacia la luz y el espacio de la calle con la ansiedad de una planta decrépita que sólo puede vivir merced a la luz que viene de fuera. A su alrededor, sombras informes de muebles, pesados cortinones, siluetas de imágenes. Todo parece ser la razón de la existencia de aquel anciano. Tras de su persona, el público va a asistir y a acompañar al espectáculo de este día de abril de 1916. Día luminoso de alegre sol y bullicio, que parece resucitar al anciano decrépito, habitante solitario del caserón.

Se ven pasar tras de la reja interminables personajes populares, muchos de ellos cantando pregones callejeros.

UNA GITANILLA.– *(Con un gran ramo de flores.)* La Gitanilla... La Gitanilla... Rosas, claveles y jazmines. ¿Quién compra rosas, rositas de Alejandría? La Gitanilla. *(El pregón se pierde a lo lejos.)*

UN MUCHACHO.– Den, por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos... Den por Dios para la lámpara de aceite...

UNA VOZ DE MUJER.– *(Airada.)* Cristinicaaa... Muchacha... ¿Habré de bajar por ti, embrujada?... Cristinicaaaa...

UN PÍCARO.– El esportillero... Aquí está el esportillero... ¿Quién precisa el esportillero...?

UN FRAILE.– Limosna por el alma del que ayer fue ajusticiado... Den, hermanos, una limosna por el que ayer fue ajusticiado...

OTRA VOZ DE MUJER.– Ya llegó la aloja fresquita... Con la nieve de la tierra, vecinas... Aloja fresquita, mochachas...

OTRA VOZ DE MUJER.– La acerolera..., la acerolera...

UN PREGÓN LEJANO.– *(Con tañido de caja.)* De orden del rey nuestro señor, que Dios guarde, al vecindario de la villa... *(Es casi inteligible.)*

UN PÍCARO.– Hayan misericordia sus mercedes de aqueste pobre soldado que perdió el brazo en Flandes... Misericordia tengan y que Dios nos perdone a todos...

VOZ VARONIL FUERTE.– El agua..., el agua fresquita... Vecinas, que traigo el agua fresquita...

(El viejo escucha atento los pregones, medio escondido en su gran atalaya, y las voces populares parecen insuflarle nueva vida. Tiende el oído para escuchar, se incorpora para ver, siempre desde la penumbra. Ahora los pregones se entremezclan formando como una especie de niebla de sonidos que traducen la atmósfera vital de la calle.)

VOCES.– Rosas y claveles, la lámpara de aceite de... Aloja... Fresquita el agua... La gitanilla... Cristinica, mochacha... Del que ayer ajusticiaron... Fresquita l´agua... La acerolora... Del Rey nuestro Señor... Tengan misericordia... La gitani... La acerote... Agua, fresquita l´agua...

(Las voces van descendiendo de tono, difuminándose y perdiendo sus sílabas hasta desaparecer. Sobreviene un momento de silencio casi antinatural. Entonces empiezan a doblar las campanas, redoble alegre de campanas que es contestado por otras campanas más alejadas, formándose una escala musical que se pierde en la lejanía. El viejo, al oír las campanas se santigua y parece reco-

gerse en la oración. De pronto, se ha detenido ante la reja aquella gitanilla que vendía flores. La mano cobriza de la gitanilla alarga hacia el rincón, donde reposa el viejo, un ramillete de flores.)

LA GITANILLA.– Don Miguel... Mi seor don Miguel... Asómese un tantico su merced, don Miguelito.

DON MIGUEL.– *(Incorporándose sonriente hacia la muchacha)* Dios te guarde, muchacha, que ya estuve escuchando tus pregones...

LA GITANILLA.– ¿Vio su merced qué día tan hermoso nos regaló Dios? ¿Qué dice su merced y cuáles van sus achaquillos? ¿No me dirá que con aqueste sol le vienen aquellos fríos de la última vez que le vide? ¿Me oye su merced? ¿Y no me coge este ramillete que le guardé?

DON MIGUEL.– *(Alargando la mano para tomar las flores.)* Ha tiempo que te oigo, muchacha, que bien sabes tu ya, pícara, cuánto me huelgo de oírte. Dios te lo pague. Bonito es el ramo, sí. *(Lo huele.)* Fresco y...

LA GITANILLA.– Con el rocío de la mañana, don Miguelito... Cogido con aquesta mano mía. *(Caracolea su mano entre la reja y consigue coger la del viejo, que deja caer el ramo en su regazo.)* Ay, qué fría tiene la mano, don Miguelito... Ay, qué mano tan fría... Por Undivé que he de calentársela. Ay, madre, la temblequera. ¿No está bueno mi don Miguelito?

DON MIGUEL.– Aprieta, muchacha, aprieta. Ya siento el calor llegarme al corazón y a la cabeza...

LA GITANILLA.– ¿Lo siente? ¿No es Bernardina? Ay, aquesta mano tan rica, tan llena de buenaventura... *(Y estrepitosamente besa la mano de* DON MIGUEL *entre la reja.)* Dígame otra vez la buenaventura, don Miguelito...

DON MIGUEL.– ¿La buenaventura? ¿Yo te he de decir a ti la buenaventura?

LA GITANILLA.– *(Susurrante.)* ¿Acaso no me la dijo su merced otrora?

DON MIGUEL.– ¿Yo? ¿Cuándo te dije yo...?

LA GITANILLA.– *(Siempre susurrante.)* ¿Ya perdió la memoria? Pues la gitanilla se acuerda siempre de aquello que la dijo.

DON MIGUEL.– ¿Y qué te dije yo, pícara?

LA GITANILLA.– Que encontraría novio y que me desposaría...

DON MIGUEL.– *(Siguiendo la broma y totalmente animado.)* Y ¿acaso encontraste ese novio, mochacha?

La gitanilla.– *(Medio ensoñada.)* Díjome su merced que aquel novio había de ser payo, y por payo no podría entrar en mi rancho. Yo regaba el rancho de lágrimas, porque era un payo hermoso como el sol, de piel blanca...

Don Miguel.– Agora ya recuerdo... Y entonces...

La gitanilla.– *(Con tono misterioso.)* Entonces pasaba que yo no era gitana, que yo era dama noble como mi novio el payo. Nos desposábamos y éramos felices... y comíamos perdices... *(Esta última frase la ha dicho con rabiosa ironía.)*

Don Miguel.– Ya me acuerdo. Un cuento era...

La gitanilla.– *(Soltando de improviso la mano de* don Miguel*.)* No... No era un cuento. No era un cuento, don Miguelito... No me diga que era un cuento aquello. Aquello era verdad. Lo sueño todos los días. A diario lo veo... No era un cuento, don Miguelito, que yo lo sé, pecadora de mí, Undivé lo sabe, que el payo ha de desposarme.

Don Miguel.– *(Un poco apesadumbrado.)* ¿Y por qué no ha de ser así, mochacha? ¿Por qué no ha de ser? ¿Por qué no te has de desposar con un hombre honrado? Lo has de ver, mochacha, y aún he de ser el padrino de tus hijos...

La gitanilla.– *(Pasando de la pesadumbre al entusiasmo.)* Así sea, don Miguelito... Padrino ha de ser de mis hijos, y compadres su merced y yo, por Unidivé... *(Medio canturreando.)* Ay, qué madre, qué padre, que agüelo y qué nieto... Así será. ¿Verdad que sí, don Miguelito?

Don Miguel.– Tan verdad como el sol que nos alumbra...

La gitanilla.– *(Llena de alegría.)* Y que ya estoy viendo a don Miguelito cristianando a mi criatura y celebrando el bautismo a la orilla del río con rosquitas, aloja y aguardiente. Y ya me veo cantando aquello que tanto holgaba a su merced... *(Canta y bailotea.)* «Pisaré yo el polvo atán menudito, / pisarelo yo atán menudó...»

Don Miguel.– *(Riendo.)* Eres un demonio...

La gitanilla.– Y si no encuentro novio, don Miguelito, prepárese, porque me caso con su merced... Así, como lo oye... O compadre o marido, por Undivé que sea, pero que yo me he de emparentar con don Miguel de Cervantes Saavedra por el Dios Uno y Trino, que nos dio a todos el ser...

Don Miguel.– *(Riendo.)* Calla, loca, calla...

La gitanilla.– Y no se me esté ahí su merced como una lechuza, con perdón, que yo he de entrar en esa cueva y sacarle de las tinieblas como hizo aquella otra... ¿Cómo se llamaba, don Miguelito? ¿Cuál era su nombre?

DON MIGUEL.– No sé... ¿Quién?

LA GITANILLA.– Una gachí que bajó a las tinieblas para sacar a...

DON MIGUEL.– Será Proserpina...

LA GITANILLA.– Prose... ésa. Pues ésa voy a ser yo, porque no me huelgo de ver a don Miguelito tan enmantao, que quiero verle conmigo saltar y bailar, las zancas al aire, siendo mi marido o mi compadre...

DON MIGUEL.– *(Que se ha animado totalmente y no para de reír.)* Padrino de tu hijo he de ser...

LA GITANILLA.– Ea, pues, compadre, ahí se queda ya, que por la esquina estoy viendo a Carifancho, que viene en mi busca... Con Dios, compadre... Que no se me quede ahí, que he de venir luego y le he de sacar como aquella que dice usarced... Y hemos de ir a regocijarnos... Ea, compadre... *(Desaparece la* GITANILLA *y* DON MIGUEL *queda con el rostro clavado en los barrotes de la reja viéndola marchar.)*

DON MIGUEL.– *(Con la voz quebrada.)* Adiós, comadre... Y no te olvides de aqueste vejestorio... *(Se vuelve a tender en la silla frailuna y habla para sí.)* Ay, si fuera verdad, si no estuviera ya con el pie en el estribo...

(Queda ensoñado el anciano en ese momento en que la calle está entregada al quehacer doméstico. Las mujeres van y vienen a sus compras. Los ciegos salmodian. Los artesanos trabajan. Se detiene ahora ante la reja aquel mozuelo rapado que va pidiendo limosna «para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía».)

EL DE SANTA LUCÍA.– *(Parando ante la reja y muy rabioso.)* ¿No da su merced para la lámpara del aceite de la señora Santa Lucía? ¿No da su merced, don Miguelito?

DON MIGUEL.– *(Que ha despertado de su ensueño.)* Sí, hijo, sí, aguarda, a ver... *(Se busca con su única mano, entre la ropilla, una moneda.)* ¿Y qué te pasa, que estás tan malhumorado?

EL DE SANTA LUCÍA.– Pues no he de estar, voto al..., sino que ya tenemos ahí a ese furrier del demonio que no me deja pasar la calle...

DON MIGUEL.– *(Interesado.)* ¿Qué? ¿Qué? ¿De qué furrier hablas y de qué calle?

El de Santa Lucía.– *(Más enfadado aún.)* Pues aún no se ha enterao su merced teniendo todo el teatro delante de sus narices...

Don Miguel.– Si no me explicas...

El de Santa Lucía.– Pues no es de ayer, ni de hoy, sépalo su merced, que el maldito furrier, que Dios confunda una y mil veces, me prohíbe pasar por esa calle donde me dan buenas limosnas las señoras Camachas, que siempre fueron caritativas...

Don Miguel.– Así que ¿el furrier no te deja pasar la calle?

El de Santa Lucía.– Por culpa de esa Cristinica de todos los diantres...

Don Miguel.– ¿Qué Cristinica?

El de Santa Lucía.– Pues ¿qué Cristinica ha de ser, sino la moza de Teresa Cascajo, su vecina, que trae toda la calle al retortero por el aquel de sus pinreles?

Don Miguel.– Ah, ah..., agora ya voy entendiendo...

El de Santa Lucía.– A buenas horas atiende su merced... Pues ni que todo el barrio no supiera ya que ese maldito soldado anda tras la Cristinica y no deja pasar a nadie para que no la requiebren, y ya ha escalabrado al sacristán de San Lorenzo, al barbero de la esquina, al mandadero de las monjas y hasta un gato que ronroneaba en la falda de la moza..., y a un servidor le ha dao una patada en salva sea la parte...

Don Miguel.– *(Muy divertido.)* Pardiez, que es guarda muy cuidadosa el tal furrier...

El de Santa Lucía.– ¿Así no le ha de parecer mi enfado con razón suficiente a don Miguelito?

Don Miguel.– Sí me parece...

El de Santa Lucía.– Y en tanto la guarda esa se mantenga no puedo recoger la limosna de las Camachas...

Don Miguel.– Bueno, para que te consueles, toma aquesta monedita... *(Saca su mano entre los barrotes e introduce la moneda en la caja del pedigüeño.)* Aunque a mí se me antoja que tu enfado tiene otros motivos, que la falta de limosna...

El de Santa Lucía.– *(Muy airado.)* ¿Qué otros motivos había de tener?

Don Miguel.– Se me figura que tú también andas tras esa Cristinica...

El de Santa Lucía.– *(Hecho una furia.)* ¿Yo? ¿Un servidor? ¿Tras de esa sucia y deshonesta? Líbreme Dios, que antes de eso me había de meter cartujo... *(Vase deprisa.)* Dice que yo...

DON MIGUEL.– *(Risueño y apoyado en la reja.)* Válame Dios, qué hermosos entremeses se zurcen por las calles. Diérame Dios nuevas fuerzas, para entrar yo también en el juego... *(Se detiene al ver ahora a alguien que se acerca, alguien al parecer temible, porque intenta, con paso torpe, huir adentro para esquivar la nueva visita, que no es ni más ni menos que la* «MUJER HABLADORA»*.)*

LA HABLADORA.– *(Una dama metida en carnes, nerviosa, la toca ladeada que se agarra a la reja y habla como disparando arcabuzazos.)* No se me vaya, don Miguel, no se me vaya, que le he de decir unas cuantas cosas, muchas cosas, muchísimas, verá su merced, que lo que no pasa en un año pasa en un día. ¿Digo en un día?... En una hora, pasa. Pues si que... Bendito sea Dios y su Madre santísima, sin pecado concebida sea amén, lo que habemos de ver en aquestos barrios, que dicen de cristianos viejos. ¿Cristianos viejos? yo pregunto, pero ni aún nuevos, ni cristianos, sino de moros, que lo que pasa es lo que pasa, Dios sea bendito, porque esto no son calles. ¿Han de ser calle? Muladares son, patio de Monipodio son, don Miguel de todos mis respetos, patio de Monipodio. *(Metiendo la cabeza ahora entre los hierros.)* Pero ¿dónde se me esconde, don Miguel? ¿Usarced me está oyendo? ¿O diole la alfarería? Habré de ir a por el boticario... *(*DON MIGUEL *está hecho un ovillo al pie del sillón para protegerse de la andanada de la vieja.)* Pues ¿qué me dice de la Chirinos, la Chirinos, la cómica del siete? ¿Supo su merced que salió azotada por las calles de Ciudad Real? Ésa, la Chirinos. Así como le estoy diciendo, que aquí está mi comadre, la pollera de Illescas, que no ha de dejar mentir, pues que la vio sagitaria por las calles, con pregonero y espantamoscas, así como su merced lo oye... Y la Repulida, que apartose de Cañamar y anda amancebada con un guro de Toledo. Vea, su merced, la que tanto presumía... Ah, y que ya me olvidaba, que doña Mencía pretende que su merced le escriba un memorial para haber plaza en un asilo... Doña Mencía, que tanto se ufanaba de caudales... Vanitas vanitatis... Y es que, pecadora de mí, yo digo... *(Viendo que* DON MIGUEL *no da señales de vida.)* Don Miguel, don Miguel... ¿No me está oyendo? Nada, que no me oye... Aqueste hombre ya está en la tumba. Y no será porque hable bajo... *(Para sí.)* Tendré que repetírselo. Tendré que volver a empezar, cuando a una no le gusta abusar de las palabras... *(Pero ha visto a alguien que se acerca por la calle.)* Ahí viene

María la Camacha... Eh, eh, doña María, escuche lo que he de decirla... *(Se aleja la* HABLADORA *con su parloteo de cotorra formando acordes de diversos tonos que suben y bajan.* DON MIGUEL, *al comprobar que ya se ha marchado, vuelve a incorporarse no sin cierto temor y mete las narices entre la reja para comprobar si efectivamente se ha alejado. El muñón del brazo cuelga como un guiñapo al resbalar la manta con que se cubría.)*

DON MIGUEL.– Se fue, se fue..., gracias a Dios sean dadas... Válgame Cristo que esta mujer tan habladora hubiera debido casarse con otro como ella y eso, para que la sirviera de medicina, pues mil mordazas son insuficientes para detener lengua tan pecadora... Ahí está agora con María la Camacha, pero ya echa el ojo a Teresa Cascajo, que va a la plaza y tras ella la marcha. No hay mayor pregonera en Madrid que semejante habladora. Ah, mas aquí viene mi buen amigo don Tomás Rodaja... Eh, eh, ¿do va mi buen amigo don Tomás Rodaja tan de mañana?

(Se ha detenido entre la reja un curioso tipo alto y tieso como una espátula, muy pulcramente vestido con fina gorguera de Flandes y terciopelo pulido. Rostro ascético y grave.)

TOMÁS RODAJA.– *(Saludando.)* Mi seor don Miguel de Cervantes, a quien Dios guarde...

DON MIGUEL.– ¿Qué cuenta mi buen licenciado Rodaja? ¿Y cómo va su merced en los achaques del vidrio?

TOMÁS RODAJA.– *(Muy tieso.)* Véame su merced y tóqueme si puede. Pero desque me puede contemplar cabe su reja y aún bajo el alero, sin que haya ningún temor a que me caiga una teja y que me quiebre en mil pedazos, ergo...

DON MIGUEL.– Luego ¿queréis decir, mi señor Rodaja, que ya no resultáis de vidrio, sino de carne moral y pecadora?

TOMÁS RODAJA.– Vayamos por partes, mi señor don Miguel y no lleguemos a la «segunda» sin deducir la «primera». De vidrio sigo siendo...

DON MIGUEL.– Ah, luego si seguís siendo de vidrio, ¿cómo no habéis temor a que os quiebren? No ha mucho que os vi caminar bien alejado de los aleros y apartando a los chiquillos...

TOMÁS RODAJA.– *(Deteniéndole con un gesto solemne de su mano.)* Pues verá, don Miguel, que aun siendo todavía de vidrio y aun de vidrio fino, siéntome menos frágil que antaño... *(Y al decir esto mueve los brazos con gracia y se contonea con picardía.)*

DON MIGUEL.– Mas porque vengáis a sentiros menos frágil no dejáis de estar compuesto por una sustancia harto quebradiza...

TOMÁS RODAJA.– *(Metiendo la cabeza entre los hierros.)* A mi buen amigo don Miguel de Cervantes bien puedo brindarle el secretillo...

DON MIGUEL.– Ah, ¿pero hay secretillo?

TOMÁS RODAJA.– Pues verá su merced... Un cierto alquimista toledano, deudo de un mi amigo, me proveyó de cierta sustancia gracias a la cual puedo continuar siendo de vidrio fino sin temor a romperme, pues que la sustancia en cuestión añade al cristal una nota de dureza sin menoscabar sus virtudes de transparencia y ligereza...

DON MIGUEL.– *(Siguiéndole el juego.)* Hola, hola..., bravo por el tal alquimista...

TOMÁS RODAJA.– *(Poniéndose un dedo en los labios y mirando de reojo la calle.)* Chiss... No le mencione su merced, pues ha de saber que el tal alquimista anda ya señalado por los de la Cruz Verde, que le acusan de erasmista...

DON MIGUEL.– Cabía suponerlo...

TOMÁS RODAJA.– *(Cruzándose de brazos con aire de emperador romano.)* Contemple, pues, esta imagen de vidrio, que deja pasar el sol a su través, sin que cosa alguna pueda dañarlo y menos quebrantarlo. Pues ¿no ve cómo el sol le está dando en la cara sin que mi cuerpo lo eclipse?

DON MIGUEL.– *(Que precisamente está cubierto por la sombra del cuerpo de Rodaja.)* Ciertamente así es y aún habría de taparme los ojos, si dispusiera de dos manos, para librarme de los rayos que me ciegan y que pasan a su través cristalino...

TOMÁS RODAJA.– *(Muy satisfecho.)* Así agora puedo andar con soltura, sin mieo a romperme y aún más puedo servir de espejo a las damas... Y tiempo es que me perdone, mi buen don Miguelito, pero ya me aguardan en el estrado de doña Estrella de la Aurora...

DON MIGUEL.– Vaya, vaya con Dios y lleve mi enhorabuena por haber alcanzado tan buena contextura... *(Saluda con su única mano entre la reja al licenciado vidriera, que marcha.)* Válame Dios también éste

cómo sigue... Decía que no me quitaba el sol y no parecía sino Alejandro al darme tanta sombra... *(Tose.)* Ya me vuelve la tos maldita... Mas sin duda que tiene gracia el mancebo... Tiene gracia con eso del cristal irrompible... Pero ¿cómo? ¿A quién estoy viendo agora? ¿No es mi viejo amigo Rinconete ese aguador que se contonea con la cántara? Eh, eh, mozo, el del agua, lléguese acá...

(Aparece ahora tras las rejas aquel RINCONETE, *mozo pícaro, que ya anda rondando los treinta años de su vida dura, los cuales se revelan en su rostro de tez cobriza, su retorcida pelambre y sus ojos astutos y achinados.)*

RINCONETE.– Mande, su merced...

DON MIGUEL.– *(Observándole atentamente.)* Un trago quisiera de esa agua fresquita...

RINCONETE.– Agua fresca de los pozos de la nieve, seor caballero, con su gotita de anisete... *(Mientras habla ya ha llenado el vaso de barro que ofrece a* DON MIGUEL.*)* Ambrosía pura...

DON MIGUEL.– *(Bebiendo y sin dejar de observar al mozo.)* Fresca y rica está, por cierto... Ha tiempo que no probaba agua tan pura... *(Fijando sus ojillos en el imperturbable pícaro.)* Desque bebí un agua de Babilonia, de Sevilla, quiero decir, del río Guadalquivir...

RINCONETE.– *(Que muy astuto, sigue imperturbable.)* Aquésta es de la sierra, de los neveros. Si quiere otro vaso, dígalo su merced, y si no lo placiera aquí espero su voluntad... *(*DON MIGUEL *le tiende una moneda, y al cogerla, el otro le agarra fuertemente del brazo.)* ¿Qué hace su merced?

DON MIGUEL.– No te me escapes tan presto, Rinconete, que tú y yo somos viejos amigos...

RINCONETE.– *(Debatiéndose.)* Suélteme, por Dios, caballero, que no soy ese que dice su merced que soy...

DON MIGUEL.– ¿Quién eres sino Rinconete, el compañero de aquel Cortadillo que en Babilonia aprendía las artes de Monipodio? Nunca me engañaron mis «columbres»...

RINCONETE.– Por el Dios que nos alumbra, mi seor caballero, que no soy ese que dice, que soy Agustinillo el de las Pañuelas, aguador de la villa con patente del señor alcalde... Por éstas se lo juro y...

DON MIGUEL.– *(Cariñosamente.)* Rinconete, Rinconete, ¿es que ya no te acuerdas de tu amigo el manco? *(Y muestra el muñón de su brazo cortado.)*

RINCONETE.– ¿Qué manco? Muchos mancos hay por el mundo, a fe... Pero le juro y perjuro, así Dios me salve, que yo no soy otro que Agustinillo el de las Pañuelas y hartos habrá que abonen lo que digo. Y suéltame luego, que he de pregonar mi mercancía...

DON MIGUEL.– No, no te he de soltar antes de que me cuentes tu historia desde que saliste graduado de la escuela de Monipodio, que yo he de escribir una crónica de tu gloriosa vida, pícaro...

RINCONETE.– *(Forcejeando levemente mientras el viejo le sujeta con su mano de hierro.)* Excúseme le digo, seor manco, que no he tiempo para historias, ni soy ese que dice su merced, ni conozco a ese Monipodio, ni en jamás de los jamases estuve en Babi..., digo en Sevilla...

DON MIGUEL.– Ah, gran embusterillo, habré de refrescarte yo esa memoria. Dime, ¿qué fue de tu maestro?

RINCONETE.– *(Que empieza a incomodarse.)* Y dale con la historia del viejo... Pues ¿cómo habré de decirle...? *(Dando un fuerte tirón.)* Me suelte de una vez o por el Coime de las Clareas que... *(Casi está a punto de desembarazarse, pero el viejo vuelve a agarrarle.)*

DON MIGUEL.– ¿Acaso andas de nuevo perseguido? Yo no he de hacerte mal alguno, mochacho... Por el contrario...

RINCONETE.– Viejo testarudo, ahí te quedas que no me has de hacer cantar en el ansia... *(Y da tan fuerte tirón que se suelta, a la vez que el anciano, a consecuencia de la embestida, rueda por el suelo. Se oye entonces alboroto, voces diversas que gritan: «A ese, coged a ese pícaro... El que huye...». Mientras tanto, con gran trabajo* DON MÍGUEL *se incorpora cuando trae a* RINCONETE *un* ALGUACIL *cogiéndole por la muñeca. Tras ellos se adivina un bulto de gente curiosa y susurrante.)*

ALGUACIL.– *(Ante la reja.)* Agora sabremos, don pícaro, porque os volviste galgo en despegándoos de aquesta reja... Señor don Miguel de Cervantes, aquí tiene su merced al pícaro. Sólo falta su declaración para que le mandemos al verdugo, por si quisiera pintarle unas cuantas fajas rojas en las espaldas, si no fuera merecedor del finibustierre.

DON MIGUEL.– *(Repuesto ya de la caída.)* Válame Dios y la Virgen, señor justicia, y cuánto alboroto por nada...

ALGUACIL.– *(Sujetando a* RINCONETE, *que tiembla.)* ¿Pues qué? ¿Acaso este pícaro no le vino a robar alguna cosa?

DON MIGUEL.– Qué disparate... Amigo mío es...

ALGUACIL.– ¿Aqueste...?

(Se oyen voces de desencanto entre los curiosos.)

DON MIGUEL.– *(Con mucha sorna.)* Ha tiempo que le conozco. Discutíamos como amigos y él no quiso escucharme...

ALGUACIL.– Luego ¿abonáis en su favor?

RINCONETE.– *(Que se ha tranquilizado.)* Pues no ha días y aun meses que al señor de Cervantes le sirvo agua...

ALGUACIL.– Buena agua estás tú hecho...

DON MIGUEL.– *(Subrayando con sorna.)* Aquéste es Agustín de las Pañuelas, aguador de oficio con cédula de la villa..., y así lo abono.

ALGUACIL.– Basta ya. Lo que diga don Miguel de Cervantes basta y sobra para no haber menester probarlo... *(Con una cortesana inclinación.)* A su servicio me tendrá siempre...

DON MIGUEL.– Vaya con Dios y le agradezco su celo...

ALGUACIL.– Pues a mí esa cara... *(Sale junto con los demás y quedan de nuevo a solas* RINCONETE *y* CERVANTES.*)*

DON MIGUEL.– Por aquesta vez te libraste, Rinconete...

RINCONETE.– Agustinillo...

DON MIGUEL.– ¿Y yo quién soy?

RINCONETE.– El que vos digáis...

DON MIGUEL.– ¿No quieres reconocerme?

RINCONETE.– Servirle quiero en lo que mande, pues me libró del guro...

DON MIGUEL.– Noticias quiero de aquel Rinconete, que con su compadre Cortadillo andaba al cairo por los corrales sevillanos en otros tiempos... Pensé que tú eras el tal y volvías de las gurapas...

RINCONETE.– En treinta años que son los míos en jamás vide un puerto de mar, cuanti menos pude apalear sardinas en el barco de las gurapas, ni mis lomos conocieron más corbacho de cómitre que la carga de aqueste cántaro con el que me gano la vida como el hombre honrado que soy, Agustinillo el de las Pañuelas, aguador de oficio, y mire señor que si no se le ofrece otra cosa, me deje marchar que ya me causó bastante quebrante en aqueste día que Dios confunda...

DON MIGUEL.– *(Dubitativo.)* Creí ver en ti un viejo amigo de andanzas. Excúsame, hijo, si estoy equivocado. No quería más que favorecerte...

RINCONETE.– Pues si desea favorecerme licencia, estoy esperando para irme...

DON MIGUEL.– *(Derrumbado.)* Ve, hijo, ve y que Dios te acompañe...

RINCONETE.– Y que el señor se conserve en buena saludo y que Santa Lucía le conserve la vista... *(Pregonando.)* Agua, agua de la sierra... Fresquita el agua... El aguadoor... *(Una vez se ha alejado,* DON MIGUEL *permanece pensativo con la frente apoyada sobre la reja.)*

DON MIGUEL.– Ya comienza a írseme la memoria y confundo las caras, lo cual nunca me aconteció hasta agora. Signo es de decrepitud y próxima muerte el confundirse del mundo... Mas es posible que el pícaro mienta... ¿Y si fuere cierto, Miguel, que ya no ves el mundo con claridad? Y tantas siguen siendo las ansias y tanto la vida aún tira de mí...

(Sobre la reja, la sombra oscura del viejo parece querer abarcar los horizontes. Lejanos se oyen todavía los pregones. El sol se ha oscurecido tras una nube y hay como un redoble mortuorio. El viejo se retira lentamente de la reja para dejarse caer nuevamente en el sillón, muy agotado y deprimido por el fallo del aguador. Pero ahora aparece ante la reja otro personaje. Es un elegante clérigo, de edad madura, remilgado y apuesto, melena casi negra y barbita entrecana. Ojos chispeantes. Cuerpo jacarandoso envuelto en el rico manteo.)

LOPE DE VEGA.– *(Qué tal es el personaje.)* Salve, magíster... *(Suena su voz irónica y sus labios se extienden en una sonrisa un tanto maligna.)*

DON MIGUEL.– *(Que se había recogido en sí, al levantar la cabeza reconoce al colega y hace ademán de levantarse.)* Señor don Lope de Vega, honorable señor... Corro a abrirle la puerta...

LOPE DE VEGA.– *(Deteniéndole con un gesto condescendiente de emperador romano.)* No, no se moleste, seor de Cervantes, que voy con harta priesa... Me esperan los cómicos, La Polaca y Chanfalla en la Pacheca..., y no tengo lugar ni tiempo. Sólo quería nuevas de su salud. ¿Cómo anda esa cabeza?

DON MIGUEL.– *(Extremadamente modesto ante el Fénix de los Ingenios.)* Mas no he de permitir que mi seor don Lope quede en la puerta...

LOPE DE VEGA.– *(Sin hacer caso.)* ¿Cómo andan esos achaques? ¿Duerme bien mi seor Cervantes? ¿Concluyó algún nuevo entremés?

DON MIGUEL.– Agradezco al famoso don Lope de Vega su interés por un viejo que ya tiene el pie en el estribo. ¿Qué quiere que componga un cascajo como yo?

LOPE DE VEGA.– *(Hinchado de condescendencia.)* Beatus ille... Beatus, sí, en las deleitosas soledades, mi don Miguel, envidia le tengo, pues aqueste su servidor ha de andar de zeca en meca con hartos quebrantos y desasosiegos. Como le digo, voy a la Pacheca, donde ensayan mi nueva comedia y luego de allí a la función del Palacio de Alba, donde juegan mi comedia, «Los Melindres de Belisa»... Y ya sabrá su merced que mi otra comedia, «La niña boba», va a ser representada en el bautizo del infante de Portugal. Con todo aquesto y mi obligación de capellán, no tengo ni un minuto de tiempo para mi solaz... *(Suspiro hondo.)* Y las comedias he de escribirlas «in mente», para luego trasladarlas al papel en horas veinticuatro, que es como pasan de las musas al teatro... *(Risilla sardónica.)*

DON MIGUEL.– Fénix de los Ingenios llaman a su merced con harta razón y aún debieran llamarle monstruo... de la naturaleza, por su extremada fecundidad...

LOPE DE VEGA.– Luego está la Mendoza pidiéndome una nueva comedia y tengo las dos primeras jornadas de una que voy a llamar «Moza de cántaro», por más que ella se precie de dama. *(Fingiendo modestia.)* Quisicosas, don Miguel, quisicosas del vulgo para dar gusto... Y mi señor de Cervantes, ¿qué hizo de aquellos graciosos entremeses que guardaba el baúl ese que ahí veo? *(Su dedo ganchudo señala el baúl que hay junto a la silla donde se sienta* CERVANTES.*)*

DON MIGUEL.– *(Tal vez un tanto malignamente.)* ¿Qué entremeses? ¿A do habrán ido a parar tales papeles, si no están ya en el buche de los ratones? Pues en aquesta casa los tales no tienen de qué sustentarse si no es de papeles viejos y ya inservibles...

LOPE DE VEGA.– *(Riendo.)* Humor tiene mi señor don Miguel, buena señal de que los achaques no son tantos. Pero cuide de que esos papeles no vayan a indigestar a los pobres ratones y, sobre todo, mi señor de Cervantes,

procure que no vayan a dar con algún mamotreto de aquel Quijote, que anda perdido por ahí, a salvo del lugar adonde fue a parar en su día...

DON MIGUEL.– *(Interrumpiéndole sin ocultar su molestia.)* Rogaría a mi admirado don Lope que no viniera a recordarme lo que un viejo como yo tiene harto olvidado...

LOPE DE VEGA.– Sólo quería evitar un sacrilegio raticida, mi admirado magíster, pues yo mismo tengo a honra salvar de los muladares esos ejemplares quijotescos, cuando encuentro alguno de ellos herido por injurias corporales... *(Se detiene ante la postración de* DON MIGUEL *y cambia de tono.)* Pero, vaya, que me ha de perdonar, aunque mucho me holgaría conversar con su merced tranquilamente y tomar un chocolate, para que me leyera uno de aquellos graciosos entremeses callejeros que componía no ha muchos años y que no han visto la luz...

DON MIGUEL.– Ni han de verla en tanto que el faro de su entendimiento, señor don Lope, oscurezca cualquier producto del genio humano...

LOPE DE VEGA.– Tales elogios, señor de Cervantes, me suenan a lisonja vana y los doy por no escuchados...

DON MIGUEL.– Sincero soy, y si su extremada modestia los toma por lisonja, no me queda sino pedirle excusas...

LOPE DE VEGA.– Vano sería por mi parte aceptar excusas de quien me merece respeto... por los años. *(Brusco.)* Y agora ha de perdonarme, pues ya tardo en mi menester... He de ir a pelear con aquellos cómicos del demonio y luego me esperan los mosqueteros del Corral de la Pacheca... Dios le guarde, mi admirado magíster...

DON MIGUEL.– *(Tendiéndole la mano entre la reja.)* Vaya, vaya, mi señor don Lope donde tanto le requieren, que mayor fruto ha de sacar de esos salones que de la compañía de un viejo que, por sus años, sólo merece respeto...

LOPE DE VEGA.– *(Condescendiente una vez más.)* Tiempo habrá empero, mi don Miguel, para que algún día ambos a dos podamos platicar en las soledades deleitosas de las que vengo y a las que voy... *(Se despide y desaparece.* DON MIGUEL *queda contemplando su marcha tras la reja y a poco se oyen los siguientes vítores y clamores: «Ahí va Lope... Ése es Lope... Viva Lopee... Cristianica, mochacha, que por ahí va Lope, Lope, Lope...».*

*(*DON MIGUEL *se queda contemplando y escuchando. Mueve la cabeza apesadumbrado, mientras sigue oyéndose aquel «Viva Lope».* DON MIGUEL *se retira de la reja y camina con cansancio hacia aquella arquilla que le señalaba Lope. La abre con gran trabajo y mete la mano en el fondo, rebuscando. Saca varios legajos, que observa, hasta que por fin coge uno. Lo sacude. Lo hojea y vuelve a la reja. A la luz de la reja lee:)*

DON MIGUEL.– «La cueva de Salamanca»... «La guarda cuidadosa»... «El viejo celoso»... «Los habladores»... *(Dejando caer el manuscrito.)* Pues cuando menos los ratones sí que los perdonaron... *(Se oscurece la escena.)*

MOMENTO SEGUNDO

Quedose dormido el venerable anciano y aquel legajo de los «entremeses» cayó al suelo. El sol, otra vez brillante, está alcanzando el cenit del medio día y ya las campanas del «Angelus» tintinean sobre la villa. Mas el anciano continúa sumergido en el sueño y hay en su inmovilidad apariencias de muerte. Bajo el tintineo de las campanas aún se oyen pregones y rumores. Tras la gran reja sigue pasando la vida, aunque nadie se detenga ahora. Es el redoble de una caja y un bullicio progresivo lo que despabilará al viejo y le arrastrará de nuevo a la vida –la gran reja– para asistir a un nuevo espectáculo. La caja redobla siniestra aunque en la lejanía.

VOCES DIVERSAS.– Azotados... Traen azotados por Atocha... ¿A quién azotan?... ¿Tú lo conoces?... ¿Hombre o mujer?... Ya era hora, que no se ven desde Pascuas a Ramos... Un capeador... Un rufián es... etcétera... *(Los* CHIQUILLOS *gritan alborotados ante la gran fiesta.)*

DON MIGUEL.– *(Restregándole los ojos con su mano útil y apostándose de nuevo junto a la reja.)* ¿Qué pasa agora?... Azotados parece que vienen y tiempo hacía que no pasaba ninguno... ¿Quién será ese que sin ser Cardenal preside un cónclave? Si anduviera por acá la temible habladora, presto me habría de dar noticia, pero con un pregonero basta y sobra... *(Va aumentando el redoble de la caja.)* Eh, tú, mochacha, dime: ¿a quién azotan?

CRISTINICA.– *(Que no es otra la muchacha interpelada.)* Malhaya la hora, que no está una para azotados, ni a una le va ni le viene, seor caballero, en quién es o deja de ser, que harto tengo con lo mío, para hacer cuenta

de otras injusticias; válame Dios Bendito y la Virgen María... *(Y con esto, detenida ante la reja, la muchacha rompe a llorar.)*

DON MIGUEL.– Pero ¿qué te pasa, mochacha? ¿Acaso es deudo tuyo el azotado? Pues ¿a qué vienen esas lágrimas?

CRISTINICA.– ¿A qué han de venir, así Dios me salve? Pues que no puedo llegarme a casa de mi ama, por culpa de aquel soldadote que Dios confunda, que no me da paso y cierra mi calle...

DON MIGUEL.– Ah, ¿luego tú eres Cristinica, la de la guardia custodia?

CRISTINICA.– *(Sollozando desconsolada.)* Ésa soy, señor, y malos años me coman, pues siendo honesta como pocas he de andar en leguas de las vecindonas por culpa ese furrier maldito, que agora anda dándose de cintarazos con el sacristán Pasillas. Y mire su merced que mi ama está esperando, pues fui a comprar unos ajos para el potaje y como no puedo pasar por la esquina agora con la procesión de azotados, tampoco puedo doblar por Atocha... Y mi ama...

DON MIGUEL.– No te inquietes, mochacha... Sosiégate y no sufras, que no ha de llegar la sangre al río porque Dios te diera prendas suficientes con que los hombres enloquezcan por tus huesos...

CRISTINICA.– *(Volviéndose airada a* DON MIGUEL.*)* Vuesa merced también con el mismo tema... ¿Qué habrá hecho esta pobre Cristinica para merecer tanta desgracia? Sólo falta que también vuesa merced pretenda deshonrarme...

DON MIGUEL.– Mochacha, ¿qué dices de deshonrarme, ni quién trata de deshonrarte?

CRISTINICA.– Pues ¿qué mayor deshonra que dos hombres se anden dando de cuchilladas por una? ¿Ni qué hizo aquesta servidora para ser...?

DON MIGUEL.– Una nueva Helena de Troya, ni más ni menos, Cristinica...

CRISTINICA.– Ea... Ahí se queda, seor caballero, con sus pullas, que ya habrá otra, y aun otras, que se las traguen, y no aquesta pobre moza, pero honesta como la que más, entérese viejo verde...

DON MIGUEL.– Pero ven acá, mochacha..., que...

(En efecto ya se arremolina la gente para presenciar el paso del cortejo justiciero. Ya la caja redobla con fuerza, y en las pausas, la voz del PREGONERO *y el azote del verdugo sobre las espaldas criminales.)*

DON MIGUEL.– *(Dejando de consolar a la atribulada moza, que sigue encogida junto a la reja.)* Válame Dios y quien será el desgraciado del pollino... Eh, eh, señora Camacha, eh...

LA CAMACHA.– *(Una dueña envuelta en un manto. Llegándose hasta la reja.)* Seor don Miguelito de mi alma, que creí que no llegaba hasta su vera... *(Mostrando bajo el manto el bulto de un puchero.)* Traile un cocidito caliente para que se repusiera su merced y con el ferial de los azotados... y *(Mirando a* CRISTINICA *con reconvención.)* con los enredos de la moza, que ha convertido mi calle en redondel de toros... *(Encarándose con la moza.)* Arriba del pollino tenías que estar tú, desvergonzada... *(A* DON MIGUEL*.)* Pues le decía que...

> *(Su voz se pierde entre el gran estruendo del tambor. Habla y gesticula la vieja* CAMACHA *sin que* DON MIGUEL *pueda enterarse un palote de lo que dice, siempre mostrándole aquel puchero. En tanto, la pobre* CRISTINICA *sigue su lloro y pataleo de rabia. Pero lo que se oye ahora cubriéndolo todo –la reja llena de sombras entre siniestras y festivas– es la voz del* PREGONERO*.)*

PREGONERO.– Ésta es la justicia... que manda hacer... el Rey nuestro Señor... en este hombre... por rufián y rufián y rufián... ordena el señor Corregidor de la Villa que le den doscientos azotes y sea desterrado de por vida... Quien tal hizo, que tal pague... Alza la penca y dale...

> *(Entre el silencio llegan ahora los estampidos de los cinco ramalazos que el verdugo descarga sobre las espaldas del reo. Terminada la tanda, estalla una salva de aplausos.)*

VOCES.– Bravo por los valienteeees... Así se aguanta... Andaluz tenías que ser gran Monipodio... Olé mi compadre... Y tú boche, aprende a mover la penca, que con aquéste no te vale...

UNA VOZ DE MUJER.– Viva mi compadre, con setenta abriles encima y mira con qué garbo aguanta la penca...

OTRA VOZ DE MUJER.– De Babilonia tenía que ser... Viva Sevilla, viva Triana, vivan los sevillanos y sevillanas...

(Sigue el estruendo de oles y vítores hasta que de nuevo la caja impone el silencio, y tras la caja, la voz del PREGONERO *lanzando otro pregón un poco más lejano.)*

PREGONERO.– Ésta es la justicia que manda leer el Rey nuestro Señor...

*(*DON MIGUEL *y la* CAMACHA *siguen hablando por señas. La* CAMACHA *metiéndole el puchero entre las rejas sin que el anciano termine de cogerlo.* CRISTINICA *llorando y queriendo abrirse paso hacia su casa. Las gentes, atentas a la justicia.)*

DON MIGUEL.– *(Aprovechando la pausa tras el redoble y mientras se oyen lejanos latigazos.)* Que no, señora Camacha... Que se deje agora de pucheros y pucheros... Y dígame si ese que azotan se llama Monipodio... Apártase, que no alcanzo a verle la jeta...

(Terminada la nueva tanda de lampreazos, estalla de nuevo el bullicio de vítores.)

DON MIGUEL.– *(Gritando.)* ¿Eres Monipodio, el maestro de Sevilla...?

LA CAMACHA.– Déjese agora, mi don Miguel, de Monipodios; ¿qué le importa a su merced? Mire el cocidito que le traigo y que ya está frío por culpa de... *(A* CRISTINICA.*)* No te rías encima, condenada...

DON MIGUEL.– Eh, señor escribano, señor escribano, haga el favor su merced...

(Se acerca a la reja el GOLILLA, *muy atento y hasta ceremonioso.)*

ESCRIBANO.– ¿Qué se le ofrece al señor de Cervantes?

DON MIGUEL.– Una pregunta solamente, seor escribano: ¿a quién azotan?

ESCRIBANO.– A un rufián entre rufianes. Uno que lo llaman Monipodio, que vino desterrado de su tierra, de Sevilla, y se vino a la corte, donde hacíase pasar por curandero y curaba a todas las mujeres de mal vivir de las Peñuelas... Ya me entiende su merced...

LA CAMACHA.– *(Santiguándose.)* Bendito sea Dios, bendito sea Dios y bendito sea Dios, las cosas que tiene una que ver a sus años, benditísima virgen santísima...

DON MIGUEL.– No sabe bien, señor escribano, cuánto le agradezco su noticia, pues ya me parecía a mi conocer al jinete por sus hechuras...

ESCRIBANO.– Y hay que ver con qué gallardía recibe el papamoscas, con sus setenta años encima, que no parece sino el Portillo de Alcalá, cuando tenía los veinte... Y excuse su merced que aquí le deje, pues se me va el cortejo... Y he de acompañarle hasta la Plaza Mayor... *(Vase el* ESCRIBANO *a levantar acta y se van alejando también los pregones. La pobre* CRISTINICA *salió ya de estampía y* DON MIGUEL *se siente ahora gozoso, ajeno por entero a la* CAMACHA.*)*

DON MIGUEL.– Agora ya sé que la memoria no me faltaba y que mis columbres, con ser viejos y haber visto tanto, aún no se han enmohecido...

LA CAMACHA.– ¿Qué dice su merced?... Huela el guiso...

DON MIGUEL.– *(En lo suyo.)* Y aquel aguador, señora Camacha, no era otro que el Rinconete, otro pícaro que se vino de Babilonia acompañado de su maestro...

LA CAMACHA.– Déjese mi seor don Miguel de pícaro más o menos y séase servido de probar aquesta espuma que hemos hecho mi hermana y yo... Huela, qué aroma de laurel y romero...

DON MIGUEL.– *(Casi exaltado.)* ¿Habíame de fallar la memoria cuando vi aquella cara de truhán? ¿Oyó mi señora Camacha lo que dijo el Escribano? Monipodio es, el de Sevilla, aquel gran maestro de alcahuetes, gloria del Imperio, porque habrá de saber que la alcahuetería es...

LA CAMACHA.– *(Ya harta.)* Pero ¿me hará por fin el favor, seor de Cervantes, de acoger a esta pobre menestra que le ofrece de buen corazón su...

(Impresionado DON MIGUEL, *ya iba a coger el pucherillo cuando irrumpe de pronto en la calle aquel* SOLDADO *de que hablaba* CRISTINICA, *tizona en ristre, persiguiendo a una especie de lombriz negra armada con un simple palo de escoba, y tiene la mala suerte el soldadote de dar con la espada en el puchero de la* CAMACHA, *que se hace pedazos.)*

LA CAMACHA.– *(Ante el desaguisado.)* Ay, malhaya la... Maldito soldado, maldito sacristán, malditos pícaros, bellacos, malditos, malditos, malditos...

SOLDADO.– *(Gritando al* SACRISTÁN, *que se defiende de los mandobles con el palo de la escoba.)* Ven acá, rabo de zorra, que he de aplastarte los sesos, sabandija gatuna, hidetumadre; allégate, que te he de echar afuera los mondongos...

LA CAMACHA.– Pero ¿do están los alguaciles? ¿Do el señor escribano? Encima de ese borrico habéis de ir a parar entrambos, luteranos, herejes, marranos, conversos... Ay, mi cocidito; mira lo que han hecho de mi cocidito, que ni para pasto de gatos...

DON MIGUEL.– *(Muy divertido del lance.)* Sosiéguese, mi señora Camacha, sosiéguese...

LA CAMACHA.– Calle, que usarced ha sido el culpable...

DON MIGUEL.– ¿Yo?

(Vuelven a pasar el SACRISTÁN *y el* SOLDADO *peleando.)*

SACRISTÁN.– *(Haciendo burla al* SOLDADO.*)* Patacoja, sambenito, cara de garduña, banco de galeote, rabia, rabiña...

SOLDADO.– *(Lanzándose hacia él y dando un tantarantán a la* CAMACHA, *que grita aterrorizada.)* Las tripas te he de sacar por los sesos que no tienes, hijo de todas las madres... *(Salen los dos escapados y la* CAMACHA *se levanta del suelo adonde fue a parar tras el encontronazo que le dio el furrier.)*

DON MIGUEL.– *(Asustado.)* Mi señora Camacha, mi buena señora Camacha... *(Tendiéndola el brazo sano.)* Agárrese... y espere que le abra la puerta... ¿Está su merced bien? ¿No le ha roto un hueso ese bárbaro?

LA CAMACHA.– *(Rechazando la ayuda.)* Déjeme, que puedo sola... Bárbaro y rebárbaro, cafre, turco... Mira lo que vino a sacar esta pobre de tales lances: el puchero roto, el guiso echado a perder y los huesos quebrantados...

DON MIGUEL.– Entre en mi casa, señora Camacha...

LA CAMACHA.– *(Alejándose apresurada.)* Fuera bruja, como dicen las malas lenguas y lo fuera de verdad y habría de hacerles un conjuro... Y esa maldita Cristinica... *(Vase refunfuñando, y* DON MIGUEL, *a pesar de todo, se muestra muy complacido. Aún se oyen muy lejanos los pregones de la justicia.)*

DON MIGUEL.– *(Gritando.)* Vaya despacio, señora Camacha, no vaya a tropezar y caer de nuevo... *(Para sí.)* Ésa ha perdido el puchero, pero bien empleado ha de dar el estropicio por cuánto han visto sus ojos para poder pregonarlo por esos corrales. Y yo he de dar por buen provecho el ayuno, pues que ya sé que el muy pícaro de Rinconete era aquel aguador, y por lo tanto siguen siéndome fieles los ojos y la memoria... Así las ansias crece y me huelgo de tener aún fuerzas para solazarme con aquestos cuadros tan vivos de mi pueblo...

(Ya ha quedado todo en silencio. Tras la procesión de la justicia se extiende la hora de la siesta. El sol abrileño es fuerte y DON MIGUEL *vuelve a su sillón frailuno, donde se encuentra sin dejar de contemplar el bello cielo madrileño. Muy pronto, en el silencio, empiezan a oírse voces de disputa entre una mujer y un hombre a través del tabique de la casa de* CERVANTES.*)*

DON MIGUEL.– *(Incorporándose.)* Hola, ya están de nuevo disputando mis señores vecinos... Veamos qué pleito se traen agora... *(Y el muy pillo aguza la oreja para escuchar el diálogo, que en el silencio de la siesta llega bastante nítido a través de las paredes.)*

VOZ DE MUJER.– ¿Conque de viaje? ¿Mi señor marido que se va de viaje? Y yo he de creérmelo...

VOZ DE HOMBRE.– Pues ha ya más de siete días que te lo vengo anunciando para que agora te me hagas de nuevas...

VOZ DE MUJER.– ¿Al Escorial? Buen escorial estáis hecho vos..., escorial y buen escorial. Ya conozco vuestro escorial...

VOZ DE HOMBRE.– ¿Pues no te he dicho y redicho que he de entrevistarme con el señor de Escobedo, para recabar los papeles de la finca de mi cliente?

*(*DON MIGUEL *escucha atento y sonríe.)*

VOZ DE MUJER.– *(Muy agria.)* Cuando ese Escorial que decís no sea la casa de Ana Medina...

VOZ DE HOMBRE.– ¿Qué estás diciendo, la lengua?

VOZ DE MUJER.– Que la casa de Ana Medina no es sino un buen escorial, por no decir muladar de pícaros y libidinosos como su merced...

VOZ DE HOMBRE.– Pero ¿qué estás diciendo, mala víbora? ¿Me estás acusando de adúltero?

VOZ DE MUJER.– ¿No te he de acusar, mal marido? Déjame sola en aquesta casa sin apoyo de nadie, con un vecino viejo y medio sandío como el señor de Cervantes.

*(*DON MIGUEL *da un respingo.)*

Buena ayuda habría de tener si vinieran asesinos...

VOZ DE HOMBRE.– Más de dos días no he de demorarme...

VOZ DE MUJER.– *(Llorando desconsoladamente.)* Aún menos de dos días, pero en dos horas basta para que el último desalmado de la corte venga a asesinarme o robarme el honor... Y poco le importa a su merced... Mal marido, mal hombre, rufián...

VOZ DE HOMBRE.– *(Airadísimo.)* ¿Me va a hacer el favor, señora mía, de callarse esa boquita y no enterar a los vecinos, por viejos y sandíos que sean, de lo que aquí acontece?... ¿O por ventura antes habré de recurrir a ese vergajo de toro que está ahí colgado para calmaros las ansias?

(Se oye ahora un estruendo de voces, corridas, objetos que caen. DON MIGUEL *está un poco asustado. Hasta que al fin se callan las voces y aparecen ante la misma reja los dos contendientes: el* MARIDO *con un maletín de viaje en la mano, y la* ESPOSA, *que le abraza tiernamente.)*

ESPOSA.– Adiós, marido mío, adiós y cuidaos como es debido, no olvidéis mis consejos y mirad que en la sierra arrecia el frío... *(Muy mimosa.)* ¿Lleváis aquellas zapatillas de lana que os merqué?

ESPOSO.– *(Muy dulce.)* Sí, mi señora...

ESPOSA.– ¿Y la ropilla de lana? ¿A que mi distraído esposo la olvidó?

ESPOSO.– No, que aquí lo llevo todo...

ESPOSA.– Sin alma me dejáis hasta la vuelta...

ESPOSO.– Mi corazón se queda contigo, amada mía...

ESPOSA.– Por fortuna *(Señala la reja muy gentil.)* nuestro vecino el señor de Cervantes ha de velar por mí y no ha miedo de que me suceda ningún mal... *(*DON MIGUEL *asiente sonriendo.)*

ESPOSO.– Ya sé que con tan buen vecino no he de tener temor... Ea, querida, abracémonos de nuevo y corro hacia la posta, que ya debe estar emparejada la galera y no quiero que por mi culpa demore la salida...

ESPOSA.– *(Abrazándose tiernamente.)* Vuelve pronto, marido mío, luz de mi corazón...

ESPOSO.– Alondra de mis sueños... Adiós, adiós... *(Vase precipitado.)*

ESPOSA.– *(Limpiándose las lágrimas y dirigiéndose al* SEÑOR DE CERVANTES*.)* Solita me deja mi marido, señor de Cervantes, ya ve su merced...

DON MIGUEL.– Servidumbre es del esposo, señora mía, proveer a las necesidades del hogar, y siendo como es funcionario de la corte...

ESPOSA.– Ah, ese maldito Escorial, que desque se trasladó allí la corte siempre hemos de estar separados... Pero ya digo que teniendo tan buen vecino como su merced, siempre tan atento, no he de temer, por más que los tiempos estén tan revueltos... Ya vio que esta mañana azotaron a un mal rufián...

DON MIGUEL.– Monipodio de Sevilla...

ESPOSA.– Que se hacía pasar por un curandero..., ya ve...

DON MIGUEL.– Buen pícaro y alcahuete...

ESPOSA.– Pues en tiempos tan deshonestos ha de quedarse una sola en casa, sin sombra de marido. Vea su merced. Si no fuera porque le tengo por vecino y porque mi sentido de la honestidad corre parejo a aquel que, según los antiguos, tenía aquella Lucrecia, que conoceréis sin duda...

DON MIGUEL.– Sí, señora...

ESPOSA.– De otro modo no sé qué sería de una, con tanto bellaco como hay en la corte... Ay, vuelvo a mi casa y me encierro en reclusión como carmelita reformada... Agora ha de venir el barbero para que termine de aderezarme la peluca... También espero a ese sacristán Pasillas, que ha de traerme velas para el altar de Santa Catalina, porque en tanto yo velo en casa sola, quiero que tenga unas cuantas encendidas... Y, señor de Cervantes, luego mandaré a pedirle si tiene algo de romance para leer, siempre que sea honesto, pues que las horas se hacen largas...

DON MIGUEL.– *(Muy ceremonioso.)* No tiene más que mandarme en lo que guste, que para este viejo medio sandio, placer será servirla... *(Ha subrayado deliberadamente las dos palabrejas.)*

ESPOSA.– *(Riendo nerviosamente.)* Hay, qué chistoso es mi señor de Cervantes... Viejo y sandio, cuando no hay en la corte ingenio que se le parezca, por más que no sean pocos los años que cuenta... Ni aun el gran Lope se le aventaja...

DON MIGUEL.– Gracias, señora, gracias. A su servicio me tiene...

ESPOSA.– Y me entro en casa, que ya tardo, no quiero que anden diciendo que soy ventera, pues no todos los vecinos son de tan buena razón y prudencia como mi señor don Miguel de Cervantes... Señor... *(Y tras una cortesana reverencia, la gentil señora desaparece y* DON MIGUEL *sonríe beatíficamente.)*

DON MIGUEL.– *(Con voz susurrante.)* Peréceme que empieza aquí otro buen entremés.

(Queda muy atento a lo que ha de pasar ante la reja y, efectivamente, no tarda en aparecer aquel BARBERO *anunciado por la honestísima dama, el cual, pegado a la reja, intenta pasar escurriéndose, aunque* DON MIGUEL *lo tiene.)*

DON MIGUEL.– Vaya con Dios, maese...

BARBERO.– *(Dando un respingo.)* Con Él quede vuesa merced, don Miguelito... *(Iba a deslizarse aprisa, pero reflexiona y vuelve ante la reja.)* A casa de mi señora voy, pues que me ordenó aderezar aquesta peluca *(Muestra el bulto que lleva bajo el brazo.)* con la moda de los tiempos. Mandome que la pusiera unos cuantos moños y jaulillas.

DON MIGUEL.– De aquestos que parecen jardín, ricos en flora y fauna...

BARBERO.– De aquestos, mi señor... Y he de aprovechar agora en la siesta, ya que aquel maldito furrier, el espadón matasiete que guarda la casa de Cristinica, hase quedado dormido, para que yo pueda cumplir la diligencia... Y así el señor de Cervantes ha de perdonarme que le deje aquí mesmo y notificarle una vez más que soy su servidor en cuanto guste y ordene... *(Gran reverencia.)*

DON MIGUEL.– Vaya, vaya, que la señora ha de estar impaciente...

BARBERO.– *(Que ya se iba y vuelve escrupuloso.)* Como la faena que me trae ha de ser premiosa, pues ya sabe lo que tardan las damas en convencerse de un buen tocado, no sería nada de extraño que tardara, y si su merced fuera tan amable de avisarme en el caso de que viniera aquel basilisco..., quiero decir el furrier maldito ese...

DON MIGUEL.– ¿La guarda cuidadosa quieres decir?

BARBERO.– Eso mesmo, señor. Que si viniera a quererme sacar de mi faena, fuera su merced servido de decirle que ha tiempo que salí, que no estoy adentro... Y perdóneme semejante molestia...

DON MIGUEL.– No hay cuidado, maese barbero, que si viniera no uno, sino un regimiento de furrieles a embarazar su artístico cometido, habré de confundirles para que dejen libre el campo, por más que tuviera que convertirme en espantajo o demonio terrorífico... Conque no haya temor y aplíquese en su trabajo...

BARBERO.– Mil gracias doy a su merced y con ello sepa que el ánima me devuelve al cuerpo... *(Vase.)*

DON MIGUEL.– *(Cuando ya ha desaparecido.)* Gran labia acusa el pícaro y buenas lecciones podía dar a un maestro de retórica... Pero creo que ahí tenemos al otro... *(Llamando.)* Eh, eh, señor sacristán Pasillas...

SACRISTÁN.– *(Que se detiene malhumorado ante el inoportuno viejo.)* Ave María Purísima...

DON MIGUEL.– Sin pecado concebida, amén. Harto me huelgo, seor sacristán, de verlo entero y verdadero, pues creí que aquel «miles glorius» ya le habría partido en dos de un tajo, tan enfierecido le vi no ha mucho contra su merced...

SACRISTÁN.– *(Que estaba a punto de colarse en la casa vecina, se vuelve hacia* DON MIGUEL.*)* ¿A quién había de cortar en dos aquel matasiete canijo? ¿Al sacristán Pasillas había de cortar aquél? Cuando no alcanzaría a cortar en dos a una gallina. ¿Qué digo una gallina? Pero ni un rato tan siquiera... Pues mejor fuera, señor de Cervantes, que le mostrara el soldadote unos chichones que ha poco le hice con un candelabro, que si se convirtieran en cuernos le habían de arribar hasta el mesmo Escorial...

DON MIGUEL.– *(Muy divertido.)* Bravo, seor sacristán, que ésos son valientes...

SACRISTÁN.– Ésos son hombres, ni más ni menos... Y mucho me complaciera relatarte por menudo cuanto acontece en estas cuatro esquinas por mor de una deshonesta mochacha, que anda poniendo los puntos a todo Madrid, si no fuera porque mi señora, su vecina, me ha ordenado que la traiga unas pocas velas que aquí llevo gustoso *(Muestra otro pequeño paquete.)* y he de ordenar el altar que tiene puesto a Santa Catalina y así mesmo recitar unas cuantas oraciones... Que si no fuera por ese menes-

ter, mucho me holgara de conversar con un sabio como su merced, pero vea que prima es la obligación y luego la devoción...

DON MIGUEL.– Vaya, vaya enhorabuena seor sacristán, que no quiero demorarle por mucho que séame grata su conversación...

SACRISTÁN.– Sólo que si diera en venir aquel monstruo cretense, mi seor de Cervantes, en mi búsqueda, que no se alarme su merced por muy armado que viniere, y aún puede decirle de mi parte que no le he ningún temor y que no tiene más que aguardar a que yo finiquite el asunto de las velas para ponerle a él otras y bien cumplidas en las mismísimas orejas, que no tuvo otras el famoso Minotauro de los antiguos...

DON MIGUEL.– Hola, hola..., eso me gusta... ¿Así si el tal viniera no he de decirle que ya habéis salido, sino que...?

SACRISTÁN.– Pues ¿qué? ¿Acaso piensa su merced que un sacristán teme a un soldadote? Pero ni a todo un batallón con bandera y música. Sólo ha de decirle su merced que al punto salgo para mandarle a Flandes por vía de maravilla, merced al puntapié que he de atizarle en el lugar donde tiene la canal maestra. Y ahí se queda, que ya mi señora me llama... *(Vase el bravo* SACRISTÁN PASILLAS.*)*

DON MIGUEL.– *(Riendo divertido.)* Por Dios que yo siempre dije que si sacristanes y barberos ordenaran el mundo, otro gallo nos cantara... Pero aquéste no rehuye el combate, sino que lo busca, como buen peleador, en tanto que el barbero más astuto... Pues agora sólo falta esperar al tal soldadote para tener completa la jornada de aqueste buen lance... *(Empiezan a oírse en la casa vecina ruidos de músicas y rosas.)* Mas a fe que el aderezo de la peluca de mi vecina y el alumbrado del altar no dejan de acompañarse de ciertas ceremonias... Pues parece cosa de gran fiesta... *(Risas, taconeo, baile.)* Mi atribulada señora pronto halló solaz y compaña. Oh, maridos viajeros, si alcanzarais a saber cuál queda desguarnecida vuestra honra, ansí que tornáis la espalda al hogar, me temo que excusarais los asuntos de fuera para ocasiones harto extremadas. Buena chacota se ha armado en casa de mi vecina y raro sería que algún otro del barrio no viniera a participar en el jolgorio... Ya puedes venir, furrier airado, a desafiar a tus enemigos, que ellos, más sabios que tú, escogieron el amor y no la guerra... *(Está* DON MIGUEL *escuchando el bullicio de la casa medianera cuando la reja se oscurece ante la presencia de un ensotanado enorme, de cara rolliza, achaparrado, cal-*

vo, lustroso y vital.) Por Dios que no parece aquéste el furrier, como no sea que haya cambiado los hábitos. *(En voz alta.)* ¿Qué demanda su reverencia? ¿Pide por el alma del que ajusticiaron ayer?

GÓNGORA.– *(Que es el sacerdote en cuestión.)* Veo que mi admirado señor don Miguel de Cervantes olvidó ya a su buen amigo, el racionero de la catedral de Córdoba...

DON MIGUEL.– *(Levantándose presuroso de su asiento y yendo a la reja.)* Por Dios vivo, mi señor don Luis de Góngora, que no le había conocido. Suplico perdone mi distracción... Cuánto honor... Pero aguarde que le abra...

GÓNGORA.– *(Estrechando la mano de* DON MIGUEL.*)* Apresurado voy, mi señor de Cervantes, que ya me tardo, a la audiencia que me tiene concedida el señor obispo y por más que me holgara, y en grado sumo, platicar con su merced, he de dejarle en punto, luego de congratularme al verle con tan buena presencia física, que no dudo que haya correspondencia concorde con su sempiterno espíritu altísimo, noble y divino... *(*DON MIGUEL *ha quedado apabullado ante la lisonja.)*

DON MIGUEL.– *(Balbuciente.)* El glorioso autor de las *Soledades,* grandísimo entre los grandes poetas, orfebre de las más hermosas imágenes, me deja confundido y aterrado...

GÓNGORA.– Humilde aprendiz de la música divina solamente. Rendido esclavo del que creó figuras tales como ese Don Quijote y Sancho Panza, que los siglos han de admirar con unción...

DON MIGUEL.– Por la Santísima Trinidad, señor de Góngora, no venga a confundirme... Dígale que ya me encuentro embarazoso ante la presencia de tan altísimo poeta. Y aún más he de decirle: que sólo quisiera vivir unos cuantos años más para gustar el deleite de esas *Soledades* que su merced está componiendo...

GÓNGORA.– Entre Polifemo y Galatea ando siempre metido, en ansias boreales y nácaras, perfumes, estrellas... Como si dijera del caño al coro y perdone... *(Bajando la voz.)* Si he de decirle mi verdad, ya estoy entregado, porque bien sabe su merced que mi regocijo y gusto es la lírica popular, refranero y castiza, esa poesía que su merced supo componer tan bellamente en sus libros y entremeses y que ese Lopico, mal pico, prostituye y malbarata por esos corrales de los cómicos...

DON MIGUEL.– *(Que no puede evitar la risa.)* Por Dios, que si le oyera a su reverencia el tal don Lope... Sepa que estuvo a verme aquesta mesma mañana...

GÓNGORA.– Y de su comedia vengo yo, malos años me coman y harto enfadado, por cierto, de ver cómo cuatro mosqueteros comprados aplauden ese engendro de monigotes, que ni entienden ellos, ni la mesma madre o padre que les parió a todos...

DON MIGUEL.– Pues ya sabe su merced que Madrí no tiene otro poeta que el tal Lope...

GÓNGORA.– A ese Lopico lo pico yo y lo repico... Viera su merced la torpeza de semejante comedia, cuyo título ya se me ha abismado en la más recóndita de la memoria, cuando más sus figuras, que se devoran a sí mismas como Saturno o sus propios hijos...

DON MIGUEL.– Pues afirman que la tal comedia es aplaudida diariamente...

GÓNGORA.– El vulgo gusta de ser llamado vulgo. Y por más que no entiendan un palote de lo que en la comedia se dice, o, por mejor decir, no se dice, simulan complacerse con las liviandades plebeyas de que la comedia está sembrada. Mala velada pasé, señor de Cervantes, en ese inmundo corral, nunca mejor apelado tal y he sudado quintales de agonía..., y aun por culpa de ese engendro he de hacer que su Ilustrísima me espere...

DON MIGUEL.– Cuánto lo siento, reverendo señor de Góngora, pues mucho me holgara de platicar con su merced en estas mis soledades. Pero ¿en terminando la audiencia episcopal no podré tener la dicha de acompañarle?

GÓNGORA.– Ya tengo aparejado asiento en la diligencia de Córdoba, adonde saldré aquesta misma noche, si Dios fuere servido, y no quería marcharme de la corte sin saludar al más grande creador de nuestros días...

DON MIGUEL.– No alcanzo a agradecer tan buenas palabras, señor de Góngora, y sepa su merced que me deja desolado...

GÓNGORA.– Tiempo habrá, señor de Cervantes, si Dios es servido, de que platiquemos harto y nos solacemos en nuestras mutuas soledades, lejos los dos de las vanidades cortesanas, que han sido hechas para Lopillo y sus discípulos, rimadores de ochavillo, calceteros y zurcidores de versos cojitrancos, albarderos de coplillas arrieras con sabor a ajos y regüelo... En mi Córdoba gustaré de ver a su merced, amigo mío, acompañándome bajo la sombra de mi parra, trasegando un buen vino de Montilla y escuchando la bucólica poesía de los pastores y rebaños, no en...

(Se interrumpe al oír el desenfrenado bullicio festivo de la casa costanera.)

Hola, pero ¿cuál ese sarao que llega a mis oídos? ¿No será que mi amigo Cervantes disfruta de estrado de cortesanas, juglares y vihuelistas?

DON MIGUEL.– *(Riendo.)* Calle, calle..., que si no anduviera su merced con priesa, habría de ver un lance digno de tan imaginativo poeta aquí mesmo, en la casa medianera...

GÓNGORA.– *(Interesado en el asunto.)* Galatea y Polifemo... en la Corte...

DON MIGUEL.– *(Bajando la voz y entre risas.)* Una Galatea y dos Polifemos, sacristán uno y barbero el otro... En tanto que Teseo...

GÓNGORA.– *(Muy cotilla, metiendo la cabeza pelada entre la reja.)* El cónyuge o marido...

DON MIGUEL.– Eso. Pues, como le digo, el tal Teseo fue a rescatar el vellocino de oro a cierta finca de El Escorial...

GÓNGORA.– ¿Pues qué?, ¿hay más?

DON MIGUEL.– Hay que un furrier, un soldado..., pero ¿por qué mi señor de Góngora no hace un alto en el camino y entra en mi casa?

GÓNGORA.– No me faltan deseos... Ulises vengo a ser agora, embrujado por las sirenas. Pero ya tardo...

DON MIGUEL.– Lástima grande es que no asistáis a tan gracioso mito, mejor sin duda que cualquier comedia de Lope... *(Se detiene de pronto y mira con atención, sobre el hombro de Góngora, hacia el fondo.)* Pero válgame la Santísima Trinidad, Dios nos asista a todos, amén y mejor fuera que la tierra se abra y nos anegue a todos... ¿Es cierto lo que ven mis ojos?

GÓNGORA.– *(Sorprendido y mirando a todos lados.)* ¿Qué le sucede, señor de Cervantes, y a qué vienen esos aspavientos? ¿Por qué tiembla y palidece? ¿Acaso viene el Minotauro?

DON MIGUEL.– *(Señalando hacia el fondo.)* El Minotauro, eso es..., el Minotauro... *(Bajando la voz.)* El marido de Galatea, que torna de su viaje imprevisiblemente, como Ulises..., en tanto que la señora...

(Pero ya ha aparecido ante la reja el ESPOSO *y viajero y* DON MIGUEL *se siente aturdido y divertido a la vez, en tanto que* GÓNGORA *no puede resistir ya la tentación de quedarse a ver cómo acaba el lance.)*

ESPOSO.– Señor de Cervantes y compañía, heme aquí de nuevo y mucho antes de lo que esperaba...

DON MIGUEL.– *(Hablando muy alto.)* Pues ¿qué?, señor vecino, ¿cómo es que torna así presto? ¿Sucedió algún imprevisto?

ESPOSO.– *(Dando explicaciones a los dos.)* La diligencia del segoviano, que no estaba aparejada y se le ha roto un eje, de modo que no saldré hasta mañana...

DON MIGUEL.– *(Gritando.)* Eh, señora vecina, salga a recibir a su señor Esposo...

(Pero la muy artera de la ESPOSA *ya había salido y abrazaba a su* MARIDO, *al tiempo que las músicas y danzas enmudecieron en la casa.)*

ESPOSA.– *(Arrojándose a los brazos de su* MARIDO.*)* Esposo mío, prenda idolatrada, ¿qué ha sucedido para que volvieses tan presto?

ESPOSO.– Aquí decía a los señores... El ordinario de Segovia que...

DON MIGUEL.– *(Que está muy nervioso.)* Quiero presentarles al reverendo racionero de la catedral de Córdoba, señor de Góngora y Argote, altísimo poeta...

ESPOSO.– Servidor de su reverencia...

GÓNGORA.– *(Luego de saludar muy ceremonioso.)* Señora mía: en nombre de esa Córdoba, que con tanta gracia invoca, suplícola que me tenga por servidor suyo...

ESPOSA.– *(Volviéndose a él.)* Reverendísimo señor: la providencia le guía hasta mi casa. Una gran merced ha de hacerme...

GÓNGORA.– ¿Una merced?

ESPOSO.– Pero ¿qué te pasa, esposa mía? ¿Por qué tiemblas? ¿Y por qué abres así los ojos? ¿Qué sucede?

DON MIGUEL.– *(Intentando ayudarla.)* La emoción sin duda...

ESPOSA.– *(Que se ha arrodillado ante* GÓNGORA.*)* Si su reverencia, como exorcista, tuviera compasión de aquesta pecadora, podría expulsar los demonios que dentro de ella habitan...

(Los tres han quedado como estatuas ante tan extraña declaración.)

GÓNGORA.– *(Que es el primero que se repone de la sorpresa.)* Aquésta es la prima vez que un poseso me para en la calle para pedirme que le expulse los demonios...

ESPOSO.– *(Un tanto mosca.)* ¿De qué demonios habláis? ¿Ni de cuándo estuvisteis endemoniada? *(Para sí.)* O por mejor decir, ¿cuándo no lo estuvisteis? *(En voz alta.)* ¿Y qué achaque os viene agora? Entremos en casa, que ya me tardo... Y perdónenos, reverendo...

ESPOSA.– *(De rodillas ahora ante su* MARIDO.*)* Señor, no soy digno de que entres en mi casa... Quiero que los demonios que me atormenten salgan de mi cuerpo, pues he prometido a Santa Catalina que no he de volver a atormentar a mi esposo, y fuerza es que aqueste reverendo me haga el exorcismo... *(Besa la mano de* DON LUIS DE GÓNGORA.*)*

GÓNGORA.– A fe, señora, que es un tanto difícil lo que pedís... No tengo a mano los utensilios necesarios y, además, me espera el obispo...

DON MIGUEL.– *(Que ha estado reflexionando.)* Señor de Góngora, si no es osadía por mi parte, ruego a su reverencia que escuche a aquesta dama, pues no es persona que guste de simular, bien al contrario...

ESPOSO.– Por mi vida que nada entiendo...

ESPOSA.– *(Siempre hincada de hinojos.)* De aquí no me levantaré, reverendo, en tanto no me conceda la gracia que le pido...

GÓNGORA.– *(Divertido con la ocurrencia.)* Ha tiempo que me fue concebido el poder de exorcizar demonios. Haremos los que se pueda... Dígame lo primero: ¿trátase de uno o de varios demonios los que atormentan a mi señora?

DON MIGUEL.– *(Adelantándose a contestar por ella.)* Dos, dos han de ser los demonios.

ESPOSO.– *(Volviéndose al viejo.)* ¿Y cómo sabe su merced que son dos los demonios precisamente?

GÓNGORA.– *(Explicándole muy ceremonioso.)* Dos o múltiplo de dos acostumbran a aparecer los demonios, al igual que los santos poderosos forman pareja, tales los Boargenes, hijos del trueno, o las vírgenes santas...

ESPOSA.– Dice bien el señor de Cervantes, reverencia, que son dos los demonios que estuvieron atormentándome toda la tarde así que mi esposo saliera...

GÓNGORA.– *(Dando coba al marido.)* Gran virtuoso ha de ser el señor, cuando los demonios tienen que esperar su ausencia, para martirizar a la señora....

ESPOSO.– Eso puede ser cierto, reverencia...

DON MIGUEL.– *(A Góngora.)* Pero... diga su reverencia: ¿no es bien cierto que esos tales demonios habrán de salir agora mesmo del cuerpo de mi señora?

GÓNGORA.– No hay demonio que resista la fuerza de los latines cordobeses con que habré de echarles...

DON MIGUEL.– Y aún más: ¿no han de tener los demonios la forma humana y semejante a personas conocidas?

GÓNGORA.– Así acostumbra a suceder...

ESPOSO.– Ya me enfada tanta liturgia, señor reverendo. Y no es cosa de que estemos aquí, en medio de la calle, esperando que cualquier vecindona venga a enterarse de lo que no la importa. Entremos en casa luego y no dos, pero veinte mil demonios habrán de salir si yo utilizo otros remedios que también conozco y son tan fuertes como sus latines...

ESPOSA.– Digo que no he de entrar en mi casa en tanto no quede limpia de demonios, y aqueste buen reverendo y sabio exorcista ha de darme remedio...

GÓNGORA.– Así haremos... *(Coloca su mano sobre la frente de la dama.)* Recogeos en oración...

DON MIGUEL.– Espere su reverencia y conteste a una tercera pregunta: si los tales demonios han de salir en carne y hueso, adoptando la forma humana, ¿cuál será la forma que habrán de adoptar?

GÓNGORA.– Pues cualquiera. La de algún familiar de la señora... o la de algún vecino...

DON MIGUEL.– Lo que yo pensaba, reverendo don Luis. Y afirmaría que esos demonios que su merced va a sacar han de tener forma del sacristán Pasilla y del barbero de la esquina, por ser las dos especies más turbadoras de la vecindad...

GÓNGORA.– *(Asintiendo con malicia.)* Así pudiera ser...

ESPOSO.– Sigo sin entender un comino...

GÓNGORA.– *(Al* ESPOSO *y a* CERVANTES.*)* Recójanse en oración sus mercedes. Y tú hija mía, reconcéntrate y pide clemencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en tanto que yo, siervo y ministro de Dios Todopoderoso, te conjuro, espíritu maligno, a que dejes libre aquesta alma en el nombre y la señal de la Santa Cruz... *(Bisbisea unos latines y al punto se ve cómo los dos pícaros, el* SACRISTÁN *y el* BARBERO, *aprovechan el mo-*

mento para deslizarse como anguilas ante las narices del ESPOSO *y desaparecen rápidamente.)* Amén. Ya estás libre, mujer...

ESPOSA.– *(Con un suspiro de alivio.)* Ay, me siento tan nueva como la mujer de San Pablo... *(Besando la mano de* GÓNGORA.*)* Gracias, reverendo...

ESPOSO.– *(Que continúa alelado.)* Por Dios vivo que juraría haber visto salir de mi casa a dos vecinos...

DON MIGUEL.– Demonios que la habitaban...

GÓNGORA.– Pudieran haber adoptado esas formas. Mas ya no han de volver...

ESPOSA.– *(Que sigue besando las manos de* GÓNGORA *y regándolas con lágrimas.)* Oh, reverendo padre mío, cuánto os agradezco la bondad y beneficio de aqueste exorcismo. He de hacer cuarenta novenas a Santa Catalina y ayunar tantos viernes por el favor que los santos del cielo me han otorgado con aquesta su mano...

DON MIGUEL.– Dios sea siempre loado, que todos habremos de beneficiarnos con esas maravillas.

ESPOSO.– Pues yo no sé si...

ESPOSA.– *(Levantándose al fin y abrazando al* ESPOSO.*)* Por fin puedo, esposo mío, abrazaros sin sentirme embarazada por malas inclinaciones y me siento agora como la mujer nueva, esclava de su señor, que mantiene la lámpara encendida... Agora ya podemos entrar en casa...

ESPOSO.– Sí, sí, a casa, a casa...

GÓNGORA.– Que Dios les acompañe...

ESPOSA.– *(Que sigue abrazada a su* MARIDO.*)* Y no tornéis a dejarme sola, no vayan a volver los demonios...

(Hacen mutis. GÓNGORA *y* CERVANTES *quedan solos mirándose fijamente y sueltan una carcajada al tiempo que la escena se oscurece.)*

MOMENTO TERCERO

Ya es de noche. Nuestro DON MIGUEL *continúa avizoran tras el ventanal envuelto en la manta para protegerse del vientecillo serrano. El aire azulado tiene viejas transparencias mesetarias que permiten brillar a las estrellas. Es la hora de la novena. Pasan ante la reja mujeres envueltas en mantos, rosario en mano, camino de la novena. Se oyen las campanas. Se oyen también cantos un poco aburridos de niños o borrachos. Termina así un hermoso día de abril henchido de primavera y preludio de un cercano verano. La sangre popular madrileña se ha recalentado y parece continuar vibrando tras el día tan pletórico de acontecimientos. Se detiene de pronto ante la reja la sombra de una «tapada», que rápidamente saca de debajo del manto un envoltorio y lo entrega a* DON MIGUEL, *es decir, se lo deja sobre el regazo, introduciéndolo entre los barrotes de la ventana, y parte a escape tras lanzar un suspiro largo y expresivo, que hace vibrar los cimientos de la casa.* DON MIGUEL, *anonadado, hace ademán de levantarse sujetando el envoltorio con la mano útil.*

DON MIGUEL.– Eh..., eh... ¿Quién es...? *(Observando el envoltorio.)* ¿Qué es aquesto?... Pero... *(El llanto de una criatura recién nacida, eso es el envoltorio, deja al abuelo sin resuello.)* Santísima Trinidad... Dios Misericordioso... Ánimas de Purgatorio... *(Se le traba la lengua.)* Pero... No sé... ¿Yo?... ¿Y?... Bendita sea la Virgen María. Amén... *(El* NIÑO *llora y* DON MIGUEL *lo estrecha en su regazo.)* Agora sí que... El día terminó con estrambote... Santiago me valga, amén... Pues bueno fuera que señalaran mi casa como torno de expósitos... Calla angelito, calla... *(*DON MIGUEL *se ha levantado y mece a la criatura.)* ... Aquí son lances

y no los de la guarda cuidadosa... ¿De dónde me vendrá agora el envío?... Broche de oro tras tanto festejo... Calla, niño, calla... *(*Don Miguel, *asustado, se retira de la ventana.)* Aquí te quiero ver, Miguelito, que ni en la Argel, ni en Lepanto las viste más negras. Pero niño...

(En este momento se detiene ante la reja aquel Tomás Rodaja, *el hombre de vidrio, que vuelve de sus correrías galantes.* Don Miguel, *asustado, se vuelve de espaldas para ocultar a la criatura, a la que mece con disimulo para cortarla el llanto.)*

Tomás Rodaja.– Salve, mi seor Don Miguel...

Don Miguel.– *(Sin apenas volver la cabeza.)* Con Dios vaya mi buen licenciado Rodaja...

Tomás Rodaja.– *(Extrañado al ver a* don Miguel *en semejante postura.)* ¿Qué le sucede, señor de Cervantes?

Don Miguel.– A mí, nada...

Tomás Rodaja.– Pues pareciera que tiene el baile de San Vito...

Don Miguel.– *(Siempre de espaldas.)* No es el baile ese, sino que me hace tiritar el relente...

Tomás Rodaja.– Pues cierre la ventana y encienda un fuego, que es el modo de conjurar el frío...

Don Miguel.– Así haré... *(Entre dientes.)* Y ya podías irte con las de Villadiego, inoportuno...

Tomás Rodaja.– Si su merced quisiera utilizar mis servicios, honrado sería. Por más que mi naturaleza de vidrio me impide acercarme al fuego... Ya he de encaminarme a mi rancho, no sea que la humedad me quiebre...

Don Miguel.– Vaya y que Dios le acompañe...

Tomás Rodaja.– *(No acaba de marcharse y sigue cotilleando tras la reja.)* ¿No me está oyendo, don Miguelito? ¿Le dio un aire maligno? ¿Quiere que avise al boticario?

Don Miguel.– Como no avisaras... Todavía te he de tirar un mamotreto a ver si de verdad te quiebras. *(Girándose un poco a la vez que esconde el bulto de la criatura.)* No se moleste, seor licenciado, que no tengo nada... *(Y en esto estalla el llanto de la criatura.)*

Tomás Rodaja.– Dios me valga, si no es un niño lo que llora ahí... Don Miguelito... Ay, don Miguelito...

(Pero DON MIGUEL *se ha retirado y ha ido hasta el arcón de los manuscritos, lo ha abierto, ha metido dentro al niño, ha cerrado la tapa y se ha sentado encima derrengado. Mientras tanto el maldito licenciado sigue llamándole hasta que se cansa y se va.)*

DON MIGUEL.– La ida del humo... Agora ya tiene pregón que lanzar por esas calles. Vaya broma que me han administrado... ¿Quién habrá sido la, la...? *(No se atreve a pronunciar la palabra.)* Aquesto es el fruto de un día de primavera. Como no sea venganza de los demonios que mi señor de Góngora expulsó a mi vecina... *(Como el llanto del* NIÑO *ya no se oye,* DON MIGUEL *vuelve a la conciencia y se levanta, abre la tapa del arcón para sacar al* NIÑO.*)* Válame Dios, ¿qué hago yo? ¿Y si ahora la criaturita?... *(Pero no, la criatura sale del arcón como una nueva Proserpina lanzando sonoros berridos.)* Después de estar entre tanto legajo, malo sería que no salieras letrado y según eso fuera mejor que os ahogarais... Pues sí que... *(Sigue meciendo a la criatura dando pasitos cortos.)* Ssss... Ssss..., calla, niño, calla... *(Le mece y canturrea. Se acerca a la ventana con disimulo.)* Miren en la situación que ponen a un viejo. Seguro que la tapada ha ido a la novena y me escogió como niñera propicia. Plegue a Dios que venga a recogérmelo en saliendo de la iglesia, tal como me lo entregó... Que yo no he de ser la hija del Faraón, ni va a ser aquéste un nuevo Moisés... Paréceme oír el «Pangem linguam» en las Trinitarias y en terminando la Reserva, acá se me llegará la muy..., esa que me escogió de cabeza de turco... *(Sin preocuparse, se asoma a la ventana siempre con el* NIÑO *en brazos y mete las narices entre la reja.)* Ya parece que salen las beatas... Buen rato me ha hecho pasar la tapada... Pues agora me va oír la muy osada. Pues ¿qué? ¿Son modos de usar mi casa de torno de expósitos? *(No se da cuenta de que acaba de aparecer la famosa* HABLADORA.*)*

LA HABLADORA.– *(Envuelta en un manto y con el rosario en las manos.)* Mi señor de Cervantes: ¿qué es lo que están viendo mis ojos? ¿Una criatura en sus brazos? Sí, sí es una criatura, una criatura de pecho, vaya si lo es... Alléguela acá que la bendiga... Y mira si lo tenía callado... Vaya, vaya, una criatura. Lo decía yo, sí señor, es lo que decía: que mi señor de Cervantes habría de haber descendencia... *(*DON MIGUEL *aterrado, se ha metido dentro y trata de esconderse.)* Bendito sea Dios, si es lo que

yo me digo, sí señor, lo que me digo, que habría de tener nietos el señor de Cervantes, una bendición del Dios que está en los cielos... Mas ha de explicarme, mi señor, me ha de explicar el qué, el cómo y el cuándo... Y dígame, ¿ya está cristianizado? ¿O su merced lo ha de sacar de pila? Porque si su merced lo ha de sacar de pila, digo yo que...

DON MIGUEL.– *(Gritando furioso.)* No es mío aqueste muñeco, sino que...

LA HABLADORA.– No me diga más, que no he tiempo para escucharlo, pero ya me explicará, ya me explicará. Un gozo, señor, un gozo. Habremos de festejarlo en todo el barrio, ya lo creo que habremos de festejarlo. Bautizo de tronío... Ay, corro a dar la noticia. Mismamente el párroco de Atocha habrá de escucharme. Nuevo feligrés «habemus», señor presbítero... *(Y la muy parlanchina sale de estampía dejando al pobre* DON MIGUEL *totalmente deshecho.)*

DON MIGUEL.– La que faltaba. La Habladora en el preciso momento. Lo mesmo hubiera sido dar dos cuartos al pregonero para que todo Madrid... ¿qué digo todo Madrid?..., Castilla entera, el Imperio todo, se haga de las nuevas... Y agora sólo resta que la atrevida madre de la criatura no se digne a aparecer... ¿Y qué hago yo? Dios mío bendito, ¿qué hago? Cuando ya todo el barrio se va a poner en marcha y aquesta casa se va a convertir en Portal de Belén... Malhaya mi suerte, que mis años alleguen semejantes quebrantos... *(Otra sombra en la ventana reclama al viejo. Es la* GITANILLA, *también enmantada y que viene ahora como transverberada de misterios.)*

LA GITANILLA.– Don Miguelito..., don Miguelito... ¿Do está su merced, por el amor de Dios? Alléguese a la reja, que le traigo un mensaje de vida o muerte... ¿Me oye su usarced? Don Miguelito, por mi Undivé que nos asiste...

*(*DON MIGUEL, *que ha estado dudando en acercarse a la reja, al oír las últimas palabras corre hacia la* GITANILLA.*)*

DON MIGUEL.– Ah, pícara Preciosilla, no hace falta que me digas más... *(Entregando a la criatura.)* Aquí tienes sana y salva a tu criatura, y no vuelvas a darme sustos...

LA GITANILLA.– *(Cogiendo al* NIÑO *y sorprendida.)* Ay, don Miguelito... ¿Qué es aquesto? ¿Qué me trae usarced a los brazos?

DON MIGUEL.– La criatura que me dejaste hace un rato, desalmada...

LA GITANILLA.– Ay, don Miguelito, ¿qué le ha dado? ¿La alferecía? ¿Ni cuándo le dejé yo nada? ¿Y quién es aqueste mozo, que no tenía el gusto de conocer?

DON MIGUEL.– *(Retirándose de la ventana.)* Anda, anda, Preciosilla, y vete a ocultar el fruto de tus amores a otro lugar más conveniente...

LA GITANILLA.– ¿Qué está diciendo mi señor don Miguelito? Don Miguelito, alléguese que he de decirle otra cosa... Ay, qué criatura más preciosa... *(Besa al* NIÑO.*)* Del señor de Cervantes tenía que ser... Pero... venga acá y escuche... *(La* GITANILLA *parece anhelante.)*

DON MIGUEL.– *(Desde el fondo de la casa.)* No me has de engañar más, Preciosilla. Anda y que la providencia te guíe, o Undivé, pero no vuelvas a convertir mi casa en torno de expósitos, ni me confundas con hermana tornera...

LA GITANILLA.– *(Susurra algo a uno que está apartado y que se acerca a ella. No es otro que aquel* RINCONETE, *el supuesto aguador, que trae un farol encendido en la mano.)* Si no quiere escuchar a Preciosilla la gitana, escuche a mi novio, que ha decirle unas palabritas, don Miguel...

(Al oír esto, DON MIGUEL, *llevado por su imperiosa curiosidad, vuelve a la reja.)*

DON MIGUEL.– Hola..., de nuevo estás aquí, buena pieza...

RINCONETE.– Rinconete soy, señor de Cervantes, aquel que vuesa merced conoció de niño por los caminos de Babilonia...

DON MIGUEL.– Ah, pícaro, por fin te desmientes. Luego reconoces que me engañabas...

RINCONETE.– Sí, señor. Rinconete soy, que me viene sirviendo a mi señor Monipodio desde Babilonia...

DON MIGUEL.– Mis columbres no me engañaban...

LA GITANILLA.– Pero escuche agora nuestra súplica. Anda, Rinconete, habla y no te muerdas la mui...

RINCONETE.– Señor de Cervantes, en nombre de aquel Rinconete a quien vuesa merced socorrió, escuche el final de mi historia...

DON MIGUEL.– *(Muy satisfecho.)* Te escucho...

RINCONETE.– Si es cierto que me vine a la corte sirviendo a Monipodio, luego de cumplir en las gurapas los cinco años a que me condenaron, también es cierto, señor de Cervantes, que el azar ha puesto en mi camino

la estrella polar que no pocas veces al náufrago ayuda a salvarse del proceloso mar...

DON MIGUEL.– Buena parla usas, Rinconetillo...

RINCONETE.– *(Imperturbable.)* Y es, ni más ni menos, que vengo a desposarme con aquesta gitanilla...

LA GITANILLA.– Y mire cómo viene a cumplirse el cuento, don Miguelito...

DON MIGUEL.– Pues que Dios os bendiga y multiplique vuestra decencia, que ya habéis empezado con uno antes de pasar por el sacramento...

LA GITANILLA.– *(Quitando la palabra a* RINCONETE.*)* Eso sí que no, don Miguelito, que yo le juro y perjuro, así Undivé me salve, que aqueste niño no es nuestro...

DON MIGUEL.– Pues ¿de quién ha de ser si no?

RINCONETE.– Dejemos agora el pleito de la criatura y sigamos con lo nuestro, que aún no está dicho todo, Don Miguel...

DON MIGUEL.– ¿Hay más todavía? ¿Acaso mi amigo Rinconete ha resuelto ser de sangre noble como aquel de mi cuento?

LA GITANILLA.– *(Siempre con el* NIÑO *en brazos.)* Déjele que se explique, don Miguel y no sea malo, por la Virgen bendita...

DON MIGUEL.– Habla, te escucho. Ya sabes que me gusta oír tus...

RINCONETE.– *(Cortándole.)* No preciso de muchas palabras. Ahí va lo que tengo que decir: que ando perseguido por la justicia...

DON MIGUEL.– ¿Cuándo no?...

RINCONETE.– Y preciso que su merced me abone, como hizo aquesta mañana, afirmando que soy Agustín el de las Peñuelas, aguador jurado de la villa...

DON MIGUEL.– Ah, gran pícaro...

RINCONETE.– Y si así nos hiciera, tendrá que ver su merced cómo el pícaro Rinconete toma a las gurapas, luego de pasear las calles como mi maestro. Y la Preciosilla se queda para vestir imágenes...

LA GITANILLA.– Y yo no quiero eso, por más que mi novio sea payo...

DON MIGUEL.– Y el niño quedaría huérfano...

LA GITANILLA.– Otra que le dio... Que el niño no es nuestro, don Miguelito...

DON MIGUEL.– Pues ¿de quién ha de ser?

LA GITANILLA.– Habrá caído del cielo, don Miguelito...

RINCONETE.– O habrá salido de las piedras...

DON MIGUEL.– No es otro sino el hijo de la Preciosilla la gitana y Rinconete, o, por mejor decir, de Agustín el de las Peñuelas, aguador de la villa...

LA GITANILLA.– Será como su merced dice...

DON MIGUEL.– Lo que yo digo es que no he de abonar a favor de ti, como no reconozcáis vuestro a aqueste niño del cielo, o de la piedra...

LA GITANILLA.– *(Volviéndose con grandes aspavientos a su oíslo.)* Pero ¿oyes tal cosa, Agustinillo?

RINCONETE.– Por mi parte he de decir que si don Miguel me salva de la justicia testimoniando a mi favor y alcanzamos a casarnos como Dios y nuestra religión mandan, por parte mía no habré de poner reparos a prohijar al hijo de la piedra o de la calle...

DON MIGUEL.– Así me place oírte, Agustinillo...

LA GITANILLA.– *(Muy alegre.)* Y mira por dónde don Miguelito va a ser el padrino de aquéste y los otros que vinieren. Choca la mano, compadre de mi alma... *(Coge la mano del viejo y vuelve a besarla.)*

RINCONETE.– ¿Así que su merced está dispuesto a abonar por mí que soy?...

DON MIGUEL.– *(Ya muy animado.)* Agustinillo, Agustinillo el de las Peñuelas, aguador de oficio, cristiano viejo sin mancha de marrano, ni de erasmista, ni de nicodemita, ni de quietista, ni de iluminado, ni de...

LA GITANILLA.– Ay, don Miguelito, ¿por qué le insulta así al probecito, ni qué mal le hizo?

RINCONETE.– No son insultos, Preciosilla, sino calificativos «in dubio» para probar «per exclusio» mi limpio y claro expediente de sangre...

LA GITANILLA.– *(Asombrada.)* Oh...

DON MIGUEL.– *(Riendo.)* Ay, Rinconete, que habías de ser supuesto en Salamanca más que aguador de la villa...

RINCONETE.– Todo ha de andarse con Dios y el tiempo, y que su merced lo vea...

LA GITANILLA.– Ea, pues no se hable más. Preciosilla se desposa con Agustinillo, siendo padrino don Miguel de Cervantes Saavedra, anda y chúpate esa... Y recoge a aqueste hijo de la calle, o de la piedra, a quien su merced ha de poner nombre agora...

DON MIGUEL.– ¿Yo he de poner nombre al niño? ¿Cuándo he tenido tan siquiera las órdenes de diácono?

LA GITANILLA.– Órdenes, órdenes. Su merced, para mí, como si fuera el papa de Roma. Ande, don Miguel, que todo se andará, y agora menester es que ponga un nombre al hijo que su merced nos ha regalado...

(La GITANILLA *tiende el monigote, bajo la luz de la luna, en la clara noche madrileña.* DON MIGUEL *parece reconcentrarse.)*

DON MIGUEL.– Sea. Si así lo queréis... Mirad cómo habéis de llamar a aqueste hijo de la piedra...

RINCONETE.– Diga su merced...

DON MIGUEL.– Pedro de Urdemalas, porque así de malas ha de hurdirlas...

LA GITANILLA.– Así sea. Pedro de Urdemalas. Y viva tu madre y viva tu padre y tu abuelo. Y viva tu padrino. Qué madre, qué padre, qué abuelo..., a ser vos señores cantáredes triunfos... *(Bailoteando alegre con la criatura.)* Y asín, pisaré yo el polvo atán menudito, pisarelo yo atán menudó, atán menudó...

(Rinconete ha empezado a acompañar con palmas el baile de PRECIOSILLA. *La gente, atraída por el jolgorio, va llegando ante la reja del manco.)*

LA HABLADORA.– *(Que ha sido la primera en acudir.)* ¿Qué pasa? ¿Ya hay bautizo? ¿Qué nombre han puesto a la creatura? ¿Y quién es la madre y quién es el padre y quién es...?

DON MIGUEL.– *(Eufórico.)* La piedra es el padre, la calle es la madre y tú eres la...

(El nuevo tumulto de voces impide oír la última palabra del manco.)

LA CAMACHA.– ¿Qué nuevo escándalo hay en la calle? Será otra vez esa Cristinica de todos los demonios...

CRISTINICA.– *(Que acaba de aparecer, se enfrenta con la* CAMACHA.*)* Hijo de Preciosilla la gitana es. Entérese, so bruja...

LA GITANILLA.– *(Protestando.)* ¿Hijo mío?

DON MIGUEL.– *(Reconviniéndola.)* Acuerda lo que hemos convenido, Preciosilla...

LA GITANILLA.– *(Volviendo a bailar con la criatura en brazos.)* Sea... Por aqueste Pedro pisaré yo el polvo atán menudito...

(Ya han salido el vecino y la vecina, el SACRISTÁN, *el* BARBERO, EL QUE PIDE ACEITE PARA LA LÁMPARA DE SANTA LUCÍA *y, en suma, el barrio entero, que sin enterarse bien de lo que sucede se une al jolgorio.)*

LA CAMACHA.– *(Santiguándose.)* Bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios...

LA HABLADORA.– Boda y bautizo a un tiempo, entérese comadre y vea en lo que han parado los tiempos con tanta predicación de Erasmo...

TOMÁS RODAJA.– *(A* RINCONETE *y* PRECIOSILLA.*)* Pues yo, Tomás Rodaja, digo que he de bailar con vosotros la zarabanda para celebrar el festejo...

LA GITANILLA.– Ay, don Tomás, ¿y si se nos quiebra?

TOMÁS RODAJA.– No habré de quebrarme, que soy un vidrio especial... *(Bailotea un poco.)*

EL DE SANTA LUCÍA.– Den por Dios para la lámpara del aceite de la SEÑORA SANTA LUCÍA...

FURRIEL.– Anda ya con tu lámpara...

EL DE SANTA LUCÍA.– Cállese y no vuelva a estorbarme ex-illis...

FURRIEL.– *(Corriendo tras él.)* ¿Qué has dicho? Repite eso...

CRISTINICA.– *(Gritando.)* ¿Pues aún han de continuar vuestras pendencias, malditos luteranos?

LA CAMACHA.– *(A* CRISTINICA.*)* Y tú, ¿para cuándo dejas la bendición, perdida? Ya puedes insultar a los otros...

CRISTINICA.– *(Abalanzándose sobre ella.)* He de soltarla los moños, marrana...

(Se traban las dos mujeres y acuden todos a separarlas. Se organiza un nuevo campo de Agramante, ya que el FURRIEL *sigue persiguiendo a* EL DE SANTA LUCÍA. *Hasta que aparece un* ALGUACIL.*)*

ALGUACIL.– *(Con voz autoritaria.)* Ténganse todos, ténganse todos, por Dios vivo y la Santísima Trinidad... Y sepa yo que aquesto... ¿Qué campo de Agramante es aquéste?

DON MIGUEL.– *(Cuando se ha acallado un poco el entrevero.)* Mire, señor alguacil, que...

LA GITANILLA.– *(Adelantándose.)* Déjeme que yo se lo explique, don Miguelito. Que quiero que me oigan todos. Óiganme y tengan paciencia, que he de contarles un cuento... *(Murmullos de curiosidad y silencio.)* Pues verán sus mercedes lo que aconteció a aquesta Preciosilla la gitana, conocida por limpia y honrada en toda la villa *(Voces aisladas: «Sí, sí, honrada... Buena lagarta es...».)* Pues que don Miguel de Cervantes Saavedra, mi padre, mi abuelo y agora padrino, porque para mí ha sido

siempre eso y mucho más, que hombre más grande no lo hay en la Tierra... *(Murmullos.)* Pues digo que ha tiempo me hizo una profecía, y era la tal profecía que habría de desposarme con un hombre honrado payo, y el payo luego habría de ser noble...

LA CAMACHA.– Ay, que van a resultar las bodas del Duque del Infantado...

ALGUACIL.– *(Severo.)* Calle y deje hablar a la mochacha...

LA GITANILLA.– Pues ya está. Colorín colorao. Sólo que mi novio aquí presente, Agustín el de las Peñuelas, aguador honrado como pocos si los hay, *(Nuevos murmullos.)* no ha resultado noble, sino gitano como ésta que lo es y muy guapo... *(Le da un sonoro beso.)* Y viva la madre que parió a don Miguel de Cervantes, que va a apadrinar aqueste mozo que es el hijo de...

TODOS.– *(Cortándola.)* ¿De quiéeen?

LA GITANILLA.– El hijo de la piedra...

RINCONETE.– Olé...

DON MIGUEL.– El hijo del pueblo. Vuestro hijo, vecinos... *(Gran jolgorio y bailoteo.)*

ALGUACIL.– *(Emocionado.)* Pues no se hable más, que estando presente don Miguel y abona como cierto el hecho...

DON MIGUEL.– Sí que lo abono, y con gusto apadrino a la criatura y a la pareja...

LA GITANILLA.– Viva don Miguel de Cervantes...

ALGUACIL.– Pues agora toca sino sacar dos buenos pellejos de vino con que celebrar todos el acontecimiento..., y la justicia, encarnada en mi persona, se une con placer a la fiesta...

TOMÁS RODAJA.– Viva la novia y viva el novio...

TODOS.– Viva...

RINCONETE.– Y viva el padrino, don Miguel de Cervantes...

TODOS.– Viva...

ALGUACIL.– Y agora quiero verles a todos saltar y bailar por la gloria de Dios y de Undivé juntos...

(Ya han aportado los pellejos de vino y todos beben olvidados de pendencias.)

LA GITANILLA.– *(Que ha entregado el* NIÑO *a su* RINCONETE.*)* Agora he de bailar con mi compadre. Ea, don Miguelito, salga ya de esa cueva, que yo he de ser la... ésa, ¿cómo se llamaba?

DON MIGUEL.– La Proserpina...
LA GITANILLA.– *(Metiendo las manos entre la reja.)* Pues esa Josefina soy y ya está su merced en la calle, que lo quiero ver saltar y bailar...
TODOS.– Que baile, que baile el padrino, que no se le gaste el vino...

*(*DON MIGUEL *se resiste. Al fin desciende la reja hasta desaparecer y la vivienda de don Miguel queda confundida con la misma calle, donde todos cantan y bailan.* DON MIGUEL *y* PRECIOSILLA, *que ha cogido su pandero, en el centro coreados por las palmas.)*

LA GITANILLA.– Ea, don Miguelito, vamos con ese estribillo.
DON MIGUEL.– *(Con voz cascada de vejete verde.)*

Pisaré yo el polvo
atán menudico...

LA GITANILLA.– *(Taconeando.)*

Pisarelo yo
atán menudó,
atán menudó...

TODOS.– Pisaré yo el polvo atán menudico...
LA GITANILLA.– *(Contoneándose.)*

Pisarelo yo
atán menudó,
atán menudó...

(Bailan todos el estribillo alternándose con la GITANILLA *entre gran alborozo de vivas a Madrid, vivas a* CERVANTES *y otros vivas hasta que la escena queda a oscuras. Cuando vuelve a hacerse la luz todos han desaparecido.* DON MIGUEL *sigue en la calle sentado bajo un cuajarón de luna, rodeado de silencio, contemplando las estrellas. Y no hay reja, ni casa.* CERVANTES *está a la intemperie.)*

DON MIGUEL.– *(Hablando muy lentamente.)* Las ansias crecen, las esperanzas menguan. Heme aquí ya con el pie en el estribo... *(Vuelve a mirar las estrellas.)* Hora es ya de partir hacia el lugar en que el Señor sea servido... Larga y hermosa fue aquesta jornada y harto de trabajo me cuesta agora abandonarte, pueblo mío, si no fuera porque el gallo anuncia la aurora... Aquí os dejo, criaturas mías, pero con vosotros quedará mi alma, aquesta alma ansiosa siempre. No me resta sino agradeceros, criaturas mías, el amor de que poblasteis mi vida... *(Mirando hacia el fondo de la calle.)* Mas ya veo que llega por ahí mi buen amigo Sancho y hora es ya de partir...

(Efectivamente, aparece SANCHO PANZA, *que le ayuda a incorporarse.)*

SANCHO PANZA.– Señor, que ya es llegada la del alba y habemos de partir. Apresúrese su merced, que ya tengo aparejado a Rocinante...

DON MIGUEL.– Rocinante... Vamos allá, mi buen Sancho...

SANCHO.– *(Que va sacando lentamente a* CERVANTES *a través de la escena.)* Rato ha que los gallos cantaron, señor, y quedan muchas leguas por recorrer si queremos arribar donde queremos antes de que el Señor oscurezca...

DON MIGUEL.– *(Susurrante.)* Antes de que el Señor oscurezca...

SANCHO.– Y anímese, mi señor, que aún habemos de alcanzar juntos muchas jornadas y largo habemos de coloquiar en nuestra lengua romance. Vos con vuestra sabiduría y yo con los refranes de mi pueblo... Largo vamos a platicar, señor... Y mire que ya está apuntando el alba...

(En efecto, amanece y la escena se cubre de una luz irreal, suave y azulada, cuando el gallo canta alegre y el pandero de PRECIOSILLA *la gitana repiquetea a lo lejos.* DON MIGUEL *y* SANCHO *se pierden entre la niebla mañanera de un día de abril de 1916.)*

ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO

Estrenada en el Teatro Avenida de Ávila, el 23 de febrero de 2002, con el siguiente

REPARTO

General vencedor	Pep Sais
General vencido	Fernando Guillén

Escenografía Ángel Aguadé

Dirección
ENRIQUE BELLOCH

Personajes

GENERAL VENCEDOR
GENERAL VENCIDO

I

La pequeña estancia del palacio recuerda vagamente, pero con claridad, un refugio bélico. Una estrecha ventana, que más parece tronera, deja ver una parte de campo, a cuyo fondo se perfila la sierra. La habitación es pequeña y está llena de objetos que recuerdan la guerra: aquella mesa alargada, llena de planos, cartografías, etc., propia de un Estado Mayor de las líneas avanzadas. Mapas topográficos clavados en la pared. Archivadores rudimentarios, propios de papeleo cuartelero. Muebles austeros. Adornos bélicos: proyectiles de cañón, granadas de mano. Incluso hay unos sacos terreros en el alféizar de la ventana, colocados con precisión y casi coquetería.

A la pequeña estancia, refugio bélico más bien, se entra por una puerta, igualmente estrecha, que sólo permite el paso de una persona. Cerrada herméticamente dicha puerta, se tiene la sensación de quedar aislado totalmente del resto de lo que se supone inmenso palacio. Una estufa de carbón, también rudimentaria, nos recuerda los fríos y ventiscas de la campaña. Sobre la estufa hay, incluso, una tetera.

(En la estancia, sentado frente a la gran mesa de campaña que casi cubre tres cuartas partes de ella, un hombre maduro y más que sesentón espera pacientemente. Es un hombre de aspecto fuerte, con aire campesino, pelo canoso rapado, ojos de rata, que viste impecablemente de gris. Se encuentra en una actitud de ansiedad expectante que procura disimular, atento a los ruidos que llegan de

fuera, las orejas tiesas como un lebrel acosado. Disimula su nerviosismo. Va a sacar un cigarrillo del paquete que tiene en el bolsillo y, repentinamente, reflexivo, vuelve a dejarlo. Se mantiene erguido y tenso. Va atardeciendo, y a través de la estrecha ventana-tronera se percibe el aire violeta. Se oyen campanas de relojes lejanos. El hombre consulta su reloj de pulsera, bosteza aburrido, se vuelve a erguir y permanece sentado. De pronto, inesperadamente, como en un golpe de mano por sorpresa, se abre la estrecha puerta y entra otro hombre un poco mayor que el anterior. Éste viene vestido de general. Es gordo, de formas redondas y gatunas, nariz aguileña y ojos vivarachos. Entra casi de un salto, como el gato que se lanza contra el ratón. Lleva la gorra en la mano y se mueve con una enorme soltura. El primer hombre se ha puesto en pie como movido por un resorte.)

GENERAL VENCEDOR.– *(Justo en el momento de entrar.)* Hola... *(Tendiendo la mano, sonriente, al que espera.)* Tiene usted que perdonarme, general. Le he dado un buen plantón...

GENERAL VENCIDO.– *(Estrechando la mano del otro muy ceremoniosamente.)* Por favor, Excelencia, no tiene importancia alguna...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que ha desaparecido inmediatamente tras un biombo que hay en un rincón.)* Ya puede usted imaginarse. Hasta que le deja a uno libre tanto pelmazo, tanto inútil..., es una gaita... ¡Un día malo...! ¿Llevaba usted mucho tiempo, general?

GENERAL VENCIDO.– *(Observando su reloj de pulsera.)* Pues no demasiado. Unos tres cuartos de hora...

GENERAL VENCEDOR.– *(Su voz llega de detrás del biombo.)* Tres cuartos de hora, exactamente los mismos tres cuartos de hora que pueden ser fatales para iniciar una ofensiva... *(El otro mueve la cabeza como indicando que no entiende lo que aquél le dice.)* Tres cuartos de hora preciosos, mi general. Pero en este país nuestro la impuntualidad ha sido siempre la norma. La impuntualidad que nos llevó siempre al desorden. Sí, sí, sí. Una de las causas de que nosotros ganáramos la guerra fue gracias a imponer un estricto horario de operaciones, lo que ustedes nunca hicie-

ron... Sí, sí... Entre otras cosas... Ya iremos hablando, general, ya iremos hablando de todo... ¿Está usted cómodo...?

GENERAL VENCIDO.– Sí, sí, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.– El militar que no sepa vencer al tiempo, o sea, hacer del tiempo un esclavo, un soldado fiel, está perdido. Perder el tiempo es perder una guerra, ni más ni menos. Créame. Sí, sí, sí. Delo usted por seguro... Figúrese que estoy anotando en mi cuadernito que tengo ahí, entre los papeles, los minutos, las horas que me hacen perder todos esos holgazanes, ¿y creerá usted que ya suman centenares de días? No sabe usted bien, mi general, la suerte que tiene de no tener que gobernar un país de impuntuales e informales...

(La voz sale al fin del biombo. El GENERAL VENCEDOR *ha sustituido su guerrera de soldado triunfante por una sahariana más bien sucia, y en lugar de la gorra de plato lleva un gorrillo cuartelero sin distintivo alguno. Parece transfigurado en un combatiente de trinchera. El otro vuelve a levantarse, ceremonioso, y el* GENERAL VENCEDOR *le indica amablemente, con un gesto muy caballeresco, que siga sentado.)*

No se me mueva, por favor. Tranquilo...

(Se sienta él en una silla de campaña, parecida a las de los directores de cine.)

Al fin solos, mi general. Solos y mano a mano...

GENERAL VENCIDO.– *(Con una amable inclinación de cabeza.)* Y a su disposición...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que le observa con sus ojos gatunos.)* ¿Qué le ha parecido este confortable refugio? ¿Ha observado usted bien? Todos los muebles son de nuestros tiempos, de la gloriosa cruzada. Esta silla en que me siento es la misma en la que me sentaba cuando dirigía aquellas operaciones, *(Señalando un teléfono de campaña.)* y el teléfono, el famoso teléfono desde el que un día recibí de usted la rendición de la capital...

GENERAL VENCIDO.– Sí, sí, ya lo he visto. Esto parece un museo... *(Lo ha dicho involuntariamente y parece asustado.)* Vamos, quiero decir que...

GENERAL VENCEDOR.– *(Simulando no reparar en el detalle.)* Éste es mi refugio, donde acostumbro a encontrar la paz y la calma después de las duras jornadas del Gobierno. Aquí, entre estos amorosos recuerdos, es donde me vuelvo a reencontrar a mí mismo... ¿Qué le parece, general?

GENERAL VENCIDO.– Lo comprendo perfectamente...

GENERAL VENCEDOR.– Aquí medito, recuerdo, paso revista a aquellos días duros y gloriosos para unos, terribles para otros, o por lo menos amargos. ¿Verdad que aquí se respira la milicia?

GENERAL VENCIDO.– En efecto. Al primer golpe de vista. Parece...

GENERAL VENCEDOR.– Diga, diga, diga...

GENERAL VENCIDO.– Un islote de resistencia...

GENERAL VENCEDOR.– ¡Un islote de resistencia! En efecto, un islote de residencia; lo ha definido usted muy bien. Un islote de resistencia para defenderme, una vez más, de toda esa turba de diplomáticos y de enemigos extranjeros, y de nacionalistas imbéciles que nos rodean... *(Yendo hacia la estufa, donde humea la tetera.)* ¿Va a tomar una taza de té conmigo, general? Ya sabe usted que yo no fumo. Y supongo que usted tampoco. Usted, general, a quien siempre respeté, tampoco pertenece a esos memos que envuelven unas hierbas y las queman en un papel... ¿Me hará usted el obsequio de tomar una taza de té conmigo...? *(El* GENERAL VENCEDOR *ya ha llenado las tazas y ofrece una de ellas al* GENERAL VENCIDO.*)* Aquí estamos como en campaña. Aquí no pone los pies nadie de esa gentuza; ni siquiera mi mujer, mi amantísima esposa, mete un dedo aquí. Yo mismo lo barro. Y, como habrá usted observado, no se limpia en exceso; por eso hay tan agradable olor –al menos para mí, que soy un perro cuartelero y lo seré mientras viva– a trinchera... ¿No se siente usted transportado a aquellos tiempos?

GENERAL VENCIDO.– *(Que ha tomado la taza de té.)* Olor a tierra del campo, a humedad de las lluvias, a tela caqui.

GENERAL VENCEDOR.– A camaradería, general. A la compañía entrañable de hombres solos, guarecidos de la metralla, tomando una taza de té...

GENERAL VENCIDO.– *(Que parece irse animando.)* O café, nosotros tomábamos aquel café de recuelo, calentando a veces con la misma metralla ardiente. Un trozo de metralla recién caído que hacía hervir el agua...

GENERAL VENCEDOR.– ¡Un trozo de metralla! Sí, sí, sí, ya sé, ustedes tan pintorescos... La costumbre del té viene más de los tiempos en que estuve en la Escuela de Alto Estado Mayor de París... *(Beben ambos generales el té.)* No se inquiete, que nadie vendrá a molestarnos. Puede tomarse el tiempo que guste. Podemos compartir estos momentos como viejos camaradas de armas que somos, aunque cada uno estuviera en una parte... Usted, dígame, ya sabe que me gusta la precisión y no he tenido ocasión de consultarlo, pertenece a dos promociones posteriores a la nuestra...

GENERAL VENCIDO.– Tres promociones...

GENERAL VENCEDOR.– Tres promociones..., ya, ya... Eso es, tres promociones. Y buen expediente en la Academia...

GENERAL VENCIDO.– Normal...

GENERAL VENCEDOR.– Nunca fue usted «perdigón»; de eso estoy seguro...

GENERAL VENCIDO.– No lo fui, aunque pude haberlo sido...

GENERAL VENCEDOR.– Aquella triste Academia, ¿se acuerda usted? Allí, en la Academia? Allí, en la Academia, fue donde me di cuenta de que yo estaba por encima de todos los demás, que era superior a ellos. No sé si a usted le sucedería igual...

GENERAL VENCIDO.– No puedo recordar...

GENERAL VENCEDOR.– Yo, como sabe usted, fui a regañadientes a la Academia Militar, pues mi vocación era la Marina. La mar es mi patria, en el fondo, ya lo sabe...

GENERAL VENCIDO.– Lo sabe todo el mundo, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.– *(Un poco molesto por la interrupción.)* Me sentía allí muy, muy desplazado, como gallina en corral ajeno. Entre tanto holgazán, que sólo pensaban en salir de paseo para andar con pindongas, cuando a mí me parecían siempre pocas las horas para estudiar aquellos libros de Topografía y Táctica y Ordenanzas Militares... Pero ¡qué poca disciplina había allí! Me acuerdo de que una vez, fíjese, un cadete se presentó en la clase de Armamento con la bufanda puesta porque decía tener anginas, y el profesor, aquel comandante (¿cómo se llamaba?), bueno, pues lo encontró natural. A veces se escondía en los dormitorios botellas de coñac, ¿no es cierto?

GENERAL VENCIDO.– Oh, sí, claro y...

GENERAL VENCEDOR.– Y a pimplarse a gusto y a cantar coplas groseras. Un

día tiré a unos un quinqué... Sí, sí, a un grupo de ésos, les tiré un quinqué...

GENERAL VENCIDO.– ¿Y qué pasó?

GENERAL VENCEDOR.– Quisieron zurrarme, claro, pero yo, que era un alfeñique, bajito y tal, me defendí... Me sentía muy por encima de ellos... Luego, usted... supongo que se bautizaría en África, ¿no?

GENERAL VENCIDO.– Como todos...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Un poco más de té?

GENERAL VENCIDO.– Muchas gracias. No...

GENERAL VENCEDOR.– Yo tomaré un poco más. Todos nos templamos en África. Pero no sé si sería usted, me inclino a creer que no, uno de esos pedantes africanistas que se creían en posesión de la verdad...

GENERAL VENCIDO.– Estuve poco tiempo en África; me hirieron y luego pasé al Estado Mayor...

GENERAL VENCEDOR.– *(Sin escuchar al otro.)* Aquellos pedantes africanistas, que presumían de conocer las tierras y las gentes de Marruecos. Para ellos, el moro no tenía secretos. ¿Sabe usted por qué? Pues porque sabían hablar y escribir aquella endemoniada lengua chelja, o como se llame. Porque sabían cuatro tonterías teóricas, nada militares, por supuesto, se pavoneaban de gusto. Y entonces ellos se creían con derecho a ser los directores de las operaciones marroquíes. Escribían el árabe ese, lo hablaban, pero muy pocos, que yo sepa, tuvieron su bautismo de sangre. Por eso yo me encontraba tan a gusto en el Tercio. Nosotros no hablábamos el chelja, pero sabíamos cómo era el moro, y lo seguimos sabiendo. Sabíamos cómo las gastaban. Las tratábamos como merecían. La traición en la sangre, bien lo sabe usted... Me acuerdo de que Manolo descubrió a un alférez moro que conspiraba entre los nuestros, ¡habiendo jurado nuestra bandera, vamos! Le dio una paliza con un leño de la cocina, le estuvo pegando toda la noche, y al amanecer, me acuerdo, aquello no era un alférez moro; era un monstruo. Luego lo atamos con alambres y lo metimos en un pozo de cal. Ése era el lenguaje que nosotros utilizábamos...

(El GENERAL VENCIDO *ha quedado absorto ante aquel torrente de elocuencia. El* GENERAL VENCEDOR, *sonriente bajo su bigote, termina de beber la taza de té y chasquea un poco la lengua.)*

Si hubiéramos dejado la dirección de aquello a los africanistas, estaríamos frescos... Bueno, pero estoy hablando y hablando y dirá usted: «¿Para qué me ha llamado a mí?». Soy impetuoso, lo reconozco, cuando vuelvo a revivir todo aquello. Pero, como sabe usted muy bien, acostumbro a ser extremadamente claro. Le he llamado, general, porque pienso que, si a usted le parece, podríamos reunirnos usted y yo a solas, aquí, de vez en cuando, pongamos cada semana o cada quince días –sí, porque cada semana para mí va a ser difícil, claro–, y así revivir aquellos tiempos. Para mí sería un placer, y aparte de un placer, una enseñanza el tener un cambio de opiniones con uno de los generales de la acera de enfrente. Quiero decir que, superada ya la rivalidad y ostentando yo una jefatura que nadie puede disputarme, podríamos reconstruir algunos pasajes de aquellos tiempos. Si usted está dispuesto, para mí sería particularmente grato...

GENERAL VENCIDO.– *(Que ha acusado el golpe y está confuso.)* Sí, claro... ¿Quiere usted decir que...?

GENERAL VENCEDOR.– Reunirnos usted y yo de vez en cuando aquí, y rememorar aquello.

GENERAL VENCIDO.– ¿Acaso está usted escribiendo sus memorias...?

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cómo? ¿Memorias? Oh, no. ¿Cómo voy a escribir mis memorias cuando todavía queda tanto por vivir? Sabe Dios si aún volveremos a las trincheras. No, no, yo no escribo memorias. Aunque me gusta escribir, sí, y pintar. Pero eso de escribir las memorias queda para gente como los africanistas esos. A no ser que alguien, algún editor imbécil, por ejemplo, me pagara bien por ello... *(Ríe su propia gracia con una risa sincopada y un tanto femenina.)*

GENERAL VENCIDO.– Perdóneme, quería decir que...

GENERAL VENCEDOR.– Perdonado, perdonado, perdonado... Vamos, estoy esperando su respuesta...

GENERAL VENCIDO.– Por mí, Excelencia, no hay inconveniente alguno...

GENERAL VENCEDOR.– Usted puede disponer del tiempo a su antojo, pienso yo. Y créame que en eso le envidio. En cambio, para mí, encontrar una hora, una sola hora, para refugiarme en este «islote de resistencia», como usted bien ha dicho, je, je, es tarea de romanos. Siempre rodeado de inútiles... ¿Así que está usted dispuesto?

GENERAL VENCIDO.– Como usted disponga...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy animado.)* Será, será muy grato para ambos. Para mí lo será, no lo dude. Me gustará precisar algunos detalles que usted pueda aclararme y, por encima de todo, podremos hablar, franquearnos como los dos buenos militares que somos, aunque usted sea de los «perdigones...».

GENERAL VENCIDO.– *(Riendo con cierta amargura.)* «Perdigón», es cierto, lleva usted razón...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dándole una palmadita en el muslo.)* Ya ve que, por mucho que digan, aún nos queda un poco de buen humor. Así que me va a conceder usted el honor de coloquiar conmigo cada equis días, pongamos diez, quince, depende, claro... Le doy las más expresivas gracias...

GENERAL VENCIDO.– Por Dios, Excelencia, es usted el que manda...

GENERAL VENCEDOR.– En este «islote de resistencia», no. Claro que no. Aquí ambos somos iguales... Dos militares, vencedor uno y vencido el otro...

GENERAL VENCIDO.– Cada uno tenemos nuestro papel...

GENERAL VENCEDOR.– En tal caso, yo le mandaré recado para la próxima reunión. *(Se ha puesto de pie y el otro le imita.)* Porque usted tendrá tiempo libre...

GENERAL VENCIDO.– Puedo disponer, Excelencia, aunque siempre hay cosas que hacer...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Tal vez sea usted el que escribe sus memorias? No me diga que no... Lo huelo... Bueno, el caso es que no tiene que preocuparse más por su... situación. Espero que no haya tenido la menor molestia desde su vuelta al país. Ya sabe que soy meticuloso y me he preocupado de que respecto a usted y alrededor de usted no ocurra ninguna anomalía. Puede estar perfectamente tranquilo.

GENERAL VENCIDO.– No tengo nada que objetar, Excelencia. Todo está perfecto.

GENERAL VENCEDOR.– En perfecto estado de revista. Pues muy bien. Como vamos a tener ocasión de reunirnos con cierta regularidad, espero que tenga usted la franqueza de comunicarme siempre lo que le ocurra. Cualquier necesidad..., *(Le lleva hasta la puerta.)* cualquier necesidad suya, o familiar, que tuviera y en mi mano se hallara el medio de poner orden al asunto... *(Camina a saltitos, dando botecitos que subrayan sus palabras.)* Ya sabe usted que le tengo en mi más alta estima...

GENERAL VENCIDO.– Se lo agradezco de verdad...

GENERAL VENCEDOR.– Hablaremos, hablaremos largo y tendido de todo aquello. Nuestros reencuentros van a ser beneficiosos para los dos, ¿no le parece?

GENERAL VENCIDO.– Para los dos, indudablemente...

GENERAL VENCEDOR.– Y si usted está escribiendo esas memorias...

GENERAL VENCIDO.– Oh, no, no...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dando al otro un golpecito en la espalda.)* No me sea modesto... Bien, ya ha pasado el tiempo y... Vea usted lo que es mi triste vida ahora. Audiencias, audiencias, problemas, pedigüeñerías, teléfonos... Apenas un rincón para la vida íntima. Sí, sí, tenemos que volver, aunque sólo sea de tarde en tarde y por breves minutos, a la intimidad de la campaña, general... *(Le aprieta la mano.)*

GENERAL VENCIDO.– Me tiene usted a sus órdenes.

GENERAL VENCEDOR.– A las de usted... *(Pulsa un timbre que hay junto a la puerta.)* Ahora le acompañarán hasta la salida sin que nadie sepa nada... Ya está aquí... Hasta pronto, general...

GENERAL VENCIDO.– A sus órdenes, siempre...

(Desaparece tras la puerta. El GENERAL VENCEDOR*, con los ojillos brillantes, se frota las manos contento y recorre a saltitos el «islote de resistencia».)*

II

En esta segunda velada tenemos ya a nuestro GENERAL VENCEDOR *dispuesto para el «ataque». Ataviado con su sahariana de campaña y su gorrillo cuartelero, tiene desplegados ante la mesa los planos de la campaña, que observa con delectación metido en ellos con todo su ser. Su gordo dedo va señalando lugares, y sus labios parecen balbucear ininteligibles palabras. En la penumbra de la atardecida, la borlita del gorro baila inquieta como si tradujera con sus saltitos la íntima inquietud de Su Excelencia.*

(Se oyen fuera unas palabras cortas dirigidas a alguien en señal de agradecimiento, y la puerta se abre para dar

paso al GENERAL VENCIDO, *que se encuentra de pronto bajo la mirada potente de Su Excelencia el* GENERAL VENCEDOR, *que con los puños sobre los mapas de la mesa le horada sus satisfechos ojos.)*

GENERAL VENCEDOR.– *(Al ver entrar a su contertulio.)* Esta vez le tomé la delantera, amigo...

GENERAL VENCIDO.– *(Señalando su reloj de pulsera.)* Aún no es la hora...

GENERAL VENCEDOR.– Ya... ya... He sido yo quien se ha adelantado. Usted es un modelo de puntualidad... Venga, venga para acá, póngase aquí. Veamos... *(Le indica casi imperativamente el lugar donde tiene que colocarse. El otro actúa un poco como un pelele. Enciende una lámpara y los planos quedan bañados de luz, mientras que ellos permanecen en la penumbra.)* Tengo todos los «dispositivos» a la vista...

GENERAL VENCIDO.– A ver, a ver..

GENERAL VENCEDOR.– Ésta es la Zona Centro. Aquí tiene usted las cotas: la 325, la 327... Éste es el límite... Por aquí, el enclave hacia la Zona Este...

GENERAL VENCIDO.– Sí, sí, ya veo, ya. Estupendo...

GENERAL VENCEDOR.– La capital, el extrarradio, la...

GENERAL VENCIDO.– Muy preciso todo, sí señor...

GENERAL VENCEDOR.– Copia exacta y fidedigna de los que utilizamos en su día...

GENERAL VENCIDO.– Yo diría que son los mismos...

GENERAL VENCEDOR.– *(Haciendo revolotear otra gran hoja de papel.)* Y aquí tengo los de ustedes. Mire, mire, las líneas de las fortificaciones, el plan de despliegue de las defensas; los números son las cotas, las letras, las unidades, y estos numeritos, los dispositivos...

GENERAL VENCIDO.– *(Poniéndose unos lentes.)* A ver, a ver...

GENERAL VENCEDOR.– *(Levantando las manos como un director circense y saliendo de detrás de la mesa.)* Examínelo, examínelo con precisión... Que voy a hacerle unas cuantas preguntas... *(El* GENERAL VENCIDO, *con sus lentes casi pegados al papel, examinando como quien observa insectos al microscopio.)* No cabe la menor duda de que ustedes sabían lo que se hacían. Ese plan de defensa siempre me ha parecido encantador, encantador. No le falta nada. ¿Lo elaboraron ustedes en el Estado Mayor?

GENERAL VENCIDO.– *(Quitándose los lentes y volviéndose hacia el* GENERAL VENCEDOR.*)* Naturalmente, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.– Sobre el terreno, sobre la realidad...

GENERAL VENCIDO.– Sobre el terreno, sobre la realidad...

GENERAL VENCEDOR.– Y todos eran profesionales...

GENERAL VENCIDO.– «Éramos» profesionales, naturalmente...

GENERAL VENCEDOR.– Se nota. Salta a la vista. Otro día le enseñaré el plan de operaciones de la Zona Oeste y verá usted perfectamente cómo ese plan está hecho por aficionados, por toda esa caterva de aficionados que tenían ustedes...

GENERAL VENCIDO.– Lo que sucede siempre cuando se trata de un ejército popular.

GENERAL VENCEDOR.– *(Con grueso sarcasmo.)* Popular, popular, popular... No pronuncie esa palabra cuando hablemos de alta estrategia, general. Yo digo «aficionados». Y la palabra es «aficionados».

GENERAL VENCIDO.– Aficionados...

GENERAL VENCEDOR.– Ahora examine el plano nuestro. Quiero decir el de los «profesionales». Y dígame usted qué le parece. Puede usted tomarse el tiempo que guste... *(Mientras el* GENERAL VENCIDO *vuelve a calarse los lentes y examina el plano, el* GENERAL VENCEDOR *se frota los puños y se pasea entre los objetos de la habitación a saltitos, como los gatos.)* Estudie, estudie con detalle. Si tiene alguna duda, me pregunta... ¿Se va dando cuenta?

GENERAL VENCIDO.– Está muy claro, ya le digo...

GENERAL VENCEDOR.– Elaborado por mí y por mis compañeros. Copia del que dibujé yo mismo, con estas manos de levantador de planos, que no tiemblan para nada, amigo. ¿Qué dice usted?

GENERAL VENCIDO.– *(Vuelve a quitarse los lentes y enfrenta al* GENERAL VENCEDOR, *que le abarca con una mirada totalizadora.)* Es perfecto en todos los detalles...

GENERAL VENCEDOR.– Perfecto, perfecto... Obsérvelo bien...

GENERAL VENCIDO.– Lo que pasa es que no siempre el papel traduce la realidad...

GENERAL VENCEDOR.– Oh, claro que no, claro que no. Naturalmente que no. El papel es una cosa y la realidad, otra. Buena observación me hace usted, general. ¿Acaso no sabemos que la batalla de Waterloo, en el

papel, constituye el más inteligente, el más preclaro, sublime diría yo, de los proyectos bélicos? ¿Acaso no estudiaron ustedes aquella batalla que en el papel, en su construcción, aparece como uno de los mayores triunfos, si no el mayor triunfo, del gran Napoleón? Y, sin embargo, la realidad fue muy otra. Por eso le decía que su plan defensivo está muy bien, muy bien. No tengo reparos que oponer... *(Corre hacia la mesa y vuelve a señalar en el mapa de los otros.)* Estas líneas son magistrales, estos nudos, estos enclaves. Magistrales. Falta aquí toda esta zona, que queda confusa, estas cotas desamparadas, pero el plan defensivo, impecable. Le felicito...

GENERAL VENCIDO.– No, si yo...

GENERAL VENCEDOR.– Le felicito, le felicito. Y, sin embargo, ya ve usted, nosotros vencimos y ustedes perdieron...

GENERAL VENCIDO.– Después de una resistencia que duró cerca de tres años...

GENERAL VENCEDOR.– *(Soltando una carcajada.)* Je, je, je... Esa respuesta suya, general, la estaba esperando. Porque no se ha fijado usted bien. *(Vuelve a coger el otro plano y se lo pone delante de las narices.)* No ha estudiado bien nuestro plan: un plan que prevé una progresión lenta, de esos tres años y aun de cuatro años. Pero por Dios y todos los santos, general mío, ¿todavía cree usted, o creen ustedes, que no habíamos previsto y construido nuestros planos para que durara eso?

GENERAL VENCIDO.– Bien sabe usted que todo lo teníamos nosotros también previsto... Supimos desde el principio, desde la primera ofensiva, que ustedes no entraban en la capital de momento...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Entonces...?

GENERAL VENCIDO.– Lo que pasa es que también habría que saber hasta qué punto intervienen en esta demora la voluntad estratégica y las necesidades...

GENERAL VENCEDOR.– *(Levantando el pulgar.)* Ahí, ahí ha tocado usted el punto candente. Ahí está usted en lo suyo, general. Acaba usted de definir muy certeramente el arte de la guerra: equilibrar la estrategia, los efectivos tácticos, las necesidades de todo tipo, las topográficas, las humanas, las técnicas, las... Y actuar en consonancia. *(Dándole un golpecito en el hombro.)* Siempre dije que usted era un gran profesional. Un gran profesional, y que fue una verdadera pena que estuviera al otro lado. Se lo vuelvo a repetir. Un honor para mí, un gran honor que fuera

usted el que nos entregara la capital como «una fruta madura», después de llevar a cabo toda esa táctica. *(Se deja caer en la silla de campaña.)* Desde ese teléfono recibimos su llamada para la rendición. Algo, naturalmente, que estábamos esperando, que era ya perfectamente previsible. Saboreándolo como una golosina, viendo cómo nos caía encima como eso que le he dicho, como «una fruta madura». Porque cuando todo se ha llevado paso a paso, bien construido, perfectamente atado, se alcanza el fin perseguido, el objetivo. Despliegue, progresión, choque, victoria y aprovechamiento de la victoria. *(Se tiende en la butaca como satisfecho de su gran sabiduría. El* GENERAL VENCIDO *aparece, iluminado por la luz del flexo, abatido. Parece estar bajo los focos policiales. Se quita los lentes con lentitud.)*

GENERAL VENCIDO.– No tengo nada que oponer, Excelencia. Usted fue el vencedor y nosotros los vencidos.

GENERAL VENCEDOR.– Y, sin embargo, está la batalla de Waterloo...

GENERAL VENCIDO.– Y el determinismo histórico, o la providencia, o el fatalismo, o lo que sea... *(Y al decir esto, el* GENERAL VENCIDO *da un puñetazo sobre el plano.)*

GENERAL VENCEDOR.– Zarandajas. Palabrería de intelectual, amigo. Determinismo, fatalidad... Todo eso lo tengo yo borrado de mi diccionario. Yo supe siempre que triunfaría. Siempre. Ustedes, al contrario, mantuvieron desde el principio una moral de derrota. Yo estaba seguro de que ganaría, como estoy seguro ahora, fíjese, de que a pesar de toda esa orquesta internacional de judíos, masones, comunistas y demás ralea, me mantendré, me mantendré en el poder hasta la muerte...

GENERAL VENCIDO.– Perdóneme, Excelencia, que le diga, con todos los respetos...

GENERAL VENCEDOR.– *(Interrumpiéndole.)* Adelante, adelante, sin miedo, hable usted claro, que nadie nos oye. Aquí tenemos que ser plenamente sinceros. ¿Qué iba usted a decir, vamos a ver?

GENERAL VENCIDO.– Una vulgaridad, una vulgaridad tal vez, que acaso le suene también a intelectual. Pero digo que es muy lógico que vea usted las cosas así, ahora, desde su perspectiva de triunfador...

GENERAL VENCEDOR.– Ya salió aquello, lo de la «perspectiva», ¡ah sí!, lo del filósofo ese masón, ¿cómo se llama? Ése que tiene nombre de torero...

GENERAL VENCIDO.– Y me va a permitir que dude de ese triunfalismo, perdón...

GENERAL VENCEDOR.– Triunfalismo, triunfalismo, adelante...

GENERAL VENCIDO.– Quiero decir que me gustaría saber si Su Excelencia se sentía tan seguro del triunfo cuando tomó el mando de las operaciones, cuando pasó a dirigir la campaña...

GENERAL VENCEDOR.– *(Riendo con espasmos.)* ¿Lo duda? Comprendo perfectamente que lo dude usted, amigo. Ya ve que me sitúo en su «perspectiva». Aunque, claro está, que no se ha parado a reflexionar. Mire usted, por ejemplo. Cuando se estaba discutiendo aquella noche mi nombramiento como director de las operaciones, yo lo tenía previsto todo. Mientras el «barbas de chivo», el «gordo» y los otros discutían si me entregaban o no el poder, ¿qué cree usted que estaba haciendo yo? ¿Tocarme los cataplines? No señor. Ya tenía a mis legionarios rodeando el palacio, con mis carros de combate y todo, para el caso de que aquellos inútiles se volvieran atrás, y en ese caso..., eh..., ¡pues eso! Bah, un general no da cuartel jamás al enemigo. No se para nunca. Y yo estaba convencido de que era el único, el imprescindible, el que tenía que llevar la batuta, porque así tenía que ser...

GENERAL VENCIDO.– *(Que ha salido de detrás de la mesa.)* Me sentaré un poco, con permiso de usted...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy amable.)* Oh, sí, por favor, siéntese. Siéntese aquí. *(Le señala imperativamente la silla.)* Si le apetece tomaremos una taza de té...

(Pausa. Los dos quedan ahora en silencio. Se oye el casi imperceptible rumor del té que hierve sobre la estufa.)

GENERAL VENCIDO.– *(Con voz cansada y amarga.)* Era difícil para nosotros, y usted lo comprende perfectamente, trabajar con aquellos efectivos. Un ejército que tenía poco de regular y que, en los primeros meses, estuvo bajo la más espantosa anarquía. Las Brigadas Internacionales aquellas, por ejemplo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dándole una palmadita en el hombro.)* De acuerdo, de acuerdo. Trabajar con una ralea así es difícil, aun cuando tuvieran ustedes las zonas más ricas, el mejor armamento, etcétera, etcétera...

GENERAL VENCIDO.– Y ustedes tenían los mejores cuadros...

GENERAL VENCEDOR.– Vayamos por partes, amigo. Ustedes, en efecto, tenían un material humano deleznable, un material corrompido por el marxismo, falto de ideal alguno, como esos mercenarios internacionales. Pero ¿qué cree que tenía yo? ¿Cree usted, acaso, que toda esa caterva de falangistas, requetés y demás ralea eran mejores? ¿De veras cree usted eso? Me acuerdo de que Mussolini, que en gloria esté, me decía en una ocasión lo difícil que le resultaba gobernar un país con no sé cuántos millones de fascistas, y yo le contesté que me gustaría verle en mi lugar gobernando con un par de millones de falangistas y requetés... El material humano, ¡ay!, el material humano siempre es deleznable...

GENERAL VENCIDO.– Me deja usted asombrado...

GENERAL VENCEDOR.– Ya lo veo, ya lo veo, general. Pero hay que hablar claro. Mantener la unión entre toda esa masa anarquizante y estúpida, ya sabe usted que no fue cosa fácil. Dichosos ustedes que estaban unidos, fuere como fuere, por ese marxismo que bien aprovechado, de haberlo sabido aprovechar ustedes, claro, hubiera resultado un elemento valiosísimo...

GENERAL VENCIDO.– *(Con lengua de escorpión.)* Pero ¿puede compararse ese ideal materialista, como dice usted, con el sagrado patriotismo de ustedes? La patria, la tradición, la Virgen del Pilar, etcétera, etcétera...

GENERAL VENCEDOR.– Pues no se haga ilusiones, amigo mío. El patriotismo, como todas las cosas grandes, hay que utilizarlo a saludables dosis. En aquel momento, claro está, resultaba un elemento de primer orden, aunque había que saber por dónde iba. Pero ahora, por ejemplo, en este momento –y yo considero que aún estoy en la guerra–, el patriotismo puede ser especialmente peligroso...

GENERAL VENCIDO.– *(Atacando.)* Sobre todo después de haber firmado un pacto con los Estados Unidos...

GENERAL VENCEDOR.– *(Luego de una pausa. Mirándole fijamente.)* Pues sí, en efecto. Ahora el patriotismo y los patriotas pueden ser una verdadera gaita. Y conviene sacudírselos de encima. Pero no sólo ahora, sino que durante la campaña, por celo patriótico, y usted lo sabe perfectamente, hubo que fusilar a algunos...

GENERAL VENCIDO.– Ya, ya...

GENERAL VENCEDOR.– Quiero decir, en fin, que ustedes, los que luchaban bajo el signo marxista, un signo tan masificador, hubieran podido hacer de sus tropas una masa ciega, capaz de lanzarla a lo imposible. Ahí tiene usted a Mao-Tse-Tung, el chinito ese. El ideal de un caudillo es ése: una masa ciega, moldeable. Un animal espeso que se mueva por resortes perfectamente comandados...

GENERAL VENCIDO.– Nosotros, al fin y al cabo, éramos...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Qué eran?

GENERAL VENCIDO.– No, no creo que valga la pena...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Qué eran ustedes? Vamos, dígalo, no tenga vergüenza...

GENERAL VENCIDO.– Me abruma usted...

GENERAL VENCEDOR.– *(Cambiando el tono.)* Tomaremos esa taza de té y así nos entonaremos un poco, general. *(Va a la tetera y llena las tazas.)* Ustedes eran..., eran..., ya me imagino lo que iba a decir..., *(Entregándole la taza de té.)* humanistas...

GENERAL VENCIDO.– *(Levantando la cabeza.)* Es posible...

GENERAL VENCEDOR.– En ese caso, lo más conveniente, créame usted, es quedarse en casa...

GENERAL VENCIDO.– Nos sacaron de casa...

GENERAL VENCEDOR.– *(Sorbiendo con deleite la taza de té.)* Les saqué yo. ¿Quiere usted decir eso?

GENERAL VENCIDO.– O la fatalidad histórica...

GENERAL VENCEDOR.– Es lo mismo, porque la fatalidad histórica soy yo...

(Pausa.)

(Habla ahora como dirigiéndose al mundo.) Carentes de fe en la victoria desde el primer momento. Luchando no como guerreros, sino como simples funcionarios que cobran un sueldo. Un ejército de ordenanzas ministeriales o de serenos a las órdenes de cuatro ministros desarrapados, gentecilla de profesiones liberales o licenciados de presidio. Favorecidos por los gobiernos socialistas del mundo entero. ¡El ideal para ser vencidos inexorablemente...! *(Como volviendo a la tierra.)* Le voy a decir a usted una cosa, aunque me tome por el cínico más grande del mundo. Ese ejército de ustedes, ese ejército de funcionarios pendientes

sólo del sueldo y el escalafón, es ahora un ideal para mí. Poco a poco, como usted bien sabe, nuestro ejército ha ido convirtiéndose en eso: en una caterva de serenos, oficinistas, porteros... No hay peligro, amigo, de que el ejército se me suba a las narices... Ya ve que también he sacado provechosa enseñanza de ustedes...

(Pausa.)

GENERAL VENCIDO.– Perdóneme que le diga que, tal vez, no sé...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Qué?

GENERAL VENCIDO.– Que nos hemos salido de nuestro tema. Estábamos discutiendo cuestiones de estrategia y hemos ido a parar a cuestiones no sé si de política o de...

GENERAL VENCEDOR.– De estrategia, general, todo es estrategia. No hablamos de otra cosa que de pura estrategia...

GENERAL VENCIDO.– Sí, sí...

GENERAL VENCEDOR.– Toda mi vida es, ha sido y será pura estrategia. *(El* GENERAL VENCEDOR *entorna los ojos como en una ensoñación.)* Siempre supe colocar los peones en el lugar adecuado y derribarlos en el momento conveniente. Ahora misma, pongo y quito a mi antojo porque supe tener soluciones para todo. Jamás me asustó la dificultad y por eso no he perdido la calma. Creen que tengo sangre de horchata y tampoco es eso. Mi sangre es galaica y espesa, pero no de horchata. Hoy mismo –le voy a hacer a usted una confidencia– tuve un momento de furia inmensa. ¿Sabe por qué? Porque ese general Perón, a quien tanto detesto, ha pedido asilo en España, como todos los fracasados del mundo. Y tengo que concederle asilo. Eso me enfurece. Pero tomé una pastillita y se me pasó. Ahora, de lo que se trata es de aprovechar la estancia del gaucho ese... Algo podrá sacarse... ¿Usted es impulsivo?

GENERAL VENCIDO.– No, reconozco que tampoco fui, ni soy, ahora menos que nunca, impulsivo...

GENERAL VENCEDOR.– Un general no puede ser impulsivo nunca. Dicen que Napoleón lo era, aunque yo creo que tenía mucho teatro. Hitler también lo era, y también hacía teatro. Pero, al fin y al cabo, derrotaron a ambos. Murieron de mala manera. Ya verá usted cómo yo moriré en el poder...

GENERAL VENCIDO.– Oh, no creo que alcance yo a verlo...

GENERAL VENCEDOR.– Me parece que es usted más joven que yo...

GENERAL VENCIDO.– No es cuestión de años...

GENERAL VENCEDOR.– Pues siento no darle a usted esa satisfacción. Sí, porque la verdad es que me encuentro fuerte. Me baso en el dictamen de mis médicos, aunque son unos merluzos todos. Pero tengo fuerzas en estos brazos y en estas piernas, puedo pescar durante horas, la caza me enerva, como siempre. Y las horas que paso en mi despacho tienen también su satisfacción. Ver a todos esos enanos que se inclinan ante uno...

GENERAL VENCIDO.– Debe de ser agradable...

GENERAL VENCEDOR.– Bueno, y también le satisfacción de crear, como estamos creando, un régimen progresivo, social, justo. Mucho mejor que el de Perón... Una democracia a nuestra manera, aunque muchas veces mi secreta impulsividad, cada vez mejor domeñada, me incita a implantar una verdadera dictadura. Pero no quiero para mi país la dictadura... Bueno, ahora sí que nos estamos saliendo de lo nuestro. Hemos caído en el terreno de lo personal y lo actual. Ya hablaremos otro día de la actualidad, que no es ni más ni menos que la consecuencia lógica de nuestra cruzada...

GENERAL VENCIDO.– Me gustaría hacerle una pregunta, Excelencia...

GENERAL VENCEDOR.– Hágala. Y, por favor, no me llame Excelencia. Aquí somos los dos simples generales. Estrategas. Hermanos de la gran familia castrense...

GENERAL VENCIDO.– Quería preguntarle en qué momento vio usted la mayor dificultad en la dura campaña...

GENERAL VENCEDOR.– Me parece interesante la pregunta... Sí, sí, es una manera de «replegarnos» al terreno del combate. Podemos cotejar, y estoy seguro de que mis momentos de angustia ni coincidirán con los de ustedes. Pero sí, le voy a ser franco, como mi apellido. Hubo muchos momentos en que sentí la angustia de la imprevisión, el miedo a lo irrevocable. Que superé, claro está. No, no fue en los primeros tiempos de la campaña, cuando nosotros éramos unos simples «facciosos» y las bandas milicianas de ustedes parecían ir a arrollarlo todo. Le diré que, militarmente, ustedes no me asustaron nunca, a pesar de sus Brigadas Internacionales, su oro moscovita, su ayuda sueca...

GENERAL VENCIDO.– Ustedes también tuvieron ayuda alemana, italiana y... aquella otra.

GENERAL VENCEDOR.– La inglesa... Pero, si me lo permite, de esto hablaremos otro día. De las supuestas ayudas. ¡Fíate de la Virgen y no corras! Pero le contesto a las preguntas de antes. Mis temores surgieron siempre de la posible desunión de mi ejército, cosa que a ustedes no les preocupó, porque ustedes siempre estuvieron desunidos. A principios de la campaña me preocupaba el generalito sevillano y borrachín, del que al fin me he visto libre. Al terminar el primer año triunfal, cuando el lío de los imbéciles esos, los falangistas. Y cuando, para la batalla decisiva, me incordiaban las llamadas potencias extranjeras en demanda de un armisticio... Como verá, me ha preocupado siempre lo militar y no la política...

GENERAL VENCIDO.– Hubiera sido curioso que usted cayera en el otro bando...

GENERAL VENCEDOR.– Ah, ¿es que duda usted, acaso, de que hubiera salido triunfante?

GENERAL VENCIDO.– Mantener la unidad en aquellas taifas...

GENERAL VENCEDOR.– Pero, hombre de Dios, ¿es que el pueblo ha estado unido alguna vez? Pero repase, repase usted la historia de nuestro país... Dese un paseíto por ese siglo XIX. Perdóneme, ya sé que lo conoce usted tan bien como yo. Quiero decir que la unidad se ha de implantar a la fuerza. A sangre y fuego, amigo mío. De haber dirigido yo las fuerzas de ustedes, claro que las hubiera llevado a la victoria y, por más que se obstine usted en negármelo, con mayor facilidad que a las que tuve el dolor de apacentar... No, no, no se trata de unas ideas o de otras. Se trata de un fin. Ustedes perdieron porque no querían ganar, y perdóneme la perogrullada... *(Ríe con risita de conejo.)*

GENERAL VENCIDO.– Así debió de ser...

GENERAL VENCEDOR.– Y me parece que, por hoy, ya hemos terminado. Por mi gusto estaría aquí hablando y hablando hasta mañana. No sabe usted la satisfacción que es para mí tener un interlocutor inteligente como usted. Salir de aquel despacho y entrar en nuestro «islote de resistencia» es como pasar de la noche al día, créame, general.

GENERAL VENCIDO.– Me halaga usted.

GENERAL VENCEDOR.– Le soy sincero como no podría serlo con ninguno de ésos que se arrastran por esos pasillos, incluida mi querida familia... Claro que para mí no hubo nunca más familia que el ejército, del que quedamos muy pocos: usted y yo y algunos más... Bueno, le espero la

próxima jornada, que tal vez se atrase un poco. Tengo mucho que resolver; nimiedades, pero que son una verdadera lata. Nombramientos ministeriales y todo eso. Pero me gustaría que se «rehiciera» usted. Quiero decir que fuera más combativo...

GENERAL VENCIDO.– Hoy le he hecho algunas preguntas...

GENERAL VENCEDOR.– Tímidas, con miedo. Me gustaría que me apretara el cerco, que me desafiara en terreno abierto, que me envolviera. A ver si es capaz usted de hacerme tambalear en mis fortificaciones, je, je, porque lo mío es combatir y combatir. Aunque no tengo enemigos..., quiero decir enemigos fuertes, hábiles, inteligentes, capaces de medirse conmigo. Usted tiene que ser ese enemigo, querido general y compañero...

III

En esta tercera jornada ambos generales se encuentran ya reunidos y «en combate». El GENERAL VENCEDOR *va sacando de una caja figuritas de soldados, cañones, carros de combate, trenes de municionamiento y hasta avioncitos. En medio de la amplia mesa, limpia de planos y papeles, hay un castillo, que sirve de centro al despliegue de las figurillas.*

GENERAL VENCEDOR.– *(Que saca las figuritas de la caja con entusiasmo, como el niño que desempolva las figuras del Belén.)* Vamos, amigo mío, vaya usted desplegando sus fuerzas defensivas..., que el tiempo apremia...

GENERAL VENCIDO.– *(Que se ha calado los lentes.)* Si es que no acabo de distinguir bien cúales me pertenecen...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dejando de sacar figuras.)* Je, je, je, ahora ha dicho usted una de esas verdades que se nos escapan sin querer...

GENERAL VENCIDO.– Déjeme que las observe...

GENERAL VENCEDOR.– No, no, ya veo que por usted habla el subconsciente ese, lo del judío puñetero aquel...

GENERAL VENCIDO.– Freud...

GENERAL VENCEDOR.– Ése. Ha dicho usted que no sabe cuáles le pertenecen, cosa que les sucedió igualmente cuando la cruzada. Nunca tuvieron tropas que les pertenecieran; en cambio yo...

GENERAL VENCIDO.– Por Dios, general, es usted terrible...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que vuelve a su trabajo de colocación de figurillas.)* ¿Se ha rehecho usted ya?

GENERAL VENCIDO.– Bueno, ahora ya sé que estos moros no me pertenecen, ni éstos de la boina roja... Hubiera puesto usted las banderas...

GENERAL VENCEDOR.– *(Un poco enfurruñado.)* ¿Qué bandera? Bandera no hay más que una. ¡La de la patria! Siempre fueron ustedes tan formalistas...

GENERAL VENCIDO.– *(Que parece ir reconociendo las figuras.)* Me parece que ya voy haciéndome dueño del terreno...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy seco.)* Mi enhorabuena...

GENERAL VENCIDO.– *(Que va poniendo las figuras frente al castillo, mientras el* GENERAL VENCEDOR*, distanciándose algo, despliega las fuerzas ofensivas.)* Pero me temo equivocar. Y como usted no perdona el más mínimo fallo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Levantando un dedo.)* Ni el más mínimo...

GENERAL VENCIDO.– Ya estoy distinguiendo a las fuerzas leales, *(Subraya la palabra y el otro no se da por enterado.)* a la banda de milicianos, a los internacionales, que están muy bien, se lo han hecho muy bien; pero éstos, lo mismo pueden ser soldados de la República que monárquicos camuflados...

GENERAL VENCEDOR.– Muy agudo, muy bien dicho, porque los monárquicos –dígamelo usted a mí– siempre operaron en ambos frentes. Ya sabe usted que muchos estuvieron y están al servicio de la masonería...

GENERAL VENCIDO.– Bueno, yo voy colocando los míos, y si me equivoco, mala suerte. Aquí la vanguardia, el primer escalón, segundo escalón, reserva, tren de municionamiento...

GENERAL VENCEDOR.– Procure no equivocarse. Y, además, no sé si habrá observado que tiene usted más efectivos que yo. Tiene usted mucha aviación; en cambio yo sólo tengo dos aparatosos cacharros, así que tendré que pedir ayuda a los «junkers» alemanes...

GENERAL VENCIDO.– *(Con gran sarcasmo.)* Y a los italianos, que los italianos tienen una aviación estupenda...

GENERAL VENCEDOR.– *(Contraatando.)* Tampoco la aviación inglesa es moco de pavo...

GENERAL VENCIDO.– Sólo que ésos resultan muy poco de fiar...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que va poniendo los efectivos con verdadero ardor febril.)* Le anuncio, general contrincante, que ya tengo casi todos mis dispositivos frente a la capital y usted todavía está dudando en la ordenación del frente defensivo. Eso es ya un fallo garrafal...

GENERAL VENCIDO.– *(Un poco risueño y tomándolo a broma.)* Ahí van por delante los de las Brigadas... junto con los milicianos. En la retaguardia, las tropas profesionales, los cuadros...

GENERAL VENCEDOR.– *(Cogiendo un avión y llevándolo como un niño sobre el castillo.)* Le anuncio a usted que voy a bombardear la capital, ya que ha tenido la imprevisión de no colocar sus cazas...

GENERAL VENCIDO.– ¡Ay, Dios mío, es verdad! Los cazas, los cazas...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy sarcástico.)* Los cazas, los cazas, los cazas. Mire, ¡pum, pum, pum, purrumpumpumpum...! Fíjese el estrago, fíjese. El centro de la capital, ardiendo, porque sus cazas, que no valen una patata, no han salido...

GENERAL VENCIDO.– *(Casi en serio.)* Por culpa de ese idiota de Herrera, que se las da de aristócrata...

GENERAL VENCEDOR.– Y mis alemanes, venga a lanzar bombas y más bombas, porque están deseosos los muchachos de probar la potencia de sus aparatos y la fuerza mortífera de sus explosivos...

GENERAL VENCIDO.– Bueno, ya sabe que usted es un genio en los golpes por sorpresa.

GENERAL VENCEDOR.– Que uno sabe acudir a todas partes y no se fía de nadie, simplemente eso, ya ve usted. Y ahora le vuelvo a bombardear... *(Se detiene a observar el despliegue defensivo del* GENERAL VENCIDO.*)* Ah, pues no está mal. Ha colocado usted muy bien los dispositivos. Muy bonito eso de guarnecer la salida que les queda hacia la costa. Yo me cuidaría más de la vía hacia la frontera... ¿Dónde tienen los depósitos de reserva?

GENERAL VENCIDO.– Es un secreto de alta categoría militar...

GENERAL VENCEDOR.– *(Mirándole fijamente.)* ¿Ha sido usted masón, por casualidad?

GENERAL VENCIDO.– Bien sabe usted que no. ¿Por qué me lo pregunta ahora?

GENERAL VENCEDOR.– Porque no estoy seguro. En la juventud se cometen muchas tonterías de las que luego tiene uno que arrepentirse...

GENERAL VENCIDO.– Bueno, me parece que se me enfada usted porque tengo bien guarnecida la capital y ustedes «no pasarán».

GENERAL VENCEDOR.– *(Con mucha astucia.)* De momento, no, no pasaremos. No. Porque sólo tenemos dos partes del frente y esta vía, la del río, que no la van a reconquistar ustedes por más que les ayudara el propio Stalin en persona. Y hay mucho rastrojo que cortar por aquí detrás. No pasaremos, no, pero les asaremos a cañonazos, les freiremos lentamente, aniquilándoles poquito a poco...

GENERAL VENCIDO.– *(Un poco melancólico.)* El desgraciado pueblo de la capital será quien soporte el sufrimiento...

GENERAL VENCEDOR.– Ya salió el humanista. ¿No piensa evacuar a ese pueblo inútil?

GENERAL VENCIDO.– Claro, claro, y ya se ha iniciado la evacuación...

GENERAL VENCEDOR.– Porque cuando estrechemos el cerco se van a quedar sin víveres, y entonces...

GENERAL VENCIDO.– Para eso tenemos un jefe de Gobierno, ilustre catedrático y doctor en Medicina, que se pasa las horas estudiando la cantidad de vitaminas que necesita el cuerpo humano para resistir...

GENERAL VENCEDOR.– Sí, pero en contrapartida tienen a la Manolita, que no hace más que derrochar. Cuidado con esa zorra, que les va a dejar en cueros, que se va a llevar hasta los cuadros del Museo del Prado, y, vamos, antes de eso, yo lo bombardeo. ¡Zas...! *(Coge un avión y lo coloca sobre el castillo.)* Ochocientos kilos, para que no salga de la patria su preciado tesoro artístico.

GENERAL VENCIDO.– Pues usted lo sabe todo, ahora...

GENERAL VENCEDOR.– Y antes...

GENERAL VENCIDO.– Tenía buen servicio de espionaje...

GENERAL VENCEDOR.– Y ustedes un detestable servicio de contraespionaje..., con tanto indeseable extranjero en su casa...

GENERAL VENCIDO.– Yo no tengo la culpa

GENERAL VENCEDOR.– La tendré yo...

GENERAL VENCIDO.– Odio a los espías.

GENERAL VENCEDOR.– Pero son muy necesarios. Además, ellos mismos se aniquilan, acaban cayendo en sus propias debilidades. Les pasa como a ustedes...

GENERAL VENCIDO.– ¡A mí no me insulte usted!

GENERAL VENCEDOR.– Yo llamo al pan, pan, y al vino, vino...

GENERAL VENCIDO.– También usted cayó en la trampa.

GENERAL VENCEDOR.– ¿Yo? ¿Trampa? ¿Qué trampa?

GENERAL VENCIDO.– Sus espías no le informaron de la llegada de los internacionales.

GENERAL VENCEDOR.– ¿Todavía cree usted eso? ¿Todavía se cree que fue esa chusma la que nos impidió entrar? Les regalé a ustedes esa bazofia...

GENERAL VENCIDO.– Ustedes también probaron de eso.

GENERAL VENCEDOR.– Y porque lo probé, lo digo... Pero, vamos, lo que usted debiera hacer es guarnecer bien el camino de la costa...

GENERAL VENCIDO.– Eso no me compete, porque yo sólo opero en la Zona Centro.

GENERAL VENCEDOR.– Pero ¿no pertenece al Estado Mayor?

GENERAL VENCIDO.– La competencia es grande y mi poder tiene unos límites...

GENERAL VENCEDOR.– Por esa limitación, mire usted, *(Mueve las figurillas.)* mis tropas van a cortar el camino de la costa...

GENERAL VENCIDO.– No será por lo mucho que yo lo advirtiera...

GENERAL VENCEDOR.– La defensa de la capital, de la preciosa capital, les dejó ciegos.

GENERAL VENCIDO.– Yo lo advertí, yo lo advertí, sabía que por ahí nos vendría la puñalada...

GENERAL VENCEDOR.– No sería por falta de experiencia, después de los descalabros que tuvieron en el norte. Pues mire, cuando nosotros lleguemos por aquí al mar y envolvamos por esta parte, ustedes se quedarán prácticamente aislados.

GENERAL VENCIDO.– Sitiados...

GENERAL VENCEDOR.– Con la capital muy bien defendida, desde luego. Pero nosotros, sin necesidad ya de aviación, les asamos diariamente a cañonazos. ¡Pobre y sufrido pueblo en manos de generales ineptos...!

GENERAL VENCIDO.– *(Dando un manotazo y tirando varias figuras.)* Le digo que no tiene derecho a insultarme.

GENERAL VENCEDOR.– Yo no le insulto. Ya sabe que le considero a usted una excepción, una honrosa excepción. Opinión que me parece que no coincidirá con la que de usted tenían y deben de seguir teniendo sus compañeros, alguno de los cuales está en el exilio, y no digamos los comunistas y todos ésos...

GENERAL VENCIDO.– Me tienen por un traidor. ¿Insinúa usted eso?

GENERAL VENCEDOR.– Usted se lo dice todo. Yo...

GENERAL VENCIDO.– Si nos ponemos a hablar de traiciones... *(En un momento de coraje.)* Además, aún no está todo perdido. Queda esta zona. Tienen ustedes que pasar el río. No va a ser fácil.

GENERAL VENCEDOR.– No, no va a ser fácil, pero va a ser. ¡La famosa batalla! Pero si hubo dificultades la culpa no la tuvieron ni ustedes con su inútil y esforzada resistencia, ni nosotros por falta de arrojo. La culpa de tanta demora fue de los diplomáticos extranjeros, toda esa caterva de las logias, que creían obligarme a un armisticio.

GENERAL VENCIDO.– Pero que en el fondo estaban de su parte...

GENERAL VENCEDOR.– *(Sin hacer caso.)* Si en lugar de eso, ustedes hubieran abandonado la capital, dejando dentro a las legaciones extranjeras..., ¿eh? Pero no, se estaba muy bien en la capital, en los palacios, celebrando banquetes en vajilla de plata con los corresponsales extranjeros, organizando saraos con poetas comunistas. Doña Manolita disfrutaba mucho. Y mientras quedara el camino de la costa para salir corriendo...

GENERAL VENCIDO.– *(Apartándose malhumorado de la mesa.)* Me niego a continuar este juego.

GENERAL VENCEDOR.– Vamos, vamos, no se me enfade usted. Lo ha dicho con claridad: estamos jugando, es un simple juego. Lo demás ya pasó...

GENERAL VENCIDO.– Pero usted se está aprovechando de la situación.

GENERAL VENCEDOR.– Ya sabe usted que el aprovechamiento de la victoria es la última fase del combate ofensivo.

GENERAL VENCIDO.– Y en eso es también usted un hábil estratega. ¡Bien aprovecha usted la victoria...!

GENERAL VENCEDOR.– ¿Acaso ustedes no la hubieran aprovechado igualmente? ¿Acaso ustedes nos hubieran dado cuartel? ¿Acaso ustedes no habrían implantado el terrible comunismo en nuestra patria?

GENERAL VENCIDO.– ¡Ya está! Lo de siempre. El comunismo. ¡El comunismo! Si no hubiera habido comunismo, no sé qué hubiera usted podido hacer.

GENERAL VENCEDOR.– Lo hubiera inventado. Lo hubiéramos inventado. Ya sabe usted, y no me recato en decirlo, que desde el punto de vista digamos táctico y estratégico, el comunismo es admirable, un partido disciplinado, férreo, que sujeta a la masa y la encauza. El ideal para un go-

bernante. Lo que pasa es que nosotros somos católicos y no podemos aceptar una ideología materialista que destruye lo más esencial del ser humano...

GENERAL VENCIDO.– Humanismo...

GENERAL VENCEDOR.– Espiritualista...

GENERAL VENCIDO.– Es inútil. Usted siempre tiene razón.

GENERAL VENCEDOR.– La tengo. Nadie me hará creer lo contrario. Desde siempre. Ya está usted viendo que el mundo entero me está dando la razón, y que hasta nuestros más inveterados enemigos del exterior van volviendo al redil.

GENERAL VENCIDO.– La suerte que usted ha tenido... Y los poderes a los que sirve.

(Pausa tensa. El GENERAL VENCIDO *está muy tenso. El* GENERAL VENCEDOR *se pasea lentamente sin dejar de observarle.)*

GENERAL VENCEDOR.– Bueno, me parece que ha llegado el momento de tomar nuestra tacita de té..., que servirá para entonarle a usted un poco. Si quiere, puedo pedir que nos traigan tila...

GENERAL VENCIDO.– *(En un arranque de ira incontrolada.)* ¡La tila se...!

GENERAL VENCEDOR.– *(Que está llenando las tazas del té.)* Cuidado, general, cuidado. Que va a resultar que es usted un impulsivo. Sobre esto de la tila recuerdo que uno de nuestros generales, un borrachín de ésos, vicioso y mujeriego, cantaba una cosa que se me ha quedado en la memoria. ¿Cómo era? Ah, sí, aquello de:

"Toma tila, bombón, toma tila,
que también tu madre tenía esa manía..."

Cuplés de ésos indecentes que tanto gustaban a la tropa. Era algo que cantaba la Chelito, o alguna de esas zorras que les gustaban a esos militares y a las que yo no encuentro la gracia... ¿El té?

GENERAL VENCIDO.– *(Tomando la taza.)* Debo presentarle mis excusas.

GENERAL VENCEDOR.– Reconozco que he estado un poco impertinente. Debo ser yo el que pida perdón. Sentémonos. Hemos peleado bien al fin y al cabo. Usted se ha defendido como un jabato en esta ocasión.

GENERAL VENCIDO.– Gracias.

GENERAL VENCEDOR.– *(Ahora los dos, sentados, conversan apaciblemente.)* Al fin y al cabo, cada uno por nuestra parte estamos construyendo la historia.

GENERAL VENCIDO.– Bah, la historia...

GENERAL VENCEDOR.– Cada uno tendremos un lugar en la historia. Ya lo tenemos. Pero, eso sí, le he de confesar una cosa... Me preocupa, tal vez demasiado, el juicio de la historia sobre mi persona y sobre mi cruzada.

GENERAL VENCIDO.– Después de usted, lo que dijo el otro, el diluvio.

GENERAL VENCEDOR.– Si uno pudiera, de la misma manera que dirigir los ejércitos, encauzar la historia y aun reparar sus errores pasados... Algo he hecho yo sobre eso, pero desgraciadamente la historia, muchas veces, va por caminos diversos. El pueblo, además, acostumbra a ser muy desagradecido. Fíjese usted en mí, que he dado cerca de veinte años de paz al país, una paz como nunca tuvo, y a nadie se le ha ocurrido solicitar para mí el premio Nobel de la paz.

GENERAL VENCIDO.– *(Con enorme sarcasmo.)* No debe desesperar. Tal vez algún día...

GENERAL VENCEDOR.– Es un hecho cierto. Es la verdad. ¿Quién ha hecho más por la paz?

GENERAL VENCIDO.– Si usted lo cree así...

GENERAL VENCEDOR.– Estoy completamente convencido. Pregunte a cualquiera si no es verdad. Todos están encantados con nuestra paz. Y no será porque eso lo haya explotado como propaganda...

GENERAL VENCIDO.– Ahí tiene usted otra cosa que aprovechar...

GENERAL VENCEDOR.– *(Con mucha mala sangre.)* Hoy me conformo con haber desbaratado su perfecto, o casi perfecto, plan de defensa de la capital...

GENERAL VENCIDO.– Nada hay perfecto en el mundo...

GENERAL VENCEDOR.– La batalla de Waterloo, repito, era perfecta. Y también fue una batalla perdida...

GENERAL VENCIDO.– Desde el momento en que el juego se pierde...

GENERAL VENCEDOR.– *(Observándole atentamente.)* ¡Qué terrible desesperación debe de producir la pérdida de algo tan esencial! Ésa es una sensación que no conozco...

GENERAL VENCIDO.– *(Con gran amargura.)* Y le doy mi más preciada enhorabuena por no conocer eso. Aunque, al fin y al cabo, un día u otro se pierde...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Qué dice usted?

GENERAL VENCIDO.– Al fin y al cabo, existe la muerte, y esa batalla siempre se pierde.

GENERAL VENCEDOR.– No se me ponga ahora metafísico. Para el que no cree en el más allá, efectivamente, es una batalla perdida... Igual que para quien no le importa dejar una obra hecha, un legado a la humanidad...

GENERAL VENCIDO.– *(Ipertérrito.)* Esa batalla, a pesar de todo, no la va a ganar usted.

GENERAL VENCEDOR.– Espero morir en paz... y en el poder. Perpetuada mi memoria...

GENERAL VENCIDO.– Ya veremos...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que está furioso.)* Pero, dígame, ¿qué se experimenta al ser derrotado?

GENERAL VENCIDO.– ¿Qué se experimenta? ¿Cómo poder explicárselo? Estamos aquí usted y yo sentados, tomando una taza de té y recordando aquello. Aparentemente conversamos, y entre los dos hay un enorme precipicio... Imposible explicarle. Esos fenómenos son como los misterios: indescriptibles. Hay que pasar por la experiencia. Vivirlos...

GENERAL VENCEDOR.– Pero una experiencia un poquito desagradable, ¿no?

GENERAL VENCIDO.– Para un cristiano como usted, posiblemente muy aleccionadora...

GENERAL VENCEDOR.– Para un cristiano, no es muy aleccionadora la derrota. Acaso lo sería para un judío, pero para un cristiano, no, no lo creo...

GENERAL VENCIDO.– Cristo fue derrotado...

GENERAL VENCEDOR.– Pero resucitó...

GENERAL VENCIDO.– Por favor, no me haga usted ahora meterme en cuestiones de doctrina cristiana...

GENERAL VENCEDOR.– ¡No, no! Bastante lata nos dan los curas. Dejemos eso. Pero ahora me gustaría que me hiciera un favor, aunque sé que le va a molestar...

GENERAL VENCIDO.– No creo que me moleste demasiado. Y ya ve que estoy muy dispuesto hacia usted.

GENERAL VENCEDOR.– Como es natural, no se me ha olvidado el momento, aquel momento único en que usted me comunicó por ese teléfono que la capital se rendía sin condiciones...

GENERAL VENCIDO.– Yo obraba como simple portavoz de una Junta de Defensa...

GENERAL VENCEDOR.– ¡Aquella mañana inefable...! Después de que aquel desgraciado de su Gobierno anduvo por la Gran Bretaña pidiendo un armisticio honroso... cuando estaban ya ustedes vencidos por las armas, je, je, je...

GENERAL VENCIDO.– Aquel hombre era otro portavoz. Se trataba de salvar muchas vidas y muchas cosas...

GENERAL VENCEDOR.– Que tenía que salvar yo, y no los buenos oficios de míster Eden.

GENERAL VENCIDO.– Ya puede usted imaginarse que en un trance así, lo último que se pierde es la esperanza...

GENERAL VENCEDOR.– Recuerdo su voz grave, digna, concisa, como un neutro portavoz de la tragedia... que nosotros recibimos como ya puede usted imaginarse... Yo le pediría ahora, si fuera usted tan amable, de hacerme obsequio de descolgar ese teléfono y repetir aquel mensaje...

GENERAL VENCIDO.– ¿Qué dice usted? ¿Qué vuelva a...? Eso es irrepetible, señor...

GENERAL VENCEDOR.– Ya sé que no será lo mismo, que la voz será otra, aunque de la misma persona... De todos modos, hágame ese favor. Vaya a ese teléfono y repita usted la escena...

GENERAL VENCIDO.– No estamos en el teatro...

GENERAL VENCEDOR.– Hemos dado hoy la batalla, ¿no? Yo le he vencido y he entrado en la capital. Falta ese detalle...

GENERAL VENCIDO.– Puede darse por sobreentendido...

GENERAL VENCEDOR.– Le ruego que lo haga... De lo contrario, amigo, la sesión quedaría incompleta... *(Señalando el teléfono.)* Por favor...

GENERAL VENCIDO.– No me creo en esa obligación...

GENERAL VENCEDOR.– Ni yo voy a obligarle, por supuesto. Pero creo que eso le haría a usted un bien. Sería como una especie de confesión...

GENERAL VENCIDO.– No tengo por qué...

GENERAL VENCEDOR.– Veo que eso le conmueve a usted muy hondamente. Por ahí me doy cuenta de lo terrible que es la derrota, esa derrota de la que supe preservarme... No digo más...

GENERAL VENCIDO.– *(Se levanta bruscamente.)* Está bien... No crea que me siento tan conmovido, ni que eso constituya tanta desgracia. Yo no era más que uno, y el terror lo compartían muchos... Voy al teléfono...

GENERAL VENCEDOR.– Se lo agradezco. Veo que es usted valeroso. Adelante...

(El GENERAL VENCIDO *ha ido hasta el teléfono. Duda un momento. Trata de no delatar su emoción. El* GENERAL VENCEDOR *observa con gran satisfacción el leve temblor de sus manos. Sonríe. El otro le echa una mirada fulminante. Pausa.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Al fin, con voz que trata de ser fría y natural.)* Con el Cuartel General del Generalísimo... *(Pausa.)*

GENERAL VENCEDOR.– *(Que deja pasar una larga serie de segundos.)* Diga, diga..., aquí el Generalísimo...

GENERAL VENCIDO.– Le habla la Junta de Defensa de la capital...

GENERAL VENCEDOR.– *(Desde su sillón, botando de alegría en el asiento.)* Diga, diga, le escucho...

GENERAL VENCIDO.– *(Con voz ronca, casi furiosa, rompiendo la frialdad.)* En nombre de la Junta de Defensa le ofrecemos la rendición... sin condiciones...

(Oscuro.)

IV

La estancia –en esta cuarta velada– permanece solitaria. A través de la ventana, abierta a un atardecer otoñal, se oye una música oriental de flautas y chirimías acompasada por el incesante tambor. Se oyen también gritos guturales y una salmodia árabe entonada por roncas y viriles voces. El cielo enrojecido del atardecer parece transportarnos a los desiertos africanos.

(Se abre la puerta y aparecen ahora ambos generales, que, muy ceremoniosos, en el umbral, se ceden mutuamente el paso.)

GENERAL VENCEDOR.– Por favor, general...

GENERAL VENCIDO.– Usted primero, no faltaba más...
GENERAL VENCEDOR.– Hágame un obsequio...
GENERAL VENCIDO.– No, no...
GENERAL VENCEDOR.– Es usted mi huésped...
GENERAL VENCIDO.– Pero...

(Por supuesto, a la hora de decirdirse ambos lo hacen a la vez, con la colisión pertinente.)

Perdón...
GENERAL VENCEDOR.– Pase, pase...

(Entran por fin en la estancia y el GENERAL VENCEDOR *va a cerrar la ventana. Pero antes permanecen ambos escuchando el canto oriental y las músicas morunas.)*

¿Qué le parece?
GENERAL VENCIDO.– Cuántos recuerdos...
GENERAL VENCEDOR.– *(Cerrando la ventana. Los ruidos quedan amortiguados, aunque perceptibles en una lejanía.)* Los muchachos quieren despedirse de mí con sus cantos y su música...
GENERAL VENCIDO.– ¿Ha licenciado usted a todos?
GENERAL VENCEDOR.– A todos, por supuesto. Habiendo alcanzado su país la independencia, no tiene sentido mantener esta guardia africana... Además, resulta impopular tenerla, después de los salvajes ataques a nuestras tropas en Ifni...
GENERAL VENCIDO.– Deben sentirlo esos muchachos...
GENERAL VENCEDOR.– *(Sentándose en su sillón y reflexivo.)* ¿Quién no va a sentirlo después de tantos años de convivir juntos y después de la lucha que mantuvimos allá?
GENERAL VENCIDO.– *(Que se ha sentado también.)* Otra cosa que se nos va...
GENERAL VENCEDOR.– *(Reaccionando.)* Lo estábamos esperando. Para eso habíamos tutelado a ese pueblo. Un día u otro tenía que llegar.
GENERAL VENCIDO.– Además, es justo...
GENERAL VENCEDOR.– Prematuro. La independencia debería haber tardado más en llegar. Pero la culpa la tienen los franceses, que dejan infiltrarse en su territorio a las fuerzas comunistas y masónicas...

GENERAL VENCIDO.– Y una preocupación menos...

GENERAL VENCEDOR.– Los tiempos del colonialismo ya han pasado. Ahora esperemos la devolución de Gibraltar...

(Pausa. Se oyen lejanos los cantos y los bailes.)

GENERAL VENCIDO.– *(Escuchando.)* Esas músicas... Nunca he podido entender si son alegres o tristes. Si celebran una victoria o una derrota...

GENERAL VENCEDOR.– La música para ellos es una religión, como todo en su vida...

GENERAL VENCIDO.– Tampoco lo entiendo...

GENERAL VENCEDOR.– Al moro, creyente en Dios como ningún otro pueblo, jamás podrá vencerlo el comunismo, a pesar del Istiqlal ese y de la podredumbre francesa. Dejar de ser creyente es como perder su identidad. Es un pueblo tan creyente como el nuestro, y jamás caerá en manos del comunismo...

GENERAL VENCIDO.– Usted considera, por tanto, que lo mejor de nuestro pueblo procede de esa herencia...

GENERAL VENCEDOR.– No lo dude. La providencia guía sus pasos por ser creyente. Nosotros tuvimos siempre a la providencia de nuestra parte, gracias a nuestra religiosidad...

GENERAL VENCIDO.– *(Venenoso.)* La providencia y usted...

GENERAL VENCEDOR.– *(Mirándole atentamente.)* Supongo que usted es ateo...

GENERAL VENCIDO.– ¿Por qué lo supone usted?

GENERAL VENCEDOR.– Ustedes eran ateos y querían que el pueblo lo fuese. Uno de sus primeros cuidados fue destruir la religión. ¿O acaso no se mantuvieron ustedes de brazos cruzados cuando se quemaban conventos, iglesias y...?

GENERAL VENCIDO.– *(Poniéndose de pie, molesto.)* ¿Y usted cree realmente en Dios?

GENERAL VENCEDOR.– Creo, creo, creo en Dios y soy católico, apostólico y romano, en cuya religión nací y en la que quiero morir. A pesar de que actualmente la misma Iglesia, a través de esos curillas jóvenes, esté contaminada por el morbo funesto del materialismo...

GENERAL VENCIDO.– ¿Y cree, realmente, que nuestro pueblo es lo mismo que usted?

GENERAL VENCEDOR.– Lo mismo. Nuestro pueblo es bueno, sencillo, generoso. Igual que ese otro. Bien pudieron ustedes comprobarlo. Si cayó la República fue porque ustedes...

GENERAL VENCIDO.– Otra vez nosotros...

GENERAL VENCEDOR.– Porque ustedes pretendieron destruir la fe de sus mayores. Al hacerlo firmaron ustedes su propia sentencia de muerte... Sí, sí, sí... No lo dude usted...

GENERAL VENCIDO.– *(Que se pasea lentamente.)* Yo, por mi parte, nunca dudé de que la religión es un motor que mueve a los pueblos...

GENERAL VENCEDOR.– Desde luego. El que dijo aquello del opio demostró una clarividencia enorme...

GENERAL VENCIDO.– Y sin embargo, ya ve usted, ese pueblo fanático más que creyente... *(Señala la ventana.)* no puede decirse que se halle en un buen momento...

GENERAL VENCEDOR.– Puede estar convencido ese pueblo, como el nuestro, de que jamás será presa del comunismo...

GENERAL VENCIDO.– *(Sin poder evitar una carcajada.)* Con eso ya está dicho todo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Mirándole fijamente.)* ¿Así que usted no cree en Dios?

GENERAL VENCIDO.– Yo no he dicho que no creyera en Dios...

GENERAL VENCEDOR.– Pero usted no cree...

GENERAL VENCIDO.– Usted lo dice todo...

GENERAL VENCEDOR.– Y tampoco creerá en el demonio, supongo...

GENERAL VENCIDO.– Hombre... ¿Usted cree en el demonio?

GENERAL VENCEDOR.– Naturalmente que creo en el demonio... Como buen católico, apostólico y romano, creo en el demonio, en el genio del mal, en el príncipe de las tinieblas...

GENERAL VENCIDO.– Y, dígame, ¿también el demonio, o la providencia demoníaca, llamémosla así, le ayudó en la famosa cruzada...?

GENERAL VENCEDOR.– ¡Ayudó! La palabra ayudar, en mi caso, es muy relativa. Fui yo quien puso toda la carne en el asador, yo...

GENERAL VENCIDO.– Con la ayuda de la providencia divina... y la otra...

GENERAL VENCEDOR.– Es usted, como todos los de su calaña, petulante y estúpido. Por eso me complace mucho ahora verle ante mí como lo que fue, un «perdigón», según decíamos en la Academia...

GENERAL VENCIDO.– No sé hasta qué punto puedo permitir que me insulte...

GENERAL VENCEDOR.– La culpa es suya por su presunción intelectual. Pero, en fin, le pido mil perdones...

GENERAL VENCIDO.– No me considero obligado a soportar...

GENERAL VENCEDOR.– *(Interrumpiéndole.)* Estábamos hablando del demonio...

GENERAL VENCIDO.– *(Se ha vuelto a sentar de mala gana impelido por la curiosidad.)* Sí, del demonio o de la providencia demoníaca...

GENERAL VENCEDOR.– Le podría dar yo muchas lecciones acerca de eso que se llama «demonio», desde la primitiva concepción helénica, como espíritu familiar y benéfico, hasta la concepción cristiana medieval, pasando por el maniqueísmo zoroástrico...

GENERAL VENCIDO.– *(Irónico.)* Me asombran sus conocimientos, basados casi siempre en la famosa enciclopedia Espasa...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que ha acusado el golpe.)* Está usted algo equivocado. Mi conocimiento del demonio quizá sea más personal de lo que se imagina...

GENERAL VENCIDO.– No me diga... Cuente, cuente, cuente. ¿Acaso se le ha aparecido como a Santa Teresa? Y, dígame, ¿tiene esos cuernos y el rabo que afirman los doctores de la Iglesia...?

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy sereno.)* He aquí una pregunta bien vulgar y que no me esperaba de usted...

GENERAL VENCIDO.– Perdóneme. Lo retiro. Sí, es una vulgaridad...

GENERAL VENCEDOR.– Una idea infantil...

GENERAL VENCIDO.– Además, improcedente por mi parte, luego de haberle oído hablar de Zoroastro y del demonio helénico...

(Pausa. Llegan los gritos guturales de los moros.)

GENERAL VENCEDOR.– *(Hablando muy serenamente.)* En más de una ocasión, en África, cuando la guerra de Marruecos, en el frente de batalla, en la posguerra, ahora mismo, ahora exactamente, he sentido dentro de mí una fuerza tremenda capaz de destruirlo todo...

GENERAL VENCIDO.– Eso se llama simplemente odio...

GENERAL VENCEDOR.– En su versión, digamos, «científica» para usted. Pero para mí, que siempre me guié por el amor, por mi deseo de hacer una patria grande y feliz, que juro por Dios que fue la finalidad de toda mi

vida, el odio no ha existido jamás, jamás... Usted mismo puede ser un testimonio claro de mi falta de odio, y, como usted, pueden atestiguarlo todos los que fueron magnánimamente perdonados por mí...

GENERAL VENCIDO.– Gracias otra vez...

GENERAL VENCEDOR.– Lo que yo siento, lo que he sentido, es la presencia de una fuerza del mal, una fuerza capaz de arrasarlo todo, como la peor de las bombas atómicas...

GENERAL VENCIDO.– Me asusta usted...

GENERAL VENCEDOR.– Y en muchas ocasiones, en momentos de peligro, esa fuerza inesperada y misteriosa constituye una tentación irresistible, irresistible... *(Al decir esto se seca el sudor con un pañuelo. El* GENERAL VENCIDO *le observa ahora con cierta prevención. En la tensión surge de nuevo el grito musulmán.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Sobreponiéndose.)* Pero esa tentación podrá usted conjurarla esgrimiendo cualquiera de las muchas reliquias que tiene a mano...

GENERAL VENCEDOR.– *(Sin hacerle caso.)* Imagínese usted que alguien invisible pone en sus manos un rayo mortífero, capaz de aniquilar al enemigo que le está importunando...

GENERAL VENCIDO.– Hay muchas maneras de aniquilar al enemigo sin recurrir...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Y si yo le dijera que en esos momentos, cuando siento dentro de mí esa capacidad, he mirado ante mí al enemigo? Sólo una mirada, una levísima mirada, y el enemigo ha retrocedido y las balas han cambiado su curso...

GENERAL VENCIDO.– Ah, pero eso quién sabe si no es la Virgen del Pilar o el «detente» del Corazón de Jesús que llevaban sus soldados, y que también desviaban las balas y hacían retroceder al maligno enemigo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Sin acusar lo más mínimo las palabras del otro y permaneciendo en su actitud de alucinado.)* Yo he sentido claramente, en un momento, la fuerza de mi mirada, y sé que más de uno ha caído, más pronto o más tarde, después de mirarle en ese instante en que la fuerza que viene de lo hondo se cruza con la luz que atraviesa mi mirada... ¿No ha oído hablar de mí...?

GENERAL VENCIDO.– *(Dando casi un salto en la silla.)* Sí, por Dios. Ahora caigo. Sí. La desaparición de sus rivales, arrastrados por la muerte, esos jefes de Estado que se decían que desaparecieron después de visitarle... Sí, demonios, sí...

GENERAL VENCEDOR.– Eso se llama «mal de ojo». Los italianos lo llaman «jettatura», pero tiene una explicación más o menos científica...

GENERAL VENCEDOR.– Más o menos necia. La explicación. Pero el hecho existe... *(Se levanta y parece despertar de un sueño.)* Ya sé que a usted no le impresionan estas cosas, ni le importan siquiera...

GENERAL VENCIDO.– No, no, le juro que eso sí me interesa. Y le diré más: ésta ha sido la velada más interesante que usted me ha ofrecido...

GENERAL VENCEDOR.– Pero yo le agradecería que se olvidara de lo que le he dicho en un momento de debilidad que he tenido. O tal vez haya sido en un momento en que la fuerza misteriosa me dominaba, vade retro. *(Y el* GENERAL VENCEDOR *se santigua rápidamente. El* GENERAL VENCIDO *no se ríe esta vez y permanece serio.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Hablando tras una pausa. El* GENERAL VENCEDOR *está de espaldas a él, observando a través de la ventana.)* Yo no niego que existan misterios que aparecen como irracionales y que poco a poco, merced al progreso..., van desvelándose...

GENERAL VENCEDOR.– *(Volviéndose.)* Hoy vamos a tomar un vaso de té moruno que me prepararon los muchachos esos... *(Va hacia la estufa.)* Con su hierbabuena y todo...

GENERAL VENCIDO.– No lo había probado desde mis tiempos de África, figúrese...

GENERAL VENCEDOR.– *(Mientras prepara el té.)* La seguridad de usted...

GENERAL VENCIDO.– Que nunca podrá compararse a la suya...

GENERAL VENCEDOR.– Iba a decir que no se explica de ninguna manera que ustedes pudieran perder la guerra siendo tan sabios y estando tan seguros de todo...

GENERAL VENCIDO.– Es aquello de la batalla de Waterloo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Ofreciéndole el vaso de té con la hierbabuena.)* Huela, general, el olor embriagante de Marruecos... ¡La fuerza de una raza...!

GENERAL VENCIDO.– *(Oliendo.)* Sí, qué maravilla, siempre me gustó este olor a menta...

GENERAL VENCEDOR.– *(Llevándose el vaso de té a los labios.)* Es un brebaje que calma y tonifica los nervios...

GENERAL VENCIDO.– *(Bebiendo.)* Tal vez tenga poderes afrodisíacos...

GENERAL VENCEDOR.– Todo lo contrario..

GENERAL VENCIDO.– Ahora sólo faltaría fumar una pipa de kif, la pipa de la paz...

GENERAL VENCEDOR.– Eso es una droga maligna. Embrutecedora.

GENERAL VENCIDO.– Por eso ustedes la fomentaban entre los musulmanes y la prohibían entre los cristianos...

GENERAL VENCEDOR.– Nosotros siempre hemos respetado las costumbres de los indígenas y velado por sus derechos...

GENERAL VENCIDO.– Aunque sus costumbres atentaran contra su salud y su mente...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Y acaso ustedes no permitían a sus soldados emborracharse en el mismo frente de batalla?

GENERAL VENCIDO.– Respetábamos sus derechos...

GENERAL VENCEDOR.– ¡Cúantas veces llegaban hasta nuestras trincheras los cantos beodos de la chusma que peleaba con ustedes...!

GENERAL VENCIDO.– Lo mismo que ahora sus moritos...

GENERAL VENCEDOR.– Hoy es un día especial. Los muchachos se van y bien puede permitírseles un capricho...

GENERAL VENCIDO.– Lo mismo pasaba en nuestras trincheras. ¿No ibamos a permitir que los muchachos bebieran antes de entrar en combate?

GENERAL VENCEDOR.– Precisamente cuando deberían tener el ánimo sereno y los ojos claros...

GENERAL VENCIDO.– Eso es una opinión suya personal...

GENERAL VENCEDOR.– Ése fue siempre el estilo de ustedes, la sinrazón y la locura...

GENERAL VENCIDO.– *(Que ha consumido su vaso de té y se levanta a dejarlo en la mesa.)* No me va usted a convencer de todas maneras...

GENERAL VENCEDOR.– Al que se ha vencido por las armas se le ha vencido antes moralmente, aunque él se obstine en negarlo...

GENERAL VENCIDO.– Algo habrá siempre que se resistirá a ser vencido...

GENERAL VENCEDOR.– Bobadas. Pataleta de niños. Aunque haya vuelto usted a España y esté conversando amigablemente conmigo, sigue teniendo la mentalidad de esos exilios que viven todavía en julio de 1936. ¿No tiene usted ni siquiera ojos en la cara para ver que todo ha cambiado, que somos otros, que el pueblo nos quiere, que está contento con el avance social y económico que le hemos proporcionado estos últimos años?

GENERAL VENCIDO.– Tal vez sea ilusión suya...

GENERAL VENCEDOR.– *(Perdiendo un tanto su dominio y levantándose iracundo.)* No... No. Bien sabe usted que no... El hecho de que esté aquí

conmigo y que otros como usted y peores que usted hayan podido volver, es la prueba irrefutable de que para nosotros no constituyen peligro alguno... Si no quiere convencerse, allá usted; puede continuar en su error los años que sea, hasta su muerte...

GENERAL VENCIDO.– No me podrá usted nunca impedir que mantenga mis convicciones...

GENERAL VENCEDOR.– Ha visto usted cómo todos han ido dándonos la razón. El mundo libre ha comprendido la justicia de nuestra lucha. Ha sido la segunda victoria nuestra. ¡Jamás volveremos a aquello, jamás! Sépalo usted claramente, y si quiere seguir obstinado en su...

(En ese momento estalla una estruendosa retreta floreada tocada por la banda de la guardia mora con gran lujo de chirimías y tambores. Retreta de despedida en homenaje al general triunfador. La música impide entender las palabras del GENERAL VENCEDOR, *que sigue hablando y gesticulando, moviendo los labios, percibiéndose algunas palabras sueltas entre los acordes de la música, palabras como:)*

Barbarie comunista..., alianza masónica..., confabulación internacional...

V

El GENERAL VENCEDOR, *vestido de paisano, se encuentra agazapado en la ventana con un moderno fusil entre las manos, dirigido hacia el exterior. A través de la ventana se ve un atardecer primaveral. Las manos del* GENERAL VENCEDOR *agarran el fusil con la tenacidad de las garras de un águila; el cuerpo encorvado, de pajarraco, con el ojo puesto sobre la mira telescópica.*

(Entra el GENERAL VENCIDO *y permanece quieto, sin atreverse de momento a llamar la atención de su contrincante. Ha pasado algún tiempo desde las escenas anteriores,*

tiempo que se nota claramente tanto en el encorvado cuerpo del GENERAL VENCEDOR *como en el cansancio decrépito del* GENERAL VENCIDO, *que espera pacientemente a que el otro termine su acecho.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Después de unos instantes con voz ronca y cansada.)* Buenas tardes, general...

GENERAL VENCEDOR.– Ya le he visto... Venga, venga, acérquese. ¿Qué espera?

GENERAL VENCIDO.– No quisiera molestarle...

GENERAL VENCEDOR.– *(Mostrando el arma como un niño, volviéndose bruscamente y encañonando al* GENERAL VENCIDO.*)* ¿Qué le parece?

GENERAL VENCIDO.– *(Que ha dado un paso atrás, como asustado, lo que despierta el regocijo del* GENERAL VENCEDOR.*)* ¿Qué?

GENERAL VENCEDOR.– No se me asuste, hombre. Está descargado... Mire...

GENERAL VENCIDO.– *(Reponiéndose y tomando el fusil.)* Es una buena arma...

GENERAL VENCEDOR.– Americana. Con mira telescópica...

GENERAL VENCIDO.– *(Con cierto sarcasmo.)* De las que utilizan para asesinar a los presidentes norteamericanos...

GENERAL VENCEDOR.– Mire, mire, qué precisión... Haga el favor...

GENERAL VENCIDO.– *(Observando por la mira telescópica.)* Si hubiéramos tenido estas armas en aquel tiempo...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cúando?

GENERAL VENCIDO.– Cuando la campaña de Marruecos... por ejemplo.

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy jovial.)* ¿Se acuerda? Aquellos máuseres de finales de siglo.

GENERAL VENCIDO.– *(Volviéndose.)* Yo recuerdo la primera vez que cogí un fusil de repetición...

GENERAL VENCEDOR.– Somos viejos...

GENERAL VENCIDO.– *(Devolviendo el fusil al* GENERAL VENCEDOR.*)* Bonito de verdad... y pesa poco, ciertamente...

GENERAL VENCEDOR.– *(Desmontándolo.)* Y se desmonta fácilmente. ¿Ve usted? En piezas. Se puede esconder donde uno quiera...

GENERAL VENCIDO.– De cine...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dejando las piezas sobre la mesa.)* Y nosotros, con aquellos viejos fusiles y aquellos mosquetones que pesaban hasta 16 kilos...

GENERAL VENCIDO.– Y que nunca tuvimos en demasía...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy infantilmente, montando de nuevo el fusil.)* ¿Ve usted? Ya está. Es facilísimo...

GENERAL VENCIDO.– Ya lo veo, ya...

GENERAL VENCEDOR.– Me gustaría que lo probáramos. ¿Es usted buen tirador?

GENERAL VENCIDO.– Creo que no. Soy, ya lo sabe usted, militar de plano, de teoría...

GENERAL VENCEDOR.– Es una lástima que no podamos competir en puntería. Si usted me acompañara un día de caza y pudiéramos separarnos de toda aquella tropa de pedigüeños..., podríamos ver quién abate más perdices...

GENERAL VENCIDO.– No, es imposible...

GENERAL VENCEDOR.– Ya lo sé. Sería un escándalo su presencia entre aquella gente... ¿Sabe usted que he batido el récord en piezas cobradas?

GENERAL VENCIDO.– No me sorprende...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que ha dejado el fusil sobre la mesa y lo acaricia inconscientemente mientras habla.)* Sí, sí, sí... He batido el récord. Reconocido por todos... ¿No me cree? Ya sé que siempre existe la adulación, de la que procuro precaverme, claro, pero me he documentado a solas y, en efecto, nadie ha cobrado más perdices en una sola jornada que yo. Y uso una escopeta viejísima, de la que no quiero separarme, y en cambio los demás usan escopetas de caza modernísimas. Como este fusil telescópico, más o menos...

GENERAL VENCIDO.– Reconozco que estoy un poco atrasado en estas cosas...

GENERAL VENCEDOR.– Es natural... La industria de guerra evoluciona muy rápidamente, y es preciso acomodar los efectivos militares al uso de tales armas, a la vez que tenemos que poner al día, por todos los medios, nuestra industria militar. Ya estoy en ello...

GENERAL VENCIDO.– En efecto, los avances de la industria bélica han hecho variar por entero el arte de la guerra. Ya no sirve lo de Waterloo...

GENERAL VENCEDOR.– Servir, sí sirve. Se trata de acomodar. Todo es cuestión de ajustes. En la industria de guerra pasa como en la industria en general: es necesario acomodar la vida a los avances tecnológicos...

GENERAL VENCIDO.– *(Que permanece de pie y acusa su cansancio.)* Para nosotros..., perdón, para mí, quiero decir para los viejos, porque yo me siento viejo, es difícil adaptarse...

GENERAL VENCEDOR.– *(Paseando por la sala a saltitos y moviendo mucho los brazos de arriba abajo.)* Nos hallamos ante un proceso industrial irreversible. Irreversible. Ya habrá usted visto nuestros avances industriales y tecnológicos. En diez años hemos cambiado la faz del país por entero. Lo que era un país atrasado es hoy un país floreciente. Asombroso, asombroso lo que estamos haciendo... Si lee usted las estadísticas se quedará atónito...

GENERAL VENCIDO.– Las estadísticas a veces son inexactas...

GENERAL VENCEDOR.– Pero es que es algo que entra por los ojos. Supongo que no está usted ciego para ver tanto pantano, tanta industria química, tanta obra pública, que además de producir beneficios incontables da lugar a puestos de trabajo y a que haya pleno empleo... Hemos cambiado la faz del país. Entre lo que recogimos al terminar la cruzada y lo que vemos hoy, existe la misma diferencia que entre los máuseres de la guerra de Cuba y esta bonita arma automática con mira telescópica...

GENERAL VENCIDO.– No se puede negar, efectivamente, ese avance propio de los tiempos, pero ¿eso es todo?

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cómo que si eso es todo? ¿Qué trata de insinuar? ¿Hay algo más? Sí, hay algo más. Seguir adelante creando más industria, produciendo más, multiplicando los puestos de trabajo, etcétera...

GENERAL VENCIDO.– ¿Y ya está?

GENERAL VENCEDOR.– Industrializarnos al máximo. Porque el avance industrial y tecnológico es el signo de los tiempos. Es la solución de todos los viejos problemas. Un pueblo que trabaja, que posee una estimable renta per cápita, que puede disponer de un automóvil utilitario, de frigorífico, de televisión, de vivienda cómoda, es un pueblo que no ha de tener ya inquietudes políticas de ninguna clase. Conjuramos de golpe el peligro comunista. Ya ha visto usted que en Rusia, incluso en Rusia, hoy día el obrero trabaja y posee unas comodidades que, lo reconozco, en tiempo de los zares nunca tuvo...

GENERAL VENCIDO.– Hay una frase del poeta Horacio que dice así, no sé si recuerdo mal: «Puedes ahorcar a la Naturaleza, pero volverá a resucitar...».

GENERAL VENCEDOR.– *(Se ha detenido frente al* GENERAL VENCIDO, *con las manos detrás de la espalda, y le mira a los ojos, dando leves saltitos como un pájaro.)* Frase de poeta, al cabo. La naturaleza del hombre

reside fundamentalmente en la satisfacción de sus legítimos deseos de paz y bienestar...

GENERAL VENCIDO.– Entonces ¿de qué va a valer ese fusil y la industria de guerra?

GENERAL VENCEDOR.– Para defender esa paz... *(Y dando un giro como una bailarina, sigue su paseo.)* Hemos de convertir este pueblo viejo, supersticioso y atrasado en un país plenamente desarrollado, capaz de situarse entre las grandes potencias...

GENERAL VENCIDO.– *(Carraspeando.)* ¿Y qué me dice de los valores espirituales?

GENERAL VENCEDOR.– Ah, los valores espirituales...

GENERAL VENCIDO.– Los valores espirituales que tanto le preocuparon a usted siempre...

GENERAL VENCEDOR.– Y que me preocupan como nunca. Por los que lucho y lucharé siempre..., sí...

GENERAL VENCIDO.– Ya sabe usted que la comodidad, el dinero fácil, la felicidad, en suma, es el peor enemigo del espíritu. Según sus maestros espirituales...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Acaso la riqueza es enemiga del espíritu?

GENERAL VENCIDO.– El cristianismo siempre pregonó la pobreza como el camino del cielo. Acuérdese de las bienaventuranzas...

GENERAL VENCEDOR.– Bah... Habla usted como una vieja beata. Debiera escuchar a mis ministros tecnócratas...

GENERAL VENCIDO.– Yo no hago más que repetir lo que siempre predicó la Santa Madre Iglesia...

GENERAL VENCEDOR.– Habría que ver lo que ustedes hubieran conseguido de haber ganado la guerra... Eso es lo que me gustaría ver...

GENERAL VENCIDO.– Tal vez algo más racional, más equilibrado...

GENERAL VENCEDOR.– Tan racional y tan equilibrado como fue la campaña que llevaron ustedes. No me haga reír...

GENERAL VENCIDO.– Intenta usted por todos los medios convencerme, y sabe muy bien que no me va a convencer...

GENERAL VENCEDOR.– Ya salió aquello...

GENERAL VENCIDO.– Y lo que importaría saber es si ha convencido usted al pueblo, a pesar de tantos adelantos y tantas satisfacciones materiales...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Acaso lo duda usted?

GENERAL VENCIDO.– Lo dudo, sí señor...

GENERAL VENCEDOR.– Porque vive usted, como sus correligionarios, con veinticinco años de retraso. Pero, hombre, eche usted una mirada en derredor. Mire esta arma, símbolo de nuestro progreso. *(Le encañona con el fusil.)*

GENERAL VENCIDO.– Haga usted el favor de apartar esa arma...

GENERAL VENCEDOR.– Está descargada, ya se lo he dicho...

GENERAL VENCIDO.– Ya sabe que las carga el diablo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Dejando el arma sobre la mesa.)* Ah, el diablo...

GENERAL VENCIDO.– Su amigo...

GENERAL VENCEDOR.– Dejemos esto. Convendría que mirara a su alrededor sin pasión...

GENERAL VENCIDO.– ¿Y usted es capaz de mirar a su alrededor?

GENERAL VENCEDOR.– No me hace falta. Porque yo soy el motor, el centro del cambio...

GENERAL VENCIDO.– Pues de vez en cuando debiera darse un paseo de incógnito por ciertos lugares...

GENERAL VENCEDOR.– Ya, de tapadillo, como los viejos borbones...

GENERAL VENCIDO.– Y escuchar por sus propios oídos y ver con sus propios ojos...

GENERAL VENCEDOR.– Yo veo y oigo más que pueda oír y ver usted mismo y otros como usted. Desde aquí estoy viendo el mundo entero. Y veo con gran satisfacción, como bien puede figurarse, que todos me han dado la razón, que todos siguen mi camino. Aquellos, aquellos mismos que me repudiaban... Ya lo está usted viendo...

GENERAL VENCIDO.– No se fíe usted demasiado...

GENERAL VENCEDOR.– Pero ¿cómo? ¿No sabe usted? Le voy a dar una gran noticia que seguro no sabe aún. Agárrese...

GENERAL VENCIDO.– Diga, diga... Y me va a perdonar que me siente, no me vaya a dar un vahído... *(Aprovecha para sentarse, con lo que delata su cansancio. El* GENERAL VENCEDOR *le mira sonriente.)*

GENERAL VENCEDOR.– Pues sepa usted la gran noticia. El Japón está a punto de convertirse al cristianismo...

GENERAL VENCIDO.– *(Dando un leve salto en la silla.)* No me diga usted...

GENERAL VENCEDOR.– Así. Como se lo digo. Vamos a ver ese milagro. Porque es un milagro. El Japón, ese gran pueblo modernizado, está a punto de abrazar el cristianismo. Lo sé de buena tinta.

GENERAL VENCIDO.– *(Que no puede ocultar su ironía.)* Me deja usted asombrado...

GENERAL VENCEDOR.– El Japón es un pueblo altamente industrializado, unido por su bienestar a los pueblos occidentales. ¿De qué le sirve ya ese culto sintoísta, pagano? De nada. Ahora, abrazando el catolicismo merced a la labor de nuestros misioneros, unirá su potencia al mundo libre definitivamente y el mundo libre podrá asestar el golpe de gracia definitivo a Rusia...

GENERAL VENCIDO.– Ah... ¿Tal vez es usted aficionado a las lecturas de ciencia-ficción?

GENERAL VENCEDOR.– *(Deteniéndose en seco.)* ¿Qué dice usted? No le he oído. Pero más vale que hablemos de otra cosa. Por ejemplo, del motor de agua que estamos a punto de poner en marcha y que nos ahorrará gastos de combustible...

GENERAL VENCIDO.– El motor de agua...

GENERAL VENCEDOR.– Estamos trabajando en ello. Hoy precisamente recibí una comisión de técnicos. Hemos estado toda la mañana estudiando la cuestión. Yo no escatimo mi tiempo cuando se trata de ofrecer prosperidad a mi nación...

GENERAL VENCIDO.– Pues verdaderamente ha sido una mañana fructífera. Por eso le veo tan eufórico, y me alegra verle así...

GENERAL VENCEDOR.– Tenemos un gran futuro por delante. Mucho es lo que se ha avanzado, pero mucho más lo que queda por avanzar. Decía usted, o insinuaba, que el bienestar material y el proceso de industrialización terminaban con el espíritu del hombre. Y ya ve usted el Japón, esa potencia de la industria... *(Se detiene al darse cuenta de que ha vuelto al tema.)* Bueno, ya lo irá usted viendo. *(Plantándose solemne ante él.)* Es indudable: usted..., ustedes no volverán al poder. Porque nadie les quiere...

GENERAL VENCIDO.– *(Con un suspiro.)* Pobre de mí... Yo ya no espero ver nada. Estoy en el consumátum est...

GENERAL VENCEDOR.– *(Recalcando sus palabras.)* Debe de ser verdaderamente triste no tener futuro por delante...

GENERAL VENCIDO.– *(Con estoicismo.)* Y un pasado triste...

GENERAL VENCEDOR.– Inoperante...

GENERAL VENCIDO.– Eso.

GENERAL VENCEDOR.– Un pasado que no ha de volver...

GENERAL VENCIDO.– Por eso me siento cansado. Se lo confieso. Y quisiera pedirle a usted un favor...

GENERAL VENCEDOR.– Diga...

GENERAL VENCIDO.– *(Que habla lentamente.)* Que me concediera la gracia de excusarme...

GENERAL VENCEDOR.– ¿De excusarle de qué...?

GENERAL VENCIDO.– De excusarme de venir aquí. Creo que ya he cumplido. No hay nada más que decir...

(Pausa. El GENERAL VENCEDOR *se sienta y le observa con no disimulado regocijo y satisfacción.)*

GENERAL VENCEDOR.– Quiere decir que abandona usted la partida. Que se da por vencido...

GENERAL VENCIDO.– Pues sí, digamos que es eso...

GENERAL VENCEDOR.– No se encuentra usted a gusto conmigo... No quiere reconocer mi...

GENERAL VENCIDO.– Me encuentro cansado. Y no veo la razón de que disputemos por algo que, como usted ha dicho muy bien, no deja de ser el inoperante pasado...

GENERAL VENCEDOR.– Vamos, vamos, vamos. No se me derrumbe usted ahora. Tomemos una taza de té... *(Echa mano de la inevitable tetera y llena las tazas nuevamente.)* No se deje usted vencer por las adversidades. Aprenda de mí...

GENERAL VENCIDO.– No tengo nada que hacer...

GENERAL VENCEDOR.– *(Ofreciéndole, sonriente, la taza de té.)* Veamos.

GENERAL VENCIDO.– *(Cogiendo la taza.)* Gracias...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Quiere usted decir que... debemos interrumpir nuestros coloquios?

GENERAL VENCIDO.– Si no ordena usted otra cosa...

GENERAL VENCEDOR.– Pero, hombre..., aún quedan muchas cosas por discutir. Hay infinidad de temas que no hemos tocado...

GENERAL VENCIDO.– Me siento sin fuerzas. Debo serle sincero, aunque sé que usted, tan dispuesto siempre y cara al futuro, no sabrá o no querrá entenderlo...

GENERAL VENCEDOR.– No, no lo entiendo. Para mí es un placer su compañía. Se lo he dicho siempre. Y me alegra, y hasta me admira, la combatividad que ha demostrado últimamente, sin dejarse... convencer...

GENERAL VENCIDO.– Quizá desconfíe ya de mis facultades dialécticas...

GENERAL VENCEDOR.– No, no, no, se lo aseguro. Es usted un excelente contrincante. El único que se atreve a discutirme, que me niega la razón. ¡Si viera usted cómo los de ahí *(Señalando un lugar del palacio.)* no cesan de dármela...! *(Bajando la voz.)* ¿Quiere usted creer que si hoy digo una cosa y mañana la contraria, vienen a encontrarla igual de razonable?

GENERAL VENCIDO.– ¿Y le sorprende a usted eso?

GENERAL VENCEDOR.– Claro que no me sorprende. Pero se lo digo para que se haga usted cargo de cuánto aprecio su... colaboración... *(Pausa.)* No se desaliente y siga asistiéndome con su... amistad.

GENERAL VENCIDO.– ¿Amistad..., o simple entretenimiento?

(El GENERAL VENCEDOR *se ha levantado. Ha dejado la taza sobre la mesa y se pasea.)*

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cree usted que no me basta la caza, la pesca, como entretenimiento? No..., se lo aseguro. En usted encuentro algo más...

GENERAL VENCIDO.– Gracias... Pero estoy... cansado...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Acaso está usted enfermo? Dígame. ¿Tiene usted algo...?

GENERAL VENCIDO.– Con toda seguridad, algo incurable: años, fracaso, desaliento...

GENERAL VENCEDOR.– Porque si de verdad tiene usted alguna dolencia grave..., hay médicos en Suiza. No me oculte usted nada. Dispondría yo de lo necesario para que no le faltara nada. Puede estar seguro de esto...

GENERAL VENCIDO.– *(Con leve ironía.)* Me confunde usted... No sé cómo darle las gracias...

GENERAL VENCEDOR.– Le hablo con el corazón en la mano, como vulgarmente se dice...

GENERAL VENCIDO.– Pero no se trata de enfermedad alguna...

GENERAL VENCEDOR.– Entonces no hay más que hablar. Son momentos bajos. Simple depresión. Pasará. Aún tenemos mucho que hablar, mucho, general. Ánimo, no desfallezca... Verá cómo acabaremos muy unidos... *(Le pasa la mano por el hombro.)*

VI

En esta postrera jornada ambos militares se encuentran sentados y tomando su taza de té. Es de noche. La ventana está herméticamente cerrada. El GENERAL VENCEDOR *lleva una mano vendada, y la otra le tiembla ostensiblemente al llevarse a los labios el té. Sin embargo, sus ojos relucen como los de un gato, horadando con su mirada al* GENERAL VENCIDO, *que está totalmente acabado. De entre sus piernas sobresale un bastón en el que apoya una de sus manos.*

(El tiempo, implacable enemigo, se ha abatido sobre ambos generales.)

GENERAL VENCEDOR.– *(Hablando entre sorbo y sorbo de té.)* Pero no crea usted que este pequeño accidente me impedirá pescar. Y el otro día, sosteniendo la escopeta así, *(Hace un gesto con la mano.)* pude hacer una buena puntería. Si no fuera por dar cierta satisfacción a mis enemigos, aún cogería la escopeta, pero... no quiero que me vean vacilar..., aunque...

GENERAL VENCIDO.– De un pequeño accidente hacen una gran catástrofe...

GENERAL VENCEDOR.– Ya. Ya lo sé. Ya sé que muchos esperaban que no saliese de ésta. Ya ve usted, tan poca cosa. Ahora ya ni me duele. Por las noches, acaso..., y muevo los dedos. ¿Ve usted?

GENERAL VENCIDO.– Ya veo, ya. Usted está bien. En cambio yo...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Por qué no hace lo que le tengo dicho?

GENERAL VENCIDO.– ¿Lo de la doctora esa de Suiza?

GENERAL VENCEDOR.– Hace milagros. Milagros. Unas curas de rejuvenecimiento impresionantes. Mi cuñada iba a tratarse, pero al final le dio miedo. Yo, en su caso, iría. El día que yo la necesite iré...

GENERAL VENCIDO.– Mi confianza en la ciencia no es tanta, ya ve usted...

GENERAL VENCEDOR.– Dicen que esa mujer es comunista, como todos los científicos famosos, pero eso a mí no me importa...

GENERAL VENCIDO.– Yo ya estoy en la primera línea...

GENERAL VENCEDOR.– *(Repitiendo.)* En la primera línea...

GENERAL VENCIDO.– Para el combate final...

GENERAL VENCEDOR.– Al que pretende ir otra vez con la moral perdida, querido amigo.

GENERAL VENCIDO.– Cuando, como en este caso, los efectivos del enemigo son tan aplastantes, no hay más remedio...

GENERAL VENCEDOR.– Nunca los efectivos enemigos deben ser aplastantes...

GENERAL VENCIDO.– Por desgracia lo son...

GENERAL VENCEDOR.– La moral rota. Perderá la batalla. Yo pienso resistir todo lo que pueda en esa última batalla. No me entregaré así como así. Para mí no existe la bandera blanca. Y aún tengo que recurrir a la doctora esa. También estoy pensando en la hibernación...

GENERAL VENCIDO.– *(Con doloroso sarcasmo.)* Usted debe resistir, puesto que no se irá solo...

GENERAL VENCEDOR.– Claro, claro...

GENERAL VENCIDO.– Pero ¿qué finalidad tendría el resistirme yo, que perdí todas las batallas de esta vida?

GENERAL VENCEDOR.– *(Que ya no escucha al otro.)* Eso de la hibernación... Lo estoy estudiando... Poder conservar la vida a través de equis años y recuperarla...

GENERAL VENCIDO.– Ya le digo que esas cosas no me interesan...

GENERAL VENCEDOR.– *(Ensoñado.)* Y ver lo que habrán hecho los inútiles de mis sucesores...

GENERAL VENCIDO.– Sería interesante, sí. Pero a mí que no me hablen de volver a este mundo...

GENERAL VENCEDOR.– Haga usted el favor de no expresarse así. Ya sabe que no soporto el pesimismo...

GENERAL VENCIDO.– Aguánteme un poco más. No creo que le vaya a molestar demasiado ya...

GENERAL VENCEDOR.– Si fuera usted creyente le ofrecería una de esas reliquias... El brazo de Santa Teresa, ya ve si le aprecio. Tengo también agua de Lourdes embotellada...

GENERAL VENCIDO.– Se lo agradezco.

GENERAL VENCEDOR.– Pero ni cree usted en el cielo ni en los adelantos de la ciencia... No me lo explico. O sí me explico todo...

GENERAL VENCIDO.– Pues explíquemelo usted a mí...

GENERAL VENCEDOR.– Me explico que fuera tan fácil vencerles a ustedes, porque nunca creyeron en nada...

GENERAL VENCIDO.– Tal vez en esta vida no se pueda creer en nada...

GENERAL VENCEDOR.– *(Muy hosco.)* Ahora, incluso me está usted haciendo dudar de su valía como militar, que siempre la tuve en mucha altura...

GENERAL VENCIDO.– Hace ya mucho tiempo que dejé de ser militar...

GENERAL VENCEDOR.– No lo dirá porque le hayamos dejado sin la pensión que le corresponde. Usted ha sido una excepción. El único, o de los únicos, que cobra pensión habiendo permanecido en el otro bando...

GENERAL VENCIDO.– Por favor, por favor...

GENERAL VENCEDOR.– Perdone mi supuesta inelegancia, pero me gusta que las cosas queden claras. No me gusta que luego un escritor inglés, de esos que paga la masonería, escriba errores en sus libros. Ya sabe a quién me refiero...

GENERAL VENCIDO.– No he leído ese libro. Ni pienso leerlo...

GENERAL VENCEDOR.– Y no me gusta nada que reniegue usted de su capacidad militar. Podía usted haber ganado la guerra...

GENERAL VENCIDO.– No me diga...

GENERAL VENCEDOR.– Sí, ¿por qué no? Y yo podría estar en su puesto...

GENERAL VENCIDO.– Me resulta difícil imaginarle a usted en mi puesto...

GENERAL VENCEDOR.– Y le aseguro a usted que quizá renegara de todo, menos de haber empuñado las armas para luchar por lo que yo creía que era la verdad...

(Pausa.)

GENERAL VENCIDO.– En eso, creo que lleva usted razón. Y una ventaja sobre nosotros...

GENERAL VENCEDOR.– *(Levantándose con cierto esfuerzo.)* Le voy a enseñar una cosa. Le voy a hacer oír algo... Tal vez eso le levante la moral...

(Va el GENERAL VENCEDOR *trastabilleando un poco hasta un rincón y coge un magnetófono y un estuche.)*

Me han estado grabando unas cintas magnetofónicas, con unos discos. Va usted a oír. Va a rejuvenecerse. Imagínese que yo soy la doctora Asland esa...

(El GENERAL VENCEDOR *empieza a maniobrar el aparatito, pero como tiene la mano vendada, le cuesta algún trabajo.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Levantándose y avanzando lentamente hacia la mesa, apoyado en su bastón.)* Déjeme que le ayude...

GENERAL VENCEDOR.– *(Rechazándole con un gesto.)* No se mueva. Haga el favor. Siga sentado y descanse. ¡No se fatigue...!

GENERAL VENCIDO.– Déjeme, que yo entiendo un poco de eso. Mi nieta tiene un cachirulo de ésos...

GENERAL VENCEDOR.– *(Que casi le da un manotazo.)* Quiero que lo escuche tranquilo y sentado... *(El* GENERAL VENCIDO, *apoyado en su bastón, permanece observando las maniobras del* GENERAL VENCEDOR, *que realmente no es que se vea entorpecido por la mano inútil, sino que no entiende el funcionamiento del aparatito. Da a una tecla y se oye un «gua, gua, gua» ininteligible, etc.)* Un momento... Es que quizá no tenga pilas...

GENERAL VENCIDO.– Si me lo deja a mí...

GENERAL VENCEDOR.– Espere, espere..., a ver... No suena... Las pilas están bien...

GENERAL VENCIDO.– Baje usted esa tecla...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Ésta...?

GENERAL VENCIDO.– No, ésa, ésa...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Ésta...? *(Efectivamente, al tocar esa tecla se oye el rumor de la cinta que empieza a correr.)* Ya está... Escuche, escuche...

(Coge al GENERAL VENCIDO *de un brazo y le lleva muy paternalmente al sillón y le sienta. Él vuelve a la mesa y sube el volumen del magnetófono. Empieza a oírse el ruido de una batalla. Ambos generales escuchan el silbido y los impactos de los proyectiles, el tecleo de las ametralladoras y el estampido solemne de los cañones, que forman una música de fondo en aquel ambiente bélico de museo.)*

GENERAL VENCEDOR.– Es una ofensiva de las de la Zona Centro. ¿Se acuerda usted? Mire si sabíamos liarla bien...

GENERAL VENCIDO.– ¡Buena carnicería...!

GENERAL VENCEDOR.– Esos cañones son los nuestros. Los de largo alcance, con los que asábamos su capital... *(Se oyen unos gritos guturales y moriscos.)* Y mis moros atacando a la bayoneta..., escuche usted... *(Se oyen palabras entrecortadas.)*

GENERAL VENCIDO.– *(Que no parece muy entusiasmado.)* Ya escucho, ya...

GENERAL VENCEDOR.– Nosotros observábamos desde el montículo aquel... Ese derrumbamiento que acaba de escuchar era el maldito hospital...

GENERAL VENCIDO.– Diga usted lo que quiera; supimos defendernos...

GENERAL VENCEDOR.– Nunca negué su heroísmo, general. Lo que pasa es que el heroísmo es uno de los muchos ingredientes, no todos... Tengo otra cinta en que puede oír las explosiones de las minas... *(Se oye un grito de un hombre.)* Ése debe de ser uno que ensartarían mis moros en la bayoneta...

GENERAL VENCIDO.– De todas maneras... aquella fue una guerra de mentira, comparada con las de ahora...

GENERAL VENCEDOR.– Que se cree usted eso. Fue la primera guerra de la época científica. Los bombardeos de la aviación, los carros de combate y otras muchas cosas fueron el preludio, la apertura de la ópera...

GENERAL VENCIDO.– ¿Y quién le ha grabado a usted eso?

GENERAL VENCEDOR.– Mis técnicos. A partir de noticiarios cinematográficos, como los de la película esa que hicieron en mi homenaje, y así. Son auténticos todos... *(Se ha detenido la batalla y sólo se oye ahora algún disparo aislado, el silbido de algún proyectil, el estampido lejano de los cañones.)* Ahora es una tregua.

GENERAL VENCIDO.– Las treguas que nuestros soldaditos temían más que al fuego graneado..., ya... *(Empieza a oírse una canción.)*

GENERAL VENCEDOR.– Ahora cantan los combatientes.

VOZ DEL MAGNETÓFONO.– «División requeté
de Castilla y de Navarra.
División requeté,
la mejor tropa de España...»

GENERAL VENCEDOR.– Que os creéis eso. Yo no niego que los requetés lucharan bien, pero no tanto. Aunque eso de querer singularizarse es tan español... Mire ahora una canción de las suyas... *(Eleva el magnetófono.)*

VOZ DEL MAGNETÓFONO.– «Si te quieres divertir
ya sabes tu paradero,
en el Quinto Regimiento
primera línea de fuego...»

GENERAL VENCEDOR.– Su famoso Quinto Regimiento... ¡Qué mal acabó!

VOZ DEL MAGNETÓFONO.– «Soy valiente y leal legionario...»

GENERAL VENCEDOR.– Y ahí están mis bravos legionarios. No me cansaré nunca de escucharlos. De esa clase no tenían ustedes. Su Quinto Regimiento, a su lado, no valía para nada...

GENERAL VENCIDO.– Si no baja usted el volumen, no entiendo lo que dice. Me estoy quedando también sordo...

GENERAL VENCEDOR.– *(Bajando un poco el volumen. Se escuchan ahora, entre el canto de los legionarios, unas explosiones de granadas de mano coreadas por un estribillo que dice así: «Date el bote, caradura...».)* Le decía que donde estén mis legionarios, que se quite su mitológico Quinto Regimiento...

GENERAL VENCIDO.– Cada uno hizo lo que pudo. Dar su vida, si fue preciso...

GENERAL VENCEDOR.– En las cintas hay algunas réplicas graciosas, cuando nuestros combatientes y los suyos se interpelaban de trinchera a trinchera a través del magnetófono..., pero no sé dónde están... *(Empezaba a oírse el «Cara al sol» y el* GENERAL VENCEDOR *baja el volumen del magnetófono. Se oye un confuso murmullo de voces.)* Tengo que hacer que me lo ordenen como es debido...

GENERAL VENCIDO.– Ya me he hecho cargo... Está muy bien...

GENERAL VENCEDOR.– Tiene usted que escuchar todas mis cintas... Va usted a revivir todo aquello...

GENERAL VENCIDO.– *(Con un arranque de energía.)* No quiero revivir nada...

GENERAL VENCEDOR.– ¿Cómo dice?

GENERAL VENCIDO.– Ya hemos revivido aquí demasiado. Deje usted ya eso...

GENERAL VENCEDOR.– *(Maniobrando la cinta.)* Debe usted oírlas. Las hemos de oír juntos. Le van a gustar. Hay mucha parte grabada con las cosas de ustedes. En esta otra cinta de aquí...

GENERAL VENCIDO.– Lo dejaremos, en todo caso, para otro día...

GENERAL VENCEDOR.– La pena es que en aquellos tiempos no teníamos estos adelantos, y los discos que se grababan no recogían lo que hoy puede recogerse... Hoy se puede grabar todo, general. Estamos a la cabeza de todos los adelantos... ¿Sabe usted una cosa?

GENERAL VENCIDO.– *(Con voz cansada.)* ¿Qué?

GENERAL VENCEDOR.– Que tengo también grabada su voz. Me tiene que perdonar...

GENERAL VENCIDO.– ¿Cómo?

GENERAL VENCEDOR.– Lo que se acostumbra a hacer ahora. He tenido una grabadora en marcha durante nuestras conversaciones...

GENERAL VENCIDO.– Ah, vamos... ¿Ha grabado usted las tonterías que he..., que he dicho?

GENERAL VENCEDOR.– Ya sé, ya sé que debía haberle advertido, pero es que, ¿sabe?, me asesoré con mis técnicos y me recomendaron que no le dijera nada, para que su conversación resultara natural...

GENERAL VENCIDO.– ¡Y me lo dice usted ahora...!

GENERAL VENCEDOR.– Se lo digo ahora. Tiene usted que perdonarme. La próxima sesión sabrá ya que sus palabras quedan grabadas...

GENERAL VENCIDO.– *(Con coraje.)* No habrá otra sesión...

GENERAL VENCEDOR.– *(Avanzando hacia él y poniéndole las manos sobre los hombros en actitud de abrazo.)* Mi querido general, esto queda grabado para la posteridad, para la historia, junto con todo lo que forma nuestra gloriosa... *(Sube de volumen el magnetófono, que deja oír la ronca voz de los legionarios cantando su himno junto con el jadeo del cansancio y un fondo de disparos. El* GENERAL VENCEDOR *abraza literalmente al* GENERAL VENCIDO, *que lo está completamente.)*

VII

Altas horas de la noche y casi al filo de la madrugada, el GENERAL VENCEDOR, *vestido de paisano, entra lentamente en el «islote de resistencia». Enciende la lámpara y se queda quieto en el centro. Observa lentamente. Da unos cuantos pasos; está visiblemente apesadumbrado. Le envuelve el silencio espeso de la noche. Por fin, avanza hacia aquel teléfono de campaña. Lo observa y lo palpa lentamente. Como iluminado por una idea, descuelga el auricular y se sienta. Sus ojos brillan nuevamente. Habla por el teléfono con voz apagada y sigilosa.*

GENERAL VENCEDOR.– ¿Es usted, mi querido general...? ¿Qué pasa...? ¿Con que se me ha rendido de nuevo...? Ha vuelto usted a capitular... Lo siento, lo siento de verdad. Le voy a explicar algo que ha de interesarle, general. Algo que acaba de sucederme hace muy pocas horas... Escuche usted: cuando volvía yo con mi séquito hacia aquí, al atardecer, sí, hacia las seis de la tarde serían, cuando íbamos a salir ya de la capital,

tuvimos que detenernos para dejar paso a un cortejo fúnebre. Un cortejo fúnebre que era el que le transportaba a usted hasta su último cuartel... Sí... Figúrese que nadie sabía nada, ni siquiera mi esposa, que iba a mi lado. Yo era el único que sabía que usted iba allí, y por eso me alegré de rendirle ese último homenaje de dejarle pasar a usted antes, de detenernos para que su cortejo pasara. No sé si a mis acompañantes les habrá extrañado mi silencio. Hasta es posible que hayan notado mi emoción, general. Luego hemos seguido hasta aquí y ahora me tiene usted, ante aquel teléfono, recogiendo su última rendición... *(Pausa.)* Quiero decirle que usted supo siempre defenderse bien, pero no salió airoso jamás de ninguna ofensiva. En esta última batalla que tengo ahora grabada se advierte con claridad su espíritu meramente defensivo, y ya sabe que el espíritu simplemente defensivo aboca sin remedio a la rendición. De todos modos, general, sepa usted que le estoy muy agradecido. Y que le voy a echar de menos. Puede que escuche de vez en cuando sus réplicas y le recuerde a menudo. En cuanto a mí, ya sabe que sigo en mi puesto de mando y seguiré hasta el fin. La rendición nunca entró en mis planes de campaña. Todavía espero seguir al pie del cañón durante unos cuantos años. ¿Nos volveremos a encontrar, general, en alguna parte? ¿Volveré a presenciar su espíritu meramente defensivo? En fin, general, desde mi cuartel le envió un saludo y deseo que descanse usted en paz.

(Fin.)

SOY MADRILEÑO

Crónica del tiempo de Luis Candelas
(Folletín teatral en catorce entregas)

Personajes

Muñoz, esposo morganático de la reina
La Puta Napolitana, reina María Cristina de Nápoles
Luis Candelas, «Luis de Zambrano»
Hermanos de la Paz y la Caridad
El Tuerto
Calabocero
Mozo 1
Mozo 2
La madre
La comadre
El Curriyo, el Sastre y el Marquesito
El Balsa
Un chicuelo
Un ingenuo
El Tragabuches
Un exaltado
El guardia asturiano
El guardia andaluz
El Traganiños
Un borrachín
El Gato
El Gallo Vallecano
Tocinero
Petimetre 1
Petimetre 2
Comerciante
Señora del comerciante
Lolita la Naranjera
Doña Margarita
Un majo
El Balseiro
José del Campo
Leandro
El del Peso
Ignacio García
El Pablo
Julián
Josefa
El Moreno
Mozo
Pedro de Alcántara
Suripanta
Una señorona
Un ciudadano
Un randa
Polizonte
Jefe de Policía, teniente coronel de Caballería García Chico
Ministro del Interior, Francisco Javier Istúriz
Otro poli
Embozado
Polizonte 1
Polizonte 2
Polizonte 3
María Manuela, mujer de Luis Candelas
Criado
«Gitana», polizonte 1
«Aguador», polizonte 2
«Pobre de San Bernardino», polizonte 3
Salustiano Olózaga
Marcelino
Beni
Chicuela
Ciego guitarrero
Poetisa
Coro
Prohombre 1
Prohombre 2
Prohombre 3
Prohombre 4
Sacerdote
Hermano 1
Hermano 2

Primera entrega. El guardia y la Puta Napolitana

De cómo la reina gobernadora, doña María Cristina de Nápoles, conoce la sentencia de muerte dictada contra Luis Candelas estando en el tálamo morganático.

Nos hallamos en la cámara íntima de su majestad la reina gobernadora doña María Cristina de Nápoles en el real palacio. La reina gobernadora, en semejante trance, parece responder mejor el apelativo de «La Puta Napolitana» *con que es más conocida por el populacho madrileño de Lavapiés, ya que su ropa interior, complicada y llamativa, sus carnes más bien opulentas escapándose a rebanadas del corsé y de la liga que aprieta el muslo, las guedejas de ramera desencadenadas sobre sus hombros crean la imagen perfecta de la buscona opulenta de las esquinas de Nápoles. Su lenguaje, en la intimidad, con su morganático esposo,* Muñoz, *el hijo de la estanquera de Tarancón, tampoco es demasiado palaciego ni aristocrático.*

La Puta Napolitana.– *(Yendo hacia la puerta del cuarto de baño y dando unos tremendos porrazos en la madera finamente artesonada.)* Ma Santa Madonna, ¿sales o no sales? ¿Me vas a tener aquí tutta la sera?, ¡peccato!... ¿Mi senti? ¿Mi senti, mio cornuto, o non mi senti?.. ¡Oh, corpo di Satane!... ¿Estás leyendo la gaceta? Oh, sicuro, sicuro... *(Volviéndose irritada y cruzándose los brazos.)* Questo porco si legge tutta la gazeta al tempo que caga. E dio qui... *(Volviendo a dar golpes en la puerta, ahora con el atizador de la chimenea, los golpes de su majestad napolitana hacen saltar las esquirlas del precioso artesonado de la puerta.)* ¿Mi senti?... ¡Io sono la regina, la regina, ¿capito?!... Ed io ti domando que...

(Al fin, claro está, se abre la puerta y aparece su morganático esposo, el Muñoz, *con toda su fachenda de guar-*

dia de Corps, apuesto y chulapón. Lleva sobre los hombros la bata de brillante seda y en las manos un papel. La reina gobernadora parece que va a arañarle, pero, en un arrebato de pasión napolitana, lo que hace es echarse a su cuello y comerle a besos, apretarle la garganta como si le ahogara y hacerle caer en la cama, donde le posee rotundamente entre un revuelo de gasas, encajes, pantorrillas y pies bailoteantes.)

LA PUTA NAPOLITANA.– Súbito, súbito, súbito... Mio amore... Non posso piu, non posso piu... Oh amore, amore, amore... Lascia mi, lascia mi... ¿Dove lo hai?... ¿Dove lo hai? Qui, qui, qui... Oh, oh, oh... *(Jadea la perra napolitana.)*

MUÑOZ.– Tranquila, tranquila, tranquila... Pero déjame. Pero, Crista, que no ties espera...

LA PUTA NAPOLITANA.– ¿Non sei hombre tu? ¿Dove hai quello deglie uomini?

MUÑOZ.– ¡Oye!..., ¡ay!... *(Se retuerce ante los pellizcos de la fulana.)* Oye, un respeto. Un respeto también, leche...

LA PUTA NAPOLITANA.– Io ti divoro, ti divoro, ti divoro... ¡Ah!..., ¡ah!..., ¡ah!... *(Parece, efectivamente, que le despedaza a mordiscos.)*

MUÑOZ.– Tranquila, tranquila, Crista... ¡Oy!... Te voy a poner negra, mira, como coja el..., te caliento de verdad... Pero... *(Al fin el morganático esposo se acompasa al furor erótico de la esposa y, volviendo a sus tiempos de guardia de Corps y estanquero de Tarancón, cumple con el napolitano deseo de la cónyuge.) (Acariciando el pelo sedoso de la coima.)* Bribona, bribona, briboncilla napolitana, que tanto me hace sufrir...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Dándose la vuelta y dejando todo su majestuoso cuerpo a la vista de su esposo.)* Oh, mío bandolero, mío españuolo, y come amai quando vuoi... Ven acá, ven acá, chato, chatillo, chati mío... *(Vuelve a las andadas.)*

MUÑOZ.– Estás hoy... Ni que hubieras cenao criadillas de toro, maja...

LA PUTA NAPOLITANA.– Tutto il giorno, tutto aspettando questo momento... *(Alzando de pronto los brazos en un ademán trágico muy italiano.)* E molto triste tener que fare il amore a escondidas. ¿Por qué, mío caro, por qué tenemos que amarci a escondidas? Oh, ¿por qué?... *(Ahora llora compungidamente apoyada en el hombro morganático del apuesto* MUÑOZ.*)*

MUÑOZ.– *(Muy filosófico.)* Ah, la vita, la vita. Il protocolo, cara. Todo tiene un precio y tú tienes que pagar por ser reina...

LA PUTA NAPOLITANA.– A ver si de una puta vez arreglamos quello. ¡De una puta vez...!

MUÑOZ.– *(Muy escéptico.)* ¿Arreglar la Constitución? Anda y díselo a Mendizábal, y verás la que...

LA PUTA NAPOLITANA.– ¡Ah il porco, quel porco! Como le..., le retorcería, *(Lo pronuncia muy bien, deletreándolo.)* le re-tor-ce-ría el cuello al porco ese. Por su culpa dobbiamo fare il amore a escondida. A escondidas. L'amore, guarda, l'amore... *(Solloza como una heroína de ópera en un aria trágica.)*

MUÑOZ.– *(Apretándole las narices.)* ¿Lo ves? Así te pagan el haberte dao a los liberales de mierda. Teniendo que tener a tu esposo escondido...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Dando un salto en la cama y colocándose de pie erguida como una tanagra.)* ¡Liberales, corpo di Cristo, cabrones, cabrones...! Había que haberles, haberles...

MUÑOZ.– *(Dirigiéndola como un maestro de escuela.)* A ver, a ver, Crista, a ver si sabes decirlo: había que haberles...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Haciendo un esfuerzo mental.)* Había que haberles *(Casi gritando.)* ¡dao por culo a esos liberalessss! *(La ese se desliza de sus labios como una serpiente. Su marido palmotea.)*

MUÑOZ.– Como la mejor chulapa de las Vistillas. ¡Ole mi jembra...! Amos p'allá... *(Se tira a ella y caen de nuevo en la cama, tomando él la iniciativa. Susurrando las palabras a su mayestática esposa, que ahora yace entregada a su erotismo español.)* Pero no te preocupes, chica. Mientras tengamos la noche pa nosotros, a ellos que los den por culo... Nosotros tenemos estas noches, estas dulces y plácidas noches, para gozarlas los dos juntitos, y ellos andan por ahí de intrigas, de zancadilleos, jodiéndose unos a otros, mientras nosotros lo hacemos aquí, mía cara, en paz y en gracia de Dios... No te preocupes por ésos...

LA PUTA NAPOLITANA.– Grazie, grazie, mío caro, mío bandolero, mío esposo, mío, mío, mío...

MUÑOZ.– Sosiégate, y no pienses en esos negros de mierda...

LA PUTA NAPOLITANA.– Oh, mi Ferdinando bien decía aquello de...

MUÑOZ.– «Este rey Fernando / cara de pastel / a negros y blancos / os ha de joder.» Pero si ya no tienes a tu Fernando, aquí tienes a tu Muñoz, que,

por muy morganático que sea, lo tie todo en el lugar que corresponde. ¿O no?

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Volviéndose a entregar a él.)* Mío Muñoz, mío Muñoz...

MUÑOZ.– Morganático esposo, por mor de la Pepa esa, pero fiel como el primero...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Al aludir a la fidelidad su hombre, no puede impedir un respingo.)* Oh, quello... Non so... Quello non sei sicura...

MUÑOZ.– Oh, ¿todavía estás en la idea esa de lo de la Sidora...?

LA PUTA NAPOLITANA.– La Sidora, la Sidora y la Paula y la Colasa y la Paca y todas le puttane de Madrid...

MUÑOZ.– *(Dándole unos besitos muy tiernos.)* Ay, Crista, mi Crista con sus celitos, sus celitos napolitanos...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Ha metido la mano en el bolsillo de la bata de su marido, con toda la intención del mundo, y ha sacado el papel que el susodicho se guardó cuando salía del baño.)* ¿Celos? ¿Celos? E ¿quello?... ¿Cosa e questo?

MUÑOZ.– *(Lanzando una risotada y tratando de quitar el papel a la reina.)* Una cita de amor. ¿Qué otra cosa puede ser?

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Fingiendo ira)* ¡Ah, porco, ah, maledetto...!

MUÑOZ.– Trae acá... Anda, trae eso, que es un documento muy importante...

LA PUTA NAPOLITANA.– ¿Cosa é? Lascia leggere... *(Intenta leer el papelillo, pero lo tiene al revés. Su marido le da la vuelta.)*

MUÑOZ.– De todas maneras, Crista, sin los anteojos tampoco lo ibas a leer. Trae acá...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Que ha sido vencida por la curiosidad.)* ¡Legge, legge! Voglio sapere.

MUÑOZ.– *(Que ha rescatado el papel.)* ¿Qué quieres saber? ¿Cuál es la pelandusca cortesana que me hace ahora la rosca? Pues...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Dándole un capón entre bromas y veras.)* ¡Ah, cattivo...!

MUÑOZ.– *(Remedándola.)* Ah, cattivo. Parece siempre que estás cantando una óperaaaa...

LA PUTA NAPOLITANA.– Bribone...

MUÑOZ.– Puttana...

LA PUTA NAPOLITANA.– Ubriacco...

MUÑOZ.– Ramera...
LA PUTA NAPOLITANA.– Cabrone...
MUÑOZ.– Borbona...

(Todos estos insultos han ido desgranándose de una manera cariñosa y dulce, llevados por la costumbre de los ocultos saraos eróticos.)

LA PUTA NAPOLITANA.– Ma voglio sapere, ecco, cosa dice...
MUÑOZ.– *(Volviendo al papel.)* Pues mira, si he de decirte la verdad, chica, no sé lo que es esto. Me lo dio Morales hace un rato diciendo que era cosa de urgencia...
LA PUTA NAPOLITANA.– ¡Allora!..., si es cosa de urgencia..., *(Señala la chimenea encendida.)* ¡al fuoco...!
MUÑOZ.– *(Que ha deletreado no sin cierta dificultad el encabezamiento del papel.)* ¡Hola!... Pero si va dirigido a ti, Borbona... Sí, sí... Es una carta.
LA PUTA NAPOLITANA.– ¿Una lettera?
MUÑOZ.– Una lettera... Y mira: A Su Majestad la Reina Gobernadora... y la firma, la firma...
LA PUTA NAPOLITANA.– ¿Qui ha il atrevimento di...?
MUÑOZ.– Hola..., la firma Luis Candelas... Luis Candelas...
LA PUTA NAPOLITANA.– ¿Luis...?
MUÑOZ.– *(Cogiéndola del pelo en broma y volviendo a fingir el folletín operístico.)* Ah, puttana... ¡Conque ahora me engañas con el ladrón de los Madriles! Castiza tenías que ser, joía...
LA PUTA NAPOLITANA.– *(Interesada, al igual que su esposo, por el nombre que ha aparecido en la mente de ambos como un relámpago.)* Luis Candelas...
MUÑOZ.– Luis Candelas...
LA PUTA NAPOLITANA.– *(Muy interesada.)* ¿Cosa dice? Legge...
MUÑOZ.– ¿Quieres que te la lea?
LA PUTA NAPOLITANA.– Súbito...
MUÑOZ.– Ay, madonna, a lo mejor te leo tu sentencia de muerte, porque si me vas a engañar con un ladronzuelo, no veas...
LA PUTA NAPOLITANA.– *(Que empieza a impacientarse.)* ¡Ma legge, peccatto...!

MUÑOZ.– *(Acercando el papel a un quinqué.)* Hum... «Señora: Luis Candelas, condenado por ladrón a la pena capital por la audiencia territorial, a Vuestra Majestad desde la capilla acude reverentemente...»

LA PUTA NAPOLITANA.– *(En un arranque de sincera compasión.)* ¡Santa Madonna...!

MUÑOZ.– No estaba enterado, fíjate... Condenado a muerte...

LA PUTA NAPOLITANA.– A morte... *(Lo ha dicho como en un eco lúgubre.)*

MUÑOZ.– Escucha, que es un poco largo... «Señora: no intentaré contristar a Vuestra Majestad con la historia de sus errores en la descripción de su angustioso estado. Próximo a morir, sólo implora la clemencia de Vuestra Majestad...» *(Dejando de leer.)* ¡Anda la órdiga...!

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Que parece afectada.)* ¡Santa Madonna...!

MUÑOZ.– *(Volviendo a la lectura.)* «... a nombre de su augusta hija, a quien ha prestado servicios y por quien sacrificaría gustoso su vida, que la inflexibilidad de la ley cree debida a la vindicta pública y a la expiación de sus errores... *(*MUÑOZ *deja de leer al ver que su costilla se limpia las lágrimas.)* ¿Sigo, Cristinita?

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Con voz quebrada.)* ¡Sigue, oh, sigue...!

MUÑOZ.– «El que expone, señora, es acaso el primero en su clase que no acude a Vuestra Majestad con las manos ensangrentadas: la fatalidad le condujo a robar, pero no ha muerto, herido ni maltratado a nadie...» *(Dejando de leer.)* El muy bribonazo...

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Llorosa.)* Il povero... Legge, legge, legge...

MUÑOZ.– «... El hijo no ha quedado huérfano, ni viuda la esposa por su culpa. ¿Y es posible, Señora, que haya de sufrir la misma pena que los que perpetraron esos crímenes? He combatido, Señora, por la causa de vuestra hija...»

LA PUTA NAPOLITANA.– *(Dando un respingo.)* Allora es liberal... ¿Es liberal quel cornuto?

MUÑOZ.– Espera, leche. Deja que termine... «He combatido, Señora, por vuestra hija. ¿Y no merecerá una mirada de consuelo? Ah, Señora. Esa grandiosa prerrogativa de ser árbitra en este momento de su vida, empleadla con el que ruega próximo a morir. Si los servicios que prestaría a Vuestra Majestad si se dignase a perdonarle son de algún peso, creed señora que no los escaseará. Si esta exposición llega a vuestras manos, ¿será posible que no alcance gracia de quien tantas ha dispensado? A Vuestra

Majestad, Señora, con el ánimo de quien sabe a la hora que ha de morir, ruego encarecidamente que le indulte de la última pena para pedir a Dios vea Vuestra Majestad tranquilamente sentada a su augusta hija sobre el trono de sus mayores... Capilla de la Cárcel de la Corte, a 4 de noviembre de 1837, a las doce de la mañana. Luis Candelas Cajigal...» ¡Anda, chúpate esa...! *(Y entrega a su costilla el papel, que lo coge, se lo lleva a las narices para olerlo y queda suspensa sin la emoción primera.)*

La Puta Napolitana.– Dicen que es un perdis simpático... Un uomo davvero... ¿Tú lo llegaste a conocer?

Muñoz.– ¿Yo? ¿Y cómo había de conocerle?

La Puta Napolitana.– Fue el que robó a la Vicenta, mi modista. ¿Ricordi? Quel robo... *(Airada de pronto.)* E quella puttana me dijo que no le había pagado los abrigos de astracán... ¡La muy puttana...! Ay, Muñoz, guarda, io non son...

Muñoz.– Dime, Crista, pide por esa boca, ordena...

La Puta Napolitana.– Si fuera possibile... Tan giovanne...

Muñoz.– ¿Posible? ¿El qué? ¿Indultar a ese perdido? Estás loca...

La Puta Napolitana.– ¿Per qué?... ¿Per qué non e possibile?

Muñoz.– Pero ¿no te das cuenta, Crista? ¿No te das cuenta de que todos sus amigos liberales, esos que dicen que apoyaron a tu augusta hija, no te lo perdonarían? ¿Y qué me dices de los masones?, ¿eh? De los hermanos del tal Candelas. Tú qué sabes, mujer, tú qué sabes... Trae acá... *(Coge el papel y va a echarlo a la chimenea, pero ella le detiene.)*

La Puta Napolitana.– No, no lo quemes... Aspetta...

Muñoz.– No hay nada que hacer, ragazza. Si alzaras un dedo, sólo un dedo por ese perdido, los putos liberales levantarían ante la opinión pública el velo de nuestro casorio y a coger el petate los dos, y tu Isabelita se quedaba sin trono. Hazme caso. Tranquila. Nada...

La Puta Napolitana.– Oh, terribile, terribile. ¡Un uomo cosi giovanne...!

Muñoz.– No es tan guapo como dicen. ¿Sabes? Es pequeñajo. A mí me llega por aquí... Y es un ladronzuelo. Un ladronzuelo...

La Puta Napolitana.– Un ladro, un ladro. ¿E qui non e ladro in questo paese? ¿Qui?

Muñoz.– *(Alzando su dedo en aguda sentencia.)* Ahí, ahí has dicho la verdad, Crista, ¿quién no es ladrón en este país? Pues ahí está la cuestión,

ahí mismamente, cara mía, que hay demasiada competencia. Todos esos ministros que no hacen más que robar tenían mucha envidia a Candelas, porque Candelas robaba con arte, con arte fetén, y no como ellos, con mala traza. ¿Capito? Candelas les pone a todos en evidencia y por eso quieren eliminarle. Hazme caso, que yo conozco el paño. Tú tranquila y que ese pillastre vaya a ponerse el corbatín de acero que estatuyó tu esposo que en gloria esté, y no hablemos más... *(Guarda el papel en el bolsillo.)*

LA PUTA NAPOLITANA.– E triste, molto triste...

MUÑOZ.– La vita, la vita... La vita é triste. Pero a cada puerco le llega su San Martín... No te metas en líos. Crista, por nuestro secreto matrimonio no te metas en líos. Ya sabes que si descubren nuestro casorio...

LA PUTA NAPOLITANA.– Oh, no, no... *(Abraza a su cónyuge.)*

MUÑOZ.– *(Abrazado a ella y acariciándola el pelo.)* Yo haré lo que pueda. Veremos si se puede hacer algo con esos cabrones. Qué sé yo..., hasta forzar una fuga. Pero hablar a los ministros, no, créeme, no, que son unos jodíos envidiosos. Los conoceré yo...

(La PUTA NAPOLITANA *se deja estrechar entre los hercú-1eos brazos de su apuesto guardia de Corps, mientras la carta del pobre Candelas resbala hasta caer en la alfombra, iluminada por el resplandor rojo de la chimenea, como en un fatal presagio.)*

Segunda entrega. Addio a la vita

De cómo Luis Candelas no termina de creerse que vayan a llevarle al garrote vil.

En el «Saladero», o séase, en la cárcel de la villa, el susodicho Luis Candelas *Cajigal consume sus últimas horas de vida a compás de la suculenta cena que le han traído los carceleros, como es costumbre cuando se trata de los condenados a la última pena, y en el caso que nos ocupa, tratándose del famoso ladrón de los Madriles, la cosa alcanza notable solemnidad. Pero* Luis Candelas, *rebosante de su vida treintañera y su historia chulapa y arrojada, no termina de creerse, naturalmente, que vaya a terminarse su historia. Ni tampoco parece creerlo el* Tuerto, *carcelero que lo atiende muy paternal.* Luis Candelas *ha alejado arteramente a los* hermanos de la Paz y de la Caridad, *que con su semblante torvo asisten a la escena en el otro extremo del gran camaranchón, pasando el rosario entre sus amarillos dedos cadavéricos. Es a prima hora de la noche y fuera se oye el bullicio del Madrid popular: guitarras, cascabeles, gritos de niños, etc.*

Candelas.– *(Mojando pan en salsa de tomate y llevándoselo a la boca, que queda pintada de sangre.)* Superiores, sí señor, superiores están estos huevos con atún... Pa chuparse los dátiles, compare e mi alma, te lo dice el que lo es, Luis Candelas... Prueba si quieres...

Tuerto.– Tú come, niño, come. Que a mí me da gozo verte comer así. ¡Cómo se nota que estás en la flor de la edad...!

Voz lúgubre y lejana del hermano de la Paz y de la Caridad.– Ave María Purísima...

Candelas.– Hay que aprovecharse, que de éstas caen pocas...

TUERTO.– *(Hablando con un dejo trágico, que trata de evitar.)* Que no sea la última, hijo, es lo que hace falta...

CANDELAS.– *(Levantando la cabeza y moviéndola como un gallito peleón.)* ¿La última? ¿Va a ser ésta la última? ¿De qué, ninchi? ¿O es que te crees que este cuello va a ir a ponerse el corbatín mañana?... ¿De qué?...

TUERTO.– Valiente disparate. ¿Quién iba a decir semejante cosa? Estaría bueno, niño... *(Trayendo otra fuente de guiso.)* Aquí ties tus callos. A ver si están como te gustan...

CANDELAS.– *(Oliendo muy sibarita.)* Huele que...

TUERTO.– Pos si güelen bien, mejor sabrán... Anda y mete el cucharón...

CANDELAS.– Lo que pasa es que voy a reventar de tanto comer, y en ese respective sí que puede llegar el resultado de que la palme y sea la última manduca...

TUERTO.– *(Ofreciendo, muy celestinesco, el jarro de vino.)* Pa eso está aquí el Valdepeñas que no premitirá...

CANDELAS.– ¡Y ele!... El Valdepeñas... *(Elevando el vaso y poniéndolo al trasluz.)* ¡Compañero de mi vida, compare grande que tantas penas me quitaste en esta vida!... *(Tras una pausa y bajando el vaso con voz grave y cavernosa.)* Y espero que me sigas quitando... *(Echándose el vaso al coleto.)* ¡Adentro de nuevo y adelante...! *(Al carcelero.)* Tómate otro tú, Tuerto...

TUERTO.– Eso sí... Ahí sí que te acompaño, que pa otra cosa no está uno ya en edad... *(Beben los dos.)*

CANDELAS.– *(Chasqueando la lengua después de apurar el vaso.)* Fíjate lo que te digo, compare... El día que me toque rendir cuentas al Dios que está en los cielos, que espero que sea tarde, yo pienso ir y decirle... (porque yo soy creyente, aunque digan por ahí que soy masón de ésos), pues voy a decirle a Dios: «Compare, si te tengo que dar gracias por algo que me ha dao la vía, ha sío por ese vino de las cepas valdepeñeras que tanto me ayudó a pasar los malos trances. Gracias a esos buenos, tragos, Dios mío, pude soportar los malos que me dieron». Eso le vaya decir al Padre Eterno. Palabra de Candelas...

TUERTO.– *(Que parece muy emocionado.)* Y... Él sabrá agradecértelo, porque su hijo Jesucristo por algo lo bendeciría, digo yo...

VOZ LEJANA Y CAVERNOSA DEL HERMANO.– Ave María purísima...

CANDELAS.– Y también tendría que darle las gracias por estos dátiles que me dio, gloria de mi familia, de mi barrio y mi pueblo, Madrid de mi alma, que han sabido abrirse camino por todas partes...

TUERTO.– ¡Y ele, niño...!

CANDELAS.– *(Que ha empezado a atacar la cazuela de callos.)* Están superiores los callos. También habría que dar las gracias al Señor por los callos que nos hemos comido en tos estos años. Cazuelas de callos en las tabernas de Lavapiés, en el Graznío, la Imperial, el Trucha, la Almudena..., con güenos compares como el Paco, el Balserio, la Aurorilla, el Matarene, la Bingarda, el Mostarajo... ¡Ay, leche, que Madrid es mucho Madrid y no se olvida en un decir Jesús!... Figúrate. Tuerto e mi alma, que lo único que yo siento en estos momentos es no estar callejeando por las calles de mi pueblo, mi Madrid de mi alma. Eso es lo único que yo siento ahora, no estar rompiendo los faroles de la Puerta e Guadalajara, ni correteando por las Cavas de tasca en tasca, de candil en candilejo. ¡Cuando a esta hora Madrid es una bullanga de cantes y rebuznos, cada cual en su puesto! Eso es lo que siento, que otra cosa, na. Porque a mí no me apiolan así como así... ¿Eh, Tuerto?

TUERTO.– ¡Digo!..., a ti. Pues no ties que limpiar faltriqueras ni na, ni bolsos que has de arrejuntar. ¡Pa un día, ni dos...!

CANDELAS.– Y que soy Luis Candelas y soy madrileño. ¡Na, pa decirlo de una vez...! *(Masticando lentamente los callos.)* Estos callos están fetén, compare. Una pena que no tengas dientes...

TUERTO.– Ya ves tú... Yo sí que he cumplío...

CANDELAS.– *(Iluminado por una idea.)* Oye, una cosa quería preguntarte. Ahora me viene a la chola. ¿Es verdad que está aquí Manolo Lucas, el torero?

TUERTO.– Anda, pos claro. Y creí que lo sabías. Condenado al... corbatín tamién...

CANDELAS.– ¿O séase que es verdad, que a ése lo llevan tamién al palo?

TUERTO.– A ése no le salva ni la paz y la caridad. ¿No ves que tie las manos manchás de sangre...?

CANDELAS.– Sí, ya lo sé. Dio de cuchilladas a un asolutista. No estamos en el mismo caso. Alza... *(Levanta satisfecho el vaso y vuelve a beber.)* Pero eso no quita que el maestro Lucas sea un torero con toas las del veri. Por muy «negro» que sea, oye. Que yo le he visto mover el percal en la plaza y...

TUERTO.– Poco lo va a mover ya...

*(*VOZ DE LOS HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD *bisbiseando lúgubremente las avemarías.)*

CANDELAS.– Oye, Tuerto. ¿Y no podría venir el maestro Lucas a compartir la cena conmigo? Yo lo convidaba de buen grado. ¿Eh?

TUERTO.– Imposible. Está aislado. Pronto bajará aquí sólo, como tú, y entonces...

CANDELAS.– *(Lleno de arrebato.)* Será cuando yo esté libre y feliz bajo esos cielos de mi Madriz de mi alma...

TUERTO.– Así será, si Dios lo quiere...

CANDELAS.– Pues oye: si el maestro Lucas no pue venir a compartir esta cena, mándale esta fuente e callos y esta bota e vino y dile que es de parte del maestro Candelas, pa que coma y beba a su salud...

TUERTO.– Así lo haré, si no mandas otra cosa...

CANDELAS.– Que vea por lo menos que alguien se acuerda de él... *(Está echando el vino en la bota.)* Si por mí fuera convidaba a toda la chusma presidiaria. Ya sabes cómo las gasto. Anda, llévale eso...

TUERTO.– *(Va hacia la puerta y llama con un gran vozarrón.)* ¡Calabocerooo...!

CANDELAS.– *(Con la bota de vino en la mano se pone en pie y echa un buen lingotazo.)* Hasta verte. Cristo mío... *(Baja la bota y se encara con los dos* HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD*.)* ¿Y sus mercedes no quieren echar un trago, u qué? *(Deniegan los dos cofrades.)* ¿No quieren compartir un trago con uno que va a comparecer ante el Señor de los Cielos...? *(Como los otros siguen denegando con gestos de gran gravedad, el bandido suelta una gran carcajada y les enchufa el vino de la bota a la cara, rociándola como de sangre. Ellos dan un respingo, se levantan, se sacuden.)* ¡Alegría por tol cuerpo, leche! El vino no se desprecia...

TUERTO.– Pero muchacho, muchacho...

(Aparece el CALABOCERO, *un rapaz con la cabeza monda, descalzo y mugriento.)*

CALABOCERO.– ¿Manda su merced?

TUERTO.– Pasa, coge esa fuente e callos y esta bota y llévasela al maestro Lucas, el de la celda de pago. ¿Te enteras?

CALABOCERO.– ¡Digo!..., el gran torero... A lo que ordenen usías...

TUERTO.– Y cuidadito con que la mercancía llegue entera a su destino...

CALABOCERO.– *(Que ha cogido la fuente de callos y la bota con mucho entusiasmo.)* Sí, señor...

TUERTO.– Porque si no, te rompo las costillas con la verga...

CANDELAS.– Bebe un trago, chacho. Si quieres beber un trago, bébelo. Que lo paga Luis Candelas...

CALABOCERO.– *(Yendo hacia él lleno de unción popular.)* ¡Mare mía, Luis Candelas, el pae de los pobres!...

CANDELAS.– ¿Qué padre de naide?... Un artista, eso sí...

CALABOCERO.– Me deje que le bese la mano, gachó...

CANDELAS.– *(Retrocediendo.)* La bota, échate un tiento güeno y llévatela pa arriba. Al maestro Lucas y con el maestro Lucas que beban tos los angustiaos de este estaribel. Porque... ¿sabes, muchacho? Mañana éste que lo es sale libre. Y hay que celebrarlo.

CALABOCERO.– Que sea mucha noagüeña, señor Candelas...

TUERTO.– *(Retirando ya al muchacho.)* Anda y largo ya, que se enfrían los callos...

(Coge por el cogote al CALABOCERO *que lleva la fuente de comida y la bota y lo empuja hasta la puerta. Hay ahora un leve silencio. Silencio punteado por el rezo más bien siniestro de los cofrades de la paz y de la caridad que bisbisean avemarías a través de sus desdentadas bocas.* CANDELAS *va hacia el ventanal enrejado y mira hacia fuera.)*

CANDELAS.– ¡Vaya estrellones! El frío del invierno los hace relucir. Hermosa noche madrileña... *(Volviendo hacia el* TUERTO.*)* Pero pronto estaré otra vez debajo de esos luceros. Pronto. Porque la reina me va a indultar. Me va a indultar la reina... *(A los* HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.*)* Dejar ya vosotros de tanto rezo, porque Luis Candelas no lo necesita. La reina gobernadora me indultará. La escribí una carta esta mañana. Una carta hermosa y clara. Yo no he matao a naide. No he manchao estas manos de sangre. Sólo las manché de vino, de vino y de dinero

maldito, pero de sangre no. No hay ninguna niña que pueda llamarse huérfana por culpa mía, ni he dejado a ninguna mujer viuda, ni a ningún hijo sin padre... ¿Y me van a matar a mí? *(Va poniéndose nervioso sin quererlo.)* ¡Sería mucha injusticia...!

TUERTO.– *(Sujetándole la mano.)* Tranquilo, tranquilo. No te acalores. Que tú siempre fuiste un madrileño mu entero. Que te conozco desde que eras así...

CANDELAS.– *(Reaccionando.)* Cuando pisé por primera vez la trena en la «gallinería», donde tú eras entonces el vechi del estaribel. Me acuerdo de los zurriagazos que nos metías, canalla...

TUERTO.– Mantener el orden entre toa aquella mocería no era grano de anís, compare. Y mira el recuerdo que tengo de entonces, *(Señala el ojo* TUERTO.*)* de aquel niño que me metió la ganzúa por el ojo...

CANDELAS.– Me acuerdo como si fuera ayer. *(Volviéndose hacia los hermanos.)* Señores: no había cumplido los dieciocho años y ya sabía lo que era el estaribel. Aquí el Tuerto no me dejará por embustero...

TUERTO.– ¡Quia, hijo, quia...!

CANDELAS.– Y salí, y volví a entrar, y volví a salir..., y conocí los presidios más afamaos de España, desde Alhucemas a Vasconia. Y aquí estoy. Y de aquí saldré. *(Jurando.)* ¡Por éstas!

(Los dos HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD *se acercan lentamente hasta dejarle oscurecido en el ángulo de sombra que forman sus siluetas talares.)*

Tercera entrega. Una indeclinable vocación

De cómo la madre de Luis Candelas protege a su pobre cachorro frente a la maldad de la época.

Los dos Hermanos de la Paz y de la Caridad, *despojados de sus holapandas siniestras, son ahora dos artesanos plebeyos del barrio de Lavapiés, dos jayanes de la garlopa, vestidos de calzón corto, faja y monterilla, los cuales tienen apresado a* Luisito Candelas, *un muchachito de unos diez años, cabezudo, al cual están dando coscorrones y cachetes.*

Mozo 1.– *(Pegando al chicuelo.)* ¡Ladrón, ladrón, ladronazo, te voy a eslomar...!
Mozo 2.– ¡Pillo, escarramán, bandolero, garduña...!
Mozo 1.– A la guardia te vamos a entregar, pa que te lleven a la «gallinería».
Mozo 2.– ¡Pero antes le habemos de baldar!... ¡Toma, toma, mameluco, mameluco...!

(Le dan coscorrones, cachetes sin que el chicuelo vierta una sola lágrima, sino que se debate simplemente entre los dos zánganos. Al fin, en un momento logra desasirse de sus opresores y escapa. Cuando está a prudente distancia de ellos, les increpa.)

Luis.– ¡Cagüen Fernando Sértimo y en vosotros también, hijos de la gran puta, que me habéis de pagar...!
Mozo 1.– *(Lanzándose hacia él.)*... ¡Cagüen, lo mato!
Mozo 2.– ¡Lo matamos...!

LUIS.– *(Esquivándolos con graciosos regates que recuerdan al torerillo frente a los morlacos.)* Ya viendrán mis amigos los liberales, ya viendrán, perros malditos. ¡Y os tengo que ver dando pataletas al aire...!

MOZO 1.– *(Ha sacado una faca enorme de matón y se lanza a él.)* ¡Le corto el pescuezo; a este niño le corto el pescuezo como me llamo Macabeo...!

LUIS.– *(Dando grandes gritos.)* ¡Madre, madre, madre, que me matan...! ¡Ay, mi madre, que quieren matarme...! ¡Ay...!

(Aparece una tarasca de mantón y redecilla en el pelo que se lanza a acoger al niño, al que sujeta en el regazo con el aire de una mujer mártir.)

LA MADRE.– *(Protegiendo a la criatura y encarándose jarifa con los agresores.)* ¡Atacando a un niño, a una criaturita, con una faca!... Habráse visto. ¡Con una faca, a un pobre niño...!

LUIS.– ¡Ay, mare mía!... *(Se oculta bajo el mantón de la tarasca, el bulto del niño jadea bajo el corpachón de la* MADRE.*)*

MOZO 1.– *(Cerrando la navaja y metiéndosela en la faja, a la vez que escupe por el rabillo de la boca.)* Ya está... Ya apareció doña Genoveva e Bramante...

MOZO 2.– ¡La madre que la echó...!

LA MADRE.– Pero ¿es que aquí no hay autoriá, aquí no hay guardia, aquí no hay seguridá pal ciudadano, u qué? ¡Vecinos! ¡Vecinos!

MOZO 1.– Señora..., ssssseñora... A ver si...

LA MADRE.– *(Gritos.)* ¡Pos si es verdad! ¡Mía que amenazar a un niño con una navaja! ¿Aónde se ha visto eso?

MOZO 1.– ¡Cagüen!... No con una navaja, con un cañón le iba...

MOZO 2.– Mía tú la criaturita...

LA MADRE.– Cómo se nota que vivimos tiempos de avasallamiento... ¡Amos, amenazar a un niño con una navaja!... ¡Pero güeno...! *(Dando cachetitos cariñosos al bulto que solloza bajo su mantón.)* Calla, hijo, calla, que ya ties a quien te defienda...

MOZO 1.– Robándome pastelillos tol día, eso es lo que hace su hijito de usté, mal rayo le parta...

MOZO 2.– Y a mí robándome melones en cuanti que me descuido...

LA MADRE.– ¡Pa melón, usté...!

MOZO 1.– Oigusté, me voy a la guardia pa que se lleven a su niño a la jaula, aonde tie que estar...

LA MADRE.– ¡Vaya usté aonde quera, so gabacho..., servilón, mandilón!

MOZO 1.– ¡Huy, la tía...!

LA MADRE.– Ande, saque la faca, saque la faca y amenáceme a mí. A ver si se atreve... Ande, a ver si se atreve, chulapo de mierda. ¡Ande...!

MOZO 2.– Amonos, Macabeo, ámonos. Es mejor...

MOZO 1.– Sí, nos largamos..., pero le juro por éstas *(Hace la cruz con los dedos.)* que a su niño lo encierro yo como me llamo Macabeo Villanueva...

MOZO 2.– Eso si no lo esgraciamos antes...

LA MADRE.– ¡Agur y viento fresco...! ¡Mía tú...! *(Contemplando jarifa cómo se alejan los matones.)* ¡Y más sos valiera que vuestras mujeres no sos pusieran los cuernos! Ahí, ahí se ven los hombres y no maltratando a una criaturita... *(Sacando a su hijo de debajo del mantón.)* Y tú cállate, cállate ya, que se han ido. Ya se han ido, hijo. Ya está aquí tu madre pa protegerte...

LUIS.– *(Llorando con todo su arte dramático.)* Me querían matar, mare...

LA MADRE.– El que te va a matar va a ser tu padre, si se entera. Que no se entere tu padre, porque como coja el vergajo...

LUIS.– Tú le puedes, madre, tú ties más fuerza que él...

LA MADRE.– Calla, calla, que me vas a matar. ¿Por qué te ha dao esa manía de coger to lo que encuentras? ¿Eh? ¿Por qué?...

LUIS.– Por naaa...

LA MADRE.– Te he dicho que me lo pidas a mí... Pues no, ties que ir a cogerlo de esos bandíos, que un día te van a esgraciar, pobre hijo mío... Si te estuvieras en el taller trabajando con tu padre... Con las manos que ties tan preciosas..., *(Besa las manos del chico.)* estas manos de oro pa labrar la maera, que no tien precio. Pero no, tie que ir a mangar por ahí... Anda, anda... *(El niño se suelta del regazo de su* MADRE *y sale corriendo muy alegre.)* Vete corriendo al taller. Ahí es donde tenías que estar. Que los tiempos están mu malos y la gente es mu canalla. ¡Ay, los años de hambre y miseria que estamos pasando...! *(Hablando sola en el callejón de Lavapiés.)* ¡Qué creatura, Santo Dios, qué creatura! Claro, como es tan listo. Cualisquiá le sujeta. Dende que mamaba ya tenía esa cosa de agarrarlo to. Tie esa cosa, que se le van las manos aonde brilla. Mismamente como las urracas, que agarran to lo que brilla. ¡A ver!... Po-

bres creaturitas, ¿qué saben ellos? Con lo bueno y cariñoso que es mi Luisillo y van esos gigantones y le amenazan con una navaja. Hay que ver. Virgen bendita, lo mala que es hoy la gente. ¡Cosas de estos tiempos de «solutismo»...!

(Aparece otra tarasca muy zarrapastrosamente vestida, con un mantón hecho flecos de puro roto y la cabeza envuelta en sucios pañuelos que le dan un aire de morisca.)

La comadre.– Pero, María, ¿se pue saber lo que haces ahí hablando sola?...

La madre.– Ay, calla, que no me había percatao...

La comadre.– Te estoy oyendo ahí venga a darla a la sin hueso y digo, digo, pero ¿es que a la María la Carpintera le ha dado una sofocación, o qué?...

La madre.– Na, cosas del muchacho mío, el pequeño...

La comadre.– ¿El Luisín?

La madre.– El Luisín, sí, hija, que es más travieso...

La comadre.– Pobrecito. Es más cariñoso. ¿Sabes que me trajo el otro día una docena de pieles de gato na menos?

La madre.– Fíjate...

La comadre.– Yo no sé esa creatura dónde encuentra lo que encuentra. Es más listo. Una garduña. Eso, es una garduña. Cuando no me trae una gallina, me trae una paloma...

La madre.– Vamos...

La comadre.– Es tan cariñoso conmigo, por aquel de que una lo vio nacer y asistió al parto, ¿te acuerdas?

La madre.– ¿No me voy a acordar? Si cuando nació paecía ya una lagartija de tanto como se movía, que no había manera de pararlo quieto. ¿Te acuerdas?

La comadre.– Claro que me acuerdo y de lo que te dije. ¿No te acuerdas de lo que te dije, María?

La madre.– ¡Huy, tantas cosas...!

La comadre.– Pues te dije que ese niño iba a llegar lejos, pero lejos, lejos, lejos... Ese niño sabe latín...

La madre.– Sí que es listo, sí. Tie una cabeza que... Ahora le va a poner su tío a estudiar en los Reales Estudios de San Isidro. Va a estudiar eso, latín...

La comadre.– A ése lo ves de obispo por lo menos. Y si no al tiempo. ¿Qué digo obispo? Cardenal o Papa. Dios te ha venío a ver, María, con esa creatura...

La madre.– Ya ves, para que luego me lo maltraten, al probecito...

La comadre.– ¿Quién es el que se atreve a...?

La madre.– Ahí, el Macabeo, el bollero ese, que ice que le quita los bollos...

La comadre.– A él sí que había que quitarle, pero los hígaos; a él y a la marrana e su querindonga, esa que la voy a...

La madre.– Y amenazándole con un navajón, así, comadre, que lo quería matar...

La comadre.– ¡Huy...!

La madre.– Y la creaturita asustá...

La comadre.– Ya podrán, ya podrán... Mía tú el Macabeo, pues sí que ése pue acusar a naide. ¡Dijo la sartén al cazo! Entoavía me acuerdo yo las veces que le vide bajar por la cae Carretas en el borrico e los azotes por ladrón...

La madre.– Aquellos eran otros tiempos...

La comadre.– Y tanto que eran otros tiempos. Ahora con el aquel de que no se azota a nenguno, así medramos...

La madre.– En fin, hija... ¿Y aónde vas?, si pue saberse.

La comadre.– A San Cayetano, a dar una limosna pa los pobres de San Antonio.

La madre.– Ya...

La comadre.– Y dile al Luisito que a ver si viene a mi casa, que le tengo que dar una cosa...

La madre.– Ay, déjale, déjale, a ver si sienta la cabeza...

La comadre.– ¡Qué cabeza ni cabeza, tú déjale que vuele, que vuele como el águila, que ese hijo tuyo que ties, ese hijo tuyo es un águila, pero un águila real de ésas...! Agur, María, y quédate con Dios...

La madre.– Adiós, mi comadre, y que sigas conservándote... *(Queda ensoñada y vuelve a hablar sola de nuevo.)* ¡Un águila real...! ¡Un águila del cielo...!

Cuarta entrega. El aguilucho planea por Europa

De cómo el niño Candelas demuestra tener una ambición napoleónica.

Allá por un descampado a orillas del Manzanares, en una templada mañana primaveral, la criaturita aquella, Luisito Candelas, *el hijo del carpintero de la calle del Calvario, se encuentra en compañía de otros rapaces de su edad –el* Curriyo, *el* Balsa, *el* Tragabuches, *etc.–, componentes de su banda, entretenidos extrañamente en algo que a primera vista parece ejemplar; pues el tal Luisito ha extendido sobre el suelo un par de mapas escolares de buena factura, mapas de Europa y del Mundo, y se entretiene enseñando a sus camaradas la «geografía». El grupo en cuestión, visto objetivamente, merece plácemes, y cualquiera que pasara por el lugar creería que el* Luisito *había montado escuela al aire libre para enseñar a sus colegas, ya que, al ser hora escolar y hallarse los arrapiezos en la calle, no podría pensarse otra cosa, pero si atendiéramos a lo que se dice en esa lección, tal vez fuera preciso mudar de opinión. Veamos.*

Luisito.– *(Señalando con el dedo diversas zonas del mapa.)* Aquí está la Francia, y aquí la Prusia y aquí...

Curriyo.– Y ésta es la España, u séase, la nuestra patria y...

Luisito.– *(Dándole un manotazo.)* ¡Quita ya...!

Curriyo.– ¿Qué pasa?

Luisito.– Que los mapas son míos...

El Balsa.– ¡Güenooo!... Anda, sigue...

Luisito.– Aquí es la Francia y aquí la Rusia... *(Mirando muy cejijunto al* Curriyo, *que parece su lugarteniente.)* y la España y el Portugal y la Turquía...

El Balsa.– Y la tu tía del pueblo...
Luisito.– *(Haciendo caso omiso de la intervención chungona.)* Pues aquí en la Francia es aonde cortaron la cabeza al rey y...
El Balsa.– Y de aonde vinieron tos los hijoputas a invadirnos...
Luisito.– Después, cuando el Bonaparte...
Curriyo.– El Bonaparte...
Un Chicuelo.– *(Lanzándose a cantar estrepitosamente.)* Napoleón, Napoleón mata las chinches con un cañón, con un cañón, con un cañón...
Los demás.– *(Coreando.)* Con un cañón, con un cañón, con un cañón...
Luisito.– *(Que deja a su alumnado expansionarse, luego de que cesa el coro.)* Pos aquí, en la Francia, hay mucho que aprender, porque eso es lo que hay que hacer con los tiranos. Cortarles el pescuezo...
Los demás.– *(Muy contentos y alborozados.)* ¡El pescuezo, el pescuezo, el pescuezo...!
Luisito.– En cambio, fijarse, ninchis, aquí en la Rusia, aquí en la Rusia...
Los demás.– En la Rusia, la Rusia..., ¿qué?
Luisito.– *(Escupiendo por el rabillo de la boca.)* Un país de esclavos. Eso es un país de esclavos...
Curriyo.– U séase, como el nuestro...
Luisito.– Como el nuestro...
El Balsa.– *(Metiendo el dedo en el mapa.)* Y esta bota dicen que es la Italia...
Luisito.– *(Muy terrible.)* Donde vive el tirano más grande de toda la tierra, amos, de to el orbe...
Un ingenuo.– ¿Quién?
Curriyo.– ¿Y quién va a ser?
Los demás.– El Papa de Roma, otra...
Luisito.– Ése es el tirano más grande del mundo...
El Balsa.– Y de ahí vien acá toas las putas pa hacer de reinas. ¿A que sí, Luisito?
Luisito.– ¡Toma...!
Un ingenuo.– ¿Y aónde cae Madriz?
El Balsa.– *(Dándole un papirotazo.)* Aquí..., ¿no lo ves, cateto?
Luisito.– Güeno, sin meter la garra en el mapa, que lo estropeas...
El Balsa.– Éste ha metío los dedazos...
Curriyo.– Están mu requetebién estos mapas, pero que mu requetebién. Mejor que los de mi colegio...

LUISITO.– *(Muy orgulloso.)* ¿Vas a comparar tu colegio con los Reales Estudios de San Isidro, de aonde son estos mapas?
EL BALSA.– No ices tú na...
CURRIYO.– ¿Y cómo los has mangao? Enrollándolos, ¿no?
LUISITO.– Ya ves tú si será difícil sacar mapas de allá.
CURRIYO.– Al estar colgaos es otra cosa. Pero en mi colegio, como lo tien pegao con engrudo, cualisquiera los arranca e la pared...
LUISITO.– Poes éstos estaban bien sujetos. Y fijarse si son grandes...
MURMULLOS DIVERSOS.– Grandes, y bien grandes... Menudos... ¡Uh...!
LUISITO.– Y me los saqué delante e los bedeles...
EL BALSA.– Anda, que si te pillan...
LUISITO.– Güeno, pues eso, que aquí en la Rusia, tiranos. En la Italia, tiranos; en la España, tiranos; en el Portugal...
CURRIYO.– Tiranos por tos laos...
EL BALSA.– Tiranos y tiranos...
LOS DEMÁS.– *(Enardecidos.)* ¡Mueran los tiranos, mueran los tiranos...!
LUISITO.– *(Intentando proseguir su lección más o menos libertaria.)* U sea: que to esto, que es la Europa...
MURMULLOS.– La Uropa...
LUISITO.– Es el mundo en que vivimos...
EL BALSA.– ¡Toma...!
LUISITO.– El mundo e los tiranos, el mundo, el despotismo...
UN EXALTADO.– Mecagüen su mala sangre...
LUISITO.– Y un mundo e ladrones... Y lo que había que hacer es...
EL BALSA.– Colgarlos a tos de los árboles. *(Señalando los pocos árboles de la ribera.)* Ahí, ahí, ahí...
LUISITO.– Sos lo digo pa que sepáis en el mundo en que vivís, mochachos...
CURRIYO.– ¿A mí? ¿A mí me vas a decir tú? ¿A mí?... *(Y diciendo esto se quita el chaleco y las demás prendas que cubren su torso para dejar al descubierto las marcas que tiene sobre la piel.)* ¿Y esto? ¿Qué es esto?

(Los chicos observan las trazas de los malos tratos sin que, en verdad, se asombren demasiado.)

LUISITO.– Bueno, ¿y qué?
CURRIYO.– ¿Qué? Pos lo que el tirano e mi pare me hace tos los días con el tirapié...

LOS DEMÁS.– *(En retazos de frases.)* Pos anda que el mío... Sí me bajo los calzones yo... Pos y mi maestro, que me da ca verdugazo... Amos y anda ya, Curriyo... Pos mía que...

LUISITO.– *(Levantando el dedo y poniendo orden en la clase.)* ¡Silencio!... A ver si nos poemos entender... Ca cual tie su razón pa aborrecer a los tiranos. Ni tu pare, ni el tuyo, ni el mío tien la culpa. La culpa está en el aquel de la tiranía que se extiende por to este mundo en que vivimos, éste, éste, éste... *(Y el puñetero niño da grandes puñetazos sobre el mapa.)*

LOS DEMÁS.– *(Aplauden.)* ¡Y ele!... Asín se habla... Ésa es la fija, gachó...

LUISITO.– U séase, que...

(En ese momento aparece un niño pelado al rape que, al parecer, había sido puesto de vigía.)

NIÑOS.– ¡Queo, queo, agua, agua...!

LUISITO.– ¿Pasa? *(Los demás rapaces ya se disponen a poner pies en polvorosa.)*

NIÑO.– ¡Los guris, los del Resguardo, que vien ahí...! ¡Ahí están...!

LUISITO.– *(Poniéndose de pie y deteniendo la desbandada.)* ¿Aónde vais? Quietos tos... Pero ¿qué pasa? ¡Aquí tos...!

(Los NIÑOS, *ante la perentoria orden del jefe, se mantienen en pie dubitativos sobre qué partido tomar, si salir corriendo o quedarse quietos, cuando ya aparecen los dos* GUARDIAS DEL RESGUARDO, *con sus buenos bigotes.)*

LUISITO.– *(Señalando el mapa, mientras los demás se van sentando lentamente de nuevo.)* La Francia, que limita con España por los Pirineos; el Portugal, que limita con la nuestra patria por...

(Los NIÑOS *aparecen sin resuello ante la presencia de los dos jayanes de uniforme.)*

EL GUARDIA.– *(Que tiene evidente acento asturiano.)* Sigue, sigue, guaje, non te amilanes... *(Volviendo a su compañero.)* ¿Y qué te parece, Montánchez, lo aplicaos que son estos guajes?...

LUISITO.– *(Con una sonrisa candorosa.)* Na..., que estábamos aquí repasando la lición de geografía...

EL GUARDIA.– Ya, ya...

EL OTRO GUARDIA.– *(Con acento andaluz.)* Y aluego dirán que lo mochacho zon azín y azán...

CURRIYO.– Claro, como el maestro se ha puesto malo con lo de la cólera, pos habemos salío aquí a hacer el repaso...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Vaya, ni falta que lu jures, que ya lu estamos viendo... Mira si son aplicaus éstos...

EL GUARDIA ANDALUZ.– ¿Y zoz habei traío la mapa y to...?

LUISITO.– A ver...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Mía si son apañaus los chicuelus. Da gusto verles... Anda, seguir, seguir con la lición... No pasa na...

EL GUARDIA ANDALUZ.– *(Señalando con su huesudo dedo el mapa.)* Ahí tie, Carballido, Ezpaña. Ezo e Ezpaña...

EL GUARDIA ASTURIANO.– *(Usurpando la plaza del* MAESTRO.*)* Amus a ver, guajes... Sus voy a hacer una pregunta...

LUISITO.– Pregunte, pregunte...

EL GUARDIA ASTURIANO.– A ver, a ver si sois tan listus como parece... ¿A qué se parece en la forma la nuestra patria, eh? *(Guiñando un ojo a su compañero.)*

EL GUARDIA ANDALUZ.– Venga...

(Los chicos fingen estupor ante la pregunta. El CURRIYO *se pone los dedos en la cabeza en forma de cuernos.)*

EL GUARDIA ANDALUZ.– ¿A que no eztái enterao?

EL GUARDIA ASTURIANO.– Deja, deja a los guajes...

LUISITO.– Al de los cuernos... Los cuernos, el país de los cuernos...

EL GUARDIA ASTURIANO.– *(Un poco mosca.)* ¿Qué cuernos, ni cuernos?

LUISITO.– La piel de toro. Nuestro país tie la forma e la piel de toro...

EL GUARDIA ASTURIANO.– *(Lanzando un silbido.)* ¿No te igo yo, compañero? Éstos saben latín...

CURRIYO.– El país nuestro tie la forma de una piel de toro extendía...

LOS DEMÁS.– La piel del toro..., del toro...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Vaya y vaya con los rapaces... Mu bien, pero que mu bien... ¿Lo ves compañero? Pa que luego digan. Un premio se mere-

cían estos guajes... *(Metiendo los bigotes en el mapa.)* Y aquí está la Francia... *(Y señala Italia.)*

LUISITO.– Eso es la bota...

EL GUARDIA ASTURIANO.– ¿La bota?

LUISITO.– La bota e la Italia. Porque la Italia tie la forma una bota...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Hombre, y claro que sí... Este niño es...

LUISITO.– Y en la bota está el Papa e Roma... ¡Nuestro Santo Padre!...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Ahí está, claro... *(A los chicos en plan de discurso.)* Asín, asín tenéis que ser, mochachos, asín. Aplicaos. Mirar que la cultura es el aquel del progresu y de to lo güenu del mundo, porque con la cultura iréis a toas las partes. Que tos los males e la patria vien por esu e la falta e la cultura. Y ahí es por ande tenéis que empezar, por la cultura... *(A su compañero.)* ¿Qué te parece, Montánchez?

EL GUARDIA ANDALUZ.– Que ya quizía que er mío eztuvieze con ezto... No hay na ma bonito que uno rapase eztudiando ello zolito... ¿Y aónde viví vozotro?

LUISITO.– Semos de ahí, del barrio y ya digo que como el maestro se ha puesto malo con la cólera...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Así, así se hace... Si tos los guajes fuan comu vosotrus, otru gallu nos cantara... Seguir, seguir así y llegaréis a ser hombres de provechu. Ya puen estar orgullosus de vusotrus vuestrus padres y vuestrus maestrus...

EL GUARDIA ANDALUZ.– *(Al que casi se le saltan las lágrimas.)* Y la patria, la mizma patria tie que eztá orgulloza de vozotros...

EL GUARDIA ASTURIANO.– Hale..., ahí sus queáis y que aproveche la lición...

(Salen los dos SOLDADOS DEL RESGUARDO REAL *verdaderamente edificados ante la aplicación de los hijos del arroyo, y en cuanto se pierden de vista, los rapaces se lanzan a gritar, saltar y gesticular.)*

LOS CHICOS.– ¡Ja, ja, ja!... ¡Viva la patria!... ¡Viva la Pepa!... ¡Viva tu mare!... ¡Viva tu tía!...

LUISITO.– *(Cogiendo el gran mapa y tirándolo por el aire.)* Y mira lo que hago con la Uropa..., ¡la Uropa!..., *(Le da un puntapié en el aire. Los arrapiezos siguen el ejemplo y empiezan a dar puntapiés a los dos mapas.)*

LOS CHICOS.– ¡Abajo la tiranía!... ¡Viva la libertad!... ¡Muera la estrucción!... *(Todo ello adornado con jirones de himnos revolucionarios.)*

Quinta entrega. O Tempora!

Que nos ilustra sobre los tiempos miserables de aquel Madrid absolutista.

Taberna de La Garduña. Corazón de Lavapiés. Tarde tristona de marzo. Sombras y parpadeos de candil que hacen destellar levemente los pellejos de Valdepeñas, cuchicheos y lamentos de hombres ociosos en la flor de la edad. El patrón, un viejo setentón, cojitranco, con la cara llena de chirlos que explican una vida dura por los presidios españoles, recuerda tiempos más felices. Los pillos y 1adronzuelos le escuchan atentos.

El Traganiños.– Peste e pogreso. Peste e pogreso, ya sus igo...

Un borrachín.– *(Que medio dormía en un rincón.)* ¿El po... po...greso?... ¿El po...?

El Traganiños.– *(Dando un tremendo suspiro.)* ¡Qué tiempos aquéllos! Entonces, entonces sí que había hombres. Pero cuando no hay hombres...

El Gato.– *(Un mozarrón con la chola pelada.)* En no habiendo hombres, como si na...

El Traganiños.– Lo mesmo que ahora, fijarse. Lo mesmito. Ahora no hay ni uno que tenga reaños pa sacar la faltriquera a un paleto... ¿O no es verdá?.. *(Murmullos de aprobación.)* Tiempos de Godoy, ésos eran tiempos. Vosotros no sos acordáis de aquel hombre, aquel gran gobernante. Amigo mío. Ahí, ahí mesmo estuvo sentao más de una vez bebiendo mi vino... Aquéllos eran gobernantes que no se menospreciaban por tratar a la plebe..., y hubierais tenío que ver esto; esto era un sarao. Pero ¡un sarao! Aquí, bajo estos techos y alrededor del vino el Traganiños, se reunía la flor y nata e la Corte, pero así, la flor y nata. Fijarse: el Paracleto,

la Niña la Bola, el Zorro e Canillejas, don Paquito Malahoja, el Buitre..., ¡qué sé yo!... Y ahora ya veis...

(Se hace un gran silencio nostálgico que se enseñorea por la estancia.)

UN BORRACHÍN.– *(Rompiendo el silencio.)* ¡El po...greso...!

EL TRAGANIÑOS.– Porque entonces corrían por los Madriles los dineros. ¡Cómo corrían los dineros! Amos, ya sus igo, que bastaba ponerse ahí mesmo en la Puerta e Toledo y esperar al primer andaluz que llegara y dejarle desnúo, pero en coritate vivo. Ochavos, onzas, qué sé yo... Vierais cómo tenía yo ese cuarto lleno de prendas y alhajas... To lo que se llevó la trampa...

EL GATO.– Eran otros tiempos...

EL TRAGANIÑOS.– Digo, si eran otros tiempos. Entonces el pueblo era el pueblo y un gachó de bien no lo era si no pringaba siete capas cuanti menos... ¿Y ahora qué?

EL GALLO VALLECANO.– *(Un sujeto larguirucho con aire clerical.)* Pero si ahora no hay un mal ochavo en to Madrid... Ahora ya pues tener las uñas largas...

EL TRAGANIÑOS.– ¿Qué? ¡Amos anda ya, Gallito!... Lo que pasa es que no hay hombres. Si hubiás vivío en aquellos tiempos, lo hubiás visto. El parné pue esconderse aonde sea; que si hay un majo e veras, lo saca e debajo siete suelos... ¡Amos! Pues sí que al don Paquito Malahoja, pongo por caso, se le ponía na por delante pa dejar más limpio que una patena el palacio e Fernán Núñez mismamente... Lo que pasa es que sus han educao de manera que no valéis ya ni pa engañar al Bobo e Coria, que paece mentira que estéis en la flor de la edá y no sepáis entoavía lo que es vivir y lo que es desfrutar. Los gabachos, Napoleón y el tirano sos han capao, mochachos, y ésa es la fija... y que no me replique naide, ¿eh?, que no me replique naide, porque el Traganiños éste que lo es, el Traganiños *(Y se da grandes golpes de pecho al pronunciar el apodo.)* ha sío mucho hombre, pero mucho hombre, que pa hablar con él había que echar memorial... ¡Pos sí que!..., amos güeno..., ¿qué sos voy a contar?... *(Y dicho esto, muy despectivamente, da la vuelta, despreciando a su auditorio.)*

EL GALLO VALLECANO.– *(Muy malignamente.)* Sí, maese. Traganiños, sí... pero ¿y cuando a usté y a los otros les llevaban por la cae Mayor zurrándoles las costillas el verdugo y pregonándoles...?

EL TRAGANIÑOS.– *(Volviéndose enseguida y encarándose al* VALLECANO.*)* ¡Sí, sí...! ¿Y qué? ¿Qué pasa?... Claro que nos azotaban por las calles e costumbre. Y no una vez, sino muchas... Y a mucha honra... ¡Ja, ja, ja!... Como que nos amilanábamos por eso... Sí, señor, en aquellos tiempos te montaban en un borriquillo y ¡hale!, por las calles, con pregonero delante y papamoscas detrás... *(Ensoñando.)* Te arrimaban la cuenta e doscientos u trescientos azotes, y ahí te quiero ver, que tenías que aguantar el tipo, y probar que eras hombre pa hacerte e pencas... ¿Que si nos azotaban?... ¡Ojú!..., la mar de veces, que el boche, el Peralvillo de aquellos tiempos, ya nos conocía y por eso nos trataba con miramientos y no usaba ya con uno la de tres costuras. Pero en terminando la felpa, ¡hale!, a tu casa y a por otra. En cambio ahora...

EL GATO.– Ahora te ponen el corbatín...

EL TRAGANIÑOS.– *(Que sigue con su ensueño.)* M'acuerdo una vez que me llevaban por la cae Carretas atizándome doscientos, que no son grano e anís, y mi chicuelo, el Marmolillo, que en gloria esté, que era un mochachito asín de pequeño, va y me dice a gritos: «M'alegro, m'alegro... que te peguen, porque tú me pegas a mí...» *(Cayéndosele la baba.)* ¡El angelito!... Asín éramos los hombres en aquellos tiempos. Ahora, ahora, vosotros *(Mirándoles con gran desprecio.)* no aguantaríais ni una tunda e cien rocines, cuanti menos de trescientos como nos daban a nosotros. ¡Vosotros!

EL GATO.– Güeno, sin ofender tampoco...

EL TRAGANIÑOS.– ¡Pos claro!... Vosotros seríais de los que se ponían a llorar a la primera tanda, que tamién había gallinas así, que iban por la calle llorando a ca azote que se llevaban... ¡Esgraciaos de ésos había, pero no tantos como hay ahora!...

EL GALLO VALLECANO.– Ta bien, ta bien..., pero no ofenda, maese Traganiños, que no ofenda...

EL TRAGANIÑOS.– ¿Que no ofenda? ¿A quién ofendo yo? ¿Es que hay alguno aquí pa que se ofenda?... ¡Aparta ya y...!

EL GATO.– Unos tiempos traen otros y otros traen otros..., y ahora se afana por otros lugares...

EL GALLO VALLECANO.– *(Como iluminado.)* Ahí, ahí..., lo que ice éste. Ahí... Ahora el robo está en la Hacienda y en aquel de la Banca...

EL GATO.– Y aonde no pue uno entrar, porque afuera de eso no corre un puto ochavo por Lavapiés.

EL TRAGANIÑOS.– Mira, mozo, no me des más ya la lata, que no es mi santo... Si yo digo una cosa, es la fija. Que no hay hombres... Mismamente, fijarse, pa que digáis de los tiempos. Ahí tenéis al Candelas. ¿Qué me vais a decir del Candelas? ¿O es que ya no sus acordáis del Candelas, el chico el carpintero e la cae e Calvario?

EL GALLO VALLECANO.– *(Escupiendo a lo majo por el rabillo de la boca.)* ¿... Ése? Mucho cuento...

EL TRAGANIÑOS.– ... Ése que paecía que se iba a comer el mundo... Pos ya veis aónde fue a parar... En saliendo e la trena se ajuntó a una gachí...

EL GATO.– Se casó, maestro, se casó...

EL TRAGANIÑOS.– Se casó, se arrejuntó, da igual..., y en casándose se fue a sentar plaza al Resguardo Real y ahí lo tenéis de guardia en la Galicia, u aonde leches sea...

EL GALLO VALLECANO.– Yo siempre dije que ése no valía ni pa descalzarme, que pa eso nací en Vallecas...

EL GATO.– El Candelas y su banda, según icen los que saben, ahora andan por ahí robando borricos y gallinas. Por los pueblos, igual que los gitanos...

EL TRAGANIÑOS.– Entoavía eso sería algo si fua verdadero. Pero no me lo creo... Ése está en la guardia, que es peor...

EL GALLO VALLECANO.– Sería mucho gato ése si andara robando borricos por las ferias...

EL TRAGANIÑOS.– Yo le vide crecer y le tuve en mis brazos, y güenos coscorrones llegué a darle... Pero mi pupila no me engañó..., porque cuando tos icían que el niño iba a dar guerra, yo dicía que nequaquam, que ese niño tiraba pal camino recto, que a mis años no me engañan los pareceres... Ya sus igo yo que lo que s'acabó, s'acabó y no hay más cera que la que arde... S'acabó la majeza y el tronío e los Madriles, y quien diga otra cosa miente...

(En estos momentos es cuando se alza de un rincón una de las sombras amodorradas y lanza un gran exabrupto.)

CANDELAS.– ¡Cagüen la reina...!

(Se vuelven todos interesados a observar aquel paleto de zamarra con las alforjas al hombro.)

EL GATO.– *(Dando un respingo.)* ¿Qué pasa?

EL TRAGANIÑOS.– ¿Quién t'ha dao a ti vela en este entierro?, si es que pue saberse.

(El paleto avanza hasta ponerse en el centro de la concurrencia.)

CANDELAS.– ¿Quién es el osau de decir que el Candelas anda robando borricos por las ferias castellanas?, ¿eh? *(El pequeñajo aquel, cabezón, impone un no sé qué de respeto en la taifa tabernaria, porque todos se callan, incluso el* TRAGANIÑOS.*)* A ver si eso lo poéis hacer güeno...

EL TRAGANIÑOS.– *(Intrigado y observando al paleto con los ojos cegatos.)* Compare, estamos hablando de nuestras cosas, ni más ni menos, y sin ánimo sea de ofender. Si ties que icir alguna cosa, la ices y sin faltar, porque aquí semos tos gente e prencipios...

CANDELAS.– Pos yo igo, y lo repito, que el Candelas será siempre el Candelas, y que quiero que me hagan güeno lo que aquí acaban de decir de que anda robando burros por las ferias castellanas...

EL GALLO VALLECANO.– *(Que se ha repuesto.)* A lo mejor aquí es pariente suyo o de su señora... ¿Quién sabe?

(El CANDELAS *va, lo coge de la zamarra, lo levanta.)*

CANDELAS.– No has nacío tú, ni cincuenta como tú, pa poner en entredicho la honra e Luis Candelas...

EL GALLO VALLECANO.– *(Debatiéndose.)* ¡Eh, eh, eh...!, eso en la calle...

EL TRAGANIÑOS.– ¡Afuera, afuera, afuera...!

EL GATO.– *(Más bien tímidamente.)* Estamos hablando na más...

CANDELAS.– Pues yo igo que el Candelas será siempre el Candelas, y que no permito que se insulte a su honra...

EL GALLO VALLECANO.– Pero ¿quién insulta a quién...?

EL TRAGANIÑOS.– Aquí se respetó a Candelas siempre...
CANDELAS.– *(Quitándose la montera.)* Es que yo soy Candelas...

(Murmullos de asombro, gente que se levanta a mirarle. Gran revuelo. CANDELAS *erguido, en plan majo y desafiando a todos.)*

EL TRAGANIÑOS.– ¡Candelas, Candelas, Candelillas...! Ven a mis brazos, hijo, ven a mis brazos. *(Estrecha en un gran abrazo al recién llegado.)* Y pensar que no había reconocido con mis ojos cegatos a este hijo el barrio...
CANDELAS.– *(Dejándose abrazar.)* Pos no hacía usté mu güenas ausencias de uno, señor Traganiños...
EL TRAGANIÑOS.– *(Lloriqueando.)* ¡Ay, hijo...!, ¿qué quieres? La pena, la tristeza de oír de ti las cosas que icen por ahí; eso me tenía tan amurriao que...
EL GALLO VALLECANO.– *(Dando palmadas en la espalda de* CANDELAS.*)* Ya era hora, majo, que te dejaras ver...
EL GATO.– La falta que hacen en los Madriles los gatos como tú...
CANDELAS.– *(Muy ceremonioso, apartándolos a todos.)* Ta bien..., ta bien..., comprendo. *(Muy rotundo.)* Comprendo... y perdono...
EL GALLO VALLECANO.– Nos ties que perdonar...
CANDELAS.– Pero, además, éste que lo es sos va demostrar quién es. Y eso va a ser ahora mismo. ¿Quién había dicho que ya no había maestros en Madrid?
EL GATO.– Habladurías...
CANDELAS.– Pues Luis Candelas sos va a demostrar quién es y quién ha seguío siendo, por más que las malas lenguas le levanten diciendo que si es guardia, que si roba burros... ¡Sos lo va a demostrar en seguía...!
EL TRAGANIÑOS.– Ea, que s'acabó ya el cuento y no se hable más. Lo que hay que hacer es festejar la vuelta del majo más grande e Lavapiés...
MURMULLOS VARIOS.– ¡Eso!... ¡Olé!... ¡Ahí, ahí!...
CANDELAS.– *(Levantando el brazo como un general para acallar los murmullos.)* Alto, alto ya y escuchar...
MURMULLOS.– ¡Venga, di!... ¡Oío al parche!... ¡Callarse!...
CANDELAS.– Que Luis Candelas sería muy poco Luis Candelas si no convidara ahora mismo a toa esta concurrencia... Y sos va a convidar... Oye, Traganiños, prepara...

El Traganiños.– *(Interrumpiéndole.)* Ay, Luisillo e mi alma, ¿qué vi a icir? No me igas que prepare na, que no tengo más que ese medio pellejo e vino ya picao, que los tiempos están malos y ni una raspa e bacalao tan siquiera... Y dineros, lo que es dineros...

Murmullos.– ¡Dineros, sí, dineros!... ¡Tamos güenos...!

Candelas.– *(Sonriente y altanero como un rey.)* ¿Que no hay dinero, que no hay manduca? ¿Es que no la va a haber en to Madrí, u qué? *(Silencio expectante de todos.)* Pos aquí está Luis Candelas pa aliviar esas penas. Si no ties na que ofrecer, Traganiños, anda y pon los manteles, porque yo os prometo, como me llamo Luis Candelas Cajigal, nacío en este barrio e Lavapiés, que dentro de una hora tenéis aquí más que suficiente pa que trinquéis y saquéis la barriga e mal año...

El Gallo Vallecano.– ¡Si esto es el rey de la Arabia...!

El Traganiños.– Por las hechuras, gachó, sigues siendo el que fuiste, y ahora no me importa contradecirme...

Candelas.– *(Que ha empezado a sacar cosas de las alforjas.)* Vais a tener aquí pa dar de comer a un regimiento. Ni en el Palacio el Duque de Alba va a haber merienda como la vuestra... Y no será porque el Candelas necesite gastar un ochavo... *(Mientras hablaba el majo ha sacado unas ropas verdes: levita con botones dorados y galoncillos, calzón del mismo color, etc., mientras se va vistiendo.)* Sólo necesito que me ayuden un par de vosotros, y los demás que esperen y se preparen a manducar... *(Se ha vestido la librea de un mayordomo de buena casa. Se atusa las patillas.)*

Varios.– Yo voy contigo... Yo... Yo...

Candelas.– Sólo necesito dos... Anda tú. Gallo, y tú, Gato... Los demás, aquí...

El Traganiños.– *(Contemplando ahora con admiración a* Candelas *y ayudándole a vestirse con la misma admiración que el mozo de espadas al torero.)* Ya sabía yo... Ya sabía. Aprender, aprender de este maestro...

Candelas.– *(Que ha terminado de ponerse la indumentaria, calándose una especie de tricornio galoneado de plata.)* Tengo el honor de presentarus a dun Celsu Musteiro, mayordomu del Excelentísimu Seor Duque de Santiago, Grande de España..., *(Y señalando a los dos que se han unido a él.)* y éstus sun mis criaus, que vien conmigu a la mejor tucineria e lus Madriles a cumprar las pruvisiones... Ahura mesmu amus a mercar unus

cuantus jamones de lu mejor, chourizus, morcillas, y aida mais, lu que haga falta y menester pa la fiesta que meus señores dan esta noche en seu palacio madrileñu... ¡Amus p'allá, que el tiempu apremia...!

(Estalla una salva de aplausos. El señor mayordomo de la aristocracia gallega, con sus dos galopines provistos de grandes alforjas, salen camino de la tocinería.)

Sexta entrega. El principio de la escalada

De cómo el joven Luis Candelas inicia su flamante carrera.

Tocinería suculenta en el centro de Madrid. «Especialidad en jamones de Jabugo». Deslumbrantes anaqueles donde cuelgan jamones, longanizas, morcillas y demás embutidos destinados al señorío estomacal de las grandes familias de la corte. A ella arriban tres individuos, uno de ellos con librea de casa aristocrática y los otros dos como galopines de cocina. El tocinero, *al ver entrar al cortejo, se relame de gusto y, tras atusarse los fieros bigotes, acude solícito al enlevitado.*

Candelas.– *(A los otros dos.)* Entrar rapaces y esperar ahí...

Tocinero.– Buenas tardes tenga el señor... ¿En qué puedo servirle? *(El* Candelas *ha ido hasta donde cuelgan los jamones y los huele y los tienta con gesto severo.)*

Candelas.– Estus jamones...

Tocinero.– Jabugo auténtico, señor. ¿Esto? Pa chuparse los dedos...

Candelas.– A mí, patrón, no m'hable e jamones, que m'he criau entre cochinus y sé lu que es jamón y lu que no es...

Tocinero.– Pus si entiende usted, yo no tengo nada que decir... Lo dejo a su gusto... Pruebe... *(Corta una lonchita y se la da al mayordomo, que la mastica con gesto displicente.)* ¿Eh?

Candelas.– Vaya...

Tocinero.– Garantizaos. Aquí, no es por decirlo, pero se proveen de éste en la casa Fernán Núñez, en la de Alba, en la de Chinchón...

Candelas.– Mi amo, el duque de Santiagu e la Ribera, me manda por eso...

Tocinero.– Ah... Pues ya sabe adónde le manda.

CANDELAS.– Pero, amigu, las cosas son como son, que nu es lo mismo el jamón de mi pueblu que el que llega de lus Madriles..., ¿u no?

TOCINERO.– Ah, bueno, eso, figúrese...

CANDELAS.– No sé qué dirá mi amu. Me llevaría un par de piezas...

TOCINERO.– *(Que ya ha descolgado las piezas.)* ... Éste y éste... Y ya me dirán, ya me dirán lo que es bueno...

CANDELAS.– Sería una pena, digu yo, que no quearan cuntentus los señores, porque de lu contrariu iba a ser usted pruveedor de la casa...

TOCINERO.– *(Desafiante.)* De que van a volver estoy más seguro... Y el precio...

CANDELAS.– El preciu es lu de menus. Lu que importa es que sea güenu, que ya sabemus que lu baratu es caro...

TOCINERO.– Eso es la fija, y usted que lo diga... Así que ¿las dos piezas?

CANDELAS.– *(Muy prepotente.)* Ey, rapaz... *(Se adelanta el* GATO *con las alforjas.)* Echa ahí esu... *(Los dos jamones desaparecen en las alforjas del* GATO, *que guiña los ojos de puro contento.)* Ahora quiero... *(Va señalando, tentando, oliendo.)* unas lunganiziñas de perru...

TOCINERO.– *(Ofendido.)* ¡Oiga...!

CANDELAS.– *(Sin hacerle caso.)* Y murcillas de éstas... Chourizo... Salchicha...

TOCINERO.– *(Radiante de gozo.)* ¿Cuánto?

CANDELAS.– Cincu quilus de cada, purque dan esta noche una merienda mis amus y serán un respective de cientu y la madre.

TOCINERO.– *(Que ha empezado el repeso.)* Más vale que sobre y no que falte... *(Cortando el chorizo ofrece unas rodajas al* CANDELAS, *que las prueba como quien está avezado a ello.)* Sí... *(El* GATO *y el* GALLO *se las tragan con ansia.)* Éstus no le hacen ascu a na... *(Pesando y envolviendo.)* Usté dirá, la juventud, en la flor de la edad...

CANDELAS.– Si lus amus fueran por un igual, pero comu ésos, asín comu sus invitaus, están estragaus...

TOCINERO.– Así es, así... La vida es eso; unos se hartan, y otros...

CANDELAS.– Así es y así será...

TOCINERO.– Pues aquí tiene usted... *(Presenta los montones empapelados de embutido.)*

CANDELAS.– *(Al* GALLO.*)* Amus rapaz, mete esu ahí... ¿No lu ves?

(El GALLO *hace desaparecer los paquetones en las alforjas.)*

TOCINERO.– ¿Algo más?
CANDELAS.– Sí, que nu se me olvíe nada... Un par de quesus de ésus...
TOCINERO.– ¿De éstos?
CANDELAS.– No, de esus más grandes..., de esus en aceite...
TOCINERO.– Equilicuá... *(Prepara los quesos, que desaparecen pronto en las alforjas de el* GALLO.*)* ¿Más?
CANDELAS.– *(Dubitativo.)* Pus me paece a mí que ya está todu... Ahura nu tie usté más que echar la cuenta... *(Y el muy guaja se mete la mano en el bolsillo como el que va a sacar los billetes a la vez que dice a sus ayudantes.)* Anda, ya puéis llevar to esu a la tartana... ¡Amus, que están esperandu en la cocina...! *(Los dos mozos se echan las alforjas bien cargadas al hombro.)* Y cuidáu cun que llegue la mercancía sin tucar... ¿Eh?... O sus las veréis conmigu y cun mi vara d'acebuche... *(Salen los dos galopines corriendo.)* Estus pillus que llevan el robu en la sangre hay que tenerlus bien sujetus; de lu contrariu...
TOCINERO.– *(Que está haciendo las cuentas en un pizarrín con un trocito de tiza.)* No me hable usted, no me hable usted, que esta juventud, esta juventud de ahora...
CANDELAS.– *(Dándose una palmada en la frente.)* ¡Ah, carallu...! ¿Pus no me olvidaba?
TOCINERO.– *(Levantando la cara de morsa.)* ¿Se olvidaba algo?
CANDELAS.– La ésa..., la manteca, carallu..., y ésus ya se han iu...
TOCINERO.– ¿Manteca? *(Cogiendo un envase.)* Aquí tiene manteca...
CANDELAS.– Güenu... Póngame un quilu...
TOCINERO.– ¿Un quilo sólo?
CANDELAS.– Un quilu, en un papel...
TOCINERO.– ¿Así? *(Ha puesto unas paletadas de manteca en un papel extendido.)*
CANDELAS.– De momentu es suficiente... A ver..., ¿güele bien? *(Se acerca el papel a las narices mientras el* TOCINERO *le observa expectante y esperando recibir el plácemen.)* Güela usted... *(Y le planta el papel en la cara, hundiéndole las narices en la manteca, hecho lo cual da una zancada y sale corriendo, mientras el* TOCINERO *se debate ahogándose entre la masa de manteca.)*

(En la oscuridad se oye gran algazara, risotadas, juramentos y toda la barahúnda propia de las juergas taber-

narias. Cuando se ilumina la escena aparecen dos PETIMETRES *sentados ante el velador de un café o botillería riéndose estrepitosamente.)*

PETIMETRE 1.– No me digas que no es bueno...

PETIMETRE 2.– *(Sin parar de reírse.)* El tocinero metido en manteca... ¡Jo, jo, jo, jo...! Y el otro...

PETIMETRE 1.– El otro corriendo a reunirse con los compinches y darse el gran banquete...

PETIMETRE 2.– ¡El muy pícaro...!

PETIMETRE 1.– Y tú que lo digas...

PETIMETRE 2.– Pues hay otro robo también que...

PETIMETRE 1.– Cuenta, cuenta...

PETIMETRE 2.– Escucha, que éste también se las trae...

(Se oscurece la escena, y cuando se ilumina de nuevo vemos a un paleto con unas alforjas y un ronzal arroscado al hombro, que camina con la inseguridad y torpeza propias del paleto en los Madriles; se detiene frente a una tienda en la que hay un rótulo que dice: «Telas y vainicas, la mejor de Postas». El paleto saca un gran pañolón de hierbas y se suena las narices mientras observa una puerta abierta que da acceso al almacén, y tras el mostrador, el dueño. Al lado hay una reja. El paleto observa bien y cuando se cerciora de que no le ve nadie, ata un extremo del ronzal a la reja y, sosteniendo el otro extremo, las alforjas al hombro, entra en el establecimiento.)

CANDELAS.– ¡Sooo! *(Al supuesto burro que queda amarrado a la reja.)* ¡Sooo, Martinico, que pronto gorveremos a casaaa...! *(Entra al almacén, tirando del extremo del ronzal y se quita la montera saludando muy atento.)* Ave María Purísima y güenos días tenga el señor patrón...

COMERCIANTE.– Buenas los tenga el amigo.

CANDELAS.– *(Sacando la cabeza hacia fuera como si observara la caballería.)* Quieto está ya el macho... *(Coloca las alforjas en la mesa, sin de-*

jar de sostener el cabo del ronzal.) ¿Está usted güeno? ¿Y su señora de usted güena y sus hijas están güenas?

COMERCIANTE.– *(Un poco sorprendido de tales preguntas.)* Sí, sí, muchas gracias...

CANDELAS.– Ya me estoy yo maliciando que usted no me conoce...

COMERCIANTE.– Pues no, señor... La verdad es que...

CANDELAS.– Claro, como otras veces me atiende otro señor, o la señora, ahí está...

COMERCIANTE.– *(Como iluminado.)* Ah, claro... Hoy, como es domingo, no está el dependiente y mi señora ha ido a misa...

CANDELAS.– ¡La fija! Ya decía yo... Porque la tienda es la mesma... *(Dando un respingo y dirigiéndose hacia fuera.)* ¡Quietooo, Martinicooo...! ¡Pues ésa es la cuistión y por eso era el preguntar y usté desimule!...

COMERCIANTE.– Nada, nada, muy agradecido. Diga, diga lo que desea...

CANDELAS.– El caso es que llevo un poco e prisa, y no como otras veces, que pueo demorarme. Me están esperando en el pueblo y aquí traigo los encargos de siempre, si usté es tan amable de servírmelos... *(Entrega una hoja al pañero.* CANDELAS *se seca el sudor como si hiciera grandes esfuerzos al sostener a la bestia.)*

COMERCIANTE.– *(Leyendo el papel.)* Vamos a ver... Dos piezas de...

CANDELAS.– Ya le digo que tengo un poco e prisa y como tengo el animalito ahí, tan nervioso, que ya añora la cuadra, tanto él como un servidor de usted...

COMERCIANTE.– Eso está hecho enseguida, amigo. Vamos a ver... *(Empieza a amontonar en el mostrador piezas de tela, cintas, objetos diversos.)*

CANDELAS.– Son mandaus que me hacen en el pueblo, al igual que las otras veces... La pana, que sea de la mejor...

COMERCIANTE.– Si, sí..., pana, seda..., vamos a ver...

CANDELAS.– Hay tanta moza perifollera que bástese que vengan un día a la capital pa que se les antoje vestir como madamas...

COMERCIANTE.– *(Muy cortesano.)* ¿Y por qué no?... *(Sigue amontonando objetos.)* Bueno. Me parece que esto es todo. ¿No falta más, amigo?

CANDELAS.– ¿Ha puesto to lo que va apuntao? Porque un servidor, como no sabe de letra...

COMERCIANTE.– Ya, ya... Está todo, amigo... *(Susurrante.)* Pana, seda, estampa... Ta todo...

CANDELAS.– Pues entonces vaya usté echando la cuenta, que le voy a pagar... *(Mientras el* COMERCIANTE *se cala los anteojos y va sumando, el* CANDELAS *ha metido todo en la alforja sin dejar de sostener un cabo de ronzal. Cuando ya ha metido todo con cierto trabajo:)* Patrón, mientras hace usted la cuenta, ¿podría sujetarme esto... *(Le entrega el cabo del ronzal.)* y así voy yo a cargar al macho?

COMERCIANTE.– No faltaba más... *(Coge el ronzal y* CANDELAS, *con las alforjas bien cargadas, sale, se las echa al hombro y se desliza por una calleja lateral. Queda el pañero con la punta de la cuerda en una mano, repasando la cuenta.)* Tres y siete, nueve, más cinco, catorce, más... Me parece que está bien... Le hago una rebaja... *(Levanta la vista, ve que el comprador ha desaparecido, pero no le da importancia.)* La cuenta está cabal... *(Sigue sosteniendo el ronzal. El comprador no viene.)* Mucho tarda ése en cargar el macho...

(En este momento aparece en la puerta una señora con mantilla y libro de misa. Es la SEÑORA DEL COMERCIANTE, *que viene de misa, la cual se queda estupefacta al ver a su marido sosteniendo una cuerda que aparece por fuera atada a la reja del establecimiento.)*

SEÑORA.– Pero... *(Observa el fenómeno entrando y saliendo.)* Pero...

COMERCIANTE.– ¿Qué pasa, mujer? ¿No ves que...?

SEÑORA.– Pero... ¿a qué estás jugando, Braulio?

COMERCIANTE.– Sosteniendo la caballería del...

SEÑORA.– ¿La caballería?.. *(Va a la reja y desata el ronzal y muestra a su marido la otra punta.)* ¡Pa caballería, tú!... ¡Mira!...

COMERCIANTE.– *(Santiguándose.)* ¡Huy, madreee!...

Séptima entrega. La alternativa

De cómo se organiza la cuadrilla del ladrón más famoso de todos los tiempos.

Estamos de nuevo en la taberna del Traganiños, *cuartel general ya de* Luis Candelas *y su flamante banda. La tasca en cuestión ha experimentado notable cambio y pregona a las claras un nuevo tiempo de prosperidades. La lobreguez y penuria han desaparecido. Hay luz propagada por buenos velones, vino en abundancia, manjares. Está renovada. La concurrencia está compuesta por majos y majas de rompe y rasga con buenos atuendos, capas de buen paño, zamarras bordadas, fajas de seda. Inclusive el patrón, aquel* Traganiños, *parece haberse rejuvenecido y preside el cónclave o la tenida con el orgullo de un gran anfitrión. Pero esta noche se celebra un gran acontecimiento: nada menos que la reconciliación del gran* Luis Candelas *con su viejo compañero de picardías juveniles* Curriyo, *al que también llaman ahora el Sastre y el Marquesita, quienes al parecer andaban peleados por la jefatura de la banda. Asisten como padrinos otros tipos de la banda, como son el* Balsas, *el* Maestro *y otros que fueron compañeros de infancia cuando estudiaban geografía a orillas del Manzanares. Una serie de «damas» asisten a la reunión. La llamada* doña Margarita, Lolita la Naranjera, *la* Josefa, *compañera de* Candelas, *etc. Hay músicas de guitarras, repique de palillos y algunas parejas se marcan un bolero con garbo de Lavapiés...*

Lolita la Naranjera.– *(Jaleándose a sí misma mientras baila.)* ¡Arsa!...
Doña Margarita.– ¡Olé la Niña e su mare!... Ya, ya, ya... *(Palmoteo.)*
Un majo.– Amo p'allá, que nos vienen siguiendo... ¡Mira, mira, mira...!

(Sigue la juerga. CANDELAS, *entronizado en el altillo con su capa terciada de paño de Béjar, zamarra bordada, faja de seda, botones de diamante. Frente a él,* CURRIYO, *más o menos igual. Alrededor los demás.)*

EL TRAGANIÑOS.– *(Alzando los brazos al terminar el bailoteo con ademán bíblico, como un sacerdote levita.)* Y ahora..., ahora... ¡Alto ya...! *(Terminan de enmudecer guitarras, palitroques y palmas.)* Ahora ya ha llegado el momento e la ciremonia. Amos p'allá...

LOLITA LA NARANJERA.– ¡Viva mi Candelas e mi almaaaa...!

TODOS.– ¡Viva el maestro...!

DOÑA MARGARITA.– ¡Y que viva tamién Curriyo! ¡Curriyo y Candelas, Curriyo y Candelas...!

TODOS.– ¡Vivan Curriyo y Candelas...!

UN GRACIOSO ESPONTÁNEO.– ¡Y viva mi tía y yo!... ¡Y viva la Pepa...!

EL TRAGANIÑOS.– ¡Silencio!..., que va a empezar la ciremonia... Amos, si es que podéis callarse ya... *(Cuando callan más o menos.)* Ahora nuestro gran maestro...

VOZ AISLADA.– ¡Oleee...!

EL TRAGANIÑOS.– Luis Candelas y el no menos afamao Curriyo, el Sastre, se van a dar la mano y beber una copa pa sellar el pacto e la amistad...

TODOS.– ¡Olé!... ¡Viva!...

LOLITA LA NARANJERA.– *(Como una sacerdotisa, transporta las copas hacia los rivales y ahora amigos.)* Amos p'allá... Amos a ver los majos...

(En efecto, tanto LUIS *como* CURRIYO *se han puesto en pie, al igual que los otros de la banda, que vienen a ser testigos de la ceremonia.)*

CANDELAS.– *(Cogiendo su copa.)* Va por ti, chata...

CURRIYO.– A tu saluz, morena...

(Beben entre los aplausos de todos y se funden en un abrazo como dos matadores en la alternativa. Estallan los aplausos, los olés y suenan las guitarras en un pasodoble taurino.)

CANDELAS.– *(Cuando ha cesado todo el jaleo y se corta el expectante silencio.)* Yo, Luis Candelas y Cajigal, natural y vecino e Madrí, juro que no he de hacer contra a mi compañero Curriyo Villena, por mal nombre el Marquesita, y que a partir de ahora será mi lugarteniente, prometiendo... que habemos de partir ganancias entre tos los nuestros, aquí presentes, habemos de ayuarnos cuando estemos en la «angustia», curarnos cuando enfermos y enterrarnos cuando llegue el finibusterre. Otrosí, que nunca derramaremos sangre y seremos hermanos en Salomón para toda justicia...

(Tras este juramento un tanto masónico y propio de los tiempos, LUIS *bebe, vuelven a abrazarse, vuelve el jaleo, hasta que se acalla de nuevo y es ahora* CURRIYO *el que recita su fórmula.)*

CURRIYO.– Yo, Curro Villena, por otro nombre el Marquesito y el Sastre, natural y vecino de esta tierra madrileña, juro que reconozco a mi compare Luis Candelas como jefe, al que habemos tos de seguir dende ahora, partiendo ganancias, ayudándonos cuando lo hubiéramos e menester, y respetándonos sin derramamiento e sangre, todo sea por la justicia e Salomón...

(Aplausos.)

LOLITA LA NARANJERA.– Vivan los bravos e los Madriles...
DOÑA MARGARITA.– Viva mi Curriyo...

(Pero la ceremonia no ha terminado, porque ahora son todos los componentes de la banda los que irán desfilando ante los capitanes, ya sentados y entronizados como jefes.)

EL BALSEIRO.– *(Un malencarado, con cara de traidor.)* Yo, Mariano Balseiro, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...
JOSÉ DEL CAMPO.– Yo, José del Campo, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

LEANDRO.– Yo, Leandro Postigo, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

EL DEL PESO.– Yo, José Sánchez, el del Peso, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

IGNACIO GARCÍA.– Yo, Ignacio García, el Ignacito, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

EL PABLO.– Yo, Pablo Luengo, el Mañas, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

JULIÁN.– Yo, Julián Villena, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

(A continuación, todos se abrazan y palmotean coreados y aplaudidos por todos.)

CANDELAS.– *(Tras impetrar de nuevo el silencio.)* Pues yo digo que si así cumplís, Salomón os lo premie, y si no, que os lo demande...

(Aplausos.)

VOCES DIVERSAS.– ¡Viva el maestro Luis Candelas!... ¡Viva el maestro de Madrí!

JOSEFA.– *(La querida de* CANDELAS*, abrazándole.)* ¡Yo quiero un hijo tuyo, un hijo tuyo, un hijo tuyo...!

CANDELAS.– *(Apartándola amablemente.)* Tú deja, que to se andará...

JOSEFA.– *(En un rugido.)* ¡Negrazooo...!

CANDELAS.– Y ahora, amos a divertirnos...

VOCES.– ¡Que hable, que hable, que hable...!

CANDELAS.– ¿Qué queréis que diga? Yo sólo pueo decir que aquí, en el Candelas, tenéis tos un padre, un hermano y un tío, y lo que sea. Y que si alguno va a defender a los probes y a los presos, va a serlo éste que lo es y sus compañeros. *(Volviéndose a ellos.)* ¿No es verdá, compadres? Que vengan a nosotros los que sufran agravios y pesares, las víctimas del despotismo, los perseguidos por la justicia y los que no tien lugar aonde caerse muertos, que nosotros los habemos de amparar, por la gloria del rey Salomón...

(Un «oh» de emoción resuena en todos los ámbitos y estallan los clamorosos aplausos, los gritos de entusiasmo,

las hembras se lanza a LUIS *y le besan, le abrazan, le apretujan, le arrancan trozos de su zamarra, sobre todo los botones de brillantes, tal que tiene que defenderse él y los suyos a brazo partido, hasta que* CURRIYO, *el primer lugarteniente, saca una estaca en forma de porra que enarbola sobre su cabeza y hace retroceder a la jauría.)*

CURRIYO.– *(Amenazando con el garrote a las hembras.)* ¡Quietas, lobas, quietaaaas! Que mu pronto oiréis hablar de la banda e Luis Candelas... Que Madrí se va a enterar quién es Luis Candelas y su cuadrilla... Ahora, calmarse y bailar...

(Termina todo en un baile de bolero aflamencado con gran algazara de pitos, guitarras y panderetas.)

Octava entrega. El sonado robo del Oidor

De cómo Luis Candelas y su cuadrilla producen el pasmo de Madrid.

En un reservado de la taberna El Cuclillo, calle Imperial, donde Luis *y su lugarteniente* Currito *se hacen pasar por gente de alcurnia (para planear mayormente buenos golpes), hay un mulato de cabeza rapada, que habla con evidente acento cubano, vestido con la ropilla de dril y el sombrero caribeño, que pregona a dos leguas al esclavo del ingenio traído a los Madriles en el cortejo de la servidumbre de un amo que se supone poderoso.* Luis, *que aquí se hace llamar don Luis de Zambrano (capa con apliques de plata, sombrero reluciente de tubo, guantes de cabritilla, etc.), ha conseguido pegar la hebra con el esclavillo, que se confiesa ante el señor con zalemas y ruegos. A un lado,* Currito *el Marqués, tan apuesto y elegante como su compañero, va tomando nota mental de lo que cuenta el* Moreno.

El Moreno.– *(Llevando un envase de plata donde porta los cafés para su amo.)* Mi amo e er zeñó Oidó de La Habana, señoría... *(Y hace una reverencia.)*

Luis.– *(Alzando la voz para que le oigan los concurrentes y dirigiéndose a* Currito.*)* ¡La esclavitud! He aquí una de las grandes lacras del siglo. Para eso se firmó la Constitución, para que los esclavos fueran libres..., y ya estás viendo... *(Pasando la mano cariñoso por la chola pelada del* Moreno.*)* ¿Es que tú no quieres ser libre, muchacho? ¿A ver si no vas a querer ser libre?

El Moreno.– ¿Y?... un servior, mi amito, nasió como nasió, ¿y qué le amo a jasé?

Luis.– El fatalismo de las razas... ¿Lo estás viendo?

EL MORENO.– Un servió, señoría, lo que tie mucha morriña e de mi tierra, que allí jase calorsito y aquí un frío que pela...

LUIS.– Pero tú ties que ir donde vaya tu amo, porque tú sin tu amo no eres nadie, morenito...

CURRIYO.– Deja ya y no entretengas al muchacho; no vaya a ser que su amo le azote por llegar tarde...

LUIS.– *(Volviendo a pasar la mano por la chola pelada del* MORENO.*)* ¿Es que tu amo te azota?

EL MORENO.– *(Sonriendo y mostrando sus enormes dientes blancos.)* Que se lo pregunten a éste... *(Y se pasa la mano por las nalgas.)* Con la cázcara de vaca me pela de ve en cuando, como e de ley...

LUIS.– ¿Y a ti te gusta eso?

CURRIYO.– A la fuerza ahorcan, ¿verdá, muchacho?

EL MORENO.– Un servió obedece, calla y...

LUIS.– ¿Y dices que tu amo vive en...?

EL MORENO.– Cae la Montera, sinco, principá, señoría...

LUIS.– ¿Y tu amo no querría venderte?

EL MORENO.– Mi amito, zeñoría, tie mucha plata, pero mucha plata...

CURRIYO.– ¿Mucha, mucha?

EL MORENO.– ¡Ay, benditooo...! Y de alhaja y de to tie mi amito... ¿Pa qué iba a vendé a su ezclavito? Si tie mucha plata, como el Oidó de La Habana que e.

LUIS.– Pero yo le puedo ofrecer un buen puñao de doblones, y como será un tacaño...

EL MORENO.– Tie mucha, mucha plata, zeñoría... Le guzta la plata y tamién lo pajarito...

CURRIYO.– ¿Los pajaritos vivos, o fritos?

EL MORENO.– Ay, zeñoría, pajarito vivo que tie dentro e jaula...

LUIS.– Y tú eres otro pajarito...

EL MORENO.– *(Riéndose.)* Ay, sí, un pajarito tamién el negro, zi zeñorito, er negro pajarito... *(Y se contonea casi a ritmo de rumba.)*

LUIS.– Pues mira que yo he de ir a ver a tu amo para comprarte, si tú quieres que te compre... ¿Cómo se llama tu amo, el Oidor de La Habana?

EL MORENO.– Don Pedro de Alcántara se llama...

LUIS.– *(Haciendo un guiño a* CURRIYO.*)* Pues ya iré yo a ver a don Pedro de Alcántara, y si dices que le gustan los pajaritos, le llevaré una ración...

EL MORENO.– *(Ingenua o malignamente, que nunca se sabe.)* En la cae Montera, número sinco, zeñoría. Y acoztumbra a ezta zolito po la mañana...

LUIS.– *(Volviéndole a pasar la mano por la cabeza.)* Mu bien, mu bien, Moreno... ¿Y sois mucho de servidumbre?

EL MORENO.– Ezclavo, zólo un zervió... Ma luego eztá la cosinera, er cochero y un lacayo...

CURRIYO.– *(Terciando.)* ¿Y vive con la familia?

EL MORENO.– No, zeñoría, que vive zolito, que enviudó hase un año...

LUIS.– Ta bien, morenito, ta bien... Anda, anda y no te demores más, no vaya a ser que te zurren por mi culpa...

EL MORENO.– Na, zeñoría... Toy a guzto con zu zeñoría, manque mi amito a luego me ponga er culo como una zartén... Lo que mande zu zeñoría...

LUIS.– Vete, vete... y di a tu amo que don Luis Zambrano irá a hacerle una visita.

EL MORENO.– ¿Don Lui...?

LUIS.– No, no le digas nada..., ya veré... Si yo te compro, ¿te vienes conmigo?

EL MORENO.– A la fin del mundo; el ezclavo va aonde zu amo diga, ¡bendito...!, claro que sí...

CURRIYO.– *(Que da muestras de impaciencia.)* Anda, anda que se enfrían los cafés... *(Cuando el negrito ya se iba.)* Oye..., ¿y tú cómo te llamas?

EL MORENO.– *(Con el sombrero en la mano.)* Juan Belén, pa serví a Dio y a uztede. *(Y se va con sus andares de mulato. Los dos caballeros le ven marcharse con aire de melancolía y tristeza.)*

CURRIYO.– *(Cínicamente.)* Ya estás enterao...

LUIS.– Una lacra, una vergüenza, un crimen eso de la esclavitud... *(Al* MOZO *de la taberna que pasa con una bandeja.)* ¿Verdá, tú?

MOZO.– ¿Verdá qué, señorito?

LUIS.– Que eso de la esclavitud es una vergüenza...

MOZO.– Esclavos semos tos, señorito...

LUIS.– *(Escupiendo por el rabillo de la boca.)* Hay que hacer una sangría...

CURRIYO.– No hables de sangre, ya sabes que eso no...

LUIS.– Es un decir, *(Maligno.)* pero la sangre se borra con plata...

CURRIYO.– Por ahí podemos llegar a entendernos...

(En un salón rococó de la calle de la Montera, 5, principal, DON PEDRO DE ALCÁNTARA, *Oidor cesante de La Haba-*

na, que es un viejales verde, está solazándose en el sofá con una SURIPANTA *metida en carnes y envuelta en gasas. El juego erótico con la jamona, atravesado por los rayos de sol que penetran por la gran vidriera celada por transparentes cortinajes, se acompasa con el gorjeo de los canarios que en diversas jaulas ocupan el saloncillo.)*

DON PEDRO.– *(Metiendo la mano por el escote de la jamona.)* Estás de chupé canela...

LA SURIPANTA.– ¡Jo, jo, jo...!, qué cozquiya me jase. Perico... ¡Huy, la cozquiyita...! *(La tal habla también con acento cubano.)*

DON PEDRO.– En eso, ¿ves tú?, tengo que bendecir mil veces al Señor...

LA SURIPANTA.– *(Incorporándose un poco.)* ¿En qué, Perico...?

DON PEDRO.– Que Dios me trajo la desgracia de perder a mi esposa...

LA SURIPANTA.– *(Un poco ofendida.)* ¡Ay, bendito, qué recuerdo me trae ahora ezte perdíií...!

DON PEDRO.– Sí, hija, sí... Dentro de mi desgracia de viudo, el Señor quiere consolarme enviándome amiguitas como tú, como tú... *(Y vuelve a meter la mano entre las risitas y el jadeo de la otra.)*

LA SURIPANTA.– Pero... ¿cuándo me va a da er regalaíto, la baratijita?...

DON PEDRO.– ¿Regalito? ¿Baratijita? Ya, ya... *(Alcanza con la mano un estuche que hay en una mesita y saca un collar de brillantes maravillosos que hace revolotear ante los ojos extasiados de la cubana. El sol, al dar en la pedrería, hace destellar de resoles todo el salón, y los canarios, al parecer impresionados, entonan tales gorjeos que aquello parece el mismo Teatro Real.)*

LA SURIPANTA.– *(Tendiendo los brazos hacia el collar.)* ¡Ay, ay, ay...!, dame...

DON PEDRO.– *(Jugueteando con el collar.)* Mira, mira... Éste fue de la reina María Luisa, de la misma María Luisa, regalo del Príncipe de la Paz...

LA SURIPANTA.– Ay, dámelo ya, indino, no sea indino...

DON PEDRO.– *(Retirando el collar.)* Como no te lo ganes...

LA SURIPANTA.– *(Cayendo de rodillas.)* Aquí me tiene, Periquito. ¡Tu ezclava...!

*(*DON PEDRO, *emocionado ante la sumisión de la hembra, le coloca el collar. Ella lanza un alarido y cae sobre él*

en el sofá. Los pajaritos cantan. En ese preciso instante entra el esclavillo al que acabamos de conocer.)

EL MORENO.– Amito, amito, amito...
DON PEDRO.– *(Dando un rugido.)* ¡Te pelo el culo a latigazos...!
EL MORENO.– *(Achantado.)* Un señó...
DON PEDRO.– ¿Un señor?
LA SURIPANTA.– Ay, déjale que se explique... *(Ha ido hasta el gran espejo y se contempla el collar adoptando diversas posturas.)*
EL MORENO.– *(En voz muy baja.)* Un señó, que trae uno pajarito...
DON PEDRO.– ¿Pajaritos? ¿Pajaritos? ¿Más pajaritos?
LA SURIPANTA.– Pa tu colesión, Perico...
DON PEDRO.– *(Vencido por su pasión pajarera.)* Anda, dile que pase... A ver qué pajaritos son...

(Inmediatamente, sin apenas dar tiempo a arreglarse la ropa al vejete, entra en la sala un viejecito barbudo, decrépito, arrastrando los pies, envuelto en una capa mugrienta. Con el viejecito va un muchacho –es el GATO– *que lleva un enorme jaulón de canarios y periquitos.)*

LUIS CANDELAS.– *(Que es el viejecito.)* Ave María Purísima...
DON PEDRO.– Pasa, pasa...
LA SURIPANTA.– *(Puesta en jarras.)* ¿Qué se ofrese, pajarero?
LUIS CANDELAS.– Pues na de particular..., señoría. Que me gustaría, si no le sirve de molestia, que viera unos canarios que le traigo... *(Y señala al muchacho, que ha quedado al fondo con la jaula, con cara de niño de la doctrina.)*
DON PEDRO.– ¿Y quién te ha dicho a ti que a mí me gustan los pájaros?

(El viejo, muy ladino, pasea la mirada por el salón donde cuelgan las jaulas a granel y, de paso, sus ojillos brillantes avizoran el collar que la SURIPANTA *luce y que no deja de sobar con sus marfileñas manos.)*

LUIS CANDELAS.– Un señor estuvo en mi pajarería el otro día y me dio sus señas...

La suripanta.– Vamos, Periquín, que no hay ninguno en Madrí que no esté enterao de tu afisión... *(Al muchacho de la jaula.)* Llega acá, niño... A ver...

(El muchacho deja a la vista de los dos la jaula y vuelve a retirarse.)

Luis Candelas.– *(Sacando un gran pañuelo y procediendo a sonarse la nariz.)* Vea, vea su señoría...

La suripanta.– *(Metiendo los deditos por la jaula.)* ¡Huy, qué monada; huy, qué casita tan chévere, mira!...

Don Pedro.– *(Que se ha calado los anteojos y observa.)* Bah..., raza pequeña... De éstos tengo un montón...

Luis Candelas.– Ah, si su señoría los quiere grandes...

Don Pedro.– Yo no quiero nada...

Luis Candelas.– Tengo unos cruces con verderón que... Niño, *(Al muchacho.)* anda y baja a por esos que están en el carro, los gordotes esos... *(El niño desaparece corriendo.)* Va a ver su señoría qué canarios. Si no le gustan éstos...

La suripanta.– Ay, pero ezto son divino... Mira qué cosita...

Don Pedro.– De éstos tengo un montón... Ya estoy harto de tanto pájaro cantarín, que esto parece el Teatro Real...

Luis Candelas.– Un servidor, no es por alabarme, pero en la cuistión de cruces tengo ejemplares únicos; ya verá cuando el chico los traiga.

Don Pedro.– Parece que eres un experto en ornitología...

Luis Candelas.– Un servior, toa la vía, desde que era asín de pequeñito, metío en cosas de pájaros... *(Levantando la cabeza.)* Me he criao entre pájaros, señoría...

La suripanta.– Ya se ve, agüelo, ya se ve...

Luis Candelas.– ¡A ver! Tengo mi pajarería acreditada desde 1798... en Ave María, 11, señoría, que a cualisquiá que usted pregunte...

Don Pedro.– Y yo que no estaba enterao, mira...

Luis Candelas.– *(Mirando de reojo hacia la puerta.)* Va a ver su señoría los pájaros que tengo. Con perdón de su señoría, va a ver pájaros, pero pájaros de verdad, que se va a caer de culo su señoría, con perdón... Mire qué pájaros... *(En efecto, los pájaros que entran son impresionantes,*

pues son ni más ni menos que CURRIYO *el Marqués y el* BALSAS, *con la cara tapada por un pañolón y en las manos sendos pistolones con los que apuntan directamente al Oidor y a la* SURIPANTA.*)*

LA SURIPANTA.– *(Cayendo desmayada.)* ¡Ay, benditoooo...!

DON PEDRO.– ¡Ay, mi madre...!

(Los dos pajarracos acuden a ambos y les amarran bien fuerte con sogas, les tapan la boca, etc. Los pájaros, asustados o satisfechos, se lanzan a cantar como poseídos.)

LUIS CANDELAS.– *(Que se ha vuelto joven de repente.)* Vamos al avío... *(Y lo primero que hace es quitar el collar a la* SURIPANTA, *que se estremece horrorizada, luego hace saltar la tapa de un secreter, de donde cae un chorro de monedas de oro. Mientras, los otros levantan cuadros y espejos en busca de cajas secretas; por la puerta entran otros dos de la banda con objetos brillantes que amontonan en la habitación, etc.)*

(Estamos ahora en la calle, donde hay un revoloteo de periódicos que pasan de mano en mano. La prensa es toda ella un grito de alarma, de ira, de soterrada crítica contra el gobierno.)

VOCES DIVERSAS.– *(Leyendo sueltos periodísticos.)* ¿Qué hacía entretanto la numerosa policía de que dispone el Gobierno? ¿Qué hacían los encargados de vigilar por la defensa y seguridad de los ciudadanos?

VOZ MALIGNA DE UNA SEÑORONA.– ¿Qué hacían? Pasear por la Puerta del Sol y por la misma calle donde se cometió el robo, altaneros y con ademanes despóticos insultando con sus miradas a los ardientes defensores de la libertad, que han sacrificado... *(Una mano masculina la intenta tapar la boca.)*

VOZ MASCULINA.– Te calles, Ermelinda, que te pierdes...

LA SEÑORONA.– *(Dando un manotazo a su marido.)* Te calles tú, Felipe...

VOCES EN CORO.– *(Mientras los periódicos vuelan.)* ¿Qué hace el Gobierno que no pone coto a tamaña desmoralización? A escándalos tan inauditos. ¿Qué se puede esperar de un Ministerio que permite tales iniquidades con los ciudadanos pacíficos y honrados?

UN CIUDADANO.– *(Especie de catón, levantando el dedo.)* Los individuos que componen el Gobierno actual son una calamidad cuyo yugo no debe sufrir la nación por más tiempo, so pena de envilecerse y degradarse... *(Mientras esto dice, llevado por el ardor de su oratoria, un randa que se ha situado junto a él le saca el reloj del bolsillo del chaleco y sale balanceándose y alegre.)*

(En su regio despacho, don Francisco Javier Istúriz, MINISTRO DEL INTERIOR, *está dando tremendos bastonazos sobre su mesa. Los ojos se le salen de las órbitas, la barba bermeja tiembla, los labios sueltan espumarajos, la aporreada mesa suelta esquirlas de madera, una lluvia de documentos vuela por el aire y el* JEFE DE POLICÍA *y tres subalternos aparecen ante el prepotente* MINISTRO *horrorizados.)*

MINISTRO.– *(Descargando los tremendos golpes sobre la mesa.)* ¡Mecagüen Luis Candelas, mecagüen Luis Candelas, mecagüen Luis Candelas y en todos vosotros, en todos...! *(Los polizontes están encogidos, esperando que el bastón siniestro caiga sobre ellos.)* ... ¡Vaya escándalo, vaya ridículo y vaya!... Mecagüen Luis Candelas y en la madre de Luis Candelas y...

EL POLIZONTE.– *(Con cara de paleto de Móstoles.)* No diga eso, excelencia, que ya está muerta...

MINISTRO.– *(Avanzando hacia él con el bastón enarbolado.)* ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

EL JEFE.– *(Avanzando también hacia el pobre polizonte.)* ¿Cómo lo sabes?

EL POLIZONTE.– *(Tratando de defenderse y tapándose la cabeza con los brazos.)* Eso es lo que dicen, dice...

MINISTRO.– ¿Qué dicen? ¿Qué te ha contado a ti? ¿Tú qué sabes?

EL JEFE.– *(Cogiéndole del cuello.)* Habla. Lavajos, habla...

EL POLIZONTE.– *(Llorando.)* Un servidor, no sé..., lo que dicen...

MINISTRO.– ¿Qué dicen?

EL POLIZONTE.– *(Llorando.)* Yo qué sé, que icen que su madre murió, y por eso...

EL JEFE.– ¿Y quién lo dice? ¿Tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho, hijo e...?

OTRO POLI.– Los confidentes...

MINISTRO.– Habla o te saco los sesos...

EL POLIZONTE.– Lo cantan los ciegos...

MINISTRO.– *(Asombrado.)* ¿Lo cantan los ciegos?

EL JEFE.– Coplas de ciego, excelencia, que andan por ahí...

MINISTRO.– *(Con el bastón alzado como un Júpiter tonante.)* Mecagüen la leche de todos vosotros. Como yo coja a un ciego de ésos lo dejo cojo, y manco además... ¿O sea que encima anda ya metido en coplas ese bellaco o esa puta, que cualquiera sabe lo que es...? Y la oposición divirtiéndose a costa mía y el cabrón masonazo de Olózaga frotándose las manos... Cagüen la leche de todos vosotros, que como no me pilléis al Candelas ese os hago picadillo, os saco la piel a tiras, os asesino como me llamo... *(El bastón terrible va a caer sobre los pobres polizontes, que esconden la chola entre los brazos. A los juramentos del señor* MINISTRO *parece unirse un rumor de espuelas que cabalga sobre las paredes.)*

Novena entrega. Empieza el acoso

Donde conocemos al jefe de Policía, Chico, encarnizado enemigo de Luis Candelas.

Siniestra oficina policíaca. Paredes renegridas de humo. Techos con goteras. Tragaluces enrejados que sólo dejan pasar una luz espesa y mortecina. Trozos de cadenas colgando de las vigas, etc. Rezagos de vieja ergástula inquisitorial. Escena no menos siniestra: polizontes *encorvados alrededor de un brasero, las manos con sabañones extendidas al rescoldo del cisco. Un niño, vestido de obispo, atado con fuertes maromas a un sillón frailuno. La cara abobada, con ojos azules e ingenuos, parece tranquila. Un tipo envuelto en una capa, embozado, se pasea nervioso y friolento soltando de vez en cuando juramentos. Cuadro, en fin, de sombras y jorobas muy cercano a la pintura negra del maestro Goya.*

Embozado.– ¡Mecagüen la...! ¿Será posible? Pero ¿será posible? Pero leche, ¿será posible? ... Y el frío que hace aquí, y la hora que debe ser y con lo que uno tiene que hacer. ¡Mecagüen Judas Macabeo...!

Polizonte 1.– La verdad es que hace un frío que pela... *(Al otro* polizonte, *que está a su lado.)* Aparta un poco, Lavajos, que me caliente una miajita, que todos semos hermanos...

Polizonte 2.– Y esto no calienta por más que le eche uno firmas, que ni el ministro firmando..., y ya ves, pa na... *(Remueve las brasas del brasero.)*

Embozado.– *(Tiritando o sacudiéndose de rabia.)* Brrrrrr...

Polizonte 3.– *(Cantiñeando.)* «Una noite-na era do trigo...»

Polizonte 1.– *(Al* embozado.*)* Acérquese, maestro, y caliéntese un poco...

Embozado.– ¿Yo? ¿Calentarme? Como si no estuviá suficientemente quemao...

POLIZONTE 2.– Porque lo mismo le van a dar la una que las dos, que aquí se sabe cuándo uno entra, pero no cuándo sale..., je, je, je... *(Risa malintencionada.)*

POLIZONTE 3.– Respective a menda ya doy por perdío el «piri»...

POLIZONTE 2.– Se lo comerá tu parienta...

EMBOZADO.– Qué barbaridad, qué barbaridad, qué barbaridad...

POLIZONTE 1.– *(Con sorna.)* La gente que muere...

EMBOZADO.– *(Con rabia.)* Ni que fuera yo el detenido... Viene uno a denunciar, porque le han saqueao la tienda, y encima, mira...

POLIZONTE 1.–... Ése es el culpable, *(Su dedo judaico señala al obispillo amarrado al sillón.)* de modo que si quiere arrimarle una güena tollina, nosotros semos músicos...

EMBOZADO.– *(Parándose ante el preso.)* De buena gana le iba a... *(Levanta el puño y el* NIÑO *le mira impasible.)* Lo que pasa es que no es mi género...

POLIZONTE 3.– *(Ofreciéndole la badila.)* Si quie usté darle en el coco con esto...

EMBOZADO.– Que no, hombre, que no, que...

POLIZONTE 1.– ¿Y ha sío mucho lo que le han robao?

EMBOZADO.– ¿Mucho? ¡To el almacén! Casullas bordadas, roquetes, túnicas, cortinajes... ¡Ay, madre!, no me levanto en diez años... ¡Ay, madre!... *(El pobre se tira de los pelos.)*

POLIZONTE 2.– Ahora, cuando venga el jefe, va usté a ver, se arregla to...

POLIZONTE 3.– Menúo es el jefe. El señor Chico; naide detrás de la puerta...

POLIZONTE 2.– Huy, ése... Militar de caballería retirao... ¡Na...!

POLIZONTE 1.– Vas a ver... *(Se dirige al niño vestido de obispo.)* Va a ver Su Ilustrísima la que le espera, vas a ver si vas a soltar la lengua o no...

POLIZONTE 2.– Lo que es la lengua ya la pue dar por perdía...

EMBOZADO.– *(Volviéndose a detener delante del* NIÑO.*)* Ilustrísima, ilustrísima... ¡Te daba así!... Y yo que creía que era verdad, que era el obispo de Nueva Granada, y resulta que es un tonto e Lavapiés...

POLIZONTE 1.– *(Con cierta satisfacción.)* Lo que saben, lo que sabe el Luis Candelas ése... Amos que...

EMBOZADO.– A cualisquiá le hubía dao el pego... Se me presenta delante la tienda una carroza con cuatro curas y un obispo dentro... *(Mira con asco al* NIÑO.*)* y me dicen que el obispo de Nueva Granada venía a comprar géneros para su catedral... ¿Yo qué iba a hacer?

POLIZONTE 1.– Pues servirles, naturalmente...

EMBOZADO.– Y este niño venga a echar bendiciones...

POLIZONTE 3.– *(Relamiéndose de gusto.)* Bendiciones va a tener ahora en la misma crisma pa pasar el rato... ¿Que no?

EMBOZADO.– Y van y me dicen... *(Imitando malamente, histriónicamente, a los ladrones.)* «Vamos a llevar el género a la capilla, mientras su ilustrísima descansa y volvemos a por ella...» Y éste, echando bendiciones y diciendo «está muy bien, está muy bien»...

EL NIÑO.– *(Como si le remedara.)* Ta mu bien..., ta mu bien...

EMBOZADO.– Ahora sí que no me aguanto... *(Y va y le da un coscorrón al niño.)*

EL NIÑO.– *(Achinando los ojos al recibir el golpe.)* Ta mu bien...

POLIZONTE 2.– Si usté frecuentara ciertos sitios, ya conocería al Tontiles, que es éste y opera por la cal Barquillo...

EMBOZADO.– *(Muy tieso.)* Un servior es un honrado comerciante de géneros eclesiásticos de la calle Postas... y no anda por los garitos de esta maldita ciudad...

POLIZONTE 1.– Pero, hombre, si a éste le tenemos bien conocío de toa la vía... El Tontiles... Pos no le hemos calentao ni na a éste...

POLIZONTE 2.– Pero tie la piel más dura. Ya le pue uno zurrar que... Un callo es to su cuerpo. Por eso paece mayor y tie jeta e sufrío mártir de la Iglesia...

EMBOZADO.– *(Alzando los brazos al cielo.)* Y que esto me pase a mí, a mí, a mí...

POLIZONTE 1.– Por eso digo que va a ser difícil sacarle na a éste, por mucha tenaza que empleemos. Y el jefe, el Candelas, ése ya tendrá tol género a buen recaudo...

EMBOZADO.– ¡Y con deudas, con deudas además!... ¿Cómo pago yo? Un pistoletazo, me tengo que pegar un pistoletazo... ¡Ay, Teodora mía, que te vas a quedar viuda sin cumplir los cuarenta...! *(El hombre llora desconsolado y los* POLIZONTES *suspiran.)*

POLIZONTE 1.– Cálmese, compadre, y no se haga mala sangre, que no merece la pena...

POLIZONTE 2.– *(Como un eco.)*...Vale la pena. *(Escupe por el rabillo de la boca.)*

EMBOZADO.– Si que no..., ¡na...!

POLIZONTE 3.– *(Que denota un especial sentido práctico.)* En la tasca de ahí enfrente despachan un orujo, compadre, que además de calentar los entresijos, resucita a un muerto... Váyase y tómese un par de copas a nuestra saluz, y si se acuerda de los pobres...

EMBOZADO.– Sí, estaría bueno, encima voy a convidar yo a aguardiente...

POLIZONTE 2.– *(Dirigiéndose a* POLIZONTE 1.*)* Ráscate tú el bolsíbiris, Lavajos, y convíanos...

POLIZONTE 1.– No sé de qué...

POLIZONTE 2.– Del bagaje que cobraste por lo del muerto...

POLIZONTE 1.– *(Levantando la badila.)* A ve y te doy con ésta...

EMBOZADO.– *(Que ha sacado su reloj de bolsillo, resplandor de plata en la siniestra lobreguez del calabozo.)* ¡Arsa!..., la una van a dar y yo aquí...

POLIZONTE 1.– *(Tendiendo la garra hacia el reloj.)* Vaya cebolleta de buten que tie el amigo... *(Las cabezas de los* POLIZONTES *avizorantes.)* ¿Me permite?

EMBOZADO.– *(Dejando que toquen el reloj, pero sin dejar que suelten la cadena que le une al chaleco y muy mosca.)* Es suizo...

POLIZONTE 1.– *(Manoseándolo con delectación.)* ¡Vaya prenda...!

EMBOZADO.– Pues se retrasa, hace días que se retrasa...

POLIZONTE 2.– Tenga cuidao, tenga cuidao y no lo lleve por ahí si no quie quedarse sin él...

EMBOZADO.– *(Quitándoles el reloj y volviendo a guardárselo.)* Sólo faltaría que me dejaran sin este triste recuerdo...

(Hay ahora un silencio interrumpido por tosecillas y carraspeos.)

POLIZONTE 3.– *(Con toda su malsana intención, al* EMBOZADO.*)* ¿Y no se va a sentar el amigo? ¿O es que quie crecer? Se lo digo porque va pa rato. El jefe debe estar fuera y no va a venir así como así...

POLIZONTE 1.– Estará ocupao en la tasca el Cuclillo...

POLIZONTE 2.– O en La Fontana..., y nosotros aquí pasando frío... *(Tose y todo para aumentar la imagen de sufrimiento.)*

EMBOZADO.– ¡Mecagüen la leche que mamé, mecagüen...!

POLIZONTE 1.– Si nosotros pudiéramos atenderle, amigo, pero ya sabe usté la del refrán: donde hay patrón no manda marinero...

POLIZONTE 3.– *(Pasándose la mano por los labios.)* Anda que si por mi fuera ya había hecho cantar a ese niño y cincuenta niños como él, amos, había hecho cantar a tos los seises de la Catedral de Sevilla, este servidor, Paquito Miraflores, pa servirles...

POLIZONTE 1.– *(Con un gran desprecio.)* Mírale, fanfa, como siempre... ¿Habías hecho cantar a quién? Tú no haces cantar ni a un canario..., ni...

POLIZONTE 3.– ¿No? ¿No? ¿Y pa qué fui lego en la Congregación tanto tiempo? ¿Eh?

POLIZONTE 1.– ¡Toma! Miá con la que sale ahora éste... ¡Nos ha amolado,si entoavía hubiá el Santo Oficio, ya estaba, mía tú...! ¡Así...!

POLIZONTE 3.– *(Echando saliva por la boca de puro gusto.)* Una cánula ardiendo en el culo con lejía y pimienta cantaba hasta la primera nana que oyó ese niño...

POLIZONTE 1.– Pero estamos en tiempos constitucionales, entérate, Paquiro, que te enteres...

POLIZONTE 3.– ¿Y qué?

POLIZONTE 1.– Que te juegas el puesto por una mierda como ése...

POLIZONTE 3.– Pues así se acaba deprisa y corriendo...

POLIZONTE 2.– Estamos andando pa atrás, como el cangrejo, con tanto pogresismo.

POLIZONTE 1.– Pues sí que ahora se puede andar con esos juegos... Miá tú, el Candelas, la suerte que tiene, que no le van a colgar, que le van a poner el anillo ese...

POLIZONTE 3.– El agarrote vil, eso sí que es un adelanto, oye...

POLIZONTE 1.– La suerte que tien tos los granujas, leche...

EMBOZADO.– *(Harto ya, acude a sentarse al banco; los otros le hacen sitio.)* ¡Mecagüen...!

POLIZONTE 1.– Sí, hombre, siéntese, que lo mismo le van a dar...

EMBOZADO.– Se dice pronto, se dice pronto, se dice pronto...

POLIZONTE 3.– Bienvenío al banco e la paciencia, amigo...

EMBOZADO.– *(Sacando una moneda del bolsillo que hace erguirse a todos.)* ¿Y aónde está ese aguardiente?

(La moneda desaparece al momento.)

POLIZONTE 3.– *(Saliendo de estampía luego de embutirse la gorra de hule hasta los ojos.)* Ya mismo vuelvo...

(Pero la mala suerte hace que en el momento de cruzar el umbral de la puerta se tope nada menos que con el JEFE DE LA POLICÍA, *señor García Chico, un gigantón, cargado de espaldas, ojos saltones, belfo caído, piernas arqueadas del que tanto usó el caballo.Tropieza con el* JEFE *y éste le atiza tal bastonazo en la chola que el otro se pone a bailar de alegría.)*

CHICO.– *(Luego de arrear el bastonazo al* POLIZONTE.*)* ¡Ya estoy aquí, ya estoy aquí...! *(Sacude el bastón en la mano, ante los otros polis, que se han puesto de pie en actitud de firmes, mientras el golpeado lloriquea.)* Ya estoy aquí... ¡A ver...! *(Pero antes de que nadie abra los labios, aterrorizados por la presencia del terrible* JEFE, *éste se lanza como una fiera hacia el* EMBOZADO, *que no puede reaccionar y se ve engarfiado por el* JEFE, *que lo coge por el cuello, lo zarandea, lo sacude...)* ¡Por fin!... ¡Ya te tengo!... ¡Ya era hora..., cabronazo..., hijo de la gran puta...! ¡Joío bellaco!... ¡Ya, ya, ya...! Ya te tengo, maldito Candelas... ¡Ya era hora!... Te voy a... *(El pobre* EMBOZADO *no puede ni gritar; un graznido de gallina apenas sale de sus labios. Los otros no pueden tampoco articular palabra, presas del terror.)* ¡Ya te tengo, ya te tengo...! ¿Qué creías, que no te iba a pillar? ¿Que yo no te iba a pillar...?

EL TONTO.– *(Desde su asiento frailuno, como si fuera un lorito.)* ... Ta mu bien... Ta mu bien...

Décima entrega. Un hogar burgués de 1830

Que nos ilustra sobre la vida secreta de nuestro héroe.

Lujoso y modernísimo piso principal en la carrera de San Jerónimo, junto a la misma Puerta del Sol. Grandes cristalerías cubiertas de solemnes cortinajes, dorados, cuadros, cornucopias, piano, floreros, pájaros, todo el esplendor, en suma, del estilo imperio. Tendida en una «chaise-longue», al estilo, un poco anticuado ya, de madame Recamier, una damisela, ataviada a la griega, bucles rubios rizados cayéndole sobre la frente, las uñas de los pies pintadas, descalza, hojea un periódico. Es ya de noche. Llegan amortiguadas las campanas de la Casa del Correo, en la cercana Puerta del Sol. La damisela en cuestión deja caer el periódico en su regazo (es una divinidad de criatura y parece una pequeña Venus praxiteliana en deshabillé) y bosteza. Escucha el sonar de las campanas.

María Manuela.– ¡Oh, mon Dieu! Las once. Las once ya y ése sin venir. ¡Oh, mon Dieu!... *(Se levanta y va a tirar de un cordón que hay junto al espejo, se alisa un poco los cabellos mirándose a la luna, que le devuelve su esbelta y singular figura.)* Y no viene nadie...

(Vuelve a tirar con fuerza del cordón y por fin aparece un criado: *patillas de boca de hacha, guedejas moriscas, talle ceñido por una faja roja sobre el gris perla de la librea, un auténtico pillo camuflado, que hace una gran reverencia a la damisela.)*

Criado.– Señorita...

MARÍA MANUELA.– Oh, Marcelino... ¿Está usté solo?

CRIADO.– *(Evitando escupir por el rabillo de la boca, pero lleno de satisfacción y preponderancia.)* Mejor acompañao no podía estar, señorita...

MARÍA MANUELA.– ¿Ha oído usted la hora que era?

CRIADO.– Temprano. Las once. Temprano...

MARÍA MANUELA.– ¿Y dónde están los demás, oh Marcelino?

CRIADO.– Pues... la Colasa pelando la pava con su novio en la Puerta del Sol, y la Micaela, en la novena...

MARÍA MANUELA.– ¡A las once de la noche, mon Dieu!

CRIADO.– Las once de la noche, en los madriles, señorita, es la media tarde, como aquel que dice...

MARÍA MANUELA.– *(Estrujando entre sus manos un pañuelillo perfumado.)* Y el señorito sin venir...

CRIADO.– *(Muy atento y muy protector.)* El señorito tie tanto que hacer...

MARÍA MANUELA.– Mon Dieu...

CRIADO.– Si quiere que la sirva la cena, no lo tie más que decir...

MARÍA MANUELA.– Oh, no..., no... Espero que no tardará, ¿verdad?

CRIADO.– No, no tardará. Ya estará al caer...

MARÍA MANUELA.– Ay, es que estoy tan volada, Marcelino. Tan volada estoy con eso de los robos...

CRIADO.– En cuanto a ese respective, señorita, pue usté estar más que tranquila, que el señorito es mucho señorito y no se le pela así como así...

MARÍA MANUELA.– *(Tratando de retener al* CRIADO.*)* ¡Dicen tantas cosas de ese Luis Candelas...!

CRIADO.– *(Medio cantiñeando.)* Corre que corre, vuela que vuela...

MARÍA MANUELA.– Cuentan unas cosas...

CRIADO.– Ni caso, señorita. Un servior se crió en Ronda y de eso sabe lo suyo. Ya digo, ni preocuparse...

MARÍA MANUELA.– Huy..., acabo de leer ahí que ha asaltado la diligencia de Valladolid y ha cogido presos a todos los viajeros... Un horror, Marcelino, un horror...

CRIADO.– ¿... Ése? Cualquier cosa, señorita. Y no hay quien le eche el guante por lo visto... Dicen que el jefe de Policía, el Chico ese, que lo cree ver por todas partes, que se ha vuelto como loco, que pilla al primero que encuentra creyendo que es Candelas... El redículo, señorita; están haciendo tos el redículo, y perdone la manera de hablar...

MARÍA MANUELA.– ¿Y dónde estará este hombre a la hora que es, si me dijo que vendría antes de la puesta del sol?

CRIADO.– Iba a ir de caza, tengo entendío, y a luego tenía reunión en eso de los masones o lo que fuera...

MARÍA MANUELA.– *(Escandalizada.)* ¿Masones? ¿Ha dicho usted masones?

CRIADO.– ¿He dicho masones? ¿No es eso?

MARÍA MANUELA.– Ay, no sé...

CRIADO.– Eso de las reuniones del señorito...

MARÍA MANUELA.– ¡Ay, Marcelino!..., cada día se entera una de algo nuevo...

CRIADO.– Son cosas de los señoritos, y el que los entienda, que los compre, con perdón... *(Agudizando la oreja.)* Ah, pero me parece que aquí está... *(Asomándose a la puerta.)* Sí, aquí está... *(Haciendo una profunda reverencia.)* Buenas noches, señorito...

(Y el que entra es el propio LUIS CANDELAS, *envuelto en su soberbia capa con alamares de plata, que acoge a su esposa en un fuerte abrazo.)*

MARÍA MANUELA.– Oh, mon cherí, mon cherí...

LUIS.– María Manuela...

MARÍA MANUELA.– Estaba tan inquieta. Tan inquieta... Tardabas tanto en venir, cariño. Y aquí solita, yo solita, con los criados...

(El CRIADO *se ha escabullido muy discretamente.)*

LUIS.– *(Que se ha despojado de la capa, que se ha puesto cómodo.)* ¡Tanto pelmazo, tanto pedigüeño, tanto...!

MARÍA MANUELA.– ¡Y tanta conspiración! Tanta. ¿Para qué? ¿Para qué, Luis, tanta política? ¿Para eso me casé contigo? ¿Para que sólo te dediques a la política y me dejes aquí sola? ¡Oh, mon Dieu! No hay derecho...

LUIS.– No tuerzas el morrito, María Manuela, que te tengo una sorpresa...

MARÍA MANUELA.– Ay, no quiero sorpresas, quiero estar contigo. Anda, que traigan la cena...

LUIS.– Cierra los ojos, anda, cierra los ojos...

MARÍA MANUELA.– *(Condescendiente.)* Bueno... *(Cierra los ojitos y él va por detrás y le coloca en el cuello aquel hermoso collar de brillantes que robó en casa del Oidor de La Habana.)*

LUIS.– *(Besándola apasionadamente, al moderno estilo romántico, en el cuello.)* Mírate al espejo, Manolita mía...

(La MANUELA *va corriendo al espejo, y al contemplar la joya, casi cae desmayada.)*

MARÍA MANUELA.– Oh... Oh... *(Cae rendida en brazos de su esposo y ambos se revuelcan en la «chaise-longue», apasionadamente.)*

LUIS.– *(Besando y acariciando el cuello de su coima.)* Este cuello tan hermoso, este grácil cuello que los mismos cisnes envidiarían, este delicado y terso cuello, necesitaba esta joya, esta alhaja...

MARÍA MANUELA.– *(Casi llorando.)* ¡Oh, mon cherí, mon cherí, mon cherí...!

LUIS.– *(Como obsesionado por el cuello de la criatura.)* Este cuellecito de mi ninfa que no lo toque nadie, nadie, nadie...

MARÍA MANUELA.– Tú sólo, tú sólo, mon cherí...

LUIS.– Menda, vamos, yo, y las piedras preciosas, más preciosas que haya en el mundo entero...

MARÍA MANUELA.– *(Pasándose la mano por los brillantes y recitando una repentina poesía, aprendida hace poco.)* «La luz deslumbradora de tus ojos, la luz de tu mirada cristalina, la cambio yo por el mejor diamante...»

LUIS.– *(Emborrachado de lírica romántica.)* Las luces de tus ojos son mejores... *(Y estampa dos rotundos besos en cada ojo de su adorada, para a continuación pasar de la poesía a la prosa en un abismal exabrupto.)* Y ahora vamos a cenar esas estupendas judías con chorizo, que deben estar ya a punto...

MARÍA MANUELA.– *(Horrorizada ante el prosaísmo de su marido, pero riéndose a la vez.)* Oh, mon cherí... ¿Tanto apetito tienes?

LUIS.– *(Tirando del cordón.)* Apetito, apetito..., apetito... *(Aparece el* CRIADO.*)* ¿Están listas esas judías...?

CRIADO.– A la lumbre están...

LUIS.– ¿Con buen chorizo?

CRIADO.– *(Guiñando un ojo.)* Y oreja de cerdo...

LUIS.– Pues vamos a la mesa...

MARÍA MANUELA.– *(Abrazando a* LUIS.*)* Oh, mentira me parece poder gozar contigo en una cena íntima. Cuando me paso las horas sola, sola, sola... Y asustada, Luis, asustada...

LUIS.– ¿Y por qué se asusta la niña de mis ojos?
MARÍA MANUELA.– Oh, por ese malvado, ese bandido... Luis Candelas...
LUIS.– ¿Candelas?
MARÍA MANUELA.– Acabo de leer ahí, en *La Época,* que ha asaltado la diligencia de Valladolid...
LUIS.– Pues vaya suerte...
MARÍA MANUELA.– ¡Oh!
LUIS.– Pero si ese Luis Candelas no existe...
MARÍA MANUELA.– ¿No existe?
LUIS.– Pues claro, mujer, no existe. Luis Candelas no existe...
MARÍA MANUELA.– *(Perpleja.)* ¿Un invento?
LUIS.– Claro, tonta. Lo han inventao los políticos pa echarle la culpa de los robos que hacen ellos...
MARÍA MANUELA.– *(Horadándole con sus ojillos.)* Pues tú también eres político...
LUIS.– ¿Yo político? Yo soy un guerrillero que lucha por la libertad...
MARÍA MANUELA.– Dichosa lucha también...
LUIS.– Y por el mayorazgo de los míos, de los Zambrano... *(Acariciándola dulcemente.)* Ya verás cuando entre en posesión del mayorazgo cómo no te dejaré sola nunca más y podremos vivir a nuestras anchas...
MARÍA MANUELA.– Oh, si Dios te oyera...
LUIS.– El mayorazgo de los Zambrano..., uno de los más grandes de España...
MARÍA MANUELA.– Si fuera verdad... Mon cherí...
LUIS.– Vas a verlo..., y de ese Candelas desgraciao, ni preocuparte...

(Entra el CRIADO *con la bandeja y la cena.)*

CRIADO.– Aquí están ya las habichuelas con chorizamen y orejita de cerdo. Pa chuparse los dátiles... *(Y guiña el ojo a su amo.)*
LUIS.– ¿Y del vino, qué?
CRIADO.– *(Sacando la botella.)* Vino de Valdepeñas, de la tasca de la Garduña...
LUIS.– Ele...
MARÍA MANUELA.– *(Riéndose de las ordinarieces de su marido.)* Ay, qué Luis este... ¿Quién diría que eras de la casa marquesal de los Zambrano de Díaz de Bahamontes...?

LUIS.– *(Escupiendo tranquilamente por el rabillo de la boca.)* Ya ves..., cosas...

MARÍA MANUELA.– *(Al* CRIADO.*)* ¿Y qué hace usted, Marcelino, que no enciende las velas?

CRIADO.– *(Que estaba colocando las viandas en la mesa.)* Ay, leñe, las velas..., que si no me lo dicen... *(Y empieza a encender las velas a la vez que canturrea por lo bajini una coplilla de moda.)* Luis Candelas, Luis Candelas, corre que corre, vuela que vuela...

MARÍA MANUELA.– *(En el sofá, abrazada a su marido.)* Mentira me parece tenerte a mi vera, Luisito mío... Mañana voy a las esclavas a dar gracias a nuestro Padre Jesús por tenerte a mi vera, a mi verita... *(Y la pobre le estrecha con hondo cariño. Él se deja como una criatura.)*

LUIS.– Vamos a cenar y luego...

MARÍA MANUELA.– No te separes más de mí, ni te vayas. Deja eso de la libertad y lo del mayorazgo... y...

CRIADO.– *(Sin respetar las efusiones.)* Se enfrían las judías...

LUIS.– *(Levantándose y yendo hacia la mesa, brillantemente iluminada con las velas.)* ... Amos p'allá...

MARÍA MANUELA.– *(Arreglándose los pliegues del vestío.)* Oh, mon Dieu...

LUIS.– *(Mientras el* CRIADO *escancia y le dice unas palabritas al oído.)* Lo primero a brindar... Vamos, niña... *(Levantando la copa.)* Va por Luis Candelas...

MARÍA MANUELA.– *(Con la copa en la mano.)* Oh, quel grosseur...

LUIS.– Por Luis Candelas, por Luis Zambrano, por todos los jabatos de esta tierra... y por mi dulce esposa, María Manuela de los Reyes... *(Beben y se besan. El* CRIADO *sonríe como avezada Celestina.)*

MARÍA MANUELA.– Por que no me vuelvas a dejar sola, cariño. Que no andes tanto por ahí, que no te vayas de viaje, que me quieras, que no seas malo...

LUIS.– ¿Malo yo?

MARÍA MANUELA.– *(Enseñando sus dientes blancos y hermosos.)* Malísimo..., pero hechicero...

LUIS.– *(Pasando por encima del piropo.)* A ver cómo están las judías...

MARÍA MANUELA.– Lo que a ti te guste, para mí es el manjar más exquisito...

LUIS.– *(Que ya está devorando el plato.)* Come, come, marquesita de Zambrano...

(En este momento se oyen unos golpes tremendos dados en el portalón de la calle.)

CRIADO.– Están llamando, señorito, bajo a ver... *(Lo ha dicho con tal aire de alarma que no puede dejar de producir inquietud en la damisela.)*

MARÍA MANUELA.– ¡Vaya, a estas horas...!

LUIS.– *(Pasándose la mano por la casaca, como cerciorándose de que tiene algo imprescindible.)* No te preocupes y come, que estás muy flaca...

MARÍA MANUELA.– *(Con el tenedor ante los labios.)* Será Colasa, que fue a la Puerta del Sol..., o la cocinera, que fue a la novena...

LUIS.– No tiembles, no tiembles, que no pasa nada...

(Entra el CRIADO. *Viene descompuesto.)*

CRIADO.– *(Balbuceante.)* Que esperan a don Luis de Zambrano en la carroza, que...

LUIS.– *(Se ha levantado de un salto.)* Pues diles que ya pueden esperar... *(Tragándose un cucharón de judías.)* Lástima de judías... *(Dando un apretado beso a su coima.)* Y lástima de idilio... *(Y sin decir más, tras tocar un resorte que hay junto a la chimenea, desaparece por una puerta secreta.)*

MARÍA MANUELA.– *(Totalmente alelada, con el tenedor en la mano.)* Pero, bueno, pero...

CRIADO.– *(Con un dedo en los labios.)* Chisss..., coma... Usté no sabe nada... *(Retirando de prisa el cubierto de* LUIS *y escondiéndolo.)* No sabe nada...

(Se oyen pasos, voces, carraspeos de gente que sube por la escalera.)

Undécima entrega. Sigue el acoso

Que nos cuenta la desesperación del policía Chico al ver que Candelas se le escurre de las garras.

En la siniestra oficina de Policía presidida por el ex teniente coronel de Caballería García Chico –Chico para la plebe madrileña– éste parece totalmente congestionado, a punto de locura, los ojos desorbitados, el bigote retorcido, los pelos erizados. Tiene en la mano una verga de buey terrible con la que corta el aire al blandirla. Y ante él, aterrorizados y sin resuello, los tres polizontes *que ya conocimos anteriormente, sólo que ahora los vemos ataviados de otra suerte; uno de ellos está vestido de* gitana, *con su manto de flecos, su pañuelo a la cabeza, sus clavelones sobre las orejas; otro está vestido de* aguador *y tiene a su vera la cuba de agua y todo; un tercero está vestido de* pobre de San Bernardino, *con su gorra de hule y su bote de colillas y la yesca para encender cigarros; los tres en pie, en actitud de firmes, lívidos. Los velones que iluminan la escena agrandan las siluetas y parece escucharse de nuevo el rumor de las cadenas y el quebrantamiento de huesos propio de aquella ergástula que fue convento inquisitorial.*

Chico.– *(Paseándose ante los tres estafermos y agitando la verga con furia, lanzando gruñidos ininteligibles.)* ¡Brrr!... ¡Mecagüen!... ¡La mare que!... ¡Juuuu!... ¡Eh!... ¡Te!... *(Al que está vestido de gitana.)* ¡Tú, aquí!

Gitana.– *(Que no termina de acercarse.)* ¿Servior?...

Chico.– *(Temblando de furia.)* ¡Brrrrr!...

Gitana.– *(Muy dulce.)* ¿Serviora?... *(Pero el temible jefe le ha cogido ya de una oreja y le ha acercado a sí; le coge el brazo con su garra libre.)*

Chico.– ¡Tiende la mano, la mano!...

Gitana.– ¡Ay!... *(Gime, aunque aún no le ha pegado.)* ¡Ay!...

(El segundo lamento se produce cuando la verga cae sobre la mano extendida. Terribles palmetazos que resuenan en la húmeda oquedad del camaranchón y que hacen temblar a los otros.)

CHICO.– ¡Toma, toma y toma!... Pa que... te sirvan de algo las manos y...

GITANA.– *(Llorando.)* ¡Ay, ay, ay, ay!..., ¡señorito, por el amor de Dios, por el amor de Dios!...

CHICO.– *(Inflexible.)* ¡La otra mano, la otra!...

GITANA.– ¡Ay, Jesús del Gran Poder, ampárame!... *(Tiene que extender la otra mano para recibir la otra tanda de palmetazos.)*

CHICO.– ¿Dónde estabas cuando salió el ladrón?

GITANA.– ¡Ay, en mi puesto, señorito, en mi puesto, por...! ¡Ay!... *(Nuevos palmetazos.)* En la taberna el Grillo, que hacía mucho frío y me fui a tomar una copa...

CHICO.– *(Atizándole nuevos palmetazos.)* ¡Mala puta, que eres una mala puta!... ¡Eso es lo que eres, una mala puta, que... una borracha, una...!

GITANA.– ¡Ay, señorito, máteme, máteme Usía de una vez, que le juro por mis hijos que...!

CHICO.– Y mientras te tomabas la copa, mala zorra, el Candelas se escapaba por la trastienda... ¡Hijaputa que te...! *(La da un inmenso taratantán que la tira al suelo; él mismo la ayuda a incorporarse y la pone de rodillas sobre unos ladrillos puntiagudos que hay colocados al efecto.)* Ahí de rodillas, que luego volveré contigo... ¡Y los brazos en cruz!... *(Le hace poner los brazos en cruz; las palmas sangrientas de la pobre* «GITANA» *ponen una nota de horror en el ya siniestro calabozo.)* ... Vais a saber quién es Chico. Vais a saber quién es este baranda...

(Vuelve a pasear ante los otros dos, que están a punto de desmayo, sigue blandiendo la terrible verga, observa a través de sus espesas cejas a los dos POLIZONTES, *que desearían que la tierra se los tragase, coge un puro y, cuando va a encenderlo, el polizonte que está disfrazado de* POBRE DE SAN BERNARDINO, *en un arranque de valentía, se acerca a él y le ofrece la yesca para que encienda, y sí, sí, el* JEFE *enciende, y nada más encender le prende el bi-*

gote y parte de la barba. El polizonte decide tomarlo a broma y ríe descompasadamente, apagándose las chispas.)

POBRE.– ¡Huy, que me quema..., que me quema...!
CHICO.– Te voy a quemar por otro sitio...

(Le ha cogido de la bragueta del pantalón y parece que el muy bárbaro le va a meter el puro en las partes, pero opta por arrimarle un vergazo en la chola que hace saltar la gorra hasta el rincón donde gime de rodillas la «GITANA»*.)*

POBRE.– *(Hablando muy deprisa.)* Un servior, un servior, que lo digan éstos, que lo diga el ciego Sevilla, que lo digan si no estuve en mi puesto... Dando lumbre por toa la cae Alcalá, por toa la cae Alcalá, por mis muertos se lo juro...
CHICO.– Lumbre, lumbre, lumbre... ¡Toma lumbre!...

(El muy bárbaro le ha cogido por el cogote, le ha puesto a cuatro patas y le atiza unos tremendos vergazos en el pompis que suenan como tremendos cañonazos, pero el de San Bernardino aguanta con más firmeza que la «GITANA» *y no para de hablar.)*

POBRE.– Que un servior no tie frío nunca, manque esté nevando, que di fuego a don Acisclo el de los Consumos, a don Torcuato, el de la Misericor..., a don Salus..., que se lo puen decir...

(Pero el temible Chico no se apiada y le tunde a modo, luego le coloca de rodillas al lado de la «GITANA» *y en la misma postura.)*

CHICO.– Esto es pa abrir boca, na más, que luego, después de que venga de cenar, terminaremos la conversación...

(El AGUADOR*, mientras tanto, ha llenado un cazo con el agua de la bota y se lo ofrece al* JEFE*.)*

AGUADOR.– Tome usía, que está un poquiñu acalorau, que un servidorciño le va a explicar todu con pelus y señales, para que usía sepa lu que sun estus rapaces, que a un servidorciñu no lu duelen prendas... *(El caso es que el terrible Chico bebe, porque estaba sediento de la corajina y parece escuchar al* POLIZONTE *en trance de* «AGUADOR»*.)* Porque estus de aquí. tantu el Lavajus comu el Tigrita, cubraron bagaje pur llevar el otro día un recaítu de unus señores, que sun mu bien mandaus y que yu se lu dije... ¿Me sigue usía? Que esu no eran maneras de vegilancia, que un servior por el aquel de subir col agua a las casas se conoce el personal mu requetebién, ainda mais...

CHICO.– *(Al ver que se detiene el* POLIZONTE *y agitando la verga que corta el aire produciendo un silbido escalofriante.)* Sigue, sigue... No te pares.

AGUADOR.– *(Dirigiendo el dedo índice de sucia uña contra los que gimen de rodillas.)* Nu se fíe de ésus, nu se fíe de ésus...

CHICO.– ¿Fiarme yo? ¡Qué disparate!...

AGUADOR.– Que un servidorciñu sabe lu que hay y que el tal Candelas vive cun una fulana de mu güen ver...

CHICO.– ¿Una fulana?

GITANA.– *(Extendiendo más los brazos al cielo.)* ¡Ay, san Judas Tadeo, ampárame!...

AGUADOR.– *(Ante una seña perentoria del jefazo.)* Una gachí de muchu pustín de la ca San Jerónimu, que un servicorciñu la ha llevau l'agua...

CHICO.– *(Alborozado.)* ¡Olé tu mare! Eso ya es otra cosa. Daca la mano, gallego... *(Estrecha la mano del* AGUADOR*, que suda por el esfuerzo realizado, mientras su torva boca se rasga en una especie de sonrisa.)*

AGUADOR.– Pus ¿de cuándu iba un servidurciñu a nu cumplir cun seu deber... Ainda mais le diré... ay nu sé comu...

CHICO.– Anda, anda, di lo que tengas que decir... *(A los arrodillados.)* Y vosotros no miréis... *(Y le arrea a cada uno un buen vergazo en el hombro.)*

AGUADOR.– Pus... que el tal Candelas anda con el usía ese que se llama..., se llama dun Salus el Oloaga...

CHICO.– ¿El qué?

AGUADOR.– El Olo... Olo...

CHICO.– ¿No será Olózaga?

AGUADOR.– Mismamente, señuritu, ése... Ése que dice usía mismamente. Un gachó mu pulíticu, al decir de lus que saben...

CHICO.– ¿Y qué más?

AGUADOR.– Ainda mais... que se junta con ese bergante que dice usía en esu de la..., esu que esté pur la cae el León y nu se cómu se llama...

CHICO.– La logia... ¿Quieres decir la logia masónica?

AGUADOR.– Justu. Esu que ice su señuría... Mismamente, y ahí se juntan cun otros...

CHICO.– *(Atusándose el bigote.)* Vaya, vaya, y vaya... Eso ya es otra cosa, amigo. Eso ya pinta de otra manera... *(Reaccionando en plan severo.)* En suponiendo que no me engañes, porque si me engañas, por la madre que me parió que te rompo el espinazo como me llamo Chico...

AGUADOR.– *(Muy tranquilo y muy a la gallega.)* Pue usía romper lu que quiera, que lu que digu es la purísima verdad del Evangeliu...

CHICO.– *(Radiante de gozo volviéndose a los otros.)* ¿Estáis viendo lo que es trabajar bien? ¿Eh? ¿Lo estáis viendo, silbantes? *(Les arrea de nuevo.)* Pues así vais a tener el premio, porque vosotros dos os habéis de pudrir en el Fijo de Ceuta y éste *(Señalando al* AGUADOR *con la verga.)* va a ser mi ayudante desde ahora...

AGUADOR.– *(Con mucha modestia.)* Cumplir en lu que le mandan es lu que desea éste que lu es Saturnino Mureira, con perdón...

CHICO.– Y yo te prometo, Saturnino Moreira, que si pillamos a ese maldito tendrás la medalla del mérito, y éstos... *(Va hacia los otros dos y les zurra desesperadamente.)* se van al cementerio, como me llamo Chico, como me llamo Chico.

(Se oscurece la escena, y cuando se ilumina de nuevo, vemos sentado en un sillón dorado a un caballero ilustre de hermosas patillas y barba, con aire real. Frente a él, haciendo zalemas y reverencias, nuestro amigo CHICO, *que parece otra persona. Su postura servil y lacayuda no tiene nada que ver con el que conocemos.)*

CHICO.– *(Inclinándose reverentemente ante el prócer.)* Excelencia, excelencia, excelencia...

OLÓZAGA.– *(Lleno de preponderancia y cinismo.)* Déjate de zalemas y explícame a qué se debe que un polizonte de tu baja calaña tenga la osadía de llegar a mi casa... ¿Qué es lo que quieres? Habla antes de que mis lacayos te echen a palos...

CHICO.– *(Casi de rodillas.)* No quiero molestar a su excelencia. Sólo un minuto más y luego mande su excelencia lo que sea, pero me trae un asunto de la mayor importancia...

OLÓZAGA.– Sabes muy bien, lacayo del absolutismo, que yo he sido y seré liberal, y tu sola presencia mancha esta casa y mancilla mi honor... ¿Lo sabías?

CHICO.– Sí, excelencia, sí, pero el deber es el deber...

OLÓZAGA.– Habla y quítate de mi vista...

CHICO.– Se trata, señoría, del tal Luis Candelas...

OLÓZAGA.– *(Respirando tranquilo.)* Ah, ése...

CHICO.– Ése, excelencia. Ahí está el asunto...

OLÓZAGA.– *(Levantándose y dando un paseo por el salón.)* Bueno..., la verdad es que sí, le llegué a conocer en ciertas circunstancias... *(Volviéndose a él y enfrentándoles.)* y no me importa decírtelo. Sí, le conocí cuando me metieron en la trena... Era uno de los puntos del presidio... y desde entonces hemos tenido ciertas relaciones...

CHICO.– Su Majestad está interesada por ese bandido...

OLÓZAGA.– A Su Majestad la pueden dar por... Si vienes con ésas, ahí está la puerta... *(Le señala con el dedo la salida.)*

CHICO.– *(Muy artero.)* Y hay además una buena cantidad de dinero por su... captura... *(Viendo que el político liberal se estira muy arrogante.)* que cobraría un servidor de usía y... y que no olvidaría su, su...

OLÓZAGA.– *(Carraspeando.)* Ya..., pues, mira, si esperas cazar a ese pillastre, estás listo... Ése sabe más que le enseñaron. Y si tiene confianza en alguien, dímelo...

CHICO.– *(Nueva zalema.)* Señoría...

OLÓZAGA.–Modestia aparte, Luisito es de mi confianza, que lo sepas... Ahora, si crees que yo voy a venderle es que me tomas por uno de ésos de tu calaña...

CHICO.– *(Inclinándose.)* Por Dios, excelencia...

OLÓZAGA.– No me ofendas, si no quieres que mis lacayos te calienten los lomos a latigazos...

CHICO.– Un servidor, excelencia, no hace más que cumplir con su deber, y no se hubiera atrevido a molestarle si el asunto en cuestión no afectara al buen orden del Reino...

OLÓZAGA.– *(Tomando de una cajita una pizca de rapé y estornudando.)* ¡Ya...!, te conozco bien, pillastre, y sé por dónde vas. No me asustas, y antes

vas a caer tú en mis garras que yo en las tuyas. Los tiempos están cambiando y bien lo sabes...

CHICO.– Pues ahí está, que por esos cambios no conviene que Candelas ande campando por las suyas...

OLÓZAGA.– Más vale Candelas que el pretendiente Carlos, tu amigo, que viene sobre Madrid...

CHICO.– Buen servicio nos podía hacer Candelas, excelencia, en ese respective...

OLÓZAGA.– *(Alzando la mano.)* ¿Quieres ver cómo te abofeteo? ¿Cómo te atreves a decir «nos»? ¿De cuándo me voy yo a emparejar contigo para nada, granuja, bergante...?

CHICO.– Está bien. Pégueme usía... Pero tenga en cuenta que a un padre de familia le vendría muy bien el precio del rescate... Y que no olvidaría a su benefactor. La cantidad no es nada... despreciable...

OLÓZAGA.– *(Que no se irrita ante este sutil soborno, sino que se va a mirar al espejo y se arregla el peinado.)* ¡Hola!..., naturalmente que yo, como cualquier otro, no deseo otra cosa que el bien de estos reinos y limpiarlo de la canalla que lo habita. Eso no tenéis ni que dudarlo. Hay muchos chupasangres que nos tienen acosaos y...

CHICO.– *(Avanzando temerario.)* Por eso, por eso..., por la seguridad...

OLÓZAGA.–Pero, desgraciadamente, yo poco puedo ayudarte, salvo que tal vez podría hablar con el ladronzuelo ese y llegar a cierto acuerdo...

CHICO.– Mismamente eso, señor... Eso es lo que... Mire que yo tengo Madrí bien vigilao. Pero ese «gato» se escabulle por todos los agujeros...

OLÓZAGA.– *(Contoneándose un poco maricuela.)* No sé, no sé..., ¡ay, no sé...! Por una parte está el servicio a la Corona y por el otro el corazón, que le traiciona a uno. Malos tiempos éstos...

CHICO.– Y tan malos...

OLÓZAGA.– ¡Y tan malos! *(Dubitativo y con la mano apoyada en el mentón, como un «pensieroso», va a un rincón y tira de un cordón.)* Podemos tomar el té y hablar despacio...

CHICO.– *(Una gran reverencia.)* Excelencia...

OLÓZAGA.– *(Cambiando totalmente de tono.)* Puede usted tomar asiento. Acomódese... *(Le indica otro sillón y se disponen a hablar amigablemente.)*

Duodécima entrega. La condición servil

Donde conocemos a los tipos miserables que causarán la desgracia de nuestro héroe.

Tertulia de criados en la cocina de la casa de Don Luis de Zambrano, carrera de San Jerónimo. Son dos los contertulios: uno de ellos es Marcelino, *ya conocido anteriormente, con sus patillas de boca de hacha, sus bucles moriscos, su aire de bandido camuflado. Ahora se encuentra sentado, con un pequeño delantal de su oficio, limpiando unas botinas femeninas, de fina piel, que cepilla cuidadosamente, cariñosamente, echándoles de vez en cuando una salivilla. El otro es un gordo, adiposo, calvo, cuarentón, vestido con un chaleco mugriento, que deja caer sus gordas posaderas sobre una banqueta. En otra banqueta hay una botella y dos vasos de vino. En la cocina hay una campana que de vez en cuando da un tintineo, sin que ninguno de los dos se inmute.*

Marcelino.– *(Escupiendo en las botinas a la vez que cepilla.)* Tú, tranquilo, Beni. No te acalores...

Beni.– Entuavía tengo que hacer un montón de mandaos...

Marcelino.– Que esperen...

Beni.– Tú sí que vives bien, Marcelino...

Marcelino.– *(Volviendo a echar otro escupitajo en las botinas.)* Hombre... no me puedo quejar, compare... Ya lo ves. Al señorito sólo le veo de Pascuas a Ramos. La señorita es una desgraciá... *(Señalando el campanón.)* Ya lo ves, llama y como si na. Se conforma de seguía... Hago lo que me sale de los cataplines. ¡Amos, que soy el amo, ni más, ni menos...!

Beni.– Ya, ya. Y, sin embargo, ¡yo, juu!, aperreao tol día, Marcelino. Echando el bofe...

MARCELINO.– *(Maliciosamente.)* Hombre, ser el lacayo de la modista e la Reina tamién tie su aquel...

BENI.– *(Retorciéndose en la banqueta.)* ¡Cagüen la modista y en la Reina...! ¿Te joe? Pa ganar cuatro reales y encima tener que aguantar a ese tirano...

MARCELINO.– Pos tamién yo le iba a aguantar...

BENI.– Joer... La señora, la modista e la leche, no ve más que por sus ojos. Por los de él y por los de ella, que si el uno es malo, la otra... pa qué icirte, como catalanes que son... Mía que he aguantao mayordomos malos, pero como éste, nenguno. Y además su señora, mal garrotillo la diera, que paece una tarasca. Y a luego con tanta tía que va a probarse y a... lo que sea y venga «Beni, ven aquí», «Beni, trae esto», «Beni, trae lo otro»...

MARCELINO.– *(Filosófico.)* Así es la vía, paisanete, y los que hemos nacío pobres no tenemos más remedio que servir...

BENI.– Lo que es yo... Mía que he tenío mala suerte con los amos, oye. No me ha salío ni uno güeno, oye. Primero aquel del Resguardo que me mataba de hambre, a luego el de la Hacienda, que sí me daba de comer, pero que me arrimaba ca tollina que no veas. Luego tuve otro que me daba las dos cosas: hambre y palos. Y ahora la modista esta, con esa pareja negra que me llevan por la cae la Amargura... Amos, hombre, que no es vía, que no es vía...

MARCELINO.– El dar con un amo güeno es como el que le toca la lotería. Igual. Pa uno güeno que haiga, los demás son látigos negros. Ahora, yo sí he tenío suerte. Beni, lo mismo que te digo una cosa te digo otra. Este don Luis es un santo y ella, ya te digo, no habla por no ofender. Ni me han levantao la voz, cuanti menos pegarme... Un santo varón es el amo. Y además no le veo casi nunca con el aquel de la política, con que...

BENI.– Pos lo que ties que hacer es que te dure, porque si no...

MARCELINO.– Anda que por mí salen nietos con levita...

BENI.– *(Echándose un vaso de vino y rociándose la pechera ya sucia de goterones sangrientos.)* Ya no aguanto más. Marcelino, que voy a cumplir los cuarenta y no me sale e los güevos morirme e lacayo...

MARCELINO.– *(Maliciosamente.)* Pos como no juegues a la lotería...

BENI.– Me echo a robar, fíjate...

MARCELINO.– Como Candelas...

BENI.– *(Arrobado.)* Candelas, ése sí que...

MARCELINO.– *(Iluminado.)* Pos mira, poías empezar por la casa e tu ama, que ésa, siendo lo que es, na menos que la modista e la Reina, debe tener güen gato encerrao...

BENI.– ¿...sa? Tie las onzas de oro y las alhajas a cientos. ¡A cientos!... Pero a miles, que sé yo...

MARCELINO.– *(Que ha dejado de cepillar.)* Fíjate, claro..., si cobra por un vestío como ése que has traío pa la señorita una cantidad así, lo que cobrará a la Reina...

BENI.– Y yo ganando tres reales...

MARCELINO.– Pos ahí ties por donde empezar...

BENI.– Sí, ¡ah!..., a güena parte. Lo tie bajo siete candaos. Y con la pareja esa que no pierden ojo. Por ahí, imposible...

MARCELINO.– *(Muy sibilino.)* Pos anda que si llegara a ojos del Candelas, verías como...

BENI.– Si por mí fuera. Amos, si el Candelas viniera a casa, le ponía alfombras a la puerta, ya te igo...

MARCELINO.– Les estaría muy bien: a ella por tacaña y a los serviles esos por desgraciaos. Amos que...

BENI.– A ése le... Me dan ganas muchas veces de coger un hacha y partirle la chola...

MARCELINO.– *(Llenando los vasos.)* Déjate de hachas. Sacarles los cuartos. Eso...

BENI.– Sí, pa soltar las llaves ésos...

MARCELINO.– ¡Huy!... si las soltaban. Pos sí que no hay maneras de que suelten las llaves...

BENI.– *(Animándose.)* Pos mira que el Candelas o cualquier otro se forraba, en ca la modista se forraba. Te lo igo yo, paisanete, que se forraba. Si aquello es un tesoro. Yo lo sé porque lo veo. ¿No ves que allí tos los días entra el dinero? Güeno, y a luego a pieles, sedas y to eso; pa qué icirte...

MARCELINO.– Mía que les estaría bien que se lo...

BENI.– Si por mí fuera...

MARCELINO.– *(Muy celestinesco y ofreciéndole otro vaso de vino.)* Ya sabes eso de que Luis Candelas corre que corre y vuela que vuela... Pues si llegara a sus oías, y mía que tie oíos en toas partes ése, a lo mejor se le ocurría hacer una visita a tu ama...

BENI.– *(Muy entusiasmado.)* Pos mira, Marcelino, que ya poía contar conmigo pa lo que fuera, por éstas, *(Jura con los dedos en cruz, besándolos.)* como me llamo Benito Camacho...

MARCELINO.– Si quies algún día dejar de servir..., o eso, o que te toque el premio gordo e la lotería...

BENI.– *(Ensañando.)* Poer dejar de servir... Y casarme con una gachí a la que ya tengo echá la pupila y tener una casa y ser el amo...

MARCELINO.– *(Suspirando.)* ¡No ices tú na...! Y oye: aparte de tú y los dos, ¿qué otra servidumbre hay en la casa?

BENI.– *(Enfurecido.)* Nadie más. Yo y esos marranos. Y las chicas que van a coser. Pero yo pa to, Marcelino, pa to: pa limpiar los pericos y orinales por la mañana, que ésos cagan más que una maná e vacas, yo pa traer el agua, yo pa llevar los mandaos, yo pa fregar, yo pa la leche puta que mamaron... Por eso te igo que...

(Suena la campanilla de nuevo.)

MARCELINO.– ... Ésa no hace más que tocar la campanilla hoy: debe tener revuelto el chichi... *(Se ríe y el otro lo acompaña en la risa de conejo.)*

BENI.– Los domingos es cuando no hay naide en la casa. Amos, quieo decir que no hay chicas, que el ama recibe alguna visita y es cuando to está tranquilo...

MARCELINO.– *(Muy artero.)* El domingo...

BENI.– Y la puta pareja esa a veces salen y se quea el ama sola...

MARCELINO.– Pero ¿tú estás en la casa?

BENI.– ¡A ver!... Si yo no libro nunca...

MARCELINO.– *(Llenando de nuevo los vasos.)* Anda, toma otro vaso..., amos a terminar la botella...

BENI.– *(Muy contento.)* Este vinillo pega, oye... Pues eso que te decía... Un domingo, entra uno bien bragao...

MARCELINO.– Tú le abres la puerta...

BENI.– *(Recapacitando un poco.)* Hombre...

MARCELINO.– ¿Qué? ¿Ahora va a resultar que eres un criao fiel tratándote tan mal?

BENI.– Quia, quita allá... Claro que abro. Amos, y ya te digo, una alfombra en la puerta pal que entre con esas intenciones...

MARCELINO.– *(Entrando en funciones de gran Celestina.)* Ya ves tú... Con un poco de suerte te cubrías el riñón y pa vivir tranquilo los años que te quean, fundando un hogar, con una mujer, unos hijos... *(Suspira.)*

BENI.– *(Colorado ya de trasegar vino.)* Y un criao, tener un criao...

MARCELINO.– O dos...

BENI.– *(Salivoso y vengativo.)* Un criao, tener yo un criao y ser el amo. Verías, Marcelino, lo que le iba a hacer pasar. To lo que me han hecho pasar a mí. Ni más ni menos. Le iba a llevar más tieso, oye... Iba a ver quién es el amo.

MARCELINO.– Claro. Fíjate, podías retirarte a un pueblo, a tu pueblo y tener eso, un criao...

BENI.– Y no tener que estar toa la vía sirviendo y llevando palos...

MARCELINO.– No hay na más bonito que eso... Tener un hogar, una familia y ser el amo...

BENI.– Y hacerse respetar...

MARCELINO.– Hombre...

BENI.– Un güen vergajo a mano y si no cumples, zas, zurriagazo, como a nosotros... *(Relamiéndose de gusto.)* ¡Ojú...!

MARCELINO.– Ahora con el aquel del progreso ya no se pue zurrar a los criaos...

BENI.– *(Escupiendo por el rabillo de la boca.)* ¡Bah..., cuentos! Pos anda que no hay amos entoavía que calientan a los lacayos. Que me lo igan a mí.

MARCELINO.– *(Que ha terminado de lustrar las botinas, las coloca juntas en el suelo.)* Mía qué cosa más bonita, Beni. Qué piececitos tie la señorita. ¡Si vieras! Y tie un culito tamién... Yo se lo he tocao más de una vez, ¿sabes?

BENI.– *(Riéndose.)* Tú eres más castizo, oye...

MARCELINO.– Yo tamién quiero liberarme, no creas, porque manque esté mu bien con mi amo, don Luis de Zambrano, no quieo pasarme toa la vía limpiando orinales y aguantando a las cocineras...

BENI.– Pero tú eres mozo entoavía y pues tirar, pero yo casi en los cuarenta...

MARCELINO.– *(Dándole golpecitos en la espalda.)* Tú ties que tirar por la cae en medio ahora mismo. Si no, te pudres y acabas en San Bernardino...

BENI.– ¡Güeno!..., lo que es eso...

MARCELINO.– Pues ya pues echar mano a la obra, porque si no...

BENI.– Que venga, que venga, que venga Luis Candelas...

MARCELINO.– *(Al oír que suena otra vez la campana y de una manera muy perentoria.)* Güeno, tú, tendré que ir a ver lo que quie ésa...

BENI.– *(Levantándose.)* Yo tamién me voy, que entoavía tengo to por hacer. Que me echan, tú...

MARCELINO.– No, oye, que no te echen ahora... ¡Pos mía que si te echan...!

(Cuando se dirige MARCELINO *a la puerta de la cocina se oye una voz que dice: «Ave María Purísima... ¿Dan permisu?» y aparece en la puerta aquel* POLIZONTE *que estaba vestido de aguador y que ahora viene vestido con un trajecito de pana, faja granate, muy correcto, como un muchacho recién llegado a los Madriles.)*

MARCELINO.– *(Observando de arriba abajo al recién llegado, que se mantiene con la gorra de hule en la mano.)* ¿Qué se ofrece, amigo?

POLIZONTE.– Que me ha dicho la señorita, amus el ama, que me presentara al mayordomu...

MARCELINO.– ¿Te lo ha dicho el ama? ¿Es que te tengo que dar algo?

POLIZONTE.– No, señor. Que me ha dichu la señurita: «anda y ve a la cucina y el mayurdomu te dirá cuála es tu obligación...» *(Y el chico sonríe enseñando unos dientes de caballo.)*

MARCELINO.– *(Muy satisfecho, estirándose, poniéndose muy prepotente, guiñando un ojo al* BENI, *que observa atentamente al recién llegado.)* ¡Ah, vamos...! Tú vas a ser el nuevo lacayo que ha pedío el señorito...

POLIZONTE.– La fija, sí, señor...

MARCELINO.– *(Le mira de arriba abajo, escupe por el rabillo de la boca y le observa bien como a un objeto de su propiedad.)* ¿Y cuál es tu gracia, majo?

POLIZONTE.– *(Puesto casi en actitud de firmes.)* Celedonio Lavajos y Mosquete, pa servir a Dios y a usté...

MARCELINO.– *(Muy inquisitorial.)* ¿Y de aónde eres?

POLIZONTE.– De Santibáñez del Puerto, en la provincia de León...

BENI.– *(Interviniendo de pronto.)* ¿Verdá que eso está por La Maragatería, mochacho?

POLIZONTE.– Pa esa parte, señor...

BENI.– Es que tu cara me resulta familiar, oye... ¿Tú no estabas de aguador en la fuente el Prado?

POLIZONTE.– *(Muy artero.)* ¿Un servidor? Si acabo e llegar del pueblu, comu aquel que ice...

BENI.– *(Al Marcelino.)* Pos juraría, oye, que te he visto por ahí con la cubeta d'agua al hombro... Amos, no quisiá engañarme...

POLIZONTE.– Comu no sea un mi hermanu, que ése sí que es aguadur...

BENI.– *(Muy satisfecho.)* ¿Lo ves?

POLIZONTE.– El mi hermanu, sí, señor. Que es el que me ha mandau a esta casa y que habló con el señoritu la semana última y por esu es el venir, que me diju «anda y ve a cal señuritu Zambranu, purque comu...».

MARCELINO.– Güeno, güeno, ya está, ya está... Si el señorito te manda y si ya has hablao con la señorita...

POLIZONTE.– Y me ha dichu: «anda y preséntate al mayurdomu en la cucina», y por eso...

MARCELINO.– *(Que se ha sentado en plan de amo y observa al pretendiente con severidad.)* Amos a ver, mochacho, si nos entendemos. ¿U séase que no has servío nunca en una casa e Madrí, u qué?

BENI.– ¿Cómo quies que haiga servío si ice que acaba e llegar?

MARCELINO.– *(Volviéndose al* BENI.*)* ¿Tú no te ibas, Beni?

BENI.– Sí, claro, digo... Ya tenía que estar... ¡Ojú!... Se me va el santo al cielo. Ahí sos queáis... Hale, mochacho, suerte...

MARCELINO.– Ya sabes dónde está la puerta... *(Sale el* BENI *y el* MARCELINO *se estira en su silla, en plan amo, se sirve un vasillo de vino, lo bebe, sin ofrecerle al otro.)* Pos si no has servío nunca en Madrí, rapaz, no sé cómo vas a apañártela...

POLIZONTE.– Pos verá usté, un servior, comu ha vivío en lu del campu, pus eso...

MARCELINO.– Ya..., tú entiendes de vacas, de cerdos...

POLIZONTE.– *(Con risa caballuna.)* Y de gallinas y tu esu, vaya...

MARCELINO.– Sí, pues igualito que lo que ties que hacer aquí mismamente... Igualito... ¡Miá tú que...!

POLIZONTE.– Un servior sabe ser bien mandau y cumplir lu que le manden...

MARCELINO.– *(Escupiendo por el rabillo de la boca.)* Pero es que yo, que soy tu principal, no estoy pa enseñar al que no sabe, ¿entiendes?

POLIZONTE.– Sí, señor...

MARCELINO.– Aquí hay que hacer cosas que... El señorito no está casi nunca y a la señorita no se la pue molestar...

POLIZONTE.– Lo que usté mande, esu se hará...

MARCELINO.– *(Que está orando de satisfacción.)* Ya veremos, ya veremos, mochacho. A ver cómo te quitamos el pelo e la dehesa. Te va a costar aprender...

POLIZONTE.– Naide nace enseñáu...

MARCELINO.– Pus poía haberte enseñao tu tía la del pueblo, niño... A cualisquiá hora, de ser yo el amo, te cojo habiendo tantos en Madrí sabiendo ya su obligación...

POLIZONTE.– Ya ve usté...

MARCELINO.–Pero el que manda, manda... Y si la señorita ha dicho...

POLIZONTE.– Y el señorito...

MARCELINO.– Ya les diré yo... Güeno, de momento, lo que hace falta es eso, que seas bien mandao...

POLIZONTE.– Sí, señor...

MARCELINO.– Porque yo no te vaya estar repitiendo las cosas, como comprenderás, yo no vaya ser reló de esos de repetición, u séase, que sólo digo las cosas una vez, porque a la segunda te lo digo en las costillas con unas güenas correas que tengo ahí...

POLIZONTE.– *(Sonriente.)* Nu se preucupe, que de esu entiendu lo míu...

MARCELINO.– (Que se ha quitado el delantal y se lo ofrece.) Anda, ponte eso y amos a ver cómo fregas el suelo y a luego cómo limpias los orinales...

(El chico se pone el delantal. Se transforma en un lacayo al instante.)

MARCELINO.– Ese suelo *(Le pone delante cubo y bayeta.)* me lo dejas como un espejo...

POLIZONTE.– *(Arrodillándose y poniéndose a la faena.)* Va usté a ver... *(Empieza el fregoteo y en seguida se pone a cantar.)* «Una noite-na era do trigo...»

*(*MARCELINO *bosteza satisfecho. Estira los brazos. Observa el trabajo del lacayo sin sospechar lo que ha metido en casa.)*

Décimotercera entrega. El romance de Luis Candelas

Donde vemos cómo Madrid ardía de coplas, romances y aleluyas a propósito de nuestro Luis Candelas.

Madrid arde de pasión en este otoño del año de gracia de 1837. El pretendiente don Carlos de Borbón ha conquistado Arganda y amenaza conquistar la capital del reino, regida por doña María Cristina de Nápoles, casada en secreto con un hijo de cierta estanquera de Tarancón. Los devaneos amorosos y secretos de la reina impiden que se ocupe de los negocios de Estado, entregada a una panda de pillos ministros que se aprovechan del secreto de la reina para hacer su antojo. Esta situación llega intuitivamente hasta el pueblo bajo madrileño, que ha nombrado secretamente rey a Luis Candelas. *En efecto,* Luis Candelas *es el rey de Madrid y de España entera. Su nombre corre de boca en boca, su vida anda en coplillas, sus hazañas se agigantan, se exageran. Desde la Puerta de Toledo hasta los altos vallecanos, desde los Carabancheles a las Peñuelas, pasando por Maravillas, Madrid se enciende de luces con el nombre de* Candelas, *quien luego de robar, nada menos que a doña Vicenta, la modista de la reina napolitana, fue apresado, juzgado y condenado a muerte en garrote vil. Entre el frío primerizo de estos primeros días de noviembre del año, resuena el nombre de* Luis Candelas *entre rumores de guitarra y palillos. Una* chicuela *(consumida por el hambre, pelona por efecto del cólera sufrido) canta acompañada de un* ciego guitarrero.

Luis Candelas, Luis Candelas
corre que corre
vuela que vuela...
Madrí te está buscando por todas partes

y el pueblo entero quiere guardarte...
Debajo de mi manto quiero ponerte
y entre los barrios bajos luego perderte...
Ven a mi vera, ven a mi vera,
que yo te entrego mi vida entera...

(La CHICUELA *pide limosna y los viandantes le echan un buen puñado de modernas. Luego corean la copla.)*

CORO.– Ay, Luis Candelas, ay, Luis Candelas,
corre que corre, vuela que vuela,
contigo va mi suerte,
yo quiero verte,
y en lo más alto
voy a ponerte...

LA CHICUELA.– Madrí te está buscando por todas partes
y el pueblo entero quiere guardarte...
Mira qué pena, mira qué pena
que han preso al más valiente,
mi Luis Candelas...

(Ahora es un saloncillo rococó y cursi donde, ante un piano que suelta notas de romance antiguo, una señorita cursi y refinada, con aire diabólico, está recitando un romance de su cosecha ante los oídos veladamente cómplices de una reunión «progresista» de damas y caballeros de alcurnia.)

LA POETISA.– No se detuvo ante el trono,
ni tampoco ante el altar,
porque en su gran corazón
la semilla liberal
hondamente germinó...
La modista de la reina
un buen susto se llevó

desde que lo viera entrar...
Pero él la dijo: «señora,
es que quiero regalar
unos abrigos de pieles,
y usté tiene por demás...»
Y las vistió de princesas
a las mozas con su ajuar
¡Ay, valiente Luis Candelas,
quién te pudiera besar
y por la sierra de Gredos
a tu grupa cabalgar!

(Se va oscureciendo la voz de la POETISA *y el piano, entre susurros cortesanos de damiselas que dicen: «Oh, mon Dieu, qué atrevimiento», «oh, picarona» y cosas así... Ahora es un grupo de bigardos y jayanes de la garlopa que por el barrio de Lavapiés, visitando tabernuchos, evocan la sombra de* LUIS CANDELAS *sin temor a la recién creada guardia real por la reina Cristina.)*

Mecagüen Cristina,
mecagüen su madre,
mecagüen su hija,
mecagüen la manta
que las cobija,
la puta madre, la puta hija,
la puta reina,
la puta manta
que las cobija...
Dijo Candelas
en alta voz,
y el que lo niegue
es un cabrón...

(Ahora los que aparecen en la escena son cuatro pasmarotes políticos, cuatro PROHOMBRES *de la corte, sentados en sendos sillones dorados. Tal vez podamos reconocer*

entre ellos a aquel don SALUSTIANO OLÓZAGA, *a aquel don* JAVIER ISTÚRIZ, *etc. Cuatro hermosos sepulcros blanqueados que juegan la carta liberal presentada por la maligna reina italiana para encubrir su morganático matrimonio.)*

PROHOMBRES.– *(Con gran solemnidad.)*
Hemos proclamado la Constitución
la Constitución, la Constitución, la Constitución...
La defenderemos con toda pasión,
no permitiremos su conculcación...

PROHOMBRE 1.– Sí, señor... Achisss... *(Estornuda.)*
y teniendo en el trono a una viuda,
y madre además,
siendo caballeros, como semos todos,
no permitiremos su avasallamiento,
máxime cuando hay a la puerta un traidor
que quiere volvemos a la Inquisición...

PROHOMBRE 2.– ¡La pobre Borbona,
la pobre viudita
de aquel rey felón...!

PROHOMBRE 3.– Por eso, señores, sintiéndolo mucho
y aunque Luis Candelas nos haga tilín
hemos decidido unánimemente
que vaya a ponerse un buen corbatín...

PROHOMBRE 4.– Los tiempos modernos
no han de permitir
que «haigan» bandoleros
en pleno Madrid...

TODOS.– *(Muy enérgicos.)*
Hemos proclamado la Constitución,
la Constitución, la Constitución, la Constitución...

La defenderemos con todo rigor.
no permitiremos su conculcación...

PROHOMBRE 1.– No, señor; no, señor; no señor...
¿Por qué ese pillastre en vez de robar
a una modista o a un Oidor de paz,
no entra en los negocios
de la Bolsa, el Banco, la cosa fiscal
como cualquier otro
solvente y legal?

PROHOMBRE 2.– ¿Va a comprometernos con sus trapicheos
de bajo andurrial
a los que, patrióticos,
queremos llevar
la patria dolida
a un alto ideal?

PROHOMBRE 3.– ¿Quién va a permitir
que el orden interno
de todo Madrí
se alborote y cunda
por un malandrín...?

PROHOMBRE 4.– Esto ya es Uropa,
no un manchego y ruin
poblachón inmundo,
como fue hasta aquí...

TODOS.– O sea que hay que ponerle
un buen corbatín, un buen corbatín,
un buen corbatín...

PROHOMBRE 1.– Presume de guapo...
PROHOMBRE 2.– Ese cabezón...
PROHOMBRE 3.– Dice que las hembras...

PROHOMBRE 4.– Se le dan así...
PROHOMBRE 1.– Y que fue tan pogre...
PROHOMBRE 2.– Y masón que es...
PROHOMBRE 3.– Cuando lo que es...
PROHOMBRE 4.– Un ratero vil...

TODOS.– No, señor, no podemos eso permitir.
Hemos proclamado la Constitución,
la Constitución, la Constitución, la Constitución...
La defenderemos con el corazón,
con toda justicia con todo rigor...
Así que a ese Luis,
le hemos de poner
ese corbatín,
que el rey don Fernando
trajo de París...

PROHOMBRE 1.– *(Haciendo pucheritos mimosos.)*
Estando en el trono una viuda...

PROHOMBRE 2.– *(Ídem.)* Tan frágil mujer...
PROHOMBRE 3.– *(Escandalizado con aire de beata.)*
¡Madre de familia...!
¡No, no puede ser...!

TODOS.– La pobre Borbona,
mujer liberal...
¡A ese Luis Candelas
hay que ajusticiar...
hay que apiolar,
hay que agarrotar...!

Décimocuarta y última entrega. Exitus

El pobre Luis Candelas termina en el garrote vil por culpa de los liberales y del secreto matrimonio de la reina Cristina.

Ha llegado la última hora del ladrón más castizo de los Madriles. En el rastrillo de la cárcel del Saladero se dispone a salir camino del patíbulo, sabedor ya de que la reina ha hecho oídos sordos a su carta pidiendo clemencia. Como dicen las crónicas: Candelas *se ha reconciliado con Dios, ha reconocido sus faltas, se despide humildemente de los* hermanos de la Paz y de la Caridad *que le acompañaron en la capilla, del* sacerdote, *etc. Efectivamente, ante la gran reja que está a punto de abrirse,* Candelas *va abrazando a todos –sombras atribuladas en fingida actitud solemne–, mientras los presos dentro empiezan a entonar suavemente la salve.*

Candelas.– *(Abrazando a los que le rodean.)* He sido un ladrón, no lo niego. He robao, tampoco lo niego...

Sacerdote.– No pienses ahora en eso, hijo...

Candelas.– Pero puedo decir con la frente bien alta que no he vertido sangre alguna. Eso lo saben todos...

Sacerdote.– Todos, hijo, todos... Ahora contémplate en esta imagen... *(Le presenta el crucifijo.)*

Candelas.– Fui leal con mis amigos, repartí lo que tuve... *(Alzando las manos.)* y mis manos están limpias de sangre...

Sacerdote.– *(Poniéndole el crucifijo en los labios.)* Y tu corazón, tan limpio como tu sangre...

Candelas.– *(Yendo hacia el* Tuerto, *que está gimoteando en un rincón.)* Tuerto, oye, da esto al maestro Lucas, pa que se convide a mi salud...

(Le entrega una bolsa con monedas.) Y esto otro *(Va soltando todo el dinero que lleva.)* pa los compañeros que se quedan aquí, en la angustia...

(Tintinean las monedas en la mano del TUERTO *mientras la salve entonada por los presos llega lejana.)*

TUERTO.– Hijo, hijo mío, yo que te vi nacer como quien dice...

CANDELAS.– *(Colocándose frente a la puerta.)* Al fin voy a salir y ver de nuevo, *(Volviéndose a los que están detrás.)* aunque sea por última vez, aunque sea por última vez, sí, el cielo de mi Madrí, la gente de mi Madrí, las calles hermosas de mi Madrí... *(Vacila, la emoción le vence y acuden los* HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.*)*

HERMANO 1.– Y Madrí no te olvidará...

HERMANO 2.– Tú eres Madrí...

CANDELAS.– *(Que se ha rehecho y se pone tieso y solemne.)* Amos pa allá, señores, que en la Puerta Toledo nos esperan... ¡Abur...!

(Pero en el momento en que se van a abrir las rejas, aparece una sombra blanca, angélica, una especie de hada, que lleva las manos encadenadas y tintinean como cascabeles. Va custodiada por dos carceleros. Es MARÍA MANUELA.*)*

MARÍA MANUELA.– *(Abrazándose a él y pasando las cadenas por el cuello de* CANDELAS.*)* ¡Luis! ¡Mi Luis! ¡Mi Luis Candelas! ¡Mi Luis Candelas! *(Volviéndose radiante a todos.)* ¡Es mi marido, el mío y de nadie más!

(Hay murmullos emotivos, etc. CANDELAS, *abrazado a ella, está a punto de llorar.)*

CANDELAS.– *(Pasándole la mano por el cuello.)* Este cuello, este cuello de cisne que no lo toque nadie, que no lo toque nadie, que no lo toque nadie... El mío sí, pero el tuyo nunca...

MARÍA MANUELA.– Nadie lo ha de tocar, más que tus manos, tus hermosas manos *(Besa las manos de* CANDELAS. *Al oír esto,* MARÍA MANUELA *esta-*

lla en tremendos sollozos. Tienen que acudir a separarla.) Nos veremos. Volveremos a vernos... en alguna parte...

SACERDOTE.– En el cielo, hijo...

(La MARÍA MANUELA *empieza a lanzar ayes de plañidera.)*

CANDELAS.– *(Haciendo un acto de suprema valentía, dirigiéndose a la puerta.)* Vamos ya, señores, no hagamos esperar al pueblo...

(Se abren las rejas y entra el enorme bullicio del gentío que apaga las últimas notas de la salve entonada por los presos. Ante la puerta está el serón arrastrado por un jamelgo, en el que llevaban a los que iban a ajusticiar.)

CANDELAS.– *(Mirando el serón.)* Hombre, así llevaba yo a mi gato cuando era niño. Arrastrándole en un serón... Me gusta...

TUERTO.– *(Sin poderlo remediar.)* Y pa gato, tú, el mejor gato e los Madriles...

CANDELAS.– *(Sentándose en el serón y mirando al cielo.)* Qué cielo tan bonito, madre mía... *(Estalla una salva de aplausos. Alza las manos y dice, mientras el serón va avanzando lentamente:)* Amigos, amigos, amigos... ¡Mirar estas manos, estas manos que no se han manchado de sangre, no se han manchado de sangre, nunca, nunca, nunca...!

(Estalla una algarabía de voces, de vivas a LUIS CANDELAS. *Se oyen los restallidos del látigo que azuza a la mula, los gritos de los guardias que empujan a la plebe. Los presos vuelven a cantar la salve a gritos. El* TUERTO *llora. La* MARÍA MANUELA *está medio desmayada entre* DOS GUARDIAS REALES.*)*

MARÍA MANUELA.– *(Entre los sollozos, hablando muy lentamente.)* ¡Era el rey de Madrí...! ¡Viva el rey de Madrí...!

(Estalla un clamoroso viva general y se hace el definitivo oscuro.)

LA BANDA DEL «TISI» HABLA DE LITERATURA

Personajes

El Tisi
Compinche 1
Compinche 2
Compinche 3

En un garlito se reúne el Tisi *con sus tres compinches. Sentados a una mesa redonda, iluminados por el redondel de luz que cae del techo, bebiendo whisky, en mangas de camisa, componen la imagen tópica de los gánsters de Chicago pasados por Vallecas. Sobre la mesa hay varios ejemplares de la «prensa del crimen»: «El Caso», «Por qué», etc. Todos escuchan muy atentamente al* Compinche 1, *que lee una reseña.*

Compinche 1.– *(Leyendo no sin alguna dificultad.)* En el momento en que se disponía a cruzar la puerta de la calle le rodearon tres individuos desconocidos que, apuntándole con sendas pistolas, le ordenaron que les entregase la cartera con el dinero.

El Tisi.– *(Interrumpiendo. Escupe.)* Ya está... La cochina prensa embustera. La madre que lo echó al tío... ¿Pos no se pone que tres endivudos? Porque has dicho tres endivudos, ¿no?

Compinche 1.– A ver... O kay... Tres individuos...

Compinche 2.– *(Desternillándose de risa.)* A no ser que al Chuli le tomara por dos, que tamién pudiera ser...

Compinche 3.– Que el tío veía doble de la torta que llevaba...

El Tisi.– La prensa que es una cochina embustera...

Compinche 1.– Tres tíos, dice... Y tú *(Señala al* Compiche 3*.)* que estabas con diarrea, el Chuli al volante. U séase, que eramos solos el jefe y yo. La fija...

El Tisi.– *(Malhumorado.)* Anda, sigue leyendo, niño...

COMPINCHE 1.– A ver aónde estábamos... Ah, sí, aquí..., «que les entregase la cartera con el dinero...» *(Sigue leyendo.)* «Me di cuenta al instante de que no eran armas verdaderas, sino imitaciones de plástico...»

(El TISI *se revuelve en la silla y los demás lanzan blasfemia.)*

EL TISI.– Lo que faltaba... El colmo... Amos es que ya no hay vergüenza profesional, ni na de na, de na... Pistolas de plástico. ¿No te joe el tío? Como que el Tisi va a ser un aficionao yeyé de última hora de los que usan pistolas de plástico. Amos que... lo que me faltaba por oír a mis años... Pistolas de plástico...

COMPINCHE 2.– El nueve largo de la civil. Menúo plástico. *(Enseña la pistola.)*

COMPINCHE 3.– *(Riéndose.)* La leche los periodistas es la reoca...

EL TISI.– *(Al lector.)* Pero ¿de verdá que dice que íbamos con pistolas de plástico?

COMPINCHE 1.– Que me quede aquí muerto si no dice «pistolas de plástico».

EL TISI.– Pa coger al periodista que ha puesto eso y hacerle comer la pistolita, hombre... Amos que...

COMPINCHE 2.– Da asco trabajar así...

EL TISI.– El choteo que tendrán ahora el Lagarto y la Sardina cuando hayan leío eso. El choteo que tendrán, y con razón, por culpa de un periodista de mierda... Amos que...

COMPINCHE 1.– ¿Sigo leyendo, jefe?

EL TISI.– Ya me han dao la noche esos malages... Hombre...

COMPINCHE 2.– *(Al* COMPINCHE 1*.)* Anda lee, macarra...

COMPINCHE 1.– Imitaciones de plástico...

EL TISI.– Imitaciones... *(Dando un puñetazo en la mesa.)* Vaya un choteo...

COMPINCHE 1.– *(Sigue leyendo.)* «Al menos que eso me pareció a mí, por lo que me resistí a entregarles el dinero...»

(Indignación general.)

EL TISI.– Pe... pero... amos que... *(Otro puñetazo encima la mesa.)* ¿Y cómo pue decir eso el tío?... Pero cómo se pue ser tan carota en estos tiempos...

COMPINCHE 2.– Es la monda... La prensa es la monda, tú... Que se restió...

COMPINCHE 1.– Y no le quitamos el braguero que llevaba porque no había pa qué...

EL TISI.– Que no sabéis hacer las cosas y na más...

COMPINCHE 1.– Pero si esto son cosas de los periodistas, que les hacen decir a esos esgraciaos lo que quieren que digan. La fija jefe. Si lo sabré yo...

EL TISI.– ...dita sea la ley que mamé hace cincuenta años...

COMPINCHE 1.– Sigo leyendo: «Entonces, unos de ellos que llevaba también un trozo de tubería de plomo, empezó a darme fuertes golpes...»

EL TISI.– *(Dando un puñetazo mucho más tremendo sobre la mesa.)* Basta... Basta... Ya está bien, ¿no? Ya tenemos bastante, ¿no? Ahora resulta que tamién llevábamos un tubo e plomo como el último aficionao, ¿no? Pero bueno, ¿hasta aónde hemos llegao? Al Tisi, a la banda el Tisi decirle a estas alturas que es un aficionao... Un aficionao el Tisi...

(Se ha levantado y se pasea como un energúmeno.)

COMPINCHE 2.– Bueno, jefe... Un poco e calma... Ya sabemos lo que es la prensa, ¿no? Las críticas son las críticas, ¿no?

EL TISI.– Es que yo no lo paso, eso. Es que yo no lo aguanto. Que el hijo e su madre no pasa por lila. Que me cargo al periódico en peso... Que de mí no se ríe la prensa. Que se vayan reír de la mona el Retiro, hombre. Que son muchos años de profesión...

COMPINCHE 3.– Pero tampoco es pa ponerse así. Ya está uno acostumbrao a que no se sepa apreciar el trabajo de uno...

EL TISI.– Pistolas de plático, tubo de acero... Pero ¿aónde hemos llegao? Amos que sólo le falta al Tisi dejarse el pelo largo y bailar la yenka...

COMPINCHE 1.– Ya sabe too el mundo que es mentira...

EL TISI.– ¿Y a mí qué? Cualquiá que lea esa reseña y que le conozca a uno, como verbigracia pudiá suceder con el Lagarto, no veas el choteo que se organiza... Menúo fracaso a mis años... No; esto no se quea así... Esto no se quea así... Por mis muertos que me las paga el periodista y el otro. El otro al que tenías que haber vaciao el cargador en el vientre. La culpa es vuestra...

COMPINCHE 1.– El otro es un mandao. Ni más ni menos. Un mandao. Ha dicho lo que el otro quería que dijera...

EL TISI.– *(En el colmo de la desaperacion.)* A mis años... Después de dedicar toa una vía, toa una vía, que se dice pronto, al arte. Que venga un peridoistilla desgraciao y que te largue eso. Amos que a los años del Tisi, con lo que ha sío el Tisi y lo que le quea por hacer al Tisi, que resulte ahora que es un aficionao. Toma castañas, aficionao...

(Se derrumba en la silla y está a punto de llorar. Uno de ellos le alarga un vaso de whisky, que él rechaza con un enérgico manotazo.)

COMPINCHE 1.– *(Luego de una pausa muy tensa.)* ¿Sigo leyendo?
EL TISI.– *(Exaltado.)* Métete el periódico aonde te coja, chorizo, que no eres más que un chorizo...
COMPINCHE 1.– Jefe, yo...
EL TISI.– Eso me pasa a mí por salir con chorizos yeyés...

(Todos optan por callarse. El TISI *esconde la cabeza entre los brazos.)*

COMPINCHE 1.– *(Susurrante. A los otros.)* Pos si oyera lo que dice más abajo...
COMPINCHE 2.– *(Acercándose a el a mirar el periódico.)* ¿Qué ice?

(Los tres hojean el periódico.)

COMPINCHE 1.– Fíjate lo que dice... Que íbamos en un Seat 600...
LOS OTROS DOS.– ¿A ver?
COMPINCHE 1.– Un Seat 600...
COMPINCHE 2.– La madre que lo parió al tío...
COMPINCHE 3.– *(Elevando los brazos al cielo.)* En un seisciento...
COMPINCHE 1.– Y dice tamién que a uno le mordió el brazo y tuvo que soltar la cartera...
COMPINCHE 3.– *(Cogiendo el periódico y haciéndolo trizas.)* Trae acá. S'acabó...
EL TISI.– *(Levantando la cabeza y dándole el «Por qué».)* Rompe ése tamién...

(Rompen los periódicos.)

EL TISI.– *(Luego de una pausa tensa, llena de desolación, que nadie se atreve a interrumpir, empieza una especie de lamento lloroso.)* ¿Quién me lo iba a decir a mí? A mí. Que me iban a confundir con un descuidero del Rastro. A mí. Al Tisi. ¿Y cuando éste que lo es tuvo en jaque a toa la policía e Londres, qué?

COMPINCHE 1.– Eran otros tiempos...

EL TISI.– Tú lo has dicho. Otros tiempos. Etonces había dezniá y se sabían apreciar las cosas. En cambio hoy. Mía tú, sin ir mas lejos, el Sardina, ese chorizo esgraciao que no sirve ni pa descalzar al mismo Chuli, *(Señalándole.)* cuanti menos a mí, y hay que ver la coba que le dan los cabrones de la prensa...

COMPINCHE 2.– Injusticias. En este país nunca se ha hecho justicia.

COMPINCHE 3.– La prensa siempre se deja llevar por el brillo, y como el Sardina sabe presentarse...

EL TISI.– *(Enfurecido.)* ¿Cómo que sabe presentarse?

COMPINCHE 3.– Hombre, quieo decir, amos es un suponer, que el Sardina tie relaciones y sabe alternar...

EL TISI.– *(Enfurecido ya del todo.)* ¡Ya está! Ya salió aquello. ¡Las relaciones...!

COMPINCHE 1.– L1eva razón aquí el Chuli, que ahora estamos viviendo el mundo de la relaciones públicas...

COMPINCHE 2.– Las «publics relations», que dicen en Norteamérica...

EL TISI.– *(Mordiendo las palabras.)* Ah, ¿y yo no he sabío alternar, no? ¿Yo no cené un día con el embajador alemán, cuando Hitler, que ése sí que era un tío, ¿no? ¿Eh? El Tisi no ha alternao inclusive con menistros... ¿Tampoco?...

COMPINCHE 1.– Es que ahora es distintio...

EL TISI.– Distinto. Vosotros sí que sois distintos, que no valéis pa na de tanta televisión como sus habéis tragao. De tanto Santo y tanta leche como habéis mamao en el cini... A mí vais a venir a darme lecciones ahora. Amos que... Entoavía querréis enseñarme a mí, que me he criao en..., fijarse bien..., en el Siglo de Oro del Hampa, pa que sos vayáis enterando: en el Siglo de Oro del Hampa, cuando Al y Luciano en América, cuando aquí en España entoavía daba que hacer Paso Largos, el bandío de Ronda. Amos niños, ¿sus queréis ir ya?

COMPINCHE 1.– Bueno, jefe. Que tampoco es pa tomárselo así y no queremos ofender. Primero que too es cosa e literatura. Depende del estilo el periodista el saber o no saber apreciar las cosas. Y tamién que uno es más joven que usté y a la fuerza tie que ver las cosas de una distinta manera. ¿No? Y que amos que...

EL TISI.– *(Interrumpiéndole.)* Y que os puen dar morcilla a los tres juntos y ya sus estáis largando, que el Tisi no nesecita de vostros ni tanto así y que como coja la botella el güisqui sus escalabro si no sus dejo en el sitio, que me tenéis hasta aquí ya. Si queréis tiraros pal yeyé y usar pistolas de plático, ya sabéis... Pero al Tisi no...

COMPINCHE 2.– Pero, jefe, ¿a santo e qué viene ahora too eso?

EL TISI.– Pos viene, pa que te vayas enterando, que si el periodista ese, mecagüen en tos sus muertos, dice too lo que ice es porque alguna razón lleva...

COMPINCHE 1.– *(Coreado por los otros.)* ¡Razón!... Ahora va a llevar razón...

EL TISI.– Y que el otro día oí hablar a no se cuál de vosotros que si ahora se llevaba la pistola e plático y que si la pistola e plático tal y cual y que a luego no habían complicaciones...

COMPINCHE 1.– Un momento, eh, un momento...

EL TISI.– Ahora sus calláis y hablo yo. Y que como uno tie confianza en vostros porque se ha criao en otro tiempo y en otros ambientes, pues eso. Que como aquel día pasó lo que pasó; u séase que yo tuve que entretenerme con mi compadre y vostros preparasteis el terreno, que probablemente..., no quiero equivocarme..., usasteis la pistola e plático, cosa de la que yo no quise enterarme. Y lo de la tubería e plomo supongo que no será verdad, pero si al periodista le dais pie pa hablar llevando pistola e plático, pue imaginar con razón que le sobra que tamién usabais la tubería... y...

COMPINCHE 3.– No, si al final le va a dar usté la razón... Y que íbamos en un seiscientos tamién...

EL TISI.– *(Como si no hubiera oído bien.)* ... Porque cuando no se tie dezniá ni sentío e la profesión, no tie na de particular que te salgan con la pistola e plático, la tubería el sesiciento y la madre que los parió... Pero eso me pasa a mi por consentío. Na más que por consentío... Porque si yo me mantuviera en mi sitio y actuara como se actuaba antiguamente, es decir, manteniendo la autoriá, pues eso..., que ustés estabis toos criando malvas en el cementerio. ¿Sus vais enterando?

COMPINCHE 1.– Bueno, jefe, bueno... Ya esta bien, ¿no? Ya está bien con ofender. O hay confianza o no hay de eso. ¿No?

COMPINCHE 2.– Naturaca...

COMPINCHE 3.– Me parece...

COMPINCHE 1.– ¿Poemos hablar, o no? ¿Poemos dialogar, o no?

EL TISI.– A mi no me tenéis que dar lecciones de na...

COMPINCHE 1.– Pos ahora estamos en la época el diálogo. Y usté nos escuha... Porque resulta que no lleva usté razón en too lo que dice. Primero: porque la crónica el crimen, como too lo que se hace ahora, se hace con los pies y no con la cabeza y no tie na de particular que un muerto de hambre de descuidero metío a periodista se haya puesto a escribir esa porquería. Eso lo primero. Y que lo mejor es no hacer caso. ¿No estamos viendo hasta yeyés metíos a polis? Cuando no periodistas... ¡No te joe la cuistión...!

EL TISI.– *(Que ha bebido más whisky y casi lloroso.)* Si ya sé que el Tisi no pue esperar na de naide. Si ya sé lo que le espera al Tisi, el asilo. El Tisi, que ha enseñao a toos los que entoavía puen hacer algo que llame la atención...

COMPINCHE 1.– ¿Me deja usté proseguir? *(Ante el silencio del otro.)* A ver si sabe usté escuchar. Segundo y prencipal, que ya es hora de que vaya usté metiéndose en el coco que los tiempos han cambiao y que las cosas se van haciendo de otra manera. Eso de las pistolas e plástico, aunque a usté le parezca una tontería, pos no es tontería, pa que se entere, porque resulta que...

EL TISI.– Te vas a reír de la Cibeles, niño. Sus vais toos a hacer puñetas, que no sus quiero ni ver... Ya sos estáis largando, porque como digáis una palabra más, no respondo de mí, porque sus cojo y... *(Agarra la botella del whisky y se dirige recto al* COMPINCHE 1, *pero los otros dos le sujetan y se la quitan.) (Debatiéndose entre los dos.)* Dejarme, leche... dejarme y tener un poco a respeto..., leche..., que podía ser vuestro padre, leche...

(Los COMPINCHES 2 *y* 3 *le siguen sujetando los brazos por detrás.)*

COMPINCHE 2.– Si es inútil. No se pue discutir con él...

EL TISI.– Anda, pegarme..., pegarme ya; sólo faltaba eso...

COMPINCHE 1.– No se ponga usté sentimental, hombre. ¿Lo está usté viendo? ¡Es uste un crío, hombre...!

COMPINCHE 2.– Peor que un crío... *(El* TISI *se revuelve echando espumarajos por la boca.)*

COMPINCHE 1.– ¿Nos va usté a escuchar, sí o no?

EL TISI.– Pero ¿es que me vais a enseñar vosotros a mí?

COMPINCHE 1.– Pos sí señor..., pa que se entere...

COMPINCHE 2.– *(Muy siniestramente.)* Si no sería mejor llevar las cosas por la tremenda, tú...

EL TISI.– Vosotros habéis nacio desgraciaos y desgraciaos sus moriréis. Vosotros sos poéis ir a trabajar en las inmobiliarias esas, sus metéis en un menisterio, que es lo vuestro; pero a mí...

(El COMPINCHE 1 *no puede resistir más y le cruza la cara de un bofetón. El* TISI *da un grito tremendo. El otro le vuelve a abofetear.)*

COMPINCHE 2.– Sí, hombre, dale, dale... Dale fuerte al cochino viejo...

COMPINCHE 1.– *(Sigue pegándole.)* Hay que ver cómo se pone por na... Por un periódico de na..., mía tú..., la que arma por cuistiones de literatura el tío...

(Los otros empiezan también a pegarle. Le dan patadas, puñetazos. El pobre TISI *es como una pelota entre ellos. Le zurran a conciencia. Le pegan hasta que le sale sangre por la boca. Luego el* COMPINCHE 1 *le quita la pistola.)*

COMPINCHE 1.– Hale, dejarle ahí que se pudra el tío... Ya era hora de librarnos de este grajo...

(El TISI *gime desconsolado en el suelo.)*

COMPINCHE 3.– *(Saca una pistola de plástico y se la tira.)* Y ahí tie usté, jefe, pa que se vaya acostumbrando...

(Se van los tres. El Tisi *sigue gimoteando. Al fin coge la pistola que le han tirado y se la coloca en la sien.)*

El Tisi.– *(Intentando levantarse.)* S'ha terminao. Esto s'ha terminao... No quiero vivir más en este cochino mundo... No soy de este tiempo... no soy de este tiempo... *(Se da cuenta ahora de que la pistola es de plástico.)* ¡Dita sea!... Pistola e plástico... *(Se pone en pie enfurecido y tira la pistola por donde se han ido los otros.)* Pos no me dan una pistola e plástico... Me las vais a pagar... Vais a saber quién es el Tisi... El Tisi... ¿Qué sus creéis?... ¿Me voy a matar yo y sus voy a dejar a vosotros con vía?... Pero ¿es que ni a pegarse un tiro va a tener derecho el Tisi?... *(Se yergue y arregla el traje.)* Valiente juventú... Tres contra uno... Ya podrán... Qué vergüenza. Qué vergüenza... *(Se echa un trago de whisky y se deja caer en la silla.)* Cómo han cambiao los tiempos... *(Se levanta maldiciente y terrible.)* Que falta el prencipio de autoriá. Ni más ni menos. ¡Hay que restablecer el prencipio de autoriá!

(Telón.)

EL MARQUÉS DE SADE EN USERA

(Monólogo a voz y media)

Personajes

SEGURATA
PRESO

Allá por la parte alta del barrio de Usera. Aledaños de Orcasitas, un bloque de casas, construidas recientemente y en espera de ser ocupadas por sus adjudicatarios, mantiene una defensa enconada contra los posibles «okupas», como se dice en las pintadas circundantes. Hay algo de defensa medieval, de castillo roquero, en ese conglomerado de viviendas de mal ladrillo, de malos materiales en general, de chapucería afiligranada como es típico en la España de la monarquía neocapitalista de don Juan Carlos I, donde la construcción ha constituido siempre una buena fuente de enriquecimiento para muchos filibusteros o bandidos del siglo XXI.

Así que para defender esas nuevas viviendas listas ya para entregarlas a los que habrán de ocuparlas «legítimamente», existe toda una legión de guardianes o «SEGURATAS»*, según la nomenclatura más o menos cheli del momento. Estos* SEGURATAS *acostumbran a ser jóvenes con mucha pelambre en forma de barbas, melenas, patillas y bigotazos, estilizados con formas gatunas, ojos chispeantes y maliciosos. La verdad es que exhalan más bien inseguridad que otra cosa. Y en verdad que al verles se les asocia con el drogata, el navajero, el tironero y demás especies de la clase digamos «política» del censo. Pero el caso es que con sus uniformes, que recuerdan a la legión argelina, por ejemplo, sus armas –porra, detonadora, «spray»– adquieren, o quieren adquirir, un barniz de autoridad. Pero en realidad lo que evocan es los viejos ballesteros de la Edad Media con toda su, para nosotros, desconocida ferocidad, mezclada ahora con ciertas maneras, cierta «educación» procedente de la escuela a través de la cual han sido promocionados.*

(Pues bien, en un portal de una de dichas viviendas venimos a trabar conocimiento con uno de esos SEGURATAS *que parece haber hecho presa de un pajarraco jovenzuelo, que al lado del prepotente guardián parece temblar. Toda la fiereza que pudiera tener como futuro «okupa» o navajero se ha convertido ahora en terror ante el prepotente* SEGURATA, *que lo tiene «anillado» como pájaro en liga, merced a los grilletes que le sujetan las muñecas por entre las ingles en postura tan molesta como ridícula. El* SEGURATA, *con la defensa de goma en la mano, sentado en una vieja butaca como en un trono, la mirada de un jez severísimo, le está interrogando.)*

SEGURATA.– ¿Así que eso? ¿Sólo?

PRESO.– Sólo, jefe, sólo...

SEGURATA.– *(Expulsando el humo del canutillo que está fumando.)* Ahora cuando venga el Elefante te vas a enterar... Te vas a enterar de lo que vale un peine. Si no quieres largar por las buenas, tío, si no me das el okey, te vas a enterar de lo que es «terminator»... Cuando te colguemos de los huevos y te tostemos los sobacos entre el Rambito y menda... Nosotros no tenemos prisa, y así nos vamos entreteniendo. ¿Estás, machaca? ¿Te vas enterando?

PRESO.– *(Retorciéndose de dolor al estar aherrojado de una manera verdaderamente incómoda con las manos sujetas por las esposas bajo la entrepierna.)* Ya le he dicho que yo no...

SEGURATA.– *(Sin dejarle terminar, le da con la goma en las nalgas a la vez que le pone de rodillas.)* Y luego a ver si vas a ir diciendo por ahí que te estoy dando malos tratos, porque vosotros sois capaces de decir que te estamos dando malos tratos... Eso será después, delante e la autoriá pertinente... Ahora depende de ti, porque si quieres te leo tol tema ese de los derechos del detenío... U séase... *(Se saca una tarjetita del bolsillo trasero del pantalón.)* A ver... *(Le atiza otros dos golpes en el muslo.)* Escucha bien... *(Deletreando.)* Pue...de... llamar a un abogado, y... to lo que diga ahora podrá ser en... con...tra... suya... y... ¡leche, estate quieto ya! *(Le atiza ahora en toda la chola.)* Y tie...ne... derecho a... a eso..., a estar callao...

PRESO.– *(A gritos.)* Pos por eso... yo no...

SEGURATA.– *(Atizándole otro gomazo.)* Pero es que yo no te digo que hables, coño, te «persuado» na más. ¿Te enteras? Te persuado a que reconozcas tu delito... ¿Vale?

PRESO.– *(Clamando como un Job revivido.)* Pero ¿qué he hecho yo? ¿Qué he hecho?

SEGURATA.– *(Dándole un empujón que lo tumba por el suelo.)* Olvídame, chaval, que no a van por ahí los tiros... Leche y lo burros que sois la basca maleante... Yo no te igo na... Yo no soy de los que hablan, yo actúo... Mira así. *(Le ha sacado las botas deportivas de un tirón y ahora le da en las sucias plantas de los pies unos tremendos gomazos que hacen al otro dar elocuentes alaridos.)* Así actúo yo... Pa que te vayas enterando de quién es el mangui... En la Academia me llamaban el Derecho... ¿Estás en el tema? ¿O te tengo que repetir? Pues hale, vamos a repetírtelo... *(Y con mucho entusiasmo le atiza nuevos gomazos en las plantas de los pies que hacen al otro proseguir sus alaridos de terror.)* Pero ¿qué leche es ésa? ¿Es que no te vas a callar? ¿Eh? ¿No quieres? Pues espera, que te voy a mordazar bien. *(Le pone una mordaza con una especie de venda que se ha sacado del bolsillo.)* A ver si ahora me vas a soliviantar al personal... Así, así estás bien... Caaalladito como un muertito... *(El otro tiene los ojos aterrados.)* Así nos vamos a poder entender bien... Fíjate tú, que a mí no me gusta pegar..., no me gusta andar con malos modos, como decían en la Academia... Pero como tú lo quieres, pues eso... Porque parece mentira, pero vosotros seis tan burros, leche, que si no coge uno el palo es inútil... Ya está visto que con vosotros no se pue andar con ese tema de los derechos... A vosotros hay que daros así, así... *(Le atiza con nuevos bríos.)* Pa vosotros es que no hay democracia. Vosotros sos reís de la democracia. Eso es lo que pasa... Vosotros de seguía a escandalizar y a malmeter, ¡leche!... ¿No te igo lo que hay? Pos te vas a enterar... Te voy a tener aquí así, amarraíto, hasta que venga quien tie que venir... Y no me hagas guiños de ésos porque te doy... *(Y le da.)* A ver si sabes corresponder en el tema democrático, ¡leche!... Así nos vamos a entender; de lo contrario, ya digo que no nos amos a entender. Te toca estar callao y quietecito, *(Le da un tarantan y le coloca bien de rodillas.)* y con güenos modales, ¿eh?... Aunque pa ti los güenos modales me parece que no te van; ese tema no te va, drogata,

ocupa, choricete... *(El* PRESO *le está mirando por encima de la mordaza con unos ojos redondos como de búho, que reflejan el terror que asiste por dentro al pobre delincuente.)* Ya ves que yo no te hago na, yo te respeto... Y si quieres te leo otra vez los derechos esos... ¿Quies que te lea el tema ese?... Pero, bah, ¿que sabéis vosotros de derechos..., de derechos ni de na... Ay que joerse, tener que andar con tantos miramientos con ustedes... Mirta, si no estuviéramos en estos tiempos democráticos, ya te habrían apañao a ti bien... Una cuerda al cuello y a volar por el aire en plan «güester», que es lo que sos merecíais los ocupas... Una güena soga al cuello y, ¡ja!, a tomá por culo... Hostia... ¿No te joe? Anda ya... *(Y le vuelve a atizar con la goma en las plantas de los pies.)* Y te quiero ver de rodillas, pero bien... Espera... *(Y el puñetero recoge unas cuantas chinitas y se las coloca debajo de las rodillas.)* Esto pa que estés más a gusto... Y como te muevas, como muevas una pierna sólo, te arreo así..., así... *(Y le da unos nuevos gomazos en los hombros.)* Y no me llores, ¿eh? Que ya te he dicho que no quiero que me llores..., que ese tema a mí no me va, que a mí me gustan los tíos y no los maricas, *(Le da unos tortazos.)* que a mí los maricas..., ojú los maricas... No veas, tío... *(Le coge de los pelos.)* Y mira el pelo que tie el gachó... ¿Y aónde vas con tanto pelo? Un yeyé es lo que eres, y eso ya no está de moda... Si ya decía yo: un maricón de bandera es lo que eres... Pues mira, ¿sabes lo que voy a hacer? Te voy a ir cortando el pelo mientras viene la autoriá esa; te corto el pelo y eso que llevamos adelantao *(Saca una buena navaja, navaja de navajero naturalmente.)* Te voy cortando el pelo, porque igual te lo van a cortar luego... Huy, vas a ver, te voy a pelar a modo, tío... Como cuando yo estaba en la mili, que teníamos un sargento que decía: «te voy a dar un pelao que te se va a ver hasta el número que calzas»... Así, nos entretenemos tú y yo y eso que te ahorras de peluquería... *(Y sí, el tío empieza a cogerle mechones de pelo y con la navaja le pega unos enormes trasquilones que hacen al otro retorcerse de rabia y de dolor.)* ¿Y te vas a estar quieto de una puta vez? *(Sigue recortando a base de navajazos.)* Te voy a hacer una filigrana, tío..., que no te va a conocer ni la puta mare que te parió... Menuo artista es el mangui... Te voy a dejar pa ir a la pasarela Cibeles, tío... Mira..., mira el coco que le está queando al tete... No te podrás quejar... Pa que veas lo que es la democracia... Pa que luego los neonacis okupas

como vosotros vayáis hablando del tema e la democracia... Fíjate, tío, qué pelao te estoy dejando. *(Le enseña los mechones de pelo que le ha arrancado.)* Y que tenías unas melenazas que..., que el tema el pelo lo tenías olvidao, tío... Pos mira, ahora te estás queando nuevo... Guaperas y to te estás queando... Como recién salío de una peluquería de postín... Mira, por lo pronto, tío, te has ahorrao una libra, y eso es lo que ties que agradecerme... ¿Qué te parece la resbalosa? Corta dabutin esta rebalosa, tío. Ya quisieras tener tú otra pa buscarte la vía por ahí..., ¿eh? Es divina, oye... Y ahora, ¿sabes lo que voy a hacer? Pues voy a hacerte un bonito tatuaje... No, dos tatuajes. Uno aquí, en el bracíbiris, y otro aquí, en el pecho. Vas a ver lo artista que es el mangui... En el Tercio me pagaban caro, tío, por hacer filigranas a los tíos. Ahora te pongo a ti la resbalosa en plan pincho pa hacerte el dibujito mono pal nene... Te voy a pintar el Pato Donald. *(Y empieza a clavarle la navaja en la carne; salta la sangre y el muchacho intenta gritar, pero la mordaza tapa sus aullidos y el rostro parece hinchársele como un globo. El* SEGURATA *continúa su tarea de artista, relamiéndose de puro gustirrinín.)*

NOVIOS DE LA MUERTE

(Monólogo a dos voces)

Personajes

Lejía 1
Lejía 2
Dos vagabundos

Entre la ventisca de la temprana mañana madrileña, avanza una pareja compuesta por dos aguerridos EX LEGIONARIOS *de edad no precisamente juvenil, puesto que su efemérides natal no debe de estar lejos del Desastre de Annual.*

Uno de ellos es cabezón y pequeño. Envuelve su cabeza en una especie de turbante mugriento, que se ha puesto para protegerse de la pertinaz llovizna.

El otro es alto y delgado como una espátula y se cubre también con una caperuza de plástico. Son dos hermosos residuos de la historia de la España contemporánea en avance por antañosos paisajes de guerra civil. De su boca desdentada y aguardentosa brota un hermoso himno legionario que llevó a la muerte heroica a tantos de sus compañeros allá por la tierra africana.

Mientras uno de ellos, el alto y desgarbado, entona el himno con potente voz de barítono, el otro, el cabezudo y renqueante, casi paticojo con muy poquita voz, sólo canturrea señalando los flecos de los versos.

Los viandantes mañaneros, honrados trabajadores de la cutre industria madrileña, tan desmantelada en los últimos tiempos del socialismo monárquico, ni se percatan tan siquiera de la presencia de DOS VAGABUNDOS *más entre los muchos que el «bienestar» de la España de don Juan Carlos I ha acumulado entre tantos detritus... Y así, a través del viento y del agua en la fría mañana primaveral, avanzan impertérritos los bravos legionarios con su cantinela.*

LEJÍA 1.– Soy un hombre a quien la suerteeee...
LEJÍA 2.– ... suerteee...
LEJÍA 1.– Hirió con zarpas de fieraaa...
LEJÍA 2.– ... fieraaaa...
LEJÍA 1.– ... Soy el novio de la muerte...
LEJÍA 2.– ... muerteee...
LEJÍA 1.– ... que va a unirse en lazo fuerte...
LEJÍA 2.– ... fuerteeee...
LEJÍA 1.– *(Deteniéndose y saludando militarmente después de dar un tremendo taconazo.)* ... con su leal com...pa...ñe.. ra...
LEJÍA 2.– *(Ídem.)* ... com...pa...ñera... *(Y el pobre se deja caer al suelo mientras el otro permanece firme saludando y mirando al infinito.)*
LEJÍA 2.– *(Se acurruca en un rincón de la acera y escupe en el suelo.)* ... ¡la leche!
LEJÍA 1.– *(Bajando la cabeza para observar al pequeño renacuajo.)* ... ¿Pasa compa?... ¿Ya estamos así?... ¿Y tú eres un lejía? ¿Un lejía? ¿Qué leche eres tú...?
LEJÍA 2.– *(Con voz cavernosa salida de lo hondo de sus podridos pulmones.)* Astoy mu joíoo...
LEJÍA 1.– *(Que se ha puesto de cuclillas a su lado.)* ¿Otra vez?
LEJÍA 2.– *(Encogiéndose de hombros.)* ... ea... *(Se arrebuja bien en la especie de manta mugrienta con que se cubre y mira hacia el cielo.)*
LEJÍA 1.– Pero ¿te vas a quear aquí?... ¿Te vas a quear aquí, tío?... ¿Eh?... ¿Aquí?... *(Como el otro no se digna en contestarle, él sigue como predicando en el desierto.)* ¿No vas a venir aonde yo te iga? ¿Eh, compa? ¿Es que no me vas a creer, tío? Ni duscientos metros hay de aquí al sitio ese que te igo... Pero ni duscientos metros; palabra de cabo... Hazme caso, titi... ¿Es que ya te vas a rendir? ¿Ya? *(Observa al otro, que cierra los ojirris acurrucado y apoyado en la pared.)* ¿Ya estás con la misma e siempre?...
LEJÍA 2.– Astoy mu joío, mu joío astoy yo...
LEJÍA 1.– Estírate, lejía, y nos llegamos aonde te igo..., que mía tú que no te vas a arrepentir... Un coche dabutin, Mercedes, tío, abandonao de ayer con la carrocería entuavía nueva y el terciopelo nuevo en los asientos, que te lo igo yo. Tú, cabo, que no te lo igo por dicir, titi..., que tú eres capaz de no creer a un camarada e gloria, y jefe tuyo además y un colegui

e los tiempos bravos. *(Y rompe de nuevo a cantar desaforadamente.)* Nadie en el Tercio sabía quién era aquel legiuonarioooo... *(Hablando ahora muy coloquialmente.)* Y allá podremos arrebujarnos, tío; que la mañana ya ves cómo está de pasá por agua... Cuistión de darle un poco al calcetín y, ya te igo, duscientos metros..., el cochecito reluciente, abandonao de ayer, de ayer, como te igo..., lo requisamos, tío..., y vas a ver cómo te encuentras en aquel aposento... ¿Vale? *(Le da un tantarantán más bien cariñoso, pero el otro ha vuelto a dejarse caer en el suelo de manera que parece no poder ya con su alma. Mismamente como en los viejos tiempos tras la batalla marroquí.)* ¡Venga ya, tío! ¡Ponte tieso! ¡Firmeees..., ar!... *(Pero el otro sigue denegando con la cabeza.)* Que vas a estar mejor que cuando te metieron en el hospital aquel... ¿Tacuerdas?

LEJÍA 2.– *(Al oír la palabra aquella, «hospital», parece reanimarse, porque tuerce la cabeza como un pajarillo y atiende con interés al otro.)* ¿El hospital?

LEJÍA 1.– Sí, como la cama el hospital, ya te igo...

LEJÍA 2.– *(Ensoñado.)* ¿Tacuerdas? ¿Tacuerdas el hospital? Aquello si que...; allí sí que se vivía...

LEJÍA 1.– Pos lo que te estoy iciendo...

LEJÍA 2.– *(Que parece irse reanimando progresivamente.)* ¡Quita ya! No me lo creo. ¿Va a ser igual una cama, titi, una cama con sábanas limpias, con mantas, con to, comiendo además... ¡Comiendo, lejía, comiendo!... *(Está a punto de echarse a llorar.)*

LEJÍA 1.– Pos to se andará..., to se andará, ¡leche!... Y ponte tieso, saca ese pecho y te llevo pa la gloria...

LEJÍA 2.– *(Que sigue con su sueño.)* ¿Y tacuerdas que tú venías por la tarde a verme?

LEJÍA 1.– *(Lleno de orgullo.)* To los días...

LEJÍA 2.– Y yo te guardaba la naranja el postre..., y tú te la comías...

LEJÍA 1.– *(Contagiado por el sueño.)* Yo me la comía... Y fuera estaba lloviendo...

LEJÍA 2.– Sí, ajuera estaba lloviendo y allá se estaba tan calentito...

LEJÍA 1.– *(Tratando de expulsar el sueño.)* Pero eran otros tiempos, tiiti...

LEJÍA 2.– *(Entusiasmándose progresivamente.)* Aluego nos traían el cafelito e la merienda..., cuando tu ya te habías marchao... *(Con cierta rabia.)* ¿Y por qué no poían ingresarme ahora?

LEJÍA 1.– Porque los hospitales noi son pa los probes. Los hospitales, titi son pa los que han cotizao al seguro ese y tien los papeles en regla..., pero no pa un lejía que se ha partío los riñones con los morancos... Y además, ¿qué le importa a un lejía como tú y como yo eso?

LEJÍA 2.– Pero es que yo astoy mu joío, astoy mu malo... Me tenían que ingresar en un hospital...

LEJÍA 1.– *(Que parece ya enfadado.)* ¡Oye, no empieces! ¡No empieces ya otra vez, porque naide te va a meter en el hospital por mucho que finjas..., ya lo sabes. ¡Así que no empieces!

LEJÍA 2.– Pero si astoy mu malo, si...

LEJÍA 1.– ¡Y no des lugar a que nuestros enemigos se rían de ti, leche!... Porque ya sabes que estamos rodeaos de enemigos... Mira, tos estos que andan por aquí son del gobierno, u séase, enemigos de España, u séase, enemigos tuyos y míos... Y no vas a dar lugar a que se, se, se...

LEJÍA 2.– *(Lleno de una especie de lucidez repentina.)* ¡Se alegren de ver a un lejía mu...!

LEJÍA 1.– *(Dándole unos papirotazos en la chola.)* ¡Eso, eso, así se habla!

LEJÍA 2.– *(Con voz seca y dura.)* Se alegren de ver a un lejía mu...

LEJÍA 1.– ... muriéndose, sí, leche, muriéndose, mecagüen la mare que les parió, muriéndose, sí, leche, eso mismo..., ya está...

LEJÍA 2.– Ten cuidao, oye, que te van a oír...

LEJÍA 1.– Y será culpa tuya que me metan en el trullo como la otra vez... *(Abriendo la boca.)* Y mira qué recuerdos... *(Señala la mella de los dientes.)*

LEJÍA 2.– Chilllas, chillas..., te oyen los enemigos y vienen...

LEJÍA 1.– Vienen los enemigos, u séase, los moros, nos trincan... Porque hazte cuenta que tos éstos son enemigos..., que estamos en África mismamente. *(Señala al público.)* Míralos. Moros... tos ésos; moros... U séase, que...

LEJÍA 2.– Moros... Hijos de puta...

LEJÍA 1.– El ene...mi...go... Ahí los ties..., nuestros enemigos... Tos ésos... *(Extiende los brazos para abarcar a todo el público del teatro.)* Tos ésos!... *(Empiezan a oírse de pronto las sirenas policiales.)*

LEJÍA 2.– ¡Chisss, calla!... ¿Lo ves?... ¡Ya están ahí...!

LEJÍA 1.– *(Intentando arrastrarle fuera.)* Tenemos que salir pitando, tío; que nos atorigan, tío, que...

LEJÍA 2.– *(Poseído de repentino coraje africano.)* ¡Quita ya! !Amos, quita ya! Que yo no huyo de maricas monárquicos... ¡Que yo no huyo, leche!... ¿Te crees tú que no va a venir esta vez el tiniente Méndez a salvarnos? Como aquella vez en Tahuima. ¿No tacuerdas? ¡El tiniente Méndez! ¡Viva el tiniente Méndez y mueran tos esos moros que tenemos enfrente...!

(Las sirenas policiales suenan ya de manera estridente, apagando los demás ruidos, y sobre las figura de los dos viejos «LEJÍAS» *cae el oscuro definitivo.)*

REAL ACADEMIA

Personajes

MENDIGO

Se nos aparece el clásico MENDIGO *madrileño de estos tiempos monárquicos y socialistas. Es decir: su edad frisa en la cincuentena y su vestimenta no es, como en los viejos y clásicos tiempos, andrajosa, sino más bien aparente con el sello inconfundible de los grandes almacenes emblemáticos de la era consumista, aunque, por supuesto, ya un tanto ajados. Pero el tío mantiene su porte y su presencia. No lejos de él están todavía los buenos tiempos, los ingresos fijos, quizás la nómina en empresa que fue a la quiebra o a la disolución merced a las facilidades otorgadas por el régimen de Juan Carlos I. En suma, estamos ante el mendigo neófito, el mendigo bien institucionalizado, no perseguido por las fuerzas del orden. El mendigo, en fin, de eso que llaman los imbéciles la «sociedad del bienestar».*

El tal mendigo, que no es tampoco feo del todo, que tiene cierta arrogancia, ha dejado en el suelo la ya clásica mochila en la que lleva heterogéneas sustancias, y luego de otear el horizonte con una mirada aguda de cormorán o alcatraz, se da la vuelta como un orondo pavo real y, sin mas preámbulos, se pone a orinar contra la pared. Terminada la operación, se guarda la minina y se vuelve al público diciendo.

> En el Liceo me meo... *(Sonríe enseñando unos dientes de caballo.)* Sí. En el Liceo me meo... Y yo sé por qué lo digo, como más adelante iremos viendo... *(Con una sonrisa gatuna se va dando una vuelta.)* Henos aquí... *(Está mirando al público un poco como Napoleón, con la mano metida en el pecho.)* Ya hemos llegao al punto que era inevitable... El que está destinado a toda la sociedad del bienestar... *(Encarán-*

dose un poco agresivo con el público.) Del bienestar sí... Sí... Sí... Del bie-nes-tar... Sí señora, sí señor... Es el signo de los tiempos. Y yo pido... Amos, no pido, exijo, exijo, e-xi-jo... la ayuda que me corresponde... *(Y tiende la mano con solemnidad y arrogancia.)* Yo no necesito pintarme un cartel poniendo eso de que si tengo tantos hijos, si estoy enfermo y toda la leche esa... Yo soy un hombre culto. Muy culto. Y no sólo culto. Yo soy políglota. Yo domino varias lenguas. Sí señor. Varias lenguas, las lenguas que se hablan en tol territorio español. Esa pluralidad de lenguas. Así que yo puedo dar las gracias en todos esos idiomas... Verbi gratia *(Pa que vean que tampoco me es ajeno el latín.)* voy a dar a tos ustés las gracias por estar aquí, en las distintas lenguas de nuestro país. Amos p'allá: *(Va tendiendo la mano hacia el público y como cogiendo monedas.)* Muchas gracias... Moltes gracies... Muitas graças... Eskarrikasco... *(Poniéndose en jarras.)* ¿Qué tal? ¿Eh? Amos p'allá otra vez: Eskarrikasko... *(Guiña el ojo con mucha malicia.)* Es-karri-kas-ko... Moltas grasies... En el Liceo me... No... Muitas muitas graças... Ah... No deja de ser hermoso y aun gratificante poderse expresar en tanta lengua culta. Culto como es uno, porque ya se habrán ustés percatao que este que lo es y les habla ahora es persona de culta y latina parla... *(Dándose la vuelta.)* ¡Toma ésa!... A ver si nos enteramos de con quién sos estáis jugando los cuartos, dinosaurios..., que sois unos dinosaurios... *(Se mete las manos en los bolsillos y se pasea muy ceñudo, muy cejijunto, como un catedrático de la Complutense.)* C'es la vie... Sí, sí... *(Encarándose con el público de nuevo.)* ¿Que hemos venido a parar a esto? ¿Eh? ¿A esto?... A pedir limosna, sí, a pedir limosna... ¿Y qué? Pues a hacerlo bien. A hacerlo con toas las de la ley, que pa eso es uno culto y ha sío alguien... *(Tras una pausa y luego de rascarse el cogote.)*

Por cierto, que no me había presentao entoavía y tendrán ustés que disimular. El revoloteo de la lengua, la grácil volatilidad de la lengua, el dulce y discreto encanto de la lengua... ¡Que no lengua, leche!... Que no lengua, sino lenguas..., lenguassss...ssssssss..., lenguassss... *(Subrayándolo bien.)* Pues eso, que me han llevado hacia..., hacia las... las nubes. Digamos las nubes, las maravillosas nubes de esta primavera madrileña y monárquica..., no monárquica, no, socialista..., no, socialista no... Bueno..., ¿qué iba yo a decir? Se me va el santo al cielo..., el santo..., qué hermosa frase..., el santo al cielo..., y qué lengua tan divi-

na, lengua cervantina, lengua parlanchina, lengua ladina, lengua latina, tina, tina, tina, lengua liceína, en el Liceo me... *(Cada vez que dice esta frase se echa mano a la bragueta y luego se arrepiente y sonríe.)*

¿Que estábamos diciendo? Ah, sí, el santo, que se iba al cielo... Ah, ya es que tiene uno la cabeza que no se... Nunca tiene una la cabeza en su sitio con tanta lengua, como la puebla, la pobla, ¿le pobla? No la puebla, la puebla... ¡Ah, sí!... Lo que yo quería es presentarme... Porque aún no me he presentado. Vamos, no he tenido el honor de presentarme ante este amadísimo, respetadísimo, ilustrísimo público madrileño al que tanto quiero... Y voy a presentarme:

Me llamo Fabio León, Fabio... ¿Qué les parece el nombre tan, tan literario? «Estos Fabio, ay dolor que ves ahora...» Nombre castellano, como lo es el que lo so-por-ta, un servidor... Fabio León, catedrático de la Lengua, pero no en esa universidad de maleantes, ni en esa Academia que llaman de la Lengua, presidida por un autor de melodramas, sino que... vamos a ver..., *(Rascándose de nuevo el cogote.)* amos a ver, amos a ver, amos a... Catedrático de la lengua he dicho, y bien dicho está..., *(A gritos, echando verdaderas chispas por sus ojos.)* y bien dicho está... ¡Coño!... Porque ¿qué mayor cátedra que la de comediante... *(Se calla y observa el efecto que esta palabra hace en el público.)* Comediante..., he dicho comediante... *(Habla ahora casi en susurros, como estableciendo cierta complicidad.)* ¿Y es que hay algo más «catedraticio» y más lenguaraz y más culto que un comediante? Digo comediante y no digo cómico, ni tampoco digo actor. Comediante. Concepto aristotélico... *(Sorbe por la nariz.)* ¿Eh? *(Guiña de nuevo el ojo.)* Así que... ejem... decíamos ayer... *(Saca un pitillo. Lo enciende.)* Con el permiso de tan distinguida concurrencia voy a fumar un... un... No se asusten..., es un simple «ducado» hasta ahí llega mi, mi, mi transgresiva personalidad, que es la de su humilde servidor Don Fabio León, natural de Valladolid... *(Observa el efecto que hace esta palabra en el público y subraya.)* Valladolid... ¿He dicho algo? Yo creo que he dicho algo, sí... Valladolid. La cuna de la lengua castellana, lo cual es como decir la cuna de la lengua española, lo cual nos llevaría a considerarla la cuna de la lengua hispánica que se habla en tol continente americano, y que según estadísticas pues es la segunda lengua mundial, la se-gun-da, después, dicen, del inglés, y habría mucho que hablar de esto, pero, pero, constitu-

cionalista que es uno como buen castellano, tampoco desdeña las otras lenguas peninsulares que se hablan en la periferia..., *(Guiñando otra vez el ojo.)* pe-ri-fe-ria... Y me van a perdonar ahora que insista en darles las gracias de nuevo por la atención con que escuchan a este comediante de la Lengua... *(Vuelve a extender la mano y recoge las limosnas que el público, si es lo suficientemente listo, habrá de darle.)* Muchas gracias, muitas graças, moltes grasies, eskarrikasko...

Fabio León, les decía que era mi nombre, sí, y comediante de la Lengua; ojo, no equivocarse con académico de la Lengua... Ah..., y a propósito de estos últimos, deberé recordarles que mi tierra, Valladolid, no sólo fue la cuna del lenguaje castellano, sino también cuna de una alta escuela de carteristas, de tomadores del dos, de descuideros, pa decirlo to de una vez, que floreció a partir del glorioso siglo XVI, o siglo de oro, como ustés quieren llamarlo, y que si hoy ya no existe la famosa alta escuela de Monipodio..., no, de Monipodio no, que eso es sevillano, alta escuela de latrocinio..., que si hoy ya no existe, no es sólo por la emigración, sino también por la sociedad industrial y consumista que ha relegado a los ejercitantes en esa alta labor, ya me entendéis ustedes, al mundo de las finanzas, de las multinacionales, de las universidades y de las academias de la lengua propiamente dichas... ¿Me van ustedes siguiendo? *(Acercándose hacia la corbata.)* Ah, sí, sí, ya veo que me van ustedes siguiendo, y un servidor les estará siempre profundísi-mamente agradecido. *(Una vez ya en la corbata, se sienta.)* Creo que nos vamos a entender perfectamente. Lo veo en sus ojos. Son ustedes tan cultos. No hay más que verles. Se dan perfecta cuenta de que tienen delante a un verdadero «facedor», sí, facedor, del lenguaje... Un comediante. ¡Un alto comediante! Porque es lo que un servidor se precia de ser y será hasta el último día de su vida, por más que me vean ahora en este estado, en este triste estado... Triste estado según como se mire. Porque llevo dentro de mí los maravillosos personajes que he ido creando por tierras hispanas y americanas; sí, sí, americanas... Podría contar ahora... tantas cosas..., tantas, pero ustedes, el público, no pueden perder tiempo, no... Digamos que, aquí donde me ven ustedes, un servidor de ustedes y de la lengua ha representado comedias con el gran maestro don José Tamayo, gloria de la escena española, con el grandísimo maestro don Adolfo Marsillach, ilustrísimo catador de los clásicos como son

mis amigos Lope de Vega y don Pedro Calderón de la Barca... Un servidor se ha codeao con otros comediantes, como fue el inmortal don José María Rodero, que paz haya, y con los felizmente reinantes en la República de Talia, doña Lina Morgan, doña Concha Velasco, don Sazatornil y doña Mara Recatero, por decir alguien... Pero lo que pasa, ¿verdad?, es que la sociedad socialista de consumo no es precisamente propicia hacia el arte en ninguna de sus formas o al menos en las formas por decir así clásicas, y eso hace que un servidor haya tenido que bajar unos peldaños para encontrarse en esta situación de mendicidad en la que me veo y en la que ustedes también se van a ir viendo, tal como andan las cosas de la alta política y de la economía no ya española, sino mundial, según pueden ustedes constatar a través de los medios de comunicación. Mendicidad. ¿Y qué? *(Se yergue ahora y adopta una postura muy achulada.)* ¿Qué tiene de malo la mendicidad? La mendicidad, aparte de ser general, porque todos mendigamos, poco o mucho..., la mendicidad tiene el toque ese sagrado y subrepticio..., *(Guiñando de nuevo el ojo.)* subrepticio, de la religiosa espiritualidad de mis antepasados... Porque en mí renacen, en nosotros renacen, esos gloriosos Lazarillos, esos Buscones, esos Escarramanes que constituyen jalones de gloria de nuestras letras y de nuestro arte imperecedero... ¡Mendigo, pero español!... ¡Mendigo con orgullo!... Mendigo monárquico... Sí, monárquico, y a mucha honra, porque un servidor siempre siempre se sentirá un fiel súbdito de su majestad don Juan Carlos I al que Dios dé muchos años de vida con tal de acrecentar la gloria que trae en sí con la de sus antepasados... *(Está erguido como el Cid Campeador, mirando al público con altanería.)*

Por si no les había dicho mi nombre, les digo que me llamo don Anastasio Campoy y procedo de linajuda familia noble de la sierra almeriense, sin mácula alguna de judío o moro... Y fui glorioso comediante en los corrales madrileños desde los tiempos de Lope de Vega y Calderón, compadres míos, hasta los del no menos glorioso don José María Rodríguez Méndez, que encarna en su genio el de los otros dos juntos... Sutil y noble pergeñador de lenguaje austero, que no florido como el de otros «cultiniparlos» que pudieran llamarse Antonio Gala, pongamos por ejemplo... Un servidor, don Anastasio Campoy, hijo segundo de noble familia hidalga, como les vengo diciendo, ha represen-

tado comedias y entremeses, autos, bululúes, sainetes por todo el ámbito de la geografía española y en la corte de nuestro señor el rey que Dios guarde..., *(Hace una gran reverencia cada vez que le nombra.)* rey que bien pudiera denominarse, por sus preciadas prendas, Carlos Invicto, Felipe o Alfonso, porque la sangre le hierve de todos y estos, y aun de muchos más, como gloria dieron a nuestra España..., gloria que, pardiez, no han de mermar los fementidos socialistas que por contraste nos gobiernan... *(Escupe y se queda mirando al público.)* Me van ustedes a perdonar... *(Se vuelve y orina de nuevo.)* Que en el Liceo me meo... Porque, porque..., ¿qué iba yo a decir? Ah, que un servidor de ustedes no precisa para nada grandes anfiteatros, grandes coliseos, ni grandes plateas para entregar su arte... Aquí en la puta calle, miren ustedes, cabe los grandes almacenes, no lejos de la Real Academia Española y bajo el divino cielo velazqueño de los madriles, pongo mi cátedra de comediante, mi academia de la Lengua, y me importa un bledo, sí, un bledo, que no pongan a mi disposición los teatros, reales teatros, que tuve en mi tiempo... Es más, casi prefiero lanzar mi verbo a este aire volandero para que se lo lleve por esos rumbos y surque los mares y arribe allende hasta los nuevos continentes que mis antepasados conquistaron para gloria de mi religión y de mi lengua. He dicho...

(Y si, dicho esto, se sienta y se queda arrebujado como un personaje velazqueño envuelto en sus holapandas. Decrece la luz y se oye una música de suaves vihuelas. Parece como si fuera a amanecer. Vuelve a despertarse ahora el bululú y, muy humilde, avanza hacia el público. Baja a la sala. Tiende la mano y va recogiendo las limosnas que el público le da y deberá darle siempre.)

Muchas, muchas gracias, moltes, moltes, grasies, muites, muites graças, eskarrikasco, eskarrikasco... *(Vuelve a subir al teatro haciendo grandes zalemas.)*

Señores, señoras, señós, donas, gachos, gachíes, payos, payas, tíos, tías...

(Al subir se echa mano a los riñones y se lamenta.)

Ay, lo que hay que penar para llevar el arte a los públicos en estos tiempos... *(Se vuelve ahora airado hacia el público.)* ¡No¡ ¡No es verdad! No me crean ustedes. Era fingimiento. Ficción era. Un servidor está ágil, juvenil, alegre, directo, telecomunicativo... *(Empieza a dar una serie de pataletas como si bailara las sevillanas y, efectivamente, no sólo las baila, sino que también las canta.);* Ole... Ea... Amos p'allá... «Viva Seviya y olé, / viva Triana... / Viva Triana...» Ole, ole, ole... *(Se detiene de pronto y dice.)* Es que un servió, no sé si se lo había dicho a ustede, sei de la mizma Seviya... ¡Y ole, de Serva la Barí!, como dicen lo flamenco... ¡Y ole!... Ojú, mizmamente acabo e llegá de la tierra e María Zantizma en er Ave... *(Recalcando.)* Er Ave... A-ve... ¡Vaya tela e tren corriendo... Vaya tela... Tela marinera... Digo... En un pa de horita, ea, de Zanta Juzta a la Puerta e Atocha... Digo... ¡Y ole!... «Viva Seviya y olé, / viva Triana...» Vivan lo seviyano... y seviyana...» Porque un servió, por si no me había presentao a ustés entoavía, se llama Manolo Carvo, ¡ele!..., pa servirles, y sei de la mizma Seviya... Sí, señó, Seviya... Na... Pero na... Y hay que ve cómo está Seviya... Cucha... Con la Ezpo y to ezo... Asuquiqui, tío, asuquiqui der güeno... Po eso, que le iba a icí que... ¿Qué le iba a icí yo? Ah..., sí..., que en er Liceo... *(Se vuelve y suelta de nuevo la orina.)* que digo... *(Volviéndose ya otra vez al público.)* Que vaya tela, que vaya tela y vaya progrezo y vaya to..., porque hay que ve, hay que ve lo que se ha modernizao mi Zeviya e mi arma dende que eztá ar frente er gobierno mi paizano Felipe... Na... Na por no icir na... Ojú... Vaya tela... Felipe, Felipe... ¿Po y mi compare Arfonzo?... Zi..., ¡Arfonso Guerra!... *(Encarándose con el público.)* Arfonzo Guerra, ¿qué paza?... ¿Paza argo?... ¿Eh? ¿Qué mira uzté? *(Señala a alguien del público.)* Zi, uzté..., uzté mizmo... Que paece que me eztá mirando de medio lao, como asín... Uzté, igo, leche... So fasha, que paece uzté un fasha... ¿Ez que me va uzté a negá lo modernisao que eztá er paí grasia a mi paizano der Pzoe? ¿Eh? ¿Ez que me lo va uzté a negá? ¡Que no, ea, que no...! Que e musho Felipe, mi paishano... Musho... Y no digamo mi compare Arfonzo Guerra... Con er que un zervió hiso teatro... Sí, sí..., no me mire uzté asín, que le eztoy iciendo la verdá... Amo que me quede muerto aquí ahorita mizmo zi le miento... En er teatro trabajé yo con mi paizano Arfonzo, con un grupo, vaya grupo y ole grupo... ¡Mediodía de Zevilla!... Ole... «Viva Zeviya y olé, / viva

Triana»... Y ezo e er que un zervió vaya y venga en er Ave eze... Vaya tren... Toma caztaña... Porque amo que... e un zueño, eze tren... que ze llama como ze tié que llamá... ¡Ave..., Ave!... Porque aunque uzté *(Señala otra vez al del público.)* ponga eza jeta de no creécelo, porque uzté e un fasha..., digo zi lo e... ¡No!, po no hay ma que vele... Aunque uzté lo niegue, la modernisasión de ezte paí e anorme... Mire uzté si mo hemo moernizao, que un servió, con se un gran cómico, ya no nesecita er teatro... Na... En la mizma rúa... Amo, en la puta calle, pa icilo de una ve, planta zu tenderete... ¡Y ya eztá!... Con la grasia e Seviyiya e mi arma y la protesión de mi paizano Felipe y Arfonzo, mire uzté la farta que mo jase zubí a un ecenario... ¿Te quié díi ya? Er ecenario: la rúa, er mundo, er mundo... titi, er mundo..., pa echá ar aire lo pregone de lo grande maetro der teatro uvierzá... Lope, Carderón, Tirzo, Esegaray, Benavente, Buero y Rodrigue Mende, ¿por qué no? Ea... ¿Que mo han echao a pedí? ¿Y qué? ¡Er cómico de verdá, er cómico fetén, po icilo asín, ziempre vivió pidiendo!... ¿No? Ea, po ezo... Y yo ahora, en nombre de lo que mo gobiernan, voy a peí lo mío... Ea... La voluntá...

(Y baja de nuevo al senado público tendiendo la mano a recoger las limosnas que el complaciente público deberá darle. El cómico hace grandes zalemas moriscas y da las gracias de nuevo en todas las lenguas patrias.)

Mucha grasia... Morte grasie... Muita Graça... Ezkarrikazko... Ojú..., qué roñozo zei uzté... Pero ele... ¡Viva Zevilla, Viva Triana y Viva Madri que e mi pueblo!... ¡Ea!...

(Vuelve al escenario. La luz decrece y él va sacando de la mochila que dejó en el suelo al empezar su monólogo diversas prendas, verdaderamente astrosas, auténticos andrajos de la púrpura. Una capa pringosa en la que se envuelve un sombrero chambergo grasiento con un par de plumas flácidas rojas y verdes. Una espada de madera que se ciñe con una faja de tela verde. Un collar de hojalata y lo que se pueda afanar por ahí... El tío se lo

pone todo muy bien, adopta posturas de gran actor, de jaque también. Mirando altivamente al público.)

¿Eh? ¿Qué paza? ¿Qué pasa?

(Si el público se riera, lo cual podrían muy bien suceder, el manflotesco cómico se enfadará.)

¿Qué pasa? ¡Se acabó el cachondeo! *(Ahora habla ya sin acento andaluz.)* ¿Quién se ríe? El facha ese, seguro... Ése es el que se ríe... Por vida... que como eche mano yo a mi tizona y baje, no le va a quedar al tal menguado ganas de reírse si no es de la mona del Retiro..., o de la mona del Congreso..., o de la mona del Ministerio de Cultura, leche, leche, leche... ¿A ver qué va a pasar aquí? Que esto es una cosa mu, pero mu, seria... El teatro español de verdad, pero de veritatis, y no el que está en la plaza Santana... *(Como Napoleón.)* Yo soy el teatro español... *(Y da la vuelta al ruedo con arrogancia de torero después de una gran faena. Incluso suena un pasodoble.)*

En mí, en mí se encarna toda la gloriosa tradición del teatro español a través de sus no menos gloriosos intérpretes... *(Inicia un aplauso.)* Un aplauso para el teatro español, nuestro teatro español de ayer, de hoy, de siempre... *(El público, suponiendo que tenga la educación que se le supone, deberá aplaudir, aunque al actor siempre le parecerá poco.)* Vamos, adelante, más aplausos... *(El público es de suponer que acabe dejando de aplaudir.)* Yo soy el gran intérprete del teatro español de ayer, de hoy y de siempre... Un aplauso para el gran intérprete del teatro español... *(Ídem.) (Adopta ahora diversas posturas y mima diversas agrupaciones que el atribuirá a las figuras que va enumerando.)* Yo soy, señores, el divino Isidoro Máiquez..., *(Se quita el sombrero y barre con las flácidas plumas el polvoriento suelo.)* que a su vez desciende del misterioso Juan Rana... *(Adopta postura de jaque.)* Y yo soy ese Juan Rana, el gran animador de los corrales de comedia madrileños... Y yo soy don Julian Romea... *(Se estira como un caballero decimonono.) (Se quita el chambergo y se pone una chistera medio aplastada que sacó de la mochila.)* Y yo soy el gran Vico..., y el aristócrata don Fernando Díaz

de Mendoza..., y don Emilio Thuiller..., y don José Valero..., y Pepito Tallaví, el melillero... *(Pone ahora voz cavernosa para decir:)* Y soy el gran don Enrique Borrás... *(Pone los ojos en blanco e imita a Borrás en su célebre cuarteta.)* «Al reeeey... la viiiiida y la haciendaaaaa se han de dar..., *(Casi a gritos, como si le arrancaran el corazón.)* pero el honooooooooor... es paaatrimonio del almaaaaa..., ¡¡y el almaaaaa sssólo es de Dios!!...» *(Acalla los aplausos del público con un gesto enérgico.)* Y también soy don Ricardo Calvo... *(Y para decirlo pone voz cascada.)* y don Rafael Rivelles..., *(Esto lo pronuncia con voz meliflua.)* y, en fin, soy todos, todos los grandes actores que en el mundo de la farándula fueron... Soy el farandul de los faranduleros... Todos los que han desfilado sobre las candilejas, bajo los focos, los cañones... y las bombas. Sí, sí..., soy don Alfonso Muñoz, don José María Rodero, don Alberto Closas, don Adolfo Marsillach, don Paco Rabal, don, don... ¡narices!... Ése soy yo... ¡Y viva siempre el teatro español!... *(Baja la luz ahora hasta casi oscurecer la escena.)*

(El actor ahora se adelanta al público y saca la chorra.) Y por eso decía que en el Liceo me meo... Porque..., *(Ante la actitud airada del público, se echa atrás y se guarda la esa.)* porque no hace falta un suntuoso palacio para honrar a los clásicos y a los románticos y a los modernos y a la madre que los parió a todos... He dicho... *(Vuelve a quedarse en actitud napoleónica frente al público. Incluso con un gorro del tal con sus dos puntas. La mano en el pecho.)*

Y hoy..., hoy... *(Habla ahora muy lentamente. Sus palabras van cayendo grávidas y densas como en lo hondo de un pozo.)* Hoy, en este *(El actor habrá de citar la fecha en que se esté llevando a cabo la representación.)* día del año de *(Ídem para el año.)* gracia de aquí en Madrid, capital universal de la Lengua Española, bajo el cielo que conserva la respiración de tantos y tantos gloriosos artistas de la lengua, bajo el reinado del muy serenísimo señor nuestro don Juan Carlos I de Borbón, que Dios guarde siempre..., *(Casi se ha puesto de rodillas.)* y en nombre de todos los farandules de este tiempo socialista, en que ha florecido tan hermosa pléyade de artistas, iluminados todos por la pira hermosa del Gran Teatro del Liceo en que me..., me... *(Se detiene a sí mismo con un gesto de su mano derecha, convirtiéndose casi en el caballero de la mano en el pecho del cuadro.)* Hoy digo, en nombre del teatro

español, quiero rendir homenaje, homenaje de respeto, cariño y admiración, a esa sin par dama que nos rige desde el trono –así lo quisiera yo, trono– del Ministerio de Cultura, esa sin par Dulcinea que adviene a ofrecernos su sin par sonrisa, su sin par belleza, su sin par salero... ¡Olé!... Y voy a honrarla cual se merece, dedicándole un madrigal de mi admirado poeta don Luis de Góngora y Argote, al que serví en otros tiempos no tan gloriosos como éste, pero sí auríferos como siempre. Ofrendar quiero a la sin par Dulcinea, en nombre de todos mis compañeros, aquí, en la mismísima puta calle donde hemos venido a refugiarnos frente al acoso de la infame televisión, por ejemplo, quiero ofrendarle este ramillete de sencillas y castas violetas...

(Y sí sí, saca del macuto una ramillete lacio de tristes violetas. Queda la escena a oscuras. Un rayo de lo alto ilumina al farandul. Se oye muy leve, lejana, la canción imperecedera de la «Violetera», tal vez cantada por la gran Montiel.)

A mi admirada dama de la Corte, su humilde Quijote.

(Tendiendo el ramito de violetas hacia la luz.)

De la florida falda,
que hoy de perlas bordó el alba luciente,
tejidos en guirnalda...
traslado estos jazmines a tu frente...
que piden, con ser flores,
blanco a tu pecho y a tu boca olores...

Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante,
bronco, sí, de clarines,
mas de espadas armados de diamante...

Púselas en huida
y cada flor me cuesta una herida.

Más, Carmen, que he tejido
jazmines a tu pelo ensortijado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadrón armado...

(Hermosa reverencia. Gran estruendo de luz y de música. El actor pudiera terminar ofreciendo una florecita a las señoras y recogiendo la última limosnita.)